

# UN PARAGUAS Will Self

Nuevos Tiempos Siruela



# Table of Contents

[Portadilla](#)  
[Un paraguas](#)  
[Notas](#)  
[Créditos](#)

Will Self

**Un paraguas**

Traducción del inglés de  
Daniel Gascón

 **Siruela**  
Nuevos Tiempos

## Índice

[Cubierta](#)  
[Portadilla](#)  
[Un paraguas](#)  
[Notas](#)  
[Créditos](#)



# Un paraguas



*Un hermano se olvida tan fácilmente como un paraguas.*

James Joyce

*Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono...<sup>1</sup>. Ahí viene Zachary, desde la garita del portero, donde hay una radio junto a la tetera y la ventana está rota, de manera que el calipso de Muswell Hill calienta la fría mañana de Friern Barnet, se queda con él y envuelve su cabeza en un aliento pop que se condensa rápidamente. Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono, oh soy un hombre mono... El rocío ha ablandado los jardines y las lindes, él tiene los brazos y las piernas rígidos – una rigidez que asocia con la tensa postura de esta noche cuando aborté los titubeantes comienzos de un encuentro para el que no existía compromiso. Mientras Miriam alimentaba al bebé en la cama matrimonial cables y tuberías enroscados en vapor de leche y pedos – el enorme proyectil se replegó en la cuna de mi vientre y mis muslos... Soy un hombre mono, un hombre mono-mono... el volante del Austin vértebras de plástico dobladas, cifósicas... tiró de sus hombros cuando llevaba el coche desde Highgate, luego lo metió por East Finchley – las rodillas incómodamente atrapadas bajo el salpicadero – luego por la North Circular y por delante de los bloques de pisos que tapaban el Memorial Hospital antes de girar a la derecha en Woodhouse Road. Bajo el capó los pistones martilleaban su cóccix, el cigüeñal giraba su pelvis una y otra vez, y cada parada y arranque, cada giro y desvío – la mera rotación de sus globos oculares en las cuencas – no calmaban la tensión, sino que la retorcían todavía más en su esqueleto: taladroybroca, mandrilentorno, encendido. En su situación ya exarcebada había considerado la ciudad una inversión, y había visto los paralelogramos de bosque oscuro y césped durmiente como artefactos fabricados por el hombre y rodeados por una capa creciente de ladrillo, asfalto y cemento que se ondula hacia el horizonte a lo largo de los surcos de las calles suburbanas... Aunque su problema doméstico no está en modo alguno inactivo, ni solucionado, y el día por delante – ¡Ach! Un gusano beis de crema antiséptica se retuerce en la grieta podrida de una úlcera de decúbito... Amargamente, había pensado: ¿Es mi título en psicología siquiera relevante cuando hablamos de primeros auxilios, el desfile enfermo de una confusa milicia ciudadana?... Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono... El trayecto hacia el trabajo ya es casi automático. —Aun así, es una sorpresa que su destino sea esta locura con una Tienda Benéfica. Ahí viene Zachary... Sus zapatos Hush Puppies olisquean en el camino de grava que lleva desde el aparcamiento del personal – donde el acero se enfría junto al tictac de los relojes florales – hacia la larga repetición de ventanas de arco y puertas de arco, de pórticos elevados y torretas de techos altos. Ahí viene Zachary... arrastrándose ruidosamente hacia la alta bóveda central con los campanarios laterales en los que nunca han sonado campanas, ya que solo son pozos de ventilación camuflados diseñados para aspirar el olor putrefacto del manicomio... Ahí viene Zachary... evitando los ojos que no ven de la deslustrada estatua de bronce oculta tras unas forsitias – un joven claramente hebefrénico... el rostro inmóvil para siempre en un gesto doliente, los pliegues de su ropa plausiblemente pesados... porque parece totalmente sometido al paso de la propia existencia. Ahí viene Zachary... husmeando junto a las ventanas de arco, y las puertas de arco y luego las ventanas de arco otra vez. Se admite a sí mismo en esta pieza monumental de trampantojo no por las majestuosas puertas principales – que siempre están cerradas – sino por una discreta puerta lateral – y eso está bien, puesto que comienza el final del engaño de que se encontrará con un Foscari o un Pisani, cuando la realidad es: bajo el banco cubierto de vinilo color huevo*

*seco*, y tendido sobre él un *malhechor*, su rostro – como el de tantos enfermos mentales – es un *neoplasma paradójico*, los rasgos envejecidos acaban de formarse para temblar tras un hombro defensivamente levantado. Una voz intimidatoria dice: Se le confinará en su planta y no recibirá asignación esta semana, ¿COM-PREN-DE? *Oh, sí, comprendo perfectamente...* que es la razón por la que él sigue caminando deprisa, sin deseos de ver nada más de esta *mezquindad rutinaria...* Ahí viene Zachary – y viene por un breve corredor con paneles de aglomerado húmedo, luego desciende unas escaleras hacia el pasillo inferior. Ahí viene Zachary – y viene – ha apretado el maletín contra el pecho, lo ha abierto y ahora se quita su bata blanca en *pequeñas nubes rígidas*. Necesitará una, Busner, había dicho Whitcomb – un *gilipollas alegre*, su cara larga una *fracción*, los ojos divididos entre la boca por el bigote – o los pacientes pensarán... ¿Pensarán qué? ¿Pensarán qué? Pero la capacidad de concentración del especialista era tan breve que había perdido interés por su propia frase y se había puesto a ensanchar la cavidad carbonizada de su pipa con el extremo de una cucharilla, una compleja tarea ejecutada ineficientemente sobre la superficie nudosa de sus rodillas de patizambo – ¿Por qué eran las sillas de la habitación del personal *demasiado bajas o demasiado altas*? Ahí viene Zachary – y viene... Soy un hombre mono, un hombre-mono-mono, oh soy un hombre mono, sus zapatos separados se arrastran por el suelo, deslizándose sobre trozos de linóleo, golpeando en las losas, la punta raspando el viejo asfalto, donde estaba expuesto. *Rrr-aspando*. Se pregunta: ¿Quién soñaría con algo así, con cubrir los pasillos, incluso las plantas, de un hospital con la superficie de una carretera? Sin embargo hay una razón – una razón intimidatoria, halagadora, salvaje – que se explica a través de las voces que resuenan dentro de las cabezas huesudas y muy duras de los pacientes, de sus corredores cerebrales y sus dormitorios corticales... porque son distancias de carretera – cien metros, treinta metros, treinta más, una *North Circular del alma*. Pero no hay señales, ni *Tally Ho Corner* – en vez de eso: ventanas ojivales que se asoman a los patios espaciosos bajo capas de mugre, zonas de ejercicio, en realidad, separadas por las alas y ramales que parten la larga trinchera sin sol entre la primera y la segunda zona del hospital. Ramales que brotan de las alas – más ramales que brotan de ellas, todas las locas bacterias que constantemente se vuelven más grandes y complejas en el hospitalario sustrato suburbano. Ahí viene Zachary... En el lado del pasillo que no tiene ventanas hay puertas con signos mandones: porteros, cafetería, cafetería del depto. de mantenimiento, sinagoga, boutique – ¡boutique! Luego cuarto del pan – una habitación llena de pan... y también hay rampas que llevan a las plantas superiores. Ahí viene... y todavía las aberturas de garganta profunda delante de él, un esófago de franjas de luz donde hacen mella bandas de marcas de viruela – el proyecto decorativo original de los enlucidores – o salpicado de medallones y rinconeras de piedra rústica teñidos de marrón. Ahí viene... tocando con ternura las venas desconchadas de viejas tuberías de gas, al cobre desnudo de una de ellas le han pegado con celo un solo folleto de una famosa banda de swing, The Rhythmaires – pero él, piensa, ¿puede estar tan anticuado, o es que el aire que hay aquí dentro y todo lo demás envejece más deprisa? Esto está en la esquina donde se cruza el pasillo del oeste, una esquina redondeada gastada por el roce – ¡No! La habían diseñado así para evitar que se suicidasen, como harán. Y acostúmbrese, dijo Whitcomb alegremente tras su bigote como un peine de plástico,

porque tendrá que tratar con muchos más. Es así, es como es. Una pena, pero es así. A lo mejor el Parlamento ha abolido la horca... expulsó pequeñas y aromáticas nubes de *cósmica metedura de pata*... pero aquí sigue siendo el primer método de ejecución – ¡esta década está resultando tan promiscua como la anterior! No es que Whitcomb fuera insensible, simplemente es que *es así*, como tantos psiquiatras de competencia pasable, estaba tan acostumbrado a hablar con los angustiados y trastornados en un tono de neutralidad preocupada, y a usar un vocabulario purgado de cualquier palabra perturbadora, que cuando estaba libre resultaba ridículamente inoportuno, o lo habría hecho *si hubiera habido algo de lo que reírse*. Tampoco esperaba que su nuevo ayudante se encargara de los divertidos suicidios – sin duda no tomaría muestras, ni siquiera miraría – ¡*para eso estaban los enfermeros, claro!* – solo debía estar preparado por si los más vivaces, *con energía burbujeando en su melancolía*, colaban una sábana en el baño, la rasgaban, la enrollaban y la ataban al codo de la tubería donde se unía a la cisterna. *La bendición y la maldición de la fontanería victoriana*, pensó Busner que podría haber dicho Whitcomb – hacía ese tipo de observaciones – pero en cambio se vio obligado a construir su propia homilía, porque cualquier muerte, por insignificante que fuera, requería al menos su consideración: *La bendición y la maldición de la fontanería victoriana es su robustez. Por muchas patadas y golpes que diera, el suicida más entusiasta no podría romper la tubería*... A veces conseguían – eso lo dijo Perkins, el más desagradable de los enfermeros jefe de la 14, una de las dos plantas de enfermos crónicos a las que estaba destinado Busner – colgarse de la puñetera cadena, ¡te lo puedes creer! Los encontramos con los pies descalzos metidos en el cagadero... Busner lo creía. Veía riachuelos de orina y heces que corrían hacia el desagüe entre metatarsos, *goteando sobre la tapa del inodoro mientras arriba la cisterna chisporrotea sin parar*... Esa primera suicida, que él no solo había visto sino que había ayudado a Mboya – el enfermero amable – a bajar, se había colgado de la tubería totalmente fiable, y así en la muerte había quedado encajada en el incómodo hueco entre esta y la ventana blanca que habían partido por la mitad al hacer la separación necesaria para que existiera el cubículo – *todavía más pruebas – por si se necesitara alguna – del modo en que el hospital alteraba su propia estructura celular a fin de crear nuevas morfologías para nuevas patologías que debían ser diagnosticadas por psiquiatras acreditados por nuevas asociaciones profesionales*... mientras los internos seguían siendo los mismos, pacientes solo en la manera en que ella lo era ahora: inerte, sin señales de haber vaciado sus tripas al margen de... *ese olor*. En cambio, su piel de papel, *ah tan fina*, arrugada en la franela de algodón de un camión demasiado grande. Era, había pensado Busner, una polilla seca y muerta, su estructura celular que se pudre dentro de otra mucho más grande.

...Al margen de ese olor *fecal*, *sin duda – pero también antisépticamente químico*, con un fuerte toque de *abrillantador* —una mezcla todavía más intensa del hedor que emanaba de los poros, bocas y respiraderos ocultos de los internos confinados en la primera planta psiquiátrica que Busner había visitado, más de una década atrás, cuando había preguntado *con la ingenuidad del estudiante*: ¿Qué es ese olor? Y le habían dicho que era paraldehído, un sedante líquido tan uniformemente marrón como el estado que debía producir... *en Henry, en Napsbury... donde todavía está... mi hermano, para no*

*olvidarlo. Paraldehído: ¿cuánto se había echado en gargantas en los manicomios a lo largo del último medio siglo? ¿Litros... garrafas... toneles? A manguerazos, en realidad, para apagar el fuego. Y ahora lo que quedaba – esa lluvia dentro del edificio, esa vieja lluvia oxidada que caía desde el yeso saturado al suelo de asfalto.*

Todo esto había impulsado a Busner hacia delante *lentamente, como si se moviera sobre un mar verde y salado*, el sonido de los llantos, sollozos y risas estridentes amplificado por el pasillo de quinientos metros, distorsionado por sus decenas de huecos, luego conducido por sus estrías de manera que, con precisión infalible, le llegaban a un oído y giraban por su cabeza hasta el otro... *Axial: Atrevido como el Amor.<sup>2</sup> Ahí viene Zachary, mi brazo trémolo vibra cuando canto a mi propio ser de no-pises-en-las-grietas...* delante de la peluquería y la sala de escultura, luego fuera del edificio principal del hospital hacia la terapia de arte y la sala de reminiscencias – esta última era una innovación humanitaria de Whitcomb. En esa parte del pasillo la luz que llega de las ventanas que dan al sur le produce la sensación de rodar asquerosamente en una trinchera, *paraldehído... paral–... ¡parados!* esa era la palabra: el lado de la trinchera en el que se ponían de pie para *disparar la ametralladora, su través... el patio interior, su manera compulsiva de abatir al enemigo que llega mugiendo sobre la hierba dormida: locura – una banshee. Ahí viene Zachary...* No es que tuviera el pasillo para él solo – ha habido un constante flujo de personal y algunos pacientes decididos de camino a comprar patéticas provisiones o asistir a las sesiones de terapia. Unos cuantos decididos – pero muchos más a los que han dejado salir de las plantas simplemente para que vaguen por el amplio edificio. Había un pelotón – o eso le han dicho – que iba desde la oficina de Servicios Sociales de Camden en el noroeste hasta la oficina de Servicios Sociales de Haringey al noreste, y luego se dirigía hacia el sur por el pasillo de abajo, y lo recorría entero antes de volver a girar hacia el norte, y así completar un circuito de kilómetro y medio por el interior del hospital que sus miembros repetían una y otra vez, hasta que eran instados a detenerse para alimentar sus vientres, o para descansar los pies, o para tomar medicación... *por sus guardianes.* Sí, ha habido pacientes con sus chaquetas de caridad de dobladillos manchados, calcetines gruesos que salían de tobillos delgados, ojos caricaturizados por las monturas de empollón de sus gafas de la Seguridad Social – para quienes *el pasillo es un destino.* Ninguno de ellos es real – ni remotamente creíble, ni comparado con esto: *Aquí viene Zachary... la voz-yo, la voz sobre mí, en mí, que es más yo que yo... tan real, ab-so-luta-mente, ¿acaso la misma consciencia no podría ser solo el marchitarse de una psicosis en toda regla?* Eso, piensa Busner, debe ocurrirle a todo el mundo, todos los días, muchas veces, independientemente de que esté caminando por un pasillo tan largo que reta la cordura de *un nacido una vez y alegre Whitman. Aun así... es la forma en que la locura miente sobre la locura...* una locura que ya ha apartado su carrera de la línea principal antes de empezar, y lo ha enviado *rodando a la vía muerta que conecta con este laager*, con sus *muy formales médicos del alma y sus prisioneros, todos obligados a servir bajo el campanario, la torre del depósito de agua y la chimenea de ladrillo manchado cuya nube de humo amarillo lame el cielo sobre el norte de Londres. Ahí viene Zachary...* el pasillo es estrecho – tres metros como mucho – pero nadie de ese tráfico humano lo ha detenido hasta ahora —cuando lo obsesiona una obsesiva. Es una paciente: una mujer, una vieja... *una mujer tan vieja, tan*

*encorvada, tan cifótica*, que su rostro invertido mira el holgado vientre acrílico de su propia chaqueta y *asiente vigorosamente ante él*. Eso es todo lo que Busner puede ver: la parte trasera de su cabeza *de muñeco que dice sí*, el pelo blanquecino que se aleja de dos calvas – una en la coronilla, la segunda como una banda en la parte trasera de su cráneo. De repente, Busner piensa en gente con tics que ha visto en esta planta de enfermos crónicos, que enroscaban la cabeza en el ángulo entre la cabecera y la parte trasera de su sillón asignado: enfermos llenos de tics, que se agotaban mientras la oportunidad martilleaba dentro de la pantalla de televisión y el aplauso llegaba en oleadas monótonas<sup>3</sup>. La mujer está al mismo tiempo lo bastante lejos y lo bastante cerca como para que la dirija. Después de las erupciones – y hay muchas vidas de después – le quedó claro, con una comprensión suave y cenicienta, que todas las relaciones importantes de su vida – con su tío Maurice, con Alkan, con Sikorski y los otros Teóricos de la Cantidad, con sus esposas y sin duda con sus hijos – eran así: *toqueteos familiares, su aliento con el dulzor de la caries en mis fosas nasales, agridulce – pero también radiofónicamente remoto, con sus voces pitando e hipando a años luz de distancia*.

Les cuesta mucho alcanzarse el uno al otro: el psiquiatra y la vieja paciente. Para verla, para *verla* como es debido, Busner debe vadear una sopa Brown Windsor de suposiciones sobre los dementes ancianos. —Retrasados morales, los había llamado McConochie en la apagada y circular sala de conferencias de HerriotWatt, sin saber ni preocuparse – por lo que el joven Zack podía ver – acerca de si esa enfermedad nacía por herencia, anoxia, espiroquetas sifilíticas, fatiga de combate o alguna otra disfunción de todo el mecanismo carnosos. La hipótesis de la dopamina iba más allá de lo hipotético para McConochie, *el atontado*, cuyo método de exposición favorito era sacar un paciente crónico de las plantas de atrás y *mostrar su progreso renqueante en el podio*. Esto, una ardua parodia del mesmerismo de Charcot, porque eran sus alumnos los que acababan hipnotizados por la monótona descripción que hacía su profesor del esquizofrénico más cercano, cuya enfermedad lo hacía incapaz de evocar el timbre desgarrador de sus propias voces monótonas. McConochie, el hilo gastado de cuya mente pretenciosa quedaba desnudo – mientras vagaba una y otra vez del atril al radiador humeante – por sus involuntarias referencias a la parálisis general de los dementes, o incluso a la demencia precoz, términos obsoletos que significaban mucho menos que el coloquial: *chalado* – pero que servían a sus propósitos e inculcaban en sus alumnos – también en Busner – la obstinada convicción de que cualquier paciente interno de larga duración que superase cierta edad no solo padecía una patología definida sino una condición totalmente amorfa. —Por esta cosa de chalados, al mismo tiempo fluida y densa, vadea Busner, y además de atascar el pasillo interminable, también yace en charcos viscosos a lo largo del edificio adicional y sus anexos. La cabeza de la anciana *vibra fuera de mi alcance: un componente de una línea de montaje que acaban de parar los gritos de los trabajadores de la fábrica...* Tiene tics, y sus pies pequeños y retorcidos, metidos en unas infantiles zapatillas de andar por casa, dan patadas a un borde de azulejos de linóleo que se dobla alejándose del asfalto. *Patalea y patalea: microambulación* que sin embargo no lleva a ninguna parte. Busner piensa, inevitablemente, en un juguete de cuerda que traquetea allí mismo, *un maniquí de plástico condenado a derrumbarse...*

pero no lo hace y así él continúa, con los muslos *pesados, doloridos* cuando se abre paso a través de su propia indiferencia clínica.

Justo a su lado, encorvado como ella para evitar su hombro tembloroso y mirarle la cara, que aparece... *profundamente enmascarada: piel áspera como una corteza en la que se han taladrado unos ojos aterradoramente móviles.* – Conmocionado, se retira, y la anciana está de repente *otra vez lejos, temblando y con tics, con los dedos escarbando, los brazos flexionados. Soy un hombre mono, soy un hombre mono-mono...* Perceptibles llamas de movimiento se encienden en el lado izquierdo de la mujer, en medio de los más densos matorrales de la acinesia, una parálisis que no es solo de los músculos... *sino de la misma voluntad – ¿abulia?* luego suben ardiendo por un brazo, pasan por los hombros, antes de *explotar en chispas de tics y así extinguirse...* La *tortícolis* viene a Busner *inútilmente* – y tal es el drama parasimpático que acaba de ver que se queda atónito cuando dos miembros del personal auxiliar, con el pelo negro y rizado *crema gasificada* en blancas caperuzas de nailon, se separan con naturalidad para evitarlos – ... Digo que le hagas a una chavala una oferta que le guste, sus observaciones vuelan entre él y la anciana... Ves, sube aquí casi todos los días... – antes de reunirse otra vez y seguir, indiferentes. —*La mujer eléctrica nos espera a ti y a mí...*<sup>4</sup> con Nescafé y un porro de marihuana *quemando goma* tras el acto del International Times en Roundhose. En algún sitio del cuchitril de una sola habitación de Chalk Farm... Busner se había llevado el *veneno de colmillo retorcido*, le habían llamado la atención las ediciones en rústica de Ronnie Laing y Jean-Paul Sartre amontonadas en la estantería de madera y obra... *repugnante.* El pelo del novio caía más lacio que la cortina de cuentas que ella hizo tintinear cuando entró con las tazas. Iba vestida de terciopelo – el novio llevaba una *especie de saco de arpillera.* ¿Era Busner quien había viajado en el tiempo desde un pasado tan chirriantemente austero como su chaqueta deportiva con los colores de la carta de ajuste y corbata inarrugable o, al contrario, eran ellos los que habían viajado en una espiral de op-art desde un sueño opiáceo preindustrial de afectación y mugre? *Luego...* ella lo ungió frígidamente con Bálsamo de Tigre y copularon sobre un suelo de cojines cubierto de tela india que tenía diminutos espejos cosidos al brocado. Al novio no le había importado *tengo que irme, tío* y Busner fue... *una cosa viperina abriéndose paso dentro de la bata de la mujer.* Ella jugueteó con los botones de hueso sobre su garganta de terciopelo. La piel y los pelos de él se enganchaban en los espejos, sus dedos *hacían cuanto podían con sus pezones.* *Ella me miró despectivamente desde abajo...* una de sus pantorrillas yacía fría sobre las tablas del suelo. Se oía *el débil aplauso de las palomas* al otro lado de la ventana. —Siente la fuerte inclinación de tocar a la anciana, el tacto, piensa, podría liberarla de este trance – pero antes: ¿Se encuentra bien? ¿Puedo ayudarle? *Nada.* La cara del revés *me mira fijamente,* los ojos se deslizan hacia abajo y vuelven a alejarse, pero el foco de atención está detrás o frente al rostro de él, nunca sobre este. – ¿Puede decirme en qué planta... está? La agarra del brazo – con más firmeza de la que pretendía *hipertonía aguda músculos viejos y gastados pero tensos, los huesos bajo la manga acrílica, la manga de nailon, la piel de lona... delgadas varas de metal.* El elegante nuevo reloj de cuarzo gira su cara negra y brillante en su propia muñeca rechoncha mientras el malestar de la anciana vibra a través de él... *Ahi viene Zachary...* él se pregunta: ¿Estoy desenfocado? Ashwushushwa, farfulla ella.

¿Qué? Ashuwa-ashuwa. Uno de sus ojos brillantes mira lascivamente el suelo. Dice él: ¿Son mis zapatos, mis Hush Puppies? El ojo de la anciana se cubre de decepción – luego se aclara y mira de reojo el suelo otra vez. Babea, la saliva se le acumula en el pómulo y se extiende sin interrupción hasta el punto donde garabatea sobre la baldosa como *el rastro plateado de un caracol*. Finalmente... *el lento, estúpido Zachary* se agacha y empuja hacia abajo el borde de la baldosa para que la punta de la zapatilla que pataleaba pase sobre él. Luego... ¡la anciana se va! No renqueando sino caminando con suavidad y fluidez, con los hombros rectos, el cuello erguido sosteniendo la cabeza mientras los brazos se balancean libres de toda rigidez. – A Busner le ha costado tanto alcanzarla, le ha llevado tanto decidirse a tocarla, que ahora se queda atónito: debería estar justo delante de él y no a veinte metros de distancia y *cayendo por el largo hueco del pasillo*. *Solo que...* el paso de la mujer es cada vez más rápido y luego *demasiado rápido... festinación*, otro latinismo que no viene a cuento, acude a su cabeza mientras la anciana *es arrastrada lejos de mí sobre la marea marrón...* ¿Es esto, se pregunta, un contradictorio efecto secundario de la medicación? ¿La huida de lagarto que hace de contrapunto del plúmbeo paso del Largactil? Porque, por supuesto, es impensable que no le administren algún tipo de clorpromazina – se la dan a todo el mundo. La droga satura el hospital como antes el paraldehído empapaba el manicomio, aunque algunas voces aisladas – entre ellas la voz acallada de Busner – sin dudar de su eficacia, su... humanidad... han cuestionado que sea necesaria. Pese a todo el bien que hace, porque no hay forma de condenar su flujo dulce y sepia, una sola oleada que sin embargo ahoga muchas, muchas voces. Desde su llegada a Friern, a Busner, que no había visto tantos enfermos mentales crónicos en el mismo sitio en muchos años, le ha sorprendido *la cloreografía*, el lento paso de zapatillas del coro del que de vez en cuando un miembro principal se libera dando patadas al aire, en un remolino de brazos y piernas. Detectado ese tranquilizante – pero también consciente de un constante ritmo de fondo de movimientos involuntarios: la discinesia tardía que deforma los cuerpos de los internos, manos que aletean, músculos faciales contorsionados, *cabezas que se sacuden...* Los poseen, piensa, antiguas subpersonalidades, los bloques de construcción neurales de la psique... *Se ha ido* – o, al menos, está demasiado lejos en el pasillo para que la vea como *una partícula humana*. Busner, que siente interés por la mayoría de las cosas, ha leído sobre los aceleradores lineales, y saca un bolígrafo de punta verde de la hilera que guarda en el bolsillo del pecho – verde para sus comentarios más imaginístico, rojo para las observaciones clínicas, azul para los recuerdos, negro para las ideas – y luego escribe en el cuaderno que ha sacado y abierto: ¿Con qué se chocará? ¿Qué pasará entonces? Todas sus partes subhumanas, ¿se pueden observar? en el pasillo largo y oscuro donde juegan a todo: *saltar* y barcos y *aros por chokolatinas*. Mary Jane viene a *darles una zurra*, ¡Ojo con el rodapié!, grita. En el pasillo todo está oscuro – tan *oscuro como una mina de carbón*. La única iluminación viene de un tragaluz de abanico sobre la puerta, llega los días de sol en un solo haz una *escalera de Jacob* que selecciona una *zarza ardiente* en las tablas del suelo sobre las que saltan Stan y Audrey – Mete la mano izquierda, saca el brazo izquierdo, muévete un poco, un poco, luego gira, los niños, cantan *Loobeloo, loobeloo*<sup>5</sup>, pero Bert se ríe de ellos: Pobres, no tenéis ni ropa, solo batas, y abre con fuerza la puerta delantera y sale al rellano a jugar con sus canicas... su

*ganador... su cinco y seis y todo.* Las tiene todas pulcramente envueltas en uno de los moqueros de su padre, envueltas y atadas en un pequeño fardo. Se sienta en el escalón y las saca y las pone en fila. Audrey mira desde detrás de la puerta y ve *marrón arcilla, remolino, tripa de cristal* con *rayos de sol* brillando a través de ellas *tan bonitas* que no puede resistirse cuando él baja los cuatro escalones para sentarse en el bordillo y retorcer la paja caída – *la coge* y se mete dentro. Stan abre mucho los ojos, Ya verás, dice, ya verás. Están de pie en la *zarza ardiente* mirando la canica listada que brilla en la palma de la mano de Audrey y ninguno de los dos se puede mover – Mete la pierna izquierda, saca la pierna izquierda, saca la pierna izquierda, *saca la pierna izquierda...* pero no durará *para siempre*, está atrapada pataleando y pataleando contra una barrera invisible, mientras, aterrorizada al imaginar lo que Bert *me hará*, la cabeza de Audrey se sacude, *mete el coco, saca el coco...* La puerta se abre ruidosamente sobre las bisagras y ahí está él: ¡Dónde está la de rayas! Aúlla, luego carga contra ella, *Métete entera, ahora sal entera...* Le agarra tan fuerte de la muñeca que nota los huesos girando dentro, luego se la retuerce para que el puño se abra impotente. ¡Ay-ay-ay! ¡Ay-ayay!, gimotea ella. Los ojos del hermano mayor están fijos en su amada canica, pero los de ella, los suyos, se sienten igualmente atraídos por el brazalete que lleva él, con sus segmentos dorados *fieros* en la *zarza ardiente*, y en la parte trasera una enorme joya negra *las cuentas de azabache de Madre*. Audrey se tambalea, casi se cae, se dobla para escapar del *dolor* y se queda allí atrapada, sintiendo la larga franja *vulcanizada* de tensión que orbita en torno a su parte central y se dirige en ambas direcciones a lo largo del pasillo *un tubo interno ajustado en torno al borde de una rueda de bicicleta*.

Atrapados en la carne presente están los fragmentos reflectantes de una explosión devastadora: una bomba de relojería preparada en el futuro y colocada en el pasado. Los escombros incluyen la hilera de casas de Novello Street hacia Eel Brook Common, con los dos pisos superiores de alfarjía e inclinados sobre la carretera bajo picos de viuda de tejas arrugadas. Está el gordo vientre del horno de la fábrica de cerámica en el recodo de King's Road y el deshilachado patrón de los tejos en los terrenos neblinosos de la Casa Carnwath. El Viejo Támesis traga montones de mala hierba y grasa atascados en el barro a largo de la ribera, desde el puente hasta la estación. Su padre chupa una rama de avellano que ha cortado y tallado con su navaja para meterla y sacarla de su boca embarrada, entre los dientes de mala hierba y grasa que le quedan. —El padre de Audrey, Sam Death: no De'Ath, no de dar-se-aire, como otros que piensan que son mejores de lo que son. Por ejemplo, el hermano de Sam, Henry, que se hace llamar así, y reside en una nueva villa en un sitio que se conoce como Muswell Hill. Tienen su propio general, los De'Ath. Audrey lo ha oído tantas veces que incluso ahora, cuando ya tiene diez años, no puede impedir esta visión: un hombre robusto con una chaqueta escarlata que lleva por todas partes galones de oro, sentado en una silla de cocina en el cuarto de la limpieza. Blancas patillas sedosas en el borde de su cuello alto, mejillas rojas apretadas contra la pared encalada. No es que la madre de Audrey hable del general de los De'Ath con envidia – siempre ha habido cierta amabilidad al respecto: aunque los Death no son de la clase de gente que tiene sirvientes, tampoco son de *los que sirven*. Y, aunque los Death no son mejores de lo que debieran, tampoco son peores de lo que podrían ser. Cotilleos en el salón antes de que pusieran la nueva estantería, antes de que

llegara el piano de pared – cotilleos cuando Mary Jane puso una lámpara solar en la mesa al atardecer y suavizó las esquinas de la habitación con su globo dorado de luz. Malas lenguas, cuchicheaban, granujas, vagabundos – varios acudieron en distintas ocasiones para decir: Buenos días, señora, he estado en la cola del asilo de Lambeth,<sup>6</sup> y un tipo me ha dicho que si venía al oeste me daría diez. Pero Sam Death no se andaba con susurros: ¡Diez! ¡Diez por un jamelgo asmático lleno de gachas! ¡Puedes considerarte afortunado si te vas con tres peniques – ahora a tomar por culo o llamaré a la poli! Los vagabundos no se enfadan – tres peniques son *una buena tajada*, así que salen de la avenida hacia Fulham Road, se ponen la gorra mientras el padre de Audrey se abrocha los largos faldones de su abrigo de piel de conejo y dice: Ese no va a cenar con el duque Humphrey esta noche. Audrey nunca ve al *jamelgo asmático*, solo sabe del otro hermano de su padre por esas salidas nocturnas – Sam se marcha para reunirse con él, murmurando que: Es una pena tremenda que el Honrado John Phelps del ferry ya no esté, y que no pueda llevarlo al lado de Surrey. Así que James Death, el tío pobre, se convierte en todos los pobres para Audrey – cuando la mandan a buscar a su padre en el Rose & Crown a la hora de cenar, *la de Jim* es la sombra que hace cabriolas junto a las bailarinas del escotillón. A la luz de una lámpara de nafta, lo ve, humillándose tras uno de los puestos ambulantes del mercado de Monmouth Street – encogido de miedo, recogiendo pieles de naranja y *apretando la sonrisa de la fruta sobre su boca de viejo...* Luego está el hombre que pinta la acera arrodillado delante del quincallero de Kingstreet, donde Audrey espera mientras su madre entra para comprar una lata de limpiador Zebra. Ese hombre-rata traza una horca en el granito con carbón, no tiza – una madeja deshilachada de signos de la que cuelga el Tío Jim, mientras canta *La san-gre de Je-sús nunca me ha fa-lla-do...* con la gorra en la mano.

Stanley, con su chaqueta colgada en el cerrojo del retrete, vierte la cámara blanquecina en la ranura de hierro – *Gilbert, Gilbert Cook...* hace algo similar, así que Audrey *me muerde el labio*–. Pero todavía no – antes de eso, Albert se sienta a la mesa de la cocina, con las mangas de la camisa sujetas por bandas *fascinantes*, y sus padres ya se llaman Death, para rimar con los *teeth* que Sam hurga, con la cara *hinchada y roja como una remolacha*. Tendrá una apoplejía, jefe, le dice Albert, mojando la plumilla y llenando la línea de Olive en el impreso del censo con una caligrafía rápida, hábil, oblicua, de oficinista. No me llames jefe, listillo, gruñe Sam, ¿qué más da que cambiemos una *a* por una *e*? ¿A quién le importa, aparte de a nosotros? Albert tiene la cara de su padre, que sería bastante hermosa *en un hombre gordo*, aunque resulta rara en sus cabezas ahusadas – la carne suave *se amontona* sobre sus cejas y en las mandíbulas. Será asunto del ministerio, diría yo, sería mejor si lo dejara – y mientras habla Albert sigue escribiendo, Death, Violet May, hija, —, — — — —, — —, En segundo lugar, con la pluma *morseando* de caja a caja y los guiones indicando otras características compartidas – al menos hasta que haya ido a las habitaciones, no quiero hablar por los demás... quienes, pese a que han crecido con Albert siempre delante de ellos, todavía se sienten inquietos cuando hace dos cosas a la vez, *ambas perfectamente*: tocar el piano y leer el periódico vespertino, calcular el tiempo de cocción de un huevo mientras suma los gastos de la casa – nunca le falla la alternancia entre mano y pie, ni la coordinación entre ojo y mano, ninguna variabilidad de escalas lo confunde. Son gemelos en una sola piel, dijo un

bromista local, al ver cómo Bert golpeaba impecablemente un balón de volea mientras señalaba posibilidades para el jefe en el Pick'Un<sup>7</sup> con el último trozo de un lapicero – eso cuando padre e hijo todavía estaban unidos, en Craven Cottage, un campo pisado y aplastado hasta convertirse en cenagal felizmente torturado. Audrey pensó: si somos Death, el tío James debe de ser *dearth*<sup>8</sup> – una palabra extraída de la Biblia y de Bunyan en el colegio, ya que los Death no son asistentes habituales al oficio religioso, y tampoco van a comulgar.

Cuando cuatro de los cinco hijos de los Death habían dejado la casa de Waldemar Avenue, Samuel A. Theodore Death, de cincuenta y un años, casado a los treinta y uno, Inspector Nocturno de Garaje, Omnibus Company, Obrero, todavía era conocido familiarmente como Rothschild Death, por las apuestas y el abrigo de piel de conejo, y las *medias y medias* que se bebía en pubs y garitos desde King Street hasta Parsons Green y Mortlake, cervezas que impartían un lustre jovial a su revestimiento de ampulosidad. Familiarmente, *sí*, porque *a esos no se lo diría*, pero oficialmente era Deeth, y cuando los tres Deeth se trasladaron de la arcilla de Londres a la marga roja de Devon, con la ayuda de Albert para instalarse en una casa de campo de Cheriton Bishop – donde se había criado Mary Jane – la gente de la zona empezó a llamarlos los Deer. — Sam Deer se tambalea por el pequeño jardín, Olive Deer lo observa. Ella ha visto fotos en el semanario ilustrado y ha leído el texto que las acompaña. La fotografías son crípticas – las palabras tremendamente alusivas. Olive, que no sabe nada de los cuerpos adultos salvo el suyo, todavía se pregunta por qué llevan comida a las mujeres de la prisión de Holloway que no quieren comer... que mantienen las mandíbulas fuertemente cerradas. Se pregunta cómo sería contarle a alguien que un retorcido riachuelo de hormigas se ha filtrado en la casa desde el jardín empapado por la lluvia. Ha entrado, ha inundado las escaleras, ha absorbido los arroyos de los bordados y ahora, de una manera que no es desagradable, está infestando *mi cosita*.

Stanley arregla la cámara de la rueda, la mete en el agua del cubo de madera, la *anguila retorcida* envía un *pipí* de burbujas a la superficie. La saca, la limpia, señala sus *agallas* con la tiza. Atrapada en la esquina, el pasillo se extiende ante ella... *más largo que el tiempo*. Audrey *arde de codicia* por esa bicicleta, convencida de que puede llevarla mejor que él – de que puede arreglarla más deprisa. *Hecha un pincel* con el traje a medida que ha comprado con el sueldo de su primera semana en Ince's, desea la bicicleta – y está ofendida con su hermano. Una cosa era enjabonar los cuellos de las camisas de Bert – porque cuando eran pequeños la primacía del mayor se daba tan por supuesta que no había más necesidad de hablar de ella que *de lo que hacías en el retrete*. Pero Stanley – su *bebé*, su *sana-sana*, que tuviera esto en vez de ella, bueno, estaba destrozada, en su interior crecía la sospecha de que nunca *le he importado un bledo*. Jugando, jugando a Queenie – y yo era *Queenie* y los Wiggin se *burlaban de mí*... y ese chico asqueroso, de Sands End – del que Madre dijo que su ropa apestaba a gas – coge la pelota y la tira en un charco, luego la embarra de mierda de caballo y cuando me doy la vuelta me la tira tan fuerte que la cuerda se rompe y todo el papel empapado y manchado de mierda me envuelve la cara y me salpica la bata, y Stan salta sobre él, dándole duro, defendiendo a su hermana mayor, y el chico de Sands End llevaba unas botas de clavos, sin calcetines, solo esas botas... que se acercaban a la cara de Stan... ¡un

grito! Los Wiggin chillando, escapándose. Debía haberse soltado un clavo – había mucha sangre. Cuando Bert salió de la casa y lo echó de allí, el chico de Sands End estaba escupiendo: ¡Eh! ¡Méate por la pata abajo y juega con el vapor! Aun así... quizá... quizá... incluso entonces *era todo un maldito espectáculo...*

*Carne fría y pastel de cordero, Dime cuándo se va tu madre al cementerio...9.* Noviembre en *el asqueroso Fulham*, las calles húmedas y grasientas – del color de troncos podridos. Mal aire del río, mal aire de las Fábricas, malta podrida que sopla desde la cervecería Lamb hacia Chiswick. En el cuarto de atrás Audrey se frota la mejilla con la cortina de muselina manchada de hollín y mira en la penumbra los patios de su hilera de chalés adosados y de las hileras que hay detrás, divididas por muros y vallas en territorios separados, cada una con su cabaña enhiesta... *un puesto de mando – la liberación de Ladysmith. ¡Ven al ja-ardín, Maude!10.* Y mira los tallos de frambuesa astillas dispersas, la joroba de un jarrón abandonado, un montón de ladrillos, una pajarera *con la forma del Palacio de Cristal que los vecinos tenían para un estornino que había graznado al hombre de la carne para gatos: ¡Carn-ne para ga-a-tos!* Hasta que *igual lo mató un gato. ¡Audrey! ¡Or-drii! ¡Ven a cenar! Carne de gato y pastel de cordero, Dime cuándo se va tu madre al cementerio...* Debería haber estado allí abajo con sus hermanas, sacando la pierna de cordero de ayer de la fresquera para la carne, pelando e hirviendo patatas, raspando el sebo de la palangana de esmalte azul. ¡Or-drii! No tiene *la menor gana*. Hay tiempo para las tareas después – sus manos con rozaduras de sosa *arenques ahumados* flotando en el agua *sucia*. Además, ahora no puede soportar a su madre – Mary Jane apesta a clorodina y está tendida, narcotizada en la tumbona de piel de caballo que sus hijos llevaron desde el salón cuando se hundió. Su *Ladysmith*, una carpa de estilo colonial de chal gris de lana y alepín negro, su cansado pelo caoba *que se oxida* sobre sus hombros grandes. Me da pereza ponerme corsé cuando tengo el mes, dice. A Audrey la repele – la asquea que su madre le confiese su *mal de mujer* a ella sola – *esa cosa, ¡Or-drii!* donde se revuelven en bolsillos cosidos de tiempo, apartadas del *jaleo general* de la vida familiar de los Death.

Ella baja ruidosamente las escaleras desnudas – la alfombra del pasillo todavía no llega hasta ellas, se retrasa con respecto al mesurado paso Death mientras sube de un piso a otro en el número 18 de Waldemar Avenue. Cuando llegaron, la casa – que apenas tenía veinte años – acababa de sufrir su primera degradación: vendida por la familia que la había comprado a un tal Emmanuel Silver, que a su vez la compró a su constructor y la había dividido en tres residencias. Los Death – Samuel, Mary Jane y los otros tres niños, que entonces eran muy pequeños – tenían el piso de abajo, un horno de verdad y un *calentador nuevo*, aunque debían compartir con las otras familias el viejo retrete con cubo del patio. Los Poultney tuvieron un tiempo las habitaciones del primer piso, hasta que Abraham Poultney perdió su trabajo como montador en Ellis Tramways, un acontecimiento que coincidió con – o que pudo haber causado – la muerte de su hija menor, Rose, de difteria. No estaba bien, dijo Mary Jane de la señora Poultney. No era que no fuese respetable – pero no tenía agallas, pobrecilla. No vi a Rose durante, ohh, una semana – te diste cuenta, ¿verdad?, Ordrii – así que voy y veo que la han puesto encima del armario del dormitorio de atrás. El olor era terrible. Los misericordiosos Death habían pagado el funeral – incluyendo el ataúd de juguete, una ganga, *barato pero*

*decente*. Más o menos al mismo tiempo Samuel había obtenido su puesto como Vicedirector técnico general del garaje London General's de Fulham – esto, tras largos servicios como conductor y luego como revisor. *Era un esquirol*, dijo Stanley, años después, *así que le daban su merecido*. Audrey nunca pensó que eso fuera la historia completa – había visto cómo su padre *manejaba y cuidaba* a los caballos... Ella estaba con él una vez que se agachó en la carretera después de que pasara otro coche funerario y dijo: Mira, chica, hay mierda y paja. Lo que comen y lo que sueltan por detrás. La paja es para amortiguar cuando nos arrastran. Cuando nos planten en el suelo, nos convertiremos en tierra, que es otra forma de decir excrementos. Era un discurso atípicamente largo de su padre – al menos, en presencia de un miembro de su familia. — Clavada delante del Cock & Magpie con una gominola que chupar – o no, Audrey no oía a Padre, a Samuel o Sam, sino a Rothschild Death dando un discurso en el bar: sobre las locuras de la tierra, la imaginación romántica de las nuevas mujeres y la locura socialista de los Progresistas. De vez en cuando un cabriolé o una doble berlina tardía pasaba por King Street – con trozos de paja trenzadas en las colas de los caballos, seguidos por el cascabeleo de un ómnibus hacia el garaje de su padre. Un abrigo Ulster se alzaba como la marea y un sombrero Homburg podía sacar de un codazo a una ramera por la puerta del pub, *maldita puta*, dándole a un cantante ambulante la oportunidad de deslizarse en la reflectante cacofonía *dorada y humeante* de los faldones de su abrigo. Resguardada, podía gritar: Bueno, ¡si crees que mi vestido es poca cosa, poca cosa – no es mucho! Mientras se subía la enagua, tal como era, hasta que la abrumaban gritos escandalizados: ¡Es una perra, Rothschild! ¡Echa a la puta! La cara de su padre colgaba moteada de la fuente brillante del borde de su sombrero, el murmullo de la enorme lámpara de cristal que había sobre la puerta doble. Ahí arriba, en el brillo elemental, flotaba una figura de formas suaves con un vestido delicadamente estampado. Ahí arriba, donde *el Pensamiento sin palabra lo permite, Todavía mora su espíritu dulce, Que no conocía otro mundo aparte...*<sup>11</sup>.

Audrey había visto a su padre con los caballos – y lo había visto con hombres: era un garañón entre ellos, se relacionaba sin dificultades – pero desprendiendo la suficiente sensación de peligro como para darle autoridad, *Caballeros, he buceado en Romano's, y ahora su puro con forma de salchicha chisporrotea en su rostro...* ¡mis tejidos *rejuvenecen!* Aprende rápido, Rothschild, que engancha en su cuello grueso la curva de su bastón de bambú y sale de escena. Una vez *eso dicen* le dio una paliza a un peón caminero *y casi lo mata*, aunque no imaginarias esas *maniobras de sus puños* al ver cómo se dirigía a casa por Fulham Palace Road, con *esa hija pequeña* de pelo de fuego delante de él, iluminando el camino hacia *otra cena de carne...*

Albert y Stanley están sentados, los dos con libros que mantienen abiertos los bordes de sus platos, los dos con el cuello desabrochado, acunando sus tazas de té en la mano, tanto para calentarla como para beber. Vi y Olive miran embobadas, con caras blancuzcas pellizcadas entre hombros puntiagudos, cada una con una rodaja de pan con sebo en la mano mientras contemplan este espectáculo viril: el hombre y los chicos se turnan para cortar la pierna de cordero, luego ponen carne en sus caras demasiado parecidas. Los cristalinos ojos de pisapapeles de Albert, de color de pizarra de Gales, recorren de arriba abajo las columnas estrechas de las Tablas de Trigonometría de Rous

– que no consignan en la memoria cosenos, senos y tangentes, solo confirman las fuertes uniones de las baldosas de granito ya dispuestas en las carreteras rectas de su mente metropolitana. Y Stanley – la complexión menos rosada y las cejas más finas que las de su hermano mayor – suspira, uhh, y las puntas de sus dedos pasan de una página a otra de un libro de la Biblioteca. Parpadea y su flequillo se mueve, el zumbante mecanismo de varas de baquelita y cristal, impulsado por decenas de volantes, aprieta sus átomos en el haz cinética en varios espasmos abruptos que, aunque lo echan hacia atrás en tal grado que su cuello recién afeitado toca su trasero, no son en modo alguno incómodos – y toda la esencia de Stanley se descarga después desde la elevada boca del artilugio, que lanza un rayo de luz entre los radios de la Gran Rueda de Earls Court. Por encima la ciudad sigue – doloridos ululatos de los barcos anclados en Tilbury, capas-de-gas-shhh en la atmósfera superior – y, todavía más arriba, las nubes que parpadean muy bajas. En una abertura unos Junkers con pickelhaube se destrozan las mejillas a sablazos, en otra una zarina besa un huevo con incrustaciones de rubíes y granates. El haz está tan alto que los átomos de Stanley trazan órbitas, ¡rodean la Tierra una, dos, tres veces! Antes de inclinarse cada vez más hacia abajo en el corazón de color verde veronés de África, donde, en un claro de la selva, espera a *Fortescue, mi mecánico*, manejando la manilla de un aparato que absorbe el haz en su embudo de celuloide. Stanley es una aparición que se solidifica rápidamente, jadeando en un patentado traje de ciclista de lana de Jaeger. Él y Fortescue se estrechan la mano vigorosamente. ¡Excelente disparo, amigo mío!, dice el mecánico, mientras un jefe negro sale de entre los árboles y su guardia de honor de guerreros desnudos deja su tributo de colmillos de elefante *a los pies del científico aventurero...*

...¡Olive, Olive! Ay, no sé, te pasa algo, chica, ¿no ves que tu padre está esperando su cerveza? Olive se vuelve hacia el cuarto de la limpieza, cojeando sobre la punta de las botas que le van pequeñas – casi pone la mano sobre el fogón rojizo para no perder el equilibrio. Audrey también cree *que a esta chica le pasa algo*, y además: *Están compinchados*, quieren que esté así, perdida, confusa, *mal de la azotea*. Sam quita rápidamente el trapo con cuentas del jarrón y echa una cerveza en su taza para bebedores con bigote, y hay *cuentas* de sudor en la frente de Mary Jane Death. Encima de ella, en el aire viciado de col, hay un dechado que Audrey cosió en la escuela. – *Uno, dos, tres, cuatro, chicas. Uno: aguja en la mano derecha. Dos: el hilo en la izquierda. Tres: Enhebrar. Luego cuatro: hacer un círculo y anudar. Ahora, a trabajar con el dedal...* Las manos de Audrey, desacostumbradas a este trabajo fino, temblorosas e inquietas en una calentura que se sentía incapaz de dominar, y que le parecía imposible que formase parte de ella, en vez de algo que nevaba venenosamente del techo color verde arsénico... *Los dedos en los pulgares, uno-dos, dedal-pulgar, dedalpulgar, dedalpul...*—Del que come, dice ella, salió comida y del fuerte salió – ¡Burrurp! ¿En serio, Samuel, dice Mary Jane, riendo, no puedes evitarlo? *Están compinchados*, juntos *han hecho cinco y no han perdido ninguno*. Stanley se ríe del eructo de su padre y dice: Jueces, capítulo 14, versículo 14 – estamos iguales, jefe. Albert, sin levantar la vista, hace una mueca y Audrey oye lo que él oye: el eco de un hermano dentro de la cueva huesuda del otro. Estoy entre ellos – soy un prisma o una lente. Haces de Stanley, haces de Albert, jugando, cada uno sobre el *rostro vacío* del otro hermano...

El curioso *aspecto rotundo* de un hombre grande que se levanta y se pone los tirantes – lleva el bigote húmedo de cerveza y tiene manchas de tabaco sobre el labio oculto. Cuesta imaginar que haya un labio debajo, porque el pelo de Samuel Death tiene un tono muy parecido a la carne, y, si no fuera por el rojo de sus mejillas, pensarías que *el bigote era su labio*, aunque hay tiras de piel brillante que parchean la parte trasera de la cúpula desnuda de su cabeza: Bedlam grabado en el Illustrated London News. —Un cuerpo digno de verse, caminando junto al muelle en un puerto mediterráneo, con un cesto de ropa sobre la cabeza. Cuatro marineros juegan a los dados en una maraña de cuerdas y palos mientras le miran el trasero. Ninguno de los Death sabe de dónde ha salido esta imagen picante – simplemente brotó en la pared, ocultando el papel con su patrón entrelazado de violetas y pensamientos, papel pintado suelto a causa del humo, roto en pedazos, y sin duda precede a los Death porque, cuando Audrey era más pequeña, estaba convencida de que su hermana menor llevaba ese nombre por él. —Ahora Violet trepa a la silla de la que se ha levantado su padre y, con manchas en las mejillas, alarga la mano para cerrarle el botón del cuello. Todos se han visto obligados a participar en su aseo: Stanley va a buscar el ostentoso abrigo colgado en la percha del pasillo, Olive le abrocha las polainas, Audrey y su madre mezclan té y ginebra en su petaca. El único que sigue a la mesa es Albert, cuyos ojos triangulan un dominio de formas más puras, su tenedor *rrrrrrrrraspa* las formas de la salsa. Samuel grita: ¡Trae el Coniston! Un tónico capilar que aplica locamente a la parte delantera y trasera de su cúpula, mientras pone primero un perfil, luego el otro, ante el óvalo del espejo encadenado a la puerta – este, un movimiento que muestra por completo el brusco isósceles que, junto a su amor por la presunción, le ha granjeado su apodo. No es, medita Audrey, que sea como el casero, Silver, que llega vestido sobriamente con un sombrero hongo, cuello de puntas, botas impecablemente limpias con laterales elásticos – pero cuya cara es cetrina, hermosa, los rasgos algo exagerados, *dibujados a carboncillo*. Los Death son moldes de yeso, festones romanos y ramas de vid estampados en su blancura. Son rosados y rubios, marrones y más rubios, todos salvo Audrey, cuya cabellera roja y cuyas mejillas salpicadas de migas de pastel presagiaban... ¿qué? ¡Ordrii, Ordrii, Ordrii, a tu madre la dejó preñada un peón caminero! Comoquiera que adquiriese esa mancha, no son señales distintivas – y menos todavía en Munster Road, donde las casas están *dañadas* por todas partes y hay una familia irlandesa – o dos – en cada habitación, y las calles están llenas de *pelirrojos*. Aun así, *Viene el judío, viene el judío por su gelt...* se canta con energía el jueves por la noche, con la que sea de las dos niñas que esté a mano, cogida y saltando sobre su rodilla. Samuel solo termina cuando oye el *crrrruuuuujjjido* de la verja, luego va a la puerta para observar, despectivamente, cómo Silver se suelta los bajos de los pantalones, se quita los guantes y se descubre cortésmente. Desde la altura del monte Horeb del umbral, el padre de Audrey entrega media corona, luego otra media, a las que sigue – tras un intervalo insultante – una moneda de seis peniques. Pone las monedas en la mano del hombre elegante, *pagando por que te crucifiquen, joder*, tragándose su irritación, antes de retirarse al Gólgota del salón para que Silver pueda subir y hacer lo mismo a los otros inquilinos.

El extraño jadeo y resuello que acompañan a un hombre alto y corpulento que se mete en un abrigo de cuerpo entero. *Uuf-uuf*. La piel de conejo yace escurridiza y áspera a la

luz de la lámpara de gas, el Coniston que suda *apesta el retrete*. Detrás del hombro de su padre Audrey ve la expresión pícara de Stanley: un criado, preparado para *ponerlo en su sitio*, diciendo, *Digo, padre, que es una ropa muy extravagante para un explorador que no va exactamente a remontar el río Congo, solo al garaje de Putney Bridge* – lo diría, es decir, *si estuviera loco*. Samuel Death echa otra mirada a la habitación, luego ejecuta una imposición final de disciplina paterna: ¡¿Quéeeso?! Coge el folioscopio que Violet acababa de cogerle a la amodorrada Olive – Audrey sabe cuál, lo daban con el Daily Mail cuando se celebró el desfile final por el cumpleaños de la vieja reina, tarjetas rígidas cosidas para que se pudieran pasar y ¡Por Dios! Los jinetes que vienen de *darle al bóer* tintinean sin sonido en el desfile de la Guardia Montada, con sus monturas avanzando en el estacato de polvo. Samuel lo mira, deja que caiga al suelo pintado, se desabrocha *extravagantemente* los faldones recién abotonados del abrigo. Los separa y busca el reloj en el bolsillo del chaleco. ¡Bueno, bah! – cortina de piel se hincha–. Quédate con estos cotillas, Mary, gruñona mía – ella sonríe afectadamente en la tumbona – más vale que me dé prisa... Todos los ojos están concentrados en los dedos torpes de él, salvo los de Albert. Samuel Death sostiene el reloj por la pulsera chapada en oro, su cara es un círculo azabache que eclipsa el presente que fluye detrás y delante del aparato. Pellizca los botones diminutos de cada lado del revestimiento y mira las rojas figuras iluminadas, 08:54, cada dígito compuesto por líneas rectas, biseladas en el extremo. *Números de cárcel... Estoy en la cárcel... en el hospicio – el manicomio, ja-ja-jooo – ¡ayúdame, ayuda, ayúdameayúdame, Stan, Bert me está torturando! ¡Ay-ay!...* —La larga franja engomada de tensión rodea su centro y se extiende en ambas direcciones alrededor del pasillo, tirando del pasado al futuro, atándola al momento – su vientre *está tan lleno* que se siente *rara, como si pudiera... No sé*. Antes de bajar a cenar cogió el trozo de percal que había doblado en forma de *Harrington Square* y se lo metió en la parte delantera del calzón, aunque sin saber realmente por qué *toda señora debería conocer la mayor invención de nuestra época para la comodidad femenina...* Stanley suelta la cámara semiinflada y la coloca en la rueda de la bicicleta y ¡me voy! Saltando como un guisante en la plancha... *la rosa de Holywell Steet... atrapado en él, atrapado en ella... Solo encendemos el generador eléctrico de vez en cuando, señorita De'Ath, ¿no le parece que la luz de la vela es más agradable estéticamente?* Cables que cuelgan de un lado a otro del taller ¡chiiii-ung-chung-chung chung! La base del torno se mueve hacia atrás y Audrey suelta el mandril, cambia la broca – un fusible tintinea sobre los demás. Luego están saliendo por la Puerta Número 1. ¿Dónde están las chicas del Arsenal? Trabajando día y noche, Perdiendo el rosa de las mejillas, Por muy poco dinero...<sup>12</sup> banderas rojas y verdes llegan de ninguna parte y ondean en lo alto de los ómnibuses, atestando Beresford Square. ¡Hombros atrás! ¡Cuellos rectos! ¡Balancead los brazos! ¡Somos las chicas de las municiones, las sufragistas, las salvajes chicas revolucionarias!

¿Qué puede significar este rápido cambio de la parálisis al movimiento? Busner se queda inmóvil, toda la podredumbre agria de los kilómetros de pasillo intestinal del hospital soplan en su rostro perplejo. Esto debe ser, intuye, algo – alguna patología definible... *sin duda. El marcado contraste entre la acinesia y la festi-festi-na-ción, D-E-C-I-M-A-L-I-ZACIÓN. DECIMALIZACIÓN. El dinero pronto va a cambiar, ¡El dinero pronto va a cam-cam-cambiar!*<sup>13</sup> Es más fácil, piensa Busner, concebir el pasillo

del Friern como una infinita cinta transportadora, que va de un lado a otro, que lleva ante él un paciente tras otro *pari passu*, de modo que si mantiene la concentración tendrá tiempo de sobra para realizar el diagnóstico adecuado de la neurosis, la dipsomanía, la demencia precoz, la parálisis general de los dementes, la esquizofrenia, la fatiga de combate – las enfermedades históricamente sincronizadas y por tanto totalmente arbitrarias, de modo que los idiotas morales se conviertan, en su siguiente visita, en deficientes mentales; en la tercera, retrasados; en la cuarta, disminuidos mentales. *Cam-cam-cambiar. El dinero pronto va a cambiar.* La fantasía del hospital a partir del tema italianizante delata, cree, su verdadero propósito como *museo humano* en el que se han preservado intactos esos *especímenes, aplastados y machacados y cam-cam-cambiar, soy un hombre-mono, soy un mono, mono – ¡Ya basta!* Debe encontrar una acción con la que fracturar el ensueño, igual que empujar la baldosa hacia abajo permitía que el pie de la anciana continuara adelante. La halla en el *automatismo* de consultar su reloj, un proceso complicado desde que su esposa – reaccionando de manera exagerada a un interés por los aparatos que Busner había fingido en el pasado – le regaló un nuevo modelo de cuarzo, el primero en ser asequible, para su treinta y un cumpleaños. Así que: saca el pesado brazalete bañado en oro por debajo de los puños de la camisa y de la chaqueta, acerca a su cara la pequeña superficie negra, luego aprieta los pequeños botones a cada lado del revestimiento para que los dígitos se iluminen *roja, futurísticamente: 08:54... ya llego tarde al cam-cam-* ve inmediatamente y se siente como una lata colosal que gira lentamente sobre un lado y otro, bruscamente iluminada contra una negrura infinita... *Llego tarde... ya llego tarde, tengo que apretar... más fuerte, ¡no puedo... ver... la hora!*

Al despertar se descubre convertido en un anciano tendido que aprieta la carne floja de su muñeca izquierda con los dedos de la mano derecha, dedos donde hormiguea la artritis. Se despierta a la sensación *de pena que da todo*, porque *estaba despierto solo...* se pone con dificultad sobre el otro lado para ver el reloj despertador en la mesilla de noche... *hace tres cuartos de hora*, cuando estaba de pie ante el retrete húmedo, con la frente cubierta de sudor apoyada en la pared húmeda, *hidrópico – ¿hidrocefalia tardía?* y miraba estúpidamente el *chisporroteo incesante, un plip aquí, un plas allá...* y luego la ventana *eclesiástica* con su opacidad de *manchas con forma de gusanos – fuera rompe un día vacío* – luego un rollo de papel higiénico que estuvo húmedo y ahora está seco, cuyas capas grumosas recordaban *una corrupción epidérmica* que no había visto desde su época de estudiante – *queratitis, estrías, los estigmas de la sífilis congénita* – y después solo en forma de imágenes de libro de texto. En el linóleo, junto al Greco de sus viejos pies, había un montón de viejos papeles, *meados, para leerlos en el váter*, y por tanto la capa superior de la memoria se retira para revelar las mismas imágenes exactas – pared, rollo de papel higiénico, revistas médicas – y Busner se da cuenta de que ¡he vuelto! Un triunfalismo que reconoce como inapropiado para un paseo soñoliento incluso cuando mira por la ventana y *rinconeras vermiculadas* llegan de algún sitio – *pero ¿de dónde?* Luego, cuando se vuelve, sin molestarse en tirar de la cadena, y camina pesadamente hacia la cama, se le ocurre que en esa época se preocupó de preguntar a alguien que conocía, alguien que era un experto, por qué eran tan feos esos bloques infestados de gusanos en los postes del hospital – *pero ¿qué hospital?* Hubo tantos –

¿Veinte? ¿Treinta?— hasta que se jubiló el año anterior, después de *quedarme en Heath mucho más de lo que debía...* y, *¿por qué?* Casi con total seguridad, para posponer su actual forma de vida, que sus hijos consideraban patológica, una depresión senil – posiblemente predecesora de la demencia – que había mantenido a raya su forma de pasar el tiempo, su peculiar obsesión con el trabajo, cuando lo habían consultado otros especialistas. Busner sabe más que eso: es la reaparición de un ser esencial, mucho tiempo atrás *enterrado y devorado por los gusanos...* El pasillo entre el baño y el dormitorio es estrecho y gira en torno a una parte del edificio de oficinas, contiguo y más moderno, una compañía de seguros que, en el proceso de construcción, consiguió sacar unos cuantos metros cúbicos de esa anodina propiedad victoriana, en el extremo de una hilera de adosados, una *celda* de ladrillo y mampostería *como todas las demás* —El claqueo de los teclados de los agentes que calibran el riesgo sonando a centímetros de su hombro casi lo vuelve loco. ¡John!, oye que dice uno, con bastante claridad. ¡John! Mujer, cincuenta y tres años, diez años sin siniestros – ¿se la mandamos a John en Aviva? *Todos se llaman John*, mientras que *yo sigo aquí, un profeta en el desierto...* Bajo sus pies no hay una suave alfombra persa, como la que habría en Redington Road, solo trozos de moqueta áspera y descolorida que él mismo sacó de un contenedor de basura que había detrás de la tienda de muebles de descuento de Cricklewood, ¡Slumberland!, donde había adquirido los cuatro muebles necesarios para decorar esa escena doméstica, este *piso de abuelo*. ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Qué bueno eres, abuelo! ¡Abuelo! ¡Te que-re-mos! Es una bendición y una maldición, esto, mientras camina pesadamente bajo el vano y ve las barras del armazón de su cama, abrazadas por la luz de la mañana de abril, con grumos de su húmeda *camisa de fuerza* entre ellas. Recordarlos incontinentemente, los restos líricos y las sintonías desechadas de siete décadas, sería una aflicción... *tiempitis*, sonrío con suficiencia... si Busner no hubiera llegado a apreciar, tras retirarse al primer piso de Fortess Road, que los dibujos que traza en su actividad efervescente dentro de la piscina de su conciencia codifican significados más amplios – rechaza las verdades – que no están medidos ni son siquiera intuitos por los cartógrafos mentales con los que ha pasado su vida laboral, pese a la elegancia de sus modelos – teóricos, neurológicos – o la zafiedad de su profesionalismo. El colchón inflexible solo pide esto: un cansado reconocimiento de su debilidad. Se han decidido paseos que no se han dado, y comidas que salen de latas en cucharas y de envases de plástico en tenedores, o se extienden sobre pan – un montón. Este Busner particular reúne cosas blandas y las dispone en forma de almohada y coloca su cabeza hinchada sobre esta mientras retoza con todos los seres fugitivos y esbeltos que se han escapado de él en este... *baile loco, abuelo, abuelo, ¡te queremos!* Y él también los quiere, pero desde que se separó de Caroline parece superfluo hacerlo todo otra vez, adquirir una cuarta esposa que exigiría un nuevo proyecto decorativo de las paredes que lo han contenido, de forma intermitente, desde que tenía... *¿cuántos, diez u once años?* Recuerda a su tío Maurice, que lo llevaba de la mano a través de las ventosas habitaciones de la casa de Redington Road, con su abrigo ceñido tan largo y negro que cuando se detuvo era... *una tubería... inflexibilidad... rigidez... hipertonia*. – Sería superfluo y estaría *fuera de lugar* – si quisiera hacerlo... *Bueno*, había pensado en volver con Miriam – a quien veía con *afecto genuino* cuando se encontraban en actos

vinculados a sus nietos, y con quien, por supuesto, todavía debía tratar las cuestiones de Mark. Si no con ella – y, después de todo, no tenía ni idea de lo que Miriam sentía por él – estaba la posibilidad de atar *los cabos sueltos de relaciones todavía más deshilachadas...* Pero no: el verdadero asunto era que en *algún lugar, uno de mí y otra de ellas ya están unidos en la pelea de las enfermedades menores, cimentados por la mucosidad de la pasión gastada...* Así que, al margen de las ansiedades de su hijos – dos de los cuales son profesionales de la salud mental con todo lo que eso implica – Busner había pensado que lo mejor era simplemente *alejarse*, legarles la casa en vida y *alejarse, sin ser del todo un sanniasin...* con cuidado se rasca la parte baja de un carrillo – aunque por fin comprometido, tras décadas de dependencia, a volver a *cuidar de mí mismo*. 09:01. – Cuando dejó de llevar corbatas fue cuando *dejé de jugar con ellas, obviamente... el temblor de contar monedas lo llamábamos: el temblor en reposo, la mirada del paciente forzada hacia arriba, las manos hacia delante, los dedos índices frotando las yemas de los pulgares – ¿y el psiquiatra?* Se sentó observándolos, enrollando y desenrollando el extremo de la corbata: *temblor en reposo*. Nada, piensa Busner, surge de la nada – aunque los dígitos de una pantalla de cristal líquido surgen cuando aprietas. Había soñado con un hospital y se había levantado a mear, luego volvió a la cama y regresó a otro hospital – ¿o era el mismo, pero en una época diferente? El dibujo de yeso en torno a las cornisas rasgadas, y los laureles de yeso que decoraban las ventanas y las puertas pulverizadas, los huecos rellenos de hormigón y luego estucados. ¿Era el mismo hospital – o uno más pequeño? Equipado con unas pocas plantas de enfermos agudos, algunas consultas y un taller para terapia ocupacional – *que le había gustado...* Busner los había visitado todos mientras aceleraba en su carrera profesional: Hanwell, Napsbury, Claybury, Shenfield, el Bec. Los había visitado todos mientras organizaba ensayos clínicos o dirigía estudios o trabajaba como médico. Ahora pensaba, melancólicamente, en los muchos minutos que había pasado observando las sombras de machete proyectadas por una planta sobre un papel pintado con formas geométricas durante una interminable sesión de terapia de grupo... ¡No! Había sido una visita – era una visita con lo que había soñado. Una visita – y *el olor estaba en él...* el olor a sudor, sudor de Largactil. Había gotas verdosas de antitusígeno en su frente cubierta de granos y una mancha asquerosa en el interior del cuello de su camisa de leñador. Le gustaba mirar la secuoya, decía, que podía ver desde la ventana de su planta. Sin duda, había pensado Busner, no está fuera del alcance del personal el simple hecho de mantenerlos limpios – aunque él, mucho mejor que la mayoría, sabía que sí lo estaba. ¡Sin duda, había estado a punto de gritar en la humedad de la sala común, pueden hacer que deje de dar patadas! Por si eso no fuera lo bastante patético, Henry Busner – mi hermano – había gimoteado: *No – no puedo con-con-controlarlas, no puedo ...controlar las mías, ahora*. Dormir es imposible – y no hay hospital en el que vayan ya a admitirle. Se ha jubilado: ahí, bajo la cortina marrón hinchada por la brisa, golpeadas por el sol de la mañana de abril, se amontonan cajas naranjas con un letrero que dice La Cadenga, llenas de los coprolitos que ha sacado de su consulta en Heath Hospital, para transferirlos brevemente a Redington Road y luego traerlos hasta aquí. *No – no puedo con-concontrolarlas – las mierdas fosilizadas*. Apoyado en las cajas hay un paraguas que no recuerda haber comprado, pedido prestado o distraído. Pero así, piensa, es como pasan

las cosas: los paraguas nunca se obtienen por contrato, solo se adquieren misteriosamente, para resultar fugazmente útiles, luego molestos y difíciles de manejar antes de ser extraviados. Y extraviarlos es en sí un acto que se olvida, así que lo que normalmente ocupa es el agujero en forma de paraguas donde solía haber uno. 09:10. *Otra vez diez.* Mientras pellizca la carne floja tras su muñeca izquierda con los dedos de la mano derecha, llega *en una vieja llovizna hombruna: D— E – C- I-M-A-L-I-ZACIÓN,* luego un *chorro: ¡DECIMALIZACIÓN! El dinero pronto va a cambiar, ¡El dinero pronto va a cam-cam-biar!* —La vejez, piensa Busner mientras yace inmóvil sobre un costado mirando el reloj despertador, es una forma de reclusión – te priva de tu identidad y te da otra más sencilla, te despoja de tu ropa y te entrega un uniforme de pantalones que te van flojos en la cintura, chaquetas raídas, cárdigans apolillados, ropa que viene o va a tiendas de caridad. Hecho esto, te consigna a un terreno al mismo tiempo confinado e ilimitado, un círculo atrofiante de pasillos que conectan habitaciones iluminadas con tubos fluorescentes y con la calefacción demasiado alta donde tus días desaparecen leyendo periódicos de ayer y revistas especializadas – aunque no de la especialidad que te espera. La vejez toma tu comida y la machaca, toma tu bebida y revierte su destilación, toma – *¡No! ¡El dinero va a cam-cam-cambiar!* Sabe que esto sucede demasiado pronto, que él es solo un mero estudiante de primer año cuando se trata de ese olvido más elevado – que cuando estuvo por primera vez en la Enfermería Real todavía era ágil, de modo que, lanzándose hacia la bola ovoide, cogió el hombro de un compañero de equipo para *abrirse paso bajo un cielo que descendía...* – a cualquier sitio, siempre que no fuera la confusión del suelo, cualquier cuero que no fuera el *esternón roto del tórax de un cadáver que yo hubiera diseccionado torpemente...* Más tarde, si se hubiera sentido obligado, pensó, *a servir bajo la chimenea...* o el campanario, aunque nunca sonaba allí ninguna campana, porque solo era un distinguido escape de ventilación a través del que los ruidosos olores del hospital *subían a los cielos...*

El pesado del equipo le había dicho al llegar que antes traían a los nuevos pacientes en trenes especiales que se detenían en New Southgate bajo la protección de la oscuridad. El andén estaba en el fondo de un corte escarpado y se podía acceder a él a través de escaleras de hierro fundido en forma de zeta – aunque los pacientes eran transportados por un túnel que se recorría a pie y discurría sobre la tierra blanquecina hasta el extremo este del hospital. Eso significa que no salían a la superficie – en su internamiento estaba su enterramiento – sino que se descubrían desfilando aturdidos por el pasillo largo y semisubterráneo hacia las diferentes etapas de su ingreso: despiojados en un comedero embaldosado, sometidos a un cuestionario y a un invasivo examen médico, afeitados, rapados, luego provistos de ásperas túnicas de terliz antes de ser distribuidos en una planta y recibir la cena: una taza de hojalata de sopa de ternera y una galleta de arruruz. El clic-clac de los teclados de los agentes atraviesa la pared – *ahora las burbujas explotan,* cada una deja detrás unos *trocitos de recuerdo...* las rinconeras vermiculares solo estaban, recuerda Busner, en los postes de la puerta del ala oriental – que fue una adición posterior al edificio. 09:15. Se pregunta: ¿Qué rumores habrán oído sobre el manicomio los nuevos pacientes? En cierto modo apenas importaba, cuando había tantas cosas peores dentro de sus propias cabezas. Siente el peso de su rostro envejecido, sus párpados exhaustos que se desploman en su cavidad *brillan naranjas,* y por una ranura

ve las barras blancas al final de la cama y piensa: En el pasado miré a través de barras como esas y pellizqué el tiempo – ese Casio. Está, siente, *casi allí*, pero antes un interludio necesario: sintetizador, el Mekon<sup>14</sup> girando en su plato de Tungsteno a través de las puertas acristaladas del salón y rebotando en el aparador, el reloj de pared, el mueble de teca de la bebida... *cam-cam-cambiar*. ¿De verdad, medita, medíamos los medicamentos en gramos – seguro que la decimalización llegó en oleadas? ¿No habría sido en granos, y fracciones de granos? Mira entre las barras blancas y se ve a sí mismo más joven y más delgado devolviéndole la mirada – con las mejillas suaves y una melena de pelo castaño rojizo. Tiene un anticuado esfigmomanómetro en torno al cuello, el grueso brazalete cuelga sobre su pecho, el pesado revestimiento de acero del calibre choca contra el marco de la cama ting-tong, ting-tong. Sus dedos rechonchos y ligeros enrollan y desenrollan el desvaído extremo de su corbata de lana, luego bombean ociosamente el negro bulbo de goma del esfigmomanómetro, van de nuevo a la corbata y después al bulbo. Un rostro se acerca al hombro del joven Busner, ¿Mboya? No quiero morir en una guerra nuclear. Quiero navegar hasta una orilla lejana y hacer como un hombre mono. ¡La-la-lala-la-la-la! ¡La-la-lala-la-la-la! Tambores metálicos, madera-sobre-acero, acero-sobre-acero, ting-tong... La cara de Mboya es un nudo de teca con arrugas profundas y amarillentas que se extienden desde unos labios rosas y llenos. El blanco de sus ojos está amarillento, su pelo de antracita casi tiene forma de afro y genera calma, que Busner de algún modo asocia con la cruz que lleva en una cadena alrededor del cuello, una cruz que el psiquiatra no puede ver del todo, pero que nota que se clava entre los botones de la bata de nailon azul pálido de Mboya. La cruz, Busner lo sabe, lleva un círculo en torno a la unión de la barra horizontal y vertical... ¿Copta? ¿Celta? Le gustaría pedirle a Mboya... ¿ayuda? Lo que lo detiene no es el orgullo profesional, solo la conciencia embarazosa de que el enfermero jefe ya lo ha ayudado mucho. ¿Los ojos de la paciente? Busner empieza a manera de observación. Mboya es juicioso: S-sí... Así que Busner pregunta: ¿Están siempre así? ¿En blanco? Tras esas palabras, y a falta de algo más constructivo que hacer, se mueve hacia un lado de la cama, quita los seguros y baja las barras laterales para inclinarse sobre la anciana. La postura de la mujer es... *rarísima*, la columna vertebral curvada y rígida – *si la empujas se mecerá*. Su cara pellizcada no es una cara sino una máscara de grasienta piel seborreica, sus labios son bandas de goma estiradas con dos o tres dientes aislados. Busner mira a su alrededor en busca de una mesilla de noche o una taquilla en la que podría haber un vaso con su dentadura postiza dentro, pero no hay nada – la cama está en el centro del dormitorio junto a otras diez o doce *rocas con manchas de guano en un mar de linóleo moteado* que se han dispuesto en sentido contrario, una medida superviviente de la época en que *se podían haber contagiado la tuberculosis a través de la tos*... No todas esas camas llevan barras, pero está claro que los que han sido asignados a ellas carecen del estatus necesario para que les den una con la cabeza contra la pared y una taquilla al lado. En la Planta 14 nadie tiene nada tan acogedor como una lámpara – pero al menos estas camas comparten el disco de la pared, una luna que se desliza por las noches largas y oscuras. Mboya, que está en el hospital desde finales de los cincuenta, le ha hablado a Busner de camas comedero y de agua, y otros tipos de contención medieval – aunque *esta... esta jaula* parece bastante mala. ¿Siempre está...? Se ha acercado lo suficiente como para

mirarla a los ojos, que no son ojos sino gajos redondeados rasgados en su máscara – por *tiradores de anillas*, que el fin de semana pasado conoció por primera vez: dos latas de Coca-Cola de la confitería de Holly Hill, abiertas y colocadas junto a los niños en el banco, se inclinó riendo con ellos para mirar los agujeros que *desprendían una niebla dulce...* De ninguna manera – Mboya habla con precisión de educación colonial, respondiendo la pregunta que Busner ha olvidado – esos brotes... o episodios se producen con gran regularidad, doctor, cada dieciséis días, y duran... oh, bueno, diría que por lo menos cinco o seis horas. Y a veces se encuentra en este estado cuando me marchó y sigue igual la mañana siguiente. ¡Pooo-ja! Una repentina espiración de aliento de gingivitis, luego, a-j’j’jerrrrrr, lo vuelve a tragar – pero la máscara permanece fija, las cuencas de los ojos solo muestran la esclerótica desequilibrada – no se ven las pupilas. Ya ve – Mboya tiene una carpeta sujetapapeles llena de notas a las que recurre por costumbre, no por necesidad – normalmente puede comer sola, ir a la sala común, pero mu-uy despacio. Luego, otras veces, es como si todo este tiempo le hubieran estado dando cuerda, porque alguna cosilla – no sé qué – la pone en marcha y, vaya, cómo va, con esas piernecitas. – El enfermero se detiene, *pero ¿por qué? ¿Quizá él ha pisado su propia línea interna, al revelar cómo los ve?* Busner se pregunta: ¿Cómo puede soportarlo? ¿Los ve como duendes, como poseídos, o son autómatas? Y, por otro lado, hay cierta obscenidad en la mención de esas *piernecitas*, que, detenidas en la semicontorsión de la tortícolis y mostrando una marcada hipertonia, no se pueden cubrir. Su camión de franela de algodón está remangado en torno a la cintura y ninguno de los dos hombres está preparado para poner en peligro su distanciamiento clínico y bajarlo sobre *esas patas de oveja*. —Solo cuando la coge del brazo, en preparación para aplicar el brazalete, Busner recuerda: La he visto antes. Mboya levanta el sujetapapeles. Oh... ¿sí? Busner dice: No, no – no en la planta, la he visto en el pasillo de abajo: estaba catatónica, paralizada como ahora pero de pie, con el pie atrapado por una baldosa suelta. Cuando se lo he liberado de la baldosa se ha ido como una flecha, ríe, con esas piernecitas. Mboya sonríe. S-sí, eso es típico de la señorita Dearth, mu-uy típico. Es rara en ese aspecto – los demás suelen ser una cosa u otra, paralizados como ahora o temblorosos, con prisa... Busner ha dejado de oírle... ¿Tengo algo que ver con su temblor, cuando la toco empiezo a desdibujarme? Porque en la extrema rigidez del antebrazo de la mujer, que sostiene en un ángulo agudo frente a su pecho, con los dedos aparentemente enroscados en torno a una palanca inmaterial, nota una compresión terrible, miles y miles de acciones repetitivas e involuntarias que *luchan por salir*. Esto, piensa, no es una parálisis tal como normalmente se entiende, sino una forma extrema de oscilación: sus músculos giran en torno a ejes huesudos, sus huesos se mueven hacia delante y detrás sobre palancas cartilaginosas, el cartílago es *un eslabón... parece quieto hasta que lo tocas, y después se vuelve loco, el alambre gira a tu alrededor, te arrastra hacia abajo...* La anciana no se ha vuelto loca, sin embargo: *su máscara trágica se enfrenta a mi máscara cómica, nunca me tomarán en serio con estas mejillas flojas y estos labios de rana...* Aparta la mirada, aturullado, y solo ve la fría luz que cae de un dintel a una *oruga retorcida* que se transforma en otra cosa vieja, quien, presumiblemente con una *sobredosis de Largactil*, da vueltas en una cama junto a las puertas dobles que conducen a la zona principal de la planta. Vuelve a mirar para ver una

temprana mosca azul – el hospital está infestado de moscas – que orbita en torno al *lanoso globo* de Mboya, e imagina la rana de juguete que tiene uno de sus hijos, si *aprietas una pequeña perilla de goma...* sus dedos encuentran la perilla del esfigmomanómetro... una *obscena lengua de goma se despliega* bajo el anfibio de plástico, volcándolo hacia arriba. Todas esas agitaciones, piensa – algunas de las cuales han de estar conectadas casualmente. La puerta de la derecha se abre hacia dentro, una cara acecha espectral en la pequeña ventana, la amplitud de su patología *parcelada por la cuadrícula del cristal*, luego desaparece. Todas esas agitaciones – la flecha de la señal de salida de incendios tiene más movilidad que la cara que le mira, un rostro sin cejas ni pestañas dignas de ese nombre, dos – no, tres – pelos de bruja en la barbilla, una barbilla puntiaguda, unos pómulos todavía más afilados, la piel como esmalte rajado bajo el que viejas pecas se han unido para formar manchas de la edad. Se ha inclinado tanto que el cristal del calibrador yace frío sobre el cuello de víscera de gallina de la paciente. ¡Poooo-ja! un estremecimiento del pecho hundido. *No es comida – es fecal. Los demás suelen ser una cosa u otra.* En el hospital submarino todo es agitación, el sonido de aletas de un corredor tras otro, entrando y saliendo de recovecos y troneras, rotando en torno a contrafuertes y espumeando por la zona salmón de las escaleras, cuya parte baja se disuelve en un rocío de tics, tirones y muecas. Aun así, Busner se ha fijado en esos otros, los ha visto con la eterna evanescencia con la que los ojos *perciben una forma en el agua* – y en días mejores los ha visto en el exterior, los ha observado intentando mantenerse a flote en los patios entre la primera y la segunda zona del hospital, o revolcándose en los campos, donde otros pacientes solo caminan en torno a los lechos de flores. Y en la sala común de su otra planta de enfermos crónicos, donde los internos están confinados en sillones bajo mantas demasiado prietas, sujetos frente a televisiones que muestran *manos hábiles que dan forma a la arcilla* – en esa triste hilera ha visto *otro*. Luego, de nuevo: al pasar ante las puertas del vestíbulo principal, donde la entreplanta con vigas oscurece la cúpula, a Busner lo ha detenido este intercambio vacilante: Nada, señor... ¡Nada! Nada... Nada surge de la nada, habla de nuevo – y al entrar ha encontrado *un tenue tumulto*, un escenario adornado con polvorientas guirnaldas de tela negra y, moviéndose entre ellas, *un bufón* con un jersey negro de cuello alto interpretando una obra-dentro-de-la-obra, donde los intérpretes eran una hiperactiva Cordelia y un comatoso Lear, quienes hablaban monótonamente a un banco de pacientes que se habían arremolinado desde las plantas cercanas para chapotear contra el escenario. En toda esa agitación una sola onda atrajo la atención del psiquiatra – y, aun sin saber cómo clasificarlo, Busner supo que era uno de los otros de los que ahora hablaba Mboya.

Los otros, que eran en general *una cosa u otra*: o como esta anciana – cuyo brazo cantarín sostenía – sumida en una inmovilidad contorsionada, o sueltos y *espásticos, hipotónicos...* los demás de los otros, a quienes había visto apoyados contra la pared por enfermeros amables, para deslizarse hacia el suelo en cuanto les daban la espalda. Ambas clases, ha observado Busner, comparten esta inquietante capacidad: hacen que quienes los rodean estén demasiado enfocados o demasiado borrosos. Los somnolientos y acinésicos estaban tan quietos que formaban parte de la mera materia del hospital – Busner se quedaba, fascinado, observándolos de pie, delgados, rígidos y encorvados

junto a las viejas ventanas ojivales, mientras los que pasaban ante ellos untaban un rastro de fotones en su retina. En cambio, los traviosos y llenos de tics se veían empujados hacia delante: incitados por algún látigo neural, saltaban, daban cientos y miles de pasos diminutos. Son, pensó, los que no se podían quedar quietos durante los largos segundos en los que la placa quedaba expuesta, y marcaban el presente con una impresión fantasmal mientras sus cuerpos se desvanecían en el futuro. El tiempo, pensó, tiene que ver con el tiempo. Los psicóticos, pese a todas sus extravagantes reivindicaciones de haber sido enviados *desde el futuro a lo largo de una curva brillante, para advertirnos de la Victoria de las Máquinas*, se centran en el Presente. Sus espejismos teatrales están bien ornados por las tecnologías del presente: transistores, líneas de montaje y contestadores automáticos, mientras que sus perseguidores están tan frenéticamente a la moda como ellos: Septiembre Negro infiltrado en un marzo gris, o la trabajadora social irlandesa responsable de los pacientes de Islington en la planta de enfermos agudos, que, según creían al menos seis de ellos, era una pistolera del IRA, *la diabólica Bernardette*. En cuanto a los que padecen daños cerebrales, los espásticos o los afectados de otro modo, sus rostros no tienen la menor expresión, y los rasgos se alzan y se quedan fijos mientras sus cuerpos responden a *ritmos circadianos*. Luego están los lobotomizados, porque también hay, con el pelo arrugado y el cráneo desnudo donde se colocaron las grapas, la sierra cortó y el taladro mordió. Busner los ha señalado, los prefrontales – están atrapados en una capa muy precisa de los pedregosos estratos del hospital, porque todos tienen la edad – unos cuarenta y cinco – necesaria para haber sido sometidos a la intervención veinte años atrás, cuando esas cosas estaban de moda. Sea como fuere, su obstinación se actualiza constantemente, como atestigua la angustia de sus ojos, obligados a mirar hacia dentro por la cruda mecánica de su falta de control: No lo puedo evitar, doctor, dijo el de la Planta 20, no lo puedo evitar, no lo puedo evitar, doctor, no puedo... doctor, no puedo, n-n-n-n-n... Pero *esos otros* están en esta época y escapan de ella, son *de ahora y de luego*... Y esta anciana en concreto, que alterna entre una clase y la otra, lo ha alertado de su existencia *como grupo* – un estatus que Mboya, con mucha más experiencia, acaba de confirmar.

¿Está – ? pregunta el psiquiatra. No, contesta el enfermero, no hay necesidad, excepto de vez en cuando para que duerma. Para Busner, las últimas semanas han sido casi siempre así: calcular cuadros medicinales, escuchar pechos hundidos, enrollar y quitar el pesado brazalete del esfigmomanómetro, oír en el silencio de la planta el flujo de la sangre arterial. Al entrar en los pozos húmedos de sus camas, ha explorado las heridas fistulosas que se extienden dentro de esos pacientes huecos. Es, lo sabe, imposible escribir una receta así: Debe suministrarse atención constante y compasiva enfocada a alcanzar una movilidad efectiva durante TODO EL DÍA – y por tanto solo garabatea fatigado tetraciclina en un ciclo constante. Whitcomb ha asignado a Busner dos plantas de enfermos crónicos, la 14 y la 20, y como concesión a su pericia clínica se le permite participar en la toma de decisiones de la Planta 11, en la unidad separada de Halliwick, donde los ingresos agudos están aislados del cuerpo principal del hospital para tenerlos en observación. De ahí todos esos *paseos* – una ronda por las plantas que le aporta una *caminata kilométrica*... Se pregunta, un poco, si Whitcomb, ese mierda, ha tomado esa decisión con la intención deliberada de que su rechoncho subordinado haga ejercicio –

luego reflexiona, cuando recoge sus llaves en la oficina de Administración, que la organización de las listas ha dejado recientemente – o eso le han dicho – de ser una decisión que toman los médicos, porque *los burócratas se han apoderado del manicomio*, lo que resulta adecuado, ya que en ausencia de cualquier cosa que se parezca a una cura el personal médico lleva años – probablemente decenios – actuando como archivero de los pacientes: amontonando, haciendo agujeros, encuadernando y en último término guardando su carga de trabajo en esa bandeja, aquel cajón o algún casillero abandonado. En las partes bajas del hospital, supone Busner, debe de haber análogos de todo esto: el *histrionismo*, el *lío*, la *inyección intramuscular de 150 mg de Stelazine*, todo garabateado en formularios producidos por el departamento relevante, luego *rellenos de beis* y puestos en estantes de metal donde criaban polvo. Los Historiales... *un mapa de un mapa* que es en sí... *un mapa*, o al menos una representación diagramática del hospital, que es un terreno autosuficiente – *Shumacher lo aprobaría* – con su taller metalúrgico, su horno de cerámica, su panadería y su huerto donde *internos con cabeza de bulbo cultivaban unas cebollas...* Aunque el Friern Hospital no es un panóptico – ni siquiera un ojo que todo lo ve podría alcanzar estos pasillos telescópicos – moverse por los enormes edificios significa quedar incorporado a esta cartografía como un elemento vivo: una *luz que pestañea mientras viaja por sus circuitos*. Los interminables estados reflexivos que implican estos *mapas de mapas de mapas*, en sus momentos más pensativos del boli negro, hacen que Busner piense en los infinitos conjuntos y ordinales transfinitos de Cantor – pero sobre todo esa idea le parece vertiginosa, los quinientos setenta y cinco metros y cuarenta y seis centímetros del pasillo inferior que se encabritan para convertirse en su propio eje perpendicular, toda la institución que *encarna su propia perspectiva axonométrica...* Cuando pasa apresuradamente, proveniente de Administración, ante las puertas de la Administración de Enfermería y Servicios Voluntarios, está sin aliento, después de recorrer al trote los quinientos metros que hay desde la Planta 14. Le quedan otros trescientos – ¿y para qué? Para reunirse en las puertas con Perkins, que las abrirá con una demostración de eficiencia antes de que Busner haya sacado la llave, una acción que confirma su *control*, y por tanto frustrará la inclinación de Busner a decir: No hace falta cerrar las puertas, ya no es la política del hospital, ¿no? Perkins, cuyo porte marcial le dice al psiquiatra *después de todo hice el servicio militar*, y que es el tipo perfecto de suboficial, con su bata blanca de nailon y sus pantalones marrones de traje, Perkins, con su bigote *como un cepillo para limpiar zapatos* y su boca *como la rejilla de un radiador salpicada de lluvia*, Perkins, con su *pelo de hierro oxidado en la raya*, Perkins, que sabe perfectamente cómo tratar a un subordinado, cómo manipularlo, cómo dejarle ver solo lo que quiere ver. Es todavía demasiado pronto para que Busner haya descubierto hasta qué punto el resto del personal es complaciente o solo está coaccionado por Perkins, pero no tiene dudas de que sucede una cosa u otra, porque les han enseñado a caminar de un lado a otro por la resquebrajada plaza de armas de la planta, a arrastrar el carro de medicamentos a su sitio, a abrir su tapa de imitación de madera, a disparar las cápsulas de gelatina y a seguir adelante. En las visitas por la planta que hacen juntos, Perkins es perseverante – hace que parezca que el subalterno ha tomado las decisiones por su cuenta, aunque lo lleva hacia ellas con preguntas retóricas: No crees que... No sería

mejor... No te parece que en casos como este... No es que se necesite una dispensa médica para *meterles tranquilizantes* a los pacientes – bajo el campanario todas las prescripciones se repiten y, sencillamente, ¡con más píldoras esa píldora que os dan pasará mejor...!<sup>15</sup>. La tarjeta de medicación de un paciente es solo una ayuda mnemotécnica para que los atareados camellos recuerden la dosis. De hecho, esas fichas nunca se archivan, y si un metomentodo cualificado desea descubrir quién ha engullido qué desde tiempos inmemoriales, debe ir al Archivo y tantear entre las notas más completas, descifrando la caligrafía de su predecesor, que, ha pensado con frecuencia Busner, no es ilegible accidental sino intencionadamente.

¡Quieto! No es por eso por lo que ha ido al Friern – *sí, sí*, cumplirá su deber hipocrático, sin hacer ningún daño consciente ni permitir que nadie lo haga, pero por ahora está cansado de *causar problemas*. ¡*Déjasele al Verdulero!* También está cansado de las elaboraciones teóricas, los múltiples hilos con los que, mientras le da vueltas la cabeza, elabora y reelabora modelos imprecisos pero sustanciosos que *idiotas como yo confunden con los fenómenos que representaban solo aproximadamente...* En particular, resistirá el impulso de preguntarle a Perkins por qué es su costumbre ¡*sa-tisfe-chos to-ma-réis!* dar dosis más elevadas de clorpromazina a pacientes de sexo femenino – resistirá, porque lo sabe. El enfermero jefe dice de una que yace temblando en una cama con barras: Siempre está de muy mal humor, doctor, ¿no le da miedo que se haga daño? De una segunda paciente, que por tercer día consecutivo está confinada en la sala de reposo – un desquiciante eufemismo para designar una celda acolchada – el enfermero jefe dice: Queremos que esté contenta, doctor, pero cuando dejamos que vaya por la planta roba a los demás, dice que le quitan sus cosas y antes de que te des cuenta se ha armado una gresca. No lo imaginarías al verla... Y, de hecho, no lo harías, porque lo que hay en ese *trozo de tela* no es más que una *ajada uva pasa* de humanidad que se estremece en una gran bata de lona, un uniforme, piensa Busner, solo apropiado para un esclavo... pero cogió un tenedor e intentó clavárselo a Bettany en el ojo, y ¿sabe?, si yo no hubiera estado allí creo que se lo habría clavado – eso no es bueno, ¿verdad doctor? El objetivo de este discurso – Busner se dio cuenta horas después, tras haber administrado la inyección – era introducir de forma subliminal las palabras bueno y doctor en su propia mente. Pero, sin duda, si es un buen doctor, Busner debería hacer algo con respecto al mal enfermero que ha visto, junto a sus compinches, riéndose ante una doble página del Sun que mostraba a unas feministas vestidas con abrigos de piel de cordero y sosteniendo el maniquí de un diseñador amarrado a una cruz. Crucificaría a esas putas, le ha parecido que decía Perkins – pero no está seguro, la oficina de la planta estaba llena de tazas de té que tintineaban, humo de cigarrillos, ceniceros de hojalata llenos de brasas y chirriantes taquillas, tan apretadas entre los delgados cristales de dos ventanas de guillotina siempre cerradas. —Perkins y Bettany, pillados, le miraron como se mira a los chicos nuevos – o reclutas – que han sido elegidos para el acoso. Bettany tenía un semblante rechoncho y amable lleno de alegres hoyuelos, pero Busner sospechaba de él todavía más que de Perkins – conocía a esa clase de tipos: de pocas luces, maleables y grandes. Bettany administraría la terapia de puños, así es como la llamaban, Busner lo sabía – se lo había contado todo un refugiado de los manicomios, Dave Catterall, que llegó a Concept House de Willesden despotricando porque los

celadores del psiquiátrico le habían apaleado y le habían puesto toallas empapadas sobre la boca – historias que Busner, que había tenido una experiencia breve y discreta en el manicomio, consideraba exageradas hasta que otros residentes las confirmaron al pie de la letra. ¿Y qué? los rostros adultos de los enfermeros ceceaban de forma infantil y Busner ardía de indignación. Pero ¿cómo podían saber? que hacía decenios que no era un chico nuevo, solo alguien *que habían dejado atrás* observando los Rileys y Rovers que aplastaban la gravilla de la entrada, oyendo la última llamada del autobús hacia la estación. *Dejado atrás* para vagar por los pasillos vacíos y las aulas desiertas, dejado atrás tanto tiempo y con tanta frecuencia que en varias ocasiones aterradoras había tenido que pasar la noche solo en dormitorios vacíos de todo salvo de su *olor de niño sin lavar y el fantasma tristemente gimoteante del chico de doce años que fui – y, por supuesto, el otro que habían dejado atrás.*

¿La paciente puede – ?, pregunta el psiquiatra, y Mboya mueve la carpeta fatigado. Evidentemente, dice, nos resulta imposible levantarla en el caso improbable – hay muchos más así y ya andamos cortos de personal, pero por suerte la señorita Dearth tiene sus trucos... ¿La señorita Dearth? ¿Lo he oído bien? lleva un voluminoso pañal que mantienen en su sitio unas bragas de plástico. Es eso lo que los dos hombres han evitado mirar: la desnudez sería menos obscena. Mboya continúa: No estoy seguro, pero puede que sea nuestra paciente más antigua – y realmente tiene sus trucos. El enfermero, una cabeza y media más alto que su colega, hace algo por completo inesperado cuando se acuclilla ágilmente. Busner, con torpeza, va tras él, y luego están mirando una gran rareza, un fenómeno tan incomprensible que, hasta que Mboya no empieza a explicarlo, no puede entender qué hay delante de él. Se hace con todo tipo de cosas, dice Mboya. Debajo hay zapatos viejos que ha encontrado, encima de ellos puede haber platos de jabón que se lleva del baño – sí, y encima de esos platillos... Creo que los platillos le gustan especialmente, algunos años – si puede conseguir bastantes, los usa. Pero este año se ve que ha traído algunas piedras de los jardines: piedras planas, y hay trozos de la pizarra del tejado que ha puesto encima... El resultado era aproximadamente cónico y tenía unos sesenta centímetros de alto, su cima casi tocaba los muelles enrollados de la cama. Los dos hombres miran – uno desde el pie, el otro en el lateral – esto ¿qué? ¿Santuario o gruta? Junto a los dedos separados de Busner, el suelo manchado de arena se esparce y va hacia donde las raíces, los tallos y las flores de tres narcisos arrancados yacen en una abertura pulcramente construida en la estructura. También hay una lámpara de noche, cuya llama minúscula enciende un brillo casero en una pila de papeles arrugados dentro del arco. Oh, dice él, ¿eso es? Quiero decir... Mboya se muestra conciliador: No hace daño, doctor, nos encargamos de eso y, como digo, la señorita Dearth – Audrey – está aquí... bueno, cuando empecé ella ya llevaba muchos, muchos años... Confundiendo el silencio de Busner con la aprobación, cuando lo que ocurre es que la escena le parece tremendamente extraña, Mboya se apresura: Es una especie de institución, ya sabe, y su pequeño santuario de primavera es, bueno, a otros pacientes – y al equipo – les gusta... Mboya señala y Busner ve unas monedas entre los *vivos cables verdes*, brillantes monedas nuevas de cinco y diez peniques hechas con aleaciones de níquel, junto a unos deslustrados billetes de diez y gruesas piezas de tres peniques, *qué poco tiempo ha pasado y ya parecen de otra época...* Alarga la mano para coger uno de

los pequeños dodecaedros y lo aprieta con fuerza entre los dedos, con tanta fuerza que cuando los separa se queda pegado a su dedo índice y ve la rejilla impresa en la yema del pulgar. Lo levanta hasta sus fosas nasales y huele su mezcla fría de sangre vieja. Durante un tiempo a Busner la voz leve *Por favor recuerde que solo salen una vez al año* le hace pensar – ¿un colega? musitaba en una reunión para hablar de un caso. *Por favor recuerde que solo salen una vez* – luego piensa que llega de la paciente que ha tomado una dosis excesiva de tranquilizantes y está en el extremo más alejado de la planta – *un año, Padre se ha ido al mar*, Madre ha ido a buscarlo... finalmente se da cuenta de que está en su oído, *pero microfónico*, y, levantándose, se echa hacia atrás para oír esto: las frases de una anciana todavía más pequeña y retorcida vibran en la laringe de esta. Él se ajusta a la fricción de los labios cuarteados: Un penique no te hará daño, medio penique no te arruinará, un cuarto no te mandará al hospicio... Ahora la esfera del esfigmomanómetro de Busner se posa fría sobre su cuello y huele todavía *a pescado* – ella lo había encontrado junto a otros muchos bajo el carro del pescadero y había más en el canalón frente al Leg of Lamb<sup>16</sup>, *un tugurio miserable*, decía su padre, *una tienda de grog para peones y judíos*, pero Audrey pensó que el bajo edificio de alfarjía – poco más que un cobertizo – tenía un *aire romántico*, aunque tampoco entendía del todo qué significaba eso, excepto cuando a veces Madre las dejaba a ella y a sus hermanas con la señora Worth, ponía a las tres niñas en fila, les decía que se quedaran en silencio y, levantando la tapa de su piano de pared, enviaba plateadas burbujas musicales que flotaban en la atmósfera cargada del salón para besar sus reflejos en el espejo y luego morir. Cuando la señora Worth cerraba la tapa, decía: Chicas, os he tocado un aire muy romántico. – Entonces, ¿es el mismo aire romántico que acechaba sobre el Leg of Lamb, o es el cantarín herrero común que viene a robar un sorbo de la botella de leche? Audrey tiene un poco de miedo a la silueta oscura que una morera, que según su madre crecía allí, dejó en las viejas tablas – ¿quizá era eso otro aire romántico? Las conchas de ostra huelen a pescado y tienen barbas de algas, pero hay un abrevadero junto al pub y Audrey las limpia hasta que *quedan preciosas* y Bert viene con Madre, que la abofetea mientras Bert se ríe: No se hacen grutas hasta julio, Or-drii, y se hacen con conchas frescas, no con estas tan guarras. Todas las demás chicas están preparando jardines de primavera y tú no vas a ser diferente. Pero ella tiene que ser diferente, así que envuelve las conchas en la bata y Mary Jane la lleva a Waldemar Avenue, donde Audrey hace su cueva junto a la verja de delante de casa, y ordena a Vi y a Olive que le traigan piedras *como estas, no esas*, y les pega en las orejas por turnos. Pasan tres o cuatro zoquetes del Ejército de Salvación, ganduleando y no desfilando, uno arrastra un gran bombo, los otros *enredan* con sus instrumentos de viento, bromeando y perdiendo el tiempo. Les detiene la cueva fuera de temporada – y también Vi, que ha llorado tanto que tiene la mancha de un círculo sucio en torno a los ojos. Les dan un penique a las niñas y Audrey manda a Vi a comprar una vela en Curtis's, en la esquina, luego la enciende en el horno y después se sienta feliz en el bordillo abrazando las puntas de sus botas *perritos tibios*, hace una tarde estupenda y el sol cae con fuerza sobre *las rosas y las guirnaldas*, las rosas y las guirnaldas que Mary Jane señalaba orgullosamente, *Mira, estuco de verdad...* y las balaustradas que corrían a lo largo del primer piso de los adosados, con los pilares gruesos y cuadrados. En la creciente oscuridad Audrey entona la canción: *Por favor,*

recuerda que solo salen una vez al año, o quizá piensa que lo hace con la esperanza de que eso repela a Strewel Peter<sup>17</sup>, cuya nube de pelo naranja se alza por encima de las chimeneas de enfrente. ¿Cómo podía decir eso su madre? ¿Cuando todas las rosas y guirnaldas eran iguales, todas las casas eran iguales? ¿Cómo podía algo ser hermoso, noble o romántico cuando era igual? Padre se ha ido al mar, Madre ha ido a buscarlo. ¡Vaya ternerita!, grita Arnold Collins, que trabaja en los ómnibus con el padre de Audrey – *es el revisor* – y que viene por la carretera haciendo el mismo papel después de que se haya terminado su turno, porque Sam Death parece *bastante borracho*. Los dos hombres cargan con sus carteras de trabajo y Rothschild todavía lleva sus manoplas – le remueve el pelo con su olor a cuero sudado y caballo, luego la coge de la mejilla para levantar la otra hasta su *cepillo húmedo*. Cuando su padre se agacha, su chaleco se arruga y el reloj cae de su bolsillo, de modo que por un instante está *frío* sobre la cara tensa de Audrey. Collins está a unos metros, con los pulgares en los bolsillos del chaleco y la gorra garbosamente inclinada. Se cree que es un mandamás, ¿sabes?, ha oído Audrey que su padre le contaba a su madre, mientras se relajaban tomando un vaso de oporto. – Tiene una amante en Hammersmith, una dependienta en el Bush. Eructa, se ríe, se limpia el bigote. No sé, le darán una tunda cualquier día – todo esto dicho con una indulgencia rayana en el respeto. Pero a Audrey no le gusta cómo la mira Arnold Collins, cómo sus ojos negros y duros pasan por su pelo, su pecho, sus tobillos. Cuando se prepara para irse a la cama en el dormitorio de delante con las niñas, Audrey todavía siente esas canicas negras sobre ella – y, mientras los chicos llegan y los cinco hermanos Death se arrodillan para murmurar con descuido, *Dios bendiga a Padre, Dios bendiga a Madre*, los ojos de Collins siguen sobre ella. En la cama, se abraza a Violet para evitarlos mientras se concentra en el espectáculo de linterna mágica que se desarrolla tras sus párpados: oscuras formas procesionales que se mueven bajo una niebla de orilla de río y son al mismo tiempo *la amante, la dependienta* e imponentes señoras con extravagantes bonetes, polisones y parasoles que se transforman en elefantes de Los cuentos de así fue, *en-se-ño-rea-das* meneándose sobre su espalda al ritmo de un acompañamiento de metales, ¡Uurum-pum-pah! ¡Uu-rum-pum-pah!, transmitido mágicamente desde el quiosco de música de South Park, *goldschein*, la palabra se absorbe entre gárgaras en la *fiera trompeta*, luego vuelve a salir, *cuando todo ocurrió, cuando todo ocurrió...* había una hilera de vacas que arreaba el ayudante de un granjero en el monte bajo de Barnes Common en ese *día estupendo* en el que Bert hizo novillos y la llevó a Surrey Side – ¡*Lo hemos cogido!* – ¡Canta, chica, canta! Nota su reloj frío sobre la mejilla, sus dedos de cuero le retuercen la barbilla – ¡Canta! ¡Canta! Ella tiembla... Un penique no te hará daño, medio penique no te arruinará, un cuarto no te mandará al hospicio... y Sam Death grita exultante: ¡Ahh, dale! Es una monada, ¿verdad, Arnold? Tiene que tenerlo. Acerca al otro hombre hacia él agarrando el borde de su cartera, luego busca en el bolsillo, selecciona, echa una moneda tras otra en la apertura de la cueva de Audrey. – Un penique, medio y un cuarto, y sabes qué, chica, nunca me arruinará porque soy el tipo que una vez entregó un chelín – un chelín, nada menos – para el supuesto Tichborne en Leadenhall Market<sup>18</sup>. ¿Te lo había contado, Arnold?... ¿No? Y los dos hombres suben las escaleras y entran en la casa, desde donde Audrey oye a su padre decir en tono de burla: Mary Jane, tienes un poco de ga-lan-ti-na fina para el señor Collins, ¿verdad?

La luz escasa de las nuevas farolas de Waldemar Avenue proyecta la sombra de la balaustrada en *rejas de Bedlam* que caen sobre las dos camas y chocan con las barras de la cuna de Olive. Violet ha tirado la colcha de una patada – sus piernas flacas patalean *vaya ternerita*. Arnold, *de piernas ágiles*, se ha subido a la cornisa de la ventana y Audrey piensa: *No voy a poder dormir, no voy a poder dormir...* que se volverá loca por no dormir, loca por la *niebla de pis* del orinal en la nariz, loca por contar sus dos peniques, su medio penique y su cuarto, y luego dividir la suma en once cuartos, para luego volver a sumarlos. Monedas en el tablero, monedas en las pizarras, dedos en los tinteros: *Seis-por-dos-doce, seispotresdieciocho, seisporcuatroveinticuatro*, una clase entera de Audreys y Stans con sus ropas grises y sus botas agrietadas, sus quejosas voces de soprano que se trenzan y luego se desenredan en dos ríos de sonido que fluyen a través de niñas y niños hacia calles vespertinas para unirse una vez más – sucias manos de niños que agarran las coletas para *ponerles camisas de fuerza* a las niñas en *el manicomio*, hasta que alguien acude a liberarles, *¿Quieres que te parta la cara...? Porque nunca me has tocado la cabeza...* los chicos Wiggins bailan a su alrededor – luego también cogen al pequeño Stan y lo lanzan con ella, aullando, con la camisa rasgada. —No es raro que llamáramos al juego Bedlam, piensa Audrey, que ahora es grande y tiene catorce años, cuando regresa de los baños de Shorrold’s Road un sábado por la tarde y ve a unos chicos que montan bronca. Lo llamábamos así – aunque no supiéramos qué era Bedlam. En la mente de la Audrey de seis años se había mezclado con el Orfanato Chipriota y el Hospital de Aislamiento de Gunnesbury – lugares en los que los niños eran *apartados*, dejando unos días o semanas un hueco de dolor al que sus hermanos se acostumbraban bastante pronto. Dobla la esquina hacia Fulham Road pensando que ese cerezo en flor son huevas de rana en el cielo verde como una charca e ilusionada por el lento paseo frente a Anderson’s Tea Rooms, por la idea de saborear los pasteles rodeados de dulces, hasta que ve a su padre con el pie sobre una caja de limpiabotas y desea no haberlo hecho – porque ahora Audrey cree que si ella lo ve él puede detectarla *inmediatamente*. Se ha convertido en un *mago*, el humo del *puro pegado a su cara, de un color de lima verde y escapando para revelar...* a Arnold Collins. *Ve donde quieras, te encontrarás con ellos*, y todavía es peor porque, cuando su padre levanta el otro pie, Collins se quita el sombrero y dice: Tiene más carne, jefe, ¿verdad?, y no toda es magra. Sam gruñe: Bueno, ¿por qué no iba a hacerlo? ¡No es una de esas flappers a régimen! Ordrii, tengo un encargo que el señor Collins aquí presente me ha confiado. – Se detiene para echar un vistazo a las botas: ¡Trabaja un poco, chaval! Luego empieza otra vez: Vamos al oeste, tú y yo, es hora de que un padre le enseñe a su hija que nosotros cortamos el bacalao, ¿verdad, Arnold? Arnold solo se retuerce los labios apretados, juega con el ala del sombrero, toca los bordes brillantes de su pelo engominado. Audrey siente la humedad de su ropa interior en la parte trasera de sus muslos y suspira. – Pero, Padre, Madre estará esperando. – Un gesto de la mano humeante: Tu madre siempre está esperando, Audrey, siempre lo estará. Saca una moneda y la echa sobre un adoquín – el limpiabotas, que lo preveía, está aquí, con el rostro sucio enmarcado en rizos de un rubio casi blanco que asoman bajo su gorra de pana, mientras un solo diente sale de su labio inferior. Vamos, señoría, dice, escarbando en busca de su penique. Dos más, así puedo comprar el pasaje a Nueva York. La

sardónica sonrisa de Death le dibuja dos carrillos con los que hace un gesto en dirección a las botas. No dejan entrar a los tuyos ahora, dice, es mejor que te quedes aquí a medio penique la bota. Incómoda, Audrey ve poco a poco que Collins viste *de forma mucho más elegante* que cuando estaba en London General: un cuello sujeta su grueso pescuezo, su sombrero de paja lleva una cinta de rayas azules y moradas, sus botas de charol tienen un ingenioso dibujo de ante, su lengua va como una flecha de un lado a otro de su boca cada vez para decir: Y, eh, los, eh, productos, ¿jefe? Death traslada lentamente su desdén del chico hacia el hombre: Lo que digas, Arnold, ¿te mando un telegrama a tu a-par-ta-men-to para concertar nuestra ci-ta, o por casualidad tienen un teléfono en ese garito tuyo de seis peniques en Marylebone? Después de todo, este es un siglo nuevo, no hace falta esperar, ¿no? Tiempo, distancia... nuestros mágicos aparatos mecánicos los han ee-li-minaa-do. Collins *se para*, se ruboriza. Ah, dice, ah-ah, su lengua *se mueve rápidamente* hasta que Death lo releva: Vamos, Fred, te veo en el Magpie como siempre y ahora – ¡adiós! Coge a Audrey de la mano y la lleva delante de él por la calle *tan deprisa* que durante los primeros cien pasos ella tiene una perturbadora imagen de sí misma *patas arriba*, con la falda hinchándose y luego cayendo para mostrar sus bragas. Vuelve la vista y ve a Arnold Collins poniéndose el sombrero sobre su pelo mullido, mientras el limpiabotas sigue suplicante a sus pies.

¿Los modales se te han comido la lengua, señora Ward? ¿Desde cuándo se ha convertido cada frase de su padre en un acertijo que le parece peligroso resolver? ¿Hace cuánto tiempo que se muestra temblorosa en su presencia? Y, disfrutando de la palpitante impresión que deja la palabra en su cabeza, Audrey la mece, *tem-bloro-sa, teeem-blo-ro-sa*, sin duda, esta es una de *las mejores sensaciones que han sentido las señoritas adelantadas caminando entre las flores*. – He dicho: ¿los modales se te han comido la lengua? Su nariz *aguileña*, de refilón, *saja* ladrillos, arbustos y toldos. Llegan a Parsons Green Road – Ahí va Rothschild con su hija, dice un carnicero con un delantal blanco y un bigote caligráfico, las palabras en su estela, pero seguro... ¿quería que le oyeran? Audrey oscila entre la vergüenza y el orgullo mientras su padre – *el personaje* – parece indiferente, *tieso como un palo* se pasea, la virola de su paraguas golpea con fuerza uno de cada cuatro adoquines. Huevo podrido, murmura, exudando no malicia sino tónico capilar Coniston, que, salido desde su rostro brillante, blanquea las paredes de los sórdidos patios y callejones en torno al puente del ferrocarril. Cuando alcanzan New King's Road hay un ómnibus de color nata y marrón que traquetea hacia el bordillo, un *filón* que atrae a la gente, y Audrey siente el *estremecimiento estático*, como cuando Stan frotó una pechera postiza de celuloide en un trozo de velvetón y se la colocó en su cuello y los pelos del cogote *se le pusieron de punta*. – ¡Hola! Fentiman. Su padre levanta el paraguas y, empujándola delante de él, pasan por medio del grupo. Señor Death, dice el revisor, quitándose el sombrero, y suben las escaleras y avanzan hasta el asiento de delante. *El penique mejor gastado en la escena de Londres*, ha dicho su padre con bastante frecuencia, y también dice: *Una ventana amplia a un mundo más amplio*. Sentada, Audrey es consciente de los duros listones que empujan su enagua sudada entre sus muslos, mientras su mano permanece inútil y pecosa sobre ellos – piensa en la crema blanqueadora Westray's que desea sobre todas las cosas y en cómo le daría el aspecto de porcelana que tiene la señorita Gabrielle Ray... Padre habla del *benefactor de Bert*

mientras *el látigo chasquea y los arreos tintinean* y el ómnibus se mezcla con carros, berlinas y el ocasional cabriolé. – Bueno, Audrey, ¿imaginabas que el señor Philips tendría un interés tan generoso por nuestro Albert? Algunos podrían pensar que es un poco raro, pagar por alguien que no es de los tuyos... Al menos esa observación es lo bastante directa – además, Audrey percibe que no espera que responda, solo que sea testigo. – Algunos podrían rechazarle solo por orgullo. El ómnibus se desvía para evitar a una joven, su pesada falda queda atrapada en la cadena de su bicicleta, las mangas gigot se agitan. ¡Oh!, chilló Audrey, y luego se ruboriza. Su ¡Oh! se mantiene en el silencio repentino, porque el suelo de madera ha acallado las ruedas del ómnibus. *Una mujer bien plantada y con pedigrí* con un anticuado sombrero está sentada al otro lado del pasillo, mirando y mirando y mirando *como si no hubiera visto nunca a una chica*. Audrey desearía que su vestido azul marino no estuviera tan desvaído, desearía que su pelo rojo no le saliera brillando de la cabeza, desearía que los cables que suenan en las múltiples crucetas del conductor eléctrico del techo fueran el cordaje de un clíper que leva el ancla y se desliza en bajamar *hacia Gravesend y la libertad...* *Y sin embargo...* Esta inesperada excursión es... *un lujo*. Antes, Rothschild llevaba a uno o dos de sus hijos a dar una vuelta, pero desde que se había convertido en subgerente, Audrey solo había subido al ómnibus unas pocas veces: el viaje a Windsor Park el verano pasado, eso fue en carro, pero aparte de eso ha ido de casa a la escuela, el mercado, las clases de religión del domingo y los baños, y muy de vez en cuando ha ido a ver jugar al fútbol a Bert y Stan, mientras que el entretenimiento del domingo por la tarde es un paseo por el parque. Ahora, el balanceo animal del ómnibus, la campanilla de la primavera, los lilos en los jardines que hay delante de las casas y el aletear de los toldos de las tiendas – todo llena a Audrey *de burbujas de soda*. El tono agrio del crisol de los peones camineros delante de St Mark's College se mezcla con el hollín que cae de la central eléctrica de Lots Road – y aun así los caballos persisten en su esfuerzo, y sus lomos anchos se alzan brillantes, y sus pezuñas atraviesan las castañas de sus propios excrementos. Fentiman ha subido *a charlar* con Rothschild, que *ya ha tenido bastante* aire fresco, ha encendido una cerilla en la bota y echa el benigno humo de un puro, mientras ignora deliberadamente la mirada penetrante de la mujer del sombrero. – Hablan de sir David Barbour y del astuto John Pound y del *condenado Balfour*, que es el único que conoce Audrey. De vez en cuando Fentiman va hacia los asientos traseros para sacar más billetes, luego regresa para quejarse de la invasión de los rieles del tranvía. Sam Death es optimista. Esos magnates cobardes nunca serán lo bastante ricos, dice, para quitarlos. Con todos sus cables y sus vías, los tranvías eléctricos son demasiado torpes para el centro de la ciudad. Fentiman escucha cuidadosamente, *con cara de idiota y sudoroso* en su traje negro de trabajo mientras el jefe diserta: No-no, tienen que cambiar las cosas – eso no lo niego – y el cambio siempre es un amigo para unos y un enemigo para otros. Ahora, mira, está la línea central del metro y sus celdas acolchadas, y ahora que han puesto apa-ra-tos protectores no habrá manera de evitar que mordisqueen desde abajo como ácaros en el queso. No, el cambio ya está aquí, pero será el ómnibus el que acabe en la basura, acuérdate de lo que digo... No somos nosotros los que deberíamos preocuparnos, son ellos.

El lento rasgueo de una pianola entra suavemente – es la que Audrey oyó en el Aeolian

la última vez que fue al oeste, con Mary Jane, que, de un humor caprichoso, había dicho: Que no seamos gente fina no significa que no podamos echar un vistazo. Entonces, cuando el intérprete se abrió el frac para sentarse ante el instrumento, ella no pudo *mantener la boca cerrada y cantó*, un rotundo ruiseñor que forzaba su acento en una maraña imaginaria de respetabilidad. – Ooh, sí, es preciosa, qué caoba tan fina – mientras las rodillas del tipo subían y bajaban recorriendo la melodía, Duud’duu, d’duu, duu-d’duuu, duu-d’duuu, tripletes de notas que se alzaban y descendían. Audrey se incorporó, perdió su joroba *de marimacho* – al ver que ella mostraba un *interés genuino*, mientras caminaba en el sitio, el intérprete habló de *Brahms, su intermezzo*, y de cómo era una parte de mucha clase para el *coni-seur*. Escuchando atentamente los trinos y los gorjeos, sus dedos rígidos se liberaron de la parte trasera del vestido, su barbilla se quedó quieta. El movimiento fácil de los muslos del joven, los dígitos invisibles que apretaban la piel de marfil, el ¡so-fa-la! que subía hasta el techo, la partitura expuesta mientras a su alrededor el mundo giraba – eso era belleza, a eso se refería la señorita Conway cuando hablaba en clase de la *ar-mo-ní-a*. Un bang, seguido de un chasquido como de látigo, la conmoción afecta a todos los pasajeros del piso de arriba del ómnibus mientras los caballos se asustan y el que tira de un coche que llega de Sloane Square se encabrita. A través de una cortina de humo azul que se arruga en flor de almendro, los espectadores ven ese monstruo: las ruedas y el chasis de un moderno automóvil con el cuerpo recto y negro de un cabriolé pegado encima. ¡A-já! ¡Ja-ja! Sam Death ríe mientras el conductor del ómnibus intenta que los caballos pasen delante del vehículo, que se queda en un ángulo incómodo con dos ruedas sobre el bordillo. – ¡Mi-ra, qué lío! El automovilista y su mecánico mueven sus alas de tweed sobre el compartimento abierto del motor, todavía humeante, y Sam dice: Debe de haber venido del otro lado – *Vauxhall, no Hades* – y, aunque parezca inverosímil, Fentiman, ese Harry Tate<sup>19</sup> y sus compinches acabarán con nuestros amigos equinos... El revisor mira respetuosamente al padre de Audrey cuando habla, como hacen los demás pasajeros, conjeturando que el gran hombre tiene un conocimiento profesional, pero Audrey se aparta de sus ojos *de maleta* y de las *venas Stilton* que dan aspecto de mármol a su *estupenda probóscide*. Mientras el autobús sigue pasando ante los jardines de Eaton Square y el inspector del garaje Fulham habla de máquinas, ella sueña con quimeras terribles, hombres con ruedas en lugar de piernas, con vientres que son un horrible artilugio de varas, engranajes y volantes, humo que sale de sus nalgas de hierro. Imagina caballos cuyos cuartos traseros son *ruedas de Hoxton*, a quienes se han ensartado columnas de dirección entre los hombros para que los jinetes, sentados a horcajadas sobre su cruz al rojo vivo, puedan llevarlos de un lado a otro, relinchando, chillando... El chillido de un caballo es algo aterrador que Audrey no sabía que conocía, porque llega de una parte de su mente que no sabía que tenía. Viene de debajo del colchón donde las cosas se pudren y los botones tienen dientes de conejo. Las historias de Stan vienen de ese sitio – el hombre leopardo y el hombre perro, sus gritos en la noche cuando cortaban y estiraban su carne. Las bestias aullaban más allá de la empalizada, mientras Vi y Olive tiraban del camisón de Audrey, ocultando sus caras, desnudando sus hombros. Los tres apresados por el armazón de la cama mientras la boca oscura de su hermano *engulle la luz de la noche*... El vehículo, señora, dice Sam Death, se ha construido cogiendo el cuerpo de un caballo normal y fijándolo al chasis y las

ruedas de un autobús de gasolina Daimler... Su padre cree que ha conquistado a la señora del sombrero con esta docta explicación. Desde su posición elevada, mientras el ómnibus retumba desde Buckingham Palace Road y delante de la estación, están en un buen sitio para observar: Allí, señora, puede ver un autobús Thornycroft, que impulsa el vapor de un calentador de coque, exactamente igual que una locomotora. Allí, junto al pórtico del Apollo, hay un autobús Fischer, una innovación de los americanos, que emplea motores eléctricos y de petróleo, y es más fiable. Sea como sea, podría ser... continúa mientras avanzan por la escalera curva tras su pesado tren de seda... dudo mucho de su utilidad, y de hecho, preveo su futilidad. – Sin embargo, la señora no tiene ganas de más sermones y así corta a Death con una inclinación de su sombrero y un movimiento del mango del parasol. ¡Pues que tenga un buen día, señora!, dice él con la mayor repugnancia y, levantando el sombrero para despedirse de Fentiman, deja que su virola continúe viajando, siguiendo las pilastras y los balcones de hierro forjado de la fachada de la estación. Hemos llegado, dice, y la coge del brazo y la guía entre los vehículos que compiten por los pasajeros, luego delante de un anuncio de Germolene tan grande que sus letras serpentean por el muro lateral de un edificio de cuatro pisos, la *l* rodea una ventana abierta desde la que una fregona con una cofia mira con descuido la calle atestada. Niños pobres corren por las calles para coger arreos, luego hacen piruetas para que les tiren una moneda, mientras las tuberías de las chisteras se unen en la cabeza de Audrey con los excrementos que hay debajo y las zanjas llenas de basura de los canalones. Aquí, más que en el repugnante Fulham, la ciudad se ve asediada por su propia contrariedad: las suaves caras de piedra de Portland de los edificios de Victoria Street están manchados de lágrimas mugrientas, los callejones que agrietan las ventanas reflectantes de las tiendas finas están llenos de carros de vendedores ambulantes repletos de *frutas y verduras que empiezan a pudrirse*. Las moscas dejan humedad en su rostro – las caras son más blancas que *las de mi casa...* Están *en las profundidades y lejos de la luz*. Su padre le señala la mole de ladrillo amarillo de las Mansiones de la Reina Anne, que se alza sobre los tejados en dirección a St. James, el techo de la mansarda festoneado de cables. Habla de los ascensores hidráulicos donde los adinerados inquilinos suben catorce pisos, y de las tuberías que alimentan las bombas que anidan bajo las calles. —Conjura en la mente de Audrey una visión de la ciudad como un todo conectado por arroyos de energía invisible: los cables del telégrafo en los que circulan letras y cifras, la electricidad que vuela en fundas de gutapercha – su propia visión *vibra* para que la piel de castor de un cabriolé que pasa oculte... *un ojo*, la cara de una chica guapa se divide a lo largo, *a lo ancho...* Le gustaría poder apartarse para disfrutar de los baúles, las cañas de pescar y los salacots cuidadosamente colocados en el escaparate de las tiendas del Ejército y la Marina, le gustaría poder *entrar con ellos...* pero su padre no afloja el paso. Por primera vez en esta extraña excursión Audrey siente los dedos fríos e inquisitivos de la ansiedad: es tan intenso, su bigote húmedo de saliva, su frente alta brillante con *transpiración...* siguen caminando, el paraguas marca el ritmo de sus pies, tap-tap, tap-tap, *tap-tap...* La cabeza descubierta de Audrey cae hacia atrás, *mi melena* ondea entre sus omoplatos. Una gran colcha púrpura y verde cae sobre todas las cosas, masas de nubes atrapan las chinches inquietas en su propia fumigación venenosa. El aire se vuelve cada vez más oscuro: una tormenta de hollín en una escabrosa suspensión

amarilla en la que nadan las encastilladas almenas del Westminster Hospital, sostenidas por contribuciones voluntarias – detrás, las rígidas faldas de la Abadía caen perpendiculares desde sus corsés de piedra.

Una impresión de la cara *de huevo hervido y aplastado* del gran reloj, y de los caballeros petrificados en sus pedestales – Audrey ve el órgano de tubos del Parlamento, escucha su fuga enloquecedora... Baja la vista a sus manos pecosas, que están de nuevo sobre el regazo de su gastado vestido, *cómo tiemblan*. Su padre coloca con ternura una bolsa entre ellas, papel arrugado, *suave como una tela*. Ella saca un caramelo que apesta a acetona y lo aprieta contra sus labios exangües – luego prueba la esencia de pera que se *aplasta* contra sus dientes. – Has tenido un pequeño ataque, cariño. Su solicitud resulta más inquietante que su desdén. Están en un autobús que se estremece al pasar ante Whitehall – una correa de cuero que cuelga choca contra el bombín de su padre, que le da una palmada en la mano, su acción es tan involuntaria como la de ella. Habla del autobús y de su ruta desde Victoria a la Ribera, pero Audrey no puede oírle muy bien porque sus propias manos se han convertido en garras que escarban en las colinas de sus muslos, de arriba abajo, una y otra vez, en un patrón que no puede ser realmente un patrón porque no se repite nunca. El movimiento imparable hacia el *imán* central de la ciudad afecta, observa Audrey, la elocución de su padre: alinea las consonantes rebeldes, repele los coloquialismos. – Como decía antes, Audrey, el señor Phillips va a comprometerse más con Albert – va a alojarse en Woodford. El señor Phillips ha llegado a un acuerdo con los Draper, y él mismo pagará sus libros... su equipo deportivo y cosas así. ¿Bueno – ? No es, ella se da cuenta, una pregunta – se parece más al parloteo de un moderador entre turnos, y así invita a la pregunta: ¿Qué viene después? Audrey ve a Albert como debe de haberlo visto el señor Phillips, *reconociéndolo* en Anderson's, mientras los ojos saltones del alto joven bajaban por la columna de cifras garabateadas en una cuenta – dos peniques por esto, medio penique por eso, tres peniques por el pastel de Eccles – y su boca severa pronunciaba instantáneamente el total. Su familia está, por necesidad, familiarizada con la prodigiosa capacidad de cálculo de Albert, y sus amigos también: lo llaman Datas, por el prestidigitador mental del vodevil. Igual que a su padre le gritan su apodo por la calle, Datas Death tiene su propio saludo: ¿No es así, señor? Aunque, a diferencia del cordial Datas del escenario, no hay alegría en la corrección de Albert. Es *rígido en todo*, desdeña el alboroto, pero parece *dispuesto a matar* si se le acusa de *haber fallado* al no responder una pregunta o efectuar un cálculo. Ahora que hace más calor se desnuda de cintura para arriba en el desorden del patio – ha conseguido un ejemplar de Shadow's Magazine y realiza los ejercicios que describe con unas mazas de gimnasia que ha construido uniendo viejas traviesas de ferrocarril. —El héroe de Stanley no es Datas, sino *Enigmarelle, el Hombre de Acero* – quiere ser un *hombre mecánico* con un motor *que martillea* en su vientre y humo *brotándole de la boca y la nariz*... ¡Nunca había estado encima de un motor! es la respuesta de Audrey, que grita sobre el *traqueteo* que reverbera dentro del autobús. Sus ojos se escabullen hacia la plataforma trasera, y descienden al patrón de excrementos aplastados sobre el asfalto que se desenreda ahí abajo. Por mucho que lo intente, ella no puede levantar por los aires el autobús sobre los conjuntos de taxis que forman un *milpiés* que avanza de Whitehall hacia Trafalgar Square. Audrey no puede *pero Stan vuela* cuando quiere: la

pone tras ella delante del nuevo espejo basculante de su madre y lo echa hacia atrás para lanzarlos a los dos *de repente, plata, hacia el cielo...* Stan dice: En veinte años todo el mundo será aeronauta, el coronel Cody<sup>20</sup> perfeccionará su cometa de guerra y habrá servicios aéreos publicitados que conectarán todas las ciudades del Imperio. Los dirigibles llevarán la pesada carga que ahora viaja por mar: arrabio, carbón, trigo canadiense. Anclarán sobre Londres y el aire estará lleno de cables: los estibadores trabajarán moviendo cintas transportadoras altas como grúas. ¡Mira! ¡Subimos, Aud! E inclina otra vez el cristal para que la chica de cabello de fuego y el chico con orejas de murciélago se alcen *de repente, plata, hacia el cielo...*

Al bajarse en Charing Cross, todavía chupando el caramelo, Audrey se aparta de la *tubería negra de hollín* de la columna de Nelson para enfrentarse a fosforina el remedio de los reyes y player's navy cut, momentáneamente dos hombres anuncio le *hacen un sándwich* y una vez libre la traga de nuevo el estruendo de los grupos de la tarde – oficinistas y gente que va de tiendas liberados durante medio día esquivan los vehículos y cruzan inquietos la calle. Un *lechuguino* se mete bajo las mismas varas de un coche Clarence – el taxista chasquea el látigo, pero las tres señoras tras *la lámpara de araña envuelta en muselina* desdeñan verlo. ¡Maldito idiota! El juramento de su padre se levanta por encima de la algarabía cuando reprueba a un pilluelo borracho que brinca junto a un organillero. Unos pasos después, Audrey se vuelve a mirar el sombrero sin ala del hombre, su chaqueta escarlata rasgada y sucia – es un antiguo soldado, que salta sobre un bastón, la pernera vacía de su pantalón se agita – pero a Sam Death no lo pillarán dormido, zigzaguea en medio de la multitud por Strand, luego gira a Audrey para que se coloque en una fila para mirar por un kinetoscopio plantado ante las puertas del vestíbulo del Old Tivoli. Con la cabeza metida en esa comedia, ve la bonita pirueta de una Colombina en torno a un simio bailarín – ¿Podré escapar? – y su giro no es suave sino que se sacude hacia delante, luego hacia atrás, la doble exposición de la película muestra un encuentro con su doble transparente. Aparecen los letreros: *La señorita Lottie Farquhar, Todas las noches en «Delicias oscuras», Asientos de platea por un periodo limitado, 5/6 d.*<sup>21</sup>. *Totalmente electrificado, fssschk-chk-fssschk-chk...* De nuevo la *zarpa* de su padre sobre ella. ¿Igual prefieres ir por detrás? Audrey se pregunta qué puede ser este recado que su padre hace para Arnold Collins, su inferior, a quien siempre ha tratado con un ligero desprecio. El extremo del paraguas de su padre toquetea la unión de los adoquines cuando doblan la esquina de Covent Garden, ignorando a los porteros con mandiles de cuero que holgazanean contra las cajas vacías, ignorando la fruta podrida bajo sus pies y los árabes que escarban en su busca – el crepúsculo se amasa en las esquinas de la plaza, *esperando*. El pequeño Dublín, comenta su padre sin mucho interés mientras cruzan Drury Lane. Uno de cada tres escaparates está tapado por una pesada tabla, algunas garabateadas con *señales criminales*, aunque ¿por qué? Aquí no hay nada. Parapetos de madera obstaculizan las estrechas entradas de patios dejados de la mano de Dios, y a través de un hueco en uno de ellos Audrey ve el fantasma encalado de una morada, algunos de los inquilinos condenados delante de ella, con la cara y la ropa veteados de suciedad: están, comprende, demasiado débiles *por el hambre* como para resultar peligrosos. Un chico de su edad repanchingado en un umbral no lleva pantalones – *sin bolsillos... sin bolsillos que robar* – la camisa de hombre le cuelga por

debajo de las caderas y una sonrisa idiota divide su *cabeza de patata*. El último trozo de caramelo se rompe entre los dientes de Audrey. Sonríen con afectación, las *tres pequeñas criadas*... Mujeres de mala vida, Death mastica esa frase antes de escupirla con más aspereza: Mujeres de ma-la vi-da, se venden por tres peniques, dos peniques o una rodaja de pan seco... Una simula ajustarse algo en el corpiño: *un corsé invisible*. Audrey siente que le pican las *tetitas* y nota la combinación húmeda de sudor todavía enganchada entre sus muslos. *No necesito una Asociación de Protección de Señoritas, necesito ir ya sabe dónde* – no hay palabras para decir eso, hace un año más o menos sí, pero no ahora. Más allá de la ventana del bar, donde se han reunido las putas, la calle termina con otra barricada de madera – esta de dos pisos de altura y enyesada con las mejillas rosas, los rizos dorados y el espumeante jabón blanco de jabón hudson. A la derecha de la valla publicitaria una rendija lleva a una calle larga y estrecha, apenas lo bastante ancha como para que pase un carro, con los escaparates de ambos lados anticuados, las ventanas de muchos cristales y parteluces gruesos enyesados *de porquería de Hudson*, como las persianas horizontales, algunas de las cuales han sido arrancadas para formar la base de puestos. Más arriba hay más estructuras de madera que sobresalen inclinadas desde los edificios —Audrey se echa a andar. — ¿Esas? A Death le divierte que le hayan llamado la atención. Son espejos, Audrey, para captar un trozo de cielo y pegarlo en la ventana. Por supuesto, cualquiera que mire desde lo alto puede ver a quien se viste debajo... ¿Quién es, mi padre? Mientras continúan, el murmullo del que Audrey no había sido consciente se vuelve más profundo, el rugido interminable de las calles de la ciudad se disipa en un solo ladrido que va de una mandíbula a otra: el gimoteo de un único motor.

El callejón penetra más profundamente en la arcilla húmeda. Su padre se detiene y coge un pequeño volumen encuadernado en cuero del montón de libros de un puesto y, mientras se lo acerca a la cara, la cubierta cae para exponer unas guardas moteadas, luego cae por completo, junto a varias hojas que *corren* hasta el suelo. De pronto una cabeza blanca surge de detrás del puesto, ¡el Mulá Loco! resulta ser un hombre de aspecto apocado, con un turbante hecho de chal indio, y después de alzar los quevedos que cuelgan de una cuerda negra y ponérselos ve a Death con claridad. Ah, eres tú, Rothschild, jadea *notas como palabras* – se ha tragado el *armonio* de la tuberculosis. El padre de Audrey hace un gesto hacia el libro roto. – Por supuesto, le compensaré por su pérdida, señor Fellowes. El hombre apocado toca un *triste acorde*: ¿Por qué molestarse? Esto – señala a su vez – está acabado y perdido, acabado de verdad, acabado de verdad —y hay otro *impulso en los pedales, no debería correr así, no tiene aliento*. El señor Fellowes no lleva corbata, tiene el cuello desabrochado, su cuello de pavo *grazna*, en los oscuros recovecos de la tienda un pájaro enjaulado *aleteapía*. —Death afirma lo siguiente: Dice la prensa que habrá una sustanciosa com-pen-sa-ción en el futuro para quienes han tenido una enfiteusis, o una propiedad, naturalmente. Por primera vez, Audrey observa la lentitud de su padre cuando *habla bien*. Se ruboriza – y para ocultar su confusión coge un libro del montón que hay en el puesto, Sermones del difunto Reverendo Simon Le Coeur, doctor en Teología. Una amiguita suya, ¿no – ? Ha atraído la lascivia del librero. Samuel ladra: ¡Sí, una amiguita especial! La coge del hombro y la pone recta, colocando todo *en su sitio*. Dígame – aprieta más fuerte – ¿el señor

Beauregard ha dejado el negocio? El hombre apocado dirige sus ojos, rosas como si tuviera fiebre, sobre Audrey, *de la cabeza a los pies*, antes de responder desdeñosamente: Beauregard no lo dejará hasta que tiren esa puta buhardilla – no es que no haya organizado las cosas, negociado dependencias con unos judíos de Mile End Road. Death levanta el caparazón de escarabajo de su bombín, pasa la mano por su coronilla húmeda. En ese caso, dice, subiré – tiene algo de, ah, mercancía para el hermano Collins. – El señor Fellowes tose, tiene una arcada, escupe desprecio: ¡Mientras tenga algo para él! Esta es una simple descripción, acompañada por la recuperación de un papel de cera, su despliegue, la salvaje introducción de un pellizco de rapé en su fosa nasal. Hm... murmura Death... quizá. Se cuelga el paraguas del hombro derecho y busca en las profundidades del bolsillo del pantalón. Audrey está *hecha polvo* y abandonada. Toma – él le pone una moneda de tres peniques en la palma de la mano, *con fuerza* – hay una cafetería aquí cerca. Siéntate a tomar un café y una tostada, iré a buscarte en un rato. El estornudo del hombre apocado la sigue por la calle, eff-eff-eff-¡achussss! – ella se da la vuelta una vez, pero su padre ya ha desaparecido.

Hay un pastel sobre una base de hojalata en el escaparate del café, que por lo demás resulta indistinguible de las librerías desmoronadas que lo flanquean. Audrey mira el pastel *negro como el coque* en su sucio tapete de papel. Un cartel junto a él muestra tres cortes de una onza 6d., chuleta 5d., cebolla frita 1d. Eso es todo. Llega un hombre desde atrás para quedarse el umbral: con el delantal ceñido, tiene *la misma forma* que la lechera que apoya en el suelo. Tiene unas patillas negras y rizadas y bajo su mejilla roja un bocio *más rojo* descansa sobre su cuello Gladstone. Llega un gitano descalzo que cojea por la carretera, con una gorra encasquetada y las mangas de su chaqueta de hombre recogidas – sus brazos son un forro a rayas. En una mano lleva un conejo despellejado que sujeta por las orejas y, al detenerse ante el camarero del café, lo levanta *cavidades sangrientas donde están las tripas* pero no dice nada. El hombre niega con la cabeza: De ninguna manera. El chico sigue cojeando. Ven a comer antes de que los dos nos muramos de hambre... Audrey tarda un tiempo en darse cuenta de que se dirige a ella, y luego obedece. No hay gran cosa en el café – cuatro bancos, dos mesas desvencijadas – todo está cubierto de la pátina marrón del humo del tabaco, la grasa y la suciedad enquistada. La luz de gas y el calentador se confunden entre sí – los dos están encendidos. El hombre le pregunta a Audrey qué desea y mientras se ausenta en la parte trasera el calentador sube de temperatura y empieza a echar vapor – gotitas se condensan en el techo y luego caen, una *silba* en el cobertor del gas. *Llueve dentro...* Abre la mano: la moneda de tres peniques ha marcado una rejilla en su palma. El hombre vuelve con una taza de té y dos rodajas de pan y margarina, cortadas en diagonal. No sé por qué lo hago, dice, mirando las gotitas que se hinchan y caen, pero lo hago. Mete la llave en la tubería y el calentador se apaga. ¿Podría – ? ¿Tienen – ? No puede haber *ninguna duda* de la razón de su incomodidad... Él señala con indiferencia y dice: Ahí atrás. Ella va y encuentra un cobertizo junto a la pared de la cocina, más allá hay otra sección del muro de madera de dos pisos y más allá está la bola de demolición en el crepúsculo neblinoso, una *luna negra*. Cuando regresa, él ha vuelto a encender el calentador y, mientras ella mordisquea las rebanadas y sorbe el té, permanece en pie junto a la tabla machihembrada del mostrador, con la cabeza alta, masajeándose el bocio al tiempo que escucha perruno

las notas que suben... *no es peligroso*. Lo único que queda son migas, manchas, *posos*... pero su padre todavía no viene. Abruptamente, Audrey se levanta del banco – el hombre le devuelve un penique y dos cuartos, que ella agarra tan fuerte cuando camina de regreso por la calle que los discos de metal reemplazan sus nudillos, *Enigmarelle, el Hombre de Acero*. No hay nadie salvo *un hombre alto con una chistera* que le recuerda a una ilustración que ha visto de Bransby Williams *el imitador*, así de metido en la penumbra se encuentra. La tienda de Fellowes está cerrada – llama a la puerta atemorizada, siente alivio cuando se abre con fuerza y entra al olor de los excrementos de ratón, meada de gato y residuo amoniaco de los pájaros. En el interior no hay ninguna luz – solo distintos grados de oscuridad, la *noche negra como un murciélago* se frota contra ella. Sube las escaleras acompañada por un concierto de crujidos – un tramo, un segundo, un tercero y un cuarto – y luego mira a lo largo de un rellano a la altura de sus ojos hacia un lugar donde se filtra una luz brillante y blanca a través de una puerta cerrada. Oye – dentro – una brusca inspiración, ¡h'urgh!, y un *gruñido de cerdo*. Su vientre hierve con *luciérnagas* – el mes pasado Mary Jane *me atendió* con compresas de algodón y una cinta cosida con retales que picaba. Cuando Audrey le señaló el anuncio de la parte trasera de un libro de la Biblioteca – *Higiénicas, Absorbentes, Antisépticas, Disponibles para todas las tallas* – su madre respondió: ¿Quién te has creído que eres?, pero no sin amabilidad. Una cuerda le tira del ombligo a lo largo del rellano y bajo la puerta la arrastra con cada ¡h'heurgh! cada *gruñido de cerdo*. Abre la puerta con el hombro y cae en una habitación brillantemente iluminada por bombillas bajo pantallas de cristal esmerilado. Frente a las cortinas de nanquín que llegan hasta el suelo hay una aspidistra en una maceta de bronce descascarillado, junto a ella una chaise-longue cubierta de terciopelo verde, sobre esta el conejo despellejado *que llevaba el gitano* sus piernas muertas y brillantes salen de *un desorden de enaguas*. De espaldas a Audrey, un *hombre con el culo al aire* hace algo al vientre del conejo, ¿destripándolo – ?

– ¡No, no, no! ¡Eso no sirve! Un hombre rubicundo con el pelo engominado, en mangas de camisa y con un chaleco de elegantes bordados, sale desde detrás de un aparato cinematográfico que hay en la parte estrecha del ático. ¡No, no, no!, vuelve a gritar – su expresión es loca y candorosa – ¡esta chica lo ha estropeado – ! ¿Señor Beauregard?, se aventura Audrey, pero el hombre de cara roja la ignora, tiene la mirada fija. —Cuando Audrey se da la vuelta el conejo no está, solo una chica un poco mayor que ella que está sentada en la chaise-longue metiéndose las *tetitas* en el corpiño. La chica lleva el cabello recogido, aparte de unos cuantos mechones sueltos, y sobre su masa anodina hay un tocado de señora que incluye unas plumas de avestruz teñidas de color magenta. Tampoco hay un hombre con el culo al aire, solo el padre de Audrey, que está ahí con su largo abrigo de piel de conejo, abrochándose unos guantes *que no he visto nunca*. No reconoce la presencia de su hija, pero se descubre ante el señor Beauregard, dice: Or-guar, querida, a la chica, recoge su paraguas y un paquete de papel marrón de detrás de la cortina y saca a Audrey de la habitación de forma poco ceremoniosa. Bajan las escaleras sobre la *ola* de luz eléctrica – su *cresta se rompe en la calle vacía*. No hay señal de Fellowes – solo su nombre que se desvanece en lo alto de las persianas. – Todo esto – Samuel Death golpea con su paraguas la complicada sordidez de la fachada jacobina de la tienda – habrá desaparecido en unas semanas... No

parece triste ni alegre por esa perspectiva. *No conozco a ese hombre* que la lleva por calles *cerradas* por las enormes barricadas de madera, avanzando entre la colmena en ruinas hasta los alrededores del puente de Waterloo donde, por un hueco, pueden ver las obras: picos de peones camineros con el mango metido en la tierra, junto a este *Calvario* un *pozo de la desesperación que se llena* de noche y el *olor a cadáveres ahogados en el río*. ¿Por qué, le quiere preguntar Audrey, han metido carteles en el interior de las vallas? Porque seguro que los peones no son clientes probables de Beecham's Powders o pasaje garantizado de 7 horas de Tilbury a Cherburgo. Habrá, dice Samuel, un gran bulevar que vaya hacia el norte, hacia Holborn, la calle más nueva de la ciudad de Londres, con los aristócratas de aquí para allá... y habrá un túnel que conectará con el puente para los tranvías que pasen por debajo de un edificio de veinte pisos que tendrá negocios, un porche con tiendas finas, teatros... Esto, se da cuenta Audrey mientras pasan por la somnolencia de la tarde de sábado ante Lincoln's Inn, es su regalo: este recorrido por la ciudad que pronto desaparecerá, y este retrato de una ordenada ciudad del futuro. – En Chancery Lane los niños gritan ¡Masacre Búlgara! y hay algo febril en los oficinistas achispados que se reúnen en torno a un puesto de bocadillos. Finalmente, es de noche. *La bola de demolición ha subido y bajado, el aire se llena de polvo, niebla, suciedad...* se espesa de *gotas negras, no sé por qué lo hago pero siempre lo hago...* mientras los pasajeros salen de la estación de metro *setas que brotan húmedas* junto a las viejas fachadas de madera de High Holborn. —Esto lo recuerdo, dice Audrey: la seda y el algodón engrasado de los paraguas – y había solo un poco de llovizna... Esh, dice sentenciosamente Gilbert Cook, para la pequeña burguesía de Londresh lo que el fetiche para un primitivo africano – lo manipula, habla con él, lo fabrica corriendo grandesh rishgosh, porque, shi losh dioshesh del cielo deciden moshtrar shu deshagrado, eshtaría perdido shin shu refugio portátil. Piénshalo, Audrey, cuando Crushoe, el pequeño burguésh por excelencia, naufraga, la primera herramienta que she hace esh un paraguash. Este discurso sería difícil de tolerar si Gilbert no estuviera *con el culo al aire* – no tiene *vergüenza*, y eso resulta más satisfactorio para Audrey que cualquier cosa que se hagan el uno al otro: su despreocupación, de pie, escurriendo el artilugio profiláctico en el cuenco de dibujos rosas, tirando entre *los tubos de exprimidor* de sus dedos rechonchos y pequeños para que el agua *salga a chorro*. Le parece que era la instrucción lo que constituía la mayor parte de su seducción: él describía cómo debía meter el pesario de antemano y luego emplear la jeringa para vaciarse acucillada en un cuenco distinto. Audrey había admirado a Gilbert Cook por su compromiso con los aspectos técnicos del amor libre, mucho más que su defensa escrita. – Lo admiraba por eso – y por su renuncia a todo *sentimiento de celos*. Te diré, querida – dijo en esa primera ocasión, mientras ahuecaba la mano simulando su vagina y hablaba de cómo exterminar *losh problemáticosh eshpermatozoidesh* – no sholo para que yo pueda dishfrutar de tush placeresh shin, eh, complicacionesh – aunque desheo fervientemente dishfrutarlosh y precisamente en eshos términosh – shino para que puedash dishfrutar de placeresh similaresh o con toda probabilidad mucho mayoresh, con quien elijash. Su aproximación profesoral al ejercicio de su desvirgamiento había sido *lo que yo necesitaba*, las calientes impregnaciones de la vergüenza y la culpa que llegaron en primer lugar y luego, como respuesta a su instrucción, se encontró libre para disfrutar – también esa primera vez –

de su demostración. Sin embargo, pese al vigor con que él grabó sobre ella su punto de vista – *que la relación shexual trata de nosotrosh, aunque de una forma difusha*, y que *tampoco la tenemosh, como personash o animalesh*, shino que la atraemosh, *como pararrayosh* – a Audrey la horrorizó descubrir que después de su segundo encuentro tenía todos los síntomas de una *idiota enamorada*, una *diáfana Dafne* o una *vacía Venetia*, a la que no le importaba el *Nuevo Amanecer* de las mujeres, sino solamente los antiguos y poéticos. Ahora suelta la *babosa* y va a sentarse junto a ella y dice: Dime, ¿por qué hablash de eshte incidente ahora – de tu padre relacionándoshe con proshtitutash y shush pornógrafosh – ? ¿Esh porque acabamosh de... follar? Audrey acaricia el damasco verde de la chaise-longue de Venetia Stanley y pasa un dedo por un botón, luego otro. No, dice al final, no, Gilbert, no es eso... es... Cómo *detesta* a Venetia Stanley sin haber *puesto los ojos sobre ella*. Por mucho que intente evitarlo, Audrey le ha preguntado si su relación es física – aunque él desdeña la idea: ¿Venetia? Querida, esh una cría, eshtá atrapada en la eterna infancia de la riqueza, atendida y mimada por sush niñerash y alimentada por amash de cría en fieshtash casherash... Quizá, pero para Audrey la cercanía entre la señora de sociedad y el socialista es *insoportable*, especialmente aquí, donde un retrato fotográfico en el que ella aparece disfrazada de Diana Cazadora la mira desde un gancho... son los paraguas. Ajá, losh paraguash, el fruto de tu labor. Debe *de tener una forma de arreglarlos* – sus dientes postizos – porque cuando no para de hablar en salones o encuentros públicos su tono es rotundo y *alto como un instrumento de viento* mientras que en momentos como este, relajado, despojado de sus ropas, con el pelo revuelto, le sale este adorable *defecto de pronunciación*. Ella responde: No hago paraguas, Gilbert, ni sombrillas ni carpas ni pabellones portátiles para la puñetera playa – soy mecanógrafa, hago palabras. *Palabras como*: Estimado señor, con respecto a su pedido del día 15, lamento comunicarle que no podemos ofrecer la cantidad exacta de los modelos Peerless y Paragon que usted encargó, debido al retraso de Fox a la hora de entregarnos nuestro pedido para sus marcos patentados Aegis. Como usted sabe, todos los paraguas de Ince & Coy tienen un acabado extremadamente exigente, debido a su calidad y eficiencia superiores. Vamos a enviar a través de un transportista doce docenas de Peerles de forma inmediata, junto a cien artículos de Paragon, y nos esforzaremos en completar su pedido lo antes posible. Atentamente, A. De’Ath, Agente de Envíos, en nombre de Thos. Ince. Una inicial es suficiente, señorita De’Ath – dijo Appleby, el malhumorado y quejumbroso adjunto a la dirección – quizá algunos de nuestros clientes no sean demasiado tolerantes con respecto al empleo femenino... ¡Más tolerantes que tú, seguro! Appleby solo está por encima de Audrey en la jerarquía, los dos ocupan la buhardilla sobre las dependencias de Bishopsgate, él se sienta en su banqueta en una mesa alta y anticuada bajo la claraboya, mientras que ella está encajonada en la parte baja de la habitación contra el revestimiento de madera *comido por los ratones*. La Sholes de Audrey está en una mesa pequeña, y cada vez que da a la palanca del carro con el mecanismo de pedal recuerda a la fuerza ¡kerchunggg! que este es un trabajo de mujeres: *sudoroso, insignificante, repetitivo*. Aunque la verdad es que sus responsabilidades reales exceden las que tiene él – Appleby, con su siniestro traje viejo y su rancio cuello de lino, está de relleno, Ince lo mantiene como gratitud por un servicio prestado hace mucho tiempo. Su pluma raspa sobre las

cuentas, los sueldos y los libros de inventario. Cada viernes se tambalea hasta el banco, acompañado por un chico recio armado con un garrote —y solo le proporciona a Audrey una descripción muy somera de las tareas que hay que hacer, dejando que ella las dote de la materialidad necesaria. Todas las cartas, todos los memorandos, todos los textos publicitarios – *esas palabras* las fabrican sus manos convertidas en garras que escarban sobre las teclas de la Sholes, una y otra vez, siguiendo un patrón *que no puede ser realmente un patrón porque no se repite nunca*.

– No, no quería decir esho, Audrey... Para ser un hombre que se considera esclavo del progreso de las clases trabajadoras, Gilbert siente una *extrema aversión* hacia el trabajo, en todas sus formas, excepto en la producción de sus propias palabras... Me refiero a lash palabrash que hash enviado en esha frágil barque, el Ardiente, a lash aguash del mundo. En las sombras de su camisa su pene *se curva* anillado por pliegues de piel *bambú metido en ti*. En el taller de Ince, detrás de Old Commercial Street, los obreros que trabajan a destajo, *sobre todo judíos y judías*, cortan la seda y el algodón en recuadros, ponen el aceite, estiran, cosen los lazos y las borlas, luego las varillas y unen el mango. *Voi-là!* otro Peerles o Paragon o un elegante sombrero de paseo para señoras. Los hacen una y otra vez, sus rostros extraños y cetrinos también *se engrasan y estiran* – manos *con cortes y rozaduras*, cubiertas de sabañones en invierno – el verano trae el hedor de los puestos de pescado de Black Lion Yard, pero siempre hay una profunda peste a *gallinas*.

Es una tontería, Gilbert, dice ella, levantándose para subirse la enagua y las medias. ¡Chas! hace una liga. Una tontería, y solo se la creen los que ya han aceptado su contenido, ni siquiera lo leen ellos. ¡Chas! Hay una bandeja de plata con un decantador de vidrio tallado y un sifón. Audrey toca ligeramente el cuello estriado, las líneas frescas – coge una horquilla y empieza a plegar un hilo tras otro de su *rafia roja*. Una gruesa cortina enmascara la ventana, pero sabe que tras ella están las casas de altos gabletes con sus tripletes de ventanas *artísticas*, mientras que tras ellas están el dique y el río *que suda sus vapores tóxicos* – imagina el remolino espeluznante de desechos de curtiduría atrapado en su flujo perezoso. – Tengo que irme. – ¿De verdad? – Sí, *sí* – volver con la señora Phelps en De Beauvoir Town, volver a la sopa enlatada Gong calentada sobre un horno, volver a la liviana sensación de quedarse dormida sin el *peso muerto de Padre, Mary Jane y el resto...* Se mete en el *respetable* abrazo de su blusa, la abrocha, va hacia las cortinas, las separa. Abajo, un taxi a motor ruge junto al bordillo, Venetia Stanley – *no puede ser otra persona* – está de pie sacando monedas de la seguridad recubierta de cuentas de su monedero. Vuelve a casa después de tomar un té en el Dorchester, imagina Audrey, o de un recital de piano en el Bechstein Hall – y no tiene otra preocupación *que la molesta proliferación de sus plumas púrpuras sobre los sombreros de sus inferiores...* Audrey se da la vuelta y dice con decisión: Me gustaría tirarle un ladrillo por la ventana de su querido amigo – ¡por todas sus malditas ventanas! Gilbert se ha puesto ropa interior de franela *no demasiado limpia*. No she atreverá, dice él, a moleshtarnosh, pero por shi acasho... Suelta el brazo del gramófono con una mano, mientras lo gira hábilmente con la otra. Su cara se hincha *monstruosa* en el baqueteado cuerno de latón y la melodía canta a través del murmullo. El pensamiento es una melodía, piensa Audrey, mientras que el cuerpo es un mecanismo inerte de *eslabones, muelles, cadenas y*

*trinquetes...* Él tiene las manos en el cuello de Audrey, los dedos de ella están en los cordones de sus botas... – No, de verdad, Gilbert, tengo que irme. Él le palmea los muslos. ¡Ja! A lo mejor, dice él, y mira la *exasperación* de sus pantalones. ¿Te veré el juevesh en la reunión? Creo que Shtanley también irá... Él sabe de su *desacuerdo* – una palabra demasiado endeble para contener la violencia de su discusión. ¡Diddle-di-diddle-di-diddle-di-di-di! Los bonitos gorjeos del fonógrafo se esparcen ante su ira, resucitada: Stanley, que, pese a su rebeldía, será, ella lo sabe, un mártir. Stanley, con sus brazos ágiles extendidos, las palmas de las manos perforadas por las puntas de las costillas de acero, los tobillos *atados al mango de un paraguas por un anillo de goma*. Así que ante Cook, Audrey es enfática: Stanley no viene por George Lansbury<sup>22</sup>, ni por los hombres del coche, ni por ningún principio. Él es esclavo de esa señora refinada y de su chulo – mi hermano está sin trabajo, nuestro padre prácticamente lo ha repudiado. – Audrey se detiene, al oír el shh de las cortinas que se corren en el salón de abajo – el gramófono, que empezó *débilmente*, ha *tarareado* hasta pararse. Su amante observa reflexivo a Audrey mientras realiza la incómoda tarea de abrocharse los pantalones. Completa su traje con un cigarrillo, fuma una marca que se llama Logic, ¡un chelín por una caja de veinticinco! Lo quieresh, dice Cook asombrado. Lo quieresh másh que a nadie – másh que a tush amigash shufragishtash, másh que a tush camaradash shocialishtash, másh que. – Él es una *informe bolsa de tweed con un cordón humeante...* De pronto, ella lo agarra y lo empuja hacia atrás, apretando su cara caliente contra su cuello desnudo. Ella nota el goteo frío de su amor entre sus muslos apretados. Te quiero, Gilbert, jadea, te quiero. Audrey sabe que esto no es *felicidad romántica*, o *fortaleza desnuda*, sino algo revolucionario: *Y por todas partes los esclavos moran, Una campana los llama a trabajar...*<sup>23</sup>. – Y tú me quieres, Gilbert, ¿verdad? – lo sacude– ¡tú también me quieres! El hombro de Gilbert se ha enganchado en la perilla de cobre del interruptor y miran la lámpara que se riza sobre sus cabezas, miran hacia arriba y los *embelesa el aplauso incandescente de su campana de escarcha*. Más allá de esa lámpara hay otra y más allá una tercera – y así, un derroche de iluminación que atrae el ojo de Audrey por el techo arqueado. Sam Death explica que la electricidad es *generada* al oeste en Wood Lane, y que hay *subestaciones* en la ruta del ferrocarril, donde ese misterioso fluido se somete a un refinado todavía más misterioso antes de que lo introduzcan en túneles para alimentar las lámparas y el larguero intermedio a sus pies, que, a diferencia de las *hermanas de brillo diabólico* que lo flanquean, parece *insulso* y descuidado. Audrey no puede *quedarse con él* – sabe que eso no importa. —Su padre habla del escudo de Great Head no en su nombre sino en nombre de otro ausente... ¿No es así, señor? El aire crepita ozono *una pechera de celuloide frotada en velvetón...* a sus pies están los pies de otros: cubrezapatos *manchados* y botas de tacón *delicadas como decoraciones de un pastel*. Audrey se esfuerza en no mirar fijamente a la señora y al caballero: ella con las manos perdidas en su manguito y una mancha de fiebre en cada mejilla; él, levantando el reloj con la cadena, golpeando el andén con el bastón, alzando el ala de su chistera. Luego lo mismo otra vez: mecánico, sin pensar. Stan *solo tenía un soldado de plomo*, un corneta con salacot, casaca escarlata y pantalones de tela escocesa, se llevaba la baqueteada corneta a sus labios fruncidos, tocaba, *se llevaba la baqueteada corneta a sus labios fruncidos y tocaba*. Había un gran pasador en cada uno de sus hombros y estaba el

pequeño dedo gordo de Stanley *haciendo que lo hiciera*. El tren llega, subiendo la pendiente que forma la parte baja de las irrelevantes riberas de Fleet. Rothschild Death levanta la voz para gritar sobre las extensiones previstas y un circuito enterrado bajo Uxbridge Road. Tiene el suficiente sonido de propietario como para ser un inversor – Una ampliación en el sur, qué te parece, Or-drii, y volveremos a casa en túnel, felices como. – El motor explota en su *agujero, un obús que dispara un acorazado* que navega en las profundidades de un *mar marrón de tierra*. Sus faros envían *rayos letales* que alcanzan las baldosas, mientras Audrey oye el *golpeteo* entre sus oídos cuando escucha el rugido de su trayectoria. Aunque sabe que no puede atropellarlos, agarra el brazo del que cuelga de un nudo el paquete destinado a Arnold Collins. – ¡Valiente compañera eres! Su padre disfruta de su miedo, la acerca con los dedos – bajo su brazo peludo Audrey observa, horrorizada, cómo el andén, con su cargamento de bocacías y canotiers y penachos que asienten, se desliza hacia la hilera de ventanas de luz amarilla. Sentada junto a su padre, no ve el cartel publicitario alfombrillas de goma redfern para la oficina, sobre la oscuridad creciente en la que se hunde el vagón, luego sube en la parada del Museo Británico, después vuelve a hundirse. Las manos de Audrey están otra vez en su regazo y hacen tac-tac-tac al son del repique de la rueda sobre el acero – pero ella permanece ausente, oscilando en el asiento mientras el tren sale a la superficie en Tottenham Court Road, en Bond Street, en Marble Arch, donde, con la cabeza atrapada en el *ocular* de la ventana, tiene que ver su ser diáfano hasta el electrificado fssschk-chk-fssschk-chk cuando la plataforma vuelve a alejarse, esta vez con exhibiciones más valiosas: *maniqués de sastres* con abrigos Ulster y maletines *compartidos entre los dos*, las faldas llenas que ocultan a *Little Titch*<sup>24</sup> en un *caballo de pantomima*... entre ellos aparece, sin seguir un orden particular, un horno, un baúl, revólveres Colt con incrustaciones de perla en una caja de exposición abierta, una selección de alfombras de viaje, un perchero donde cuelgan cascos, un escritorio con un cuervo disecado encima, un tren de juguete que es este mismo tren subterráneo *terriblemente pequeño*, un escabel con el emblema bordado del príncipe de Gales, una pianola, una tabla de señalización que llama al servicio *en cada habitación*, una sonda esofágica, un cuenco galvanizado para ponche, bastones de malaca dispuestos a manera de abanico sobre un chaquetón, un adorno de un regimiento para una mesa en forma de un cipayo disparando a un tigre, una tostadora, una lámpara eléctrica, un juego de fondue, un cinturón «galvánico» patentado, destinado a reducir el peso, una manta eléctrica, un magnetófono estéreo de casete – *sea lo que sea*. Audrey puede oír la voz incorpórea – dulcemente lujuriosa – que nombra esas cosas barajadas ante ella, pero es difícil concentrarse en el cinetoscopio cuando ella está *tan limitada*... ¡una barbacoa! ¡Los camisones de ella y de él y un juguete de peluche! La voz termina en una nota triunfal, sonidos sintéticos se hinchan para tomar la forma de música y un público invisible une las manos para producir un aplauso... *esta perversidad es cosa de Albert: una sujeción* colocada para obligarla a mirar al techo, con tornillos *cosidos al hueso* a ambos lados de sus ojos. *Esta... película es también cosa suya: una forma de tortura*. La sujeción aprieta el rostro de Audrey hasta convertirlo en una *mordaza* que huele a sudor viejo – tiene las piernas atadas *en una sola pierna de tela escocesa*, sus manos deben *soltar el mandril, cambiar la broca y girar la rueda* solo por el tacto – nota el detonador *que cae en mi regazo*... las líneas entre las baldosas

del techo convergen asquerosamente *pero no está tan mal...* no es como Gracie, que ha estado en los Edificios de Riesgo *demasiado tiempo* – *pobre Gracie*, que compartía un cubículo con ella en el hotel de Plumstead y que también recibió *el mensaje de Cristobel*<sup>25</sup> *para sumarse al esfuerzo bélico y levantarse al amanecer rojizo cuando los obreros estuvieran con ellas. Pobre Gracie, que no me conoce, que está trastornada, cuya piel tiene todavía un color amarillo canario* – ¿le ponen trinitrotolueno en la comida? En los primeros años, Audrey estaba dispuesta a ayudar – a arrullarlos, acariciarlos y en general calmarlos antes de sus *tratamientos psicoetéricos*, cuando les hacían *desear las imágenes*, si no la *Ding an sich*: unatostadora un juego de fondues una manta eléctrica – las palabras masticadas juntas con una prisa avariciosa, ¡un magnetófono estéreo de cassette una barba coa! ¡sucamisón y el de ella con un juguete de peluche – ! Apagar. *Apagado*. El receptor descansa con sus antenas extraterrestres sobre el equipo antiguo, que está tibio y huele a *polvo chamuscado*. Busner se incorpora, se da la vuelta – lentamente, gemidos y murmullos infiltran el silencio de la sala común de la Planta 14, luego: ¿Por qué haces eso? El señor Garvey – sesenta y cinco años, hipomaniaco, recientemente trasladado – protesta: Es mi programa favorito, eso es. Busner levanta una mano emoliente y *acaricia* el aire. Por favor, dice, por favor... serán solo unos minutos, solo quiero preguntarle un par de cosas a la señorita Dearth... Sacude la carpeta que lleva en la otra mano, y los papeles se mueven *leche en polvo, orina seca*. Los sillones rectos y de respaldo alto están frente a él, en dos medias lunas casi planas, y tienen un aspecto mucho más acusador que los fardos depositados sobre ellos. Incómodo, Busner maniobra entre las filas, al pasar empuja rodillas cubiertas en mantas y otras aterradoramente expuestas: *Uuf, mira esa contusión...* *Una atardecer en Waterloo*<sup>26</sup>. El viento abofetea y la lluvia ametralla las ventanas de guillotina de la sala común, que cierran mal, y recuerda *Es abril*, mientras se hunde en la silla que hay junto a ella. Su pobre cara está metida en un ángulo del reposacabezas, sus esqueléticas piernas están rígidas y resulta doloroso ver la torsión de su tronco – pero, pese a ello, sus manos se mueven metódica, diestramente, tirando de una palanca invisible, dando vueltas a un volante inmaterial con tal seguridad que el psiquiatra ve *acero rociado de aceite, el brillo del bronce junto al fuego*. Señorita Dearth, empieza, tengo el original de su formulario de ingreso... junto a las notas que tomó el personal médico durante sus primeros años aquí. —Le ha costado un mes mendigar, seducir y adular para sacarlo del Archivo, no le encuentran más sentido que Whitcomb. – Hay muchos caprichos flotando en este lugar, Busner, por eso es mejor que te limites a los hechos, a los hábitos... Es absurdo señalarle a su supuesto superior, o a la señora Jarvis, el *asqueroso viejo dragón* que se encarama en su *nido de papel y cartón echándole un fuego burocrático*, que esos registros son precisamente eso: datos y datos sobre hábitos. De'Ath, Audrey, Admitida el 26 de septiembre de 1922, Nacida en Fulham, en 1890 (32 años), Soltera, 152 cm, 44 kg, Dirección Piso G, Clapham Road, 309, Stockwell, Londres, SW, había sido sometida a exámenes médicos, así que se señalaba que: no mostraba señales de tuberculosis, fiebre reumática, viruela, cuarentena o partos anteriores. De'Ath, Audrey, había sido admitida – estaba escrito con letra apretada en los espacios del formulario – como persona dependiente, con unos síntomas de catatonía que llevaron al doctor M. H. Hood, superintendente médico, a diagnosticar

sin duda Demencia Primaria, *fuera lo que fuese eso*. Un año más tarde el doctor Ventor coincidió con respecto a cierta Death, Audrey, pero una nota escrita por un doctor Hayman, fechada apenas tres años después, caracterizaba con la misma seguridad – la etiqueta en latín subrayada tres veces con tinta roja – a una Deeth, Audrey, con el resto de los datos iguales, como enferma de Demencia Precoz. Al extender las viejas hojas y archivos en una mesa de café llena de círculos pegajosos del cuarto del personal, Busner se vio obligado a considerar la evolución *en simbiosis* de esos nombres. Porque, del mismo modo que la Ley de Salud Mental de 1930 cambió el nombre del Manicomio Colney Hatch al de Hospital Mental Colney Hatch, Deeth, Audrey, mutó en Deerth, Audrey, que recibió – cortesía, imaginó, de la lenta absorción de la terminología de Bleuler en el tejido de la psiquiatría inglesa – un diagnóstico igualmente autorizado de esquizofrenia. Habría sido prácticamente imposible seguir a esa paciente seudónima en una institución que vivía una continua crisis de identidad, si no fuera porque la señorita De' Ath, también conocida como señorita Death, también conocida como señorita Deeth, también conocida como señorita Deerth, se encontraba *exactamente en el mismo lugar, una polilla – no muerta sino hibernando y deshidratándose más y más a lo largo de los años* – pese a la subsidencia de estímulos completos, las constantes renovaciones acometidas por la chapucera actuación de sus constructores originales, los fuegos y el daño causados por las bombas de la guerra, el ingreso y la salida, por muerte o por alta, de millones de perturbados mentales. A finales de la década de 1930, cuando el hospital decidió reinventarse como Hospital Mental Friern, relegando – *o eso esperaban* – el eco de casa de locos a los cantos de los niños, la señorita Deerth, Busner asumía que por otro error de transcripción, se convirtió en la señorita Dearth. Y así se detuvo en la Planta 14: una esquizofrénica incurable cuya catatonía profunda era su característica más señalada, ahora que las décadas habían eliminado las contingencias de sexo, edad, clase y nombre. Su catatonía... y sus discinesias y distonías de todo tipo, con los músculos retorcidos, luego rígidos, las manos moviéndose y vibrando en poder de la enfermedad – de modo que, en los años sesenta, cuando el hospital adoptó el apodo informal y elegante de Friern, y la ola de la clorpromacina estaba en su punto álgido, la consistencia sintomática de la anciana señorita Dearth llamó la atención de un neurólogo todavía no hastiado que temporalmente formó parte del equipo —un tal doctor Mohan Ramachandra, quien, como Busner después que él, se debió de molestar en leer al menos parte de su historial y ver que, aunque había estado sometida a un tratamiento de terapia de insulina a finales de los años treinta y a un solo tratamiento de terapia electroconvulsiva una década después, en general había *pasado por encima del cable de alta tensión que serpenteaba entre los cerebros durante los veinte años siguientes*. Concluyó por tanto que, lejos de que sus contorsiones, sus tics y su mirada fija fueran consecuencia de un uso demasiado magnánimo de tranquilizantes poderosos, puesto que todavía no le había recetado ninguno, podría – *solo podría* – existir una explicación fisiológica para sus más de cuarenta años de letargo, una hipótesis que le llevó a apuntar, de forma *muy tentativa, con un lápiz*, una sola palabra, Parkinson, en la última página de ese historial, seguida de un ? que garantizaba absolutamente que no habría continuación

hasta ahora. *Bueno, nunca molesta, Siempre tiene algo agradable que decir, Oh, es una bendición. Puedo dejarla sola, Sabiendo que está bien sola y que no habrá líos.*

*¡Es una dama, guoa, guoa, es una dama!*<sup>27</sup>. Supongo que usted y, eh, las demás – la señorita Deerth, la señorita Deeth, la señorita Death y, ejem, la señorita De’Ath – son... ¿la misma persona? Busner se inclina sobre el reposacabezas todo lo que se atreve, enredando su pelo en el de ella – no hay nada que se pueda oír, más allá del *susurro de paloma* de respiración fluida. Prueba otra dirección: En su historial... Señorita Dearth... La han visto varios médicos a lo largo de los años... ¿Se acuerda del doctor Hood? *Nada*. ¿O quizá el doctor Hayman? *Nada otra vez*. Llega un carro lleno de bandejas con tapa de aluminio, el hedor sulfuroso de coles de Bruselas cocinadas durante demasiado tiempo se extiende sobre la trinchera en la que Busner se agacha – otros pacientes se levantan para coger bandejas y hay una modesta cacofonía. Frustrado, Busner se levanta. Mboya se ha ido – solo hay auxiliares con batas de un tono verdeazulado que pasan los ligerísimos cubiertos, entregando los matraces de plástico, opacos y raspados. *Oh, es una bendición – no hay líos...* Vuelve a intentarlo: ¿Y el doctor Cummins, o el doctor Marcus? Este último nombre es su as en la manga, seguro que producirá una respuesta, ¿seguro? Sjuushjuud. ¿Perdón? Acerca su oreja aún más – la mejilla de Audrey tiene arrugas profundas, ha dormido *en sábanas de tiempo trastornado*. Sjuu-shjuud. ¿O es judicial? Su oreja roza los labios apretados de la mujer: Por favor, dice, por favor señora Dearth *o como coño se llame*, por favor vuelva a intentarlo... el hueso de la mandíbula se articula, liberando mal aliento y una bolita de sentido: Judío. Durante un momento, Busner imagina que se ha despertado solo para insultarlo, luego sigue otra bolita: él... era, antes de quedarse callada. ¡Claro! No forma parte de la naturaleza o el comportamiento de Busner convertirse en un torbellino de actividad, pero esto, piensa, es lo que soy. Al levantarse rápidamente, libera el volante de la paciente – y así sus manos *vuelven al aparato*: la derecha gira, la izquierda ajusta, mientras él agarra su carpeta y se zambulle directamente en la hilera de sillas. ¡Eh! Garvey mira de soslayo *paquistaní agonizante* un colmillo de puré en su boca, por lo demás sin dientes – Busner esparce peticiones de perdón cuando ve que alguien ha vuelto a encender el televisor, aunque *como yo, le falta ajuste vertical*: compartimentos irregulares que suben y suben, un Brucie en cada uno<sup>28</sup>. Golpea un lado del mueble de aglomerado de chapa una, dos veces, *con fuerza* y Gasias, doctor, lo siguen a él y a su palma dolorida – pero él no mira hacia atrás. Es la tarde anterior al Domingo de Pascua, debería estar *en casa con mi mujer y mis hijos*, con Miriam, Mark, Daniel y el bebé – no aquí, donde en la penumbra creciente los focos del Austin se posan en la fachada de trampantojo del hospital, *Es falso*, porque aunque parece un hospital, en este fin de semana de vacaciones no habrá un solo médico en todo el manicomio y lo único que impide a los tres mil lunáticos apoderarse del lugar es su propia inercia confinada. —Presas vulnerable de su propio entusiasmo ascendente, Busner pelea con el coche en torno al parterre ornamental, más allá de la cabaña, y gira a la izquierda en dirección a Friern Barnet Road. Acostumbrándose al frío y húmedo olor a vinilo del coche, mezclando *mi propia gomaespuma con la suya*, va hacia St. John’s Wood a través de otra borrasca de primavera. Ha telefonado de nuevo desde la sala de enfermería para confirmar que va y la voz de Marcus – entrecortada, aburrida y nasal – ha dicho: Pensaba que se lo había dejado claro cuando hablamos ayer por la tarde, doctor Busner, venga cuando le apetezca – no tengo otra cosa que hacer. Y a Busner, pese a la censura de Miriam, también le parece que *no tengo otra cosa que hacer...* Se

decretó un ultimátum cuando se marcharon de Concept House el año anterior: No más entusiasmo – ¡el entusiasmo casi hace que pierdas tu puta licencia médica! Ahora lo tiene en sus garras, agarrándolo con la misma fuerza con la que él agarra el volante *cifótico* y dirige la nariz roma del Austin para separar las lentejuelas de lluvia en la calzada. Anoche Miriam llevó a los niños para el Séder a casa de sus padres sin él – fue la primera vez que ocurría desde que ella *promulgó la ley*. Siguió estudiando el historial de Audrey Dearth en la mesa que había instalado en la esquina del dormitorio, después de fracasar en su intento de entusiasmarla también a ella mostrándole las entradas del doctor A. Marcus que empezaban en 1931, donde disentía del diagnóstico de esquizofrenia que había establecido su colega, y terminaban en 1941, cuando, asumía Busner, lo habían llamado a filas. Mira – la había cogido del codo – aquí ha escrito Enc. Let. Y aquí se extiende sobre eso: Me parece probable que esta paciente sufra la forma soñolienta-oftalmológica de la encefalitis letárgica. Luego aquí... buscó... ¡aquí, aquí, aquí y aquí! Cada vez que la visita durante la década siguiente se ve impulsado a escribir algo – garabatea en su historial cuando le dan paraldehído No necesario. Escribe junto a la observación que hace otro médico, donde dice que sus crisis oculogiras – sean lo que sean – son funcionales: Tonterías. ¡Mira, mira! Miriam, que también es licenciada en psiquiatría, *no veía*, solo repetía la protesta a pleno pulmón del bebé en la habitación contigua: ¿Ver qué? Se alejó de él y dijo: ¿Qué es eso de la encefalitis letárgica? Creyendo que la había conquistado, Busner empezó a tirar de la manga de su chaqueta, arrastrándola hacia la entrada de la mohosa Enciclopedia Británica que había heredado de Maurice: Ahí – glosó – al final de la Primera Guerra Mundial... Fue antes de la gripe española – ¿quizá un precursor? La cosa es: inicio parkinsoniano, fiebres, sudores nocturnos, desmayos – pero luego paradójico: unos entran en coma, otros al revés, ¡padecen insomnio hasta llegar a la agripnia! Murió una tercera parte de ellos, otro tercio se recuperó completamente y otro tercio parecía mejorar, pero al cabo de un año, tres – quizá cinco – recaía. —Ella se soltó el brazo, diciendo: Zack, el bebé está llorando, no puede dormir. El moño recién esculpido de Miriam era ébano pulido bajo la luz áspera de la lámpara Anglepoise, Zorra, pensó él, luego dijo: ¿No lo ves? Esta paciente que tengo en Friern es solo una de las decenas que he identificado en el hospital: debe de haber cientos, quizá miles, repartidos por los grandes manicomios. ¿No ves que no tienen ningún problema psicológico? – o al menos no lo tenían al principio, ahora... quién sabe – era un virus que atacaba el troncoencéfalo. Miriam se había quedado inmóvil ante la puerta abierta, frotándose con los dedos la nuca afeitada ¿por compasión? su cadera *todavía de muchacho* empujaba el cesto de ropa sucia donde aún *goteaban* sus calzoncillos *bien calientes*. Te diré lo que veo, dijo ella. Veo en funcionamiento el mismo reduccionismo patético que te afectaba cuando caíste bajo la influencia de tu amigo Ronnie... *esa voz destierra mi concentración*... No había enfermedad mental propiamente dicha, solo distintas formas de ver el mundo. Distintas – escupía semillas silábicas individuales – fe-no-me-no-lo-gí-as e-xis-ten-cia-les. Y ahora, otra vez, no hay enfermedad mental – ¡Zas! ¡Todas han desaparecido! ¡Todas curadas! Y en su lugar esta cosa posecefalítica. Me pregunto, Zack – de verdad, me pregunto cuándo te darás cuenta... esa había sido su réplica final, y él *el perro tonto que se sienta obediente esperando*... de que desear que la locura desaparezca no hará que nadie recupere la

cordura – nadie en absoluto. El llanto del bebé no tardó en detenerse, tapado por un biberón. Oía que Miriam les decía a los niños que se pusieran los abrigos – luego, las llaves del coche tintinearón, la puerta principal se cerró con fuerza, el motor del Austin tosió y gimió, y volvió a toser y gemir. Se quedó sentado, preocupado por si ella volvería a censurarlo un poco más hasta que, al final, oyó que el coche aceleraba y se alejaba – y luego empezó a preocuparse por que ella no fuese a volver nunca. Ahora, mientras el mismo motor suena junto a las luces de Henley’s Corner, Busner esperaba en el día húmedo y pegajoso que Henry retirase cuidadosamente todo el plástico de los trajes de su tío, lavados en la tintorería, y que luego sacara los colgadores de alambre y los doblara para formar un armazón en el que se pudiera extender el fino material. Esas extrañas *flores del futuro* se terminaban con grandes cantidades de cinta adhesiva, antes de plantarlas entre los delfinios del – en ese momento – estéril y ordenado jardín delantero de la casa de Redington Road. *Siempre tuvo buenas manos – todavía las tiene.* Zack ya sabía que era mejor no interferir, aunque solo habían pasado unas semanas desde que Henry regresara inesperadamente, a mitad de cuatrimestre, de Cambridge, sucio, sin afeitarse, con escorches en los nudillos, y le dijera a su hermano menor que las Autoridades habían escondido un silo para misiles intercontinentales debajo del patio de su college. Cuando las flores de plástico estaban plantadas, Henry salió de la casa y se quedó regando el mismo punto durante una hora, luego dos, luego tres. Lo regó hasta que la tierra se hizo líquida y empezó a fluir por el sendero, saliendo por la verja y llegando hasta la calle, arrastrando hojas de ligustro, ramitas y trozos de hierba cortada en su lomo denso y sinuoso. Lo regó hasta que su tío volvió a casa y lo encontró ahí, con *sus ojos de caleidoscopio mirando el cielo de mermelada*<sup>29</sup>, los pantalones empapados y manchados de barro. Después, Henry empezó a regar a Maurice. En poco rato había un ruidoso Rover de la policía – y poco después una ambulancia. El tío Maurice, con su interés por los Estudios Elstree<sup>30</sup> y sus amigos de pelo cardado, tenía *afición a lo dramático – aunque para ser justos* había intentado la persuasión antes, muchas veces.

La señora Jarvis, del Archivo, le había dado a regañadientes la dirección que tenía Marcus en 1941. Todavía había un doctor A. Marcus en St. John’s Wood, pero Busner no se convenció de que había encontrado al hombre adecuado hasta que, tras disculparse por llamar la víspera de Viernes Santo, la voz de preguerra del otro lado del teléfono dijo: Nosotros los judíos también celebramos la muerte de Cristo, ¿sabe? – una declaración escandalosa, que posiblemente tenía como objetivo ahuyentar a los que llamaban, pero que en ese caso tuvo el efecto contrario. Busner experimentó la sensación desconcertante – con esa claridad oyó la voz del otro hombre dentro de su cabeza – de que eran dos hemisferios del mismo cerebro, unidos por la extensión que cubría toda la ciudad del cuerpo calloso de la línea telefónica. Es él, había pensado Busner, y ahora, tras llamar para entrar en la mansión dividida en apartamentos de Abbey Road, sube los anchos y bajos peldaños de las escaleras y ve *a un judío de porte militar – definitivamente, es él.* Claro que recuerdo a la señorita Dearth, dice antes de nada Marcus. Está de pie: una figura alta y encorvada *con una fealdad a lo Stravinsky* vientre abultado y una nariz grande con punta ancha y plana *de pico de pato* y las gafas apoyadas en un cráneo calvo. La vi por lo menos una vez al mes, si no más, durante diez años, ¿cómo no iba a

acordarme de ella? Hay miembros de mi familia inmediata que he visto menos – y que me han parecido menos, eh, agradables. En el *gesto de su pico* hacia una mujer de aspecto apocado que está en un pasillo tenebroso hay una insinuación desagradable, confirmada cuando Marcus guía a Busner sin presentársela y ella se retira, probablemente hacia la cocina. Atraviesan vapores olorosos de hígado picado y patatas que se fríen, sus pies crujen sobre una tira de plástico que hay encima de la alfombra antes de entrar en una *extraña cámara*. ¿Le apetece un jerez?, pregunta Marcus, señalando una de las dos sillas de club de los años treinta, con laterales de nudos de nogal como el *salpicadero del Austin*, que están una frente a otra sobre un nido de mesas rojas y lacadas. El jerez es chipriota – *increíblemente dulce*. Marcus desmonta el nido de una mesa, una segunda y una tercera para dejar todo el historial del caso que Busner saca del maletín. Una bombilla de vidrio esmerilado de alto voltaje queda expuesta de forma *obscena* sobre el borde de media flor de su pantalla de papel y la luz áspera y blanca cae sobre la cara de Marcus – una cara que, como tan a menudo sucede a los *hombres mayores*, muestra un afeitado ineficiente, con crestas de pelo en los pómulos y a lo largo de la línea de la *decidida* mandíbula. Debe entender, dice, que cuando se produjo el primer brote de la epidemia era extremadamente común tener a un paciente correctamente diagnosticado de encefalitis letárgica y enviarlo a un hospital normal, pero que a su hermano gemelo, por decirlo así, en todos sus aspectos sintomáticos, le diagnosticasen demencia precoz y lo enviaran a un hospital mental. Esto... *baja su pico hacia su jerez*... ocurría todo el tiempo – y siguió pasando en los años veinte, cuando el segundo brote de la epidemia mató a muchos a los que se consideraba completamente recuperados. Aun así, para ser justo con los médicos de esa época. – Marcus se interrumpe: Pero ¿por qué? ¡Por qué ser justo con ellos! ¡Escupitajos de jerez *en mi valioso historial!* Algunos eran unos malditos pervertidos – es un hecho. Marcus se estremece. Metían mano a los pacientes – tenían relaciones sexuales con ellos si eran sumisos, o si estaban sedados con opio, escopolamina – incluso beleño negro. Les daban hormonas sexuales a los esquizofrénicos – ¡supongo que ellos también las tomaban! Eran sádicos – pero me atreveré a decir que lo siguen siendo. Los que sienten puro placer cuando ponen medidas de control – o cuando mandan que se tomen–. El estallido termina de pronto: ¿Es culpable – o astuto? Por supuesto, continúa desdeñosamente Marcus: eran las excepciones, las manzanas podridas... ¿O simplemente se siente afectado?... la gran mayoría del personal era tan responsable como podía serlo en esas circunstancias – aunque un poco, em, falta de empatía–. Ella aparece en la puerta que se ha abierto en silencio, con un hombro levantado, ¿Para protegerse de los golpes? con un hermético oblongo y azul en el que hay galletas saladas Ritz *umbos*, todas meticulosamente revestidas de hígado picado. Desmonta el nido de una mesa lacada de color rojo todavía más pequeña, deja el hermético y se marcha bajo la cobertura de una permanente rígida ¿es una peluca? Inmediatamente, hay una avalancha de migas que se dispersan entre los bordes de la chaqueta del anciano mientras sus labios se fruncen en torno a una galleta salada, la dentadura postiza *juguetea en su bolsa de piel*. Sírvase, dice con cierta reticencia – luego: No puede ser tan inocente como para ignorar que el diagnóstico estaba muy poco desarrollado. Además, no puede imaginarse la cantidad de casos, y vaya condenados casos. A principios de los años treinta había muchos internos

en el manicomio que tenían tuberculosis – y llegaban casos nuevos cada semana. Todos tenían que llevar una tarjeta de advertencia en un lazo alrededor del cuello – amarillo para la tuberculosis, rojo para la difteria, verde para... otra cosa, se me ha olvidado. He dicho que se sirva. Busner hace *mm... crujientes, cremosas, saladas – sorprendentemente... sabrosas*. Creíamos que la tuberculosis pulmonar era la hermana gemela de la demencia, estaban estrechamente relacionadas. He tenido muchos compañeros que, yo lo sabía perfectamente, todavía creían que una causaba la otra, aunque no estaban seguros – ¡cof! ¡cof!– de cuál. Marcus hace un gesto de revisor, los largos dedos de ambas manos tienen forma de espátulas, *como un pico de pato* y levantadas – si pudiera verse, piensa Busner, se diagnosticaría Corea aguda – y luego las baja una, dos y tres veces, así que las migas de las galletas saladas y las gotas del paté quedan *en suspenso*, parpadeando en la luz brillante – *una lluvia de meteoritos* el *viejo alienista* se adelanta para escupir las palabras: Dudo que haya visto nunca un caso de *lupus vulgaris* fuera de los libros de texto... y Busner, frente a unas fosas nasales devoradas por sombras brucas, piensa: Quizá ahora mismo esté delante de uno, pero solo confirma: Tiene razón. Luego Marcus inquiere: ¿Más jerez? aunque su pregunta es posterior al descorchado, el escanciado y el cierre de la botella. En diciembre pasado, continúa Marcus, cuando pusimos velas y sacamos la vieja lámpara Tilley, me acordé de mis primeros años en el manicomio – esos puñeteros pasillos infinitos, una lámpara de gas cada treinta metros o así. ¿Sabe que había un neurólogo que vino unas cuantas veces desde Queen Square para hacer encefalogramas con una de las primeras máquinas portátiles – y eso fue antes de que hubieran completado la instalación eléctrica en ese mausoleo, así que apenas podíamos ver lo bastante como para registrar la lectura de la actividad eléctrica en los cerebros de los pacientes? Marcus se ha vuelto a echar hacia atrás, pero ahora regresa *a la luz*: Lo que quiero decir es que teníamos pacientes con difteria, con fiebre tifoidea, con la maldita diabetes, sin olvidar... *un pico de pato se clava en el aire...* a los envenenados por el plomo, el arsénico y el alcohol. Todos mostraban neuropatía periférica, así que se les metía en el mismo saco: *histeria*. Busner no dice nada, *No digas nada*, porque en eso los pacientes y los médicos son iguales: si quieres que hablen *no digas nada...* Mire – ¿qué: su pico, esas migas?– los enquis eran solo otro grupo de pacientes para quienes no existían el aparato conceptual ni los recursos que permitieran separar lo fisiológico de lo psicológico. Con los enquis la catalepsia de un neurólogo era la catatonía de otro psiquiatra – pero, de todas formas, el verdadero espejismo es el progreso. A usted, joven, quizá le guste pensar que no hay vuelta atrás – el test de Wasserman y cosas así... la sustitución de tipos de enfermedad por procesos de enfermedad... pero en realidad eso es una majadería total, porque, después de todo, los supuestos trastornos de la personalidad – son solo tipos otra vez, que denigran al pobre paciente diciendo que tiene mal carácter. Eso me recuerda algo... Marcus se pone otro jerez para ayudar al proceso del recuerdo, esta vez olvida rellenar el vaso de su invitado... había una estatua en el terreno, un chico victoriano harapiento, la Locura y la Melancolía del Manicomio – ya sabe, las estatuas de Bedlam – tenía una placa en el pedestal que decía: Monumento al Mendigo Lunático Desconocido. ¿Todavía sigue ahí, en los matorrales de la gran villa junto a Eastern Avenue? Busner piensa un momento, y por alguna razón decide ahorrarle a Marcus la fea verdad. No, dice, no, creo

que, eh, le dieron el alta hace un par de años. Creo que las Autoridades Sanitarias pensaban que enviaba un mensaje bastante negativo a los pacientes... y Marcus se pavonea: ¡Ve, ve! Se libraron de él porque representaba la verdad: que los pacientes son pobres y están locos – y de hecho muchos de ellos están locos precisamente porque son pobres. ¡Esa es la realidad que todas las tonterías de borderline-esto e histriónico-aquello encubren! Sin embargo, Busner no quiere seguir en esa línea, no importa hasta qué punto *hable de mi condición*. ¿Enquis? Pregunta. ¿Tenían un apodo? Marcus resopla: ¡Naturalmente! Después de todo, solo eran otra figura de la escena de posguerra – junto a exmilitares mutilados y el estancamiento económico. Recuerdo ir al cine de joven y ver noticiarios sobre enquis – se hablaba mucho de ellos y de su fase hipercinética, y era lógico, ya que tenían un extraño genio físico, podían hacer movimientos repentinos que demostraban habilidad – pero alocados y pícaros, ya sabe, hacer malabares con muchas pelotas, lanzar cosas, saltar y brincar. Intentando ilustrar este genio físico, Marcus hace un gesto brusco con el brazo, tirando una mesa del nido y dispersando el historial, no coge *ninguna de las pelotas*. Está consternado por su torpeza: No sé... Me atrevería a decir que usted no podría distinguirlo si viera esas películas ahora – quiero decir, en las películas de esa época todo el mundo parece Chaplin o Buster Keaton – hasta Lloyd George – tiene que ver con la forma en que manejaban las cámaras, supongo. Los *discos hepáticos* han desaparecido – también buena parte del jerez. Busner pregunta: ¿Y qué hay de la señorita Dearth – cómo está ahora? Marcus pasa un tiempo estudiando la habitación, escrutando la *extensión tras* su joven colega, que, mientras recoge las hojas esparcidas sobre la moqueta, observa las estanterías profusamente ocupadas por décadas de revistas profesionales y papeles mimeografiados que *probablemente no volverá a coger, no digamos leer*. Bueno... dice lentamente por fin... ¿qué pasa con ella? Busner insiste: Quiero decir, usted pensó que merecía la pena apuntar cosas en su historial, hacer su propio diagnóstico tentativo... Marcus se encoge de hombros. – Era una broma, supongo – quiero decir, me parecía evidente que era una posencefalítica y lo escribí en parte para burlarme de mis compañeros... quizá para pescarle a usted en el futuro – no sé casi nada más, fue hace mucho tiempo. Pero le diré una cosa... Todas las notas del historial están en una de las mesas lacadas de rojo y Marcus se echa hacia delante para mirar entre ellas, se detiene de vez en cuando en una y se la acerca a la cara para examinar su escritura de joven bajándose las gafas de la frente... Sin duda no era con la intención de ayudarla – no había cura y no sabíamos que hubiera nadie para cuidar de ella. No importaba en qué tipo de institución estuviera interna, porque estaba muy enferma – ¿y dice que todavía lo está? Busner asiente, y luego esboza la situación de su paciente: sus largos periodos de catatonía intercalados con episodios maníacos y fases todavía más extrañas en las que – contorsiona sus rasgos en una aproximación a las crisis de *mirada fija* de Audrey Dearth – Su atención, su mirada, está atrapada por un objeto invisible que está por encima de ella, a la izquierda. Marcus también está atrapado. – Sí, sí... Sus ojos acuosos se fijan en un brocado andrajoso, cuyo extremo desconchado resulta indistinguible de las manchas de las telarañas... eso es absolutamente típico de los posencefalíticos. Aun así – sale de su trance – me sorprende que siga con nosotros, debe de ser muy mayor. A estas alturas, sería normal pensar que a los enquis los habría extinguido la enfermedad, muchos murieron de las formas comunes, por supuesto, pero

también reconocía que había otros – como ella – que eran casi preservados por la enfermedad del sueño, como si fuese una especie de animación suspendida. A veces... ¡pero eso es fantasía! Busner casi grita: ¡No, no! No es fantasía en absoluto – ¿cómo puede ser fantasía algo relacionado con unos pacientes tan asombrosos? Así que por favor – por favor dé rienda suelta a sus pensamientos. Se da cuenta de que ha sucumbido a la auténtica *falta de encanto* del anciano, a la brusquedad de Marcus, a la intermitencia que recuerda la paradójica condición de *aquellos* con su *piel venosa, de hoja seca... que van a la deriva por los pasillos interminables, porque ha llegado la plenitud del tiempo... y el campanario se ha derrumbado... la lluvia cae por el techo roto de la farmacia...* cápsulas azules y amarillas giran en un cuenco claro de cristal, los esquizofrénicos bajan la cabeza – *pájaros que picotean...* —Han debido de alcanzar *algún tipo de conclusión*, al levantarse de sus *barriles de nogal* y salir *bajo esa áspera luz blanca*, porque ahí están: el anciano de pie en el pasillo, Busner al otro lado de la pesada puerta delantera y avergonzado por los Marcus, cuyo *hedor a comida judía* puede detectarse un piso más abajo, y que le parece que mancha la gruesa moqueta púrpura y la placa de latón del bloque. Busner no puede contener sus pensamientos – vuelan para estar con *okupas sentados en cajas de madera*, uno de los cuales *lame un Rizla y lo pega a otros dos...* y en otro lugar hay *luces de discoteca que tiñen los muslos de un color rojo sangre... el horror*, el horror que es esto, de todos los posibles tiempos y espacios, parece deliberado. Su mano yedra en la jamba, sus zapatillas de estar por casa musgo sobre la alfombrilla, Marcus dice: Me alisté como médico de cabecera, pero cuando descubrieron que era psiquiatra me mandaron a los hospitales de campaña en la cabeza de playa, justo después del desembarco. Fue muy abrupto: una semana los oscuros pasillos de Colney Hatch, la semana siguiente esos setos igualmente opresivos de Normandía, y tras ellos tiendas de campaña del ejército... Cuando fui al Hatch por primera vez, los pacientes que perdían repetidamente el control de esfínteres, o a los que metían en celdas acolchadas, tenían que llevar batas de lona... Cada vez que había función traían a más chicos a las tiendas, blancos como... blancos como... Nunca antes habían entrado en acción – su instrucción había consistido en repeticiones mecánicas. Perdían el control de esfínteres – muchos habían tirado sus rifles... la gran mayoría no había disparado un tiro. Se sentaban llenos de tics y en su propia suciedad, y los psiquiatras bromeábamos – humor negro, ya ve – que era una de esas vacaciones en las que un conductor de autobús se va de viaje en autobús. Un tipo que conocía – antes de la guerra estaba en Napsbury – se fue con los yanquis e hicieron una especie de estudio, en secreto. Resultó que solo uno de cada diez soldados de su infantería había disparado con intención de matar y no creo que fuera muy distinto con nuestros chicos. ¿Dónde va en *cuando en sus vacaciones de conductor de autobús?* Es raro, ¿no?, pensar en toda esa carnicería, todas esas matanzas – ahora también en Pakistán – y la mayor parte de ellas son perpetradas por un puñado de personalidades psicopáticas, mientras que el resto están ahí para, cof-cof, que salgan las cuentas. Llevan así tanto tiempo que habría resultado adecuado que Marcus invitara a entrar a Busner de nuevo, pero en vez de eso mira con aire crítico el grueso de la corbata de lana del joven y la mano rechoncha que juega con ella y dice: Un placer hablar con usted – ¿volverá? Busner se ríe: Me gustaría – y me gustaría volver con noticias... positivas. Quiero decir, si es Parkinson... bueno, se

están dando grandes pasos en las terapias químicas, he leído un artículo en The Lancet. ¡The Lancet!, grita el anciano, ¡Qué curioso!

Busner piensa: Me han desarmado los amagos y las arremetidas de su conversación. Prueba otra dirección: ¿En algún momento... consideró – bueno, me parece, después de observar a la señorita Dearth, que sus funciones más elevadas podrían estar... intactas – que podría ser consciente de lo que ocurre a su alrededor, aunque sea incapaz de... intervenir? Se queda en silencio, preguntándose cómo es posible que a uno lo miren con afecto y desdén al mismo tiempo. Marcus *parlotea* con un tono más pensativo: Hace cuarenta años esas eran exactamente mis fantasiosas ideas, somos más que conscientes – señala con un dedo de advertencia hacia el lugar donde *mana Hot Love*<sup>31</sup> en algún estéreo parental ¡demasiado alto! – de lo que ocurre aquí, pero no tenemos medios para intervenir. Busner se pregunta: ¿Es complaciente palpar sus caderas rechonchas? ¿Es coquetear con la psicosis – como en los viejos, locos y malos tiempos – relajarse dentro de la piel vieja y descolorida de Marcus y mirar sobre la curva peluda de su vientre el raspador de metal para los zapatos y *mis propios pies?... y no hay líos.*

No se descubre a sí mismo en la calle ventosa, ni se recupera en la rima, *Lluvia, lluvia, vete fuera, volverás en primavera*<sup>32</sup>. La consideración de que el campo de críquet de *Lords está por aquí* se le escapa, así como la siguiente temporada deportiva. No trepa al vientre metálico del Austin y conduce por Abbey Road —permanece allí, enroscado en la membrana amniótica del anciano y esperando a que llegue su propia senectud, lo que ocurre tras un parto prolongado, largos apretones de ese fulcro, la próstata, sobre el que ese hombre envejecido intenta mantener el equilibrio, inclinándose hacia un lado por un dolor insulso, *hacia el otro en busca de alivio...* Fuera está el gemido musical, el golpeteo cuasi rítmico – todo el estruendo airoso de cuando se desmonta un andamio, mientras que abajo en la acera hay un director de orquesta con un delantal de cuero. *La Cadenga* es el nombre de una mujer africana, con las caderas agarradas por... ¿batik? una calabaza mezclada con fruta sobre su cabeza imponente. Debe de haberse dado la vuelta mientras dormía, porque ahora Busner está boca arriba, con la vejiga llena a rebosar y esas cajas naranjas repletas de cosas de su consulta claramente a la vista. Ha dormido media hora más y ahora tiene que levantarse y para evitar volver a la cama va hacia la cocina – ¡Uah! ¿Cómo ha ocurrido, ese pliegue en el tiempo? Aunque Busner no es en modo alguno un hipocondriaco, gracias a pequeños incidentes de este tipo aprende que debe calcular correctamente todas las trayectorias de antemano, ya que las adaptaciones en marcha ya no son posibles – ni siquiera en el espacio doméstico. Hasta que le hace aterrizar un polvoriento montón de muesli, su cerebro flota dentro de su cráneo, hace cabriolas para su cámara yo. Sentado frente a una barra donde se incrustan baldosas de tono terroso, echa la leche, mete la cuchara en el montón y rema entre los cereales —hacia la desolación de los hoteles de las estaciones, donde capas de lechada cremosa ocultan el abadejo. Su tío Maurice está sentado frente a él, sobre su hombro *en un cristal, oscuramente*, una figura de porcelana de un perro chino, de los que Busner aprende, mucho más tarde, que puedan comer todo lo que quieran sin cagar... *como la clase media alta de Inglaterra.* Maurice tiene la porra larga y cuidadosamente enrollada del Reynolds News metida bajo el borde del plato, ¿dónde podíamos haber ido en fin de semana? Lo sabía. Ahora, dice Maurice, después de la

visita, ¿tienes planes para el resto del día? Se seca el bigote con la servilleta, la deja caer sobre la mesa y se da una palmada en el muslo en un esfuerzo por mostrarse tan tremendamente incongruente con su carácter discreto – *estuches de papel de escribir dentro de sombrereras dentro de maletas dentro de baúles* – que los dos se ríen, y luego Zack piensa en *James Robertson Justice* y más tarde: ¿Cuándo supe que Maurice es homosexual? *Siempre*. Su tío: discreto, inteligente, cuidadoso, meticuloso – pero sobre todo inteligente, de una manera que los judíos de su generación podían *intentar ocultar*, aunque para Maurice eso era innecesario porque en todos los aspectos pasaba por ser un inglés que, si no era heterosexual, sin duda no era ninguna otra cosa. *Había más como él en esa época, parecer asexual era algo que se aceptaba socialmente – casi se imponía. Hímenes que se endurecían en la vejez, prepucios nunca retirados, estamos hablando de lo mortalmente respetable, no de nadie... vivo*. Maurice era demasiado inteligente como para necesitar fingir cualquier cosa que no sintiera – demasiado inteligente y *demasiado amable*. Un interés por la música *pero no una pasión*, un poco de golf – siempre coches poderosos e impresionantes como Bristols, Rovers y RollsRoyces. Un poco de pesca – *fui con él una vez, a algún lugar de Escocia... azaleas por todas partes, el mar parecía un cielo caído. Un poco de caza...* había un armario de caza en Redington Road – desapareció antes de que Henry enfermara. Pero nunca demasiado de una sola cosa – al igual que en su cartera de inversiones había algo de Cunard, un poco de Trusthouse Forte – ¿conocía a Rocco? – y Químicos Imperiales, bastante de Gainsborough Studios porque era una inversión que le divertía, por la que Maurice se tomaba un interés activo – en la medida en que ese estado mental podía detectarse, con su bigote marrón retorcido, dos dedos bien cuidados que hacían girar su anillo de sello con una piedra verde biselada – ¿una esmeralda? Irremediamente esclerótico, por supuesto, *el corazón listo para estallar* – ¡y lo hizo! El Ministerio de Defensa ha confirmado... *Al menos no hubo nada de esa mierda del pilar de la comunidad en el funeral...* El sargento Brian Culcross del Segundo Batallón de la Marina Real... *La actriz que leía, ¿cómo se llama? ¿Minna? Minna... ¿Standish? Era sobre tordos, seguro, y lluvia de primavera – ¿Browning?... un artefacto explosivo improvisado... Pero ¿esto es pura invención?* Después de cuarenta y cinco años lo único que tiene cierta sustancia son los sellos de caucho en su soporte circular junto al papel secante. El papel secante en el escritorio y los títulos de acciones en el último cajón, atados en grupos con lazos de distintos colores, como informes de abogados, junto a su testamento por triplicado y libros de cuentas preimpresos para llevar una doble contabilidad. ¡Qué adecuado! Saltando como una rana otros cuarenta y cinco años hacia atrás, las entradas eran una lista exhaustiva de pollas y agujeros del culo, sus tamaños, su aspecto y los atributos de los hombres a quienes pertenecían. En la columna más ancha, de forma pulcra y legible, Maurice apuntaba los datos de lo que se había hecho, dónde y con quién – aunque no había nombres, solo números. A partir de esa tabulación presumiblemente exhaustiva, el sobrino de Maurice podía deducir muy poco. Zachary no podía decir si su tío había sido un marica feliz o un erotómano poseído, perseguido y paranoico – lo único que podía asegurar era que su tío había observado en su práctica sexual el mismo principio que en su vida en general: nunca demasiado de una sola cosa. Zachary siempre había sabido que Maurice era cosmopolita – pero no esa clase de

cosmopolita, con una predilección, o eso parecía, *por hombres de todas las edades, razas y clases...* Y ahora Jenni Murray con *Woman's Hour*...<sup>33</sup> mientras se sentaba a hojear el libro de cuentas, Zack empezó a entender exactamente por qué le había sido legado – junto a la casa y una renta agradable pero no excesiva: era la respuesta más efectiva. Sentado ante la barrita del desayuno en su sórdido piso alquilado, lo bastante viejo ahora como para ser *el tío de mi tío*, Busner piensa en el pasado... y en el pasado... casi disfrutando el rubor, tan femenino, de vergüenza que siente que le sube desde el cuello a la cara, mientras considera también que ningún transcurso de tiempo podría resultar suficiente, fuera biológico – el paso a la extinción de órdenes y filos enteros – o geológico – el movimiento de placas que alza cordilleras – para anular esta imagen vergonzosa: *Yo, encantado de conocerme* ante otro desayuno y *estudiando a mi tío...* pensando que era inteligente y amable usar *mis herramientas analíticas recién adquiridas* sobre la base de que *la represión podía reducirse a pequeñas limaduras de los perversos y luego eliminarse. ¡Ridículo!* Interrogarle sobre la relación que tenía con su madre – y seguir haciéndolo, negándose a aceptar *un no* por respuesta. Pero él fue cortés sobre el asunto – *juguetón, en realidad*, dobló de nuevo el Times, lo metió bajo el borde de su plato, y me alertó de la proximidad de la señora Mac mediante una ligerísima elevación de sus *cejas perfectamente recortadas, mientras comentaba con cierta ironía: ¿Has leído la columna de Bernard Levin esta mañana? Hay algo en lo que dice, creo, con lo que los dos estaremos de acuerdo...* —Ha debido de caerse algún copo de avena y dar de ese modo la orientación necesaria, la mano de Busner pasea sin pensar tras él y apaga la radio, así que: Cameron Macintosh presentó su nuevo. – Silencio. Y luego de la calle se alza el traqueteo inconfundible que hace al cerrarse la puerta del remolque de un camión, seguido por el acelerón de su motor diésel, *una fuga profunda y gutural. El andamio está desmontado...* y cuál era la motivación de la memoria – a través de la soledad, de la ensoñación – si no la erección de un andamio destinado a facilitar *la construcción de comportamientos actuales*. Sí, eso era: una ayuda al comportamiento, como cuando coges y luego dejas caer pelotas de pimpón para estimular el movimiento, o llevas un reloj que hace tictac ruidosamente a fin de aportar un tempo para recalibrar las complejas secuencias motoras que se necesitan para ponerse de pie y deberían ser automáticas pero han de *volverse a aprender... cada vez*.

Busner se levanta. Durante un tiempo pensó que si tuviera más tiempo podría hacer algo con el homorregistro de Maurice, que era un autoexamen sexual comparable a los estudios más amplios de Havelock-Ellis y Kinsey. Suponía que estaría en una de las cajas naranjas que había debajo de la ventana, o en el ático de Redington Road – dondequiera que se hallara, estaría junto a cajas de madera llenas de la correspondencia putrefacta de los padres que Busner nunca había conocido, sus postales de bordes dentados, su papel de cartas ahora emborronado pero antes cremoso, doblado en sobres gruesos que se habían franqueado y sellado de manera extravagante. Había previsto desembalar, abrir y desplegar todo eso, de modo que las flores prensadas estallarían en polvo mientras leía las misivas por primera vez desde que sus destinatarios fallecidos hacía tiempo terminarían con ellas. No era – considera mientras levanta la cortina de lona a rayas para descubrir enormes y sonrientes comedores de pizza sobre los que se apoyan personas reales sucias bajo la sorprendente luz del sol que brilla en el extremo más alejado de

Fortess Road – la vida no examinada la que no merecía la pena, sino la *no-re-examinada por quienes tienen la cualificación relevante*. E inmediatamente decide *tirarlo todo*. Que lo recuperase la siguiente generación o, más tarde, un aficionado a la genealogía ávido por conocer sus raíces sería un demérito adicional que volvería las vidas de sus padres, la de Maurice y la suya menos que indignas. – ¿Y qué hay del sargento Culcross? Busner lee en voz alta, hablando al frigorífico que le llega a la cadera, al letrero esmaltado de panera y al hervidor eléctrico, en un vano intento por sacarlos de su complaciente falta de animación. ¿Qué pasa con él? Busner ve al joven tendido en el arcén desolado, con las piernas arrancadas por la explosión y se pregunta: ¿Recogieron sus tuercas y tornillos antes de llevarlo en helicóptero a la base? ¿Estaba ahora sedado en una cama del hospital, esperando que le dijeran... *como a Ronald Reagan que no tenía nada debajo?*<sup>34</sup>. Podían tranquilizarle todo lo que quisieran, probablemente le pondrían polvos de talco en los muñones, los enfundarían en medias de seda y las cavidades de cuero de las prótesis. Sin duda, enfermeros capaces lo levantarían de ambos lados y luego lo pondrían en un andador – pero eso es solo otro tipo de cinta para correr, porque al final un miembro fantasma o dos serían una bendición comparados con esa pesadilla de vigilia en la que la mitad de ti se ha convertido en un torno que ahora se ha convertido en... ¿y qué sensación debía tener? En el futuro, Busner no lo dudaba, se implantarían procesadores en el cerebro y se unirían a sensores insertados entre las vértebras relevantes – después, esta sensación podría volver a examinarse, pero por el momento seguía siendo un enigma-r-elle est une vraie beauté, m’sieur! El francés pequeño y raro ha usado el lento empuje de la multitud que se agolpa para apretar a Audrey contra las barandillas alrededor del césped. Stanley sospecha de inmediato que *se está tomando libertades* con las manos, así que lucha por levantar las suyas mientras dice: ¡Conozco un poco de vuestra jerga – idiota! No es un gran insulto, piensa Audrey – además, no le molestan las atenciones del francés, cuyo chaleco de seda de color lavanda y su alegre canotier de paja son flores en el lecho de sarga negriazul que carga a la sombra del Empire. ¿Me consede el plasej de – ? Libera su mano para quitarse el sombrero pero es... ¡demasiado tarde! No puede abstenerse de reír de placer cuando el galante individuo es arrastrado por una columna de jóvenes floridos con jerséis de fútbol que, cantando: ¡Cada vez más lejos quedarán tus fronteras, Señor – !<sup>35</sup> llevan consigo *una cuarta parte de la tierra del mundo, con sus poblaciones de indios teosóficos, alegres hotentotes, perezosos lascares, hoscas malayos y negros de cabeza lanuda, nada menos que cuatrocientos millones!* Pero ¿cuántos... se pregunta Audrey... Imperios hay en el Empire? Bert lo sabría... Las cúpulas y pináculos de este se extienden y caen sobre las cabezas de la multitud, *la ceniza del Vesubio*. Más allá de la luz del sol surgen el contoneo de los banderines y el brillo de una banda que se prepara – con un uum-p’puum-puum comienza una marcha de estacatos y el guante blanco del director agita el olor a patatas fritas... *directamente hacia mí*. Luego un espasmo gratificado pasa a través de la multitud, Mira – Stan está a su lado – tienen un Siddeley de dos cilindros... Ya lo ha dicho varias veces, pero Audrey sabe que no es el automóvil lo que le interesa, es el autómatas que lo llevará desde Shepherd’s Bush Green a Temple Bar, *su mecanismo debe estar bien ajustado*. El automóvil está encerrado entre cuerdas y una pasarela de cuerda lleva hasta él desde las puertas del Empire, puertas que ondean sobre sus bisagras de

latón y luego se abren de golpe para revelar a, ¡E-nig-ma-relle! No tanto un grito como una ola, Enigmanigmanigmar'r'r'elle, que se riza sobre sus *rostros de gelatina* – y de inmediato Audrey cae *en la tristeza*. Es cierto, el Hombre de Acero hace cuanto puede por moverse de manera mecánica, levantando las palancas de su mano derecha y su pierna derecha, luego bajándolas hasta el siguiente escalón pero, por mucho que los espectadores de carne y hueso empujen y tiren de Audrey, ella siente lejanamente los músculos y tendones que empujan y tiran dentro de la *tubería brillante* del traje que lleva puesto. Además, ¿a quién podría engañarle ese visor de metal, bajo el que hay una barbilla tentativa pintada con espeso maquillaje de teatro? Una parte del público canta en discordancia con la banda, ¡Todas las chicas querían a Ber-tie cuando tenía un coche a motor!<sup>36</sup> mientras Enigmarelle camina sobre zancos por la pasarela hasta el vehículo que lo espera. ¡Es el hombre que lo inventó!, le grita Stan al oído: ¡Fred Ireland! Ireland está recién afeitado, lleva gafas que *imagina que le dan aires de científico*. Golpea con el dedo a Enigmarelle entre los omoplatos, y hace que el Hombre de Acero abra la puerta del automóvil y luego suba ortopédicamente a su asiento plegable. Reconociendo el ¡Bravo! de la multitud con una reverencia exagerada, Ireland se sienta tras su chófer robótico. ¿Cómo crees que funciona, Ordrii? Stan está encantado – ¿cómo se puede creer semejante mentira? El tal Ireland que juguetea haciendo una pantomima entre los omoplatos del hombre mecánico, Enigmarelle que extiende sus brazos rígidos hacia el volante, el mecánico con la chaqueta Norfolk que tira de la manivela manual ¡ta-ra-ragiro y ta-ra-ra-giro y ta-ra-rara-boom-de-ay – ! El crujido brusco del motor dispara pañuelos que revolotean y hace que las dependientas queden embelesadas, y sus novios aprovechan la oportunidad para *meterles mano*. La cadera del Hombre de Acero se inclina, sube una palanca y baja otra. Oh... ¡Oh! Junto a Audrey una *niña malcriada* tolera *tales libertades* que al mirar hacia abajo ve su gastada lencería *Lottie Collins no tiene bragas, ¿Serás tan amable de prestarle las tuyas?...37*. Las botas pisan con fuerza al ritmo del ¡uum-pah-pah! El organillero ha hecho bien su trabajo y su instrumento vibra con la música, sus pistones golpean, sus cascos de acero galopan. Camareros que se dan importancia apartan las cuerdas mientras el mecánico corre junto al inventor – la multitud se aparta cuando el automóvil arranca y, por escéptica que sea, Audrey no puede negar que es *un espectáculo-a-la-última*, con la banda en un escenario adornado de guirnaldas y serpentinas que ha alcanzado su propia *combustión infernal* – *Hombres de Latón cuyos cuellos rojos... ranas toros... oro y rojo deshilachados*. Stan, que ya le saca una cabeza a su hermana mayor, no soporta su pobre punto de vista – salta, hace piruetas, se apoya en la barandilla y, buscando un punto de apoyo con cada mano, salta tentativamente hasta que Audrey dice: ¡No seas bobo, te llevarás una zurra! De todos modos, está fuera de sí: N-no ves, lo está conduciendo, ¡lo está conduciendo de verdad! Audrey no ve nada de eso, ve al showman Ireland tirando un puñado de cuartos de penique y caramelos a la multitud, ve al autómatas luchando cuerpo a cuerpo con el volante mientras el Siddeley acelera en torno al césped y avanza hacia el este, titilando tras las vallas, atrayendo a niños que corren y un humo creciente. Quizá, piensa Audrey, no hay necesidad de engañar a esa velocidad. *Quizá* a Ireland no le preocupa nada la buena opinión de los vendedores de brezo o los peones del ferrocarril con monos sucios, *quizá* piensa que no pueden verlo gritando *en Enigmacomosediga oreja de lata* desde

donde está, a la sombra del Empire, *quizá* —pero, ¡Ahora calla! Estas cosas son demasiado seguras como para que las hayas soñado, a menos que surjan como cosas que parecen... El Hombre de Acero producido en el torno de Audrey. Lo descubrió *todo preparado* esa mañana para hacer la tarea: seis operaciones para cada uno de los miembros. Coge la vara, rueda en el cortador, corta los hilos – internos y externos – corta los huecos. Seis operaciones para cada uno de sus miembros – *y sin embargo solo llegué a verle el brazo derecho*. Otros ven el izquierdo, más allá de la línea de tornos hay chicas más expertas que sueldan las piernas con sopletes de acetileno en una llamarada, y más allá de ellos están las municionistas que accionan tornos revólver, bajando el cabezal cuidadosamente hasta que agujerea el bloque con un gemido feroz, y luego alzándolo de nuevo hasta el punto en el que el mecanismo expulsa una nueva lata, *vacía y grasienta*, y esperando un cerebro – *nunca los vemos, como tampoco sus partes íntimas...* Estas, piensa Audrey, deben fabricarse en un taller secreto oculto en uno de los Edificios de Riesgo – *quizá el n.º 4* – donde hay hombres demasiado viejos o incapacitados para estar en la orgullosa línea delantera sobre los pernos de hierro que producen en sus tornos, cada uno de los cuales llega cruuuuuuuuuuuujiendo a la existencia con un pelo preparado de limadura. Cuando Audrey está en su torno, calcula cada quinto brazo y lo pone al revés *para que se pueda examinar* – examinar como a ella el primer día: enviada desde la Oficina de Empleo de Plumstead, tras firmar por *tres años o el tiempo necesario*. Al pasar por Beresford Square con todo ese *lío*, los *negros y los indios vendiendo fulares y cosas así en el suelo, y cacatúas en jaulas y toda clase de pasteles y puestos de marisco y otras comidas, y los ómnibus que paraban y llevaban hombres colgados de la barandilla de la escalera*. —Aquel primer día Audrey y Gracie entran directamente por la Puerta n.º 1, bajo la mirada indiferente de los artilleros hechos de hierro – una de las garitas de policía... *¡me quita el ticket verde y me hace el saludo militar!* ¡Vaya bromas! ¡Un condenado bípedo masculino que se arrodilla ante mí! No así la Señora Superintendente *una Vesta Victoria* – *por decirlo amablemente*, con un reflejo unionista en sus *ojos marrones de caca de vaca* y probablemente un *Hombre de Acero* en algún lugar dentro de ella. Hay fotografías de los fornidos obreros de la fábrica de munición *que le gustaría que fuéramos todos* en las desvaídas paredes de su oficina en la garita, mientras en la esquina *teclea* una mecanógrafa, con aspecto apocado y horribles telas de popelín de color azul cielo como *pústulas de viruela*. La Superintendente se pone el auricular y ladra: ¿Edad? ¿Trabajo anterior? Le digo Ince's y cuando dice que solo hay plazas en los Edificios de Riesgo, digo: Ah, tengo experiencia como tornera – he manejado un torno, he hecho mangos de paraguas – Peerless, Paragon – tiene uno en la esquina, señora, quizá lo hiciera yo... *No era estrictamente cierto por supuesto pero Dios sabe que he visto cómo hacían muchos* – *y aprendo deprisa*. Pero la pobre Gracie no – parece totalmente agotada, con un grano en la nariz – debe de estar con el mes – y su pelo de salicaria se escapa de las horquillas. Ella vuelve a ladrar: Solo tengo plazas en los Edificios de Riesgo, luego Gracie asiente dócilmente y se toca las sienes con una mano temblorosa. – ¿Estás dispuesta a trabajar con mercurio?, dice la Superintendente. ¿Estás dispuesta a trabajar con polvo amarillo y tri-nitrotolueno? La pobre Gracie se sienta ahí con aire taimado – ¿quién se cree que es, Angelina la Adivina? A la Superintendente no le importa un carajo que estemos

escuchando al cerdo de Asquith, o a Fawcett, o a la traidora Dacre Fox<sup>38</sup> – lo único que le preocupa es hacer más bombas. ¿Bueno?, dice la Superintendente y Gracie asiente dócil. La mecanógrafa se levanta para darnos nuestras hojas, luego la Superintendente nos manda ahí atrás para que nos reunamos con las otras dieciséis personas de nuestro grupo. Hay una hilera de cubículos – y ahí hacemos un ruido estrepitoso. Son de madera sencilla con muchos nudos – estilo de retrete barato. Llega la orden de otro cuerpo: ¡Desnudaos del todo! ¡Te ponen batas y zapatos y forman una cola preparada para tu examen médico! Es una marisabidilla, está claro, pero lo oculta bien bajo un mono caqui con una falda pantalón – ¡no, pantalón! Madera sencilla con nudos astillados... ¡imposible resistir! El *retozo* de un pecho voluminoso, su *ubre abundante, larga, que late...* ¿Vas a quedarte ahí todo el día?, dice la marisabidilla y yo respondo: No, no... pero es casi igual de difícil no permanecer *deshpreocupada*, eso es lo que diría Gilbert: Muéshtrate *deshpreocupada*, querida, esh lo único que puedesh sher ante el feo roshtro de la hipocreshía – y eso hago, mientras me quito las medias, me bajo las bragas y huelo la resina en la madera y el humo del carbón del Arsenal. La guerra que pondrá fin a todash lash guerrash, dijo Gilbert, la luz eléctrica brillaba entre burbujas y vasos y giraba en su mano mientras estábamos sentados en una habitación privada bajo el Criterion, para nuestro capricho especial, antes de que volviera a su retiro en Woking... – Te lo vuelvo a preguntar: ¿Vas a quedarte ahí todo el día? Salgo pestañeando y *lasciva* a la luz del día – luego, como las demás han terminado y se han dispersado, paso directamente entre las largas cortinas blancas de muselina hasta donde un esmaltado plato de medicinas descansa sobre un lavamanos *una bañera de bebé esperando una oscura placenta...* El traqueteo de las pesas mientras la plataforma se inclina bajo mis pies desnudos. Cuarenta y cuatro kilos, dice ella. Estás delgada... sin embargo tienes un físico muy atlético.... Solo ahora examina Audrey los ojos de color avellana que la examinan tras unas gafas redondas de montura ancha. Están solas – aunque puede oír el estrépito de instrumentos de metal al otro lado de las cortinas de muselina. Mientes, piensa Audrey, tengo las piernas arqueadas – no tuve bastante avena cuando era potrilla, la mejor ración siempre era para mis hermanos... y mi padre. Luego piensa: ¿Cómo es posible que sus manos estén tan frías después de tocar a las otras quince? También está frío el estetoscopio sobre un pecho. La médica escucha, luego lo pone sobre el otro. Tose, dice, y Audrey *remueve* el aire frío que las rodea. La médica se pone detrás de ella y sus dedos frescos *me escuchan*. Inspira, ordena – y... espira, despacio. Bien. Acuclillada delante de Audrey, su rostro *viril* a centímetros de distancia, los mismos dedos *vienen y van*. No te preocupes, dice, su respiración *sobre mi chichi*, solo estoy comprobando que no haya ninguna infestación, o... continúa en voz baja... infección venérea. A Audrey le gustaría decirle a la médica que no está en absoluto escandalizada – así es como se imagina *el futuro* de las mujeres: esa ternura *impersonal* y esa preocupación *científica*, y para no irse de la lengua se concentra en la mano fría sobre su cadera y la *piel de conejo* en lo alto de la cabeza desnuda de la médica. Todo parece estar bien, dice, y se levanta para sentarse ante la mesa plegable que hace las veces de escritorio, toma una pluma, la moja en el tintero y pregunta: ¿Sarampión? ¿Tos ferina? ¿Difteria? ¿Viruela? ¿Tuberculosis – tú o algún miembro de la familia? Luego apunta las respuestas en un libro, *pero no pregunta por la depresión*. Audrey piensa: ¿Se da cuenta? Cuando ella y Gilbert se

hicieron amantes, Audrey se vio impulsada a mirar *ahí abajo*, asumiendo que cualquier parte de ella que les diera tanto placer a los dos debía ser *rosa tafetán, hojas de narciso, un champlevé* de terminaciones nerviosas *quemado en mi centro* – no esta *corta raja en una aulaga*, que era tan distinta al *muñeco* de Gilbert. Tu cerbatana, había dicho ella. ¡Aplastado en su guante de seda, y luego se encabrita! No, se rio él, no necesita nombre, esh lo que esh, Ding an sich... No, piensa ahora Audrey, cosa-en-mí, *cosa-en-mí-misma*... Ajá, exclama la médica, señorita... señorita – examina el rótulo de la Oficina de Empleo de Audrey – Death, ¿verdad? Un nombre poco común, sí-í... bueno, parece que ha sido en general afortunada – no es poca cosa haber alcanzado la edad adulta, en Londres, y en – si me permite decirlo – uno de sus distritos más insalubres, sin contraer ninguna de esas lacras, muchas de las cuales ya se habrían erradicado si unas sencillas medidas de higiene univers—. Se interrumpe, se levanta y va al lavabo, echa un poco de agua de la jarra en el plato esmaltado y envuelve sus manos hábiles en espuma de una barra de alquitrán de hulla. Habla por encima de su atareado hombro: Lo siento, por supuesto, puede volver a ponerse la bata – los zapatos. Pero Audrey se ha acostumbrado a su desnudez – la cadera hacia fuera, un pie levantado – y ha disfrutado la evaluación de la otra mujer. – Señorita Death... Mientras Audrey se viste admira la forma en que la médica se sienta con las piernas claramente separadas en su falda lisa de lana gris, los brazos enfundados en blanco sobre el regazo, los pliegues almidonados de una blusa de batista en la uve que expone la bata, un camafeo en la garganta... No sé, es decir – se levanta y se acerca, con la mano extendida *virilmente* – soy la doctora – es decir, Hilda – la doctora Hilda Trevelyan. Creo que le he visto, ¿quizá en reuniones de la WSPU?<sup>39</sup>. Y sin duda en la Opera House en septiembre pasado, cuando la señorita Pankhurst tiró su, eh, bomba... *No está segura – no puede, es imposible*... Audrey ya no busca debate o amistad – aunque es lo que ve en los ojos cansados y los labios gruesos de la doctora Trevelyan. —*Yo también estoy cansada, y cómo puedo explicarlo*: Samuel había viajado durante catorce horas por ramales de Devon a Andover, donde se detuvo en un pub a pasar la noche – una circunstancia que *nunca le molestaba*. Todo ese *chuchu* solo para darle a su hijo menor una *bofetada* delante de sus nuevos compañeros, y luego presumir de él por la ciudad con su abrigo beis y su sombrero pequeño y extraño *como un quepi turco pero con pantalones de civil: bombachos de montar* – o eso había escrito Padre – y *polainas*, que Audrey suponía que habría recibido de Feydau o del cornudo y eran probablemente las únicas cosas de verdadera utilidad que le habían legado a *mi pobre hermano pequeño*. ¡*Pobre Stanley!* Obligado a arrastrarse con Rothschild de un lado a otro de High Street y luego de vuelta al desastre del campo, donde la cerveza era *atroz*, aunque media pinta solo costaba *medio penique*. No era Rothschild el que tenía que pasar en el calabozo el alba siguiente o ir a trabajar en la llanura húmeda —no era él, ni Gilbert Cook, ni por cierto la doctora Trevelyan, quienes tendrían que combatir en *la guerra que pondría fin a todas*... – No sé, señora – el cockney se impone, salobre y entrecortado – Nunca he estado en ninguna reunión, salvo las del Ejército de la Iglesia, y eso era por un té y una rebanada de pan... La doctora Trevelyan se queda mirando a Audrey más tiempo del que es aceptable para cualquier *relación razonable* – ¿estoy perdida? Audrey escucha el zumbido de la respiración en las fosas nasales de la mujer de más edad, huele el alquitrán de hulla de sus manos – no mira la cara de Audrey *sino mi*

*pelo – tan distintivo, una llamarada del Lucifer de Phillips cuando este se detiene en la lujosa moqueta de color rojo borgoña de las escaleras, con el pelo todavía brillante y lacado en su cabeza redonda, aunque en la enorme extensión del espejo que tienen enfrente Albert ve que el rostro de su benefactor parece enfermo de fatiga... ¿o algo peor? ¿Todavía no quieres?, pregunta Phillips, sirviendo un humo fresco y verdoso con el puro en cuestión. No, suspira Albert, y nunca querré, señor... Por miedo a que su propia cara se enrojezca y se convierta en, de forma bastante literal, Rothschild – sabe un poco de alemán, sabe muchas cosas... pero ha tomado un vaso de vino del Rin con el lenguado y lamenta incluso esa pequeña disminución de sus facultades, facultades que evalúa calculando el número de baldosas en el suelo del pasillo y el número de cristales de la lámpara de araña y multiplicándolos mientras bajan. Phillips se coloca la cubierta de las botas con los pies, hasta que se queda parado una pieza demasiado grande en el tablero de ajedrez del pasillo y se inclina. Un criado del club llega tras una puerta que se abre sin hacer ruido, con un papel ornamental en la mano que clava en el montón que está sobre la tabla que tiene un tapete por encima. Hay una chimenea a cada lado del espacio inmenso y umbrío: carbón marino dispuesto con tal cuidado que forma dos pirámides brillantes, mientras que arriba hay cuatro mil trescientas dieciocho esquirlas a punto de explotar. Phillips dice: No hay muchos esta tarde, Fulton, y el criado contesta gorjeando: Estarán colgando el acebo y cosas así, señor. Phillips hace una mueca. Eso, dice enfáticamente, lo dudo mucho – ¿te importa, Death? – ha levantado una madeja del papel – me he dejado las gafas en mis habitaciones. Albert coge el fardo y lo desenreda con cuidado para no separar ningún hilo de la tabla. Sabe que su benefactor disfrutará de esta demostración como prueba de su propia previsión y sagacidad. A la hora de cenar, mientras cortaba con cansancio su chuleta, Phillips hablaba de lo totalmente agotado que estaba de su trabajo del comité, y de que había medio decidido dejárselo todo a los trabajadores arribistas. Albert, que echa un vistazo a las seis cintas a la vez, anuncia: El algodón es un tres por ciento más caro en París que en Berlín, y en Londres estaba un cuatro por ciento más caro a la hora del cierre... Al observar la peca color carne bajo el labio de Phillips y dar un sorbo a su vaso lleno de ligero vino del Rin, Albert se ha preguntado: ¿Qué le debo exactamente? Ahora, Phillips dice: ¿Se puede consentir... la suya es una voz satisfecha de su propia pronunciación... que ellos... ellos qué? Quiero decir: ¿qué métodos concebibles se encuentran a su disposición? Albert se aclara la garganta, ejem, luego sigue: Ellos – es decir, los dueños del molino, señor – pueden considerar que se atienden mejor sus intereses si detienen toda la producción, razonando que con esa demostración de lo que todavía está en sus manos pueden hacer que los tejedores entren en razón. Inicialmente, pagó mis gastos, por supuesto... aunque en cuanto Albert llegó a Bancroft le dieron una asignación – y luego obtuvo una beca. Phillips dice: Ven – y enseguida están en la biblioteca, tan profundamente hundidos en unos sillones que la intimidación debía ser más fácil que la impostura. Phillips me conoce, piensa Albert, desde que era pequeño – ¿siempre olerá el repugnante Fulham en mi ropa? ¿Siempre me mirará y verá tendedores, chimeneas, pasteles de Eccles a dos peniques? Tal como son las cosas, aunque el abrigo de Albert puede ser comme il faut para la Segunda División – bien cortado por un sastre de Swallow Street – las perneras de sus pantalones son muy largas y caen sobre la alfombra, y están deshilachadas, algo que*

probablemente verán con suficiente claridad los nobles que miran hacia abajo desde las paredes de la biblioteca con ojos *que-pronto-serándegradados*. Los nobles se apoyan sobre pilares de mármol, ignoran los volúmenes abiertos y ríen sus risas patricias, ¡Jo-jo! ¡Jo-jo! al *arribista*. Phillips ha debido de tocar la campanilla porque llega otro criado, que se mueve de una zona iluminada por la luz de las velas a otra – no hay gas en la biblioteca, el murmullo perturba a lectores y durmientes – la decoración de su chaqueta es dorada y luego no, una bandeja con un decantador y copas de oporto en sus manos envejecidas. Sí, sí, déjelo allí..., dice Phillips bruscamente, luego *suaviza las cosas* con un florín. Toman una copa, otra y otra más, Albert desea *ojalá pudiera soltar este maldito nudo...* pensando en sus viejos vínculos. Esta gestión... la jerga afectada de Phillips exige una réplica adecuada – ¿Te lo imaginas – ? Es la cuarta de sus cuatro cenas anuales en el club y por tradición *se repasa* el año, que es lo que hace Albert, ofreciendo concisos informes sobre Agadir, Stolypin, Pu Yi y Trípoli, despachos construidos a partir de fragmentos de cotilleos, noticias de periódicos y parte de su propio análisis metódico. Pero ¿qué dices, *me prepara* Phillips, del déjeuner sur l’Afrique? Y Albert responde valerosamente: Es bastante divertido pensar en su miedo cuando, al final, ellos qui vive en la jungla... Este Phillips disfruta mucho: se ríe a carcajadas, *jaja* – ¡debe de estar borracho! Albert, flemático, nada inclinado a la introspección, sin embargo comprende esto: el ensamblaje de sus sensibilidades, ya que, a lo largo del tiempo, él ha sido fabricado en el torno de su benefactor, una máquina que funcionaba perfectamente cuando *se produjo la retirada de Kabul*. A Phillips, un recto victoriano, *no lo puedo conocer – ni yo ni nadie*, es una cantidad fija que a lo largo de los años ha seguido siendo la misma mezcla entre lo furtivo y lo desvergonzado. Sentado en el extremo más alejado del salón de té Anderson un día tras otro, observando. Cambiando el Morning Leader por el Daily Telegraph – pero siempre con algún periódico que, cuando él llegara, sería un paraguas firmemente enrollado. En el punto exacto en que lo repele la impostura de su padre – el sudor cervicero de Sam, su caballuno ánimo exaltado – a Albert lo atrae la órbita del señor Phillips, que, como se puede *prever*, alienta el ejercicio de la insólita capacidad de cálculo de su pupilo – su destreza para sumar una cuenta con una sola mirada de sus ojos saltones, su incapacidad de ignorar una orden y su habilidad para realizar dos, tres... hasta seis tareas a la vez. El férreo control de los detalles que tiene Albert ha asegurado esto: un ascenso meteórico en el Ministerio, donde los elevados ideales de los techos enmarcados por laureles de yeso son negados por los fuegos de carbón... *más sucios que estos* y la atmósfera de aula de colegio, los oficinistas y los contables que se tiraban plumillas viejas, tinteros secos, borradores – en pocas palabras, cualquier cosa que tuvieran a mano. En las oficinas del Subsecretario, al que atiende obedientemente, Albert puede alcanzar un poco de paz, pasar un rato mirando los cuerpos de los olmos – durmientes desde la ola de calor – y el sagú de hielo que se forma en los lagos ornamentales, y en la distancia el Palacio recién limpiado. Luego debe *apretarme los machos* para recibir más archivos: estadísticas del yute de Bengala, las observaciones de ese *necio* Rajá Blanco, la Comisión de la Frontera de Nyasalandia – sus minutas. El Imperio – a ojos de quien soporta la carga de sus minucias – presenta *un caso paradójico, sus extremidades son vigorosas y patalean, mientras que el corazón está tan congestionado como el viejo rey*, con sus puertos bloqueados, lanchas

cañoneras en el Mersey... y los irlandeses, ¡siempre los irlandeses – ! Teníamos algunos por aquí..., dice Philips, interrumpiendo, la ceniza de su puro ha caído y *yace hermosa* sobre un pliegue de su chaleco. ¡Aquí en la biblioteca! Una arpía medio muerta se me echa encima, clavándome – ¡clavándome!– una lanza de madera. Le digo: ¿Quién demonios te has creído que eres? Dice: ¡Boudica, y tú eres el opresor romano! Le digo: No es verdad – ¡eres Cecily Gutteridge y conozco a tu madre! Condenadamente gracioso, a la policía les costó un rato sacarlos. Lo que intento decir... Phillips se inclina hacia delante y a Albert le preocupa que *me haya pasado* y vaya a resultar *indiscreto*. En esa eventualidad: ¿estoy perdido? Porque Albert no habla más de su familia que Phillips de la suya. —Una vez visitaron la villa junto al río en Mortlake, y Albert, a los dieciséis, declamó extensamente: ¡No nos quebrarán ni la fuerza ni el engaño! Vosotros que, al norte o al sur, al este o al oeste, Nativos del noble sonido...<sup>40</sup>, sordo ante el hecho de que los menores sonidos parecían perturbar demasiado a la señora Phillips, porque se retorció decorosamente en el asiento de la ventana. Llevaba largos guantes blancos y acariciaba un gato persa azul todo el tiempo – años más tarde Phillips concedería que era absurdo, porque las criaturas *le molestaban mucho*. Tácitamente, la visita no fue considerada un éxito – por ninguna de las dos partes. Phillips sabe y aprueba el asunto de trasladar a los mayores y a Olive a Cheriton Bishop. Sobre *los demás*, sin embargo, Albert permanece callado – y lo mismo ha hecho Phillips, al menos ¿hasta ahora? —Pero no tiene nada que ver con eso.

... es que con Churchill en el Ministerio de la Guerra puede ser el momento oportuno para que consideres un traslado, no es que yo esté en posición de saber si ese cambio puede realizarse fácilmente... Conozco a sir Clemens, el hombre-del-momento... todo eso. Creo que tiene un poder tremendo en el Almirantazgo... Albert traga pesadamente y siente que la nuez de Adán raspa contra su cuello, *Así*, y en términos euclidianos: *exactamente así*. Ahora puede ver las *parábolas precisas*, y puede hablar por *el hilo* y ordenarles que *vuelvan sus grandes cañones* hacia el objetivo comercial de Phillips. Pedir una identificación más precisa – detalles de emblemas, personal, etc.– habría sido *grosero* además de *impertinente*. Aun así, Albert sabe lo siguiente: que Phillips coqueteando con Mercers' Company es más o menos eso: un *pretexto*. Había tenido un mayorista de su propio pater – pero más o menos lo hizo polvo. Hay inversiones aquí y allá – alude a visitas a Armstrong en Jesmond Dene, y a su papel – en una capacidad no ejecutiva – como alguien en quien confiar para que cuadren las cuentas de compradores extranjeros. Hay una cabaña especial, en el bosque... un emplazamiento magnífico, sus ventanas amplias dan a un barranco frondoso... *El cuerno de Lohengrin* suena *melancólico* en el *crepúsculo*: ¡*tuu-tuu-tuuraa-boom-de-ay!* Jóvenes *risquées* con *vestidos de merveilleuse* alzan las piernas, *mostrando a los chicos mucho más de lo que han visto nunca...* ¡*Cliquot!* ¡*Cliquot!*, grita sir William, mientras sus bigotes *como alas de gaviota planean* sobre el cuenco al revés de la lámpara del techo, porque este es un expositor de sus productos. Los *potentados extranjeros* admiran la decoración para las mesas que se hace con el casquillo de un calibre 22, y las aceiteras de cartucho de rifle – una ametralladora experimental lanza trozos de pan, mientras que en el montaplatos los camareros desmontados *decantan sopa...* Ya sabes, dice Phillips, y Albert encuentra esa *torpeza patética* en la posición de sus sillas cuando intenta preguntar sobre el lumbago de

su benefactor – pero Phillips le gana: Estoy muy contento de tu rápido avance, has justificado con creces mi confianza en ti. Su mano baja el rubí de oporto, luego sube con gestos aritméticos... diez veces más – ¡veinte! Albert, que no está acostumbrado a beber tanto, se pregunta si las partículas elementales de luz de Rutherford han disminuido de velocidad, porque ve *diez o veinte manos distintas* – ¿o son fantasmas de manos que ya no existen? Levanta la rodilla hasta donde tendría que estar si la mano directora fuera a bajar sobre ella – es decir, si existiera la más remota posibilidad de que alguna vez, *alguna vez se tocan*, en vez de *dar rodeos, rodeos y rodeos, como un tiovivo... whirligogs*, que no es una expresión elegante, piensa, además, qué es, ¿dialecto escocés? Los Golliwogs<sup>41</sup>, por otro lado, deben de ser igual de ofensivos y sin embargo son comunes – hay uno en la cama de Daniel *su lanosa cara negra sofocada por la alfombra blanca...* – Digo. ¡¡¿Digo?!! – Mboya... No puedo seguir. Quiero decir, estamos trabajando tan estrechamente, que nosotros – yo. Se detiene, el ruido por encima de ellos en la cafetería es terrorífico, los choques de decenas de cuchillos sobre platos, tenedores sobre cuchillos, el apretar de tantas mandíbulas robóticas unidas a la misma cadena que cuelga del techo bajo y las conduce a través de salchicha, patatas y judías. Desde el delgado libro en rústica que Busner llevaba en el bolsillo de la bata blanca flota este acertijo: *Respeto a Jack porque no me respeta...* y él suspira, ahhh, y piensa, ¿Qué bobada es esta? Ronnie... Ronnie – ¡estás hecho polvo! Desde una ventanilla abierta las señoras del comedor trabajan duro para aprovisionar esta *industria de bocas*, pero ¿por qué, por qué tienen que dar-dar-dar con sus cazos así? ¿Por qué – por qué somos todos tan voraces, también los pacientes? Whitcomb me dijo que tenía un obsesivo que no decía ni mu. Busqué en sus mejillas de hámster, encontré clips, tuercas, pinzas sujetapapeles... Lo mandé a Robert Street, le hice una radiografía, lo abrí, encontré trozos de monedas de tres peniques, jeringas – ¡con agujas! – varias cucharillas, tenedores de fondue, un metro de manguera de jardín – con la parte del chorro... ¿Por qué? Un consuelo, sin duda – también una incorporación esquizofrénica que indicaba una incapacidad de ver el objeto como... el otro. ¿Y nosotros? Busner mira a su alrededor las bocas rapaces... Nos gustaría *comer* el hospital. *Coger el manicomio, arrancarlo de cuajo y meterlo garganta abajo...* Hace una mueca y Mboya no sabe si va dirigida a él o al tenedor de Busner, cargado de puré y un caminito de judías. Dice: ¿Doctor Busner? Y Busner grita: ¡Eso es! Eso es lo que quería decir. Mboya, ¿no podemos llamarnos por el nombre de pila? Me llamo... baja los cubiertos... Zachary, pero sobre todo Zack. Mboya toma la mano, la suya está *seca, asombrosamente seca* en contraste con su rostro, que hoy parece *pulpa, es un sarpullido del afeitado realmente horrible*. Al tocar la *madera dura* de la mano de Mboya, Busner piensa: Seguro que esta es la forma equivocada. Nos debían haber presentado con apellidos y apretones de manos, esta intimidación adicional exige... ¿qué, un beso? Mboya sonríe. Enoch, dice, y Busner se ríe. Sí, dice Mboya, negando apesadumbrado con la cabeza, como Enoch Powell<sup>42</sup>. No, responde Busner, estaba pensando que los dos somos profetas de la Biblia. Mboya termina el apretón y empieza a recitar: En aquellos días, diez hombres de todas las lenguas de las naciones asirán por la orla del manto a un judío diciendo: «Queremos ir con vosotros, porque hemos oído decir que Dios está con vosotros». El enfermero de psiquiatría y el psiquiatra permanecen un momento sentados en silenciosa contemplación, luego: Zacarías, capítulo

8, versículo 23. A Busner lo horroriza, y no puede apartar los ojos de la cruz *¿Copta?* que cuelga alrededor del cuello de Mboya, pero Mboya se ríe con una risa *que no he oído antes*, una risa *cálida, sociable*, y dice: No te preocupes, Zack, lo de ir a la iglesia ya casi ha terminado, llevo la cruz porque Hendrix llevaba una en la portada de uno de sus discos. Aun así, puedes sacar al chico de la escuela de la misión. Completa el tópico con un mordisco de sándwich, y Busner es momentáneamente silenciado por el huevo y los berros que caen en la *hormigonera rosa* antes de protestar: ¿Quieres decir que te sabes todo el puñetero libro de memoria? Mboya se encoge de hombros: No, claro que no – pero una buena parte, tengo la suerte de tener una memoria casi fotográfica. A Busner le gustaría preguntarle a Mboya *todo*, hay muchos elementos intrigantes: su inglés casi desprovisto de acento, su aspecto de *contención*, que me resulta familiar *porque lo comparto*. Además, lleva más de un decenio en Friern, debe de *saber mucho...* En cambio, Busner dice: Quiero hacer fotografías de los pacientes posencefalíticos, ¿me ayudarás? Y Mboya deja caer un pesado párpado sobre un blanco enrojecido. Está cansado, piensa Busner, todos estamos cansados – como todos estamos famélicos. Mboya se chupa el carrillo, *chk-chk, el obturador se cierra*. – ¿Quieres que use mi memoria, Zack?, porque recuerdo a la mayoría de ellos. – No, no, comienza Busner con toda seriedad. Tengo una cámara de 35 milímetros y una cámara de cine Bolex... luego se da cuenta: ¡Te estás burlando de mí! Y eso es lo más íntimamente agradable que le ha ocurrido en mucho tiempo: que se burlen de él. Burlarse de él es lo que hacía Miriam cuando empezaron, y esa amable ridiculización de alguna manera anulaba los insultos mucho más graves que había sufrido en el internado – las bromas antisemitas, que le quitaran la ropa interior en el vestuario, *Henry incapaz de intervenir...* Pero Miriam ya no se burla de él, aunque – ha modulado su crítica hacia la humillación. Busner aparta su plato, empieza a enrollar y desenrollar el extremo de la corbata *que fue de Maurice*, gruesa seda de punto, *una de las pocas que quedaron*.

Mboya dice: Zack, si vas a fotografiarlos a todos tendría sentido ponerlos en un sitio – en la misma planta. Busner asiente. – Sí, eso estaba pensando – y ahora no hay razón para no hacerlo... —En todo el sistema de salud mental *se ha producido una revolución cultural*: ¡plantas mixtas, y con esos *soixante-neufards!* Había descubierto a *dos enérgicos jóvenes* en plena faena y a la vista de todos en su planta de enfermos agudos en el Halliwick, y pensó: Que tengan suerte, y les habría dado el alta inmediatamente solo por esa saludable actividad sexual, si no fuera porque después de que la cabeza se hubiera apartado del ceñido bolsillo de la colcha de la cama los ojos estaban extremadamente dilatados – *incluso para un psicótico* – mientras que la boca sin encías gritaba: He metido la oreja y me ha dicho que te ibas a correr con tus ojos de demonio ¡HAS MATADO A LOS COSMONAUTAS! Luego los enfermeros llegaron corriendo y *eso fue todo*. Busner ya sospechaba que el personal a cargo de los agudos estaba al corriente de su destreza diagnóstica porque, por mucho que lo intentara, la falsedad que había en ello lo sobrecogía. Así que, enfrentado a la tristeza histórica, simplemente imponía en ella su propia infelicidad corriente: Por las mañanas, cuando estaba bajo de ánimo, Busner diagnosticaba depresión; en las que estaba bajo de ánimo pero había tomado demasiado café, depresión maniaca. Y en las mañanas en las que agarraba los laterales del lavabo y veía que lo miraba fijamente un Viejo Marinero despeinado cuyos

ojos no podían enfrentarse a los suyos, y en cuyas sienas sonaban las rimas de miríadas de viajes surrealistas, se afeitaba, se vestía, conducía el Austin hacia Friern Barnet y diagnosticaba al primer paciente que veía como esquizofrénico o hipomaniaco, según de dónde soplabla el viento, seguro de que, fuera lo que fuese, *al final todo se arreglará*. — Mboya dice: Hay un par en la 45, tres en la 34, uno que es muy mayor y está muy mal en la 31... Los cuenta con sus dedos *de teca*. Pese al asombro que le produce esta catalogación, Busner no quiere interrumpir su flujo, así que simplemente saca del bolsillo de la chaqueta un bloc de notas que le costó un chelín en Woolsworth, y los apunta con el boli rojo, luego añade la que vio en la 14, y cuatro que había visto que tenían *tics al ritmo* del ruido del moldeado por inyección en el Taller de Terapia Industrial, que se oía claramente a través de las paredes de la 26. Mboya está muy por delante de él, porque no solo ha recorrido todo el despeñadero del hospital – desde la Unidad de Resocialización al este hacia la Unidad Semisegura al oeste – sino que tiene *un ojo de cazador para los demás*, y los selecciona de forma infalible en la ciénaga humana. Cuando termina, se ha establecido el paradero de veintidós enquis. – Veintidós confirmados, Zack, hay cuatro o cinco más de los que no estoy totalmente seguro... Busner embrida internamente *el puntilloso orgullo del solitario* que le produce que Mboya utilice con tanta frecuencia el nombre de pila recién ofrecido, *su nuevo juguete*... y por eso dice dubitativo: ¿Cómo lo sabes, Enoch? ¿Cómo los distingues? El enfermero habla clínicamente: Como la gente con Tourette, los pacientes posencefalíticos exhiben todo tipo de comportamientos hiperkinéticos. Lo has visto: bostezan, olfatean, resuelan y jadean como perros cansados, y luego contienen la respiración hasta que están a punto de reventar... Busner contiene su propia respiración mientras mira fijamente a este *prodigio*, que observa: Sí, miran fijamente, eso también lo hacen mucho – imaginaba que cualquier psiquiatra digno de ese nombre se habría dado cuenta de que su mirada es muy diferente a la forma en que los ojos de los esquizofrénicos *tiemblan*. Están sus gritos y sus palabrotas – ¡qué palabrotas! Zack, te lo juro, he oído unas burradas de la boca de esas pequeñas ancianas – también de tu señorita Dearth. Busner siente el impulso de interrumpir – P-p-p- – la mano de *policía de tráfico* de Mboya se anticipa, y – Sí, impulsos, es lo que tienen: impulsos incontrolables. ¿Sabes?, cuando fui a la Hemeroteca de Colindale y busqué testimonios de primera mano de la epidemia ¿Hiciste eso? leí que los etiquetaban como idiotas morales, *pobres sombras de McConochie*, incluso psicópatas juveniles. Aquí había una planta dedicada a mantener a esos pacientes bajo llave – ¡pobres! Piénsalo, Zack, no sabían por qué les salían esas... esas obscenidades, o por qué tenían que agarrar y tocar, pero puedes imaginar cómo se trataba ese comportamiento en los años veinte... Busner, que se siente *esclavizado* por esta embestida de lo factual, lucha por afirmar... *dominio*. Eretismos, dice, es decir, una incontrolable excitación sexual – y espera *no sonar condescendiente*. Pero Mboya asiente y continúa: Es asombroso, Zack, cuanto más investigas, más te convences de que los posencefalíticos han soportado el embate de cada ola de opinión en psiquiatría. Por ejemplo, te habrás dado cuenta de que el señor Ostereich de la 14 saca la lengua a cualquiera que se acerque – y se queda así. En la bibliografía, eso se llama lengua atrapamoscas, pero en los años treinta, cuando las ideas de Bleuler eran influyentes, se decidió que era algo que el paciente hacía de manera consciente – ¡y estaba dirigido al

psiquiatra! Ahora están solos en la cafetería, salvo por una chica llena de granos y con una caperuza que limpia el charco de té bajo la urna incontinente. Lejos, en los intestinos del hospital, hay gritos y silbidos fracturados por el ruido de las puertas batientes. Busner pellizca los botones de su *vistoso* reloj digital – no es que no tenga cosas que hacer, más bien es que se siente *derrotado*: *en Leicester Square, donde se amontonan las bolsas de basura y las moscas zumban a su alrededor, y yo saco la lengüeta entre orejas de conejito atadas con descuido para buscar la forma de los trozos de mis padres asesinados por la Luftwaffe, luego desechados...* – No te estoy entreteniendo, Zack, ¿verdad? – No, no, por favor... Enoch, solo es que me siento derrotado por tu – no sé cómo llamarlo– ¿tu diligencia? ¿Entusiasmo? Mboya ha usado un plátano para señalar a los idiotas morales y su negativismo y ahora intenta pelarlo, pero la piel demasiado madura se rompe, así que la corta hábilmente con la uña del pulgar, diciendo: No soy un profeta, Zack. Busner se alarma. – ¿Qué? *Los acontecimientos están dando un giro siniestro...* pero Mboya sigue masticando. – No soy un profeta, Zack – has dicho que los dos somos profetas, pero en la Biblia Enoc no fue un profeta, no predijo ríos de sangre, ni rodeó los muros de este manicomio tocando su trompeta para derribarlos... *la piel de plátano toca la suya...* Era el hijo de Jared, el bisabuelo de Noé y el padre de Matusalén – en hebreo el nombre significa iniciado, disciplinado... dedicado. *Tú lo eres, amigo mío, pero ¿por qué?* Mboya se inclina sobre la mesa y Busner se retuerce avergonzado. —La señorita Down hace la sesión de musicoterapia los martes por la tarde en la sala que hay encima de la capilla – he llevado al señor Ostereich y a la señorita Yudkin, que está en la 20. Toca ese ragtime de Scott Joplin – el que sale en la película – todo el tiempo, y nuestra pareja reacciona fatal, todos sus tics se vuelven mucho, mucho peores – la música los pone en marcha, ¡dada-da-dadda-da-dum-da-dum! Si la señorita Down toca una marcha militar es todavía peor – pero el otro día tocó una pieza y era muy lenta, majestuosa, diría yo, y los dos empezaron a bailar, yendo de un lado a otro con tanta fluidez – unos pacientes que están catatónicos la mayor parte del tiempo, bailando... Me quedé tan sorprendido que cuando terminó le pregunté a la señorita Down qué pieza era y ella dijo que era de Brahms, una de sus seis piezas para piano, opus no sé qué, así que fui y compré un disco donde salía, Duu-d’duu, duu d’duu, duu-d’-duuu, duu-d’-duuu... A Busner lo supera la absoluta naturalidad de Mboya cuando tararea en la cafetería del personal... Bueno, ya te haces a la idea – no es lo que me gusta, pero más o menos entendí a qué reaccionaban, la lentitud, el balanceo suave... Si quieres, puedo grabarla en una cinta y traerla. – Apuesto a que funcionaría si se la pusieras a otros posencefálicos. —Fue un discurso largo y al terminar Mboya parecía un poco avergonzado, lo que, pensaba Busner, era comprensible, porque aunque había diligencia también había en él mucha pasión. Pasión que el *majestuoso kikuyu* se lleva consigo cuando sale hacia el oeste por las puertas de la cafetería y se dirige a la Planta 14, su *pelo casi afro bajando por el pasillo estriado* —hacia el oeste, porque no tiene sentido hablar de izquierda o derecha en Friern, *del mismo modo que tampoco lo tiene en política*, lo que sería el tipo de frase que Whitcomb podría decir en una fiesta con vino y queso en el Hampstead Garden Suburb, donde está de pie con un matraz *lleno del desprecio del comerciante de vinos y mirando unos cacahuets*, mientras su compañero de conversación le pregunta sobre sacudidas y espasmos de hilaridad burguesa, *Pero ¿qué piensa, señor Whitcomb?*

*¿Cree de verdad que lord Longford puede tener algo de razón?* Una investigación que no se ha iniciado porque él es psiquiatra y por tanto debería tener una opinión sobre la criminalidad o lo que sea de los dementes, sino únicamente inspirada por el estrecho parecido que tiene *peludo seto, césped de piel* con *Packenham, Frank se llamaba*. Así, piensa despectivamente Busner, son las cosas con Whitcomb. Están en asientos bajos, más o menos uno frente al otro en sus sillones sin reposabrazos estilo danés moderno: bloques blandos y oblongos unidos en ángulos obtusos. Sobre el hombro de Whitcomb se encarama una camilla de examen cubierta de vinilo negro. Hay un *botón marrón* en el cuello bajo su quijada cuidadosamente afeitada y, cuando Busner aparta la mirada para reprimir el impulso de acercarse y apretarlo, de pronto no puede recordar *qué aspecto tiene* Whitcomb. El especialista dice con atípica brusquedad: *¿Por qué?* Y Busner dice: *Me parece que hay una auténtica oportunidad – terapéutica, y posiblemente también de investigación.* Whitcomb murmura: *Una auténtica oportunidad... Repite compulsivamente tus palabras* – ¡es un tic! Ahora Busner los ve por todas partes... Bueno, se lo agradezco, Busner, pero le confieso que estoy sorprendido, han pasado – *¿cuánto?*– solo seis meses desde que vino con nosotros y entonces estaba seguro de que no deseaba continuar su trabajo de investigación tras la, eh, debacle de su, ah, comunidad terapéutica. Whitcomb no es tan rígido como para no dirigir sus propios grupos de terapia – Busner ha estado en uno de esos ambientes, como los llama el especialista, y le han parecido una cosa lamentable, donde los pacientes eran presionados por el médico para que confesaran sus relaciones y otros errores – con toda verosimilitud – no existentes, y luego eran sometidos por sus intimidantes compañeros a toda clase de críticas. Whitcomb sentado allí, *vigilándolos como la Guardia Roja, el cuello se le hace más alto y redondo: el cuadro responsable de este Erehwon suburbano*<sup>43</sup>, *donde los enfermos son castigados y sus criminales perseguidores reciben compasión...* No digo que la oferta de un puesto de trabajo por parte de la Junta estuviera condicionada a que no investigase, pero creo que los dos sabemos que se asumía que usted... *requeriría una fotografía aérea de reconocimiento.* La que hay en la pared de Whitcomb muestra el hospital desde *¿unos mil quinientos metros de altura?* con la fachada identificada por todo el brillo de un día de verano, los robles, las llanuras de Londres y las moreras que se amasan a lo largo del muro delantero y el camino principal, *los campos de césped a rayas...* Posiblemente vino con la oficina y la hizo algún psiquiatra aficionado a la aviación, que, después de la guerra, consiguió que sus colegas de la RAF realizaran una salida desde Hendon con una cámara. Pero *¿por qué, medita Busner, querría alguien algo así?* La única forma de soportar Friern es perderte en él, de manera que el hospital se convierte en un mundo entero – esta perspectiva consoladora de una gran casa de campo, sobre los riscos del norte de Londres, no es el hospital real en absoluto. La verdad exige que no haya elevación – sino un plano: el fuselaje del bloque central, las alas que se extienden – el bombardero zumbando sobre la ciudad, *listo para liberar su carga psicótica...* —La guerra había sido, le dijo Marcus, *un nadir entre puntos bajos* – los pacientes no estaban en el racionamiento, solo recibían lotes de lo que hubiera disponible. También hubo un cargamento de maicena, así que eso es lo que les dieron: pan de maíz, tres veces al día, ¡hasta que aparecieron úlceras en piernas flaquísimas, el pelo cayó de cabezas hinchadas y algún listo se dio cuenta de que tenían pelagra! Una

enfermedad producida por deficiencia dietética que en la literatura ilustraban *imágenes de negros pobres del Deep South*. Los médicos y los enfermeros fueron a la guerra – y los únicos que se quedaron para *servir bajo el campanario* fueron los pacientes, que eran en su mayoría judíos, porque el Hatch se había convertido en el laager del área del concejo del condado de Londres para cualquier judío que mostrase síntomas de enfermedad mental – mil, que se amontonaban allí y esperaban, mientras los edificios victorianos, tan alegres desde el aire, se empapaban de moho por el suelo húmedo. Los baños atascados por su diarrea disintérica, la planta de curado de beicon doblemente redundante, los ociosos talleres de zapatería y tapices, la cervecería y la panadería también – todo el orgullo que el lugar inspiraba a Samuel Smiles decayó en impotencia cuando llegó la guerra, bombas perdidas destruyeron tres de las villas que se empleaban para aislar a los enfermos de tuberculosis y otra pérdida hizo estallar todas las ventanas que había detrás de la segunda zona en la parte de las mujeres. La guerra llegó al hospital y al final los pacientes huyeron. Busner dudaba de la existencia de la remisión espontánea en tiempos de guerra – es más verosímil, piensa, que el grito de la artillería se hubiera vuelto *más alto que las voces*, así que huyeron hacia la seguridad de los profundos andenes del metro, donde sus rostros miserables resultaban indistinguibles de los de otras figuras encorvadas. Huyeron – pero siempre había más para ocupar su lugar: los despedazados, los traumatizados y abandonados, lo bastante vulnerables como para ser presas del propio edificio, absorbidos en su pantano de un siglo, donde sus bocas se llenaban de barbitúricos y paraldehído – porque estos tampoco se racionaban. Fuera, bajo la llovizna, se erigía el Mendigo Lunático Desconocido, *ojos de color verdigrís, de modo que ¿qué podía ver?* Sin duda no el mundo en una gotita al final de la aguja que, cayendo desde lo alto, inyectaba glucosa en la piel gris del hospital y lo despertaba a la pesadilla diurna del momento – de la que es *imposible... desistir*. Busner mantiene *la calma*. —Bueno, como digo, el asunto de la investigación solo es una posibilidad – y soy perfectamente consciente de la posición de la Junta. Pero creo que puedo hacer algo por esos pacientes posecefalíticos si los tengo a todos en el mismo sitio. Ahora, sonrío, paso gran parte del día corriendo de un extremo del hospital al otro. – Nada más decir esas palabras desea *tragárselas*. Whitcomb huele... *a Brutal – debe de gustarle el deporte, así que lo extiende para ocultar el sudor adquirido tras los eslabones de la cadena... ¡poc! ¡Ah, bien jugado!* – El especialista dice secamente: Otros de nuestros compañeros parecen arreglárselas perfectamente en este hospital eh, tan extenso – usted lo sabía cuando vino... Busner espera que sea cierto que eso es todo lo que Whitcomb tiene que decir, *es lo bastante retorcido como para creer en la insubordinación*, luego hace una apuesta más inteligente: Hay que tener en cuenta los gastos. Quiero decir, no puedo garantizar nada, pero creo que concentrarnos en los posecefalíticos hará que atenderlos resulte más fácil – y por tanto más barato – y también permitirá explorar la posibilidad de dar de alta a algunos de ellos. – ¡Darles de alta! Whitcomb levanta las manos y dice: Bueno, ¡buena suerte con eso! Busner usa lo que espera que sea su *Ventaja Busner*. Hemos tenido una muerte en la 20 esta semana y hay otro paciente que no va muy bien. No pensaba hacerlo todo de una vez, sino poco a poco... Las manos vuelven a levantarse, es, se da cuenta Busner, Whitcomb *haciendo de actor de minstrel* – ¡Dios mío! Me ha ganado, pero una cosa, no espere que lo negocie con Administración, y menos con el

personal médico – es su bebé, Busner, usted se encarga.

*Un bebé lleno de tics, un bebé que babea, un bebé castrado y descerebrado...* Está en el suelo de la planta, con los ojos *fijos en la nada*. A los enfermeros no les interesa, *ni les molesto yo, un farfelu* – de los que hay *más que suficientes* en Friern, recuerda: No solo los lunáticos están confinados en el manicomio. La cosa – la mujer – ha perdido el control de todo, pero en concreto de los intestinos. Está sentada en su cojín de mierda y una limpiadora ha fregado en torno a ella un disco brillante de orina y lejía. Así, piensa no por primera vez, deben de oler las alcantarillas: una mezcla de detergente y excremento, lo sagrado y lo profano confinados en túneles sin aire. *Acinesia, apatía, disautonomía* – suda, saliva, Busner nota el *remolino ácido* de su bazo hinchado, imagina *ulceraciones*. Para afrontar esos hechos desnudos *tengo jerga* – porque ha hecho sus lecturas. Es mucho más fácil mirar su *cara de Mendiga Lunática Desconocida* si la define en estos términos: *cara de póker*. Es mucho menos extraño describir esos ojos semicerrados y ciegos diciendo que muestran *clonus palpebral*. Su rostro es infantil, con rasgos claros, sin manchas – pero en él se hunde profundamente una *toca llena de granos* de carne. La cosa – la mujer – *está afónica*. – ¿Señora Gross? ¿Señora Gross? ¿Señora Gross? La presiona sin resultado, porque *no tenemos forrrma de hacerrrla hablarr*. Busner recluta a una enfermera reacia y entre los dos incorporan a la mujer-montaña. Aunque además de una peligrosa obesidad ella muestra una flexión reducida del tronco, cuando une las piernas por debajo hace lo que le toca con buena disposición. El problema es que no puede mantener su postura erguida – ni siquiera con su vestido de lona de forma rectangular tiene *centro de gravedad*: se inclina – y se caería, de no ser por la ratio sin precedentes de dos a uno entre el personal y la paciente. La enfermera mira con expresión desagradable: No me puedo quedar toda la tarde. En realidad, lleva como mucho cinco minutos ayudando a Busner. Gime: Tengo que encargarme de las medicinas, doctor, hay muchos otros que me necesitan. Lo que es mentira: *Nadie te necesita*. Así que Busner la limpia él mismo. En las grietas llenas de mierda de sus muslos *Michelin* no descubre la distancia profesional sino un compromiso más profundo, porque esto es simplemente *cambiar un pañal*, algo que ha hecho – aunque no a menudo – para fortalecer sus credenciales feministas. La paciente está tendida sobre el catafalco especialmente reforzado que le sirve de cama, y cuando él pasa una esponja por sus partes pudendas ella grita ¡a'herra! y aprieta los dientes mientras sus pies desnudos le golpean los hombros – varias moscas se acercan *a sus partes*, pero nada de eso importa. *Ahora es mía, mi Ramita... convertida en Secuoya*<sup>44</sup>. La paciente tiene una úlcera de decúbito en la zona vendada de la cadera y ese vendaje está envuelto en ropa interior puesta por personal desganado, Busner coge su trípode y su cámara Bolex. Actúa de forma intuitiva – no tiene una idea clara. En Willesden y antes usaba la fotografía para presentar imágenes objetivas ante los enfermos a fin de contrarrestar las alucinaciones. Con el mismo objeto ha usado una grabadora tras inyectarles pentotal sódico. A veces los guiaba en viajes de LSD – todo eso, como ahora admite, tuvo resultados desiguales. Esto es diferente, sin embargo: Leticia Gross está totalmente inerte, refugiada en las profundidades de su grasa voluminosa, e imágenes en movimiento de su colosal inanición parecen totalmente fuera de lugar. *Y sin embargo... Y sin embargo... él tiene una intuición*. Como con Audrey Dearth, siente que canta dentro de ella una loca

polifonía de tics exagerados, un cógeloycógeloycógeloycógelo, un retirarseelpeloretirarseelpeloretirarseelpelo, un rascarse y un alargar la mano y un perseverar. Monta la cámara y ella llena el visor: un Matterhorn, los ojos arêtes, las mejillas glaciares. La luz es tenue, pero él aprieta el botón *y espera... y espera...* — Finalmente, Busner le dice a Jonathan Lesley: Conseguí que uno de los enfermeros me buscara una pinza sujetapapeles y unas gomas y logré apañarla para que filmara continuamente. Este rollo solo dura veinte minutos, pero esos otros tres son de una hora. Lesley lleva una cinta de cuero en la cabeza y muñequeras de cuero y pantalones de cuero y nada más. Tiene granos en los hombros... *la viva imagen de los de ella*. Se sienta sobre la Steenbeck girando los pesados tiradores de baquelita – hace calor en esta conejera, la superestructura de madera de una vieja garita del ferrocarril en la línea principal hacia Euston. Un haz de luz salpicado de motas de polvo infiltra la tela opaca colgada ante la ventana, las bobinas giran cada vez más deprisa, mientras en la pantalla de la moviola la inescrutabilidad de Leticia Gross se estremece *viento sobre un charco de carne*, el borde de su labio de bebé sonríe infinitesimalmente con suficiencia mientras una cosa blanquecina se hincha en la esquina inferior izquierda – ¡Ratatatatat!, aletea la cola de la película. La puta Gioconda, dice Lesley, y son veinte minutos de su prueba de cámara. Con pericia inserta el siguiente rollo en las bobinas – es, piensa Busner, su única especialidad. En la Concept House de Willesden, donde Lesley presumía del título de Coordinador Multimedia, se *insertaba* expertamente en los pacientes, a quienes no llamaban así. Fue ese abuso, casi en la misma medida que las paredes embadurnadas de mierda, los ventanales rotos y las llamadas a las ambulancias, lo que hizo que Busner se cansara de todo el experimento fracasado de la terapia comunitaria. ¡Whirrrr! El labio de Leticia vuelve a sonreír con suficiencia mientras la cosa blanquecina florece en una mano que viaja hacia su cara antes de que ¡ratatatatatat! Es lo más rápido que puede ir este trasto de 16 mm, dice Lesley, y Busner, que se apoya con las manos sobre el respaldo de la silla giratoria donde se encorva el supuesto cineasta de guerrilla, se pregunta si se debe al hecho de que Lesley sude incontinencia sexual *por todos sus poros* que experimente el impulso de *acariciarle* desde el hombro hasta el pezón y *besarle detrás de su asquerosa oreja*. Las cosas no van bien en casa – hay tensión, *Miriam me mira cada vez más fríamente conforme avanza el verano* – whirrrrr, la mano prosigue su *viaje a la luna*, la boca se arruga, las sombras se mueven sobre la *cara llena de cráteres*, sombras que ahora Busner se da cuenta de que deben ser las del personal y otros pacientes que pasan entre Leticia Gross y la ventana. Si, piensa, si... las fotografías antiguas se expusieran lo bastante despacio como para capturar minutos enteros del pasado, apresando las manchas puramente contingentes de los transeúntes, y las muecas de las modelos mordisqueadas por barba de ballena y pellizcadas por el celuloide en placas de cristal cubiertas de nitrato de plata, ¿qué podría decirse de esas películas? Sin duda esto: que toman las horas que perdemos lánguidamente y las reúnen en un Ahora permanente y duradero. ¡Ratatatatatat! Pero antes de eso una imagen que vieron los dos hombres: un mohín afectado en la cara de Leticia Gross mientras sus dedos juegan con un mechón suelto. Carajo, dice Lesley, creo que estaba coqueteando contigo, Zack. Sí, piensa Busner, un gesto de coqueteo que le costó dos horas y veinte minutos, y además – esto lo dice en voz alta – yo no estaba allí. Lesley no presta atención y Busner piensa:

Siempre estará en cooperativas y eso es un tremendo error porque no hay una partícula de espíritu cooperativo en él, todo es un trueque salvaje. Esas sesiones en la Steenbeck han tenido que cambiarse por una reiterada receta de Valium... *que no es aconsejable*. La cooperativa actual de Lesley es la de London Film, pero Busner puede imaginarlo empujando a los macabeos al suicidio, o a los participantes de la Comuna a las barricadas – *Enoch sabría cuál de los discípulos sería...* —La nueva moneda de *papel de aluminio* produce una sintonía amortiguada en el bolsillo de Busner cuando camina. Aquí no aparecen ni el asfalto abrasador ni el pretencioso estucado del pasillo inferior, ni la renovación cutre que, comenzando en el bloque central, se extiende por la primera zona del hospital, *un virus de contrachapado* que se reproduce en forma de tubos fluorescentes, particiones pintadas donde se incrusta un cristal con una cuadrícula de alambre, de áreas de descanso con sillas y de un linóleo agresivamente neutral. En uno de esos bancos acolchados, en el exterior de la Oficina de Atención al Paciente, Busner ve al pasar a tres hombres de mediana edad que, sin sus intimidantes voces internas, probablemente serían *quejicas crónicos*. Con sus viejos y brillantes trajes Burton – azul, marrón y más marrón – parecen haberse licenciado hace poco de un ejército, solo para encontrarse en este: uno que arrastra los pies en vez de desfilarse, con los brazos siempre caídos. Con sus corbatas de nailon cruelmente anudadas y sus chalecos de muchos botones... *ya están fuera de sitio* – el futuro llega *¡con el cuello abierto y con crrrrremallera!* Aunque desde aquí no se le ve llegar: el pasillo del primer piso que Busner recorre se consideraría dolorosamente largo en cualquier otra instalación, pero aquí es un mero conector... *que une la locura y la melancolía*. Avanza dando zancadas ante las puertas que dan a las plantas 24, 25, 26 y – confusamente– 54. En el extremo más alejado del pasillo gira hacia la derecha y desde allí Busner tiene la visión de una pajarera cilíndrica en la que una nidada de periquitos australianos y pericos rasgaban el alambre. *¡Esa cruel limitación!* el freno de todo instinto en *pic-pic-pic, un batir de alas sin vuelo y un aferrarse patas arriba al techo de su mundo...* Debe seguir, consciente de que solo ahora que ha interiorizado la disposición del hospital puede aprehender su tejido de forma adecuada: la repetición métrica de ventana ojival, contrafuerte y aspillera, cubiertas uniformemente por un resquebrajado salero de pintura blanca desconchada. ¿Qué es peor?, se pregunta. ¿El aburrimiento generoso de aplicarlo o el tedio del abandono? Continúa con un constante *plas-plas-plas hacia delante y hacia atrás* en dirección a la Unidad Semisegura en el extremo más alejado del hospital. Tras su puerta de acero puede oír gritos desvaídos y cantos estridentes: *¡La san-gre de Je-sús nunca me ha fallado!* Y se pregunta si hay dentro chicos *con espíritu* o solo se trata de las muecas y los cabezazos de costumbre – *los cuarenta secundarios*. Aun así, quizá sea mejor que las plantas de enfermos crónicos, que muestran *una falta totalitaria de imaginación*, siendo como son *rectángulos dentro de rectángulos que están dentro de rectángulos*, cuyos internos están sometidos al castigo rectilíneo que supone que les quiten sus paquetes de tabaco y cerillas. Busner se detiene ante otra ventana cuando dobla la última esquina hacia el tramo de cuarenta yardas que lleva a la Planta 20, y mira el *mimbre* y los tejados de tela asfáltica del Departamento de Jardinería. Tras él hay un huerto de manzanos raquíuticos – hace un mes fue a dar un paseo a su sombra y descubrió que ninguno le llegaba por encima del hombro. Se descargaban cajas llenas de Corona de un

camión aparcado en la carretera junto al huerto, y después solo había unos pocos más anexos y edificios auxiliares antes del muro que separaba los terrenos del hospital de su inclinado *inframundo de estaciones depuradoras y pequeños campos de mierda* que hacen un mosaico hasta la North Circular. Después una *caminata excrementicia* a través de un campo de golf y a lo largo de calles flanqueadas por adosados hasta la siguiente escarpadura, donde está *Ally-Pally*<sup>45</sup>: *un montón de mierda gótico hermanado con Schloss Weltschmerz...* Quizá, piensa, habría que llevar a los pacientes para que hiciesen una salida. Puede ver a su nueva cohorte *sufriendo los tics rítmicamente* mientras rodea un estanque para navegar que se ha secado, puntuado por los desmoronados estrados de hormigón que sostuvieron la defensa antiaérea. ¿Qué encontrarían dentro del cavernoso Palacio? Nada: tambaleantes montones de sillas bañadas en oro apiladas tras fiestas nupciales y el fantasma de la primera señal televisiva aullando en su bóveda de cañón. Bajo el brazo de Busner hay desnudas carpetas de cartón llenas de las fotografías que ha hecho de los posecefalíticos – la tarea de sonsacar para el traslado ya está en marcha, y Audrey Dearth ha sido la primera en cambiar de lugar. Todos aquellos internados le enseñaron al menos una cosa: cómo sonsacar, cómo redondear las esquinas totalizadoras y, cuando dobla la última que hay antes de la planta, las ve todas dispuestas, una multitud, el gimnasio de ladrillo rojo de St. Cuthbert argamasado hasta el bloque de hormigón de Highdown, que a su vez se cubre de cemento hasta el granito rosa de la capilla de Clermont, los aleros de cuyo tejado se proyectan sobre los campos de fives de Charterhouse<sup>46</sup>, una serie de cajas con el techo abierto que bajan de altura hasta convertirse en *los cobertizos de bicicletas de Heriot-Watt, metidos en los callejones de la parte vieja de la ciudad...* —Esta ensoñación habría continuado si las puertas no se hubieran abierto al caos de escupitajos, mordiscos y chillidos *de una pelea de saloon entre cadáveres*. El primer pensamiento de Busner es: ¡Mierda! Enoch tiene el día libre – porque no se necesita ninguna explicación adicional para saber por qué junto a la enfermería acristalada se pelean dos ancianas pacientes, una de las cuales ha hundido los dientes en el grueso pliegue de carne que tiene la otra bajo la barbilla y por tanto *la preocupa* – el parquet ya está manchado de sangre. ¡Una *montaña de bolsas de basura* de mujer, con cara colgante y pelo de paja, que a primera vista solo reconoce como una recién localizada y valiosa *enqui!* *Dentadura postiza* tan hundida que la otra paciente puede mover su cabeza de alfiler hacia delante y hacia atrás. – El segundo pensamiento de Busner es: ¡Mis archivos! Porque ha agitado los brazos involuntariamente y han volado – tirando fotografías, papeles y las ampliaciones de fotogramas aislados. ¡*Joder!* Esto representa meses de trabajo, el trazado cuidadoso de todos los traslados necesarios para sacar a un paciente de una planta a esta después de hacerle hueco descartando a otro que ha ido al crematorio del hospital, al mundo exterior o, en algunas ocasiones, simplemente cambiándolo, pero en todos los casos *haciendo avanzar el juego* – que es como ahora lo concibe Busner: un juego de damas que se desarrolla en los cuadrados de ochenta metros de largo de las plantas del hospital. Los pacientes son fichas – el personal también: Mboya ha saltado sobre Perkins para unirse a los enquis en la 20... *ojalá se pudiera mandar a Perkins al crematorio. ¿Qué pasa aquí?*, brama a una enfermera llamada Inglis, que se lanza a la melé, ¡*¿Qué pasa aquí?!*, bramaella también. ¡Ya ve lo que pasa, doctor! A regañadientes, abraza los hombros *Ally-Pally* de Leticia Gross – a

regañadientes, porque a pesar de las manchas de saliva y sangre, y los *gritosdesgarros* de las dos mujeres, se da cuenta de que es imposible liberar a una sin soltar las mandíbulas de la otra. Inglis jadea: ¡Coja el para-guas, doctor! ¡Coja el paraguas! Lo que es un eufemismo que sabe que está extendido entre el personal, y que aborrece. – ¡Eeeerarr’rra’rra – ! ¡Doctor, por favor! Inglis, intuye Busner, no le cae muy bien a Mboya, aunque a él le parece bastante competente – y, lo que resulta más importante, se muestra interesada por lo que él intenta conseguir. Solo puede conjeturar que se trata de alguna antipatía entre africanos y antillanos, cuyas raíces escapan a su comprensión – pero le gustaría que no fuera así, necesita aliados. Resbala sobre el montón de papel y se levanta *demasiado despacio* – ha llegado otro enfermero, con el paraguas en la mano, una gota de tranquilizante hinchándose al final de su... *varilla*. Este enfermero, Vail, con la cara blanca enrojecida, dice: Doctor – ¿puede? Y él grita: ¡No, no! sobre el Rarr’rra’raa–! ¡Hágalo usted!, luego se aparta de *los tristes talones rajados que patean el suelo mientras una aguja se hunde en un muslo escuálido* para reunir imágenes de los otros, *además seré yo* quien cosa y vende la herida de Leticia – aparte de Mboya, no confía a los enfermeros *su propiedad*. Más tarde, Busner ve a la atacante en una habitación de reposo, por la mirilla – resulta extremadamente patética desplomada, aturdida, meditando sobre una bacinilla de plástico. No es más grande que una niña, con las mejillas hundidas: *le han quitado la dentadura postiza*. Bajo el pelo corto – *¿piojos?*– que cubre su pequeña cabeza ve las cicatrices características de una lobotomía prefrontal: Inglis ya *se lo dije*: ¿Qué espera, doc-tor, si trae pacientes nuevos a una planta? Ya sabe cómo es esta gente – no aguantan los cambios, los odian. Esta está desquiciada desde que llegó la gorda de la 24, la molesta y la provoca y la molesta un poco más... Todo lo cual es comprensible, el mero volumen de Leticia Gross invita a un asalto *simplemente porque está ahí*. Aunque hay otros que deberían parecerles más irritantes a los internos normales de la Planta 20 – los atolondrados esquizoides y las chicas que fueron rebeldes, abandonadas hace mucho tiempo en el manicomio por hijos bastardos que decidieron buscar una vida mejor. Es, piensa Busner, como cualquier otra zona de guerra, con tasas de abandono superiores para los hombres – a mediados de los cuarenta el veinte por ciento de los internos moría cada año – mientras que las mujeres, cuya menstruación suprimen los medicamentos, permanecen para convertirse en esta *hinchada embolia del geriátrico*... Destetada de sus inútiles – y en realidad contraindicados – medicamentos, la emergente cohorte de Busner se ha extendido a lo largo de la planta, pero, aunque la retirada de las anfetaminas ha sumido a los soñolientos posencefalíticos – como Leticia Gross – en un letargo todavía más extremo, los hipercinéticos, que ya no están protegidos por el paraguas de la clorpromacina, han salido a un aguacero de tics, espasmos y sacudidas, acciones relámpago tan poderosas y precipitadas que parecen prácticamente instantáneas. Los cuidadores de los posencefalíticos soñolientos han diseñado algunas estrategias – simplemente para *que se muevan*. Hay sesiones musicales con la señorita Down, y medidas todavía más mecanicistas: coger y soltar pelotas de ping-pong, o llevar relojes ruidosos cuyo tempo pueda usarse para graduar de nuevo la compleja serie de movimientos que deben volver a aprender, cada vez, para que puedan... *ponerse en pie*. Pero con los enquis despiertos – esas *oscuras starlets* – solo si les hace una prueba de pantalla, y luego pasa a cámara

lenta las películas resultantes, puede Busner descomponer su zumbido acatásico en las partes que lo componen, identificando – en el caso de Helene Yudkin, por poner un ejemplo – no menos de ochenta y siete tics diferentes, entre ellos: tocarse el pelo, pellizcarse la nariz, doblar el cuello, soltarse la tira del sujetador, girar los tobillos, dar golpes con los pies, palmearse las rodillas, girar la pulsera de cobre, sacar la lengua, tirarse del lóbulo de la oreja, ajustarse el cuello, cruzar y descruzar las piernas, morderse los carrillos, tragar saliva, fruncir el ceño, encoger los hombros, contener la respiración y luego espirar, contonear los dedos, tirarse de la falda, etcétera. Por no hablar de lo que no puede captar la lente, es decir su verbig-verbigverbig-verbig-verbigeración: la incesante repetición de palabras de palabras de palabras de palabras, o de frases de frases de frases, que a menudo parece actuar como contrapunto a sus tics, *una cosa dirige la otra*. Yudkin, una princesa sefardí menuda, morena, casi perfecta, cuya cara parece al mismo tiempo atrapada en la niñez y sobrenaturalmente indemne al monzón de movimientos que pasa sobre ella una y otra vez y otra vez, es el sujeto fotográfico más absorbente de Busner. Sus películas de ella, cuando las pasa por la Steenbeck de Lesley a dieciséis fotogramas por segundo, son un zumbido incomprensible de movimiento, pero cuando bajan a ocho, cuatro y dos fotogramas, la Nouvelle Vague lo mira a la cara: solo su orquestación hace que sus acciones parezcan extravagantes, si las observa de forma discreta todas están en su repertorio gestual normal – su orquestación y su sincopación —porque, a medida que Busner pasa más tiempo examinando sus películas, comienza a discernir una relación compleja entre los tics que incluyen alteraciones regulares entre las pequeñas y virtuosas acciones para retirar el eponiquio y abrir las puntas abiertas, y esa forma de bostezar como un león marino y de golpearse el pecho como un gorila que tiene *grandeza operística*. Le ha costado semanas captar una de esas transiciones con su cámara, son muy abruptas, pero, tras ver una a cámara lenta, ahora también puede verla *desde una corda a sostenuto* en su actuación en directo, igual que puede observar el salvajismo que se reúne y la arritmia que se quiebra en los tics de Yudkin, que a menudo – aunque en modo alguno siempre – son el prelude a una transición igualmente abrupta de lo hiper a lo aci, de arriba a abaaajo, desde el slapstick de Jacques Tati al fotograma atascado, en el que permanecerá con toda esa musicalidad barroca reducida a *una sola nota monótonamente sostenida...* Quizá Helene Yudkin presente a Busner la forma más extrema de este síndrome, pero él sigue más unido a Audrey Dearth – su primacía, piensa, siempre asegurará su primacía. Y en momentos como este, cuando camina junto a un área de tres camas en el dormitorio masculino, ocupado por *tres estudios para figuras al pie de una crucifixión*, los señores Ostereich, Voss y McNeil, cada uno distinto en físico pero todos contorsionados por la misma falta hipotónica de postura, se pregunta: ¿La estoy rodeando de bebedores de nepente, mientras sufre un constante dolor psíquico? La ropa de la cama en la que descansa está muy ajustada, pero al menos no lleva rejas y *tiene su propia taquilla*. Su postura le recuerda la de los prefrontales de la sala de reposo: su cuerpo diminuto y encorvado está *en huelga*, su córtex cerebral ha *retirado su trabajo*, su cara de póquer es *más que profunda* – es un *riktus trágico*, tan inerte que una mosca se posa y da un *paseo sin prisa* sobre su labio superior. *¿Qué estará pensando?* Porque está seguro de que está pensando: a partir de pequeños indicios – fragmentos de pensamiento vocalizado – que oye titubear desde las bocas de los

enquis, Busner se ha convencido de que, sea cual sea el daño que han sufrido sus diencéfalos, sus hipotálamos y sus sustancias negras, esos cerebros desatendidos siguen habitados. En los pisos superiores de esas mentes desmoronadas permanece una conciencia – aunque sin duda ferozmente trastornada por décadas de prisión en *una cárcel dentro de una cárcel*. Coloca sus carpetas reconstituidas sobre la cama de Audrey y saca de una de ellas un manojo de fotografías que abanica, blanco y negro sobre la manta gris de la institución. Mire, dice absurdamente, cuando le filmé el otro día, señorita Dearth – Audrey – eh, me sorprendió algo... Ella no reconoce su presencia – ¿por qué iba a hacerlo? No reconoce a *un fantasma* que continúa: Como antes, hacía los movimientos que le he visto hacer muchas veces... Sus manos blandas juegan a dar palmas en el aire, hacen girar unas ruedas invisibles, suben palancas inmateriales. Es, lo sabe, una mala imitación. ¡Cuando ella lo hace, es precisa y consistente y las acciones – obviamente, el manejo de la maquinaria – comparten su solidez, su poder, el ritmo del motor sin estar allí! Ochenta y un años y sigue trabajando como una mula – pero ¿en qué?... exactamente así, y me pregunto: ¿Me puede decir en qué está trabajando? La pregunta de Busner circula con pies de plomo, porque cree que ya lo sabe. En la Cooperativa de Cine, cuando estaban cortando los negativos de 16 milímetros y revelándolos, un listillo entró en el cuarto oscuro para pedirle una bola de hachís a Lesley y, al ver las imágenes colgadas para que se secaran en la luz infernal, dijo: Qué raro, esa vieja está manejando un torno invisible – luego se extendió: Mira, con esa mano gira un volante, más claro que – es la mano que mueve la base del torno – y eso tiene que ser ella tirando de la palanca que sube y baja el revólver... y mira, ahí está tirando de otra palanca, la que abre el mandril para soltar la pieza terminada. Si... el listillo estaba extraordinariamente satisfecho consigo mismo... es un torno, fijo. Busner preguntó: Pero ¿qué está haciendo? Y el porrero recobró su agresividad: ¿Y yo qué coño sé? Solo trabajé un verano con un chapista en Wolverhampton – esos tornos se usan para cualquier tipo de metal que haya que torrear. Además, resopló *espectro engreído en estopilla podrida*, es invisible, ¿no? Ahora Busner se acerca a esa boca de Bovril para oír: Estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí, la misma palilalia que obtiene de los demás. Una a una acerca las fotografías al rostro de la paciente – pero, sea lo que sea que la subyuga, no es lo que está justo delante de sus ojos. Sigue hablando: porque estamos aquí porque estamos aquí, y él se pone furioso – por un instante, está dispuesto a pegarle. Para él, es Miriam y todas las demás mujeres recalcitrantes... Luego una tira resbaladiza se separa de la última imagen y gira hasta el suelo, *¿Qué es eso?*, un segundo negativo de la película *Lesley ha debido de hacer dos* que Busner sostiene sin pensar entre el pulgar y el dedo índice y mira a la luz de la ventana... *Me pregunto qué plato de cuchara habrá hoy en la cafetería.* – Dos de los fotogramas están *fuera de sincro*: en una la mano derecha tira de la palanca invisible y la izquierda gira el volante transparente, pero en la segunda la mano izquierda maneja la palanca *¿el mandril?* mientras la derecha permanece ociosa. ¡Busner mira el tercer fotograma y ve que es consecutivo al primero! Las ruedas delanteras del Austin, mierdoso y de color mierda, golpean el borde de un enorme bache de Winnington Road y todo el coche *levanta el eje que cae al estilo Fosbury en el chasis: conduzco en la luna, ¿qué puede significar?* Cuando los enquis tienen tics lo hacen con gran velocidad – de

ahí lo de filmarlos, de ahí el análisis fotograma a fotograma: quiere ver los tics individuales entresacados de la lluvia aparentemente incontenible de movimientos – pero esto... es incomprensible, esta mezcla de tiempos. Pasa su mirada de láser por el resto de la tira, *¿Soy transcriptasa?* Y descubre cinco fotogramas al principio de la secuencia a la que pertenece ese fotograma errante, pero: ¿qué puede significar? No tiene dificultades para que le resulte creíble que, a nivel neuronal, ella haya conseguido saltar de una secuencia a otra y luego volver al principio – es el nivel cerebral el que lo deja perplejo: *su cerebro... está fuera del tiempo... tan lejos... en otro lugar... en otra* fase de desarrollo, ha dicho Willis cuando han llegado todos esa mañana – los universitarios, uno o dos del club de debate, y Stanley, a quien todos miraban con *un extraño respeto*, especialmente después de que Cod Drummond llegara con una carretilla cargada de picos, palas y todo lo necesario para la tarea. Y Stanley, aunque en modo alguno deseaba *presumir*, ha cogido un pico y lo ha balanceado varias veces, tanteando, con la intención de mostrar que se encontraba totalmente cómodo con esa tarea, al igual que se encontraba cómodo con otra fase de desarrollo, una expresión que le gustaba y que conservaba en la cabeza a medida que el trabajo progresaba y el sol se levantaba sobre sus cabezas calientes. Otra fase de desarrollo era una expresión que recordaba a los panfletos de economía política de Willis – Stanley había hecho todo lo posible por terminarlos, aunque temía ser *tremendamente corto*, ya que, por mucho que lo intentara, poco después de empezar el sueño era la siguiente fase de desarrollo. Los universitarios parecían *muy tontos* – todos habían llegado con bolsas, con camisetas y jerséis de críquet. Su idea del trabajo de peón era abrocharse las polainas que probablemente llevaban cuando iban a *pegar unos tiros* en el campo. Durante la primera hora o dos, mientras martilleaban en la carretera de adoquines que ascendía desde High Street, su ánimo siguió subiendo – luego su falta de experiencia empezó a notarse. En realidad, Stanley no tenía más familiaridad con el trabajo manual que esos corpulentos muchachos – algunos de ellos con el rostro enrojecido – pero comprendía que todo trabajo tiene un ritmo adecuado a su duración, que había que calcular bien para *conservar el vigor*. Los universitarios parloteaban – claramente, fuera cual fuese su fe en el tipo de socialismo que predicaba Willis, esto seguía siendo una *broma enorme* para ellos: y, puesto que nunca jamás habían trabajado, el trabajo era su *excursión*. Cogían adoquines y, usando los picos como bates, realizaban lanzamientos de croquet. Drummond hacía lo que podía por *mantenerlos a raya*, pavoneándose de un lado a otro en la carretera, diciéndole a un muchacho que golpeará la tierra, a un segundo que se llevara los escombros, a un tercero que fuera a Coach & Horses y cogiera algo de cerveza de jengibre. – De jengibre, acuérdate. Era un tipo enorme, Drummond, con la cabeza *grande como dos balones de rugby*, pero, pese a todos sus pataleos y bramidos, los universitarios se reían y, solo si insistía, *se burlaban de él*, lo que era bastante fácil. – Oh, digo, tío Cod, ¿ha ido a ver a la mona del zoo? No – ¿por qué no? Han ido a buscarla a la otra punta del África negra para que la visite, debería mostrarle un poco de cortesía – ¡un poco de compañerismo! Eso es, Cod, muestre un poco de compañerismo – la han emperifollado para usted, ¿o es que no le gustan las señoritas africanas de su – lo siento, me refiero a la especie? Drummond pisoteaba de un lado a otro, el polvo blanco cubría sus pantalones de algodón suave – su cara era púrpura, el pañuelo que había metido bajo el borde del sombrero era

un velo transparente a través del cual se podían ver los pliegues de su cuello gordo con bastante claridad *uno-dos-tres, él soy yo*: nunca cómodo, nunca lo estaré, con estos tipos, pese a mi... conexión con Adeline, una relación que hizo de Stanley un hombre en el sentido más pleno de la palabra, a diferencia de esos muchachos sin experiencia... *todos vírgenes*, a menos, claro, que contaras la asquerosidad que ella le había dicho que se producía en sus escuelas y universidades, y que Stan podía creer, porque no era inocente y había visto a los exquisitos que paseaban por Picadilly y a algunos tipos sospechosos aficionados a los Guardias que frecuentaban los pubs junto a Scots Gate... manos, espaldas... cuellos – un porte marcial... *asquerosidad*. El trabajo continuó durante la larga y caliente mañana de agosto – sacaban los viejos adoquines y nivelaban la calzada, aunque Willis había acordado que unos contratistas de verdad pusieran la nueva superficie de macadán, porque obviamente eso no era trabajo para *una mezcla de chavales que jugaban a ser obreros*. Los jerséis de críquet yacían amontonados a un lado. Los universitarios se reían de Drummond, que sufría la desgracia de tener una *cola de pescado* demasiado grande para su boca, *aleteaba* sobre su labio inferior, salpicado de espuma – de ahí, suponía Stanley, Cod<sup>47</sup>. Los hombres del grupo de debate – Addison, Poole – trabajaban con más diligencia, pero con la misma ineficacia, mientras que Willis, que dirigía el espectáculo, asumió la tarea de explicar los asuntos a los transeúntes, al principio caballeros de camino a la ciudad que iban hacia la estación de metro de Hamstead, luego ayudantes de verdulerías y carnicerías, y finalmente un grupo de señoras que llegaron caminando bajo parasoles, seguidas de niñeras que empujaban cochecitos de bebé, cada grupo provisto de mantas y cestos y el resto del equipamiento necesario para dar un paseo y sentarse un rato sobre la hierba de un sitio llamado Valle de la Salud, del cual Stanley nunca había oído hablar – aunque Willis le contó, portentosamente, que había sido uno de los lugares favoritos de *poetas, el tal Johnnie Keats y gente así*. Había que reconocer que Willis demostraba sus convicciones socialistas sin hacer distinción – abordaba a cualquiera, fuera respetable o no. Al insolente mensajero del telégrafo le administraba una conferencia sobre la dignidad del trabajo y a un aturdido carretero – que claramente deseaba tener una – un sermón sobre la fealdad de la máquina. Aplacaba a propietarios iracundos, explicando que la breve curva de la calzada y el terraplén eran, según la ley, propiedad privada – suya – y que, aunque no se necesitaba permiso del concejo, precisamente había señalado esa intención con detallados planos a vista de todos en el ayuntamiento en Belsie Park —ahora Willis está de pie, la barba sobre el pecho, su traje Jaeger de ciclista hecho a medida y muy ceñido, sus medias – *una caricatura de espía*, un hombre absolutamente brillante, decía Adeline, con sus panfletos y sus conferencias en los departamentos extramuros de la Universidad. – No tienes una idea en la cabeza... ella se enroscó sobre Stanley, susurrando, con una pierna entre las suyas, la otra contra ellas, la cara de ella en el vientre de él, su *aliento en mi picha*... Se cambiaban el papel todo el tiempo *ella-soy-yo, yo-soy-ella*, nadie más, creía él devotamente, podía entender a Adeline, que sollozaba en su felpilla verde por perderlo... ¡*Mi pequeño Pierrot!* Y Stanley trastabillando casi igual de lloroso por el camino lleno de surcos de Norr a Carshalton, cruzándose con Rose y Grace y Tully el criado, que venían de la estación, después de tomarse la tarde libre, que subían por la colina sin volverse para mirar al joven – no lo reconocían, aunque los había

espiado a todos desde el dormitorio de su señora, y desde el camino oculto por los limeros – dentro y fuera, espiando a esos otros... *¿otra clase de sirvientes, quizá?* Sin duda, *de servicio* y moviéndose por pasajes ocultos y escaleras traseras que él y su amante concebían. Cod Drummond, piensa Stan mientras deja caer un adoquín con un ruido apagado, siempre estaría de servicio: *Omdurman, Krugersdorp, Lhasa... Hampstead High Street...* Un sabor a jabón se eleva en el aire caliente ahí abajo, donde debe de haber una lavandería... en el mediodía sofocante Stanley echa hacia atrás la cabeza, un solo *cojín de nubes* yace en el diván del cielo – piensa en estar de pie, admirado, en el vientre de un zepelín, y mirar hacia abajo desde su nave abombada. Piensa en el *descenso de semilla de sicomoro* del Coronel Cody – Adeline le ha prometido un billete combinado, él podría participar en una demostración en Hendon, luego ella se reuniría con él para ver la Guerra en el Aire en el hipódromo de Golders Green: los modelos de aviones con aspecto de araña sobre las cabezas del público colgando de alambres invisibles. No hablaría de eso con Willis, pese a que era una especie de confidente: sabía de su relación, pero estaba ciego a su esencia carnal por sus propias peculiaridades – un soltero que se acercaba a la cuarentena y llevaba ramos de flores a la entrada de artistas en West End sin ningún motivo, a menos que fuera descubrir a las actrices principales sin carabina en sus camerinos y llevarlas hacia la bondadosa luz del socialismo, que no implica *pérdida para nadie, solo ganancias para todos...* Es mi piorrea, le había explicado a Stanley con una franqueza que consideraba ejemplar del Hombre Nuevo. Stanley se rio: *¿Perdón?* Mi piorrea, dijo de nuevo Willis, mostrando sus encías inflamadas en su red rojiza y peluda. Hace que me resulte casi imposible... ejem, tener relaciones íntimas con una mujer... Stanley no se lo creía del todo, y le parecía más probable que, si el sillín de una bicicleta entre unos muslos femeninos podía encender la pasión, el cuero brutal constriñera la poca virilidad que poseía el apóstol del amor libre.

Repantigándose en el ribazo cubierto de hierba, la mano de obra de Willis bebe su cerveza de jengibre Batey y luego se pone la fresca loza sobre sus ardientes mejillas. Independientemente de lo que dijera su igualitario jefe, es difícil para ellos eludir la conclusión de que esto es servidumbre – aunque sea de un tipo infrecuente. Willis era un noble a su manera, aunque fuera el segundo hijo – y estaba su propiedad señorial en lo alto de la colina – de modestas proporciones, es cierto, pero una casa bastante bonita de fachada plana de ladrillo viejo y color miel, con chimeneas más nuevas *impecables* y una brillante aldaba *impecable*. El jardín bajaba tan inclinado hacia High Street que los palos plantados para las judías pintas, los tomates y los guisantes formaban una *estacada atada con cuerda comestible*. Willis era vegetariano: Me alimento de mi propio jardín, dijo el día en que llevó a Stanley a la fiesta en Norr —el día en que Stanley conoció a Adeline y todo empezó ante los ojos complacientes, de un amarillo lobuno, de su marido. *Vago, floto y doy una vuelta completa* – sin embargo, como cuando Pégoud<sup>48</sup> hacía acrobacias en Brooklands, me siento tan cómodo como si estuviera sentado en un banco de madera, atizando un fuego calentito. A todos les divertía enormemente su pasión por los aeronautas y sus aparatos – un viejo del pueblo que pasaba se detuvo y dejó su cesta en el suelo para reírse con ellos. Stanley pensó que, pese a que los hombres voladores subían cada vez más alto, todavía estaban muy por debajo de esas marisabidillas y sus

fatuos amigos. Willis le había prestado una chaqueta y un sombrero y le había hecho un ojal con sus extrañas manos. Les esperaba un coche en Carshalton Station – solo entonces, bajo la mirada marchita del hijo de un guardabosques que llevaba un traje de paño barato, Stanley vio que tenía un pase – es cierto, el chico sabía de dónde venía, pero aun así *tenía un pase*. Las jóvenes señoritas que se reunieron a su alrededor, tapando las colinas con sus bonitos vestidos, preguntaron por su familia y, naturalmente, a medida que las *haches, erres y tes* se alzaban sobre el césped cortado para encajar con su cuidadosa pronunciación, las mentiras salieron de sus labios: Se pararon en Dulwich, su padre estaba en la ciudad. Las jóvenes señoritas se rieron y Stanley se rio con ellas, percibiendo en el momento el mercurio venenoso de sus prejuicios: que para ellas esto estaba muy, muy abajo, con los aeronautas y criaturas todavía más sublunares – gente del comercio y cosas así. Entre lechos de lilas, hortensias y heléboros, levantados y alineados de ladrillos, se habían dispuesto cuidadosamente mantas turcas y cojines de oro bordado, mientras que en los pabellones del jardín que reconoció como productos de Ince, los criados sacaban la comida: grandes cuencos de syllabub de ruibarbo, carnes que temblaban en gelatina, un salmón desnudo expuesto en su *lecho de pepino*. Le ofrecieron champán – pero fue demasiado prudente como para aceptar. Le dieron zarzaparrilla sazónada con clavo, así que disfrutó de eso y también de los pequeños perros lanudos que se metían bajo las faldas de las señoritas y luego volvían a nacer, ladrando. Holgazaneó, escuchando el acallado asombro con que se debatían los escándalos del West County – algunas de las jóvenes expresaron una acallada compasión, se invocó el martirio de Davison<sup>49</sup>. Si hubiera sido él mismo, Stanley quizá habría tenido algo que añadir – pero no lo era, así que no lo tenía. Se quedó atrapado en las curvas definidas de las cofias blancas de las criadas y los pulcros pliegues de sus mandiles nevados. – Más tarde, cuando *pantera astuta* fue en busca del servicio, se encontró en un piso superior, atrapado en cera de abeja y mirando por una puerta entreabierta dentro de un armario lleno de bandejas de mimbre cargadas de ropa interior con volantes y recién lavada – pura ropa interior blanca, prendas cosidas con hilo *blanco, blanco*, enaguas, combinaciones, blusas, camisas y cosas todavía más ligeras. La lavanda flotaba por esos pequeños campos blancos, y el deseo de corretear sobre ellos, de enterrar su cara quemada por el sol en esos surcos dulces y floridos, fue... contenido. Encontró el servicio y se vació – un chorro *de caballo*, la cisterna chirriaba y sonaba y manaba y rugía. Adeline le preguntó por su situación – Willis la había presentado como la señora Adeline Cameron, *miembro del Parlamento*, y ella se había reído, ¡Aún no, Fey!, que Stanley sabía que era la versión abreviada de Feydau, el absurdo apodo de Willis. Stanley dijo sonriendo: No tengo ninguna. Si lo hubiera sabido, fue esa torpe aproximación al encanto lo que la atrajo, con el cuello tan largo y blanco extendiéndose hacia él, con los mechones de pelo muy oscuro a cada lado de una cara... *que a algunos hombres les habría parecido demasiado fuerte*. Ven, dijo – no de manera antipática, aunque estaba claro *que hablaba en serio* – seamos sinceros el uno con el otro. Y así fue. Lo oyó hablar de su despido de Ince's, y antes de Correos. – Mi padre... dudó... estaba en London General<sup>50</sup>. Ella le preguntó: ¿Es médico?, aunque sabía perfectamente qué quería decir. Stanley aclaró: No, la compañía de *ómnibus*, pero ahora se ha ido, se ha marchado de Londres. Mi hermano les ha buscado casa en Devon, la familia de mi

madre es de allí. La sinceridad había debilitado su impostura – ella fingió que no se daba cuenta. Habían conseguido separarse de los otros invitados, y al volver la mirada los vio agrupados en las terrazas de piedra que había bajo los aleros extendidos de la nueva casa. Los invitados – que no eran tantos – por alguna aplicación de las *leyes del movimiento*, se habían colocado en *dos órbitas*, una en torno a un *cuerpo anciano* en una silla de ruedas, la otra atenta a un niño pequeño que les mostraba los detalles de su biplano de juguete. Willis tocó un ala – Stanley se volvió hacia su anfitriona, luego desvió la vista hacia donde miraba ella: más allá del repentino desvanecimiento del campo en un *tablero que se funde*, vacas tendidas *esmaltadas* en el centro de un campo-cuadrado lanzaban sus colas contra las moscas, nubes moteaban los flancos de las colinas y por encima la lluvia trazaba una *sombra* discreta entre la tierra y el cielo. Unas botas pisaban la tumba recientemente ocupada de Stanley – se estremeció<sup>51</sup>, también, había *carne picada y dos patatas cocidas frías en una caja sobre la repisa de la ventana... malas a estas alturas*. Su alquiler estaba mucho más que atrasado y sabían que no le quedaba nada que empeñar – podían venderles la deuda *a los chicos...* un segundo escalofrío, el pelo picaba en los muslos dentro de *estos pantalones de franela, me dan calor* – pero estaba helado. Desechó la idea de Arnold Collins y de quedar en deuda con él si le pedía *que le echara una mano*. Las amapolas asentían sobre la hierba alta y grandes acedas proyectaban sombras aún más profundas en las sombras de los arbustos, y a Stanley le parecía que había una reducción de la sustancia de todo – dos pardillos sobre una zarza que salía del arbusto, *los brazos de los robles en un abrazo...* Entonces ¿cómo se mantiene?, preguntó ella. Él mencionó una modesta cantidad que se le debía por registrar los procedimientos del grupo de debate – sobre su hermana y sobre cómo le había conseguido ese puesto de trabajo, al igual que el anterior, no dijo nada. Solo decir su nombre, *Or-drii*, era evocar toda su energía y confirmar por tanto su propia malhumorada fatiga. Stanley miró sus limpias botas de trabajo sobre el césped *boñigas de vaca*, y dijo: También... hago cosas – las fabrico. Ella posó sus ojos *de ébano* sobre él y vio a un joven bien formado, que, pese a la evidente carga de circunstancias constrictivas – no podía forzarse a pensar en la pobreza – sin embargo parecía *limpio, con una complexión clara y una expresión totalmente viril, sin malicia...* Oh, dijo ella, ¿qué clase de cosas? Él recuperó su otro ser y dijo: Sería difícil de explicar, me resulta más fácil decir con qué las hago – ahora uso clavijas y papel de arroz o papel de estraza, porque son más fáciles de encontrar... Cuando estaba en la fábrica de paraguas, siempre había armazones dañados y mucho material sobrante – algodón con grasa, seda pintada, ese tipo de cosas – Oh, y cola de pescado, pero eso siempre se puede conseguir... Nadie se molestó en ir a su encuentro, algunos gritaron cuando fueron hacia casa de Adeline. Las criadas y los criados corrieron para recoger los cojines y enrollar las alfombras. Adeline siguió escudriñando a Stanley. ¿Son como gazeekas o billikens, señor De'Ath?, preguntó ella, y así él se dio cuenta de que, pese a toda la inteligencia y aplomo de la chica, se llevaban pocos años, y ella también había deseado esos juguetes tontos. Se rio. – No, mucho más grandes – cuando los niños los ven quieren jugar con ellos. No les dejo. Mis modelos son cosas delicadas y ligeras, su estructura se rompe, la ropa se rasga... así que... no les dejo... Ella no llevaba sombrero y, cuando la lluvia empezó a caer, el primer instinto de Stanley fue pasarle su sombrero de paja prestado – antes de

poder hacerlo quedó cautivado por el entusiasmo que vio, sus rasgos fuertes disolviéndose en las gotas tibias. No cruzaron palabra mientras los pliegues cuidadosamente dispuestos de la muselina blanca de su cuello encanecían hasta la transparencia y su clavícula llenaba una *copa*. Sobre su hombro empapado hervía un abrevadero de burbujas perfectas – y aun así se quedaron. Tenemos, dijo en medio del tumulto, un apartamento en el Albany. Voy a la ciudad de vez en cuando – bastante a menudo, de hecho – no solo para ir a Selfridge’s y las otras tiendas, sino también a conferencias y reuniones de comités. Quizá le parezca frívolo todo esto – el derroche de tiempo de una mujer ociosa. – Stanley gimoteó con el esfuerzo por encontrar el registro adecuado de disensión. Ella no prestó atención: Me encantaría que viniera a visitarme allí – por ejemplo, el martes que viene... Su vestido estaba empapado, el tejido se pegaba a sus pechos, a su vientre... *sus muslos*. Stanley no pudo evitar darse cuenta de que no había *corsés ni sujeciones ni obstáculos...* a la hora del té, es decir las cuatro y media. Solo entonces ella subió su parasol. Él le ofreció el brazo y bajo esa *concha brillante* se dirigieron por fin hacia la casa, serpenteando sobre la hierba húmeda. En el camerino del miembro del Parlamento Cameron, Stanley se ocultó tras un biombo con la camisa húmeda. Cuando se asomó vio que le habían llevado un traje entero: la chaqueta y los pantalones sobre una especie de caballete, mientras que parte de la blanca ropa interior que había admirado estaba colocada imitando la forma de un hombre sobre una chaise-longue. Se desnudó, se secó con una toalla de manos, pensó en cómo ella debía de estar haciendo lo mismo entre sus piernas y tuvo un espasmo al imaginar *su coño* – no necesitaban mostrarse tímidos ahora: era su hermana pequeña, a la que había pillado la lluvia cuando jugaba fuera, y que luego *se había secado y puesto delante del horno*. Vistiéndose, Stanley vio sobre la cómoda suaves guantes de cuero beis, una caja tallada llena de gemelos de oro y plata, unos tees de golf y cepillos con la parte trasera de plata y las cerdas recogidas. Stanley miró su rostro avaricioso cansinamente en un espejo de cuerpo entero, porque rodeando la caja, inclinando los tees de golf, sobre las palmas de los guantes, había soberanos y medios soberanos – a los ojos de *un muchacho corto de fondos suficiente cubriría de plata* para disponer de medios para un mes o más de diligente *vagancia* – pastel de carne y riñones, chuletas, pan blanco con semillas. Su boca se llenó de saliva, lamentó la *fuerza bruta* de su otra hambre: había trifle<sup>52</sup>. Desde abajo flotaban notas de piano y el batir suave de la lluvia contra elegantes vidrieras policromadas. El traje era de tweed, pesado y rancio por las bolas de alcanfor – pero le iba bastante bien, ya que pertenecía, como supuso, a un emepé más joven y delgado. En el salón, donde una de las señoritas jóvenes seguía jugando *sin piedad* mientras los caballeros charlaban entre copas prematuras sobre los cinco millones de hombres en armas del Káiser, Stanley se sentía contrariado, pese a que entendía *perfectamente* por qué Adeline había cambiado tanto de actitud y de atuendo – llevaba un vestido de noche de vívido color púrpura con un cuello redondo a la moda, casi casto, y permaneció refugiada en un rincón con Willis y el viejo de la silla de ruedas, que tenía, ahora se daba cuenta, *parálisis agitante*, y que, dedujo – sin la menor prueba – era su padre. A Stanley no le habían presentado a nadie más – carecía de instrucción en el arte de machihembrarse con el mobiliario bien instalado – y por tanto miraba por la habitación las sillas Sussex de la esquina y las largas mesas de comedor sobre las que había una

multitud de jarrones coronados por una multitud de flores. Alegrementemente, despreció lo que veía: los paneles de madera en lo alto de la pared con heroínas de mandíbula prominente y héroes encerrados en armaduras brillantes pintados en sus cuadros individuales, y sobre ellas un yeso áspero decorado con *más flores todavía*. Así que para no parecer *flores, flores, flores de pared, que crecen tan alto – Todas esas jóvenes señoritas Pronto tendrán que morir*<sup>53</sup>, se acercó a la ventana. Hablaban de Bulgaria y ciertas alianzas – siempre eran, pensó, los putos irlandeses. —Acorazados terrestres llegaban retumbando sobre ruedas enormes por encima de la pulcra uve de un valle calcáreo que cruzaba la escarpadura frente a la casa. Los rifles que se asomaban por sus claraboyas salían, se hundían, salían de nuevo y disparaban. La Maxim en proa tamborileaba alegrementemente y las balas zumbaban y golpeaban *garbosas*. Llegó más caballería motorizada sobre la cima de las colinas, los automóviles que dirigían la marcha rotaban sobre el suelo enfangado y de vez en cuando caían sobre pequeños cráteres en la tierra caliza que los mandaban un momento por los aires. Junto a los conductores, con sus gafas de moscardón, se sentaban los asistentes técnicos vestidos de blanco, las bocas de sus pistolas eléctricas fulminaban y un relámpago cayócrujió sobre la hierba, la avenida de cipreses, antes de atrapar a la criada con el furúnculo en la barbilla en sus tentáculos ardientes. Se dobló, luego cayó *muerta*, las faldas subidas por encima de la cintura *enseñándolo todo*—. —Un día, Stan le dijo a Willis cuando subían al coche que les había esperado, habrá un coche aéreo que será tan fácil de llevar como este caballo – y tan inteligente. El hijo del guardabosques soltó una risita y Willis hizo una broma infrecuente: Entonces ¿quién estará en los mandos, Pegaso? Resucitada, la criada con el forúnculo en la barbilla bajó por las escaleras de amplias baldosas, con un paquete que colgaba de una cuerda justo delante de ella. Sus cosas, señor, dijo de mala gana. Stanley le dio las gracias con todavía menos amabilidad, el chico gritó tonterías: ¡Arrearrearre!, y el carro arrancó por el camino. Stanley se mecía al ritmo de sus predicciones: *Habrá plagas fabricadas por el hombre... Y viajes a otros planetas – los científicos liberarán la potencia del átomo*. Las ruedas del carro se deslizaron, luego salpicaron, en los surcos, se agarraron con una mano, sujetaron los sombreros con la otra... *un canal une Europa con Asia, ¿por qué no un túnel que una Inglaterra y Francia?* Los tres se agacharon como un solo hombre para evitar el empapado sotobosque de los robles que se metía dentro – había salido el sol, todavía lo bastante potente como para levantar fuegos fatuos en los campos floridos junto a los que traqueteaban. Willis se quedó callado y Stanley vio fábricas humanas como la de automóviles de Filadelfia: un cinturón volcánico de gran extensión, a ambos lados trabajadores indolentes que tomaban trozos de grandes cubos de cinc, una pierna, un brazo, otra pierna y un pecho, y otro pecho y un coño, mientras montaban una Adeline, luego la siguiente, y las porciones femeninas se retorcían bajo su tacto endurecido. Stanley tenía una moneda de tres peniques en el bolsillo de su pantalón prestado *¿junto a qué? ¿Cómo es posible, dijo volviéndose hacia Willis y encontrando dificultades para imponer la menor armonía en las notas altas de su ira, que esa clase se contente con mucho menos? ¿Cómo van a renunciar voluntariamente a su tierra, sus casas... sus criados?* El hijo del guardabosques golpeó la cruz del caballo con la lengua de serpiente de cuero en el extremo de la fusta y el carro se encabritó, una rueda detrás de otra, en la carretera. Willis, que había estado jugueteando con el extremo de su corbata –

prenda que le resultaba molesta, ya que prefería una pañoleta de trabajador – volvió sus pequeños ojos de cuentas hacia su protegido y se tomó un tiempo antes de responder. El carro traqueteaba tras una carreta tirada por un motor de tracción y hasta que giró hacia un campo estuvieron perdidos en el estruendo masculante y se vieron importunados por arpones de paja que les daban en la cara. Al cabo de un rato, Willis dijo: Este asunto de los lores y todas las reformas de esta administración y la anterior – por lamentable que sea que no hayan ido más allá, constituyen sin embargo parte de una tendencia general – otra fase de desarrollo, si quieres. Quizá no sea una, eh, bueno... una forma flagrante de expropiación, pero, aun así, un impuesto gradual sobre la acumulación de capitales es precisamente eso de todas formas – lentamente, se podría decir que casi a hurtadillas, se llevará sus Burne-Joneses y sus antiparas japonesas de las chimeneas, y se quedarán en, eh, vacante posesión de sus casas diseñadas por arquitectos. Has hecho hnf'-h – Has hecho hmh-h' – Willis relinchó la escala *so-fa-la* mientras se acercaba a una inédita segunda ocurrencia, y Stanley se preguntó si estaba *bebido* – ¡Has empezado a re-distribuir ese traje de tweed sobre tu proletaria persona! Acalorado, Stanley contestó: ¡Lo devolveré en la primera oportunidad! ¿Cómo podía decir Willis esas cosas delante de ese *crío chismoso*? Vale, vale, dijo Willis, palmeando la mano de Stanley, tranquilo joven, es solo una broma. Lo mejor de Willis, reflexionó Stanley mientras el carro traqueteaba al subir la pendiente adoquinada hacia la estación, era que en él no había malicia o engaño – sus convicciones podían ser infantiles, pero creía en ellas con el fervor sincero de un niño. El tren designado ya estaba en el andén, ululándoles a través de su barba de vapor. Sentado en el compartimento de segunda clase, Willis sacó unas largas hojas de la carpeta que lo acompañaba a todas partes y explicó: No se puede evitar, tengo que corregir estas galeradas infernales... El somnífero compartimento tampoco podía evitarse – nadie entró y no había pasillo para pasar a otros vagones. Estaban más solos que nunca. No fue hasta cuando daban tumbos por la larga recta que hay entre East Croydon y Balham que las manos de Stanley volvieron a despertarse sobre su regazo irritado, *Jack el Destripador robó un emperador, Jack el Destripador robó un emperador...*<sup>54</sup> y tembló ahí un rato mecanografiando la cadencia de los bojes *ch-k' ch-kunk ch-k' chkunk ch-k'* antes de que una se alejara hacia un bolsillo lateral de sus pantalones prestados, donde palpó el rectángulo preciso de una tarjeta de visita. Una costra de bichos muertos bordeaba el interior de la lámpara sobre la cabeza de Willis, Stanley aplicaba los métodos de un detective asesor a las manchas de los antimacasares – estas eran *impresiones craneanas*, cada una de las cuales mostraba un único patrón de tónico o pomada capilar. Si pudiese descifrarlos lo llevarían, olfateando, hasta el culpable: ¡Rothschild! Su brazo *Bill Sikes* levantado hacia otro perro – o un perro *unido a un niño* aúlla, luego tose, el *Coniston* atrapado en la garganta, antes de cortar por un callejón ante un desorden apestoso donde hay toneles rotos, un cobertizo apoyado en unos pilotes, y detrás una pirámide hecha con cráneos de caballos, algunos totalmente despellejados salvo por *orejas que se mueven*. El perro-niño lanza un último y desesperado auuuuuuuuuuuuuuullido y desaparece en la quietud de la noche de agosto en la ciudad que yace extendida bajo el naranja sucio de su cielo senescente.

En Balham, a Stanley lo despierta la irregular fusilada de las puertas de vagones que se cierran – *los gorriones son iguales que las migas que picotean en la plataforma: se los*

*ha sacudido de encima el cielo.* A ratos, Willis ronca – es un motor sin tracción en el presente, sin forma de llevarlo hacia el futuro. Con una sacudida el tren arranca, con una segunda sacudida Stanley se da cuenta de que ha estado agarrando la tarjeta en el pantalón de Cameron todo este tiempo y al final la saca para leer lo que está escrito bajo las tibias oleadas del atardecer que rompen en la ventana mugrienta. El mero dibujo de las negras gotas donde el plumín de Adeline se aprieta contra el relieve de su nombre y dirección sugiere una *lascivia* confirmada por, Cuatro y media, Martes que viene – no te olvides de las pastillas, dice una y otra vez una nuera u otra con esa mueca condescendiente que es el punto fuerte de *las personas de mediana edad que, como Janus, tienen dos caras y desprecian por igual a los jóvenes y a los ancianos.* Busner saborea el leve placer de olvidar obstinadamente su nombre: sin duda era la misma nuera que le dio la caja de pastillas dividida según los días de la semana que ahora yace – esto lo recuerda – junto al temporizador para huevos en el estante sobre la cesta del pan. Subiéndose los pantalones del chándal y soltando su cintura de plástico en torno a la barriga, Busner medita sobre las pastillas y el olvido. En realidad, podría venirle bien una caja compartimentada más grande, divida en cuatro, en la que meter sus cajitas semanales. Doce de ellas podrían meterse en una caja anual, cierto número de las cuales podían residir en una pequeña cesta, optimistamente dotada con secciones desde 2011 hasta, digamos, 2025, y etiquetada: *El resto de mi vida.* Recuerda eso – el *pescuezo, el residuo* – incluso cuando recuerda sus propias manos levantando la pequeña tapa y sacando la pastilla blanca para el colesterol alto, la cápsula moteada para la elevada tensión arterial y el Smartie grande y naranja que remedia una deficiencia u otra sobre la que le da pereza preguntar a su médico de cabecera, aunque cree que quizá tenga que ver con la vesícula. No, no es insensible a las ironías, grandes y pequeñas: no son los caramelos de los ancianos, del mismo modo que las farmacias tampoco son nuestras tiendas de chucherías – no pisamos las tablas oscuras, con monedas de tres peniques tan apretadas en la mano que dejan marcas rosadas, y señalamos un frasco u otro, pidiendo un cuarto de caramelos de limón, y luego nos entusiasmos cuando ella inclina el frasco grande para que caigan sobre la balanza con una nube de polvo dulce. No, la estructura molecular de los inhibidores de la HMG-CoA reductasa es el andamio con el que construimos las muchas mansiones de Nuestro Padre en el vacío, mucho más allá de nuestra parcela de tierra de setenta – *los necesitamos para sobrevivir, pero probablemente ellos podrían arreglárselas sin nosotros... ¡Allí!* Se las ha tragado con un sorbo de agua tibia sacado de un matraz de plástico decorado con líneas diagonales de otras pastillas. Se apoya con una mano a cada lado del fregadero: manos de viejo gordo salpicadas de melanomas e injertadas de brotes de pelos... *Qué raro que le pase esto a un niño...* Busner sube y baja la diminuta tapa del compartimento que es el jueves. ¿Cuántas pastillas, se pregunta, receté en una vida de trabajo tras el mostrador de la tienda de dulces, inclinando el frasco para que los barbitúricos, los tranquilizantes, los sedantes, los antipsicóticos, los antidepresivos y todo el resto de la bufonada cayeran? Sin duda, se había sentido orgulloso de su sensibilidad – y había aborrecido a los colegas *indignos de tal nombre que eran demasiado generosos con la medicación...* Y había habido años fuera del sistema en los que *la había rechazado por completo...* Sin embargo, al final, *inclinaba el frasco... inclinaba el frasco... ¿Su despacho del Heath*

*Hospital sería lo bastante grande como para albergar todo ese revoltijo venenoso? ¡No! ¡Ni la planta!* Había épocas, lo sabía, en las que se había adueñado de mucho polvo que encapsular, o mezclar en un laboratorio para que pudiera volver a tragarse, o inyectarse intramuscularmente con jeringas muy grandes – *Duele... me duele, doctor, me duele...* Se encuentra otra vez en el dormitorio y descubre una pierna sobre la rodilla de la otra. Tiene un calcetín extendido y el *viejo perro amarillo rasca para entrar* – pero ¿dónde, dónde debería ir? Durante toda mi vida laboral, piensa Busner, he mirado el bosque, o campos cubiertos de hierba. Siempre había un componente económico, así como parte de la cura para que las oscuras naves espaciales de los manicomios aterrizasen en la campiña claustrofóbica del sur de Inglaterra. Los últimos treinta años de *mi carrera* también han incluido largos periodos estáticos empleados en mirar fijamente las ventanas salpicadas de moscas de su despacho en el Heath, que se levantaban, enormes, roble sobre roble – aquí la mancha jugosa de un moral, allá la *broma toscana de un chopo lombardo...* Y, por cerradas que fueran esas vistas – pequeños claros en el bosque siempre creciente de ladrillo – aun así deseaba salir, abandonar sus rutinas *constrictoras como si fueran unos pantalones* y alejarse paso a paso hacia valles pequeños y frondosos, un sátiro inverosímil *buscando las náyades de los estanques de patos, con algas de color azul verdoso en el pelo...* ¿Y ahora? *Se da cuenta de que había estado más o menos equivocado. Había muy pocas cosas fuera de esas constricciones: el cuerpo... la mente... todo se desmorona. Te encuentras libre para instalarte en esta tierra recién descubierta: dormir en una caja de cartones aplastada en el matorral húmedo y feo de una isleta – un Ben Gunn en la comunidad,* en torno a quien el mundo gira y gira. ¿Y qué? Ahora llevaba las ropas viejas que sus hijos desprecian: el atuendo relajado de los pantalones de chándal, una sudadera sobre cuyo holgado pecho azul ponía Congreso Internacional de Psicología Experimental Santa Fe 1997, una apestosa y vieja chaqueta de tweed Donegald y baratas zapatillas de deporte *nada más parece... más sucio.* Estaba vestido ahora y por tanto debía salir. Pero antes la ronda tensa de una habitación a otra del piso, los ojos barriendo superficies en busca de llaves, cartera y el deliciosamente oportuno Freedom Pass<sup>55</sup> – y un sombrero con borde ancho hecho de un material sintético no lo bastante rígido como para evitar que se arrugue. No sabe de dónde ha salido esa fea prenda, solo que le gusta: parece apropiada, esa pequeña corona de sudor viejo ciñéndole las sienes. Decide no coger un libro: porque ahora es tan agotador arriar el escepticismo sobre las enérgicas acciones de personajes mucho más jóvenes que uno mismo – y, por lo que respecta a la literatura académica, la ha abandonado – en cuanto a la filosofía, se dedicaba a ella todo el tiempo. Compraré un periódico, pensó, y al ver un atisbo de su figura un tanto hippy en el espejo, le sorprende lo atávico de su vestimenta, ¿es una *inversión de la ontogenia fetal*, en la que el fenotipo pasa por varias etapas de la moda? *Pronto habrá polainas y guantes...* Probablemente moriré, piensa, vestido con pieles de animal. Bolas de pelo en el montón grueso de la moqueta que baja por las escaleras y por la *polvorienta garganta* del vestíbulo, bajo el *sol rectangular* del dintel, hasta donde los buzones *vomitán folletos.* Demasiado tarde, ve con superflua claridad el paraguas telescópico que hay sobre las cajas de debajo de la ventana de su dormitorio: su manga de nailon negro y el aspecto de cuero negro del mango. ¿Cuándo... se detiene, meditando... se convirtió el paraguas por

primera vez en un artículo rutinariamente olvidado en vez de asiduamente recordado? Sin duda, al principio, habrían sido cosas caras, investidas de un fuerte afecto y que no se abandonaban casualmente... como ahora, a causa de su bajo precio y ubicuidad – la atención de Busner parpadea hacia sus intestinos, recuerda que no ha defecado y se reprueba: *no los temas* cuando se encuentra en la calle, en la parada de autobús, a unos metros de la puerta delantera de su casa, esperando, porque eso es lo que se hace en las paradas de autobuses, y satisfecho de su carencia de propósito – una falta de planificación que, tristemente, se convierte luego en su completo opuesto porque lo están observando. También con un pantalón de chándal gris – aunque este es ancho y tiene una línea plateada vertical – un alcohólico dedica mucho *esfuerzo* a su propia *impostura*. Cuando llega el autobús se desliza por la puerta trasera, junto a su lata de *tsk, tsk...* Tyskie – una cerveza polaca, posiblemente. El bebedor tiene una gruesa cazadora verde de plumas y una nariz delgada con la telaraña de un gran vaso sanguíneo roto. Intenta entablar conversación con la anciana *probablemente de mi edad* que está a su lado: Qué buen día para ser abril, ¿cuánto tiempo lleva esperando?, que aprieta un terrier Yorkshire contra su pecho, una pierna pequeña y rígida rasca el aire. *La puce à l'oreille*. El alcohólico, a juicio de Busner, no está lo suficientemente borracho como para mostrarse tan desinhibido, en vez de eso diagnostica... ¿qué? Hace unos años habría clasificado al hombre simplemente como un esquizofrénico que se automedica y baña sus voces en cerveza – pero ¿ahora? Bueno, el peso muerto de esa patología se descompone – aquí habrá psicosis, sin duda, pero también un trastorno de la personalidad, manifestado en el desarrollo, que hace que el hombre sea incapaz de entender lo inoportunos que son sus comentarios: Es un perro muy bonito, ¿puedo cogerlo?, no digamos capaz de registrar el miedo que afea el rostro de la mujer. Hace buen tiempo – no hace falta llevar paraguas, igual que tampoco hace falta otra era de psiquiatría epitética, porque es *lo mismo de otra forma: un trastorno de la personalidad solo es un histérico o un melancólico con otro nombre...* La araña está lo bastante cerca como para morder: ¿Cómo se llama?, y al final Busner siente que debe intervenir, poner fin a esta compulsiva medicación del alma, así que se aparta del entremés pero sigue reacio a abandonar la parada porque la idea de un viaje en autobús continúa siendo atractiva: un revisor paternalista que saca el billete de su vientre de metal, la desvaída cuadrícula de la moqueta, el mundo *amable a una distancia de seguridad, respirando al otro lado de una ventana sucia...* Desearía tener un periódico donde estuviera impreso el mundo *para envolver este* – pero no quiere perder el autobús por cruzar la calle hasta la papelería. Aun así, el tráfico que va hacia Archway es bastante denso, un estreñimiento de camiones, camionetas y coches de tal tamaño que *a Maurice no le habría dado vergüenza que lo vieran conduciendo uno...* *El tráfico rechina tanto... gruñe humos... ¡Soy vulnerable!* Se tambalea – un anciano que tose un reflujo apestoso – y se endereza apoyándose en el soporte de la parada de autobús *áspera como una lima* para sus uñas. El mareo se dispersa y ahí está: *el escudo que busco* sostenido por un caballero tan resuelto que su sobreveste de algodón ha perdido la forma por la pesada bolsa de cuero... *siempre las bolsas*. Busner levanta el recuerdo de bolsas abandonadas hace tiempo: las de máscaras de gas que sobraban del ejército, macutos étnicos de lana con dobladillos borlados y mochilas de tela con correas de cuero. No está tan desconectado como para no darse cuenta de lo que está mirando –

pero le lleva un tiempo, durante el que solo ve el giro espiritoso del cuello de botella apuntando a un panel tornasolado que se estira, bosteza y luego se enrolla hacia la nada. Solo ve eso y los dígitos que parpadean y enjuagan la pantalla, el dedo índice y el pulgar pellizcan, luego se separan, pellizcan y se separan. ¿Qué es este tic?, se pregunta Busner, porque, si abstrae el escudo de luz con el que el chico ahuyenta el desconchado estucado de la terraza del otro lado de la calle, solo ve esto: un brazo y su mano dependiente rígidamente extendidos, el otro brazo retorcido, la otra mano jugueteando – ¿cómo lo llamábamos? Para eso no necesita esforzarse: *temblor de contar monedas* llega espontáneamente. Contar monedas, mientras que la obsesión del chico con su tableta – los ojos al mismo tiempo tremendamente concentrados y totalmente vacíos– ¿no es una forma de *crisis oculogira*? Si es así, Busner se suma a ella: este es el mundo para envolver el mundo que había buscado, un palimpsesto construido a partir de la nada, que se desliza a partir de la nada, revestido de paneles, unos debajo de otros, *Un componente crucial de cualquier política de gobiernos futuros será evitar la acción industrial previsible si los recortes en el sector público son tan profundos como se espera desalojados en un parpadeo por un Osborne con una sonrisa de suficiencia*<sup>56</sup> que a su vez es aniquilado por el *florete* de un solo virión que flota en un espacio simultáneamente infinito y mensurable en micrones. *El virus H2N5 ha resultado mucho menos contagioso de lo que se suponía en un primer momento, un estudio de la OMS ha establecido que el porcentaje de individuos expuestos que desarrollan la enfermedad es –* Desaparece, suplantado por la *concertina amenazadora* de la puerta del autobús. El caballero, que ha enfundado su escudo, sube delante de Busner, que le sigue, *fipipchando* con su Freedom Pass ante el oído indiferente del conductor: no hay un revisor alegre, solo este empleado taciturno, con los ojos fijos en el horizonte lejano del final de trayecto. El chico sube con energía las escaleras y Busner lo sigue con rigidez. En el piso de arriba está el hilo musical de asientos cubiertos dede fundas de color azul eléctrico y plástico tedioazulado. El autobús se apresura en el lento río de tráfico y el chico cae ¡uuf! en un asiento; el psiquiatra retirado en uno detrás. Ve despacio, piensa Busner, así es como lo decían entonces – y los llamaban empleados del concejo, basureros y conserjes de hospital – o personal auxiliar: le parece que todavía no se había acuñado la expresión empleados del sector público, además, en esa época el sector público seguía creciendo y devorando astilleros, compañías electrónicas – ¡y estaba *la-maldita-BritshLeyland!*<sup>57</sup>. *El pijo de cara de caballo que ceceaba – fumaba en pipa*, algunos pensábamos que todos *acabaríamos convertidos en unos buenos soviéticos. Unos gilipollas de mierda, la verdad, tanto él como Wilson. ¡Todos los que fuman en pipa son unos gilipollas de mierda!* Ladra y el flequillo del chico tira de sus ojos sin pestañas *azul claro...* El escudo ahuyenta al mundo, su emblemático virión de la gripe busca *cualquier sitio que unir...* Busner se cubre la boca y transforma su ladrido en una tos simulada; el chico cuenta sus monedas hasta convertirlas en una proyección de Mercator con un sarpullido de manchas sobre las que aparecen dos veces las cifras de los infectados y debajo las de los fallecidos: reales y estimados. A Busner, que nunca se tuvo por epidemiólogo, le parece que aquí se produce una suerte de inversión, es decir: la comunicación de las estadísticas va más rápido que la propia enfermedad, mientras que ¿hasta dónde habría que remontarse para alcanzar una epidemia que aventajara sus propias noticias? ¿No la fiebre

asiática de los años setenta, sino la pandemia de gripe posterior a la Primera Guerra Mundial y su precedente más peculiar? Mira el mapa, sus viriones – y piensa en cómo los tics del chico unen cantidades macro y micro... Yo – nosotros – estábamos interesados en ver si esos diminutos movimientos repetitivos se magnificaban abruptamente en gestos operísticos. ¡*Co-mmend-a-tore!* ¿Un montaje dónde? Casi seguro que en Covent Garden – ¿qué esposa? La que fuera... se sentó con los labios fruncidos en la platea como un Comendador de dos pisos de alto, su abrigo negro indistinguible de la escenografía, arrastraba al Don. No la conmovió la escenografía, *solo quería que me llevaran con él*. Sonríe: tomarse un libreto como algo personal, ¿eso requiere una formidable suspensión del escepticismo – ! Luego piensa: pero no recuerdo qué esposa era... *y así lo admite: esto va más allá del mero solecismo, hacia una fundamental falta de sentimientos*. El autobús evita a unos ciclistas en el cruce junto al metro de Tufnell Park, luego traza una carambola por Junction Road. A ambos lados hay tiendas, inmobiliarias, más inmobiliarias: la ciudad digiere su propia sustancia y así añade más *valor de mierda* a lo que en el pasado debieron ser sólidas casas de clase media, jardines delanteros *llenos de malvarrosa fumigada*, cuyos tallos se mecen en la brisa de un *ómnibus tirado por caballos... abono a mano*. Ahora esos jardines *han desaparecido*, todos levantados y sustituidos por un solo piso de gallineros comerciales pegados a los adosados de detrás. ¿Qué tenían entonces? Desfiles de bicicletas, desfiles del Día de Alejandra, *desfiles del Jubileo*. ¿Qué nos legaron? *Desfiles de tiendas*. El autobús ha llegado a Archway y la *torre de espuma negra* donde se amontonan servicios sociales que *tragan en remolinos a los borrachos, los perturbados, los pobres...* A Busner no le sorprende ver que el hombre de la parada de autobús se baja allí, con la Tsykie todavía en la mano, y junto a un diminuto remolino de hojas y bolsas de plástico que empuja el viento desde la Torre, camina resueltamente en dirección norte atravesando los tres carriles de asfalto hacia el Whittington. Es una dirección que Busner desea fervientemente que el autobús no tome – este día de sol, este día de libertad de comienzos de primavera, lo último que desea es volver a cualquiera de esos compartimentos secretos en los que los locos *chapotean*. En esa época, como médico interino, o simplemente en busca de pacientes perdidos en el vórtice del sistema, no tenía tiempo para el asombro que exigían esas escenas: la *piscina embalsada* de la planta cerrada del Whittington, el muro de psicosis que te golpeaba en la cara cuando las puertas del ascensor se separaban – el sabor que se te quedaba en la garganta, *orina en ácido carbólico*, el susurro incesante y grave de la consternación del cual emergía un ocasional grito de angustia a pleno pulmón. *Entonces... entonces...* no había forma de contradecir la necesidad de categorización, de generalización – un marco diagnóstico era... *algo que te salvaba la vida*. Se ve tal como era: oscilando entre los ahogados y los salvados, aunque distinguir unos de otros era *tan fútil como dar nombre a una ola...* Ahora, sin embargo, una rompe sobre él: un hombre joven, su nueva bata de hospital abierta debajo de sus caderas, *revelando la raja entre sus nalgas* – no era que Busner no hubiera visto miles como él, *tras un altibajo*, huyendo nauseabundos bajo el neón hacia el horizonte artificial – solo que este tenía tal sobredosis de Haloperidol que fluía, derramando gotas humanas, desde la silla y hacia el suelo asqueroso. Doshtor, salpicó, doshtor, ¿puede ayudarme? Así este recuerdo toma el lugar de todos los olvidos, *de*

*todos los demás a quienes tampoco pude ayudar...* Amargamente, ahora Busner reza para que el autobús no suba por Highgate Hill, se inclina, aprieta la cabeza con la parte alta del asiento delantero y concede gravemente: Lo más importante siempre habría tenido que ser el individuo, nunca la categoría, *porque ¿acaso no era yo el guardián de mi hermano?* El chico con el corte de pelo y el iPad se ha ido – está solo en el piso superior mientras el autobús dobla una curva y continúa hacia la empinada cuesta de Archway Rode. A través de amplias ventanillas el sol *cocina un guiso de goma y vinilo* – pero aun así la carne es fría y vieja y la mente que cree *sin la menor prueba* que está dentro de una cabeza busca a tientas el calor del abrazo del pasado, *que ahora es lo único que me queda... chocho como estoy*. Busner piensa primero en los besos adolescentes – tan cruciales en la época, *un gastroctemio que sube desde un blanco calcetín femenino* – luego todo lo demás: el titubeo sobre una piel de gallina que un puñado de otoños separaba de los abrazos de mamá que no podía recordar, de modo que – más para él que para la mayoría de la gente – era un sustituto de aquellos. Hace una mueca de dolor al pensar en su *penisumbilicus*, otra más cuando vuelve a su actual condición arrugada, *las células estallando como papel burbuja...* el lento alejamiento con respecto a tocar y ser tocado, ahora, un beso sería realmente crucial, los labios de otra persona *atrayéndole hacia atrás y hacia atrás y hacia atrás* – *el rictus de una calavera*. Había habido – hacía menos de cinco meses – una humillantemente fracasada cópula en un congreso sobre trastornos afectivos. El envoltorio de ella era cartón corrugado – aunque *no era eso*. Congresos, ¡ah! siempre su territorio de seducción preferido: había algo innegablemente excitante, verdad, en la yuxtaposición de la cuadratura rígida de la moqueta de la sala de congresos de un antiguo politécnico y la ondulante flexibilidad de la carne. ¿Entre el tedio expansivo de la sesión plenaria y el descorchado del Lambrusco unos minutos después? ¿Entre la formalidad encorbatada de las presentaciones y que ella estuviera-tendida-sobre el edredón a rayas azules-y-más-azules de una habitación de estudiante? Mirando alegremente a los ojos su flaccidez, ella había dicho: *¿Por qué no pruebas con Viagra? Y él, intentando insertar el viejo perro amarillo* en el lazo de sus calzoncillos, dijo con pesimismo: No, creo que no. Porque ¿cómo demonios sería eso: su cohete químicamente dilatado despegando por Stevenage o Solihull, arrastrando la carga explosiva de su cuerpo fofo? No. Sería mejor aceptar las cosas tal como eran: la impotencia como *las rítmicas introversiones del deseo*: una columna siempre creciente de inadecuación que avanzaba en su interior y enviaba *pequeños golpes de entumecimiento*. No, mejor aceptar las gaviotas que se congregan en las líneas blancas recién pintadas de un campo de juego, y cuando la gente pregunte: *¿Dónde están todos los gorriones?*, señalar simplemente: *Las gaviotas se los han comido*. Además, no solo se habían vuelto tan vívidos los hechos desnudos recordados – también estaba el volver a tocar, a oler y a oír – todo el sensorio común preparado para visitar *todos esos polvos*, lícitos y no, pero ahora *esquilados de culpa*. —Cuando estaba en ello, cada quiebro en la pista cancelaba el anterior y se unía violentamente al siguiente – *el sexo era así*. Además, cuando estabas en su viscoso poder, las acciones repetitivas sostenían ensoñaciones igualmente repetitivas: de todos esos movimientos de cadera, chupetones de labios y caricias de cuello sutilmente distintos solo uno era escogido y retomado una y otra vez para que sirviera de autoestímulo. El autobús se

detiene, inclinándose sobre el alto bordillo tras el Centro Comunitario de Jackson's Lane, el humo del motor oscurece la ventana de una tienda de pollo frito para llevar, la frente de Busner vibra contra la ventanilla de seguridad: ve rombos de espejos puestos en palos con espejos, ve el *conjunto de Mandelbrot* de Formica que reflejan, se ve a sí mismo, pantalones y calzoncillos *a media asta*, los faldones de la camisa aleteando contra tensas nalgas mientras trota por el norte de Londres de un lugar de especial interés psicoterapéutico al siguiente – del Heath Hospital al Whittington, de allí a St. Mungo's, desde ese montón desmoronado al Tavistock, y de allí al Bowlby Centre, al este, en cuyas cercanías se tropieza y *¡cae de morros!* Recupera la conciencia para descubrir que está *metido en un trozo blando de tierra fértil* – una nutricionista o una terapeuta ocupacional, una enfermera u otra médica. No han sido, pensó ahora, *affaires* – con toda la sofisticación que ese término parece implicar – sino más bien *gags* visuales coitales, que completaban payasos de cara blanca, con las bocas embadurnadas del maquillaje de la lujuria. Obviamente, en esas caídas coreografiadas, *nadie se hacía daño de verdad* – o eso le habría gustado imaginar. Pero tras su manumisión podía examinar su esclavitud libidinosa desde todos los ángulos – físico, emocional y... *¡glup! moral* – y debía admitir *Anoche vi a mi mamá cantar una canción*<sup>58</sup> que como el sexo engendra en primera instancia más sexo, así *Me he levantado esta mañana y mi mamá se había ido* el mal comportamiento establece el patrón oro para más de lo mismo: infidelidad a tasas fijas. El autobús baja penosamente cuando pasa ante el Bald Faced Stag de East Finchley y Busner, penitente, aplica el látigo: siempre tuve buen ojo para las inclinadas a descarriarse – pero ¿qué es eso? En un mundo tan infestado de melodías pegadizas que parece un *zumbido* esta era una de las más pegadizas: *Anoche oí a mi mamá cantar una canción, Uuh*. La primera vez que lo hicieron se encontraban sin duda *un poco achispados* pese a que estuvieran a mitad del día. Había decidido no ir al pub a la hora de comer – ¿qué era, una copa de despedida para un colega? De todas formas... ella había estado allí, y cuando Busner volvió para recoger el pedido ella cerró la puerta resueltamente tras él. *Pensé, ¿qué es esto? ¿Unas clarillas para la señora y ahora una pajilla de la señora?* La farmacia estaba escondida en el laberinto de habitaciones que rodeaba los almacenes principales – muchos de ellos sin usar desde hacía tiempo, *llenos de las cosas más raras*: viejos pupitres escolares, percheros, fundas abandonadas de los instrumentos de la desbandada banda del manicomio. Enfermeras o psiquiatras iban a coger medicinas de una trampilla *como un mostrador de una cafetería* al final de un pasillo sin salida, *uuheee*, pero ya habíamos hecho *cosas secretas* en su pequeño laboratorio detrás de ese *uuh-eee chirpy chirpy cheep cheep*. – ¡Eso era! Estaba por todas partes aquel verano, una nube de polvo dopaminérgico que se hinchaba harinoso bajo el tazón verde de la lámpara. Se queda observando cómo Mimi Hanson maneja el aparato y piensa en la señora Fitz, la cocinera de su tío, que giraba la manilla de la picadora para que *salieran gusanos de carne*. Mimi termina de meter el polvo en la tolva, vuelve a colocar el matraz en la bancada y, *a través de esos humos desvaídos que se rizan blanquecinos* cuando echa la cápsula vacía en el pequeño arroyo y baja hábilmente la palanca para *casar* ese vaso pequeño con el extremo del embudo, observa el solitario de diamante en su dedo. *Trabaja, humedece y machaca tu pasta, Golpea el polvo* – *¡no tengo prisa!*<sup>59</sup>. Sus uñas *de color rojo desconchado* liberan una carga con un resorte, una patena se gira, la

cápsula tapada llega sobre su pequeña bandeja, Mimi la recoge y se da la vuelta para ponerse frente a él, tambaleándose ligeramente bajo su cargamento neurofarmacológico. Dos gramos, dice ella, su voz *bellamente cantarina* a través de su máscara de algodón. Puedo ajustarla para hacer uno y tres pero las mitades son más dif. – Se acerca a ella, el ángulo tan bien calculado que su pelvis empuja las nalgas de ella en las cavidades de sus manos, mientras que el muslo de él está entre los de ella y su boca *comparte el mismo filtro*, las lenguas se acarician a ambos lados de la mascarilla, sus dientes la apartan a mordiscos. Ella suelta un eructo de cerveza mientras cooperan pobremente en la *carrera de tres piernas* hacia el suelo. Las manos de Busner separan la bata de laboratorio de ella, suben el dobladillo de su vestido, bajan la exasperante red de medias y bragas – tiene un olor dulcemente acre – *¿sorbete de limón?* Su pelo rizado es de un rubio casi blanco – *lana*. Han debido de tirar un vaso de cristal en su descenso porque, mientras ella lidia con la hebilla de su cinturón y su cremallera, él oye el ruido suavemente chirriante de cómo se mece hasta quedarse quieto. Fútilmente – porque ahora ella es *una cosa desnuda y bifurcada* ante él y no hay forma de parar esto – espera que no fueran los dos mil doscientos gramos de L- dihidroxifenilalanina que costaron *¿dos mil libras!* y han llegado esta mañana de Sandoz, Suiza. El linóleo le aprieta prosaicamente las palmas de las manos, las rodillas – le da en las uñas de los pies, mientras él se contorsiona en la *pompa sagrada* de penetrarla, y Mimi, con la cabeza y su pecho y sus brazos *¿debería morirse!* En esos momentos asignados al abandono Busner se muestra más profesional que nunca, aaaahaaah–ah, exhala ella mientras, por fin, él le quita la mascarilla: una víctima de un secuestro que parece que solo quiere que su captor la viole, porque lo empuja hacia sí con *esas uñas* y al menos durante unos segundos para él no existe nada salvo *sorbete de limón* que se intensifica en un *alto sudor coital...* Libera el pecho de Mimi de su recinto – la areola es mucho más grande y pálida de lo que esperaba, el pezón está hundido y se inclina para alimentarse. ¡Ah’ah’hnnn! Ella le muerde la oreja y él diagnostica su *espasmo móvil* como *atetosis*, sus *sacudidas* como mioclónicas. A fin de repeler esos términos médicos le mira a la cara, solo para descubrir sus ojos de color azul brillante atrapados por algo que hay detrás y a la izquierda – *¿una crisis oculogira!* En la boca abierta de Mimi encuentra el *destello húmedo* de sus empastes – sus rizos estremecidos barren las preciosas motas de polvo. Siente el comienzo de la detumescencia y para endurecer su resolución convoca *la cara de Miriam sobre las almohadas familiares*: la imagen de la corrección matrimonial contribuye maravillosamente a la realización del mal profesional y, mientras la posecefalítica del suelo *se curva hacia atrás cogiéndome del costado*, se pregunta: *¿Hace ella lo mismo, soy yo su proo-proo-mee-tiii-do?* Sale de pronto y la salpicadura de su semen sobre la piel de ella, su ropa y el linóleo los alerta de *la locura que han hecho*. Habrá más intimidad, piensa, cuando limpie esto que en su causa – las primeras veces son necesariamente sociales, *intrascendente charla genital...* Por la suya en el pub, y antes, cuando él ha explicado la naturaleza muy experimental de lo que iban a hacer, Busner ha entendido que, pese al aire infantil de sus medias blancas de rayas y del minivestido de verano con dibujo de margaritas, Mimi era absolutamente seria. *Una infanta, era, al volver del pub...* en la silla de sedán de su paraguas de plástico transparente. Él se había reído de ella bajo la tormenta de primavera, y ella había dicho: *No quiero que se me*

*moje el pelo...* renqueando a causa de sus propias ropas se arrodilla torpemente – debe de haber algún trapo en el fregadero bajo la mesa del laboratorio. En *ésteres* de almizcle el rostro de Mimi carece de expresión – los tendones están hilados bajo la papada de su barbilla – se estremece despierta, las manos se alargan y bajan su *cabezón* hacia su vientre. En la trinchera de madera, muy por debajo del cielo protector de la bombilla, *los cuerpos enrojecidos retoman su batalla* – por un leve círculo la máscara retiene su sostén en una de las orejas sin lóbulo de ella, y desde allí irradia, a lo largo de los lóbregos pasillos, a través de las puertas batientes, a través de los patios asfixiantes y hacia las plantas llenas de gemidos, una *creciente espiral* de perturbación que atraviesa toda la carne humana que encuentra, amplificando la miseria histórica en placer hormigueante – a través de la carne y de las paredes que bambolean y laten. A través de paredes y en *anillos electrostáticos* que recorren los quinientos setenta y cinco metros y cuarenta y seis centímetros del pasillo central del hospital, constriñendo y dilatando su enyesado frío y viejo. Aparecen grietas en los pacientes – están fragmentados *de alegría*, médicos y enfermeros jefes llegan corriendo, sus *bayonetas* con sedantes *ya montadas...* pero no pueden evitar que los pacientes golpeen la cabeza contra el suelo ¡*pom-pom-pom!* o arrasen con lo que queda de la L-DOPA derramada – Busner se esfuerza y suda calderadas del yeso pegajoso que ha enrollado en torno a la manecilla del palo, un hierro número siete que cogió en un puesto de Beresford Square cuando fue a echar un vistazo. Albert sonríe al mirarse los pies, plantados grumosos en sus calcetines largos de lana sobre las tablas desnudas del vestuario. Sonríe y piensa que la conciencia de una astilla siempre es a posteriori – puede oír a Mayhew y Arbuthnot moviéndose tras él, tapados por las chaquetas que cuelgan de los ganchos que hay sobre los bancos. Hay un olor característico de transpiración profundamente arraigada – sudor producido, de manera igual de identificable, por el ejercicio inútil – mezclado con *linimento, aceite de linaza y gutapercha...* luego llega el brusco raspar de una bota con tacos, el suave sonido de cuando se abrochan los pantalones de tela escocesa – pero él no tiene ropa de especialista que llevar o equipamiento que preparar, lleva los pantalones de su tercer mejor traje para la oficina, una camisa fina de franela y su viejo jersey de críquet Bancroft. Albert sonríe otra vez: piensa que se meterá las perneras de los pantalones en los calcetines largos – eso concederá más libertad a su golpe y les dará un aspecto de pantalones de golf. — Cuando lo llevaron a la oficina del Supervisor, el hombre no entendía qué hacía el palo de golf metido bajo el brazo de Albert – o no se había dado cuenta. Fuera como fuese, Albert se abstuvo de mencionarlo y los dos fueron a inspeccionar los Edificios de Riesgo, las fundiciones y los talleres de maquinaria, con el palo todavía en la mano. En un momento empleó la empuñadura – entonces sin vendar, su gastado cuero abierto – para golpear la tapa de bronce de una carcasa que había sobre una mesa de trabajo, a fin de levantarla y examinar si estaba bien pulida bajo la luz de *satén* que *pendía* de las altas ventanas. ¿Qué había pensado el Supervisor? Probablemente que este era algún nuevo tipo de bastón de mando, puesto que, aunque también era civil, parecía terriblemente aturullado por tener que tratar con otro – otro que también estaba, potencialmente, en una posición tan elevada. En una o dos ocasiones había llamado señor a Albert y se había cuadrado. El Supervisor era un hombre mucho mayor con un cuello de pajarita y un abrigo cortado al estilo de los años noventa, con una complexión – que Albert

imaginaba normalmente rubicunda – blanca como la lejía a causa de los nervios. Quizá el porte tieso como un palo de Albert hubiera desconcertado al hombre – aunque no estaba destinado a impresionarlo, ya que era un producto totalmente legítimo de *tanto fútbol y tanto críquet*, y, últimamente, ahora que el señor Wilton se había salido con la suya, *veladas robadas en el campo de golf*. Se movía, lo sabía, con la elegancia inconsciente de un atleta y, aunque sus superiores confiaban en Albert por su excepcional capacidad mental, su razonamiento y su memoria, mientras *endurecían la resolución que tenían con su probidad intachable*, él, en cambio, confiaba en su cuerpo... *ruibarbo de tronco largo, verde pálido y fantasmal*, criado con la composta de montones de estiércol en los huertos de Surrey. Ruibarbo en el pastel de anoche que puso ante sus inquilinos la señora Hedges, su corsé barato tintineando, su cara de bulldog rebosante de pliegues de placer. Si fuera *aceptado por la bella Rosalinda... por los suyos...* sería el fin de esta simplicidad doméstica: nuevos muebles, cosas para el parto – todo el lío necesario para la ropa de bebé y *pagar*. Ella podría, pensó, traer *setecientas u ochocientas al año*. Pero eso eran *imaginaciones ociosas*, estaba muy lejos de cortejarla – solo la había visto una o dos veces, se había quitado el sombrero cuando ella y su ilustre tío bajaban por las escaleras del Ministerio. ¡Pensar en eso era una *completa insensatez!* Aunque, ¿acaso no la merecía, o algo como ella? ¿No había sido *limpio*, no había pegado el ojo al clavo que atravesó la mano de Nuestro Salvador, sin permitir que se perdiera en un *corpiño cerrado con holgura*? Allí sentado, un domingo tras otro, buscando dinero para meterlo en el saco de velvetón junto al banco de misa, escuchando con el oído de un experto el *gemido bronquial* del órgano sin restaurar de St. Jude, Albert ve el catecismo a la misma luz que la Tabla Estadística Anual compilada por la Oficina de Información de Su Majestad: se los sabe de memoria, y los dos aseguran la conservación de su Fe en la Trinidad del Rey, Kitchener y el Mago Galés<sup>60</sup>.

¿De’Ath? – ¿De’Ath? Albert no lo oye, hasta – Digo, Death, que si no nos damos prisa quedaremos detrás de esos cuatro – lo cual llega acompañado de una inédita mano sobre su hombro, Albert no se da cuenta de que esas dos sílabas se aplican a él tan personal como legalmente. Mayhew, *torcido* por su pesada bolsa, sonrío a Albert, hoyuelos comen las pulcras puntas de su *bigote de corcho quemado*. Cuando salen del vestuario y cruzan ante la grandiosamente llamada sede del club hacia el primer tee, Albert evalúa los *andares de perro lurcher* de Mayhew – quizá sea demasiado pequeño para llevar su propia bolsa, pero eso no importa mucho: críos pobres llegan corriendo desde las sombras harapientas de las mimbreras que hay junto al arroyo, desesperados por arrastrarla por tres peniques o menos. Además, en el tren hacia Hanwell, Mayhew ha admitido tener un hándicap de una sola cifra. No es virtud o habilidad mía, ha suavizado – al parecer, la casa de la familia Mayhew daba a un campo de golf. Había habido veranos en la playa enredando en las dunas de arena y en los campos cerca de Rustington – luego un Medio Azul<sup>61</sup> en la universidad. Mientras el tren, que paraba en todas las estaciones, avanzaba lentamente por la línea Great Western hacia Royal Oak, Acton y Ealing, el superior inmediato de Albert se deleitaba con su propia modestia. Albert estaba agradecido por la presencia de Arbuthnot, a quien Mayhew había presentado como alguien *que hacía algo muy tedioso en el Banco*, pero que iba *engalanado con tanto estilo como un corredor de bolsa judío*, con cubrezapatos de

color lavanda, una franja de seda en el sombrero y un ojal *lo bastante grande para un abejorro*. Arburthnot solo parecía haber estado esperando que el tren saliera de Paddington para sacar su petaca y pasarla, diciendo: Para que Su Majestad se fastidie, beberé mientras dure la guerra. Y, en cuanto a las *sandeces* de Mayhew, no tenía pelos en la lengua: Ya basta, Mayhew, viejo. Al oírte hablar uno pensaría que no aprendiste a jugar al golf, físicamente hablando – ¡que fue todo cosa del Espíritu Santo! Arburthnot, su semblante carnal donde se mezclaban el azul y el rojo *carne podrida de oveja*, se ha reído en voz alta – se ha reído el último. Ahora, limpiándose los labios saturninos y llenos con un pañuelo blanco y pasando su bolsa bien provista a uno de los caddies, Arburthnot ve que Albert todavía lleva solamente los dos palos que tenía en el tren – el hierro siete y otro palo igual de viejo – lo observa y absorbe también el desorden del traje del joven que, en la claridad del día de mayo, presenta un contraste brutal con su acicalada ropa de golf: calcetines elásticos de tela escocesa, pantalones de golf de color verde pálido que favorecen sus muslos poderosos, y un jersey a juego cubierto con un surtido de cinturones y tiras. Dice: ¿No tiene otros palos? Y cuando Albert lo admite, el banquero continúa: Bueno, puedes usar el que quieras de los míos – maldita sea, quizá prefieras dejar esos y compartir la bolsa. Uno no sube tanto y tan deprisa en el Servicio si se ofende – no es que se vuelva incapaz de percibir las frases que, intencionadamente o no, puedan provocar la ofensa – pero el banquero quiere decir exactamente lo que ha dicho y eso encaja perfectamente en todo su comportamiento, con su igualitarismo fácil y natural, muy distinto al de Mayhew, que, al oír ese intercambio, se apresura para intervenir: Vaya, De’Ath, debería habérselo ofrecido antes – por supuesto, haga lo que quiera. Y cuando Albert pone reparos: Gracias, señor, y gracias, señor Arburthnot, me quedaré con estos, estoy acostumbrado a sus, eh, peculiaridades y para ser sincero me gusta el reto, Mayhew insiste torpemente: Vamos-vamos, De’Ath, no creo que hagan falta esas formalidades en el campo – todos somos golfistas antes que nada y solo en segundo lugar... antes de quedarse confuso, tan incómodo le resulta decir caballeros. Albert siente cierta comprensión, porque aprecia el brillo de su propia impostura: en modo alguno simula ser lo que no es, mientras que su acento plano y neutral y su dicción perfecta ya no dan el menor indicio del chico del Repugnante Fulham que fue. *No tenga más, señora Moore, No tenga más, señora Moore...*<sup>62</sup> No es así: habría miles más como él *reclutados en los pasillos por el Cafre de Ojos Blancos...*<sup>63</sup> Albert comprende mucho mejor que sus compañeros que la guerra siempre es una oportunidad. Al final Mayhew consigue expulsar: ...funcionarios, luego se agacha para colocar su tee, se pone recto, se bambolea, mira hacia donde la calle serpentea entre robles majestuosos, dobla con elegancia una rodilla mientras la cabeza del palo sube, corta el aire y golpea. La pelota rebota una vez, dos veces, luego desaparece en la espesura – sea cual sea el lugar de donde se deriva el hándicap de Mayhew, medita Albert, no puede ser de su golpe. — Caminando por la avenida soñolienta desde la estación de Hanwell, pasando ante dos nuevas villas y una vieja rectoría con su viejo tejo y sus aceitosos cuervos, Arburthnot y Mayhew han hablado del traslado de las reservas nacionales, las sacas y sacas de soberanos de oro que se habían llevado al Banco – tantas, ha dicho Arburthnot, que la policía de la City detuvo todo el tráfico en King William Street para que los camiones a motor y los automóviles – e incluso los caballos de tiro que usaban algunas de las

sucursales locales más grandes – pudieran formar una cola ordenada. Un ama de casa que castigaba una alfombra en el jardín delantero de una de las villas se ha detenido y ha mostrado una bonita sonrisa mientras los tres hombres pasaban. Albert ha visto en el lado más alejado de las vías del tren el campanario negro de la capilla, las chimeneas de ladrillo rojo y las construcciones umbrosas del Manicomio del Condado. Probablemente traían a los lunáticos por carretera o por ferrocarril – pero ¿por qué el Grand Junction Canal? Oía sus gritos *salpicando los muelles usados para el carbón... mujeres lunáticas...* ahora las clasificaban según la utilidad de su esfuerzo – ¿por qué no niños, entonces, o quizá imbéciles? Después de todo, servirían igual de bien como *carne de ametralladora*. La diferencia que significaba un año – ¿dónde estarían dentro de tres? *Ji, jo, le metió un empujón, y la pobre vieja se dio un coscorrón, Ji, jo, Un coscorrón...*<sup>64</sup>. Ahora, tras observar los matorrales que ocultan durante un buen rato la pelota de Mayhew, Arbuthnot se inclina y pone su propio tee, diciendo: He esperado hasta ahora para proponer mi apuesta. Los dos caddies que han cogido ríen con disimulo – y los cuatro que no, y que se sientan con los tobillos cruzados en una hilera a unos metros de distancia, también ríen con disimulo... *los sicofantes de los sicofantes*. El trasero de Arbuthnot presenta una expansión caudalosa... *barcas que navegan río abajo a toda vela...* pero cuando se endereza lleva uno de los nuevos billetes de diez chelines, nuevo entre sus dedos y con la firma de Bradbury flotando en el cielo y enmarcada por *cirros altos y escasos...* Se lo daré al mejor de mis compañeros, dice, o me lo quedará para siempre. Mayhew vuelve a meter la pata... *chapotea, el Lusitania*<sup>65</sup> *lo arrastra...* – ¿No cree que es un poco excesivo, amigo mío?, y completa eso señalando con el palo a Albert, que dice rápidamente: En absoluto. De hecho, si me lo permite, señor Arbuthnot, ¿puedo doblar la apuesta? Y saca un billete de una libra de la cartera. – Ya ven que tengo uno de estos nuevos instrumentos *perspicazmente preparado precisamente en previsión de esa posibilidad...* Arbuthnot asiente vigorosamente – y Mayhew no tiene otra opción que añadir una libra al bote. Arbuthnot se coloca en posición, que es *brutalmente compacta*. Logra la difícil hazaña, para un hombre tan grueso, de alzar los brazos perpendicularmente. Albert piensa que hay demasiada fuerza en el golpe, aunque el palo choca con la pelota con un limpio ¡crack! de forma que asciende, silbando débilmente, en una abrupta *parábola de Minniefer*<sup>66</sup>, que, no mucho después de alcanzar su cénit, calcula Albert, pasará su objetivo de largo. A doscientas cincuenta yardas par 4, donde los robles trazan un reloj de arena, disparar sobre ellos suponía arriesgarse a *que el ordenanza cayera al cráter de una mina en la parte trasera del Foso 8* – que es lo que le ocurre a la pelota de Arbuthnot. La opción más segura es *un fuego de cobertura* en la *tierra de nadie* ante los árboles, emplear un hierro de media distancia para apuntar al green – que es lo que hace Albert, pese a no tener driver ni hierro adecuado. Comprende cada arañazo y abolladura de su palo, conoce el ángulo de sus superficies con una precisión que alcanza varias cifras decimales: una vez que ha calibrado el swing no necesita realizar ningún esfuerzo, solo permitir que *el percutor* contacte sin obstáculos con *el cartucho* de forma que la pelota *se dé un coscorrón* hasta pararse a unos veinte metros de los árboles. Mayhew necesita dos golpes para salir de la espesura, Arbuthnot tres para explotar fuera del búnker, mientras la arena rocía desde su *búsqueda porcina*. Avanzando hacia su lie perfecto, Albert cambia de palos, se inclina hacia atrás y golpea y

levanta la pelota por encima del bordado de robles. Una limpia chuleta cae al suelo y se toma un tiempo para asentarla antes de levantar el hierro victorioso avanzando hacia el green, gritando: Lo siento... Los dos hombres de más edad miran en silencio mientras, usando el revés plano del palo, Albert mete la pelota a siete metros. Con la prueba de las debilidades de sus compañeros proporcionada por el primer hoyo – y sin más conocimiento de los otros diecisiete al margen de su longitud y su par, tal como los explicaba la nota en el club – Albert ya lleva ventaja. Casi seguro, piensa, que gana con menos de trece golpes – catorce si hay una circunstancia imprevista. De camino al segundo tee Arbuthnot se detiene para encender la pipa e indica con la cerilla que Albert debería *demorarse con él*. ¿Es usted, su boca *de carpa* soplando *burbujas de humo*, un hombre de Sam Montagu o de Lloyd George? Sus ojos de pesados párpados han perdido la hilaridad vidriosa que tenían en el tren – su mirada no es fría sino evaluadora. Albert contesta: No creo que sea un personaje de suficiente estatura como para que cualquiera de esos dos caballeros se haya fijado en mí... Sus ojos vagan al otro lado del tee, donde Mayhew ejecuta curiosas flexiones de rodilla. No creo, dice cáusticamente Arbuthnot, que el señor Mayhew tuviera suficiente estatura como para que esos caballeros se fijaran en él, si no tuviera un Número Dos tan capaz. Algún Ahrensmeyer<sup>67</sup>, o Datas, con perspicaz agudeza, debe sentarse dentro de ese *tonel de hombre*, que ahora mete la cerilla entre *dos tablas*. Albert dice: Si no le importa que le pregunte, ¿cuál es exactamente su puesto en el banco? – Oh, v-vamos-vamos, señor De'Ath, creo que puede hacerlo mejor, pero ya que pregunta... hay *banderines humeantes por encima, un diente de león aplastado debajo*... me aseguro de que haya suficientes fondos disponibles para que su nuevo Ministerio pueda cuadrar las cuentas de inmediato – ¿cuándo empezará en el Arsenal? Se gira y se mueve por la niebla *de estrella blanca* hacia el segundo tee. Extendido a lo largo de más de cuatrocientos metros en una *s* larga y perezosa hasta Uxbridge Road, y rodeando el riesgo obvio de la represa de un molino, el hoyo favorece a quienes son capaces de *conducir sus fuerzas a un rápido avance*. El caddy de Mayhew se agacha para colocar su tee, Mayhew se agacha para colocar su pelota – balancea el palo y los hombros, establece su posición, luego otra vez *balancea, establece* y de nuevo *balancea, establece*. Los hombros de Albert se retuercen compasivos – ¡lo último que desea es que su jefe *quede mal!* El golpe es correcto, aunque Arbuthnot lo supera en al menos cincuenta metros. Los dos hombres juegan eficientemente hasta el green, mientras Albert se rezaga juiciosamente antes de empuñar inmisericorde el hierro para meter un chip and run de veinticinco metros. Y así los tres hombres dividen el hoyo en tres golpes cada uno, 1 sobre par. Los cuatro siguientes, que llevan a los golfistas hacia el pueblo de Southall antes de que su flanco gire junto a un camino y retrocedan hacia el este en dirección al Río Brent, son *una balsa de aceite*: amplias calles, complacientes búnkeres y anodinos montículos. Albert no tiene que esforzarse demasiado para convencer a Mayhew de que su habilidad está *en ascenso*. Arbuthnot, sin embargo, mira a Albert de forma extraña a los ojos a intervalos regulares. Podríamos, dice, mientras se quedan observando a un hinchado Mayhew que emprende más flexiones de rodillas, haber jugado en el campo de Brent Valley, también soy socio. También varios judíos, Mayhew añade a propósito del nuevo gabinete, y tengo entendido que necesitan un autobús para llevarlos por los nueve hoyos, de lo vagos que son. – ¡Y

tacaños! añade Arbuthnot, y los tres se ríen – él es quien ríe el último. En el noveno tee Albert se da cuenta de que se ha quedado sin energía a causa del esfuerzo de controlar su swing: su espalda está *galvanizada* por la tensión, un esfuerzo que *se enrosca* en sus brazos, *picoteando y rasgando* sus nervios y ligamentos con afiladas *puntas*. El hoyo es el más interesante hasta ahora: discurre a lo largo de ciento veinte metros por una suave pendiente, hasta donde una pantalla de alisos oculta el punto en el que dobla la calle. A través del *verdetemploroso* de las hojas, altas en la orilla más alejada, Albert ve el banderín que perfora el riñón de césped cortado – es mero espíritu deportivo señalar a sus compañeros que el *río es solo una distracción*. ¿De verdad?, pregunta Mayhew, pisando el suelo con la punta de su zapato, *tanteando en busca de minas*. Reforzado por las directrices ocultas de su subordinado, empieza a interpretar el papel de *vencedor magnánimo*. Albert dice: Creo que aquí es donde el arquitecto del campo ha prodigado toda la imaginación de la que carecen los hoyos que hemos visto hasta ahora – apuesto a que detrás de los árboles hay un elemento acuático junto al río. Mayhew vuelve a balar: ¿De verdad? Cuando lo importunan intimidantes telegramas del Frente *la soberbia es una máscara que Mayhew lleva a menudo* – eso es lo que Albert ve que oscurece sus rasgos y a través de *agujeros cortados* sus ojos *húmedos y poco viriles* escudriñan la media distancia. ¡Idiota! Tu país no te necesita... Porque Mayhew ha pedido un hierro 3, donde cualquiera salvo el más experto jugaría en corto, aceptando dos tiros al green como el precio de un poco arriesgado par 3. Ahora no hay nada que Albert pueda hacer para salvarlo – ni tampoco todos los *jóvenes hermanos de rostros lechosos en una fiebre de terror* que han sido desperdiciados en esta *maniobra desesperada*. Tan hundido está Albert en ese desprecio que descuida observar el bandazo femenino de las rodillas de Mayhew – solo es consciente de la repugnante lentitud de la pelota, remolcada hacia arriba a través del aire engañosamente conciliador por *pinazas de humo que silban hacia Constantinoplas de nubes*. El zumbido, las balas de ametralladora – o eso ha oído Albert que señalan los oficiales de permiso: el zumbido sierra las cosas blandas – *carne, ropa, tejido cerebral...* Lo mismo ocurre con la pelota de Mayhew, que, ganando una altura insuficiente, se detiene fatalmente, es desviada por el viento que zumba y cae. De forma atípica, Albert imagina esto: la lágrima en el cieno bilioso, la superficie lunar cubierta de hoyuelos que surge en el agua estancada y sangrienta. Se obligará al caddy, piensa, a revolcarse dentro y recuperarla – sin voluntad, solo una *docilidad tarda y hambrienta*. De pronto lame la punta metálica de su ira ¡Le he dado muchas oportunidades! Es una transformación que *esa rana inteligente* registra de inmediato, pese a ir más de *medio piripi*, y sin que Albert dé, está seguro, otro signo al margen de la exagerada deferencia con la que indica a Arbuthnot que pase antes que él en el montículo. El banquero juega sin arriesgarse, su pelota *con un coscorrón* baja la pendiente hasta yacer justo como debiera para un chip largo hacia el green. Hay un momento en la construcción de un swing de golf – o eso cree Albert – en el que el jugador alcanza ese estado mental que describen los santones hindúes: en posición de yoga – los brazos elevados y alejados, toda la longitud del torso *girado precisamente sobre el bípode* – la fuerza se vuelve enemiga del cálculo meditativo de los ángulos: el arco que describirá la cabeza del palo y el de la pelota golpeada una vez. *Todo está decidido* – el golpe es una conclusión fantasmal, *vacía y sin forma*. Además, el conflicto no es con sus aparentes competidores

– que son criaturas débiles, sus rasgos *pobremente moldeados en plomo blando* – sino con el campo, esa franja de tierra por completo arbitraria, cuyos enmarañados y pequeños valles boscosos y prados en los que no se ha pastado se han investido de un significado terrible y fútil. El campo no carece de culpa – ha *atraído este fuego sobre sí* a causa de su propia marginalidad. Sus rasgos manifiestos, arroyos, arboledas, olmos aislados y venerables, ya no significan nada, de hecho, solo están allí para aportar una orientación con la que los contendientes pueden calcular el espacio. El largo cuerpo de Albert se relaja y rebobina y, mientras vuelve a relajarse, siente en todas sus fibras la perfección del golpe – el hierro número cinco, él mismo, los dos hechos solo para este momento. Bravo, murmura Mayhew – los tres, los caddies y los curiosos, todos flotan con la pelota de aire, que sube y sube la columna neumática un largo instante, luego se equilibra y finalmente cae. Todos anticipan el *coscorrón* en el green, el blanco *rabito del conejo* invisible – pero no hay nada. Parece, dice Mayhew mientras siguen, que usted también ha fracasado. Arbuthnot sonríe con su sonrisa de sapo y sin labios – ¡mi ira le divierte! Y todo se desarrolla como Albert había previsto: el caddy metiéndose en la sucia charca desviada del arroyo, mientras Mayhew, cada vez más alcoholizado, camina por la ribera, voceando órdenes. Solo cuando Arbuthnot pone una mano pesada sobre su hombro se tranquiliza, acepta los dos golpes de penalización y la nueva pelota. Mientras los dos juegan para subir hacia el green, Albert acecha el interior, separando *copete* tras *copete* de hierba, viendo cada vez solo lo que le espera: partes de una vieja haya, un amento, una zona de *excrementos secos de oveja*... Albert desdeña sus propias dudas, aunque sigue siendo importante que sea uno de los demás – aunque quizá no necesariamente Mayhew – quien, al retirar el banderín para recuperar su pelota, grite asombrado: ¡Oh, vaya! antes de inclinarse para sacar la segunda que está acurrucada en el agujero y llamar a Albert: ¿Tiene la suya una señal que recuerde? Albert responde roncamente: ¡Tres corazones! No oye la sucinta felicitación de Arbuthnot ni la fingida de Mayhew – ignora los irregulares gritos de los caddies y los curiosos, avanza dando zancadas hasta el siguiente tee, *libera la rueda dentada, echa el bípode hacia delante, ajusta la rueda dentada*, se establece en su posición, agarra el palo, *dirige rápidamente los ojos hacia el horizonte, toca la rueda con resorte para ajustar el objetivo, sube la manivela y abre el fuego de cobertura*, tras el que puede incrementar su reputación. Dos hoyos bajo par seguidos – un águila en el duodécimo. Si la primera mitad de la partida se distinguía por una terrible estasis, mientras la impostura de Albert los tenía a todos bajo control, ahora hay una delirante liberación en guerra móvil, a medida que el trío cuarteo la zona restante del campo, y luego vuelve a cuartearla. Hay palomas junto a la zona de espino blanco del decimoséptimo tee, sus cuerpos *asquerosamente rechonchos* se retuercen entre las espinas. Es *estar listo*, y hacia el oeste el sol se filtra entre nubes cargadas de agua, hacia el este todas las Mary Annes y Mays de las villas de Castlebar Hill y Drayton Green comprueban cuidadosamente sus hornos ahogados: hay que llevar carbón para las casas en cochecitos, veinticinco kilos cada vez. El flujo de trabajadores que regresan de la estación ya está asfixiado por la muerte – mientras el humo se eleva rojizo de las chimeneas y los arroyos hacia el próximo amanecer. Apunta la plata de una repentina tormenta de primavera – y en el decimoctavo tee está en pie Mayhew, rechazando el paraguas que el caddie ha sacado de la bolsa y abierto. – No, hombre, no

puedo ver debajo de él. Está el *tirón* y luego el *nuevo tirón* de barro en las botas de Albert mientras caminan hacia el club – caen terrones de ira y se siente *inclinado a la indulgencia*. Mientras esperan su turno para usar la rasqueta para las botas, Mayhew y Arbuthnot pagan a sus caddies con los florines y medias coronas de los bolsillos de su chaleco antes de sacar carteras de su tweed de animal mojado. Asombroso, dice Mayhew cuando entrega el billete de una libra, ¿cuánto ha sido al final – seis, siete golpes? Albert es conciso: Catorce. Mayhew canturrea tristemente: Y todo eso con dos palos – sin driver, sin putter... Aun así – se pellizca su bigote de pantomima – hay quien diría que tener solo dos facilita las cosas, porque elegir el palo adecuado es parte de la habilidad... que... requiere el juego... Se queda en silencio. Albert acepta el billete de una libra de Arbuthnot y la mano de los dos hombres – se apoya sobre su palo y su hierro cinco *el noruego en el Polo*, mientras se pasan la petaca, luego usa la cabeza del hierro para soltarse la oruga de barro atrapada en el ángulo recto de talón y suela. Aceptaré el puesto en Woolwich, dice, cada palabra *abofetea ligeramente* las mejillas empapadas de Mayhew, hay que afrontar la crisis de obuses. *Encarnada*, la cara de Mayhew es *una herida bañada de dolor indignado*: Y usted... usted es el hombre adecuado para el trabajo – ¿eso cree? Sí, dice Albert, eso es precisamente lo que creo. —Los deja allí, y, agarrando la chaqueta de la percha en el vestuario, se dirige a la estación de Hanwell, las varas de los palos rechinan en sus manos llagadas. En Paddington se da cuenta de que el tiempo ha cambiado de verdad, cuando, abriéndose paso hacia el andén, tiene que inclinarse hacia aquí y luego hacia allá, para evitar las puntas de los paraguas que *disparan* hacia sus ojos – el enemigo del hombre alto en esta *atestada trinchera de piedra*. Tres señoras acechan junto a la barrera de los billetes – la más joven da un paso adelante y lo mira con descaro desde la gruta de paja negra de su sombrero. Albert observa su falda corta a la moda, tiene tobillos delgados – *les attaches fines, dirían los franceses* – dice: Gandul, que él finge no oír. Gandul, vuelve a decir, esforzándose por contenerse mientras cambia el tono de la rectitud a la del decoro... *lo que revela la trampa*. Le golpea el pecho con sus manos enguantadas. ¡Ahora, ahora! Su compañera de más edad *una sosa sin barbilla* la sujeta de las caderas *y alegremente*. Solo tienes que decirlo, Lucy. La tercera del grupo *avergonzada, ¿quizá?* golpea la plataforma lateral con una de sus botas y luego la otra con la punta de un paraguas que Albert reconoce que ha fabricado la compañía en la que su trabaja su hermana. Este *cuero robusto* no lleva sombrero – o más bien su pelo, que lleva recogido en un Mikado, es su sombrero. ¿Qué es esto? ¡¿Y esto?!, grita su asaltante, pero Albert, aunque perfectamente consciente de lo que ocurre, permanece incapaz de intervenir: toma cierta distancia, mirando al hombre alto y flexible, los palos de golf en una de las manos, la parte baja de su jersey de críquet visible bajo los faldones de la chaqueta y la salpicadura de barro en sus pantalones que siguen metidos dentro de sus calcetines largos. – ¿No ve usted, querido señor – no lo ve? Hay hombres valientes que mueren en Ypres, mientras usted – usted... Albert considera que los movimientos de la tercera mujer son misteriosos, casi rituales: la forma en que su falda dividida se mece mientras golpea la plataforma aquí, luego allá. Si fueran tiempos de paz, quizá interviniese alguien, tal como andan las cosas imagina que los transeúntes – que se apresuran, desviando el rostro, con los hombros de las gabardinas frías y grises *ametralladas por la lluvia* – han delegado esa tarea, porque tienen otras más urgentes:

tirar cervezas lagers en los canalones de Charlottenstrasse, arrancar y desmontar sin ceremonias relojes de cuco de las paredes de los cafés, *desvencijar de alguna manera* la complicada filigrana de una sonata de Beethoven... Señorita... comienza Albert, siente la esquina afilada de la carta del ministro en el bolsillo de la camisa y se pregunta si debería sacarla con un ademán ostentoso. Sin embargo, él, que normalmente está muy atento, se encuentra perdido en el vapor y el humo sucio que yacen en un banco por encima de ellos, *con el presagio siniestro del candelabro de gas* – ahí arriba hay cascadas de agua de lluvia sobre las curvas de cristal del tejado, al lado está el *devorador tintineo de los parachoques que se unen*. De alguna manera una larga pluma blanca ha volado a su mano. Apoyando los palos contra su vientre, Albert dedica un tiempo a examinarla, pasando las puntas de los dedos por sus venas *de seda*. Señorita... empieza otra vez, pero ve esto: su enloquecida expresión de triunfo. Se detiene y se da la vuelta, el hierro número cinco y el palo alzados en un saludo arrogante. Cuando lo hace ríe a carcajadas, porque por la expresión de la tercera mujer cree que ella ha deducido – podría ser influencia de su peinado – que Albert es el Lord Gran Ejecutor. La señora Hedges tendrá, piensa, lengua de buey para cenar, *tendida sobre el borde del plato*, todas las papilas se ven claramente desde aquí el depósito del agua y los campanarios de la primera zona del hospital. No distingue la segunda – que, si su recuerdo es correcto, solo tenía una planta – pero no puede decidir si se debe a que la han demolido o a que la primera la oculta desde su punto de vista. —Se ha bajado del autobús en Muswell Hill y se ha quedado mucho tiempo mirando el escaparate de un cibercafé, intentando entenderlo: las pegatinas de plástico adheridas al interior del escaparate donde se anuncia lebara con rostros africanos exageradamente felices, lo cual era, dedujo por el listado de banderas nacionales y cargos asociados, un servicio que te permite llamar a Swazilandia, Ruanda y Gabón a solo tres peniques por minuto. ¿Quiénes son esos felices exiliados, se preguntaba, que largan sin cesar una hora tras otra, mientras su *verbigeración* viaja en ondas por todo el mundo? *No hacía falta* porque en ese momento había salido uno con su *elegante* chaqueta de cuero marrón, de cuyos bolsillos con cremallera sacó primero un teléfono móvil, luego un segundo y después un tercero – instrumentos de comunicación que pasaba de una mano a otra, y cuando tenía dos en una, una y otra vez. Eso molestaba a Busner, a quien le parecía un enorme derroche: tratar esas *joyas de microcircuitos* hábilmente diseñadas como *kombolói*, y luego detenerse para *contar* sus *nódulos*, y retomar una vez más *shk-shk, clack-clack*, arriba y abajo, delante y detrás. Ahora, desde su perspectiva elevada, puede escudriñar sectores enteros del norte de Londres – desde el *Parnaso de Totteridge* hasta los *Campos Eliseos de Epping Forest* – por supuesto, no es que pueda identificar todo lo que hay en medio, aunque el lugar donde esos lóbregos bloques de muchos pisos *se agrupan en desorden* podría ser Edmonton. Sería un tópico y una mentira decir que su nariz lo ha llevado hasta allí, lo mismo que sus pies lo han llevado allí – pies que, hinchados y quejosos, lo han obligado a quitarse sus zapatillas de deporte. —No, sentado en el banco, mirando al otro lado del valle de la North Circular hacia lo que era el Friern Hospital, Busner piensa con una pequeña satisfacción en su primera mañana de penitente. Había salido hacia Kentish Town sin un plan o ruta preconcebida, pero en cada sitio en el que se dividía el camino, el recuerdo, esa ayuda siempre presente, le había mostrado la trayectoria correcta. A

*decir verdad* no importaba lo arbitrario que fuera su tránsito, a Busner *la conciencia me podía haber sacado del agua – mi espora, mis coprolitos, mi enrollado desastre, se esparcen ampliamente*. Todas las ofensas son elaboradas, se da cuenta con retraso, porque el perpetrador no limpia después – por alejarse primero y después mantenerse lejos. Detrás de él siente el interior cavernoso del edificio, sus acres de suelo podrido, las baldosas que caen de sus *altivos techos*... Es, le parece a Busner, una cosa no amada y nada amable: París tiene el Sacré-Coeur, Río su Redentor vestido de nubes, pero ¿qué estaba en lo alto de Londres? – *Ally Pally*. Sin duda en el comienzo había habido botes, una montaña rusa, el sonido divino de un órgano único, el empastado mugido de banda de metales – toda la atareada relajación de esa era imperial. Aun así, cada vez que se había aventurado dentro – no importaba en qué década – Busner se había topado con los mismos pantógrafos chapuceros de la municipalidad: una cortina de bambú perdida en un vestíbulo estridente, pantallas autónomas de nailon neón-índigo que ocultaban a duras penas sillas doradas amontonadas a una altura que triplicaba la de una persona, varas de manchas lúgubres que hacían túneles hacia *mausoleos de cocinas*... ¿*Betja—, Betje—*? No, nadie podía presentar un argumento en su favor – pero ahí seguía. *Había ardido – ¿cuándo?* Un par de veces al menos y sin duda *se llevó una buena* en la guerra, pero era sencillamente *demasiado grande como para resultar destruido*. Busner hizo una mueca: el fuego era para el hospital una técnica agrícola, que se limitaba a barrer la deriva muerta de viejos carros para llevar la comida de forma *que pudieran surgir nuevos brotes de la misma antigua decrepitud*. Tienes pies de trol, dice un niño que ha llegado a su banco y los mira con desprecio. Busner huele un aliento salado y registra un masticar que, pese a que solo en este momento ha llamado su atención, todavía parece incesante. El niño – ¿*un chico?* – lleva una especie de bata con la cara de un dibujo animado *que también hace muecas*. El niño mueve sus pequeñas mandíbulas una, dos, tres veces, luego *signo del cazador de moscas: una flexión en forma de tic*. Soy... empieza Busner, y su imaginación se endurece hacia esta convicción... un trol. Los ojos del niño se abren de forma agradable – pero entonces llega su madre, un cochecito de rayas azules y blancas zigzaguea desde los extremos de sus brazos fugitivos. Previsiblemente, es *anoréxica – una secuela bastante común de la depresión posparto no diagnosticada*. Le encanta que aleje al niño y lo ate en el carro, tirando del cinturón de forma que su ropa se plisa. Carros dobles *segiranmueven* sobre el sendero liso, no dejan nada detrás salvo esto: la pequeña cara hacia él que sigue masticando, todavía *con un tic en la lengua, todavía devorando al trol*. En unos segundos están en la terraza que hay debajo de Busner ¿*tengo hambre?* luego han desaparecido. Algún signo histórico había brillado desde lo alto del Palacio, eso lo sabía: una marioneta de madera fragmentada en sus ondas constituyentes y después *unida de nuevo a dos o tres kilómetros de distancia por hábiles escoceses*. – Con la uña del pulgar levemente infectada de hongos Busner rasca la planta del otro pie – ¿*qué le había dicho a Mimi?* El Palacio del Placer y el Palacio del Dolor se enfrentan a ambos lados del pozo de la desesperación suburbana. ¿*Y qué había contestado ella?* Nada. Uno, dos o tres... unos años más tarde, después de *alejarme de toda la mierda que había hecho*, se le ocurrió a Busner que quizá le hubieran afectado paradójicamente todas las horas que había pasado encapsulando L-DOPA para él, rodeada de esas nubes de polvo dopaminérgico. En contraste con el patio de esculturas

que había comisariado en la Planta 20, con cada sucesivo encuentro ella parecía perder la capacidad del movimiento voluntario: de pie y solitaria junto al banco, menuda en su bata blanca, con sus rizos rubios abultando por debajo de la redecilla para el pelo, con una nariz simiesca por culpa de la mascarilla, con la frente húmeda de sudor – ¡*Vamos, Química!* Se había burlado de ella – pero no hacía falta, sus ojos estaban fijos en sus propias manos mientras desplegaban *tics en torno* al equipo, echando, midiendo, dando golpecitos, maniobrando y girando a medida que interpretaba el *muy real recuento de monedas necesarias – o eso creía yo – para poner fin a la imitación parkinsoniana*. Solo cuando nos tocábamos se liberaba, su líquido sinovial fluía y sentía que su rigidez muscular se licuaba en espasticidad. Bailábamos lentamente por el laboratorio, su cara enterrada en mi hombro, *Ne-naa, ne-naa, dulce*<sup>68</sup>, ella murmuraba sobre esto y aquello, una palilalia cada vez más estridente en la que los nombres de sus colegas, sus malas prácticas y la plomiza estupidez de la administración se *mezclaban en una ensalada de palabras*. Con mis labios apoyados en su cuello, notaba cómo se aceleraba su pulso: *cientoveinte, ciento-treinta, ciento-cuarenta, ¡necesito mis caramelos gratis, guey-hey – !* Una cancioncilla marchosa, puntuada por el *chasquido-del-látigo-en-el-arroz-con leche del rimshot de la caja de la batería*. Nunca se hablaba de prometido o de esposa – así es el oscuro espejo del adulterio, en el que ambas partes eligen no ver nada, en cambio, que ella le dejara faltar a una cita en la Asociación para la Planificación Familiar daba licencia para todo —así que, mientras pasaban las semanas y luego los meses, nuestra forma de hacer el amor empezó a caracterizarse por extrañas nociones y las mociones que las acompañaban: una silla de ruedas abandonada en un pasillo era requisada para mecanizar nuestro coito, mientras que en otra ocasión hurtamos la grúa móvil que se usaba para meter a los pacientes parapléjicos en la bañera. Nos abrazábamos en las esquinas y contra la parte baja de las estanterías. *Disnea...* Jadea, esto – ¿su pulgar?– *totalmente metido en mi ano es caprichoso...* su lengua, que traza *círculos en torno mi oreja... compulsiva*. Echada hacia atrás, a horcajadas sobre mí, la posee una masa de manías subhumanas y aun así su pulso se sigue acelerando: *ciento cuarenta, ciento cincuenta – si fuera mi paciente, le administraría una dosis enorme de barbitúricos por vía parenteral*. Pestañea, rechina los dientes, sus hombros se agitan con un temblor terrible mientras su vello público se rasca frenéticamente contra el mío, *Uno para mí y otro para mí, Perdóname – ¡hacen tres!* En un equilibrio imposible, como nunca podría estar un alfiler sobre su punta, a un lado el abismo del frenesí, al otro el del estupor – sin advertencia llega ¡la inspiración de un leviatán! ella contiene la inspiración durante diez... veinte segundos... medio minuto agónico, a lo largo del cual él debe asumir la iluminación de Rembrandt: sus pechos se mueven, fuera de la ropa, su sucia cara de querubín, su pelo recogido como una esfera dorada. Y más: el hedor del exceso de lejía sobre el linóleo pelado, la disensión a media distancia de un interno angustiado que termina con un portazo, el polvo de la medicina que le hace cosquillas en la nariz, antes: ¡Paaaaaaaahhh! Un aliento a cacahuete es violentamente expulsado y él es empujado a un globo de sal lleno de migas, motas, animáculos que giran en espiral, aceite de pescado, pasta de papel pintado, baño – placer. Pronto tendrá que *aprender de nuevo la compleja secuencia de acciones necesaria para ponerse en pie...* ¿Qué fue de Mary Quant? Max Factor. —A mí no me gusta, dice Enoch Mboya, no me parece divertido.

Bueno, se burla Busner, estás siendo obtuso además de mojigato – ¿qué eres, una especie de Mary Whitehouse?<sup>69</sup> Mboya coge un pellizco de piel color roble entre pulgar e índice, lo escudriña, luego contesta: Ni de lejos. Se ríen nerviosamente – ahora están *metidos hasta el cuello*, los dos, *conspiradores, en realidad*. Han obtenido la autorización de Whitcomb para comprar L-DOPA, pero este, aparte de echar un vistazo al artículo que Busner le ha puesto delante, no ha mostrado el menor interés por el ensayo – lo que está bien, porque no es un ensayo en absoluto, ¿ya que no hay control! Suelta una risita, y Mboya, que está metiendo la última tanda de cápsulas en el compartimento de una bandeja, lo mira con una expresión de reproche. Últimamente Busner tiene la sensación de que este enfermero jefe *me lee el pensamiento*, así de injertados están. Busner pronuncia su siguiente: ¿Qué sentido tendría un control? – aunque solo repite lo que han dicho muchas veces en las semanas anteriores a la administración del medicamento al selecto grupo de pacientes, y muchas más en la ansiosa semana posterior. Realmente, dice Mboya, no tendría sentido un placebo: no saben lo que les estamos dando y nosotros tampoco, por cierto. Los dos osados psiconautas tienen escrúpulos: el consentimiento familiar se ha obtenido caprichosamente en el mejor de los casos: un impreso que compuso Busner pero mimeografió Administración y en términos vagos describía el experimento. Mboya, Inglis, Vail y otros encargados del cuidado de los pacientes posencefalíticos se los han dado a los pocos parientes que todavía visitan, y cuando lo llamaban Busner se ha ofrecido a responder sus preguntas. En esos encuentros usa la apuesta de una jugada médica que desprecia: hablar con tono condescendiente a menos que ellos muestren mejores cartas. Ante muy pocos de los pocos – solo uno o dos – admite: No sabemos mucho, la L-DOPA ha producido algunos resultados terapéuticos con enfermos normales de Parkinson, sin embargo, esta es una forma distinta de la enfermedad – si es la misma enfermedad. Se abstuvo de añadir: Además, ¿qué tienen ellos – no digamos usted – que perder? Tampoco señaló que esos *cuerpos que picotean, se mecen y se rellenan apenas son humanos*, y son a todos los efectos *patos cojos* cuyo subsidio gubernamental podría – de forma totalmente razonable – haberse retirado años o incluso décadas antes. ¿Por qué dejar vivir a estos fabricantes de mierda? Los hijos de los enquis parecían haber sufrido las consecuencias de la enfermedad – prematuramente envejecidos, cojeaban hasta la planta. En su cabeza, Busner siempre los imagina llevando gabardinas de neutralidad prebélica, o apoyándose en paraguas malos. Sus camisas de nailon estaban húmedas y mohosas – eran Harold Steptoes<sup>70</sup>, hijos huérfanos de padres que seguían vivos, seres biológicamente adultos pero que sin embargo *rechazaban todas las ocupaciones de la vida – financieras, emocionales y sexuales*. Por supuesto, entendía que esos hijos y esposas que seguían visitando debían seleccionar precisamente esas características, después de todo. ¿Qué poco habías de tener en tu vida para dar prioridad a esa tarea desagradecida – y francamente inútil? ¿Vamos?, dice Mboya, *el obispo copto con su bandeja de obleas* – y así su ronda empieza, puesto que ninguno de los dos confía en que otro distribuya el valioso sacramento, especialmente ahora que han elegido – Mboya está incluido en la decisión clínica – aumentar la dosis en grandes cantidades. Cien, doscientos – hasta quinientos miligramos se podían dar en una inyección de liberación retardada, pero no gramos enteros. Habían aumentado la dosis, y habían restringido la

asignación a solo seis pacientes: cuatro de los oftalmopléjicos soporíferos, que estaban totalmente extintos y sumidos en la catatonía más profunda – los *señores* Ostereich, Voss y McNeil, y la prodigiosa Leticia Gross – y dos que, aun reprimidos, todavía mostraban los movimientos, los espasmos y los frenesíes de la hipercinesia – Helene Yudkin y Audrey Dearth. *Audrey Dearth...* Busner no se siente especialmente culpable por su claro favoritismo, ya que sus alternancias entre el terrible trance de la crisis ocológica y la animada operación de su torno invisible son peculiares, incluso para una enfermedad tan paradójica como esta. Al verla en la sala común, su forma diminuta y frágil envuelta en una silla, le parece que encarna un pasado vivo que elude para siempre al más penetrante de los pensadores – no hay ningún velo de ignorancia, ni ninguna otra partición teóricamente hilada en la también teóricamente cosida tela de la mente, que él – ¡Yo!– *penetraré*, una vez, es decir, *que nos toquemos de verdad*, porque todavía le parece que siguen acercándose uno al otro a lo largo de los quinientos setenta y cinco metros y cuarenta y seis centímetros del pasillo inferior – *acercándose para siempre, pero tocarse...* ¿Listo?, pregunta Mboya. Busner asiente – han asumido sus posiciones, Mboya abre las mandíbulas de la mujer, luego Busner desliza las dos cápsulas, cada una de las cuales contiene un gramo *Acuario de Brighton – premios en forma de pez para los delfines artistas*. Audrey permanece impassible, cautivada por la gravedad saturnal y la extraña superficie de una baldosa de poliestireno suelta un poco por encima de su cabeza. Busner sigue la dosis de L-DOPA de un trago de agua de un matraz, luego vuelve a acariciar su cuello *piel de pollo no engancha* mientras Mboya une sus encías. La dentadura postiza de Audrey vuelve a hundirse en el agua restante *el buzo de juguete en la hora del baño de Mark...* la distorsión en el plexiglás hace de los incisivos *un bugsbunny*. ¿Alguna vez, medita Busner en voz alta, se la ponen? Mboya se encoge de hombros. Hay silencio en la sala común, salvo por el sonido sutil de tragar. Mirando hacia las ventanas que dan al oeste, llenas del sol alto, a Busner le horroriza el extraño planeta blanco que todos habitan y las formas groseramente blanqueadas que pasean por sus superficies planas, *oh, tan despacio...*

Señorita Dearth... ¿Señorita Dearth? No responde *pero oye, oh, sí, oye*. Siguen y repite el mismo procedimiento con los tres conejillos de Indias de sexo masculino, que se encuentran calmados en su remanso del dormitorio de hombres. Busner ha encargado a Inglis que se asegure de que cada mañana levanten, limpien, vistan y afeiten a todos. Fue el sarcasmo personificado: Ooh, per-dó-neme, doc-tor, pero ¿usted quiere que fin-ja que se van de viaje? Con los brazos en jarras, los pechos orgullosos, un rubor rojo en las mejillas. Busner pensaba amargamente: ¿Alguna vez cancelaba su ve-despacito?, pero solo la compensó con sinceridad, diciendo: Sí sí, quiero que finja eso – porque han partido en un viaje muy extraño y no pueden acabar bien con ese olor a orina – o con úlceras de decúbito. ¡Esto es un hospital, no un campo de concentración, enfermera! Que es una condena que él simplemente no siente: las instituciones coactivas, lo sabe, solo agravan la enfermedad de los internos. ¿Qué había dicho Marcus sobre su tiempo en el Hatch? mera *guerra de guerrillas contra la enfermedad mental...* Inglis pertenece, piensa Busner, a la clase de personas que *conocen la clase de persona que soy yo... es absurdo intentarlo...* Y sin embargo: el sexo engendra más sexo, y él está impregnado de él, así que *valdría la pena intentarlo...* El sexo de ella *se abre oscuramente delante de*

*mí... un túnel – un pasillo.* – ¿Hemos terminado?, dice Mboya, y siguen con la cabeza de Busner dolorida por el esfuerzo de contener *el viejo manicomio* tal como era en su apogeo, con sus nueve kilómetros de pasillos y su rígida segregación entre hombres y mujeres, una comunidad hipotéticamente autosuficiente con su propia granja y huerto, su suministro de agua, instalaciones para el tratamiento de aguas residuales, fábricas de gas – ¡gas! – cementerio, cervecería, lavandería, sastrería, zapatería, tapicería y – *de forma más crucial para la solución – ramal ferroviario...* Recupera la cordura con la acción de acariciar el rechoncho cuello de Helene Yudkin *como cuando teníamos el Labrador en Willesden y había que darle pastillas antiparasitarias.* Pese a la habilidad con que Mboya sujeta sus mandíbulas, Yudkin, que tiene por lo menos setenta años, todavía posee el vigor necesario para hacer rechinar los dientes a la vez que dobla la epiglotis. El ruido lo arrastra en su resaca *de regreso a...* Miriam y su ridícula máquina para pulir piedras recogidas en la playa que está *chapotearraspando* junto a la puerta trasera. A Busner lo maravilla que Miriam se queje de que no haya lavadora y sin embargo atienda con alegría a ese tambor ruidoso, cuyos productos brillantes terminan esparcidos por todo el piso – sobre mesas, hasta la parte trasera de los cojines de los asientos, una pequeña playa de grava que vaga al otro lado del escritorio que le dio Maurice cuando se casaron. Cuando Busner le preguntó por esa avalancha de artesanía, Miriam dijo: A los chicos les encanta, ¿verdad? Y Mark y Daniel respondieron a coro obedientemente: Sí, mamá, lo que se estaba convirtiendo rápidamente en un ritual – la forma en que expresó que *Uno para mí y otro para mí, Perdóname* – ¡hacen tres! *La gomaespuma* de la señorita Yudkin *es carnosa al tacto*, sobre la mesa lateral de Formica hay un gélido vaso de ruibarbo guisado *ying* y natillas *yang* que nadie se ha molestado en darle. En el brazo de la silla, su mano retorcida baila *dedanza, manombo, pulgarba*, sus dígitos *que entrelazan y hacen tijera traviesamente, las uñas se quitan la gastada lanilla.* Es una coreografía que sabe que podría resolver con movimientos bastante claros, si pudiera encontrar el momento de analizarla, y que eso podría a su vez descomponerse en diferentes tipos de acciones. Pero ¿qué eran? ¿Helene Yudkin recapitulaba las repeticiones de su día de trabajo – como modista, o ayudante en una panadería? Había descubierto que había desempeñado los dos empleos. ¿O eran digitaciones domésticas: encender y apagar, barrer y limpiar el polvo? O, de nuevo, quizá ella los veía – si era posible, por lo hundida que estaba en su inframundo parkinsoniano – como simples divertimentos. No le ayudaba a controlar esa analogía que antes de la guerra el hospital hubiera recibido todas las admisiones judías de la región del concejo del condado de Londres... ¿por qué? Conveniencia, supuso, seguir siendo kosher, manteniendo el acceso a los *raros barbudos* y el dudoso beneficio espiritual de su *balbuceo legalista...* Hergheraaaghrrrrr, su nariz – si se pudiera abstraer de todo lo demás – era atractiva, con aletas empolvadas y fosas de *porcelana fina...* Trasladarlos también podría haber ido de la mano del éxodo desde el East End a los barrios periféricos del noroeste – un páramo en el camino. Fuera cual fuese la razón, el resultado final era este: que más de mil de ellos habían sido concentrados aquí, donde caían las bombas de la Luftwaffe sobre Poplar, Whitechapel, los Docks y *mi propia gente seleccionada al azar...* Pero ¿qué se podía decir sobre los enquis judíos en relación al resto? ¿Manifestaban la misma divergencia que los judíos ingleses con respecto a la población general – eran

*exactamente lo mismo, solo que mucho más?* Herrrrrrg'herrr. – Durante un momento la señorita Yudkin duda, su garganta oscila, la L-DOPA comienza su viaje con suerte fantástico, luego ella retoma el Hergheraaaghrrrrr, y Mboya dice: *¿Vamos?* Así que acechan con agitación la siguiente ensenada del dormitorio femenino, donde un *manatí con rostro humano* yace sobre su catafalco de armazón de hierro. Estás preocupado, dice Mboya mientras miran a Leticia Gross, cuyos grandes flancos se han liberado de las mantas. Naturalmente, contesta Busner, mírala, sigue exactamente igual: atronadoramente inerte. Mboya, tan ansioso como Busner y al menos igual de cansado – si no más – sin embargo lo comprende, entiende que la masa todavía más grande contenida en la mujermontaña, una violenta comprensión – su materia mecánicamente martilleada en su carcasa – que implica por necesidad su contrario: una explosión igualmente violenta – *grandes trozos sebosos de la mujer vuelan ante nuestras caras, el blanco de nuestros ojos se mancha de manguerazos de sangre*, y a eso lo sigue una *marea de ruido más alta que una bomba H...* No podemos seguir así, continúa Busner. No es que crea que la L-DOPA sea tóxica, ni siquiera en dosis tan elevadas – aunque no sabe nada, solo lo dice para su propia tranquilidad – es más bien que si, si Whitcomb empieza a meter las narices, sin resultados no podré justificar los gastos. Mboya suspira y añade: Y luego está Inglis... La papada de Busner está *acolchada, estoy engordando...* Ahora, se ríe, no se puede entender al personal... pero sabe que sucede lo contrario: el personal que tienen no entiende a los pacientes – les molesta el trabajo extra que supone cuidar a los posecefalíticos totalmente incapacitados, prefieren neuróticos más tratables, depresivos fáciles de intimidar y psicóticos ansiosos por complacer. A las enfermeras también les molesta la reorganización de la planta que requiere el aumento del número de pacientes masculinos – y todos los trastornos que produce. Pero sobre todo les molesta Busner, que, a diferencia de la mayoría de sus predecesores, en vez de contentarse con confiar en su mayor familiaridad con los pacientes, insiste en imponer su propia rúbrica, que incluye alimentación, aseo y ayuda en el baño regular. Para ser justos, es una petición exigente: les han congelado el salario, han retirado la leche gratis para sus hijos, el precio de la cerveza sube tan deprisa que *tienen que hacerla ellos mismos...* y además no son suficientes: no se puede hacer levitar a los pacientes pesados y recalcitrantes al único WC de la planta, ojalá pudieran – se zambulle en una ensoñación infantil ... *un momento feliz: el juego de la levitación*, con los dedos agarrando las axilas cosquillosas y la parte trasera de las rodillas del elegido para ese honor destacado mientras los demás cantábamos *globo sussurrante y chillón...* luego lo alzabábamos amablemente y sin esfuerzo sobre los brazos extendidos, admirados por el *eclipse de la luz del aula en su nón lá por su trasero de serga gris...* Se acercan a la cama de Leticia Gross, Mboya chasquea la lengua ante los grumos de su cuerpo apretados contra las barras laterales. No sé cómo lo hace, dice – y, de hecho, es un misterio total: es incapaz de llevar una cuchara a sus labios de pimpollo, los enfermeros son a menudo más culpables de desnutrición que de un exceso de alimentación, pero ahí está ella, que pesa *como un par de Henry Coopers o más...*<sup>71</sup>. Hace mucho que Busner ha acorralado a su extraño y pequeño marido, que viene con prisa a la planta casi todos los días, acicalado con un sombrero de ala flexible y una chillona bufanda de cachemira – tiene impertinencias para todo el personal y los pacientes, un río de insinuaciones que Busner duda que comprenda

del todo, con lo inocente que parece... *Confesiones de un cuidador devoto...* Porque luego se pone a atender a su abeja reina, trayendo y llevando, incorporando y lavando – pero cuando le preguntó se mostró ofendido: Solo le doy la comida que le dan, doctor, protestó. Siempre fue, suspiró, una cosita pequeña, pe-tit, si entiende lo que quiero decir ¡y ahora mire esos cachos de carne! Busner se preguntó si las insinuaciones eran también un tipo de compulsión, *un tic de humor más que un sentido del humor*. Pero no le dijo nada de eso a Simon Gross, como se abstuvo de observar que su mujer llevaba más de cuarenta años en una condición no muy distinta a la inercia absoluta – ¿qué ocurriría si fuera a volver? Si esta larva hinchada se abriera en canal – ¿qué saldría? ¿Una delgada flapper, con brazos esbeltos, *los pies levantados en un Charleston*? Dudoso. – No, yo tampoco lo entiendo, Enoch, pero es otra de las cosas que me convencen de que la mera esencia de esta enfermedad es una paradoja. Mboya hace una mueca: él también ha visto a otros de los enquis que fueron devorados por la enfermedad – una caquexia mórbida que los deja famélicos como imágenes de telediario con las cabezas ensartadas en un alambre de espino, de manera que tabulan agitadamente hacia una muerte que se aproxima a toda velocidad. *Su propio ramal de ferrocarril*. Pero, mientras que algunos son maltratados por la patología nazi, otros como Leticia son excesivamente mimados, alimentados hasta un punto en el que se pueden colocar *en exhibición para las visitas de las delegaciones de la Cruz Roja* – ¡aunque no querrías que se acercaran demasiado! Han bajado las barras laterales, el pecho de Leticia exhala hacia ellos, un tobogán de carne que libera una bolsa de gas fresco y otra de sudor rancio de ruinoso intensidad... *Lleva espuma, tío*<sup>72</sup> y eso a pesar de la reverente limpieza de sus hendiduras más íntimas que Busner ha visto realizar a su marido – como otro hombre podría *limpiar un coche muy amado*. No hay cuello que Busner pueda manosear para provocarle el reflejo de tragar, solo bucles de grasa de plastilina, uno sobre otro pero todos *del color de un filete de hace cinco días* – *podrían tener gusanos...* espanta una mosca. Con Leticia habían pensado seguir inyectando la L-DOPA en su carne – después de todo, le sobraba mucha. Eso era solo un prejuicio, porque pronto se vio que cada centímetro cuadrado tenía sus propias susceptibilidades: aullaba cuando la pinchaban, su piel se inflamaba en torno a los lugares de incisión, sus *venas rotas subían como gusanos a la superficie...* Tenían que encontrar otra manera. En su boca el olor es un compuesto peor de comida y dientes podridos, tiene la cabeza hundida en los pliegues del cuello, su rostro todavía hermoso está hundido en los pliegues de su cabeza. La precisión de sus rasgos contrasta con lo caprichoso del monólogo microfónico mal pronunciado, *miejda esto, mijda aquello, mijda puta, imbécil de mijda, a la mijda... a la mijda...* una serie superficialmente caótica que, Busner está seguro, de ser sometida a un análisis profundo y sostenido, revelaría las mismas regularidades complejas – progresiones aritméticas, ritmos basales y sofisticados contrapuntos – que ha detectado en todas las oscilaciones de sus enquis, especialmente ahora que les ha quitado la fenotiacida, la amantadina y toda la basura que garantiza que sigan *el compás de 4/4 ooh-ee, chirpychirpy cheep-cheep*. – ¡*Ya basta!* Buscando una manera de entrar en esa boca de pétalos con su aroma infecto, mientras Mboya permanece ocioso a su lado, el asediado psiquiatra piensa en la enfermería, que está bien provista de ceniceros de hojalata y paquetes de Guards, No. 6, Kensitas, Peter Stuyvesant... una generosidad de humo picante que a menudo le parece

que ha sido saboreado y luego exhalado simplemente para *inflamar a los pacientes*, porque el principal medio de represión que el equipo emplea es privarles de sus propios cigarrillos. *Quiero uno*. Lo había dejado al marcharse de Willesden. Pero no por Doll. No, asociaba la *mezcla de humo* a todas esas *otras promiscuidades: el desorden de los frijoles mungos servidos de una olla común, las llamativas uniones del papel pintado chillón que sube por la escalera, el entramado del largo pelo de los psiquiatras visitantes que habían adoptado el estilo de las sucias coletas de los residentes, las bufandas enroscadas que trazan círculos en torno a otras bufandas enroscadas...* Y luego había conjunciones todavía más sospechosas – como su rechazo a relacionar a los hombres y las mujeres a su cargo con el término loco, o cualquiera de sus sinónimos – chalado, perturbado, mal de la cabeza – sino solo con el inutilismo: trastornado. Los hombres y mujeres trastornados copulaban, y *jodían las cabezas* de los psicoanalistas de visita de forma que quedasen convertidas en *engordadas Looby Loos*<sup>73</sup> *cuyos vientres se abrían y derramaban todas sus subpersonalidades pasivo-agresivas...* Cuando terminemos le voy a quitar un cigarrillo a Inglis, dice Busner, y Mboya dice: Vale, estupendo, pero ¿cómo vamos a hacerlo?, no la veo tragando las cápsulas voluntariamente, ¿y tú? Y Busner dice: Voy a buscar un embudo y un tubo que encaje, y tú vas a abrir esas cápsulas y a mezclar el polvo con algo de agua, y así es como se lo vamos a hacer tragar. Mboya dice desconsolado: Será como si le diéramos de comer a la fuerza. No, lo frena Busner, darle de comer a la fuerza es exactamente lo que vamos a hacer. Se marcha, buscando entre paredes rayadas y suelos gastados el elemento que necesita. Pasa ante Yudkin en su silla – pasa ante *la señorita Dearth en la suya...* Se detiene, se gira, entra en el pequeño recoveco especial que ha preparado para ella, que tiene un trozo de ventana y por lo tanto un trozo de vistas. Está sentada con la cabeza alta, los hombros hacia atrás, el rostro – *ese vacío arrugado – tiene Kodachrome y definición*, ha desaparecido el *aspecto borroso* del temblor que hace que tantos de los posencefalíticos sean los sujetos inquietos de una prolongada exposición. En cambio, ella lo mira con unos ojos azules concentrados – *¡azules!*– y, hablando clara y limpiamente a través de la dentadura que se ha debido de poner ella misma, dice: Ah, doctor Busner, me alegro de que haya venido, ¿cree que podría preguntarle a la enfermera Inglis si puede darme una taza de té? Stanley no oye eso, porque está de pie dándole la espalda a la criada y fascinado por todas las idas y venidas en un palomar, un sólido cilindro de pedernal que sostiene unas escuadras de piedra sobre un *travesaño* de la pared del jardín de la cocina. O quizá, añade ella, un vaso de cerveza – ¿hay una jarra en la despensa? Lo oye pero coquetea con la idea de que la que habla es una de las atareadas y pequeñas palomas, que asoma su cabeza perlada desde su escondrijo, *emplumada y pree-pree-ocupada...* Salpicaduras blancas amontonadas con gris y marrón manchan el camino de ladrillos bajo sus pies embotados, el amoniaco se mezcla con la frescura de las rosas caninas, Stanley oye el perezoso b’buumb’buumb’buumb’ de su corazón, una sola pluma cae dando vueltas sobre el eje de su púa, *blanca, algo menos, blanca, algo menos*. Al final él se da la vuelta: no es guapa, su cara es plana y ancha, su pelo *caqui* bajo su cofia, sus dientes una especie de oblicuidad en una boca desproporcionadamente pequeña. Aun así, es *joven – y fresca*, y él nota *que tiene ganas*, porque le parece respetable, un héroe con un galón de cabo en los hombros y mis estupendas piernas bien

torneadas en mis polainas prestadas, mi insignia en la gorra brillante y la cincha que he limpiado esta misma mañana, en el Albany, mientras Adeline miraba con petulancia y decía: ¿Por qué demonios te molestas con eso? Y Stanley, desnudo excepto por su gorra, se había agarrado la polla y, retirando el prepucio para que el *paraguas rosa* se abriera, la había blandido hacia ella gritando: Ahora no me regañes, tesoro, ¿no soy tu lancero real? [74](#). Adeline se había reído – y no de una manera especialmente agradable.

–¿Señor? Su coquetería, tal como es, está en las erres de Oxfordshire y la cadera que inclina con la mano. Están solos en esta zona alejada de los extensos jardines – los otros estarán tomando el té y hablando bajo los árboles frutales del otro extremo de la casa. Solitario en una *cacofonía* de palos de pepinos, una *descarga* de varas de frambuesas... ahí encima habrá *montones de comida, un tajío de jamón en un plato junto a una rebanada de pan con una cicatriz sanada y un caos de sesos de fruta cocida*. Presidiendo las cosas del té estará el de la cabeza de calavera que, le ha dicho Adeline, era un verdadero conde.[75](#) La criada no es guapa y hay manchas de mora en la mano que tiene en la cadera. *Flores, flores, flores de pared, Que suben tan alto – Todas esas jóvenes señoritas, Todas tendrán que morir*, pero es joven y fresca y por una vez él hace algo simplemente porque puede, y porque está enfadado con Adeline — osadamente, se pone junto a ella, su boca ahoga el grito de la chica. Hay un momento de resistencia – le da tiempo a saborear la *acidez* de sus dientes, oler la *crema Pond's robada sobre su mejilla sebosa* – luego ella cede, *Os querremos y os echaremos de menos, Pero con todas nuestras fuerzas, Os aplaudiremos, os daremos las gracias, os besaremos, Cuando volváis...*[76](#). Esto, piensa Stanley, me lo llevo conmigo: su lengua de paloma revoloteando tímidamente, su pequeña mano melindrosa, atrapada en la mía, el hueco de su espalda encajada en mi antebrazo y *arqueándose... hacia atrás*, capas sobre capas de ropa deslizándose de todas sus maneras secretas. La criada acomoda el cuerpo al de él, *abrazando, relajándose, quedándose... de repente quieta. Jack Johnson derribado en el asalto 26*[77](#) – ya no hay articulación en sus miembros – se han cortado todas las fibras de sus tendones. La lengua de la criada se derrama en su labio, y mientras él la prueba y luego se atraganta con la salpicadura salada de su sangre oye el inconfundible sonido de *un látigo-que-chocacon-el-sebo: un disparo a la cabeza que resuena en la trinchera de pedernal*. La frente de ella y uno de sus ojos han desaparecido, la cofia está sobre las bolas de tierra entre los tallos espinosos de las rosas, escapando del pañuelo con aspecto de tripas hay madejas de su pelo caqui, bajo el que está la fruta cocida de sus sesos. Stanley la baja al suelo, suavemente, *envuelta, está – como muerta*. —Propongo esto, dice el hombre con cabeza de calavera que todos llaman Bertie, que cuando los chicos alcancen la edad de dieciocho años se les separe en tres categorías – de manera bastante arbitraria... Habla así *en frases perfectamente ordenadas, las palabras desfilan desde su agujero huesudo en fila india...* Habría que sacrificar a los de la primera categoría de forma indolora en una cámara de gases letales, los de la segunda categoría deberían ser privados de un miembro – o posiblemente un ojo – mientras que los desdichados de la tercera categoría quedarían expuestos día y noche a los ruidos más ensordecedores que se puedan concebir. Eso debe continuar, el Donner und Blitzen de las bombas que caen, el torbellino mecánico de las ametralladoras, hasta que todos hayan sucumbido a la aflicción nerviosa – sordera, ceguera mental, mudez,

hasta llegar a la locura... Bertie se detiene el tiempo suficiente como para que Willis interrumpa: ¿Y después? Las cuencas de los ojos de la cabeza de calavera giran hacia él oscuras y comprensivas – aun así, se toma su tiempo para responder, ungiendo cuidadosamente un trozo triangular de pan con mantequilla, luego mermelada de moras, antes de meterlo bajo sus dientes de arriba. – En poco tiempo – mastica la exquisita ironía – quedarán liberados de la tarea de formar la futura juventud viril de la nación británica. Este plan mío, creo, será acogido con gran aquiescencia por la gran mayoría porque es al mismo tiempo más humano – y sin duda más económico – que la presente forma de gestionar la guerra. Están sentados frente a Stanley en un banco de madera de alto respaldo y aspecto incómodo, con gamones tallados: Bertie junto a Adeline, Adeline junto a Willis. Sus cabezas están casi enredadas en rosas que se entrelazan en torno a un enrejado. Su anfitriona – cuyo nombre Stanley oyó, guardó momentáneamente y perdió – se ha excusado hace un rato, diciendo:

*Tengo que irme y atar esos cadáveres de Jerries<sup>78</sup> con alambres para que los trabajadores de la granja se los lleven para hacer sebo...* Le había parecido arrogante pese al lunar disimulado con maquillaje que tiene sobre su largo labio superior. Arrogante y envuelta en metros de raso cremoso – le desconcertaba pensar en la ayuda que los perros que hubiera por ahí podían aportar a su trabajo bélico. Con pelo corto en el lomo y la cabeza, greñudos en las ancas, iban por delante de ella cuando atravesó el jardín y desapareció tras el extremo redondeado de un tejo de dos pisos.

– Señor... ¿Cabo De’Ath? Stanley, al oír la nota ascendente de la interrogación de Bertie, lo mira, aunque no está seguro de que se dirija a él. Se alistó en el cuartel de Mitcham Road como Death, el gorila que había detrás del mostrador le dijo al chico que tenía delante: Largo – vuelve mañana y veremos si tienes diecinueve. Como Death cogió su chelín y su libra y nueve peniques para la ración y como Death afirmó que lucharía por el rey y por la patria. Como Death entrenó con un rifle falso y simuló quince descargas de fuego rápido – y a nadie le pareció raro. Yacía en la tienda por la noche, con las meadas de los otros salpicándole la cara, pero ninguno de ellos decía: Me meo en la Muerte. Como Death, 5665, soldado, Royal West Surreys, fue a pie a Aldershot – los oficiales cabalgaban a su lado, llevaban rígidos cuellos blancos y botas pardas, y desmontaban de vez en cuando para sacudirse el polvo de las espuelas y enseñar sus monóculos ante los inexpertos reclutas. El padre del soldado Death subió desde Devon para verlo, tras conseguir un pase a su manera habitual – y hubo algo de confusión y mucha diversión cuando se presentó ante el sargento mayor del regimiento como Samuel Deer<sup>79</sup>, pero eso no tardó en quedar sumergido en muchas, muchas tazas de hojalata llenas de cerveza a dos céntimos la taza – la grandiosa aniquilación continuó durante toda esa noche, de un lado a otro de la calle principal, con sus nuevos compañeros gritando: ¡Berrea como un ciervo! porque no tenía nada de su fácil encanto. Pero ¡fue como Death! como se levantó tarde y con resaca, para ser acusado de una estúpida insolencia. Y con ganas de morir cumplió sus castigos, levantó su taza para una cucharada de avena, se la tomó – y volvió a levantarla. En el cuartel, en Sandling, en Kent, Stanley estaba en su catre odiando las débiles grietas de los ventanos de madera y esperaba la orden de ¡En pie! *Ahora vestíos a la derecha muchachos y poneos en fila, Primero por el número y luego por el tiempo, Porque primero la sacas y luego la metes...*<sup>80</sup>. Su polla en su mano

curtida, latiendo: ella pone un cojín cilíndrico sobre la cama con dosel y coloca su trasero sobre él y le ordena que *se la meta y espere allí un rato... ¡Así se prepara la bayoneta por la mañana!* Pero cuando él le dijo lo que había hecho, ella le agarró del cuello y le gritó: ¡Estás muerto para mí! Salchichas y puré de patata, hígado y beicon – todo por cinco peniques. En el cuartel vivían como gallos de pelea, pero cuando formaban y venía el oficial al mando Aldershot, junto a Kitchener, a inspeccionarlos, era como Death que permanecía en pie, mirando al frente, observando a los arrugados viejos grises que avanzaban por la fila, mirando de reojo las caras serias. Como Death hizo una mueca desdeñosa cuando el oficial médico aleccionó a la compañía sobre los horrores de la gonorrea y la sífilis, como Death se sentó a oscurecer con ácido los botones de su uniforme, como Death informó al intendente, que presentó a él y a seis más a su nuevo amor – *Vicky*. Enseñaron a Death y a su sección a avanzar cuando sonara el silbato, a liberar la rueda dentada que sostenía sus patas delanteras para que pudieran abrirse y luego fijarse apretándola de nuevo. Sentado allí, como Death, Stanley *quitó las horquillas de su pelo de cuervo* y el Número Dos corrió hacia arriba y puso su cuerpo sobre sus piernas, su cuerpo – su cuerpo que repartía muerte, su cuerpo de trece kilos. Como artillero Death miraba mientras el Número Dos metía la primera cinta en la bandeja de alimentación. Como Death quitó el seguro, como Death *agarró sus caderas y, mirando de frente sus ojos de acero, tocó suavemente el gatillo.*

– Sí – sí... ¿Bertie? Stanley ha hablado demasiado alto y la mandíbula de porcelana de la calavera estalla, el té cae desde el borde de su taza al plato que hay debajo – una mosca asustada se aleja y se posa entre el jamón y la mermelada. – Cabo De’Ath – afila sus *dedos esqueléticos* – no tengo ningún deseo de insultarle o en modo alguno difamar su patriotismo, mucho menos cuestionar que se haya presentado voluntario – pero permítame asumir, por su presencia aquí, que comparte algunos de nuestros recelos. Hay una *grieta* en el calor humano a través de la que *la vieja casa silba lánguidamente* – Stanley cree que es bastante bonita, a su manera, con su argamasa musgosa, el soñoliento pestañeo de las ventanas oscuras y el coro espiritual de negros de los tejos, *Oh, no-o queremos perde-eeros, Pero pensamos que deberíais i-i-ir...* Sí, dice finalmente Stanley, sí, comparto sus recelos – lo que ha pasado con los turcos nos ha hecho pensar a muchos. *La grieta se cierra, los corchos se meten, el alambre se estira, la pasarela se extiende, el saco de arena se levanta – se necesita metro y medio de tierra compacta para detener una bala de ametralladora. La linterna mágica repiquetea, la calavera cruje...* – Bueno, Feydeau, con unos cuantos miles de leales como este, con un poco de suerte tendremos una posibilidad cuando el plan Derby falle y el Mago Oscuro promulgue su ley. Willis, tirándose de la barba con las dos manos, muestra una sonrisa satisfecha y dice: Estoy de acuerdo, Bertie, y por eso a la Asociación le gustaría que publicases un panfleto inmediatamente. Seguro que atrae una atención considerable, y podríamos usarlo – es decir, si estás dispuesto – como punto de partida para un ciclo de conferencias a finales de este año o a principios del siguiente. La mano fuerte y blanca de Adeline se contonea más allá del azucarero para caer sobre la de Stanley, cuya dolorosa contorsión él solo percibe cuando ella la calma, no con la presión sino con la obvedad de su apretón desnudo. Los dedos de Adeline acarician el dorso quemado por la pólvora de los suyos, su pulgar se desliza sobre el montículo del suyo...

—Stanley nunca se acostumbrará a la aceptación aparentemente natural de su relación — no solo por gente como Willis, Bertie y la mujer del lunar, sino también por las personas del hogar familiar de Adeline. En Norr, donde ella lo había atraído después de que él solo hubiese pasado un día con los suyos, el marido de Adeline elogió el sacrificio de Stanley, le obligó a ponerse un traje de tela estadounidense de calidad y no solo los miró con indiferencia sino con indulgencia. Cuando Cameron pilló a la niñera del chico *chupando imperdibles*, indignada por verlos caminando del brazo en el jardín, amenazó con echarla — y la habría despedido si Adeline no hubiera intervenido. Pese a toda su elegancia, Stanley sabía qué clase de persona era Cameron — su rostro sincero ocultaba un *fondo burgués* que compartía con los *tipos más horriblemente groseros*. El sargento de los Buffs<sup>81</sup> al que había interrumpido en Bethune, y que siguió empujando a la puta sobre la repisa de madera, las dos zonas de pelo de su culo *densas como piel de animal*. Engañado por un gracioso que le había hecho creer que la cola de hombres que serpenteaba por las escaleras era para montones de comida que los recién salidos de Blichty<sup>82</sup> tenían derecho a comer en primer lugar, Stanley titubeó entre el rugido a la luz de la vela y la burla de los Tommies<sup>83</sup> al otro lado de la puerta. El sargento se tomó su tiempo, *salir de su coño* fue su eructo satisfecho, luego se tapó las nalgas subiéndose los tirantes y se echó a un lado para revelar *labios abiertos y húmedos, pelos de vieja, ubres de ojos marrones* — el aspecto de una vieja agotada que no tenía nada que ver con la chica joven a quien pertenecía el cuerpo. El sargento se había vuelto hacia Stanley, su jadeo cediendo, el vientre estremeciéndose — no estaba molesto ni turbado y su mano decía: *Tu turno*. Tres semanas más tarde Stanley vio su cuerpo en la tierra de nadie de Hohenzollern Redoubt — el sargento había *dado un salto mortal hacia el alambre y se había espatarrado allí inmóvil, todo hinchado* — *los gusanos se estaban dando un banquete...* — Stanley libera su mano y atrapa un azucarillo con los dedos. Dicen que ahora es difícil de encontrar — cinco peniques medio kilo. Se pone el azucarillo en la lengua... *es un encanto*, Adeline, con su traje de ante de color ceniza y con su ardilla rusa bordada de seda. Sobre su pecho torneado hay un redingote de rojo burdeos y mofeta. Cuando fue a verlo en el Albany, vestida y preparada para salir, Stanley le hizo repetir varias veces: *re-din-go-te*, encantado por los sonidos dulces. Ahora la pequeña cabeza muerta de la mofeta acaricia sus botones, *debería encontrarle un ama de cría...* El vapor se levanta ante los ojos de Stanley — *¡Se han olvidado de llenarla otra vez, el agua del redingote de Vicky está hirviendo! ¡El vapor delatará nuestra puta posición — ! ¿Le apetece otra taza, señor?*, pregunta la criada a la que ha besado en el jardín — ha resucitado con una pesada tetera en las manos. Oh, sí... dice, gracias. Ella sirve, luego se va, desapareciendo como su ama antes en torno a la proa de ómnibus del tejo. Adeline y los demás están absortos en una conversación sobre *algún marica, muerto en Grecia por una picadura de mosquito...*<sup>84</sup> — no se dan cuenta de nada, no ven el Tipo B de la London Omnibus Company, que habría sido uno de los de Rothschild, al que subieron los quarante-deux hommes — los afortunados, recién desembarcados en Boulogne tras viajar en el paquebote Invicta — que después los llevó cautelosamente a Ypres, con sus llantas blandas tanteando la carretera llena de baches. El ómnibus y su conductor sabían que la Muerte estaba entre los pasajeros. En Poperinghe hay un cambio de planes y sacan a los encargados de las ametralladoras. Un oficial del estado mayor con una

mochila vacía llega caminando con un gesto afectado, seguido de su ordenanza que lucha con una pesada maleta. La sección de Stanley es desviada hacia el sur y recorre a pie los sesenta kilómetros hasta Givenchy, donde tiene órdenes de esperar al sexto batallón de los Royal East Kents en Hohenzollern. Es la primera vez que oye el nombre de una Minnie<sup>85</sup> y la primera vez que oye el aullido estrepitoso que producen al disparar. La lata, del tamaño de un tonel y llena de explosivos y metralla, es tan pesada que *avanza despacio y trabajosamente por su rail de funicular* hacia el cielo del final de la primavera, y aparece entre dos de las enormes chimeneas de la casa y se queda ahí tanto tiempo que *un par de grajos aletean para posarse en ella...* Durante tanto tiempo que, si le hubiera apetecido, Stanley podría haber propuesto a sus compañeros que echaran a suertes la decisión de hacia dónde correr en busca de un refugio. No dice nada, solo observa, levemente perplejo, mientras la Minnie al final *gime cada vez más bajo...* – ¿Quieres un pitillo, Stanley? – Sí, gracias, Willis, me gustaría... *y se queda corta* sobre la rocalla, levantando todas las piedras hábilmente colocadas, los arbustos raquíuticos y los adorables pinos casi tan altos como la parábola que acaba de describir. Ahora la rocalla queda suspendida: una nube terrosa que arrastra plumas sucias y se reorganiza perezosamente en una ondeante cortina de tierra que golpea sus caras y el enrejado que tienen detrás. Al levantar la vista del extremo encendido de su cigarrillo, Stanley ve el profundo embudo del cráter – la rocalla ha desaparecido, como la criada que, avanzando por el sendero de ladrillo que discurre entre dos lápidas, colaboró con la Minnie en el lugar del impacto. La bandeja que llevaba – deformada y quemada – cae con fuerza en la mesa de la que ha sido levantada hace poco, y una mancha oscura de té, leche y agua se extiende sobre el damasco – cubertería rota se mancha de mermelada, las pieles de uvas apastadas *reptansobre* las manos ensangrentadas de Adeline. Nada queda de la criada – su cadáver, imagina Stanley, ha quedado subsumido en la blanda pared del cráter, donde ocupará su propio y pulcro cubículo, muerte y enterramiento alcanzados simultáneamente. – ¿Te importaría pasarme el cenicero, Bertie? Más grajos vampíricos cojean desde los aleros de la casa – y hay otra consecuencia bestial, porque, desde el lugar donde han estado sentados, en la sombra de piel de leopardo de un abedul, pasándose un cigarrillo de una mano ahuecada a otra mano ahuecada, llegan corriendo los otros dos miembros de la sección – caddies, arrastrando entre los dos la caja de municiones. La mesa de caballete, las cosas del té, el mantel, las servilletas y sus anillas de plata – todos son barridos a un lado. Con un empuje viril que Stanley *nunca pensó que tenía*, Willis abre las piernas y luego, con un celo igualmente asombroso, Bertie coloca la Vickers. Frente a la firmeza de los objetores de conciencia, los artilleros tienen claramente un caso de tembleque – pero ¿es una sorpresa que estén mal de los nervios? Mientras los otros conversaban y tomaban el té, ellos han tenido que soportar ese tambor de fuego: ¡Bum-bum! ¡Bum-bum! Siempre de cuatro en cuatro, los tímpanos de un gigante sediento de sangre, ¡Fee-fi-fo-fum!<sup>86</sup>. Los 5.9 llegan rugiendo sobre la casa, *Fosse 8*, arrastrando sus mantos humeantes. ¡Jack Johnson! Stanley grita para reforzar la resolución de sus hombres, ¡Y todos sabemos dónde ha estado! Se tira boca abajo y coge los mandos de la Vickers, Stanley mete la cinta en la bandeja de alimentación y Stanley acciona la palanca del gatillo. Las negras cabronas siguen llegando, su prisa palpitante gana potencia e intensidad inexorablemente, hasta que, con un feroz zarpazo final,

impactan en un cobertizo para jardinería, una puerta de cinco rejas, el prado verde que hay detrás y el estanque de patos más allá. Bertie brama: ¡Dos francos a que no puedes dar a los cabrones del mortero! mientras saca los billetes andrajosos del bolsillo de la camisa. Willis grita: ¡Los igualaré! Stanley calcula unos ciento veinte metros de distancia – aprieta el gatillo y el arma retrocede contra él, un monótono repique de retroceso, diez descargas por segundo, de manera que le tiemblan los brazos, los dedos se le retuercen y le castañetean los dientes. Lentamente gira el morro treinta grados, escudriñando entre las vistas mientras las descargas mordisquean la esquina de la casa y dejan sin forma el tejo. Stanley es consciente de una peligrosa armonía entre la ametralladora y él – tiene un conocimiento íntimo de cada arañazo y abolladura de sus mandos de madera, mientras que por encima del rugido de la cortina de fuego todavía oye su *rat-a-tat rag*. No sirve de nada, aun así – sus balas se quedan cortas en un bosque de robles que poco a poco queda reducido a astillas. ¡Tendremos que reposicionarnos!, ordena a la sección tras una explosión prolongada —y Adeline abandona el refugio del muro bajo para mirar hacia delante y hacer un reconocimiento. ¡Mírala! arrastrando las faldas sobre el barro, su cabeza orgullosamente desprovista de sombrero sigue alta. No hay miedo en ella – tiene la extraña e inconmensurable convicción de que *Las flechas de los partos vuelan, Las golondrinas pululan contra un cielo rosa pálido* saldrá de su show espléndido sin un rasguño – solo su abundancia de rizos negros más suelta y más libre. Cuando otra Minnie aparece, Adeline permanece en pie, saca la pistola de su bonita cadera y dirige la luz Very directamente hacia ella. Un solo disparo de rifle atraviesa el estrépito – *ella gira, cae, va rodando* a la alambrada, que se enrosca en torno a ella, cobijándola en sus espigas galvanizadas, hasta que todo lo que se puede ver de la bella durmiente es su *cara de luna con hoyuelos de sangre – sus anguilas en gelatina* están sobre el muro del jardín. Stanley se levanta y flota hacia la locura del té... Bertie está allí sentado – erguido pero desarticulado – hay un cojineté humedecido de muselina empapado de su propia meada atado al agujero donde estaba su nariz. Willis, sin prestar atención a las lenguas de mostaza que lamen las tazas y los platos, preside sobre una tetera hinchada. ¿Crowdie?, pregunta y, sin esperar la respuesta de Stanley, inclina y echa las delgadas gachas marrones de forma que fluyen sobre la mesa arrastrando *grumos de grasa de oveja...* Ya sabe, observa Bertie, su país no le necesita en el Frente, le necesita aquí. Stanley lo mira bruscamente: se ha quitado la máscara antigás y Bertie coge un cigarrillo *como un zurdo coge una pluma*. Tengo que presentarme, dice Stanley secamente, al oficial al mando Aldershot, para entrar en combate mañana por la mañana. Si no me presento, me arrestarán, me juzgarán por desertión y me fusilarán. Willis, con una naturalidad conmovedora, se ha quitado los *dientes falsos* – ambos juegos – y ahora los coloca *sobre un panal espléndido*. Coge una galleta y la mete en su taza de *crowdie*. Necesitamos a alguien, insiste Bertie, preparado para desobedecer a las autoridades, alguien que adopte la actitud de los primeros cristianos. En el Frente, lo sabemos, esos gestos son bastante, em, inútiles – pero aquí, con la ayuda de la NFC<sup>87</sup>, me parece que, si se emplease el peso de la opinión pública de forma efectiva, se evitaría que ocurriera cualquier cosa demasiado brutal – todavía son hombres, ya sabe, aún no son monstruos. Willis sorbe y babea su galleta, Stanley se agacha para desabrocharse las poco familiares polainas. – ¿Te importa, viejo? Stanley asiente en dirección hacia el aceite de ballena de Fellner's y

Willis pasa el espermaceti. Desabrochándose las botas, quitándose las y después despojándose de sus medias, Stanley comienza a aplacar sus pies podridos que tienen *el color de un filete de hace cinco días* —Moviéndose detrás del rostro de Adeline de tal manera que sus ojos ya no están alineados, durante una fracción de segundo Audrey ve el extremo de su campo visual, y eso la hace consciente de que, aunque sus mejillas tienen una forma similar a las de Adeline y su nariz encaja con la de Adeline, el parecido nunca podrá ser exacto – *siempre habrá esos desajustes*. Adeline ama a Stanley, de eso Audrey no tiene la menor duda – lo sabe en su interior, lo sabe por la frecuencia con que ella le lanza miradas, con los ojos buscando los de él. También lo sabe porque cuando Willis o Bertie dicen algo que ella percibe como una amenaza a *su Mowgli*, Adeline *los fulmina* con la mirada. Adeline quiere al hermano de Audrey más de lo que ella misma comprende, y en ese aspecto Audrey tiene una relación con ella más íntima que esta: su pecho cansado se alza y cae dentro de los majestuosos senos de la mujer, su piel distendida desaparece en la piel tirante de Adeline. Audrey siempre ha querido a Stanley *más de lo que yo misma sabía* – qué decía Gilbert, *una rebanada de pan, una jarra de vino, Y tú a mi lado en el páramo...*<sup>88</sup> Siempre es Stanley quien está a su lado en este páramo, *mi sana sana, mi chico triste*. Cómo le gustaría a Audrey desabrocharle las polainas, quitarle las botas y los calcetines largos y frotar el aceite de ballena – que es lo que, dicen, ayuda – en sus pobres pies. Se sienta en la mesa sumido en una depresión horrible y abrumado por la incapacidad de moverse por voluntad propia que muestran las cosas del té: el pastel Dundee cavando en su plato con dibujo de sauce, los cuchillos de la mantequilla que vigilan entre la mantelería, las tazas de porcelana alineadas – todos han llegado deprisa, apresurándose para rebasar a los otros: cucharilla frente a platillo, plato controlado por bandeja de la mantequilla. De Nieuport a Ypres y Aubers pasando por Arras, zigzagueando a través de Picardía y al otro lado del río Somme, luego dando un rodeo por Soissons y Verdún. ¿De dónde llegó ese momento histórico en el que todos los presentes – no solo Audrey y su hermano pequeño – se dieron cuenta de que así es como sería *desde entonces y para siempre*, esa inexorable mezcla de avalanchas humanas de uniformes verdes, marrones y azules? ¿De dónde llegó la conciencia de que es a eso a lo que están destinados: tomar más té, el intercambio de la Stottertante<sup>89</sup>, extender Heldenbutter, seguido de un movimiento limitado hacia un lugar de reserva en la mesa unos días antes de que *todo el maldito asunto* del té sin fin *vuelva a empezar...*? En la Partie Réservée à la Correspondence de la carta que Stanley envió desde Amiens antes de su único permiso – una postal fotográfica que mostraba Le Jardin Anglais de la place Montplaisir, con enormes copas de álamos, fuentes petrificadas de fronda de sauces – había garabateado: Mermelada Tickler's, mermelada Tickler's, Cómo me gusta la mermelada del viejo Tickler, Ciruela y manzanas en una lata de medio kilo, Enviadas desde Blichty en un lote de diez toneladas, *Cada noche cuando duermo, Sueño que voy, Abriéndome paso por los Dardanelos, con una lata de mermelada Tickler's...*<sup>90</sup>. En ese momento *un judío rechoncho y estudioso, pelirrojo*, ha tomado el sitio de Feydeau en la mesa del té, mientras que, en lo que respecta a Bertie, en lugar de su *cara blanca agrietada y pegada, está la de un negro* – o, en todo caso, el minstrel que Audrey sabe que la cuida.

¿Más té, señorita Dearth?, pregunta Busner. La anciana – ¿señora?– tiene el porte

erguido, se sienta muy recta en la cama. Habla también con un acento peculiar – *¿cockney declamado hasta la muerte?* No, dice, creo que no, doctor Busner, pero ¿puedo preguntarle – cuelgan de cada vocal, ante marrón y cuero negro pataleando en la densa atmósfera de la planta en verano – por qué me llama señorita Dearth, cuando mi nombre es Death, D-e-a-t-h, exactamente? Puedo imaginar que un nombre así no resulte adecuado en un hospital – ni alentador... Ha habido ocasiones, lo admito, en las que he cedido ante la superstición común y me he llamado De'Ath, pero, hasta donde yo sé, toda mi documentación oficial – en la oficina de empleo y cosas similares, en los impresos del censo y equivalentes – me tiene registrada como Death, Audrey. Busner y Mboya intercambian una mirada – oyen lo que dice, escuchan asombrados por su forma de hablar: su barbilla pequeña y afilada ya no está enterrada en su esternón, sus ojos ya no están fijos ni anómalamente móviles en un rostro de máscara – de hecho, la cara y los ojos se sincronizan en el juego sutil de la expresividad normal. Han desaparecido el apretar, fruncir y hacer pucheros de la boca parkinsoniana, sus muecas compulsivas, su masticar incesante. La presencia de su dentadura postiza da definición a la mandíbula, hincha sus mejillas y cuando sonríe – que lo hace – la prótesis es *absolutamente encantadora*. Todo esto, piensa Busner, todavía resulta inadecuado ante la tarea de expresar la calidad de su recuperación – un regreso a la buena salud de naturaleza milagrosa. – Yo – Yo diría, señorita, ah, Death, que al menos inicialmente – cuando fue ingresada, es decir... desea frotarle el dorso de las manos, sujetarlas con la palma hacia abajo y tocar con sus pulgares *venas, huesos y tendones...* sus datos se apuntaron correctamente, pero eso fue hace mucho tiempo, usted ha estado aquí en el Friern Hospital... las cadencias de Busner son bajas y dubitativas, la extrema rareza de todo amenaza con *bloquearme...* sus pensamientos *están pegajosos como mermelada...* y no puede levantar los ojos de debajo de la cama, donde un orinal de plástico azul claro *holgazanea con obscenas intenciones: hace mucho que la criada se ha ido – permanece...* mucho tiempo. La cara de Audrey, *marcada por innumerables viejas cicatrices...* – Ya lo sé, doctor Busner – no soy idiota y no he estado en un completo desmayo estos años. Si desea hacerse una idea de la constitución de mi mente, le vendría muy bien pensar en mí como en una especie de soldado que acaba de volver del Frente, y tiene un caso muy especial de fatiga de combate. Busner está fascinado y atrapado, se da cuenta, por la serenidad de selenio de sus rasgos. Es chocante: es una mujer hermosa, y probablemente siempre lo ha sido. Liberada al fin de la oscuridad, *brilla con la conciencia serena de su atractivo sexual*. Puedo preguntarle, señorita Death – y, por favor, espero que no se ofenda – ¿en qué año estamos? Una ansiedad cósmica trastorna el rostro de la anciana – sus dedos viajan hasta su garganta, su rostro... yo... yo... Bueno, no puede esperar – ironiza sobre sí misma con amabilidad burlona – que me preocupe por esas banalidades. Busner, que desea liberarla, saca el esfigmomanómetro del bolsillo de la bata y Mboya se levanta para ayudarla – pero Audrey ha subido la manga de su camión automáticamente, *es un reflejo condicionado*. Mientras hacen las observaciones de rutina – Pulso ciento veinte, presión sanguínea ciento setenta sobre cien y ciento treinta sobre setenta y cinco – ella ensaya su propia aritmética: ¿Entonces estamos en mil novecientos vein—, no, mil novecientos trein—? Intenta articular las décadas nunca pronunciadas, hasta que su médico, quien impulsivamente pierde la esperanza de hacer

que la tarea resulte soportable, ve un ejemplar del Daily Mail abandonado en una cama cercana y dice: Pásale ese periódico, por favor, Enoch. Audrey lo coge y despliega su falda chirriante. Se mira las manos y tropieza con las palabras, ¿De-De quién son estas... manos viejas, es – esta mi aflicción mórbida? Luego una fotografía del Lunar Roving Vehicle atrae su atención. – Qué automóvil tan extraño, dice, el chófer parece llevar un traje de buzo – y el paraguas que han colocado detrás del asiento está... ¡está al revés! Se ríe, una broma que asciende felizmente y el psiquiatra predice que hará estallar su cráneo en la transparente dureza del Ahora – pero Audrey se recupera y se concentra en la mancheta del periódico y sin emitir sonido da forma a las sílabas de la fecha. Vuelve a doblar el periódico lentamente y, mientras se lo devuelve a Mboya, le dice a Busner: ¿Le puede pedir al negrito que me traiga el camisón? Él mira para ver cómo se lo toma Mboya, pero el enfermero jefe, con las piernas cruzadas con naturalidad, solo sonríe sardónicamente y sacude un pie de forma que echa hacia atrás su *capucha acampanada*. ¿Comprende, dice Busner, la situación – en qué año estamos, cuánto tiempo lleva aquí? Ella recobra la compostura antes de contestar, uniendo los dedos y colocando sus manos entrelazadas en la sábana vuelta. Él la observa intensamente, atento a su temblor – ¿está aumentando de amplitud, de frecuencia? Ella *pliega su garganta de poliéster* y dice: Ejem, la situación – como usted la llama, doctor Busner – es en verdad bastante extraordinaria, pero tenga en cuenta que para mí ha sido bastante, bastante extraordinaria durante mucho tiempo. Si este medicamento específico u opiáceo, o lo que sea que me ha administrado – ¿cómo se llama, por cierto? Él dice: L-DOPA. Ella dice: Eledoupa, eh, – bueno, si la tal Eledoupa sigue actuando, quizá tenga la oportunidad de contarle lo extraordinario que ha sido para mí. Sin embargo, ahora no es el momento, ni nos podemos quedar aquí todo el día mano sobre mano... La posencefalítica está haciendo exactamente eso, y mueve los dedos con una velocidad y flexibilidad excepcionales. Busner traga saliva, cautivado por la cosa que da vueltas, hasta que llega Enoch, bastante majestuoso y con una bata sintética de color verde lima, su paso lento subraya la falta de formas de la prenda. Es fea, demasiado grande para ella, y tiene un horrible falso cuello de encaje – espera que la rechace, y quizá que la inexplicable resurrección termine aquí, *estrangulada por su multitud de nudos diminutos*. Pero no: Audrey coge el camisón, lo alza, retira las mantas, saca las piernas de la cama deslizándolas, se levanta y *se envuelve los hombros con la capa*. De perfil: *una reconstrucción de la Reina de Annigoni* para quien la torcida mesilla de noche, la pintura verde y desconchada de la pared – todo se pliega en el fondo, *un paisaje lejano de colinas azules gobernadas*. Con las manos agarrando firmemente el camisón, avanza decidida – Perdone, y Busner salta y aparta la silla para que siga – observan, las cortinas de nailon se les pegan, mientras ella recorre toda la longitud del dormitorio y continúa hacia el resto de la planta. Majestuosamente, sí, y también en forma de legato, sus piernas ocultas aportan el ritmo sobre el que se sostiene la melodía de su movimiento, *Duud'duu, duu d'duu, duu-d'-duuu, ¡duu-d'-duuu!* Los dos hombres son conquistados por la acinesia de otros de los otros ante quienes ella pasa – uno paralizado junto a un pilar, un segundo detenido a medio levantarse de una silla – y hacia los que asiente, reconociendo a esos súbditos congelados de su reino de hielo. *Duu-d'duu, duu d'duu, duu-d'-duuu, ¡duu-d'-duuu!* Continúa en su propio inframundo – el mal iluminado sistema de túneles de su aflicción. Audrey tiene

una expresión para describir su enfermedad: Estoy sin música, se susurraba, sin-mú-sica, pero ahora *vuelve a tener música*. Otra paciente, no poseñefalítica, está sentada a la mesa, con un lapicero en la mano y la punta insertada en un disco de polimetilmetacrilato que forma parte de un engranaje y gira entre sus dedos, arrojando anillos de grafito en el papel donado. Al otro lado de la ventana empieza la tarde y una fuerte lluvia de verano dibuja patrones de espirógrafo en el techo plano de Terapia Ocupacional. —¿Qué era eso, reflexiona Audrey, que dijo Gilbert – ¡sí! Un universho llega cuando she rompe el eshpejo... el eshpejo de lo que puede parecer – en un nivel superficial – la menor de lash mentesh individualesh.<sup>91</sup> *Duu-d’duu, duu d’duu, duu-d’duuu, duu-d’duuu... Yo soy el piano – mi memoria la partitura, mis pensamientos Duu-d’duu, duu d’duu, duu-d’duuu, duu-d’duuu... La ventana contra la que apoya la frente está dura y fría – que sea transparente no significa que no esté allí. Había dicho eso y ella se puso furiosa – ¡furiosa!– por haber venido desde Woolwich después de un turno de doce horas, afrontando las multitudes de Beresford Square para luchar peligrosamente sobre el mecanismo de dirección y subir hasta el piso de arriba junto a la barandilla de la escalera, pagar su medio penique y luego dos peniques en el metro desde London Bridge – esquivando los rayos bajo tierra junto a miles de personas que yacían amontonadas en los andenes – para que él la metiese como a una puta cualquiera en su habitación sobre la tienda de pinturas de Gray’s Inn Road y lo oyera – ¡eso! el vanidoso petimetre declamándole esos versos de su última fantasía infantil, que yacía teñida de verde bajo la lámpara del escritorio. Allí, línea tras línea de su femenina caligrafía redondeada en tinta verde, un manuscrito tamaño cuartilla con cubiertas de tafilete verde que descansaba sobre un secante montado de forma parecida, una caligrafía que describía – o así lo había glosado él – su aprobación por su propio trabajo, que lo cegaba a las depredaciones que ejercía el de ella – una sociedad del futuro no muy lejano en el que las extensas ciudades quedarían recogidas en pináculos de cristal, acero y hormigón, como la que recientemente se había creado en la isla de Manhattan, dejando el campo libre no solo para la producción agrícola – ya que, debido a la química de Herr Haber, esta requeriría una fracción de la tierra cultivable que se había empleado hasta entonces – sino para una nueva Xanadú de jardines de recreo, y de hecho se podría permitir que extensiones enteras regresaran a su condición original, puesto que los bosques ayudarían a los jóvenes que de lo contrario correrían el peligro de volverse demasiado blandos y decadentes – especialmente con el final de todas las guerras gracias a la institución de la abundancia universal – a practicar las viejas artes caballerescas de *la búshqueda, lash jushtash, etcétera...* Audrey estaba furiosa por haber prestado oídos, no digamos su intelecto, a esa conferencia con proyecciones, que disminuía contradictoriamente la magnitud de la pomposidad de Gilbert y su convicción de que eran sus principios – en vez de sus pulmones débiles – los que lo situaban en el piso superior de su cristalino pináculo moral, mucho más elevado que las trincheras donde los Tommies se ahogaban hasta la muerte en gas y sangre, o las fábricas de municiones donde las Thomasinas perdían los dientes y el pelo a causa de la intoxicación por mercurio, o incluso los residentes de una humilde villa suburbana cerca de Woking – los niños con aspecto de huérfanos y una mujer desastrada como esposa – que tenían suerte – según Feydeau, cuya aprobación general de la libertad de su camarada con respecto a toda convención*

vacilaba en este caso – *si ponían los ojos sobre su padre y marido más de una o dos veces al año*. Fuera hacía frío – en Mount Pleasant había montones de nieve derretida y luego congelada que se mezclaba con la inagotable *suciedad* de la ciudad, y un policía *se quitaba la escarcha de su sombrero de lata*. En el hostel haría todavía más frío. Odiándose a sí misma, Audrey había cedido ante la chaise-longue que le había dado Venetia Stanley. Odiándose, permitió que le desabrochara el vestido y luego la desnudara, en la niebla dolorosa de su humo de Logic – y odiándolos a los dos se puso debajo de él sacudiéndose no con el placer provocado por sus caricias sino por los movimientos repetitivos de manejar el torno – girar, levantar, tirar – que habían quedado *impresos en cada nervio* a lo largo del turno de doce horas. Cansados, en reposo, permanecía al menos este encanto aferrado a Gilbert: su completa indiferencia ante su pecho de palomo o la escabrosa coronilla que se veía entre su pelo de pluma bajo la iluminación constante que irradiaban los elementos coralinos, blancos de puro calor, del gran fuego de gas. Él se tendió en sus brazos y usó la punta de corcho de su Logic para unir con jirones humeantes la rendición en Kut, la batalla de Four Courts, la aniquilación de los desesperados de Villa y la escapada de Smuts en el Kilimanjaro, ubicándolas en un mapa inmaterial que mostraba *el eshtado de la shituación*, y cómo era que – pese a todas las indicaciones en sentido contrario – la *armoniosa reconciliación* del capital y el trabajo bajo el liderazgo de quienes tenían formación científica e inclinaciones filosóficas estaba *al alcance de la mano...* Audrey lo privó de su Logic y fumó hasta *el amargo final...* Su Sueño, la postal lleva una leyenda, la fotografía es un montaje: un Tommy está junto a un trozo de valla enmarcado por claveles de poeta y margaritas. Le cuelga un rifle del hombro, *letal como un cazamariposas*, su gorra está inclinada como un canotier un día de fiesta, y lleva una gruesa pipa en la mano. Son su bigote ralo y su expresión extravagante, en la misma medida que los ridículos accesorios y un fondo pintado del sol poniente rodeado de nubes, los que sugieren que la guerra transcurre cerca de Epsom, y los que hacen que el peculiar útero que flota por encima y por detrás de él sea aún más extraño: ¿es la cara de bebé en el útero Su Sueño? ¿O su amor, a decir verdad, no guarda ningún parecido con esta *cosa adorable* – *el pelo prendido con horquillas, los labios de un rojo vivo* – sino que es en cambio *una verdulera gorda, con el pecho caído y la lengua áspera en su boca rota*? Gilbert se acurrucó más sobre Audrey, el plumaje limpiando un lado de su pecho ¿es este el hijo de mi mente? Olía a franela vieja y tabaco nuevo – Audrey apenas podía pensar en el sórdido asunto de levantarse, lavarse las partes íntimas y luego vestirse por cuarta vez aquel día: se había preparado en la oscuridad en Plumstead, y cuando llegó al Arsenal se había puesto el áspero mono de cutí. Al final de su turno se lo había quitado, lo había metido en su bolsa y lo había colgado del gancho en el vestuario antes de sacar su pelo incendiario de su fea reddecilla. *Vestuario...* Las habitaciones de Gilbert eran una especie de vestuario, donde ella se había cambiado – él también, aunque la piel en la que se metía siempre era demasiado grande o demasiado pequeña: a veces se cernía enorme sobre la ciudad, sus palabras eran tipografía uncial en los titulares de los artículos de los periódicos, sus discursos convocaban a multitudes turbulentas, su cara rechoncha con su *bigote de estropajo* le permitía una curiosa distinción: *un gran peso inofensivo*. Bastante adinerado, para un supuesto socialista, la chaqueta de su traje, colgada del respaldo de la silla, mostraba la

privación de la guerra, con el cuello y las mangas vueltas, los ojales gastados. Una lata de Iron Jelloids brillaba verdosa en el escritorio, prueba, por si se necesitaba alguna más, de la debilidad anémica de su amante. —Había seis operaciones que realizar en Gilbert Cook — *seis operaciones para cortar sus hilos, internos y externos, y para cortar sus huecos*. Los brazos de Audrey se movían hacia dentro y hacia fuera, sus dedos se apretaban contra él *aquí* y luego *allá*. ¡Ah! ¡No! ¡No — No! Él se opuso y se liberó y sus talones chocaron ruidosamente con la chaise-longue — pero, pensando en los edificios negros de hollín y los monstruosos *tacatá-tacatá* de las correas elevadas que impulsaban los tornos, Audrey giró como un cabezal sobre él y continuó sus operaciones automáticamente, besándolo detrás de la oreja, en el cogote de su cuello grueso — estaba cansada pero su deseo de controlarlo actuaba por sí mismo, no podía terminar hasta que el mecánico viniera a afilar la cuchilla. Ella se tendió sobre la limadura de su bajo vientre y cogió la quinta pieza para calibrarla y *ponerla del revés...* Gilbert jadeó: ¡Oh! En los edificios negros de hollín donde está la Nueva Fábrica de Explosivos, nunca ven las carcacas, solo las espoletas y de las espoletas Audrey solo ve los pernos. — ¡Ajá-h'n-ha-ha! Ajustando su posición de manera que la nalga izquierda encajara en su rosca, Audrey sintió la complejidad del tafetán moviéndose arriba y abajo. — ¡Ha-ha-h'n-ha! Había aliento a Iron Jelloid en sus fosas nasales — nunca ven las carcacas, solo imaginan sus conos de latón suavemente inclinados metidos en las grietas de las armas por Vesta Tilleys con vestido racional. Nunca *ven las carcacas...* Gilbert Cook ha deslizado su mano detrás de la espalda y así juega con Audrey mientras ella trabaja sobre él, hasta que con un torpe ¡Uuf! se incorpora, se hace a un lado y toma el profiláctico de látex de donde yace cerca de la chaise-longue, lo extiende y lo pone dentro de ella, sin preocuparse por la lata de lubricante. La *goma fría* huele en la mente de Audrey, el cabezal completa sus seis operaciones de precisión, la espoleta cae sobre la bandeja que hay debajo, *vaselina chorrea del torno...* Nunca ven las carcacas y no obstante sin la mayor asiduidad por su parte permanecerán justo así: cajas, vainas inertes llenas de nada. *Duu-d'duu, duu d'duu, duu-d'-duuu, duu-d'-duuu*, la pequeña melodía que el vendedor de pianolas dijo que era de Johannes Brahms infiltra a Audrey no como melodía sino como el ritmo decreciente de su *coito* — un término cosechado de un folleto que le dio Hilda Peabody y leído a la luz mermada de una vela en el cubículo de madera machihembrada del hostel de Plumstead. El aceite — el aceite lubricante. Reparten delantales a las operarias del torno, pero no se hace nada para proteger sus manos — el aceite provoca sarpullidos, una corrupción vívidamente rosa en la piel que llena a Audrey de temor, un temor que a su vez la conduce a un peligro todavía mayor, más allá de los talleres de Pruebas, donde se desechan espoletas y detonadores defectuosos, por la angosta calle adoquinada y veteada de raíles que discurre entre los nuevos edificios de ladrillo marrón todavía impoluto, rodeada de trozos de césped nuevo sobre los que se alzan árboles recién plantados en el tul verde de junio. Detrás está la orilla del río, cubierta de juncos, ciperáceas y malvaviscos, con las cabezas blancas *un poco enloquecidas por el viento*. Si mantiene la cabeza alta, Audrey puede notar las últimas gotas de la loción astringente en la parte baja del párpado. Una vez cada dieciséis días lavan los ojos de las canarias<sup>92</sup>, y durante las siguientes cinco o seis horas el mundo es un caleidoscopio, por dos veces si Audrey mira las aguas aceitosas de las acequias

excavadas en torno a los Edificios de Riesgo, conectadas con un canal más grande que desemboca en el río, extendiendo remolinos arcoíris en los que se expanden y rizan los extraños dibujos de esos Futuristas cuyos óleos vio con Gilbert Cook en la Manor House Gallery antes de la guerra. ¿Era esto lo que intentaban retratar – *esos vertidos que regresan al pasado*? Los Edificios de Riesgo tienen unas sucias cafeterías y en días templados como este las puertas están abiertas de modo que los gorriones se mueven nerviosamente desde el mundo exterior y picotean las migas que caen de las manos amarillas de las canarias. Sentada en una de las largas mesas del refectorio, mirando al otro lado de las puertas, con la comida pegada con paté de carne, Audrey se siente confusa por toda esa perturbación: el feo estruendo de una banda de música que arrastra a los Granaderos Británicos recibe el acompañamiento de un grito solitario: ¡Ocho-cincosietenueve! Que también significa ¡Or-drii! Porque para *esa vieja*, la Segunda Supervisora Principal, no hay nombres. Un automóvil con una chófer al volante jadea y, durante un momento, encuadrado por el umbral, Audrey ve una breve película de un triángulo rectángulo familiar que parte los humos dulcemente asfixiantes de los motores.

– 8579, ¿Death? La SSP está a su lado, mirando los restos de la comida de las municionistas – bordes, papel manteca arrugado, tazas de hojalata – con gravedad oficial: pese a todo su volumen *no es de las de buen saque*. – Usted se llama Death, ¿no? Pronuncia el nombre con deleite, complacida por esa excepción a las reglas. Sí, señorita. *Viril*, esa es la palabra adecuada para la SSP – en vez de adornarse con llave y leontinas, *debería tener un puesto de hombre*. Dice: El señor De’Ath, el Inspector de la Producción de Artillería, ha venido a hacer una inspección de los Edificios de Riesgo – ¿no será, por algún capricho divino, pariente suyo? Audrey es enfática: No, señorita, no es mi pariente en absoluto que yo sepa. La SSP cuelga los pulgares en su ancho cinturón de cuero. ¡Fantástico!, dice, en ese caso ayudará al señor Harris a enseñarle el sitio – venga. Lleva a Audrey al exterior de la cafetería y luego va directamente al vestuario. Audrey, todavía con su mono caqui, la gorra y los zapatos del Arsenal, dice: Señorita, mi ropa está sucia, pero la SSP no interrumpe sus zancadas, y dice hacia atrás: Bueno, jovencita, ¿no puede darle una impresión precisa del trabajo que hacemos si lleva un traje de noche y perlas! Albert espera al sol junto a su automóvil oficial: es esbelto, joven, tan alto con su chistera, su llamativa chaqueta de frac y su chaleco de rayas de buen corte. Las únicas señales de la carga que lleva son dos manchas cómicas bajo sus ojos grises y saltones *que podrían ser maquillaje*. Cuando se lo presentan a ella y al señor Harris, el hermano de Audrey no muestra – como ella sabía – el menor signo de haberla reconocido. El Primer Ministro, o eso dicen, ha contratado a una conductora sufragista – Audrey se pregunta si Bert se ha visto obligado a hacer un gesto similar, pero la joven – una niña, realmente – al volante tiene el rostro bobo y pintado de una debutante, y lleva su sombrero de pico y sus manoplas con el estilo afectado e indiferente del espectador de un concierto en un parque. Mientras se mueve por los vestuarios bajo la luz deprimente que entra por las ventanas altas, Audrey no oye la explicación de los procedimientos de seguridad, sino ¡No tenga más, Señora Moore, Señora Moore, por favor no tenga más! *Cuanto más tenga, más querrá, dicen, ¡Y suficiente es un banquete cada día!* Y ve a Rothschild blandiendo su taza para bebedores con bigote de forma que el té salpica el hule, y Olive con ojos mates y la expresión estúpida de *un ternero que pronto matarán*

*de un hachazo pegada a su mejilla de queso.* Auntie, que se encarga del vestuario, muestra al Inspector las batas ignífugas y explica cómo, aunque suaves y plegables cuando son nuevas, ahora están rígidas por la impregnación de mercurio y pólvora. Si me lo permite, señor De'Ath, es mejor que continuemos, dice la SSP, hay mucho que ver y estoy segura de que su tiempo es valioso. En su tono Audrey no oye desprecio sino la férrea resistencia de un superior social obligado a inclinarse ante un inferior. Bert, supone, debe de oír esta *nota desafinada* todo el tiempo, aunque no muestra la menor señal de hacerlo mientras la SSP le habla del sistema de turnos, y señala las normas pegadas en la pared junto a carteles perentorios: su vida está en tus manos, un lugar de trabajo limpio es esencial. De cuando en cuando Bert se vuelve hacia su secretario – un joven de cara de hurón que tiene el caminar de cangrejo de las personas de pie zopo – para asegurarse de que está tomando notas *por respeto a las formas*. – Y aquí, señor De'Ath... van a la enfermería y la SSP le entrega a Bert el inventario, por el que pasa su *Ojo de Datas*, memorizando inmediatamente vendajes × 20, tubos de Germolene × 20, ungüento de hidróperóxido × 20, etcétera... Luego la SSP se marcha, sus alamares de llave y su leontina tintinean: Si me disculpa, señor De'Ath, debo darle la lista de ausencias del turno al Capataz Principal... —El señor Harris abre las puertas con batientes que dan al Taller de Llenado y sus faldas de goma arrastran todo el barullo furioso, el estrépito de los cabrestantes de la cadena y los golpes de las correas de transmisión y por debajo el bombardeo incesante de docenas de mazas de madera, que suben y caen y martillean un ritmo plomizo en la Madreselva y la Rosa. Avanzando hacia los canarios que cantan, Audrey siente esos otros cuerpos transportados entre la forma de Bert y la suya: *moldes, blancos como el yeso y ligeros como el yeso de Vi y Olive... y Stan... La señora Moore, que vive al lado, es tan buena, ¡Tiene una docena de hijos!* Bert, Audrey lo sabe, envía pequeñas pero regulares cantidades de dinero a Cheriton Bishop, cantidades que permiten a sus padres mantener a Olive en casa en vez de *mandarla al manicomio*. Vi se ha colocado de telefonista en la Oficina de Correos, su *cabeza vacía* llena de saludos, dígitos, despedidas, *una y otra vez*. Está, escribe Mary Jane, *saliendo con un* —. — ¿Señorita Death? Han llegado a uno de los bancos donde el trinitrotolueno y el nitrato de celulosa se enrollan en capas alternas en las piezas de cincuenta libras. Está claro que el señor Harris desea que Audrey haga una demostración, porque pide a la canaria que se aparte – lo hace, manos amarillentas jugando con la túnica. El aroma del trinitrotolueno tiene la persistencia de las peras dulces podridas, el del nitrato de celulosa es penetrantemente metálico y aceitoso, y, pese a toda la ventilación, permanece en el aire como los puñados de espuma fibrosa permanecen sobre el banco, uno de los cuales, ¡sin prestar atención a su manicura! Albert levanta hasta su *piramidal pecho*. Es extraño pensar en él inclinado hacia atrás en una barbería, *con nitrato de celulosa cubriendo su cara larga mientras el barbero afila la navaja...* Se hace raro pensar, dice el Inspector – y pese a que levanta la voz es evidente que monologa en la misma medida en que habla con los demás – que cuando este material es sometido a un proceso posterior, se convierte en un constituyente de nitrato de plata, que se utiliza para la película del cinematógrafo. Audrey piensa, al menos ahora los Tommies tienen cascos de acero: todo el mundo ha visto la película, ha visto los *paraguas que se apiñan en el canelón fangoso, luego se levantan hacia la lluvia frenética...* El nitrato de

celulosa del Taller de Llenado, imagina Audrey, ya está impregnado de todas esas escenas de mercurio: tiene el poder de expulsar chorros de suciedad, romper los arzones de las cureñas de campaña, los espolones de los caballos, los cráneos de los hombres – o solo aportar los medios para mostrar esto: el *torbellino cosechado para las gentes tan queridas de casa Su sueño...* Albert, el Inspector, desea conocer la rutina con precisión, y así el señor Harris le ofrece una imagen general: las cifras de cada turno, la separación de tareas, la prensa mecánica, el troquel y las máquinas de llenado, la división de los sexos, con los instaladores cualificados de la Junta... *por ahora*. Cuando el Capataz delega en la señorita Death los asuntos de detalle, diciendo: Habríamos preferido mantener a esta señorita en el Taller de Espoletas, es una operaria cualificada del torno, Audrey interrumpe: Disculpe, señor Harris, sobre todo me ocupo de las máquinas de llenado, pero también hago algo de trabajo manual, cuando lo desea el señor Simmonds, además creemos que ayuda a todos los implicados distribuir las tareas de una manera algo más equitativa... Todo el mundo ve lo que quiere decir, que es que el trinitrotolueno debería repartirse *de una manera algo más equitativa*. Las canarias que durante doce horas al día llevan los puñados de nitrato de celulosa, los meten en las carcassas, luego les echan trinitrotolueno, aplastan ese destructor-al-acecho un poco más con martillos de madera, antes de meter más nitrato de celulosa, echar más trinitrotolueno, hasta... *hasta que nadie en su sano juicio podría imaginar toda la carnicería* atrapada en los pequeños cilindros de latón, con sus *cinturas mordisqueadas y sus encantadores sombreros*. Las canarias, quienes cobran un suplemento que gastan en alegres lazos con los que atarse las botas, como desafío a sus lúgubres y poco favorecedores uniformes, las canarias, cuyas manos, cuellos y rostros llevan la mancha enfermiza de los explosivos que manejan durante todo el día, las canarias, que *trinan pío-pío-pío Mantened los fuegos de casa ar-diendo*<sup>93</sup> mientras les pican los ojos, las canarias que son, piensa Audrey, las hermanas pequeñas de los destajistas de encías azules, saturados de arsénico – ¡sí! *una hermandad envenenada, con las mejillas blancas de Whestray's*, no es una sorpresa que no quieran *tener más...* Audrey ha terminado y apoya la cadera contra el banco, el martillo colgando de la mano, el obús de cincuenta libras acunado en sus brazos, su mejilla ardiente apretada contra el latón frío. El Inspector dice: Gracias, se mete el reloj en el bolsillo y se vuelve hacia el señor Harris y el señor Simmonds el Supervisor, que ha venido a toda prisa, *su nariz de topo en busca de un ascenso*. – Con cuatro encajistas por banco y cuarenta y ocho bancos por edificio, y asumiendo que esta municionista es ejemplar – digamos que un minuto más rápida que la encajista media – eso solo representa trece mil ochocientos veinticuatro llenados al día, insuficiente para igualar el ritmo al que se moldean y pulen las carcassas y se hacen las espoletas. Me mostrará, señor Harris, dónde está guardando las piezas que no se han llenado, unas reservas por las que los hombres del Frente no le darán las gracias.

Todas las mejillas están enrojecidas salvo las de Audrey – acostumbrada desde la infancia a los prodigiosos cálculos de Albert... ¿No es así, señor? Su piel tiene un color enfermizo y su cuerpo, piensa Stan, está *retorcido más allá de toda decencia*. La suya es una personalidad curiosa, siendo al mismo tiempo *una chatarra que farfulla y encima un tipo insoportable*. Se ha hecho una especie de refugio detrás de un corral construido con los ladrillos de color rojo brillante que se usan en la zona. —¿No es así, señor?, ¿no

puede seguir? El oficial se encoge de miedo – ha perdido su gorra, así que no hay una verdadera manera de establecer adónde pertenece, si es que pertenece a algún sitio – podría incluso ser un espía – se habla de esos personajes: botas inmaculadamente brillantes, en uniformes de oficial pero sin insignias de regimiento, miembros de *un ejército internacional de una clase más elevada*. Los demás miembros de la sección de Stan hierven las tazas Dixie para el té y apoyan latas de sopa de nabo, zanahoria y patatas en las brasas. Es un hombre alto, el oficial, y eso hace que resulte todavía más patética la postura de bebé cobarde que adopta cada vez que los 4.7 que los rodean disparan una salva. Pero cuando cesa el bombardeo, su voz resurge, cobrando timbre y volumen hasta hablar con autoridad de plaza de armas: No debe imaginar, dice, que siempre he sido lo que ve ahora – soy un regular, estaba con la BEF<sup>94</sup> cuando empezó el espectáculo – ¿comprende, Cabo? Fui transferido al Quinto Ejército Francés, pero no como enlace – ¡NO SOY DEL ESTADO MAYOR! – grita sobre una salva que se aleja hacia un horizonte serenamente ignorante. En su estela Lufty dice: Filete, tripa y cebolla, y Feldman responde: Pescado frito y patatas fritas... Estábamos cerca de Châlons en el Marne, continúa el oficial, era una noche de verano preciosa como esta – solo, resopla, que no se parecía nada a esta porque había un silencio maravilloso, YA SABE QUÉ NOCHES, CABO, cuando la luz empieza a desaparecer hacia el oeste y se mezcla de alguna manera con todo ese silencio, EL RUIDO DE UNA ALONDRA O UN PERRO que ladra en una granja sonidos tan pacíficos como la respiración de un bebé dormido... Hay un momento de calma más largo entre los disparos y agachándose Stanley escudriña al oficial: el hombre tiene, piensa, como poco cuarenta años y la cara móvil e insípida y los dientes de un conejo. Stanley solo ve su locura con compasión si la contempla de este modo: como un traje de talla equivocada y húmedo que lleva encima del uniforme. ¿Mata de verdad a todos los locos? Sí, por misericordia y justicia hacia ellos... le viene a la cabeza, un intercambio entre personajes de un libro rasgado y recuperado en un refugio tras un impacto directo, una novelita sobre una perfecta Nueva Amazonia en un futuro lejano, donde majestuosas Hermiones y Beryls acaban con los débiles mentales... *por medio de la gota negra*. El olor de la sopa calentada se ha mezclado con la cordita elemental, y Stanley se pregunta: ¿sería posible comer una pieza de campaña? – Estábamos sentados mirando el atardecer – el oficial se sienta encorvado en su acantonamiento loco, su bigote *raspando entre sus rodillas bien vestidas* – el francés y yo fumando nuestras pipas y la luz que desaparecía era precisamente, fíjese, precisamente como las mangas de chifón de seda que mi dulce y joven esposa había llevado a la Exposición de Verano de la Royal Academy, ¿qué? Quizá solo un mes antes de la invasión de los boches, cuando, sin la menor advertencia, TODO EL HORIZONTE ESTALLÓ EN LLAMAS... Todas las escenas de esa naturaleza son, cree Stanley, escenas del lecho de muerte. Todos los discursos de este tipo – titubeantes, apasionados – son despedidas que piden el luto *inmediatamente*. Ha oído *más de lo que me corresponde* en el Frente, y ha llegado a creer que *convocan la bala, el mortero y la bomba*... Oye, que le den a la Viuda Twankey, dice Lufty, que ha subido al corral destruido y está en pie con un plato humeante de hojalata, mirándolos. La nariz de Lufty tiene un nudo sangriento de algodón pegado al final con una tirita, su pelo castaño está despeinado, sus ojos marrones *pestañean de forma incontrolable*... Oye, que le den a la

viuda Twankey, dice otra vez y con una patada tira un montón de tierra seca hacia el oficial cobarde. Stanley se hunde un poco más en el suelo que resuena, NO, grita, LLEVADME CON LOS MÍOS – Le escucharé. Vamos, le dice al oficial, ahora lo ha dicho, reconoce ser más *pantodama que conejo*, ¡VAMOS! Era... el oficial comienza de nuevo en el silencio doloroso tras la conmoción... un bombardeo de artillería en un frente amplio – el primero que veía cualquiera de nosotros. Hasta entonces – y esto era en agosto del 14– nadie había visto algo así, ¿comprende? Stanley asiente y coge su propio plato de hojalata de manos de Bobby, el Escuadra Número Cinco, que tiembla casi tanto como el oficial. Que no responda al olor de la comida es una medida de lo mal que está el hombre – se encuentra más allá de todo sustento, ahí fuera en la tierra de sombras *que ha capturado y guarda solo*. El horror me atrapó, dice, como una maldita fiebre – ya sabe, cabo, ese francés y yo éramos regulares, y habíamos visto la guerra, pero era una guerra con golpes duros y tratos claros – ahora los dos sabíamos, mientras mirábamos esa cortina de fuego, que todo había cambiado, que esta... cosa – sea lo que sea – nos tenía en su poder, nos agarraba con fuerza, nos mantenía agarrados con fuerza y TEMBLABA POR EL ESFUERZO de agarrarnos con tanta fuerza, agarrándonos – y nunca dejaría de agarrarnos. ¿Lo ve? Todas las balas, todas las minas y los morteros – también sus ametralladoras, solo son su temblor, ¿lo entiende? El temblor de esa MANO MONSTRUOSA QUE nunca se mueve, que nunca puede moverse.

El oficial ha extendido su puño cerrado: tiembla sobre el plato de hojalata de Stanley, pero él sigue empuñando su cuchara, en busca de los negruzcos grumos de patata y echándolos a un lado. Cada vez que la batería cercana dispara otra salva, la muñeca del oficial se sacude dramáticamente, *Y el que quiera tome gratis el agua de la vida...* A Stanley le rechinan los dientes al tocar el borde del plato de hojalata y la sopa aguada sangra por las comisuras de su boca. Se levanta de sus ancas demasiado deprisa y el cielo fucsia y el humo blanco de las armas giran a su alrededor, luego se tambalea, se endereza y pateo el polvo de un surco a otro en el campo en barbecho, el plato de hojalata cuelga del extremo de su brazo, motas de nabo... *ruedan sobre la tierra*. A unos pasos de las brasas, Corbett y Feldman están sentados a ambos lados de la cinta de municiones. Tira del bolsillo de Feldman, y gira los brazos de Corbett con un movimiento de su manivela. Parece, piensa Stanley, un gran descorazonador de manzanas, pero en vez de piel está esa lengua grumosa de balas de ametralladora de calibre .50. *Tira, gira, tira, gira...* y así la cinta de municiones usa sus componentes animales: *tira, gira... tira, gira...* Al otro lado de la valla derrumbada la medusa de redes de camuflaje se levanta y cae en silencio... *en este océano de ruido* – los artilleros, desnudos de cintura para arriba, se precipitan sobre su criatura que se agita, sus tirantes son colas de demonio que saltan sobre sus traseros. Por encima un avión llega gimiendo desde las líneas – un Blériot Experimental – Stanley ve desde ciento cincuenta metros por debajo la caja negra de la cámara atada bajo la cabina, y la *delicada damisela lo lleva volando* de regreso a los modelos que hacía antes de la guerra – cómo se agachaba *de repente, plata, hacia el cielo...* para mirar directamente un campo verde y ancho sobre el que aparecían cuñas volantes de húsares de casaca azul, corazas y cascos centelleantes, una batalla elegante y silenciosa salvo por *un acompañamiento de piano...* —Cuando llegaron a las trincheras en el Reducto, los London Pals<sup>95</sup> se retiraron, dejando atrás a sus muertos enterrados

apresuradamente – manos y pies en descomposición que lanzaban puñetazos y patadas desde la fortaleza – y su basura: una pila de latas que tintineaban en la noche mientras las ratas correteaban bajo la alambrada cantarina, y sus *putas señales idiotas: Leicester Square, Picadilly – Fulham Road también* – pintados de blanco sobre trozos de tabla que habían pegado en el barro. Habían pensado, creía Stanley, que hacían de esos montones de cadáveres y cráteres de tumbas un paisaje que se parecía a casa – a las fosas de Hampstead, Harrow y Crystal Palace que se agrupaban a lo lejos, y las marismas del Támesis entre ellos y los Fritzes. —Él lo veía de otra manera: Londres, el taller del mundo, con sus cuchilleros, soldados, fabricantes de carros, torneros, montadores de pianola, zapateros que masticaban tachuelas *hasta escupir sangre* – Londres, con esa frenética inclinación, formación y fabricación de-esto-de-aquello que había sido realmente un anticipo de *esto*. De pie en el campo de julio, con la polla en la mano, una orina *densa como una sopa* que riega la tierra entre sus botas hasta que se vuelve líquida, Stanley Death avanza a tientas hacia un futuro que ya ocupa, un futuro en el que la aniquilación se reunirá *pieza a pieza* – una bayoneta empujada aquí, un mortero que dispara allá, una bomba que describe un arco hacia el lugar desde donde los Eindeckers<sup>96</sup> ametrallan las trincheras, pero todo eso bajo el mismo techo y como parte del mismo proceso: los bantams<sup>97</sup> y los grandes, los universitarios que lloriquean y los chicos desgarrados que llegan desde la cabeza de línea, todos envainados en cuero, luego entregados a las trincheras de reserva, luego empujados a la línea del frente, después metódicamente despedazados. Era como Bertie había dicho: pertenecían a la tercera categoría y por tanto eran sometidos al ruido que iba más allá del ruido, que agitaba los huesos en la carne y la carne en la piel, hasta que al final solo quedaba una sopa en el barro y el resto en *serpentinillas que colgaban del viejo alambre de espino*. Aunque *mi Señor Calavera* estaba equivocado con respecto a las ametralladoras: su martilleo incesante no fabricaba un torbellino sino *un sistema perfecto*, que lo mantiene cautivo, lo deja de pie con la polla en la mano. Muchos de los Tommies – entre ellos, la mitad de la sección de Stanley – creen como artículo de fe que la guerra continuará para siempre, que habiendo alcanzado esta situación de estasis absoluta – los ejércitos igualados, su ofensiva y su defensa anulándose entre sí – *no puede terminar...* al menos hasta que los dos últimos hombres estén preparados, blandiendo el rifle y empuñando la bayoneta, y se lancen a una extinción por evisceración. Stanley se la mete en los pantalones por fin y camina hacia donde están los demás, pasmados por la comida y el bombardeo y una botella de vino que se pasan de una mano a otra, y disiente: Es cuestión de tiempo, piensa, de cómo entiendes el tiempo: *Nisi agit non est*. El aventurero científico echa hacia delante la barra de cristal y los días viajan como en un zoótropo hacia atrás y el ama de llaves mueve rápidamente el laboratorio parpadeante una y otra vez. Él levanta la barra y ella lo hace al revés, una y otra vez. Las cortinas se abren y se cierran, el viento sube, cae, aúlla una vez más y las paredes se desmoronan para dejarlo en su complicada jaula de aparato, las malas hierbas envuelven sus postes, sujeciones y varillas... Stanley sigue allí, es ahora – ahora y siempre Feldman *unta amorosamente de aceite* a Vicky, mete el trapo bajo los arroyos de su impermeable y lo pasa con destreza. Los demás – Lufty, Bobby, Corbett y el sargento juegan a corona y ancla, y dejan las cartas *húmedas por las polillas* con ternura sobre una caja de municiones. Se tratan con un tacto

elaborado y supersticioso. Luff puede tener miedo escénico, al ser el miembro más joven del reparto, pero los demás han visto muchas funciones – no creen que todos sobrevivan al próximo gran espectáculo. Pero ¿por qué no? *Ahora es para siempre, la medusa baila en el océano de ruido*, el oficial enloquecido yace de costado en un espasmo, sus manos y pies trazan trayectorias posibles en la tierra que siguen un mapa o un plan encriptado desde hace mucho en su mente por otra parte agitada, Marcus ha debido de entrar por las puertas principales, girar a la derecha en la rotonda y entretenerse en la ridículamente llamada Western Avenue, pasando por delante de Blythe House, Villa N.º 3 y el Taller de Tapicería, y luego abrirse paso entre el saliente y el Anexo de Terapia Ocupacional, antes de encontrar un sitio donde aparcar. Busner lo observa desde arriba cuando descarga sus brazos y piernas como varas de un andamio del coche – *que sería un Morris Traveller era previsible*, aunque no una previsión que hubiera hecho el psiquiatra más joven. Lo que puede predecirse, piensa, es que esos féretros portátiles pronto acabarán tirados en el huerto de las coles, con sus armazones del viejo mundo – mitad madera, mitad lámina de metal – pudriéndose y convirtiéndose en compost. Marcus, con los pies separados, se inclina para cerrar cuidadosamente la puerta del coche antes de desaparecer de su vista. Debe conocer, piensa Busner, algún *túnel secreto hacia el castillo...* Pero, bueno, dice en voz alta cuando se reúne con Marcus en la entrada de la planta, no seguía allí al cabo de ¿cuánto?, ¿treinta años? El anciano lo mira de arriba abajo antes de contestar – Marcus parece más resuelto y centrado que en el recuerdo de Busner de la primavera. Mira la bata blanca de Busner... *le gustaría llevarla*. Al contrario, dice al final, los cambios en el Hatch siempre eran un asunto interminable, un Shabbat sin fin – quizá por eso recuerdo mejor las noches. No tenía que estar allí, por supuesto, pero esa horrible... inercia era más soportable en la oscuridad. Algunos enfermeros patrullaban de una planta a otra – los llamaban perambulatorios – otros se sentaban junto a las luces, sin leer... sentados – otra forma de catatonia, si me entiende. Caminando con Marcus desde la enfermería a la sala común, y después hacia los dormitorios, Busner agradece al menos *algo de ajetreo*: una limpiadora que friega una capa marrón brillante sobre el linóleo pardusco, Hephzibah Inglis haciendo ruido sobre sus duros tacones y dignándose sonreír, Vail convenciendo al senil señor Hedges para que coma *de forma en modo alguno demasiado amable...* ¿Por qué, se pregunta Busner, quiero que este lugar horrible tenga buen aspecto? Pero lo sabe, siempre ha sido así: cada vez que volvía a Redington Road, con sus piernas flacas cubiertas de moretones, su barriga floja repleta de pellizcos y el maletero lleno de ropa sucia a menudo manchada por su propia orina temerosa, no tardaba en ensalzar las virtudes del colegio ante el tío Maurice – cómo habían ganado tantos partidos de rugby, aunque Zack no había jugado – o habían representado una espléndida Como gustéis, aunque Zack no había actuado, si bien actuar era lo que hacía: no se podía permitir que nada manchara el brillo del Trofeo del Fundador. Y ahora – como entonces – Busner anhela huir y esconderse. Enoch emerge *como un prefecto* de un cubículo cerrado por una cortina y, al presentarlo, Busner espera racialismo por parte de Marcus – pero, lejos de eso, él ama al prójimo y estrecha su mano afectuosamente mientras Busner explica: Mboya es mi mano derecha, y luego se lanza a un pequeño discurso: Sinceramente, creo que hemos hecho un progreso asombroso, doctor Marcus. El día que nos conocimos dijo que cuando estuvo aquí en los años treinta usted no se

dedicaba al tratamiento sino a la guerra de trincheras contra la enfermedad mental – hace un momento ha dicho que cualquier cambio era un asunto interminable, bueno, creo que la L-DOPA es nuestro... nuestro... tanque – nos ha permitido salir de las trincheras, terminar la guerra de atrición y realizar un avance rápido. Busner no puede suprimir la nota de *triunfo estúpido*, o ignorar la sombra de una duda que pasa por la cara de Marcus. Han llegado hasta el primer paciente posencefálico, Reginald *llámeme Reggie* Voss. Volvió a nosotros, dice Busner, la semana pasada – el lunes, ¿no, Enoch? Sí, dice Mboya, el lunes y con una dosis relativamente baja de la medicina. Marcus se inclina en su traje de tres piezas bien cortadas *pese al calor*, y acerca su *pico de pato* a la cara blanda e inocente de Reginald. Deben de ser, piensa Busner, casi coetáneos: el alto y el bajo – pero ¡qué mundos los separan! Marcus endurecido por sus propios sufrimientos imaginados – y los de los demás – Voss recién despertado de sueños desprovistos de napalm y Calley, de aviones espías y Apollo, ¿qué sueños tendrá? ¿Puedo preguntarle, dice Marcus, qué está haciendo? Reggie, *vestido por Oxfam*, se sienta en la silla que hay junto a su cama, con una pila de alguna clase de certificados sobre las rodillas. Cada una de las gruesas tarjetas lleva impresa, en verde, la estilizada silueta de un árbol, y cuando habla continúa sin interrupción la tarea de coger una, firmarla con una floritura de la Parker, soplar para que se seque la tinta y sumarla a la pila de las que ya están acreditadas. Estos, explica Voss, son árboles en Israel – quiero decir, se ríe, no los propios árboles, obviamente, sino p-p-p- – desesperado por que su conejillo de Indias actúe bien, Busner está a punto de intervenir, pero Voss se recupera lamiendo su baba: shlupp-upp-papeles para ellos. Ya ve – continúa firmando y hablando – soy una especie de sionista, si sabe lo que significa eso, y cuando caí enfermo había ayudas y compras de terrenos. Tenía planes de ir a Jaffa, sabe – sí, sí... ¡y ahora he descubierto que todo con lo que soñábamos se ha hecho realidad! Después... flaquea... descubrí que mis padres habían fallecido – una pérdida terrible, sí, pero cuando Cyril – Busner susurra: Su sobrino – me dijo que había una suma de dinero que era mía en el banco de la Cooperativa, bueno, supe inmediatamente que debía... que es para ellos – para hacerles un monumento conmemorativo... en nuestra tierra. Cyril – es un tesoro – se encargó de todo... todo el asunto, ve... Busner observa con ansiedad el aleteo de la mano izquierda de Voss, su respiración rápida y superficial – lo anterior, espera, es meramente gestual, lo segundo no taquipnea en el sentido parkinsoniano sino una saludable excitación... ¡ahora tendrán su propio bosque! ¡Sí, el Bosque de Charles y Hester Voss! En las colinas sobre Hebrón, con cedros del Líbano, sí, robles y toda clase – ¡sí! Las zapatillas de Voss tamborilean sobre el linóleo, manchas de tinta caen sobre la colcha de felpa. Marcus cubre la mano que baja con la suya, grande y huesuda, Es maravilloso, dice – pero luego cuando dejan al guardabosques se vuelve sarcástico: De Burnham Wood a Golders Green... Busner no le presta atención – está luchando con la reaparición de su propia *verbigeración palilálica* mientras intenta mostrar a Marcus el carácter milagroso de estos... – Renacimientos, resurgimientos – eso es lo que son. Realmente, tiene que entenderlo, Reggie Voss – manifestaba el más extremo opistótonos – la espalda curvada hacia atrás, muy atrás – y tenía tics todo el tiempo. Apenas podía hablar – únicamente gruñía, casi no podía comer solo, no digamos ir al baño – y ahora ya lo ve, Marcus, ya lo ve –. – Sí, sí. Marcus pone la misma *mano aterrada* en el brazo de Busner. Lo veo,

Busner, y por supuesto que estoy familiarizado con la condición de los pacientes poseñcefalíticos... su insensibilidad, su agitación... *Pero ¿recuerda de verdad?* Atormentado por la idea de que Marcus *me toma por un charlatán*, Busner refrena su entusiasmo y, a medida que progresa la ronda inusual, intenta dar una calmada imagen clínica de los renacidos. Aunque es difícil – ¿qué decir de Andrew McNeil, que, antes de empezar con la L-DOPA, era tan hipotónico que no se le podía incorporar en la cama, no digamos sentar, cuya voz era un susurro débil, cuya *cara* estaba retorcida en una mueca ahora angustiada y luego aterrorizada, cuyo sueño inquieto era indistinguible de la pesadilla que vivía despierto y que, tras despertar del lago estancado en el que había flotado boca arriba durante más de cuarenta años, le dijo al psiquiatra que lo había experimentado como un presente continuo, *un Ahora horrible e invariable?* Se me ocurre, propone Busner mientras observan a McNeil – de nariz roja y mejillas coloradas, *un gnomo de jardín*, felizmente entretenido con un crucigrama – que el movimiento es esencial para la formación de la memoria – que la memoria es un fenómeno somático, y así si una mente ya no puede manipular su cuerpo en el espacio, pierde la capacidad de orientarse en el tiempo... Tiene un tic con la corbata, y alargaría la mano para apuntar esa idea si la expresión de Marcus no fuera tan *desesperantemente escéptica*... Hace calor en la planta, los respiraderos oblicuos no parecen ventilar los vapores de hipoclorito de sodio y los remolinos urinarios, sino que solo atraen el rumor lejano del tráfico de la North Circular. —Busner es presa de dudas terribles. ¿Es todo un sueño, mi sueño? ¿Soy yo quien necesita despertar? Los pacientes ancianos que se mueven por primera vez en décadas... que se dirigen unos a otros y hablan con tanta animación, no de sus padecimientos sino de un universo de trivialidades recuperadas: bolígrafos y pan Nimble... ¿están mejor – ? Solo puede seguir instándole: Me gustaría que conociera al señor Ostereich... *De Gaulle de pie y alto*, dando la espalda a los visitantes, hace algo con una pequeña toalla al marco de una fotografía... Es el más, ah, elocuente de los pacientes a quienes hemos administrado L-DOPA. Ostereich sigue limpiando – así que Busner prosigue con su propio abrillantamiento: Me ha descrito vívidamente cómo es no pensar en nada – sí, no pensar en nada no es lo mismo que no pensar nada, y por tanto no es en absoluto un estado zen de iluminación... sino una especie de horrible cuaderno de aritmética, dos-igual-a-dosigual-a-dos, así, una y otra vez. O si no, soy lo que soy lo que soy lo que soy – así, pero no es una cuestión ex-is-tencial, solo es... una iter-iter-...iteración de identidad, el hecho, nada más, dos-igual-ados, yo-soy, ¿entiende? Marcus lo mira de forma desagradable – Mboya parece ansioso, a Busner lo salva *Peter Cushing*<sup>98</sup>, *que emerge del laboratorio de su pasado* y los incluye a todos en una mirada acusatoria y torva. Dice: Me doy cuenta de que durante todo este tiempo estaba en una especie de marco de fotografía, créanme – bastante parecido a este... Coge torpemente las sujeciones, Mboya se acerca para ayudarlo, pero Ostereich lo mantiene a distancia... No, no, no hace falta que – La tengo, la tengo, vea, excelente... Ostereich ha liberado la fotografía, que muestra a los músicos uniformados de una banda que posan con rigidez en torno a la cacofonía metálicamente silenciosa de sus instrumentos... Este soy yo... se pone el marco delante de la cara... el encuadre de nada, había perdido la idea general de lo que es tener... ¡una idea general! Su lengua sale para humedecer sus labios y Busner desea que ¡vuelva dentro! nada de cazar moscas hoy, muchas gracias... La nariz de

Ostereich se rompió, imagina Busner, en un parque de Viena a comienzos del siglo xx – no podía haber servido con ese nombre, al menos en el Ejército Británico. Felizmente, Marcus está dispuesto a hablar con Ostereich: ¿Y ahora, pregunta, cómo se siente? La nuez de Adán del renacido se mueve, sus ojos lechosos se llenan de lágrimas. – Es... Es... escoge las palabras de un léxico infantil... ¡totalmente fa-bu-losa, maravilloso! Las *erres* alemanas están impresas en su locución... Me parece que el doctor Busner me ha hecho una transfusión... Agita la toalla y la fotografía... ¡me ha quitado mi sangre enferma y la ha sustituido por champán! Cuando dejan atrás al vienés, Marcus dice: Usted se considera, qué, un Christian Barnard de la mente, ¿no? Eso mientras ese hombre viejo y confuso dice: Ha trasplantado sus cerebros – ¿o es tan sencillo como la aféresis? No, no, hombre, ningún medicamento podría hacer esto – da igual lo revolucionario que sea. Ha visto análisis de patología, supongo, comprende la histopatología, ¿verdad? Ha visto la extensión completa de las lesiones en los tallos cerebrales de estos pacientes, ¿no? Se observa un daño orgánico real, Busner, huevos revueltos – ¿lo entiende, verdad? Lo que Busner aprecia es el *picoteo* al que ha debido de estar sometida la señora Marcus porque durante siglos ha yacido despellejada en las alfombras de plástico del piso de St. John's Wood, junto a cojines fríos, los elementos huesudos de viejos fogones de gas, hígado picado... *que se pasaba*.

Puede *sentir el sabor* de la desesperación. Marcus es, piensa, el tipo de hombre que, cansado de la civilización y toda su desazón, quiere estar solo – pero insiste en que alguien más esté solo con él: un rehén, el Geoffrey Jackson<sup>99</sup> de sus guerrilleros tupamaros. Aun así, no quiere hacer daño – se preocupa. Busner desea más que nada la aprobación de este casi homónimo de su tío, así que contiene la respiración y cuenta *uno, dos, tres...* ahora que cinco de los pacientes posencefalíticos han empezado a cuidar de sí mismos, la carga de trabajo del personal se ha aligerado – *su amargura feroz ha regresado al depósito*. Creo... exhala por fin, que quizá subestime la capacidad del cerebro para la reorganización funcional, doctor Marcus. Me parece que la ciencia no ha avanzado lo suficiente como para evaluar el impacto de un déficit global de dopamina – ya ve... estos pacientes eran estatuas vivientes y ahora mírelos: hacen crucigramas, firman certificados – hablan, como el señor Ostereich, con gran perspicacia sobre su condición, ¿no prueba eso que la salud es más profunda que cualquier enfermedad? Mboya continúa cerca – Busner nota que su mente da vueltas por debajo, lo que lo mantiene planeando en el mandil amplio y suave del momento, mientras más allá hay *un rocío del mar, las formas crudas de los cargueros del Canal de la Mancha...* ¿Dónde vive? Tooting – y solo: una taza de té usada sobre *una vieja radio de manera laminada...* una aspiradora, los cepillos *cubiertos de pelusa*. Durante el largo viaje diario hasta Arnos Grove, con el pelo negro echado hacia atrás en el conducto sucio – dice que no le importa – lee. Busner lo sabe porque su enfermero jefe está *más al día que yo*, ya habla durante el almuerzo en la cafetería sobre el velo, y la relación amoescravo, en el sentido lacaniano. Le propondré, piensa Busner, que estudie psicoanálisis – le presentaré a algunas personas en el Tavistock, *ya... basta*. Que es lo que dice Miriam: Ya basta. No es ninguna señora Marcus y ha trazado una última línea para él: O todos nos vamos de vacaciones como es debido, juntos, o me llevo a los niños, con la firme expectación *muy de Miriam, eso* de que no estarás en este piso cuando volvamos. No allí... con las baldosas de barro cocido y el modelado a torno de las lámparas de alfarería, ni allí... con los manteles individuales de paja... y el libro con el traje de mujer sin cabeza, *sin piernas sobre la cubierta... unas asas en las caderas...* Una imagen que sin duda le resultaría... *indignante admitir* – incluso ante sí mismo – que le *resulta... excitante*. Sus pacientes posencefalíticos, lo sabe, experimentan una extraña *raaaaaleeeentización del pensamiento... el tocadiscos que arrastra el soprano al bajo... una sensación pegajosa mientras unaideaintentasepararsede... la siguiente. Una vida en un día* – también su contrario exacto: un caos —embestida del flujo mental que hace que resulte imposible atrapar los pensamientos antes de que sean... *destruidos*. De pie junto a Marcus, no sabe cuál de las dos le afecta. ¿Han estado así unos segundos... o unas horas? *Estoy completamente lo-cooo* – Lo que me parece más extraordinario, Busner, no es que sus enquis hayan vuelto a la vida, sino la planta mixta – había oído hablar de ello, por supuesto, pero sigue siendo una revelación ver a pacientes masculinos y femeninos juntos. Me parece que eso es lo que combatirá el encierro institucionalizado – al menos hasta que el señor Powell acabe completamente con los manicomios. Marcus se acaricia y se palpa la barriga en su mochila entallada – su expresión mientras acecha a su colega más joven es amable, incongruente con lo que dice a continuación: Acabará mal, Busner, recuerde mis palabras, todo lo que sube... Bueno, detecto que usted quiere causar

sensación, ser la bomba. He preguntado y he oído que se mezcló con ese bufón de Laing – me atrevería a decir que esta L-DOPA representa para usted otra cura para todo, que después de fracasar a la hora de erradicar la esquizofrenia se ha puesto a abolir otra enfermedad... Es uno de los aforismos de G. C. Cook, ¿no?: Un universo cobra vida cuando rompes el espejo de la menor de las mentes – pero al mismo tiempo el espejo está rajado, destrozado... Bueno, ejem, igual me he expresado con demasiada contundencia. – No, dice Busner, está bien, debe decir lo que piensa... *Y aplastarme...* Pero, por favor, reserve su juicio hasta después de que haya conocido y hablado con otros de mis pacientes. Marcus se aclara la garganta, her-herg-herm, una gárgara larga y complaciente. He venido, dice pegajosamente, ex profeso para ver a mi señorita Deerth, ¿podemos hacerlo? *Porque lo que vemos es lo que elegimos, Lo que guardamos o perdemos para siempre...*<sup>100</sup>. A veces, piensa Busner, los cantantes pop lo expresan mejor, y se muestra cáustico con Marcus: Death – ella prefiere su nombre de pila, ahora que ha vuelto a la vida... *No-lo-dejes-morir, No lo dejes mo-orir...* ¿Por qué, se pregunta Busner, me atormentan tanto estas tenias que se enrollan en mi cabeza? ¿Mi inconsciente hace de ventrílocuo de Hurricane Smith? Y si el río suena, agua lleva... —¿Está viva esa figura? Es un hombre – seguro – y yace boca arriba, con los brazos y las piernas levantados y separados, el cuello y la cabeza también elevados. Quizá, piensa, muertes tan violentas solo pueden ocurrir – al menos explícitamente – a lo que antes era el sexo fuerte. ¿Hay indicios de algo en el cuello? Se toca compasivamente la garganta sin nudos. La silueta negra se extiende en la base de un triángulo naranja marcado en negro, sobre él – y posiblemente culpable de su espasmo violento – hay un solo relámpago. Se lee peligro de muerte en la base del triángulo – lo que a Busner no le parece imperativo, sino más bien lacónico: Si tú, viejo amigo, te subieras al soporte de hormigón lleno de agujeros y, apoyándote en ese perno y alargando el otro pie, pudieras evitar el alambre de espino, acariciar la porcelana, agarrar el zumbido chispeante... ¿Podrías sentir, se pregunta, en el último instante antes de que tu corazón suya un cortocircuito y te quedas colgado y sacudiéndote, mientras un humo podrido te sal por las orejas y las puntas de tus dedos buscan la vida, los filamentos de acero trenzados en esta madeja de alta tensión? Busner jadea, sin aliento por su rápido descenso desde Alexandra Palace a través de la verde nulidad del parque, y, aunque no hay nadie que pueda ser testigo de su fragilidad, la disimula con un suspiro, Aaaaaah... De todas formas, decide, sea cual sea mi edad, mi peso... probablemente mis zapatillas de correr harían de toma de tierra. Entre ellas en el *pastel rancio* del sendero hay una sola patata frita gruesa – ¡qué horrible tener esta descripción gastronómica tan a mano! Busner la interroga con la mirada, rastreando los tonos sutiles de su capa de fritura. Cualquier cosa – fuga, o trance, o esclavitud ciega ante la fuerza del subcórTEX, es mejor que esto: el armario ropero llamado sala de tratamiento, la tupida valla de batas blancas y grises batas de nailon que respetan las formalidades, Perdona, ¿le importaría? Mientras abrochan las sujeciones, comprueban el pulso, inyectan los cinco mililitros de curare intravenoso y limpian la saliva seca de la última víctima del protector bucal de goma. Aaaaaah... Nadie, cree, me conocería: un paseante de hombros encorvados y patizambo en una polvorienta plaza de São Paulo, *en mi bolsa de la compra no hay ninguna prueba del médico nazi que fui en el pasado...* Media tarde y no hay un alma que pueda verlo mientras avanza entre los

contenedores y los espacios de aparcamiento ajardinados de una, cita, prestigiosa zona residencial, fin de cita, *Solo obedecíamos órdenes... Era una especie de pensamiento de grupo*. A Busner le parece que son justificaciones patéticas, cuando la verdad era: *Nos lo inventábamos, improvisábamos... usábamos cualquier cosa que estuviera a mano...* Antes de la TEC habían puesto en coma a pacientes a base de insulina, para luego resucitarlos con glucosa *dulce vida entrando y saliendo de ellos como la marea...* O los infectaban con la malaria, creyendo que las fiebres altas y las alucinaciones alejarían las psicosis, una política de tierra quemada que fue dignificada: piroterapia. Quizá esos extraños – y totalmente acientíficos – métodos tuvieran algún beneficio, pero solo por el lío que se montaba en torno a pacientes que de otro modo eran encerrados en la planta y *encarcelados en sus propias cabezas vociferantes...* Pero, en realidad, el lío se montaba por culpa de los psiquiatras y las enfermeras, que hacían agujeros en el tejido cerebral y luego los llenaban – era en parte creación de empleo y en parte Los Buenos Viejos Tiempos: tiritas en las heridas, todos los implicados eran artistas del cambio rápido, que corrían de unidad a sala de tratamiento para *hacer su turno...* Entonces él creía – ¿qué? Esperaba haber sido más honesto que sus colegas de más edad, que pensaban que sus manipulaciones eran quirúrgicas, y extirpaban ideas locas y los trozos locos del cerebro que las pensaban – mientras que Zack sabía que las enfermedades mentales eran creaciones en la misma medida que imposiciones – mundos más desnudos y sencillos que los de la salud, pero totalidades pese a todo. Eso debió de ser en *los setenta, una década de líneas blancas... en carreteras... alrededor de campos deportivos y ribetes blancos que marcan tu escroto en la oscuridad... Gruesas patillas de cordero que necesitaban un esquilado – las más incluidas. George Best... el rostro corrupto y agotado por el alcohol de Reggie... Maudsley<sup>101</sup> – Mamón – Maudlin<sup>102</sup>. Cada época... lo nuevo y lo viejo se mezclaban... se aplicaba una nueva capa de la pintura totalmente familiar... Luego... con el paso de los años, aparece totalmente extraña y desgastada de nuevo. ¿Cómo podíamos ir allí/pensar eso/llevar eso/decir eso/leer a aquellos/participar en esos acontecimientos, tí-ío? ¿No lo entendíamos? Nada surge de la nada*. De pie frente a una ventana saliente llena de tul, tras la que se encuentran los fantasmas de la vida doméstica de los desconocidos, Busner ya no puede preguntarse: ¿Dónde voy? Sabe – ¿y no sabe también que usar cortinas de red para preservar la intimidad es tan fútil como emplear desinencias verbales para dividir el tiempo? Ve la bestia de carga de tubulares piernas de acero, huele el carbólico y oye la patética imploración de la Cordelia que ha olvidado sus frases y así imagina – *Ahora me gustaría ir a la planta, por favor, me – por favor...* – que el suyo es un papel voluntario: *Nada surge de la nada...* ¿Cómo se llamaba? ¿El negro? ¿Mugabe? No, Mboya, eso era. Era mucho más pragmático. Funciona, había dicho, no sabemos por qué pero funciona – y siempre decía el sintagma repugnante te-ra-pia electro-con-vul-si-va, no las iniciales esterilizadas en las que todos nos refugiábamos, fusionándolas con su primo inocuo y diagnóstico. Enoch dijo: Zack, he visto a hombres y mujeres que estaban perdidos para el mundo y han vuelto después de eso. – *Eso*. Radiación de abril en la nuca mientras avanza por la carretera, ¡Ridículo! No tenía que ser así, el sol solo debería brillar en el pasado y a principios del verano, iluminando a los muchachos rubios, que se dan la mano y giran hasta marearse en campos de heno recién trillados, cae sobre el enorme círculo del lecho ornamental que se

plantó el año anterior con anillos de lobelias azules, alisos blancos y begonias rojas para el trigésimo primer aniversario de los Pocos<sup>103</sup>. Con su objetivo claramente delante de él, Busner ya no puede fingir que va sin rumbo – desde el lecho ornamental en la rotonda *sale todo lo demás*: las carreteras que se bifurcan, en las que de vez en cuando está aparcado un Ford Anglia o un Hillman Hunter. Ve los cerosos plantíos de rododendro que cubren la Willow Shop, el Club del Personal, la Casa Blythe y la Villa N.º 3 – ve los campos de césped, de un color verde vivo en los lugares donde las regaderas de los jardineros han bamboleado desde los lechos, si no salpicado de un rubio oscuro, en algunos sitios raspado hasta el gris por los repetitivos círculos de los pacientes a quienes dejan salir para que sus demonios los exorbiten. No puede negar hacia dónde va, solo cavilar que aunque de vez en cuando recurría a los electrodos, *tiré de la palanca, tiré de la palanca, tiré de la palanca... pero no en Friern, nunca lo hice en Friern...* Porque allí, en reuniones sobre casos, vacilaba y *me hacía pequeño...* distanciándose de lo que consideraba únicamente otra demostración: la electricidad como espectáculo, Humphry Davy en la Royal Academy, bajo la mirada admirativa de las señoras, tira de la palanca y los enfermeros y los médicos ignoran enfáticamente las contorsiones sobre la camilla, la resistencia, los mordiscos y las sacudidas, y *el olor a ozono y el olor-apelo-chamuscado...* El sol debería brillar en la infancia – en la suya y en la de sus hijos. Puede verlos – a todos salvo a Mark, que está de pie en el borde del campo de césped, en la zona de sombra, *y a los siete... ¿ocho? ya lleva la máscara viva de su tío.* – Los coches están aparcados muy cerca en Alexandra Park Road, solo un par de centímetros separa un neoplasma de goma del siguiente. Tan bulbosos, los coches: vehículos in utero, como tantas cosas de esta época timorata y envejecida, han sido moldeados y suavizados para que sus espejos retrovisores de Talidomida y sus volantes con obesidad mórbida no puedan presentar peligro de muerte. Dentro de la membrana amniótica de acero, brazos vestigiales tiran y empujan palancas, pies vestigiales pisan los pedales, los movimientos repetitivos y compulsivos humedecidos por un *líquido amniótico de olor de coche nuevo...* Rebotaron cuando la corriente se los llevó – un detalle del que nunca ha oído hablar: que sus cuerpos fueron vulcanizados durante largos segundos. Si miraba en torno a la sala de tratamiento en ese preciso instante – daba igual en qué hospital estuviera, el Bec o el Napsbury – Busner vería los mismos rostros estudiosamente vacíos inclinados sobre esta cinta o aquel botón, o quizá posando una mano *técnicamente conciliatoria* en el miembro atado de la silueta negra despatarrada delante, Aaaaah... Ha llegado a una calle principal – detrás hay vallas publicitarias electrónicas, señales de acero pintadas de beis, ladrillo rojo impermeabilizado – toda la *chatarra* de una estación de tren recién renovada. O es un hospital – porque, ahora que lo piensa, toda la ciudad parece plagada de hospitales: pequeñas casas de campo en villas apartadas e hileras de chalés, grandes edificios de hormigón de los sesenta, setenta y ochenta que ahora albergan tribus multigeneracionales de los económicamente paralizados – luego están los listados de gris y madera, más recientes – que actúan como trampas de sol para burgueses convalecientes. *Por no hablar...* de los privados, que se sitúan en torno a jardines, con fachadas que imitan el estilo de la Regencia y enmascaran discretamente los gemidos de los adictos al OxyContin. Siente la forma de talismán de su Freedom Pass a través del tejido blando de sus pantalones de chándal – ¿Libertad en qué sentido? Solo monetario

porque, lejos de dejarle hacer *lo que demonios quiera, su esquina afilada me espolea a subir...* al tren, al metro o al bus, donde debe sentarse: consciente pero totalmente incapaz de influir en la ruta que toma el vehículo – *tan incapaz como... el conductor.* Una grasa caliente mancha la garganta de Busner mientras camina por la calle a tiempo para el p'pop-pop-poo-p-p-p-p'pop. Camina silenciosamente por el callejón de aligustres, sube al puente, cruza los raíles y baja hacia Station Road, donde, más allá de una madrasa de minitaxis y un Taj Mahal de grecas, encuentra un café de tamaño quiosco, con letras llenas de huecos en la entrada del escaparate antes y ré, 2 vos, a on, chicha, tatas y días. Hay una papelería junto al café – podría sentarse, con el Guardian plegado hasta el tamaño de una sola columna y metido bajo el borde del plato, *como hacen los hombres de mi edad en todas las épocas,* los vapores del huevo condensándose en el interior de sus gafas, haciendo que le resulte imposible leer sobre las chaquetas que se llevan en la campaña electoral. Tiene hambre – y el antídoto para la hambruna es bien conocido: sacos blancos con las letras pr r ma d a a a nt ria de la nu. Pero ¿cuál era el antídoto de la clorpromazina? ¿Kemadrin? ¿Kema-Kema-droll...? ¿Quimiodol? Mientras ejercita esa libertad y la barrera se abre Busner se da cuenta: ya no puede haber más resistencia, no más vos o chicha, ni la prociclidina ni la orfenadrina, no digamos el diazepam, pueden tranquilizar la cadena de pensamientos que pasa velozmente y envía ondas de diésel que manchan a su alrededor... *Ahí viene Zachary,* arrastrando vapores culpables y preguntándose solo esto: *Si el tiempo, la Liebre de Marzo, ha llegado antes* – el tiempo, caminando torpemente sobre los canalones, las líneas amarillas que se extienden como pasta de dientes desde su parte trasera, de manera que en las calles donde se ven esas huellas nada se puede volver a parar: el tráfico debe seguir, como la red de alta tensión debe chisporrotear a través de barandilla y cerebro... *Ahí llega un tren que para en todas las estaciones,* desde donde está junto a un expositor de Plexiglas lleno de esas curiosidades: agua con sabor a bayas, Skittles, *Un Mars al día te pone en marcha, te hace descansar y...*<sup>104</sup>. Busner ve algunos pasajeros reunidos junto a las puertas, sus cuerpos oscilan como patéticos contrapesos de la poderosa inercia del tren. Gracie lo dijo: que una vez, cuando fue a ver a su familia en Reading, cambió de tren en Windsor y la gente seguía hablando de eso – de cómo las tropas rusas habían pasado por la noche. Un tren debió de pararse un rato, y salieron, pasearon por el andén, cogidos del brazo, mirando la guardia del castillo, sus suaves botas de piel silenciosas sobre las losas. En todo caso, a la mañana siguiente todas las máquinas expendedoras estaban llenas de monedas de rublos. ¡Imagina! Esos bobos rusos intentando sacar barras de Fry's y qué sé yo y perdiendo toda la pasta, debieron de llevarse un buen chasco. Un rublo debe de ser un montón de dinero en Russiya... Audrey solo se había preguntado: ¿De verdad tienen máquinas expendedoras en Windsor Station?, pero ahora se ríe de forma amable de *la buena de Gracie,* que ha hecho tanto para que el cubículo dolorosamente atestado que comparten resulte soportable – colgando algodón de silesia gris sobre la única ventana porque es un poco más alegre que la tela opaca, aunque esos caprichos corren el riesgo de provocar la ira de la gerente del hostel, la señora Varley que, enloquecida por la tintura que guarda en su habitación – o su falta de ella – increpa a las chicas, les pega y las multa. Gracie, que se muerde el labio inferior con sus dientes torcidos, abandona la reorganización de los recuerdos que coloca

en el único estante que hay sobre su negro catre de hierro para decir: ¿De qué te ríes, Ordrii?, luego va hacia donde Audrey está sentada en su propia cama, le pone una mano en el brazo: ¡Ay! No te estás riendo, estás llorando, ¿verdad? Asombro en eso, porque todas las canarias saben que Audrey Death es *dura como una piedra*. —Audrey mira la mano sulfurosa sobre la manga bordada de su mejor blusa y dice: No, no te preocupes, cariño, no estoy llorando – ni riéndome de ti – solo intento parar... esto... Sus manos hablan por ella, corretean por su regazo: criaturas fugitivas que, *atadas por mis brazos, no pueden huir más lejos*. A primera vista parecen presa de un azar trastabillante, solo Audrey que experimenta sus tirones y sus empujones desde dentro sabe que no es en absoluto casual, sino una peculiar elaboración de los movimientos repetitivos que han realizado durante todo el día: el tirar de las palancas y el girar de las manivelas que controlan la máquina de llenado, el golpeteo del martillo de madera que empuña para meter las últimas medidas de trinitrotolueno y los últimos puñados de nitrato de celulosa en las carcacas. Sí, una elaboración peculiar y sutil, porque sus pobres manos no solo replican esos movimientos, también están – en su forma de desprender un índice y un pulgar enrollados – los del torno que manejó durante seis meses en la Nueva Fábrica de Espoletas, al igual que el movimiento lateral del dedo meñique de su mano derecha representa el rastro fosilizado de todas esas cantidades de *pes* que golpeó durante sus tres años como mecanógrafa para Thomas Ince & Coy, Fabricantes de Paraguas, Elegantes Sombrillas de Paseo para Señoras, Tiendas de Jardín y Pabellones de Playa, etcétera. De forma aún más terrible, el incontrolable encogimiento del pulgar de la misma mano llega todavía más atrás, hasta las horas de ejercicios con el dedal en el Colegio Nacional de Fulham, como la unión en forma de pinzas del índice y el pulgar, un tic, se da cuenta Audrey, que se produce exactamente cada siete tirones de la palanca invisible del cabezal, y que pasa un cable caliente a través de sus fibras nerviosas hasta los ejercicios de costura que una vez lo acompañaron. – Vamos – ¡vamos! Gracie agarra las manos enloquecidas en las suyas y su energía sube por sus brazos, *rompiendo sus maderas*. *La buena de Gracie*, cuya piel y cuyo pelo ahora son del mismo color, y una vez que se ha recogido el pelo y se queda frente al espejo maquillándose para el concierto, a Audrey le parece que está creando por primera vez su caído labio inferior, sus ojos pequeños, rosas y vivos, y sus mejillas un poco hundidas. *La buena de Gracie*, que guarda en su baúl de hojalata el ramillete seco que él le compró en Barnet Fair, junto a todas las postales del Servicio Móvil que el artillero John Smith le ha mandado desde el Frente – dos o tres por semana – formando un paquete tan grueso como ancho, que Audrey no pudo evitar hojear en la única ocasión en la que Gracie le permitió cogerlo, de manera que, pese a las diligentes tachaduras del remitente, se desdibujaban en una sola – y más sencilla – incompreensión. *Página... página... jingoísmo*. Audrey no le ha enseñado a su amiga las cartas que recibe de su amado – misivas que a su manera son complementos perfectos a las efusiones de la Oficina de Guerra de Artillería. Estoy lista, dice, apagando la vela de un soplido. Gracie ha abierto la puerta y las lámparas de gas del pasillo hacen de la fotografía *de mi amado en mi propio estante una luz de Marfil*: Stanley Death, Cabo, Cuerpo de Ametralladoras, cuya imagen flota en el panel central de un triple marco encuadrado en cuero, flanqueado a la izquierda por los Deer de Cheriton Bishop y a la derecha por Violet la Telefonista, posando en su uniforme del Destacamento de Ayuda

Voluntaria junto a una columna dórica en cuyo capitel hay un teléfono de campaña. Stanley, apoltronado en su óvalo de tiempo perdido, con el pelo echado hacia atrás en su hermosa frente, el rostro todavía no mancillado por la guerra o cualquier otra carnalidad, la expresión orgullosa y traviesa, mientras entre sus cremosas rodillas de franela sostiene una de sus propias máquinas voladoras, sus delgados paralelogramos, triángulos y círculos de madera y alambre cubiertos de tafetán. Albert solo sabe la mitad de lo que pasa, piensa Audrey, mientras camina detrás de Gracie por el pasillo del hostel – una jaula de un solo piso expresamente construida para albergar a las canarias – ¿y qué puede hacer Datas si no tiene todos los datos?... ¡De modo que no es así, señor! Audrey conoce la producción del Arsenal no por estadísticas y cálculos sino de manera táctil. Calcula que, de las trece mil ochocientos veinticuatro carcasas de cincuenta libras que se rellenan cada día en los Edificios de Riesgo, un gran porcentaje – quizá un cincuenta por ciento – será defectuoso: el nitrato muy suelto, la mezcla de trinitrotolueno y nitrato de celulosa incorrecta. Además, Audrey sabe que muchos de los miles de carcasas todavía no rellenas y apiladas bajo toldos, en cobertizos y casetas, están imperfectamente soldadas y unidas – *el vino tónico de la lluvia cae por sus costuras rasgadas...* Gracie, como las otras chicas cuyas botas suenan-tip-tap en las ásperas tablas de pino, no tiene la culpa – debería estar paseando con su novio junto a un riachuelo risueño, con blancas faldas que rozaran lirios bamboleantes y primulas alegres, en vez de servir como un ilota bajo el látigo de la señora Varley, que las cuenta resentida en la tarde de verano. La gerente del hostel, piensa Audrey, roba al menos tres chelines por semana de los diez que entregan las municionistas. Desfalca – y desperdicia todavía más cuando deja las lámparas de gas encendidas con el único objeto de tener un pretexto para irrumpir sin previo aviso en los cubículos de las chicas, en busca de las pequeñas botellas de Sanatogen de las que tantas de ellas dependen. Botellas que confisca – y bebe. *La buena de Gracie* toma a Audrey del brazo y continúan detrás de las otras mientras se dispersan por el terreno roto y desigual, gansos ruidosos con plumaje rojizo y leonado. Ahí fuera, en los límites de la ciudad, hay campos olvidados que acogen caballos de viento, las ortigas aguantan en pie las vallas destruidas – una hilera de casas mal construidas está sin terminar, simplemente se acaba en una ruina de corrales de conejos y pocilgas. Hacia Greenford un puñado de fábricas alzan los dedos gordos de sus chimeneas y dejan manchas de hollín en el cielo brillante, mientras desde el río invisible llega el desolado ¡t't't'uuuuuuuuuuut! de un remolcador. Mucho antes de la guerra y su apagón esta región era, piensa Audrey, ignorante – una penumbra oscura en torno al sol de Londres. La puerta enmohecida de la iglesia ante la que pasan las chicas que caminan sobre la hierba de los campos se apoya ebria sobre sus bisagras muertas – el cementerio *está envuelto por una alambrada de espino de mora*. ¿De dónde, se enfada Audrey, vendrán las torres brillantes y las autopistas de coches de Gilbert? ¿Qué máquina puede transformar en riqueza esta basura? La luz traza rayas en la parte baja de las cortinas y las puertas, delineando el salón parroquial, y Gertie, la *bomba* que dirige, se gira hacia él, dando grandes zancadas con sus altas caderas y más viril que ningún hombre, las demás van tras ella. Viven en ese preciso momento de la revolución terrestre en que el color desaparece, el nitrato de plata se derrama como polvo en la hierba y la gravilla en torno al salón, y *se reúne en montones entre las zanjas – todo se resuelve en formas oscuras y*

*siluetas pintorescas...* Teníamos que hacerlo, ¿no, Ordrii?, dice de pronto Gracie – y, pese a lo inesperado del comentario, Audrey sabe de qué habla, así que acerca mucho a Gracie hacia ella, lo bastante cerca como para oír el latido excéntrico de su corazón intoxicado, y contesta: Sí, teníamos que hacerlo, era nuestro deber, no importa que nos pareciera una locura, y la estúpida vanidad, teníamos que dejar de lado nuestras ambiciones mientras durase – no podíamos abandonarlos. *La buena de Gracie* gime, Y... y... ¿estoy bien, verdad, Odrii? Audrey recuerda *a la joven fresca como una rosa* y con colores de sufragista que conoció en la reunión de la WSPU cerca de Arnold Circus y agradece que el tiempo haya consumido la cara de Gracie para que pueda decir con convicción. – Oye, dice un chico de una sola pierna con insignias de oficial en el cuello y un cómico fez sobre la cabeza, que se apoya en la pared del vestíbulo, chicas, ¿no tenéis vergüenza! Las demás han entrado y ahora la Madreselva y la Rosa florecen en la puerta abierta. – Tenemos preparada una comida estupenda, y estáis aquí fuera holgazaneando y cotorreando. El aire desenvuelto del chico, el destello del monóculo sobre su pecho cuando se apoya en la muleta para guiarlas – son las notas falsas pegadas a su cuerpo roto. Los cañones fríos y negros de sus pupilas taladran su cara fantasmal... *Chu Chin Chow*. Es verdad que hay una comida estupenda: botellas de ale y cerveza de jengibre, tarros de paté, cuatro grandes hogazas y un cuenco de hojalata lleno de pepitos de crema. Se los hemos gorroneado a un panadero de Sidcup, explica el chico, haciendo malabares consigo mismo entre la muleta y una pipa ridícula *que debería tener un cascabel...* El tipo decía que le estábamos quitando la casa y la comida, pero cuando llevé a toda la escuadra al edificio, bueno, no pudo negarse – el sacrificio y toda esa cháchara... Se queda en silencio mientras la canción llega al final, la monotonía incesante de las baterías antiaéreas de Eltham Palace suplanta su breve armonía. Aquí Audrey ve que hay un color: las ventanas cubiertas de tela opaca están decoradas con banderines rojos, blancos y azules, con una fotografía enmarcada de la reina Alejandra y un texto enmarcado del Padrenuestro. Hay ramilletes de flores silvestres veraniegas atados con lazos a los respaldos de las sillas – es *muy alegre*, aparte de las *caras de vitela de las pobres vacas*, y los cuerpos destruidos y vendados de tipos duros, cuyo pelo brota entre el papel crepé muy apretado, las caras enmascaradas por este, los brazos colgados de él, y, mientras Audrey viaja de herida a herida, los Tommies comienzan su triste rondó: ¡Estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí! con el acompañamiento de las arpas de los judíos, órganos bucales improvisados a partir de peines y papel de seda, y el lúgubre solfeo de un piano totalmente desafinado: Llueve, llueve, llueve, llueve todo el santo día, Llueve toda la mañana, Llueve toda la noche... se une sin interrupciones, y luego suavemente da paso a: ¿Dónde están nuestros uniformes? Lejos, muy lee-jos, ¿Cuándo llegarán nuestros rifles?, quizás, quizás algún día–[105](#). ¿Por qué, pregunta Gertie la Bomba, siguen cantando esas canciones? Ahora están en casa... Un sargento de cara redonda sigue sus palabras pero no puede responder – ¿no se ha dado cuenta del tono naranja de su melena exuberante, ni se ha preguntado por qué lleva guantes blancos de algodón para zamparse un pepito? Él suda copiosamente, respira con esfuerzo, H’herrr, h’herrr, una baba verdosa y salpicada de sangre se agolpa en las comisuras de sus labios. B’herrr, consigue, b’herrr – luego se abre paso entre las marañas de humo de tabaco hasta la puerta y sale, jadeante, al aire de la noche. Audrey no hace caso a la

pregunta de Gertie – porque sin duda es obvio: cantan las canciones que cantaban allí, porque desde ahora y para siempre permanecerán *allí* – *no es un cambio rápido, el presidente nunca los echará. No hay forma de escapar – tendidos en el cráter inundado de un obús o en un búnker ensangrentado, ¡los que duermen no pueden despertarse! Cada triunfo titubeante ha de ser, sin duda, el último – llega otro h’herrr, no hay parloteo – todos son víctimas del gas...* El manguito incandescente luce más brillante que el sol en su globo de alambre, señora Varley, su rostro caricaturizado por Bass – ¡Insiste en Ver la Etiqueta!– mira a través del cristal agrietado de la alegría forzosa a Audrey, que se hunde en una silla providencial y descubre que tiene los ojos a la altura de la entrepierna del chico mutilado. Él – o el ayudante de un mercero – ha fijado la pernera del pantalón bajo la falda de su casaca de modo que parece que conserva la mitad de la pierna, pero ahora, por la forma en que la tela queda plana, Audrey ve que no queda nada de ella. Detrás de las complejidades de su bragueta de botones ella sabe esto: el objetivo sin rumbo de la carne traumatizada y el hueso serrado, su pobre *colita coleando en la oscuridad, sin hueso, incapaz de sostenerlo...* Audrey se inclina hacia delante, abrazando su náusea contra su pecho, viendo a los mutilados que van con sus piernas falsas: los pliegues de un vestido irracional que oculta el lugar en que se dividen. Se queda sin respiración, luego el aire se le corta en la garganta – las manos que Gracie tranquilizó empiezan a trabajar de nuevo, encontrando una rueda de plástico y *torciendo* esto, buscando una manecilla enmohecida y *tirando de* aquello. El tablero echa agua en un regazo que ha dejado de existir —porque ella está tumbada boca arriba mientras el joven oficial dice: ¿Está bien, señorita Death? Ella piensa: ¿Cómo sabe mi nombre? Piensa: había humo de su pipa y de los cigarrillos de los demás, humo *atrapado y metido y atravesado*, y ahora filtra a través de la desinfección de la planta esta letanía: Guardias, n.º 6, n.º 10, Peter Stuyvesant, Kensitas, Senior... Senior... y otra vez: Guardias, n.º 6, n.º 10, Peter Stuyvesant, Senior... Senior... Busner siente una fuerte inclinación por suministrar el Servicio, ¿qué tiene de malo? Es tan triste oír ese plañido de anhelo desde la cama contigua, cuando se inclina hacia la manivela y levanta esta. Desde que ha vuelto a fumar, Busner ve humo *por todas partes* – aunque los pacientes lo tienen prohibido en los dormitorios, también lo ve aquí, azul y gris y tenso por las barras blancas de los armazones de las camas, diluyéndose en un rizo marrón para *satirizar* las baldosas resistentes al fuego del techo – sobre este techo hipócrita ¿qué? el estucado victoriano original, molduras cinceladas, volutas y festones... *humo petrificado*. Sus párpados finos como el papel se arrugan – pero no se repliegan. Marcus está entronado en un sillón que han arrastrado desde la sala común, y Busner se inclina ante él, diciendo: Ahora es muy mayor, como ve. Marcus sostiene una taza – un gallito de Tottenham Hotspur brinca en torno a ella. *Se digna*, Sí, bueno... obviamente. Quiero decir, era una mujer entrada en años antes de la guerra. Bien conservada, aun así, tenía una melena – una melena abundante... de un llamativo pelo rojo. Hubo que consolarla cuando la perdió. Busner agradece que el hombre mayor le hable, *Necesito consuelo por mi pérdida*. Los enfermeros recompensan a los pacientes sumisos con cigarrillos – últimamente han tenido que recompensarle a él también. Aturdido, Busner la examina: presión sanguínea, pulso, en vez de un intrusivo termómetro una mano húmeda en su frente seca. Con los ojos cerrados, Audrey escucha su respiración – la huele *humeante y agria*. No soporta su aire

de perpetuo engreimiento – ya entiende que él espera mucho de ella, y si Audrey lucha por entender este mundo nuevo y extraño solo es para negarle... *todo*. Creo que está despierta, Busner, dice el otro... ¿Marcus? Otro judío, pero lo recuerda *erguido, apuesto, correcto... atildado*, además, *siempre quería hablarme como si yo fuera una persona sensata*, aunque *no podía contestar*. Hasta ahora. Marcus deja el gallito en la mesa ajustable que Busner ha levantado y se inclina hacia delante. No es, piensa Busner, una cara con la que quisiera encontrarme al despertar de una siesta de medio siglo – ese pico de pato y esas fosas nasales abiertas difícilmente me consolarían por la pérdida de mi pelo, mi vida, el mundo que fue y *todo... al este de Aden*. Aun así, al menos Marcus puede realizar este servicio de anciano: actuar como una cámara del tiempo dentro de la que Audrey puede descansar un rato mientras su conversación la descomprime – *todas esas pesadas antiguallas victorianas, las cúpulas de cristal de plomo que aíslan a los dodos disecados y arrogantes que debe de haber sobre las cómodas llenas de polvo y los sucios tapetes de su mente*. Marcus puede ordenar todos esos cacharros y en su lugar hablarle de... de... *poliestireno – sí, eso. Y también del PVC. Puede introducirla al vacío tintineante de las sillas hinchables de plástico y las lámparas de Hábitat – y a redes donde suenan las boyas de vidrio en las paredes de los restaurantes de moda. Puede ponerla al día de las flatulencias que produce la cerveza casera*. – ¡Oh, Dios mío!, grita Audrey, con los ojos muy abiertos, ¿Quién demonios es este viejo? Busner, preocupado por que le entre la risa floja, se entrega al vicio: Creo que les dejaré solos para que puedan... volver a conocerse. Sale del dormitorio, mirando a la derecha *un Rodin envuelto en sábanas y abandonado en el almacén*: la señora Gross. En solidaridad con su personal agotado, a Busner lo desilusiona ver que *la piltrafa de su marido* no está esta tarde —desde que se ha despertado, la voracidad de Gross se ha vuelto aún más excesiva: intimida a las enfermeras, las obliga a llevarla lo que consigan gorronear y, aterrorizadas de que *pueda... quizá, girar y aplastarlas*, lo hacen: *termitas trabajadoras al servicio de una reina tiránica*. Enormes platos de patatas de la cafetería del personal, cuencos de acero llenos de pepitos y las grandes ensaladeras que tiemblan con la gelatina que le gusta especialmente – gelatina que incorpora en su temblón Tupperware con altos sorbos y percusión de los labios. Como médico, a Busner lo decepciona que *el correcto Charlie no esté para coger y tomar y gorronear*, quitándole la presión de su monstruosidad a su equipo, – pero como hombre civilizado se alegra: nadie debería tener que tratar con *esto*. Buenas tardes, Leticia, dice, ensayando una relajada neutralidad. Ella levanta los ojos del espejo de un estuche de maquillaje con el que ha examinado su rostro en muchos vistazos breves. Me deleita, continúa, *Angel Delight*<sup>106</sup>, ver que se toma ese interés por su aspecto – hacía mucho tiempo que no le preocupaba... La naturaleza indefinida de ese mucho tiempo es deliberada por parte de Busner, aunque de todos los posencefalíticos Leticia es la menos afectada por su viaje en el tiempo – del hot jazz al teeny bop no ha perdido el ritmo, y la velocidad de su metrónomo interno resulta inmediatamente evidente: deja caer el neceser en el desorden de papel de caramelo arrugado y piruletas mordisqueadas que ahora Busner detecta entre la sábana y la losa de su muslo. Mientras dos moscas se echan a volar, ella fija sobre él sus desconcertantes ojos azul cielo y, haciendo un mohín de bebé, murmura un discurso: NosédoctorBusnersoloséloquehagoahoramismocuandoestamoshablandocuandopiensoenla;

que consigue comprender – con dificultad – solo porque se ha tomado el tiempo de sentarse con ella, concentrarse y medir la prodigiosa velocidad y precisión de su dicción con cronómetro y grabadora, descubriendo de ese modo que puede llegar a las quinientas palabras por minuto sin perder una sola sílaba. Desde las profundidades del centro de Leticia

Gross

– me gustaría saber exactamente qué le das a esas pobres almas una especie de gachas que parecían – esas oleadas de salud irradian vigorosamente, atraviesan todo el revestimiento de grasa y en los diez días transcurridos desde que la L-DOPA despertase a este coloso Busner ha pasado muchas horas con ella, fascinado por la exactitud de su recuerdo, *Si Marcus se molestará en prestar atención:* Fue a Carswell Street donde habíanabierto una oficina de reclutamiento pero lo rechazaron diciendo quizá cambiaría de tono – a fin de cuentas, ¿el daño orgánico puede ser tan amplio si deja todo esto intacto? Además, la cualidad forzosa de su reminiscencia era un fenómeno del que Leticia Gross era totalmente consciente: allí voy otra vez doctor hablando sin parar, de manera que seguir el perspicaz hilo que tejía esta Penélope siempre despierta era entrar en la laberíntica noche-sin-fin anterior a la LDOPA, para experimentar junto a ella sus narcolepsias, sus parálisis durante el sueño y sus pesadillas diurnas de entierros prematuros. Leticia le reveló el tormentoso submundo de los posecefalíticos, donde la miríada de tics, sacudidas y espasmos actuaba para perforar los túneles y vaciar los surcos que requería una multitud de personalidades – pequeños seres que eran al mismo tiempo regresivamente primitivos y extremadamente organizados. Los impulsos repugnantes de la agresiva mujer-montaña – ¡su acumulación de basura arrugada, corteza de pan, sus propias heces! eran a ojos de Busner el contrapunto conductual de su visión asombrosamente lúcida – fue Leticia la que le dijo a Busner que debía emparejarlo todo, fuera en el mundo fenoménico – una cucharilla alineada con otra, dos horquillas con otras dos – o en el de las ideas porque, decía, no podía pensar en nada sin imaginárselo repetido, vaso de yogur con vaso de yogur, dolor con dolor. Avisado, Busner encontró pruebas de esa tendencia a buscar la simetría en todos los demás – aunque el neologismo de Leticia, arritomanía, parecía más preciso, puesto que conjuraba el pasado del que había sido separada con sus noticiarios de cifras de un solo dígito que surgían juntas en *festinación chaplinesca* para formar un *murmullo silencioso de gente...* El tercer día Busner le había dado a Leticia un bolígrafo y un gran cuaderno de ejercicios de tapa dura que podía apoyar en su vientre de pan de azúcar. Lo había hecho así – ahora lo acepta – esperando cierta redención: purgarse a través de la claridad de la expresión, la elocuencia – *la basura habitual*. Ahora, al abrir las cubiertas veteadas, lo abruma descubrir que la impetuosidad de sus pensamientos se ha replicado en su caligrafía. Las primeras páginas tienen el patrón de una escritura cuneiforme densa y grabada que se nota *braillemente* en el dorso, en la página siguiente y varias posteriores – pero hoja-a-hoja *este convolvulus suelta sus zarcillos* al principio hacia las líneas de arriba y abajo, luego más allá. Diez páginas en una entrada encabezada por la fecha de ayer consisten solo de dos palabras y media: Necesitounenem — — la ausencia latina de espacios se correspondía con su *farfulleo* – que ocupan una página entera, a la cual, cuando la gira esperando la confirmación de su paranoia, sigue una *a* perfectamente formada que se extiende de arriba abajo y de un lado a otro, *un círculo de Giotto...* No

está totalmente sorprendido, porque la extraña – y descarada – fijación anal que el diario de Leticia Gross revela ya había sido comunicada por los horrorizados enfermeros, y en ese preciso momento resuena en sus roncós bramidos: ¡Necesitounenema! ¡Necesitounenema! ¡Necesitounenema! la imprecación lo sigue mientras escapa – deprisa, ruborizado, avergonzadode su hueco, se da la vuelta y corre hacia el cuarto de las enfermeras. Los pensamientos se reúnen en dos grupos mientras Busner coge un cigarrillo con filtro de una bolsita de papel de aluminio: 1. Podría, piensa, cambiar la dosis de L-DOPA y quizá probar con amantadina para ver si tiene algún impacto en estos... estos... efectos secundarios. 2. La perfección de esa *a* es sin duda, lanza la hipótesis, otra faceta de su tendencia a la simetría – es un diagrama de una *a* más pequeña – o de una *más grande*. El señor Ostereich – *si se hubiera quedado en Viena podría ser parte de su Escuela...* le había dicho a Busner que a veces él percibía cualquier símbolo – palabras, números, imágenes–como una especie de mapa, que si se concentraba se convertía en un mapa de un mapa que a su vez era un mapa de otro mapa. Eso le parece al psiquiatra – que aspira, aguanta, los ojos le pican con alivio lloroso – posiblemente el correlato fenomenológico de la mente posecefalítica que traza físicamente las variadas capas superiores e inferiores de su patología infernal. Emparedada en cristal, ¡Paaaah! la sustancial nube de humo pardo lo libera: un genio barrigón de treinta y pocos con una bata arrugada que se apoya en la esquina de una mesa de acero pintada del gris verdoso institucional en la parte más alejada de un hospital mental del norte de Londres mientras Evonne Goolagong excita al público de la pista central *enseñando sus bragas con volantes*. Hephzibah Inglis abre la puerta e irrumpe en un frenesí de molestia. – ¿Quién ha dicho que puede quitarme el tabaco, doctor? – ¡vaya a comprarlo! ¿Cuánto gana? Cuatro o cinco veces más que yo – ¡debería darle vergüenza!, y coge el paquete de tabaco y lo mete en el bolsillo de la bata de Busner, Joder, ¿quiere que lo fusilen por desobedecer órdenes? En el beso rosado del alba ve una mancha de pintalabios de privación en la cara blanca de Bobby. Para alegrarlo mientras caminan hacia el bosque inquietante de troncos astillados y ramas rotas, Stanley imita el acento pijo de Grahame-White y dice: Viejo amigo, ¡qué espléndido espectáculo! Pero solo Feldman, que sube con Vicky, consigue reírse. Stanley sabe por qué: la risa puede no ser más que una *carcajada en torno al caldero del Diablo* – el humo del gas lacrimógeno se aferra al follaje hecho jirones, mientras a la altura de las copas de los árboles *orugas peludas* detonan con ruidos malévolos, derramando metralla y *sucia piel negra*. —La sección había subido por Naours y Saint Gratien, y se detenía de vez en cuando para consultar los mapas del terreno que eran, pensaba Stanley, mapas de mapas que solo eran mapas de toda esta... *puta confusión*. Caminaron por la carretera blanquecina hasta Albert, donde les dieron cascos de acero y armas cortas. Ahora, mientras se tambalea sobre raíces y se separa de abrazos espinosos – entorpecido por el peso muerto de su mochila, los cañones de recambio de Vicky y el Colt .45 – Stanley se maravilla ante las emociones sentimentales que alberga hacia el Redoubt – las alertas casi ociosas, con ruidos tan hogareños como los chirridos de las crías de rata, el relajado tintineo de latas atrapadas en la alambrada, y el muy ocasional latigazo de la bala de un francotirador Jerry. En Crucifix Corner, donde el grueso de la infantería giró hacia la izquierda en dirección a Thepval, la selección fue hacia la derecha en dirección a

Fricourt, luego redujo el ritmo, abriéndose paso entre las *multitudes de hombres que parecían plagas de lagosta y se alimentaban sobre el terreno...* La cortina de fuego se tiene que levantar de un momento a otro y, aunque los artilleros vacilarán, el miedo se remueve en sus estómagos, los agita, así que uno tras otro los camaradas de Stanley caen para vomitar las gachas de trigo bulgur y el *fantasma dulce* de su ración de ron. Solo Stanley permanece libre de náusea – es cierto que siente su acompañamiento jugueteando en su garganta con gran claridad, y así puede oler la diferencia entre los obuses que chillan por encima hacia las líneas alemanas. Oisquea juiciosamente los *vapores periféricos* que vagan de cada segundo o tercero y que identifica como... *eau de munición no explotada*. No es que suponga ninguna diferencia – *todos nosotros sabemos, todos ellos saben, incluso los putos jefes saben a estas alturas que el fuego de artillería, por preciso que sea, no puede romper la alambrada*. Los proyectiles caen y el bordado de alambre se alza perezosamente para exponer durante unos momentos largos y salaces *unas bragas manchadas de tierra*, y después vuelve a caer con la misma pereza en el mismo lugar, solo que un poco desordenado por la violencia del asalto. Siente miedo – *No soy ningún Enigmarelle, ningún autómata*. Siente miedo, y en el estrépito que confunde sus acciones – los engranajes, las palancas y los muelles que hacen que se mueva sin descanso hacia delante – hurga en busca de las seguridades de la infancia: *Si tiene más, señora Moore, No sé lo que haremos, ¡estoy seguro! Nuestro cementerio es muy pequeño, ¡No habrá sitio para todos!, ¡No tenga más, señora Moore – !* Los Long Toms y los howitzer que disparaban a kilómetros de distancia se han detenido. La curva y delicada cáscara de huevo de luz se rompe con el esbelto ¡piiiiii! de los silbatos de los oficiales. Caen a un camino hundido, se pasan las pesadas cajas de munición de una mano a otra. *Una que ya hemos hecho*: un oficial del Estado Mayor yace en el terraplén, su cara muerta parece bastante serena, su ridícula escarapela recibe el ornamento natural de las frondas de helechos. No hay nada más que ¡*mermelada Tickler's, mermelada Tickler's!*, donde debería estar su mitad inferior – cerca yace su enorme caballo percherón, totalmente quieto pero sin un rasguño – lo que supone cierto alivio, porque ahora que se ha levantado la cortina de fuego todos pueden oír los gritos de los caballos y las mulas golpeados por los estallidos prematuros de... *esas putas bombas que no explotan*. Stanley siente miedo mientras camina deprisa entre las pesadas pezuñas – conjura a su padre que lo guía por el camino, las faldas de su abrigo de piel de conejo aletean, el humo amistoso de su puro forma sobre su hombro nubecillas alegres que juegan con la creciente luz del sol. Corbett, que domina los mapas, consulta el pequeño cuadrado de *dónde-estamos* y suben otra vez el terraplén, vuelven al hedor a huevos podridos de la madera gaseada. Stanley siente el miedo – conoce el miedo: el terror que te deja sin aliento cuando tiras entumecido de la bolsa de franela, cuando quedas envuelto en una peste química, el *dónde-estamos* reducido a un pequeño cuadrado de mica que enmarca ojos saltones y bocas abiertas, mientras el diafragma se agita, el pecho se estremece, ¡*la cabeza da vueltas con el... esfuerzo... de... no... respirar – ! ¡Paaaah!* y el mundo desaparece en su propia niebla. Stanley siente el miedo – pero siente más el hambre. Lo peor de esta puta guerra, piensa mientras avanzan a hurtadillas hacia la luz y el incesante parloteo de los Maxims enemigos, es esta puta pobreza de mierda – los miserables once chelines a la semana, la galleta dura infestada de

gorgojos, el té de color verde pis, los piojos en las costuras de calzoncillos largos marrones por la mierda, la carne en salmuera – y las ratas, más inteligentes que los hombres, subiendo a sus cabezas mientras dormían para llegar a las bolsas de comida que colgaban de lo alto. ¿Había sido un sueño, o había ocurrido cuando sirvió brevemente como ordenanza? El *champán de color amarillo pis que espumeaba en copas de cristal de verdad, cuencos condenadamente grandes llenos de ruibarbo, carnes frías dispuestas en platos o temblando en gelatina. Un fonógrafo en marcha, tripletes de notas de piano que hacían d'duu-duu-duuu desde su resplandeciente mordaza. Un salmón entero – ¡limpio, sin espinas y sobre un lecho de pepino – ! ¡Ja! Se ríe en voz alta de su dispersión idiota – ¡porque ningún oficial, por muy bien provisto que esté de puros de Fox's, de pastillas energéticas de cocaína de Harrod's o del último Rudyard Kipling o G. C. Cook de Hatchard's, podría poner sus manos blancas como azucenas sobre un salmón entero! No, habían compartido costilla de oveja, bastante buena, con patatas nuevas, guisantes y unas putas judías verdes... – ¿Quiere más, señor? Mientras manipulaba un par de cucharas, a sus ojos la menor de las mentes individuales... un camarero italiano en Simpson's, Stanley había rezado devotamente para que un Jack Johnson les tumbara allí mismo, silenciara esa tonada molesta y su bobo parloteo. Había nacido para volar, pero ahora estaba sirviendo a esos críos de cara rosada. – ¿Quieres más judías, amigo? Ja-ja – bajo tierra, en una tumba que espera. Un lado de la mochila de Stanley pesa más que el otro. En la parte baja, metido bajo los calzoncillos largos manchados de mierda y la carne gorroneada, hay un par de pistolas Luger envueltas en la camisa de un oficial alemán y metidas en un pickelhaube. Stanley se detiene para recuperar el aliento, con la mano suavemente apoyada en un profundo y diabólico corte sobre ti, amable carpe, e identifica el pincho romo que se le clava en los riñones tres peniques, friéndose en su propia sangre y orina... Sus compañeros conservan esas cosas como recuerdos – pero estas no lo son: son armas para un levantamiento futuro. Se ve quieto con el uniforme pero llevando el pickelhaube – está en las escaleras de delante de casa mientras la criada, angustiada por su aparición, se aleja en busca del dueño de la casa, que llega a la puerta con un fajo de papeles oficiales en una mano y un matamoscas de pelo de caballo en la otra. Bueno, ¿qué desea amigo?, pregunta Albert De'Ath, fingiendo que no reconoce a su hermano. Stan levanta la Luger y pone el cañón contra la ostra cruda de Bert. Cuatro millones de rifles, dice Stanley con naturalidad, doscientas cincuenta mil ametralladoras, cincuenta y dos mil aviones, veinticinco mil piezas de artillería y setenta millones de obuses, ¿No es así, señor? Por una vez Albert no se ofende, solo se inclina dócilmente para lo inevitable. Tras saltar sobre el cadáver sorprendentemente corpulento, Stan camina por el pasillo hasta lo que supone que es la sala del desayuno. Allí una palmera baja en cascada desde la maceta que hay sobre un altillo, y una hilera de tostadas recién hechas humea sobre una mesa ovalada de caoba. Stan coge una, la unta de mantequilla con un cuchillo de mango de marfil, luego se la mete entera en mi boca seca – las esquinas apuñalando el interior de mis mejillas... Sabe a betún – y a cordita, no hay la menor duda de que está asustado – el terror es el suelo que vibra bajo mis pies, un suelo que se agita cien metros delante de donde la sección se ha refugiado, la masa de pastel se deforma, chorros de zumo de tierra que brillan sabrosos hacia la cacofonía de cuatro tiempos ¡b'-b'-b'-*

buum! que debería haberlo precedido. Stanley está asustado – y el miedo le da hambre: podría *comerse el carpe como un trozo de carne asada*, la maraña de sotobosque en las raíces *como ensalada*. Podría *aplantar* los tres cañones de repuesto de Vicky en su bolsa de red – y *tragarse una caja de municiones como si fuera un pastel*. Podría comer y comer y comer – nadie, apuesta, ha sentido nunca tal *voracidad desvergonzada*. Consumirá a los lanceros reales muertos y a los guardias escoceses rezagados, *me subiré* a las ruinas de una pequeña granja y sus destruidos anexos aunque la artillería de los hunos se haya dado allí un banquete. Seguirá comiendo por el valle amplio y batido, luego masticará subiendo las colinas calcáreas, mordisqueando los cuerpos de los caídos, usará sus bayonetas para mondarse los dientes, hasta llegar a la alambrada, *se mete en ella y duerme la siesta de los que están llenos*. Luego... más tarde... *ya no hay enemigos, solo el dulce... dulce enema de la putrefacción: ¡Felicidad! ¡Ah, bien muchachos!* Grita Corbett en el momento en que se levanta la cortina de fuego. *¡Lo mejor es salir adelante y poner el viejo pa-ra-guas! Y hacia delante van, reptando palmo a palmo en torno a gigantescos terrones y bastos agujeros hasta alcanzar la cobertura que ofrecen los muros de ladrillo supervivientes – una posición preciosa para Vicky*, con un espacio suave de baldosas para meter las piernas, y la mitad inferior de una ventana para asomar el hocico. Un oscuro color de vino motea las tejas rojas, hay un incordio de moscas verdes en torno a algo que lleva muerto dos días – y, pese a todo, milagrosas ciruelas damascenas todavía enteras en la rama que queda de un huerto segado, y *Vicky rat-a-tat-tat-teando* con placer entre sus manos mientras Feldman, con las piernas abiertas y frente a él, carga la cinta. Sería cómodo si no fuera porque aunque no lleve la mochila Stanley no puede evitar mover la cabeza hacia arriba y hacia la izquierda, donde un objeto invisible atrae su atención. A medida que alcanzan el final de cada cinta, su hombro se echa hacia atrás, y su cabeza gira y sube. Bueno, bueno, Stan, dice Corbett, mantén el objetivo – y se inclina hacia delante para comprobarlo. Stanley comprende de dónde viene su compulsión: durante días y horas, *semanas que se meten en los bolsillos de lona de los meses* – de manera que todo un año y medio rastrea detrás de él en el campo extranjero – ha yacido boca abajo, escuchando el canto del bombardeo sobre el tamborileo de la ametralladora, y sus evaluaciones espasmódicas acerca de sí – y en qué dirección – debía ponerse a cubierto le han dejado ese calambre permanente, ese, y *sus magníficos poderes de observación*: la extraña superstición de los Tommies también es la adicción de Stanley a contar de tres en tres – tres cigarrillos, tres obuses, tres lotes de comida, tres noches, tres días, tres jefes, tres ratas, tres copas de vino, tres tragos de ron, *con tres de cualquier cosa siempre es la tercera la que va a por ti*, así que ten cuidado, *cuenta*, cuenta siempre. Disparan continuamente hora tras hora, las balas caen a chorro por el valle. Cada cuarta bala es un indicador para mantener el objetivo – pero el día es tan frío que apenas son visibles. Cambian un cañón y luego el segundo – se quedan sin agua para el *redingote de Vicky* a las diez treinta y, sin una fuente disponible, se turnan para mear en el depósito. El olor de orina caliente intensifica el *pedo del Diablo* de la cordita, la *carne* que se pudre lentamente de la *fruta* – y de los *hombres*. El terror *se acumula* en los mandos del arma y *se estremece* a través de él con el retroceso – sería más seguro, piensa, si fuese a revolotear por el bosque con Luftie para coger municiones – aunque la verdad es que para Stanley no puede haber peligro de

muerte, ninguna mancha oscura que se extienda sobre las baldosas. Su estúpido nombre se ha encargado de eso – cada nuevo hombre que se une al escuadrón de Death tiene esto grabado: Es una puta pata de conejo humana, el cabo, o un elfo de Cornualles – vamos, tócalo, no le importa... No puede haber peligro de muerte cuando es death quien es el peligro, una transposición que impulsa en Stanley otra fútil cadena de pensamientos: ¿Por qué tiene esa abrumadora necesidad de emparejar las cosas, de meter una caja de cerillas en un bolsillo si hay una caja en el otro, de asegurarse de que haya el mismo número de cartuchos de rifle en cada una de sus bolsas, de enrollarse las vendas en las piernas con el mismo número de vueltas? Y no son solo cosas – ideas, aprensiones fugitivas, los fantasmas de sensaciones antes más finas que revolotean sobre la tierra baldía de su terror, todo debe estar casado de manera que encaje con precisión: *dos-igual-a-dos-igual-a-dos*, una iteración de equivalencia que, cree fervientemente, anulará los tríos letales. Vicky se ríe con eso: rat-a-tat-tat, rat-a-tat-tat, y también canta: *Estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí*, mientras hace cosquillas en el dorso de la mano de Stanley con las guardas del gatillo. Y, pese a la ausencia de blindados de tierra y la presencia al oeste de un río que traza perezosamente sus meandros, hay una limpia uve similar en los riscos calcáreos contra los que chilla la ametralladora, y así puede realizar el necesario emparejamiento entre *Norr y... aquí*. Han pasado tres años desde que estuvo junto a la ventana de la casa del emepé y *flores, flores, flores de pared, que crecen tan alto – Todas esas jóvenes señoritas Pronto tendrán que morir...* Los hombres, con sus uniformes de tela cremosa, hablaban, como recuerda, de *Bulgaria y ciertas alianzas, y los irlandeses – siempre eran los putos pobres irlandeses, muriendo por una oficina de correos o un juzgado* – y ahí está Stanley Death sembrando la muerte en un Daimler que no puede ver pero que desmonta atareado, sus balas pelan metódicamente un guardabarros, luego el siguiente, sacan los radios de las ruedas, separan las ruedas de los ejes, golpean el chasis hasta convertirlo en chatarra y finalmente pulverizan el motor en todos sus componentes.

Llevan cerca de cuatro horas cuando a las doce en punto los Maxims de Jerry se paran. Inmediatamente después Luftie vuelve con la orden del alto el fuego – mira la manecilla *la antena de una mariposa que avanza lentamente*, silencio – *odioso*. ¿Cuántas balas han disparado? Doscientas cincuenta por caja, ocho cajas cada vez que iban al depósito, una carga de municiones cada cuarto de hora suman treinta y dos mil... ¿No es así, señor? El silencio es odioso: la nariz de Vicky se inclina hacia el suelo – los hombres se desmayan mientras el humo se reúne, sale del campo de batalla, escuchan el *pompom* que late en sus jóvenes corazones, oyen todos sus componentes. Están *lamiendo... besando* la manchada cubierta de los medallones, *exhalando* su propio humo mientras la sangre *co-or-rre* por sus magullados oídos. La vanguardia de la derrota ya les ha invadido *franc-tireurs hechos polvo que van por delante cojeando, gateando, arrastrándose para regresar a la batalla de la vida...* Un pequeño gallo de pelea escocés salta-baja-gira desde el cráter del obús a la zanja y al tocón del árbol durante un par de horas, antes de llegar a la posición con su kilt hecho jirones. Se desploma contra los restos del muro de la cocina y tendido levanta la mano que le queda hasta sus labios negros y agrietados una y otra vez *imitando...* ¿qué? Es una petición del agua de la que no pueden prescindir – ¿o el impulso valiente de *sacar la corneta*? Con una resistencia

sobrehumana ha logrado atar un torniquete en torno al muñón de su mano volada en pedazos *o se habría muerto hace rato...* Feldman, asustado por los ojos ciegos del escocés y su canto fúnebre de *unhombreesunhombresunhombrees...*<sup>107</sup> quiere: Acabar con él – por compasión – pero Corbett dice: Para ser justos, cualquier hombre que haya sobrevivido se ha ganado el derecho a probar suerte. Así que el desacuerdo permanece entre los dos mientras las moscas verdes renuncian a las otras cosas para posarse en las fosas nasales del escocés, para pulular sobre su boca y sus ojos... —Esto continúa mucho tiempo, hasta que Feldman mira por los prismáticos y, al ver dos o tres banderas británicas que se agitan en lo alto del peñasco, dice: Hemos tomado la línea del frente, chicos, quizá el apoyo ha... luego se apaga, los prismáticos se caen y cuelgan del cordel. Los levanta otra vez, niega con la cabeza escéptico – y vuelven a caer. Los levanta. – ¡Joder!, grita Corbett, ¡Ahora vosotros dos! – porque están a la vez, Feldman y el escocés, subiendo y bajando los brazos. Corbett coge los prismáticos y el cordel tira de la parte delantera de la casaca de Feldman – *Parece un crío al que hayan pegado. Con sus rizos rubios y sus ojos azules – nunca imaginarias que es judío* – todo lo que tenía con *notable coraje...* Hijo mayor de un sastre de Mile End Road – *aunque eso tampoco lo imaginarias:* se convirtió en un comercial de coque y petróleo bienhablado de Shadwell *que vendía directamente al público – pero el hombrecillo se lo tomó como algo personal cuando el Despreciable*<sup>108</sup> *señala con su vieja mano enfundada en un guante blanco, así que va a por su chelín... ¿Su padre? Mortimerficado joy-yoy-yoy! Meciéndose sobre su trasero, olvidando su trabajo con el dedal.* Y ahora *¿dónde está la mano que llevaba el guante? Alimentando peces con su manicura sangrienta* – y aquí está Solly, con tal cara que Luftie ha dejado de llenar a Vicky de pis para reírse de él. Pero Corbett no se ríe, Oh, mi santa tía de los cojones pajeándose con un puto crucifijo, dice *a manera de consuelo – así es como él hace las cosas...* Tiernamente desenreda el cordel de los botones de Feldman y levanta los prismáticos que lleva al cuello. Los miembros de la sección no hablan mientras se pasan los prismáticos unos a otros. Más tarde, Stanley recuerda *unhombreesunhombreportodo... unhombreesunhombreportodo...* y el silbido de los grupos de camilleros que emerge del bosque. Para empezar, es imposible absorberlo todo – probablemente sea mejor. El ocular y el visor de un estereoscopio manual: debería por tanto ser posible cambiar la carta, o apartarla de sus ojos, que pican por culpa de la pólvora, para revelar el salón de Waldemar Avenue, la cabeza de yeso de Gladstone, la lámpara solar en la mesa con sus prismas colgantes, el piano de pared y los dechados de sus hermanas – cualquier cosa era posible, no esta: las figuras codo a codo, tan cerca, de rodillas, *quizá rezando al pecho femenino de la ladera de la colina.* Los chicos se metían en sus cacos caquis al final de esa *estupenda jornada deportiva de la compañía – ¿habrá premios? ¿Cincuenta francos y una copa de plata para quien dé en la diana?* Los prismáticos introducen los ojos irritados de Stanley en huecos, los conducen entre las estribaciones y en todas partes descubren más y más cuerpos – que no están colgados de la alambrada sino reclinados sobre ella, así de densos son los rollos de metal que han puesto estos metódicos teutones. *Unhombreesunhombreportodo... Unhombreesunhombreportodo... grazna el escocés moribundo, Unhombreesunhombreportodo...* Cuando llega el turno de Luftie con los prismáticos, se echa a llorar y Stanley dice: Montan esto para quitar presión a los

franceses, pero los franceses – tienen razón: cuando les mandaron volver a las líneas dispararon a sus putos propios oficiales – y Corbett dice: Bueno, bueno... y podría haber habido algún problema si el primero de los grupos de camilleros no hubiera llegado en ese momento, y un segundo teniente que estaba con ellos – y que parecía *la misma alma de la decencia* – dijo que Fritz había tenido la decencia de dejar de disparar para que pudieran recoger a los heridos – y así es como Stanley arranca un trozo de la pasarela donde le parece que pueden enrollar a un soldado regordete del Second Royal Welsh que ha recibido un par de balazos en el muslo – pero no tiene huesos rotos ni arterias reventadas, así que suponiendo que todo vaya bien tiene posibilidades de sobrevivir si se lo llevan. Una buena posibilidad si Feldman deja de hacer el tonto – no es que haya la menor alegría en ello, es que la estructura de la trinchera Jerry lo ha sacado de sus casillas. ¡Mira esto, Lance!, grita. Y esto – ¡y eso!, señalándole a Stanley el alambre electrificado que va de pulcra porcelana a pulcra porcelana en la pared de la trinchera. ¡Ya lo sabíamos, idiota!, grita Stanley. ¿No te acuerdas del refugio profundo? —El refugio profundo, espléndidamente seco y con un leve olor a excrementos de ratón. Stanley ha encontrado un plato de porcelana de verdad donde se amontonan rebanadas de pan negro y cebollas blancas, y a su lado hay una clara botella de cristal – en la etiqueta unas cuantas *apetitosas* cerezas bajo la luz vibrante que sigue produciendo un generador invisible y ruidoso. Todavía indiferente a las bobadas de Feldman, Stanley se ha sentado a la mesa y ha engullido la comida correosa con pequeños sorbos del brandy de cereza... *kleine Boche en mi lengua blandiendo su Kleinflammenwerfer...* Solly no se quedaba quieto, seguía zambulléndose en surcos adyacentes para hurgar en las sábanas. – ¡Colchas de plumas!, gritó. ¡Almohadas!, y volvió con una hoja informativa que dijo que podía leer porque el alemán no era muy distinto de la jerga yiddish, *Sí, sí, le reveló – enamorados bajo los tilos, ese verano abrasador... cerveza lager recién hecha con clavo... fragmentos de las almas de esos sencillos muchachos a quienes, desde Baviera y Franconia, habían plantado en la tierra que se agarraba a las rosas de la Picardía...* Todavía había pistolas y rifles en el reducto – y muchos de sus nuevos Stahlhelms, tal había sido el frenesí de la retirada. Stanley no estaba interesado en ellos, aunque cogió un par de sus pasapurés, la superioridad de los cuales... *todo el mundo conoce*. En el reducto había sentido una aprensión que le aflojó las tripas – el aire denso y fresco se cerraba a su alrededor – y cuando, pese al alto el fuego, llegó el bajo ¡crump! de un obús que caía, el miedo infiltró su mente... *una pluma sucia*. Se había liado un cigarrillo con una esquina de la hoja informativa y un tabaco negro como el carbón, luego *me fui hacia el servicio* que, escandalosamente, tenía instalación de fontanería, de modo que, al levantarse del torneado asiento, pudo deleitarse en el *vuela, pajarillo marrón* mientras cuidadosamente se limpiaba el culo con más letra gótica, descubriendo que era inesperadamente suave con sus hemorroides. —Arriba Solly ha llegado hasta el galés – que grita mientras Stan mete con el pie la tabla debajo de él. ¡Ven y échame una mano, imbécil!, grita Stanley, sabiendo que no tiene mucho sentido porque ahora Solly está al otro lado de la valla, *con cara de perro, haciendo rechinar los dientes...* *forma una polvareda mientras corretea hacia un lado y otro* por la trinchera, de través a través, sube al escalón de fuego pulcramente fabricado y ladra sobre su construcción: Siempre puedes contar con que los alemanes y aúlla, harán lo q-q-q-que p-p-puedan c-c-con las

herramientas disponibles. Las manos de Stanley se mueven, a base de tics, hasta sus tenazas cortaalambres y las granadas que lleva en el cinturón – en ese instante decide dejar al galés y si es necesario tumbar a Solly de un puñetazo, si eso es lo que hace falta para que vuelva... *¡Demasiado tarde!* porque Solly ha subido al escalón de fuego, trepa subiendo las rodillas y balbucea de pie, mientras el bajo sol de la tarde lo alcanza junto a una veintena de balas de 7.92 de un Maschinengewehr 08 que debe de haber quedado atrás en una trinchera de reserva, los constructores decididos a *esperar el momento y hacer lo que puedan con las herramientas disponibles*. Tranquilamente – la muerte de Solly Feldman, *tan lenta...* Mientras que Stanley nunca ha sido uno de esos ametralladores que disfrutan comparando las atracciones de la Vickers .303 con las de su *prima segunda*, la descarga que zumba sobre la trinchera, y luego runrunea para capturar a Solly y atraparlo en su abrazo cinético, le hace pensar – incluso cuando los brazos de su compañero de armas se agitan locamente – que la de Jerry puede ser mejor arma. *¡Mira, mira!* cómo lo clava a su *seno de plomo*, reacia a dejarlo caer, aunque apenas queda nada salvo un *andrajoso trapo rojo*. En esos prolongados momentos en los que Solomon Feldman aletea hacia la extinción, Stanley piensa esto: que nunca en los interminables diecinueve meses de servicio en el frente había visto el impacto del fuego de ametralladora. Con los dedos aferrados al gatillo, *Vicky temblando en mi mano, escupiendo y jadeando a centímetros de mi cara* – pero la suya nunca fue *una relación exclusiva*, siempre estaban esos *otros* con quienes se *unían por las balas*. Solomon Feldman *tiene su Heimatschuss y ha palmado*. Es absurdo pensar en ir a buscar ahora al galés – Stanley ha visto lo suficiente para saber... *que su momento se acerca*. En cambio, se gira y corre por la trinchera, esperando que sea el único Maschinengewehr que cubra esta sección. Donde la trinchera hace un brusco ángulo recto una zapa corre de regreso hacia las líneas británicas, y toma ese recodo por hogar, mientras los pasapurés rebotan en sus caderas – la culata del rifle en un lado, el Colt en el otro, los dos *aguijoneando su cruz, soy el par de Rothschild, trotando por Brook Green Road y llegando a Broadway...* Ve la escalera bien construida que lleva hacia las zarzas, ve el viejo ayuntamiento de Hammersmith sobriamente revestido de arenisca roja, lámparas de gas sobre estriados pilares de hierro que arden a ambos lados de su estólido pórtico. Oye la primera salva del bombardeo que vuelve a comenzar un poco después de registrar el chillido del obús y titubea: ¿el ruido es más penetrante en su oído derecho o en el izquierdo? Gira en la zapa, obligado a ir primero hacia arriba, luego hacia atrás y finalmente hacia la izquierda, después hacia arriba, hacia atrás y hacia la derecha – de todos modos, no tiene sentido porque cuando se dirige hacia él el ascendente *¡Eeeeeeeeeee!* perfora en el núcleo absoluto de su cerebro *esporas doradas al sol secas diente de león* y sabe que tendría que volver arriba para escapar al obús que se detiene precisamente donde su mirada *se queda...* *Paraguas Recubiertos y Reparados en las Instalaciones, Paraguas Recubiertos en una Hora, 2/6, King Street enfrente del Temperance Hotel...* Si hubiera recurrido a ese servicio, porque *cuando todo está dicho y hecho nunca deberías salir sin uno*. Sin embargo, acepta esto: que el obús *uno de los nuestros* caerá entre él y *el Maxim de Jerry* —esas cosas insulsas son *una bobada* – lo que resulta significativo es que Stanley puede ver el interior del revestimiento de latón del cañón de 50, distinguir no solo las distintas capas de trinitrotolueno y nitrato de celulosa

sino lo que los puso allí: el rocío, el llenado y los golpes de esas manos amarillas. Ve esas manos *fritillarias que aletean* sobre el sucio banco de madera, oye el *gemido molesto* del torno, el *desprecio susurrante* de la lámpara de oxicorte, la *queja reumática* del montacargas arriba, y escucha las robustas voces que se alzan cantando, ¿Dónde están las chicas del Arsenal? Trabajando día y noche, Perdiendo el rosa de las mejillas, Por muy poco dinero, *Nos llaman canarias pero trabajamos como los chicos al otro lado del mar, Si no fuera por nosotras, las municionistas, ¿qué sería del Imperio – ?* El obús suspendido canta treinta metros por encima de la trinchera *en una nube de noveluchas de un penique*, y la fabricación de su espoleta y del detonador, la unión de sus cuartos traseros suavemente seductores – las decenas y los cientos de movimientos repetitivos que han llevado a su encarnación triunfalmente breve están ahí, evidentes para su ojo exoftálmico. Y Stanley Death comprende, incluso cuando lo demás ha terminado, y los pies angélicos comienzan una vez más a pisar los pedales, las pinzas de ébano ponen en marcha las perforaciones y la pianola retoma su caída *Duud'duu, duu d'duu, duu-d'-duu, duu-d'-duuuuuuuuuuuuuuu...* que con el impacto todas sus cuerdas, martillos, palancas, dientes y tuercas estallarán sobre el terreno destrozado en una oleada tras otra de tics, sacudidas, bostezos, espasmos, pestañeos, jadeos, estremecimientos, fruncimientos, bamboleos, mohínes, mordiscos, rechinar de dientes, convulsiones, temblores y contorsiones, mandándolos de una mente a otra, animando un cuerpo tras otro para que realice una coreografía que representará espontáneamente la civilización, en una matiné después de otra – también por la noche – *un baile feliz...* Sin embargo, esto es lo único que piensa – el momento ha pasado, el obús explota, lanzando una ola obscenamente temblorosa que se riza sobre la zanja – sobre Stanley, que se agarra a su pared de marga de olor dulzón. Roja-oscura y después marrón-negrucza, le mete los ojos dentro de las cuencas, empuja al silencio a latir en el interior de sus tímpanos, se agolpa en torno a brazos, piernas, tronco, cuello, cabeza – martilleando una parálisis algodonosa en cada articulación y hendidura – eso, es decir, si esos trazos están entre cualquier cosa, porque ya no hay ninguna sensación – nada después de esa sacudida mioclónica final y extrema: los brazos vuelan hacia atrás, la columna vertebral se inclina a causa de la onda expansiva. No hay información, ni corriente ni resistencia, ni hacia arriba ni hacia abajo ni al revés – solo esto que reptar por la mente, una idea que se muerde la cola incluso cuando vuelve a nacer, que desaparece en un agujero, resurge en otro y solo expresa esta identidad simétrica de pesadilla: *Yo-soy yo-soy yo-soy yo-soy*, que se expresa numéricamente al mismo tiempo, *uno-igual-a-unoigual-a-uno-igual-a-uno*, una y otra vez, su equivalencia enloquecedora no permite el menor anclaje, nada a lo que agarrarse para ayudar a que se *incorpore* el *yo* que *soy* – que es lo que hace ahora Gracie, aunque Audrey siente el brazo de su amiga detrás de su espalda, huele el caldo, ve su *vapor harinoso que se me filtra en el pelo* y también ve la mitad superior de su cuerpo, apoyada en un cabezal, dos cojines y una almohada, mientras encima de su cabeza enmarañada cuelga una amada y pequeña acuarela de un molino de viento sobre un fondo de nubes que Gracie encontró en el bazar de Coldharbour Lane – *aun así no estoy en el piso G, 309 Clapham Road* sino que sigo en ese otro lugar, donde, desnuda, meneo el trasero y muevo las piernas mientras *se pavonea impía* sobre las tablas ante un público que solo distingue vagamente, aunque – por la forma de sus narices, la fuerza de sus

barbillas – sabe que está compuesto *únicamente de doctoras Trevelyan que sonríen y con gafas dobladas golpean las contraportadas de sus ejemplares de Amor conyugal a tiempo*, mientras ella canta una y otra vez y una y otra vez, *No tenga más, señora Moore, No tenga más, señora Moore, No tenga más, señora Moore* – una cantinela fútilmente contradictoria porque cómo puedes evitar tener más si tu nombre es Moore, y por tanto la mera petición se anula a sí misma, puesto que hay más Moore cuanto más canta Audrey esta parte apresada, *No tenga más, señora Moore* – más Moore y más Trevelyan, el rat-arattán de la montura de sus gafas de carey sobre las cubiertas de los libros es *un horrible parloteo* – ¡ojalá pudiera evitar esta voluminosa obstrucción femenina! De ahí a: *Demasiadas ginebras dobles, Dan a las señoritas papada, Demasiadas ginebras dobles, Dan a las señoritas papada* – ahora las ginebras y las papadas proliferan, las papadas se multiplican por dos cuando las bocas bostezan y quizá se sirvan más ginebras, dientes perdidos en una niebla magenta de enebro, corpiños desgarrados... – ¡No! No allí, sigamos: *Nuestro cementerio es muy pequeño, No habrá sitio para todos, Nuestro cementerio es muy pequeño y no habrá sitio para todos* – ¡no! Tampoco allí, así que la base del torno *que soy yo* vuelve a *No tenga más, señora Moore*, mientras Gracie la agarra de los hombros, parándolo todo con la amable súplica: *¿No puedes por lo menos tomar un poco de caldo, Aud? Queda un poco de carne si te apetece* – *Voy a buscarlo...* Han pasado dos semanas desde que Audrey cayó en este desvanecimiento, dos semanas durante las cuales Gracie ha tenido que levantarla para asearla y darle de comer. Para los ojos ignorantes de Gracie no hay nada misterioso en el sufrimiento de su amiga: la enfermedad está por todas partes en ese bloque largo y bajo de pisos, ronda en los sombríos huecos de las escaleras, asciende los peldaños hasta los tres pisos que hay arriba o baja al inferior, donde se encorva por los pasillos mal iluminados una mala enfermera que lleva jarras llenas de microbios y cuencos rebosantes de bacterias, y hace de este lugar un hospital donde mueres. El edificio solo tiene un par de años y todavía permanece el sudor infecto del moquillo en las paredes, y el cosquilleo entrometido del polvo en las diminutas ventanas saledizas. La enfermedad está por todas partes – retorciendo la cretona hacia atrás y abriendo la bisagra de la ventana, Gracie oye a Audrey murmurar: Pobre hombre, lo han colgado, mientras desde el exterior llegan los cantos de los niños pobres que juegan en el jardín de delante: ¡Abre la ventana y gri-pe! ¡Abre la ventana y gri-pe! En el piso de arriba un Tommy de regreso ha tenido cuarenta de fiebre siete días seguidos. Audrey consiguió susurrar una dirección – Gracie cogió una valiosa moneda de seis peniques y fue a la oficina de correos, donde compuso el telegrama: *señorita death enferma stop ayuda por favor stop, sin saber qué hacer con las cinco palabras que le sobran*. El médico que acude finalmente desde Kennington – pagado, asume Gracie, por el amante de Audrey – habla de esta pobre alma y muchas otras. Las plantas de aislamiento y los hospitales clínicos están llenos, dice, y, siendo un firme progresista que cree que hay que decir la verdad, susurra: las morgues y los cementerios también, he estado en Mortlake y he visto cuerpos tendidos en un cobertizo de jardinería... *Nuestro cementerio es muy pequeño y no habrá sitio para todos, Nuestro cementerio es muy pequeño y no*. – Examina a Audrey con bastante atención, la levanta y se esfuerza en pasarle un brazo por detrás de los hombros para auscultarla con la *fría colación* del estetoscopio *gelatina que tiembla entre mis manjares blancos*,

*rodaja de pescado en mi cuello... el eneldo me hace cosquillas en la nariz... Está muy impresionado con Gracie, y cuando le trae un cuenco de agua caliente para que se lave las manos, coge las suyas y, examinando el dorso, dice: ¿Oleum? Ella asiente con los ojos apesadumbrados sobre las manchas marrones de las quemaduras. El médico no tiene mucho más de treinta años, es muy serio y rubio, con cráneo estrecho y ojos de color avellana. Cuando mete el estetoscopio dentro del ala del sombrero, yace contra su pelo escaso crêpe negra en una fotografía. He visto, dice, a Tomasinás que han trabajado con tri-nitro-tolueno, cordita y Trotyl, y que ahora están gravemente enfermas – ¿cómo se encuentra? Gracie aparta la mirada hacia la percha que hay detrás de la puerta, donde cuelgan su viejo mono, su chaqueta y sus pantalones, la rigidez de la tela les da... cuerpo. Echo de menos... duda... para ser sincera, echo de menos el salario, señor, y a las otras chicas. Ahora no hay trabajo, por mucho que patees las calles. Y como nos echaron de la residencia – aquí el alquiler se come nuestros ahorros, y ahora que Ordrii no trabaja... Se queda en silencio, preguntándose si debería añadir que no envidia a su amiga en absoluto – pero no es la higiene moral lo que le interesa al médico. ¿Jaquecas?, pregunta. ¿Algún, eh, episodio histérico – arrebatos? El éter, ya sabe, en la cordita – puede producir epilepsia. Ni pintura ni maquillaje pero examina su cara críticamente. Es lo que ve, señor, estos tres años solo he tenido ictericia – y está desapareciendo. Gracie quiere preguntar por Audrey, cuya cabeza está sobre las almohadas, mientras que sus rodillas están ¡Madre Brown!<sup>109</sup> una postura poco natural que mantiene mientras murmura: Notengamás, notengamás – y pronto, Gracie lo sabe, su amiga empezará a sollozar, se lamentará y se retorcerá, devorada por el dolor. No es, bien lo sabe Dios, que no haya suficientes razones para su tristeza – la pérdida de su hermano menor, el distanciamiento con su familia y el abandono casi total del *presumido del señor Cook, ese cerdo... sea como sea*, el gastado cuerpo de Audrey carga con más dolor del que puede contener: *un mundo de él*. El médico – que se llama Vowles – suspira. – Bue-eno... He leído una alerta de la Asociación Médica sobre un tipo extraño de enfermedad cerebral – incapacita a gente que está en perfectas condiciones, los incapacita en un tris. Su amiga... bueno, sus síntomas parecen indicar que tiene esta... esta enfermedad del sueño, sin embargo, la enfermedad es tan, eh, curiosa que no puedo diagnosticarla con la menor seguridad... Se detiene – los cuartos atestados están en el piso de abajo, un refugio que obliga a sus ocupantes a mirar un espacio pictórico *donde las cosas más abreviadas se han vuelto... alargadas*. Un mensajero de telégrafos se detiene junto a la parte más alta del cristal de las chatas ventanas saledizas y se agacha para subirse el calcetín largo – el doctor Vowles piensa en el cráneo de Los Embajadores de Holbein, *su perturbadora anamorfosis*... He visto dos o tres más que son tan difíciles de estimular – que no pueden hacer nada por sí mismos... La opresión de la sala semienterrada, las dos jóvenes enfermas, el cansancio que siente – todo se le cae encima, mientras da un paso hacia la ventana para respirar profundamente. Gracie espera, sus manos amarillas se retuercen dentro de su delantal amarillo más pálido. Vowles se recupera: ... y que, cuando pueden hablar, cuentan extrañas alucinaciones y violentas jaquecas, pero después... el alcanfor de la enfermería y el hedor de las sábanas saturadas de sudor resultan tan nauseabundos para él como *el argumento de Wilson de que la guerra casi se justificaba a sí misma*... Tengo otra paciente, una señora de Pimlico, que*

sufre exactamente la misma ansiedad irracional, y después se ruboriza y suda pero que, lejos de languidecer, no puede obtener reposo en absoluto – lleva cinco días paseando e inquietándose, no he visto nunca nada igual: las medicinas más potentes no le hacen nada en absoluto, sales salicídicas no le bajan la fiebre, mucho me temo. – Se detiene, mira a su alrededor, ve su maletín Gladstone – reacciona cruzando la habitación con dos pasos largos, retira una almohadilla, se saca una pluma del bolsillo de la camisa, garabatea en una hoja, se encorva para arrancarla y se la entrega a Gracie. Pregunta: ¿Tiene suficientes fondos?, sin saber qué hará si no los tiene – porque, aunque Cook le telegrafió diciendo que él se encargaría de Vowles, *no dijo nada de más subvenciones*. —Cuando el médico se va, los tacones de sus botas suenan sobre las escaleras desnudas hasta el vestíbulo de la entrada y Gracie lee la receta que ha escrito para el farmacéutico: Prep. salicílico Aspirina × 20 gr. Han pasado dos semanas y no hay señales de cambios: Audreybama, baja las rodillas y su *espalda se inclina... se inclina...* los cojines y la almohada ruedan bajo su espalda y ella se arquea sobre ellos, los ojos todo esclerótica enrojecida, los párpados temblorosos. ¿Qué ve, se pregunta Gracie, ahí arriba en su cabeza? Audrey se arquea todavía más, saca el torso de debajo de las mantas – tiene los brazos echados hacia atrás y sus manos arañan el papel pintado, los dedos escarban para encontrar la fotografía, *Yo-soy yo-soy yo-soy...* y después llega la sensación – la presión como respuesta de dedos que hace que los dedos de él vuelvan a existir y, a continuación, también sus muñecas, sus antebrazos, sus codos, *mis rodillas...* Es el tacto, piensa Stanley, el movimiento del tacto lo que hace que existamos en el tiempo – porque el tiempo también había huido de mí. *Nisi agit non est...* Piensa todo eso mientras primero un brazo y luego el otro se liberan de su enterramiento en esta ciudadela que tiene exactamente la misma forma que él. A continuación la tierra compacta se suelta – lo aprieta, luego lo libera, produciendo un resbaladizo segundo nacimiento mientras la última zambullida hacia atrás que realizó cuando la onda expansiva llegó continúa *horas... ¿días?* más tarde. Pequeños terrones, agitados, *se mueven* y su cara queda expuesta – ¿qué otras caras verá, *de Fritzes? ¿De franceses? ¿De los nuestros? ¿Serán soldados o camilleros?* Se esfuerza en oír voces – solo hay un jadeante h-h-h-h-hah, ruidos sordos, y el caer de la tierra excavada. Stanley espera con calma el rojo-que-se-vuelvenaranja mientras la luz del día se graba en sus párpados – no llega. Sus salvadores deben de haber abierto una cavidad bajo su espalda doblada porque de pronto cae dolorosamente sobre la arcilla, solo ve la esgrima de varitas erráticas – haces de luz eléctrica que consiguen que aparezcan una pierna sucia y un faldón de camisa aún más sucio. Su urgencia se expresa en varias lenguas: *Veranstalten Sie ihn! Tirez-le libre! ¡Venga, vamos – !* Luego lo arrastran físicamente por una zapa estrecha que desciende de manera constante, con paredes calcáreas hermosamente acanaladas a base de golpes de azada – lámparas hechas con latas de sardina brillan en pequeños nichos. Conmocionado por la alegría de seguir vivo, para empezar, Stanley está acostumbrado a los rasguños y los golpes – aunque pronto se frena, piernas bicicleta, horquilla, le impulsan a ponerse en pie... El equipo de rescate se detiene. La cabeza desnuda de Stanley raspa contra el techo del túnel – su casco de acero ha desaparecido. Echa mano al cordel – también ha perdido el Colt, la cincha, la saca de municiones, el cinturón, los pasapurés, la mochila... todo el orden de batalla *desaparecido*. La

respiración de sus salvadores chirría áspera, le echa *carne en salmuera a la cara*. ¿Q-qué era eso? ¿Un punto de luz? A lo lejos el ruido del bombardeo declina hacia la inocencia, *una alfombra golpeada en un tendadero*. Uno de los rescatadores – cuya cara ancha, *peinada de amarillo* a la luz de la lámpara, le sorprende ver *densamente alfombrada* por una barba – alarga la mano para coger la insignia del collar de Stanley entre sus uñas ennegrecidas. Death, cabo, 32 Compañía de Ametralladoras, 5665, dice Stanley – no puede ponerse firme pero intenta un saludo que... *fracasa*. El barbudo se ríe y es entonces cuando Stanley se da cuenta de que él, como los demás, está desnudo salvo por una camisa – la suya no es militar sino una cosa fina de batista *más parecida a una blusa de mujer*, con pliegues en el corpiño, mangas volantes y un dibujo de flores bordadas *plantadas en la tierra*. El barbudo vuelve a reírse y suelta los Vickerses en miniatura y cruzados de Stanley, coge amablemente la mano sin fuerza, tirando hacia abajo de manera que se quedan en el pasaje subterráneo dándose la mano... *como críos*. Shh, dice el barbudo suavemente, aquí no hace falta hablar así, amigo. Tiene largas vocales del norte y es extrañamente cortés. Has debido de llevarte un buen susto con esa explosión – mira, tus pantalones han volado en pedazos. Stanley mira hacia la luz tenue – es verdad, sus pantalones están hechos jirones, sus calzoncillos también. Sus botas *me han abandonado* y su camisa son unos trapos sucios. Incluso junto a este grupo extraño es un *triste granuja*. El barbudo sigue: Me llamo Michael y este – señala una figura esbelta y de pelo rizado, con una barba lanosa y gafas redondas de montura de alambre – es Winfried, pero lo llamamos Winnie porque es más cómodo. Ese es Jean-François – un gigante de rostro cetrino, encorvado por el peso de sus gruesos bigotes de manubrio – pero lo llamamos Johnnie, y ese de ahí es Mohan. El hindú está bien afeitado en comparación con sus compañeros, solo lleva una delgada capa de pelo negro en sus mejillas marrones. Así que, dice Michael, tras realizar esas particulares presentaciones, intenta decirnos cómo te llamas. Stanley dice: Soy Stan, me llamo Stan. Michael le aprieta la muñeca. Muy bien, le estás pillando el truco, Stan. Sin aflojar la mano, Michael lleva a Stanley detrás de él. Cuidado con la cabeza, dice, para un larguirucho no es mejor estar aquí abajo que arriba. – Riéndose, se corrige. Salvo que aquí lo peor que puede ocurrir es que te des un golpe en los sesos en vez de que te los hagan papilla. La inclinación aumenta y aumenta, el túnel gira sobre sí mismo y regresa avanzando en la tierra como un sacacorchos, con esquinas que ha redondeado el paso de los hombros... No es una zapa estrecha, se da cuenta Stanley: no tan profunda – y estos tipos no son una banda de la Mano Negra enviada a hacer el trabajo antes del gran empujón, ni zapadores – porque ¿dónde está su equipo? *Curioso y más que curioso...* El grupo pasa por una galería estrecha, que iluminan bombillas eléctricas atadas a un cable bajo cuya luz brillante se atiende a los heridos. Stanley se queda atrás para ver cómo quitan las curas de emergencia rasgadas, los vendajes tirados, la ampolla de yodo vaciada sobre la herida – ve que inyectan morfina en carne *sebosa*. No nos los quedamos, explica Michael. A no ser que sea un rasguño. Los subimos arriba, escuchamos para ver cómo va la marea, y cuando nos parece bien vamos hasta el cráter de un obús o una trinchera y los dejamos para que los encuentren los de arriba. Stanley no tiene ni idea de lo que dice Michael – aunque entiende que el norteño lo sabe y solo habla para tranquilizarlo, como podría haber hecho con un caballo inquieto asustado por la cacofonía de la guerra.

El largo mango termina en una gruta calcárea de unos seis metros de ancho, con un techo lo bastante alto como para permitir que todos ellos – incluidos Stanley y Jean-François – estén de pie. El punto más profundo en esta parte del frente, dice Michael, y Winfried ilumina con la antorcha las paredes de hierro galvanizado *marrón por las filtraciones*, haciendo legibles las familiares parodias de señales callejeras. Michael señala una que dice *Unter den Linden* y dice: *Hacia allá los Jerries...* luego hacia los Champs-Élysées, diciendo, al suroeste hacia los franceses y finalmente hacia Tottenham Court Road: *Y por allí hacia las líneas británicas, ves, la mayoría conocemos la zona mejor que los combatientes – ellos solo dan unos pasos hacia atrás y hacia delante, nosotros corremos por todas partes. Stanley se da la vuelta y en este carrusel turbio ve los anillos desvaídos que proyecta la linterna al viajar a lo largo de esos esófagos construidos por el hombre como una... especie de pulso, se podría decir.* Michael dice: *Ahora, amigo, creo que te has ganado la comida, ven aquí, y pasa el brazo sobre los hombros del hombre más alto y lo anima a caminar bajo un dintel, entre arpillera y lonas colgadas, hacia el lugar donde aparecen un brillo rico y hogareño del fuego y un católico resplandor de velas. El frío olor a cerrado del túnel es sustituido por grasa frita – la saliva se acumula en la boca seca de Stanley. Los hombres se amontonan en la cámara bien iluminada: británicos de toda forma, tamaño, clase – lo mismo alemanes y franceses, algunos pequeños y valientes belgas, unos culíes dispersos, algunos hindúes más, negros de las colonias – muchos totalmente desnudos, otros llevan trozos de kits militares, otros restos de ropas civiles, incluyendo capas de paseo de señora, cofias de alcoba e incluso – adaptado con cordel y cuchillo – algún corsé. Los hombres se apoltronan en divanes cubiertos de mantas sacadas de los laterales de los surcos – todos parecen fumar pipas, limpiar platos grasientos con trozos de pan negro y leer simultáneamente. El silencio estudiado de su concentración no se ve perturbado por la llegada del grupo de Michael, cuyos miembros se distribuyen aquí y allá – donde podemos... sin mezclarnos con los camaradas que rien.* Stanley se descubre encajado entre un *levantino de nariz aguileña* y un *finlandés de cara plana*, a sus pies hay una figura marchita y lánguida, *no lleva nada encima*, tiene unas extrañísimas orejas *de soplillo*, que sin prestar atención se acomoda los genitales, tirando de la bolsa pellizcada de su escroto entre muslos sin pelo, luego deja su edición de *Everyman* de las *Apreciaciones de Pater* y llama al negro grande que cocina en un tripón horno de hierro: *Oye, ponme una salchicha o dos más, viejo.* El negro contesta: *¡Marchando dos zepelines y una nube! Y a su debido tiempo el plato llega, mano a mano, sobre él dos salchichas y un poco de puré de patata. La poderosa impresión de una domesticidad cultivada durante mucho tiempo le parece a Stanley indeciblemente triste: ¿Dónde está la boba de Olive, alegre Vi? Ya no nos sentamos en familia en casa...* Se encorva, llorando, no por el dolor de su espalda luxada o sus brazos y piernas amoratados, sino a medida que su sensibilidad se acelera y sin sentir vergüenza. —El bombardeo, ahora tan silenciado que solo suena a recuerdos de *lluvia de verano sobre el techo de una glorieta...* Michael se pone junto a Stan, enguanta sus manos en las suyas, ásperas y callosas, y dice: *¿Sabes?, el mayor problema que tenemos aquí dentro es el humo. Mira, podemos hacer la chimenea más ingeniosa – señala un punto donde un artilugio de latón soldado serpentea desde el humero para vagar por el desigual techo del surco – pero aun así todavía tenemos que expulsarlo. Eso quiere decir*

que solo podemos cocinar y comer por la noche... *No participan en el trabajo del día...* Ahora no está tan mal, pero en invierno hace mucho frío aquí abajo. El oficial desnudo que está a sus pies dice lentamente desde el libro de Pater que ha vuelto a coger: Sí, un frío de cojones. Los recién llegados han encontrado sitio y ahora viene su comida – todos los platos se están usando, así que les dan fuentes hechas con las tapas de las cajas de municiones y otra chatarra. En su regazo, quemándole los muslos, la fuente de Stanley contiene una salsa verde, una mancha de patata... *La espuma de Inglaterra*, una sola salchicha que rezuma mugrienta tras su piel partida de carbón y algunas rodajas de lo que parece... *salchicha de Bolonia*. Le ponen una taza de té de latón en la mano libre – da un sorbo *fuerte, dulce...* Está bueno, dice, y, aparte de nombre, graduación, número, son las primeras palabras que ha dicho desde su rescate. Un irlandés flaco, desnudo salvo por una boa púrpura, dice, Ah, sí, cuando Mboya hace té, hace té... Stanley coge la salchicha y revela las letras – mermel en su plato improvisado, ¿qué puede significar? ¿Solo puede ser mermelada y que falte ada? ¿Por qué, entonces, surgen todas esas posibilidades que la reclaman y piden su dolorida atención? mermelosa muestra de vuelo de exhibición, mermelerchando a través de la valiente belga un desfile de la victoria, en el paragon de stepney los presidiarios y la mermelechera de la policía – esto último no puede ser verdad, porque no habría sitio en la valla publicitaria, que solo es una tabla que cubre una de las ventanas del hotel. El Alexandra está a la venta, un hecho que demuestran los nombres de los agentes inmobiliarios – Knight, Frank & Rutley – en otra valla. Son ellos, piensa, los que durarán – y posiblemente más tiempo que los edificios que venden, lo que parece ridículo, al mirar el enorme volumen del establecimiento: sus cuatro alturas de ventanas – todas cerradas y enrejadas con hierro, su cúpula de casco sarraceno cubierta de escamas de plomo y culminada por una pequeña corona de verjas de hierro. Llegar tarde, piensa ella, eso es lo que hago: *llegar tarde...* y así aparta el ojo de la valla publicitaria y su misterioso mermel, su atemporalidad de cartel nuevo se despega descubriendo el viejo póster del Rowntree's Elect Cocoa, para tomar el casco sarraceno más pequeño que hay en lo alto de las escaleras que bajan a la estación del Metro – entonces, y solo entonces, recuerda *Audrey de dónde he venido*. De pie en el conducto mal iluminado mientras el rayo bajaba hacia ella, intentando desesperadamente juzgar *dónde podía caer*, se puso tan nerviosa que se tambaleó lejos del borde del parapeto para encogerse bajo la curva embaldosada del parados, con ganas de gritar sobre el rugido a todas las demás mecanógrafas, oficinistas y dependientas que *¡esto será un impacto directo!* Subió al tren automáticamente, agradecida por que no hubiera explotado, y no se dio cuenta hasta la segunda parada de que iba en la dirección incorrecta – no hacia Old Street y el negro camino por el tejido de callejones hasta la buhardilla de Bishopsgate, sino hacia el sur. En Clapham Common, atormentada por el peso de la tierra sobre su cabeza – *o dentro de ella, junto a bolsas de gas y tuberías de pis* – soltó la puerta del vagón *subió por el montacargas muy deprisa* y salió bostezando de manera incontrolable a la luz ventosa y los gritos empalagosos de dos cicateras vendedoras de brezo, que, flanqueando la entrada de la estación, intimidaban a todos los transeúntes con sus feroces ramilletes. —Sale a este dilema: ¿debería intentar atar el Paraguas de Paseo para Señoras Ince's que le había regalado el señor Thomas cuando regresó a su puesto de trabajo en la compañía – cuyas varillas y bastones se flexionaban, perturbadoramente vivos, mientras

la brisa estiraba su cubierta de tafetán? No podía, pensaba, confiar en la agilidad de sus dedos para tirar de la banda de tela y accionar el botón a través del enjuto ojal – *ese trabajo de dedal está fuera de mi alcance*. La alternativa – abrir el paraguas y apoyar el palo con naturalidad en el hombro – era una posibilidad que parecía igual de remota. Sus dedos estaban muy lejos – las *manos todavía más y desaparecidas en combate*. Trozos de periódico y flores de brezo correteaban sobre la acera, estorninos volaban por encima hacia atrás – Audrey no podía evaluar la fuerza del viento, no comprendía cómo conseguía llegar primero desde un sitio y luego desde otro, silbando a través de ella *sin parar*, soplando en su boca, su nariz, sus oídos, su vagina. —Al despertarse esa misma mañana, Audrey había visto que el mundo estaba *cerrado para mí*: oía que Gracie ya estaba levantada y en movimiento, el ¡rap! cuando tiró las viejas hojas del cuenco de los desperdicios, el imperioso raaaasp cuando abría el tarro, Audrey sintió una terrible aprensión – algo estaba *a punto de ocurrir, un acontecimiento trascendental – no, calamitoso...* Dos granos en su labio superior, grandes, debajo de su lengua dubitativa. No era la revolución – los doscientos mil huelguistas que se levantaron y siguieron el ejemplo de la Liga Espartaquista – sino una opresiva alteración de los términos más fundamentales de su ser: la forma en que ve y respira, se mueve y sueña. Se agarró a las barras del armazón de la cama, el hierro picaba en sus manos contorsionadas, se arqueó hacia atrás, hacia la acuarela del bazar, y se quedó allí bajo las aspas del molino y estas... *giraron*. Gimió y Gracie fue con ella, su tacto fresco rompió el encantamiento del desmayo febril de Audrey. Llevó la taza a los labios de Audrey... *fuerte, dulce...* Está bueno, dijo. Gracie la ayudó a levantarse y vestirse. – Solo hace tres semanas que volvió a Ince's y el tedio del esfuerzo caía sobre Audrey sin misericordia: la solemnidad de Appleby – que, antes de la guerra, si no exactamente agradable, todavía se podía aguantar – era ahora insoportable. Los chicos perdidos seguían pudriéndose en el barro – sus camaradas, que habían perseguido a Jerry hasta su casa, eran *una erupción caqui en la desnuda tierra de otoño...* Las críticas mezquinas de Appleby y su cantinela sobre las tradiciones de la empresa – *el tronco de su cuello con sus pelos de cerdo...* ¿por qué no se ha muerto? Había instalado un amplio puesto de paraguas cuando Audrey estaba en el Arsenal – su único esfuerzo por mantenerse al día, y lo promocionaba ante ella sin cesar – porque los mensajeros ya habían tenido bastante – sacaba primero un modelo y luego otro, sacaba un Paragon original para que ella pudiera admirar sus varillas de ballena – *asquerosa, esa boca de ballena que se abre y se cierra: un leviatán que se alimenta en el centro podrido de la ciudad, revolcándose sobre su polvoriento montón de altas y bajas finanzas*. Appleby sacó un prototipo de paraguas ladeado, con el bastón inclinado para que siguiera ofreciendo una cobertura total cuando no estuviera recto. Mientras daba una vuelta malhumorada por el ático, inclinándose detrás de los armazones, Audrey miró muy fijamente la viga vieja y rugosa que había sobre su nueva Underwood – solo sus ojos podían pasar por encima, observando las pequeñas marcas y muescas, para luego volver y pasar de nuevo, *reparando en las pequeñas marcas y muescas...* El resto de Audrey era insoportablemente pesado, *tan pesado...* que no entendía por qué no cedía el suelo para enviarla rodando hasta las cajas llenas del trastero de la Treadwell Boot Company *Hace Que Sea Más Fácil Caminar Por La Vida...* Gracie le dijo: Creo que es mejor que dejes de ir, pero Audrey estaba decidida: No nos lo podemos permitir.

Appleby retiró más prototipos – un paraguas con un panel de mica en la cubierta, a través del cual se podía ver un cuadrado diminuto del mundo empapado. El Paragon Optimus con su armazón patentado Automático – tirabas de una palanca y el bulto de seda firmemente atado se disparaba como un telescopio. Compacto, observó Appleby, separando las varillas una a una, pero tristemente ineficiente. Luego levantó el paraguas cuadrado, lo puso en el suelo y se explayó sobre sus cualidades arquitectónicas, su adecuación a la ciudad moderna, ya que solo era un ejemplo más pequeño y más complejo del tejado embaldosado. Luego había varios paraguas equipados con protectores para las gotas – una canaleta esponjosa que recorría la cubierta y que conectaba con un tubo que bajaba por el bastón, acción capilar que recogía y luego expulsaba el agua... *que TODA SEÑORITA DEBERÍA CONOCER, las compresas solo miden seis centímetros y se guardan en pequeños paquetes plateados que pueden meterse en el Delantal Protector Southall's ¡y después dispararse! Porque era sangre, sangre... todo era sobre la sangre.* —La semana anterior Audrey había estado débil, demasiado aletargada para asistir al servicio funébre celebrado para las municionistas en St. Paul – y desde entonces la enfermedad se había abatido sobre ella sin cesar, en altas olas *pesadas y terrosas*, hasta esta mañana en la que había temido *que nunca me la podría quitar de encima*. Ahora, en Clapham High Street, sus ojos recorren los tejados orientales, *un serrallo de panaderías donde huríes con cofias estrujan y frotan panes rechonchos y eunucos*. En medio de su *cerebración acelerada* Audrey se da cuenta de lo siguiente: no es el Paraguas de Paseo para Señora lo que no se puede plegar, atar y cerrar – *soy yo, estoy ansiosa*. Son los brazos de Audrey los que, fuera de control, vuelan hacia arriba y a lo lejos, mientras los bastones se separan de las varillas, se doblan sobre sí mismos, de forma que los pivotes ribeteados se doblan y explotan – su falda se levanta y, atrapada por el viento más fuerte, la fronda de ropa la arrastra hacia atrás, tiene las medias semienrolladas en sus postes rígidos, sus manillas en sus gastadas botas de cuero chirrían sobre una reja. A través del panel de mica de su falda ve una joyería con su expositor de anillos de boda de la suerte – luego, atrapada en los botones de su abrigo, la tela empieza a rasgarse – cae a la calzada y se retuerce hacia un lado y otro, escapando misericordiosamente a la proa de un tranvía, un calesín, un verdulero en un triciclo... Audrey nota el revoltijo de sus miembros esqueléticos mientras está *patas arriba* ante la Fuente de la Sobriedad y hacia los castaños que tapan las verjas de Holy Trinity —por el ojo de ese molinete, la mujer-artilugio recibe la reminiscencia: *venir aquí arriba con Mary Jane unas Navidades para ver a Gus Elen y su madre que daban regalos en su automóvil último modelo*. No es que la madre de Audrey contase con llevarse uno, era la alegría del asunto lo que anhelaba: la banda que tocaba marchas en el quiosco adornado de acebo y yedra, un cono de papel de nueces grasientas y calientes. Mary Jane, en la llanura de césped manchado de nieve derretida y sucia, el viento gélido que separaba su proa de alepín, una expresión de profunda concentración en el rostro, la pista de *vapor y agua vieja de col mientras toma una posición...* Solo ahora, *girando hasta desmontarse*, la falda levantada para enseñarlo *todo*, se da cuenta Audrey de lo que estaba haciendo su madre, *Nunca le gustaron las bragas...* otra cosa íntima comunicada a su hija. – *Eso es*: el paraguas está al revés. Yace en el césped junto a la barandilla, un desorden de varas deformadas de acero y seda hecha jirones – una cosa redundante que

ya no es capaz de ningún esfuerzo, ni bélico ni de ningún tipo. Y así permanece allí, una cosa cogida solo para ser olvidada durante mucho tiempo he esperado que viniera a verme. Adeline se para a mitad del rellano – la situación y la postura, imagina Audrey, han sido concebidas para causar efecto. La había hecho esperar la señora de Norr House – el ama de llaves, despectivamente, había puesto a Audrey en una incómoda silla de roble en el vestíbulo, la poderosa implicación era que debía quedarse ahí. En cuanto la mujer se fue, Audrey se levantó y vagó, rascándose para aplacar el penetrante hormigueo de sus sabañones y entrando en un salón extrañamente desnudo, donde había un lustre de abrillantador – la suave secreción del roce de todos esos trabajadores – que resplandecía desde la madera, madera, más madera. Había un fuego moribundo, y encima de la repisa de la chimenea un tapiz donde estaba tejida la figura de una damisela medieval armada con un huso – había un juego de mesa infantil en un banco grande y bajo. Al acercarse, Audrey vio impresa la leyenda: El paseo de Willie hasta casa de la Abuela. Las fichas coloreadas de los jugadores estaban dispersas por el camino, serpenteando por el papel, y había una perinola inclinada junto al dibujo de un barranco. Audrey se preguntó: ¿El hijo de Adeline se llamaba Willie? Nunca se lo había preguntado a Stan, y él – consciente de la desaprobación de su hermana mayor – nunca había aventurado nada acerca de las circunstancias domésticas de la señora Cameron. Había sido un largo paseo desde Carshalton Station – Audrey pensaba que unos ocho kilómetros. Pero no le importaba – habría sido un suicidio pedirle a Adeline en su nota que se encontraran. Además, Audrey necesitaba todo el aire fresco que pudiera en los medios días que podía pasar lejos de los Edificios de Riesgo – simplemente para *librarse del olor a mostaza, la peste a ajo quemado, los rábanos picantes...* No es que aquello fuera otra cosa que aproximaciones: el olor de los Edificios era indefinible, tenías que estar allí —no aquí, donde las flores del papel pintado te hacen cosquillas en la nariz y donde está Adeline: erguida en el haya nueva y blanca de su escalera, el dobladillo lo bastante alto como para mostrar un buen trozo de media blanca de seda y el escote lo bastante bajo como para revelar la blancura de su pecho. Entre esas blancuras flota un kimono japonés, su dibujo de pesadas flores de loto azules y magentas *asiente con la cabeza...* Al menos tiene la decencia de no ir de luto – lo único negro que lleva Adeline es el pañuelo de terciopelo – *¿dévoré?*– entrecruzado en la cola de castor de pelo oscuro que descansa sobre su cuello demasiado-pálido. Retoma su descenso y su discurso: Yo-yo no estaba segura de cómo podía contactar con usted, señorita De’Ath... La verdad, no sabía exactamente dónde encontrarla... Audrey supone que otro podría ubicar en la hesitación de Adeline la sinceridad que ella ha puesto exactamente allí – sin embargo, Audrey no va a dejarse seducir. Death, dice simplemente, mientras Adeline es guiada a lo largo del salón por su mano extendida. Death, dice otra vez, levantándose de la silla absurda. Aunque intente estar libre de vanidad personal, Audrey no puede evitar verse en el camafeo de bordes pintados de los ojos de Adeline, allí flotando... *No es el sueño de nadie*, el cinturón de su falda gris de alpaca ajustado varias veces, la paja teñida de su sombrero retocada con una botella de seis peniques de Woolworth’s, las desvaídas rosas de terciopelo aplastadas por la lluvia, sus botas constantemente arregladas los domingos – el único rito religioso que se respetaba en la casa de los Death. Con intención de impedir la pena y atraer la atención de esta adinerada hedonista hacia la verdadera naturaleza de

las cosas, Audrey se quita el guante para que puedan encontrarse piel con piel, uñas rotas junto a uñas manicuradas. El dorso de la mano de Audrey está por encima, un granate manchado y picado por el óleum en la mano de la refinada señora. La palma de Adeline está apasionadamente caliente y bajo el frágil cojinete del pulgar Audrey detecta un pulso fuerte y rápido. Ah, sí, Death, dice Adeline. Sabía, por supuesto, que Stanley se había alistado con ese apellido. Audrey, que desea dentro de los confines de la educación no tener piedad, dice: Es nuestro apellido – cuando fui a trabajar a la fábrica es el apellido que tuve que dar. Necesita que esta frialdad entre las dos se mantenga – que la posición social de la señora de Norr quede claramente definida. Adeline frustra esa intención al cuando se niega a soltar la mano de Audrey, y en cambio la arrastra hacia otra puerta del vestíbulo, y a continuación hacia una acogedora cámara – las paredes con un papel brillante, candelabros de muchos colores a cada lado de la repisa de una chimenea, bajo la cual *arden panales de miel...* Piñas, dice Adeline, una afectación tonta, diría, pero las recojo cada año para quemarlas – quizá la luz de la vela sea otra afectación, pero me parece más estética que la eléctrica, además, creo que es importante ahorrar petróleo para... flaquea... para el esfuerzo, y así no tenemos el generador encendido excepto cuando viene gente el fin de semana. Adeline las ha llevado a un pequeño canapé, donde están cómodas y todavía unidas – ha debido de llamar con la campanilla porque entra una chica muy joven, no de uniforme sino con un sencillo vestido de algodón azul que se recoge en la cintura, y con el pelo rubio ceniza suelto alrededor de los hombros. ¿Otra afectación?, dice Audrey *ásperamente* después de que Adeline pida té, pastas y pastel de fruta, si a la cocinera le queda algo. Sí, supongo que sí, contesta fácilmente, pero no sé por qué tienen que ir siempre de negro. Les pago una cantidad – generosa, creo – y tienen la libertad de comprar la ropa adecuada. Mi modista les hace algo – casi sin obtener beneficio. Por supuesto, suspira Adeline, los fines de semana es distinto – mi marido tiene posturas convencionales sobre el personal. A Audrey no la impresiona *María Antonieta jugando con sus criados* – todavía menos su naturalidad al hablar del *cornudo*. Le gustaría despreciar a Adeline – su anfitriona lo ha evitado *agarrándose a mí*: conservan la intimidad en la complejidad de sus huesos, la cobertura extendida de la capa de su piel.

Adeline se empapa de la cara de Audrey – se le hinchan los ojos, las mejillas se inflan, los labios engordan, mientras absorbe la nariz respingona, la barbilla de palo, el pelo caoba de fuego. Una Ofelia, piensa, de estilo prerrafaelita, tendida de espaldas no en el agua – sino en el efluvio de la fabricación, su locura – una especie de temblor – oscurecida por esta lobreguez. Dice: Le confieso que no puedo ver mucho de Stanley en usted, querida – ni de su hermano mayor. Audrey está abatida – un reactivo que convierte casi toda su ira en una furiosa curiosidad, y dice, efervescente: ¿Lo conoce? Audrey sonríe y dice: No, aunque he leído lo bastante sobre el fenómeno que es Albert De'ath en los periódicos como para tener la sensación de conocerlo. – La chica vuelve con un caballete que abre con el pie delante de ellas, luego sale y regresa con una bandeja cargada de cosas para el té que pone sobre él: *¿Chino o indio, señorita?*, pregunta, pero Adeline dice: No es necesario, Flossie, podemos arreglárnoslas solas. Cuando la chica se va, Audrey frota su mano libre en la enguantada y dice *cáusticamente*: No sería ninguna afectación, señora Cameron, que le pidiera a Flossie que

tomé el té con nosotras – No creo que sea más inferior socialmente que yo. Adeline se ríe sin afectación – y tampoco comete el crimen de decir nada. Echándose hacia atrás en el canapé, Audrey siente que su enagua húmeda le frota los muslos. Adeline pregunta por sus preferencias: ¿Leche, limón, azúcar? – El té tiene un olor perfumado y un sabor levemente salobre. Oolong, observa Audrey, Gilbert lo tomaba todo el tiempo antes de la guerra. Ahora culpa a los submarinos del Káiser por tener que cambiar sus bebidas habituales. Adeline levanta una ceja perfectamente depilada. ¿Solo los culpa de eso?, dice, y esta es una prueba de una simpatía que ha nacido entre ellas, aquí, junto a un jarrón alto de hidrageas tardías, donde un volumen yace descuidadamente en una repisa, La Saga Forsyte en el lomo, aquí, junto a ventanales en forma de rombo donde repica la tormenta de octubre. —La noche ha llegado inesperadamente, y Adeline se levanta para echar las cortinas – que son de batista y están decoradas con dibujos diamantinos de pequeñas flores amarillas a juego con el papel pintado de grano amarillo. Podría frotar allí mi humedad, piensa Audrey, quedarme grabada en ellas – repetir mi patrón: Yo-soy, yo-soy, yo-soy. Adeline dice: Pensaba que disfrutaría mucho más de la casa. Admito la culpa de todos los paneles de madera, las persianas y el mobiliario francamente bastante... estúpido. Pensé – bueno, ¿qué? Supongo que si permitía que las inquietudes medievales de nuestro célebre arquitecto se desarrollaran por completo crearía un escenario paradisiaco para nosotros donde se podrían restablecer los viejos tiempos... la vieja honestidad... las barreras entre hombre y mujer, señora y criado, podrían... disolverse. – Se interrumpe con más risa: Majaderías, naturalmente – peor que majaderías, una especie de jerigonza. Hace un par de años vino un carpintero local a cubrir los paneles y luego hice que pusieran papel pintado, como ve. Aquí paso casi todo mi tiempo – es una habitación bastante agradable, alegre y luminosa, pero en cuanto su hermano se fue a Francia se convirtió... bueno, en una especie de tumba para mí. Oh, con un cenador bastante frondoso alrededor – mueve la pasta a la derecha y luego a la izquierda – Se lo garantizo, pero aun así una tumba y además una que está dentro de esta casa que es una tumba, que a su vez está alojada en otro tipo de sepulcro. Por favor – por favor, no crea que le pido compasión, s-señorita D-Death – ¿Audrey? *Aun así, la tiene: su forma de moverse en el canapé, el que coja y retuerza un pequeño cojín con sus fuertes manos, está lejos de ser refinada – no es nada bonito.* Las piñas despiden un olor resinoso que debería ser agradable – especialmente mezclado con las flores nuevas y la mantequilla que se hace líquida en la pasta de Audrey. Es importante, ve Audrey, que mientras Adeline manipula ella también es manipulada por esas fuerzas vastas e impersonales que esclavizan a todos los seres pequeños. No solo tiene la compasión de Audrey sino también su piedad – *lo que seguramente la metería aún más en el maldito barro... Pobre, pobre privilegio que no te sirve de nada... Unas causas tan buenas... el clamor de las cuales presumiblemente llenó en el pasado tu tiempo, y ahora están esos que aumentan el poder que te ha robado a tu amante – una pérdida que, si es posible, te ha separado aún más de tu postrado marido, que se sienta en la Cámara resonante, quitándose el sombrero de copa cuando el instinto le lleva a balar más tópicos – mientras que tú... tú eres como Gilman, con suficiente tiempo entre tus blandas manos como para que te atormente el papel pintado...* Adeline se siente convulsa por los dedos de gigante que se aprietan contra sus pechos, sus costados, su agujero suavemente

vulnerable – la manosean insensiblemente – ella no es nada, piensa Audrey, sino un instrumento con el que comunicar la naturaleza trivial del sentimiento humano, una tecla de telégrafo que se repite punto-punto-punto, guion-guion-guion, o una centralita de teléfono en la que se introducen los cables de conexión... Tiene, solloza Adeline, que perdonarme, lo echo muchísimo de menos... Saca un pañuelo de la manga, se lo lleva a un ojo negro, luego al otro, deteniendo su inutilidad, su pasividad. Audrey, cuyas manos se inquietan por la miriada de shocks causados por su trabajo, tiene al menos un consuelo: que es parte del gigante – una parte infinitesimalmente pequeña, *quizá un pelo que se retuerce en la extensión muscular de su espalda*, pero, pese a todo, una parte – mientras que *esta fina señora no es nada en absoluto*. Audrey muerde su pasta, saborea su tibieza y delicadeza – la hogaza de pan cuesta diez peniques, y su precio sube cada vez más, gracias a la levadura del bloqueo al trigo canadiense. Su anfitriona debería estar fuera, bajo el viento y la lluvia y la oscuridad, *sembrando la semilla de invierno y disfrazada: un vestido recogido en la cintura con una cuerda de sisal trenzado*. Allí – no aquí, en su *alegre tumba*, lamentándose por los días en los que las actividades de la SPR<sup>110</sup> o los antiviviseccionistas eran suficientes para *llenar de sentido su vida vacía*... ¿Ha tenido, le pregunta con tono un tanto patético Adeline, noticias tuyas – alguna carta? Audrey se muestra airadamente lastimosa – no insincera. No, dice, a Stan nunca le ha gustado escribir – leer sí, cuando éramos pequeños leíamos todos, pero antes de que nosotros los pequeños pudiéramos él iba a la biblioteca, leía las últimas novelas científicas, luego nos las contaba – a mí y nuestras hermanas–. Se detiene, después continúa: Pero escribir no, ni siquiera cuando cayó bajo la influencia de su amigo Willis, no... tampoco entonces. ¿Y a usted, Adeline, le ha escrito a usted?

Están sentadas observando cómo se convierte en humo la última tanda de piñas que Adeline ha tirado al fuego, y Audrey se pregunta: *¿Formamos parte de la misma visión sobrenatural? Un Zeppelin derribado por las armas, su fiera catedral de contrafuertes, arcos y vigas ardiendo en el cielo nocturno – luego: su insulso cuerpo ceniciento extendido sobre los surcos de un campo de Essex, la ruina del vuelo – Ícaro, violado y deshonorado por los lectores de las gastadas páginas de los periódicos ilustrados*... Tengo, dice Adeline, uno o dos de sus modelos – de aparatos voladores. Willie está empeñado en jugar con ellos pero no le dejo. También tengo esto. Se levanta abruptamente, cruza su tumba iluminada por las velas. Abre la tapa de un estuche, saca un paquete de postales atada con un lazo negro *como el pelo de ella que él soltó*. Audrey sabe lo que son – no se molesta en fingir interés cuando Adeline desata el fajo y se las da, solo pasa páginas como podría hacer con un folioscopio, y no crea movimiento sino una estasis: Yo-soy, yo-soy, yo-soy, yo-soy —porque lo que Stanley Death había hecho con esas cartas del Servicio era lo mismo que había hecho con las enviadas a su hermana, y sin duda también a Samuel y Mary Jane Deer. Aunque las autoridades habían ordenado al autor que tachara una frase u otra para crear la apariencia de una misiva, Stanley las había marcado todas salvo esta declaración esencial: Yo soy ~~un soldado~~, ~~estoy bastante bien~~, ~~me han ingresado en el hospital enfermo/herido~~, ~~y voy bien y espero que me den el alta pronto~~, yo soy de los que van a mandar a la base, he recibido tu carta/fecha/telegrama/paquete, Mandaré una carta en cuanto pueda, No he recibido ninguna carta últimamente/desde hace mucho. La orden Solo Firma también había sido

eliminada, así como el estentóreo ~~Si Hace Alguna Otra Señal esta Carta Será Destruida~~. Cuando Audrey recibió la primera de muchas como esa, se había preguntado por la respuesta del censor militar al darse cuenta de que su hermano tachaba furiosamente todo salvo el hecho mismo de su existencia. Un grupo tras otro de hombres era enviado al otro lado del Canal, una oleada tras otra de ellos entraba en combate, una bolsa tras otra de esas cartas patéticas volvía a Gran Bretaña, todo era indudablemente un producto de la misma estrechez de miras: no se había desobedecido ninguna orden, así que las cartas de Stanley podían pasar. O quizá al censor – que Audrey imaginaba sentado en una oficina segura, a kilómetros del frente, junto a una estufa tibia, un vaso de algo a mano y una amante gabacha – le divertía poner iniciales a esos enloquecidos mensajes sincopados, así que garabateaba PFL – siempre era el mismo hombre – riéndose. Yo soy, yo-soy, – dos yo-soy por carta, decenas enviadas a ella, Adeline – y ninguna otra palabra suya en los diez meses interminablemente largos que habían pasado desde su regreso a Francia. Yo-soy, yo-soy, yo-soy, un sortilegio, cantado por un niño aterrorizado en la nada vacía de antes del alba, Yo-soy, yo-soy, yo-soy – canta Audrey con desánimo, consciente de pronto de su propia existencia parpadeante y de su fatiga mortal. Las dos saben que solo un producto se deriva de esas fórmulas: que... *él no es*. – Usted no se imagina. – Adeline no puede continuar. Lo intenta de nuevo: Dicen desaparecido y supuestamente... así que no cree. – Y una vez más no lo consigue. Ninguna de las dos es creyente – en Jesús o Pan. *Toda esperanza es abandonada – toda vitalidad desaparece...* La lluvia que choca contra la ventana no es más que... *evaporación, condensación, producida por fluctuaciones de la temperatura, la presión atmosférica... todas eminente, tediosamente descubribles...* no hay ningún misterio: *no es*. Adeline venda la herida, la devuelve al estuche. Tira de la cuerda de sisal trenzado y, cuando entra Flossie, pide whisky, soda y la pitillera. Cuando llegan, Audrey sorbe fuego y humo, luego se levanta del canapé para echar azufre al fuego y se sube la falda para secar la enagua. Adeline dice: Perdone, debería haberle ofrecido un baño caliente y ropa limpia cuando ha llegado, qué descuido –. – No se preocupe, Addyline – habla despacio y exagera deliberadamente su acento cockney – ha hecho la oferta ahora, y la acepto humildemente. – La bañera tiene dos metros de largo, con laterales tan altos que, cuando se mete en el charco de agua caliente del fondo, el borde esmaltado se abre sobre ella como una tumba *Me caí en una caja de huevos, Todas las yemas me bajaban por las piernas, Todas las claras me subían por la camisa, Me caí en una caja de huevos...*<sup>111</sup>. Ella y Adeline están juntas en la efervescencia ámbar del whisky y la soda. Mirando a través de los céfiros vaporosos el dibujo de hojas verdes de sauce sobre las cremosas cortinas, Audrey canturrea quedamente: *¿Está ceñido o marchito? ¿Tú deberías ser tú y yo tuya, o tú ser tuyo y yo tú?* Se habían reído, Gilbert y ella, de la boba mascarada de los socialistas corporativos, con sus *cenash de eshpadinesh organizadash para recaudar fondosh para shush minúshculash edicionesh de librosh impresosh a mano* – estaban seguros, Cook y Death, de que el futuro pertenecía a aquellos que no solo controlasen los medios de producción existentes, sino que supieran crear nuevos. Y ahí estaba ella, totalmente *agotada* en la bañera de una mujer rica, mirando el lema que algún *artesano con la corbata floja* había tallado en los paneles de madera: Cuando Adán araba y Eva hilaba, ¿quién era entonces el Caballero? En el vestidor adyacente, oye a Adeline

*jugando a ser mi criada – y sin duda buscando algo apropiado que haya obtenido hecho a medida en Liberty's, usado una vez para un paseo por el campo, llenado de bolas de alcanfor y ahora listo para salir tras su larga hibernación...* Cuando, sin embargo, está vestida con la fina ropa interior blanca de Adeline y su propia alpaca seca, cuando está sentada de nuevo en la tumba de Adeline con otro vaso del whisky y la soda de su marido, cuando oye que traen el automóvil de los establos, su motor rugiendo en la tormenta, Audrey ya no puede mantener esa actitud desagradable ante el dolor abrumador de Adeline: solloza, ríe histéricamente, hace como si fuera a rasgarse la ropa – a falta de cualquier otra salida, Audrey abraza a la otra mujer, acaricia el pelo *como hizo él...*—En el temporal, bajo la luz enloquecida de la vela, Flossie está de pie con varios paquetes en una red. Por favor no las rechace, solo son unas pocas comodidades – un poco de brandy y pastel de fruta, un paquete de cigarrillos... Mi orgullo, le dice Audrey, fluye tranquilo y frío y es más profundo que cualquier obsequio. Le coge la red a Flossie, que dice: Perdóneme, señorita, pero la señora dice que está en el Arsenal – *¿es verdad que es municionista? La cara franca de la chica, amarilla solo por la luz de la lámpara*, se aleja hacia la de su señora, *desconcertada y manchada*. Ahora no están – dice Audrey sucintamente – contratando, luego deja que el chófer lleve su equipaje. Todo se aleja: la extraña casa vieja-nueva, la lacrimosa despedida de la dueña del castillo, la quietud de olor dulce de su tumba florida. En cuanto el automóvil coge velocidad, los tics de Audrey reaparecen, al principio solo un jugueteo con la tela de la falda, pronto está mecanografiando pedidos invisibles en el regazo y, para cuando la dejan delante de la estación barrida por la lluvia tiene que esforzarse para *girar el volante, tirar de la palanca y rotar el cabezal... girar el volante, tirar de la palanca y rotar el cabezal...* Deja que el chófer le lleve el equipaje y se pone en el asiento que está inmediatamente detrás de donde supone que se sentará él – es el primer vehículo de cualquier tipo en el que ha estado en medio siglo pero reconoce la mayoría de los controladores – las palancas de los frenos y el cambio, el volante. Se pregunta – si su recuperación continúa – si se le permitirá conducir – o al menos fingir que lo hace, *un Enigmarelle viejo y oxidado, impulsado por dedos en la espalda para hacer trucos para la muchedumbre cockney...* No es que haya mucha, solo *los médicos judíos, Nariz larga, cara fea, deberían ponerlos en una caja de cristal... sus dos negros favoritos, y cuatro o cinco de mis compañeros dormilones*. La gorda se ha quedado arriba, varada, *su gruñón y pequeño marido correteando a su alrededor...* Helene, a quien Audrey siempre ha encontrado *bastante agradable*, está allí, y también los tres viejos *hombres monos*, que tienen que ser empujados y arrastrados *al bus turístico...* Busner, de pie junto al doctor Marcus, observa cómo Mboya e Inglis convencen a los encefalíticos para que suban al Ford Strachan, que está aparcado en la carretera de detrás junto al taller de tapizado. Es bueno, dice, que vengáis. Marcus se ríe: ¡El sol se ha puesto el sombrero, así que salgo a jugar! Quiero decir, una salida – ¡no me lo perdería por nada del mundo! Busner mira con desconfianza a su colega retirado. Marcus lleva una camisa de manga corta inesperadamente elegante, con unas rayas verticales de colores chocolate y azul ultramar, *el abuelo se va de viaje...* su aspecto a la moda se ve rebajado, sin embargo, por *¿manchas de sopa?* Se pregunta si la miopía de Marcus le impide ver la extensión completa de su mancha irónica – ironía que está dentro de la ironía, que a su vez está

atascada, esta ciudadela irónica, *oxidándose en un desierto de sequedad*. He tenido, le cuenta Busner, que presionar muchísimo para que Whitcomb me dejara sacarlos del hospital. – Marcus resopla: Ah, Whitcomb, su bestia negra – el profesor Moriarty de su Sherlock Holmes. ¿Qué imagina, Busner, que hará para frustrar sus investigaciones, cuando usted mismo no sabe qué está investigando? Busner quiere decir algo sobre el carácter micro y macrocuántico de sus tics posencefalíticos, sobre sus análisis de sus estados metronómicos, sobre cómo cree que la disolución – y ahora la reintegración – de su integridad física sugiere un orden dentro de su caos – quiere hacerlo, pero recela del desprecio de Marcus – y, además, hay *tiempo de sobra para eso*. Para encontrar firmeza, llama a Dunphy – el fornido portero que ha aceptado conducir el autobús – ¿Todos están a bordo? Dunphy se quita la gorra de su cabeza *de Milo O’Shea*, hace una parodia de reverencia y gira su mano libre, invitándoles a *subir para el viaje misterioso...* Tráeme la luz del sol con tu sonrisa, canturrea Dunphy por lo bajo, Tráeme ri-sa, todo el rato...<sup>112</sup>. El minibús no es lo bastante mini, la diminuta congregación de la Planta 20 está perdida en sus bancos inclinados – Ostereich se sienta recto en la fila del medio, a la izquierda, detrás se agolpan Voss y McNeil, *conejillos asustados*. Al final Mboya e Inglis están separados por un muro de sonido: la incontenible locuacidad de Helene Yudkin, que, mientras Busner sube, dice: Míralos, ¿cómo los llamarías? Una especie de boquillas – pero boquillas para qué, ¿no van a echarnos agua, verdad – ? De todos los encefalíticos que se han despertado es a estas alturas la que está menos conmocionada – en la planta se queda horas encendiendo y apagando los interruptores, infatigablemente encantada por la descarga de fotones. ¡Es magia!, grazna, ¡de verdad creo que es magia! En cualquier lugar al que va la novedad la fascina – ahora pasa las manos por los cuadros electrificados de la tapicería del asiento:

Qué bonito, la acaricia, qué tela tan hermosa... Busner se sienta junto a la señorita Death, que se coloca detrás del asiento del conductor, y después se une a ellos Marcus, quien, doblando torpemente su cuerpo de hoja caída, lo pone tras ellos. Bueno, la empuja, buenos días, señora, ¿cómo se encuentra – ? Perfectamente, le corta ella, y permanece con la cara dirigida a la ventanilla. Busner piensa: ¿Qué ve allí, hacia arriba y a la izquierda? ¿O es el comienzo de una crisis oculogira? Han pasado uno-dos-tres... diez días desde que se despertó, pero – sigue contando – han pasado dieciséis desde la última, así que le toca una. Luego, cuando pasan por un bache, se le ocurre: Nos estamos moviendo, y encuentra una vista que es totalmente nueva – la larga fachada del hospital disminuye, los ladrillos bajo sus ventanas apagadas *recorridos por lágrimas secas y alejándose de ella...* Busner necesita de Audrey Death lo que cualquier médico requiere de su paciente estrella – que condene al anterior *diciéndole con calma y coherencia lo bien que le va con dos gramos diarios de eledoupa, pero también hay tiempo de sobra para eso...* – Entonces – Marcus asoma su nariz picada entre los respaldos de sus asientos – ¿dónde vamos de excursión, al Museo Británico? Busner está desconcertado: ¿Perdone? Y Marcus rebuzna, mostrando sus colmillos grandes y marfileños – *Él es la morsa*–<sup>113</sup>, luego suelta *el chiste que probablemente lleva ensayando desde que salió de St. John’s Wood*: Busner, si ha desenterrado unas momias, está claro que lo que hay que

hacer es llevarlas a ver a otras como ellas. Audrey murmura: Howard Carter... A Marcus le sorprende lo grosero que ha sido al hablar como si ella no estuviera allí, Busner junto a esta bomba de relojería. – ¿Qué ha dicho, señorita Death? Habla alto – Dunphy hace patinar el embrague, bajando las revoluciones del minibús entre las garitas y hacia Friern Barnet Road. – He dicho Howard Carter, es el tipo que desenterró la tumba supuestamente maldita – me acuerdo. Todos los celadores hablaban de eso. La conmoción más grande desde las Novias de la Bañera<sup>114</sup>, vendieron un montón de periódicos baratos cuando murió – pura superstición, por supuesto... pouce à l'oreille... me pregunto qué fue de... *¿a quién está hablando?* ese atontado de Feydeau – habrá muerto hace tiempo, supongo... hace tiempo... Ignorando la consternación que ha provocado, Audrey regresa a su asiento y al silencio mientras el minibús pasa bajo el toldo de la Pensión Rosemount. O Kew Gardens, zumba Marcus, Kew Gardens siempre es muy alegre. Busner le corrige: No, Kew está demasiado lejos para la primera salida, he decidido un sitio de por aquí – Alexandra Palace. Marcus bala: *¡Ally-Pally! ¿Qué demonios se puede ver o hacer allí?* Estará casi en ruinas, seguro. Busner saca su cuaderno y, seleccionando el boli rojo de la hilera del bolsillo de su pechera, apunta torpemente la idea que, aunque ha tomado forma en su interior un tiempo, solo cristaliza ahora, al contarla. – No servirá – fíjate, es lo que llevan mirando años – décadas. Es – es el horizonte de su mundo – el límite exterior. Al ir allí y mirar otra vez hacia el Friern, estamos rompiendo el encantamiento – liberándolos. Es la palabra que ha escrito: *liberándolos*, subrayada dos veces, como un empollón. Marcus las recibe en silencio, solo el *aire de hígado picado* que emite desde sus labios tensos sugiere que dentro de él hay un *globo de cinismo bilioso*. Cuando habla un rato, su tono es confidencial: Usted lo entiende, la integridad funcional del córtex cerebral es un requisito absoluto – preste atención – absoluto para cualquier cosa que se parezca a la homeostasis... Busner sabe *hacia dónde va... que nada de esto puede durar... porque en el fondo lo sé: no existen los medicamentos milagro*. Es una conclusión a la que Busner había llegado tres años antes, cuando, mirando horrorizado el trozo de espejo que había encima del lavabo en el diminuto baño del piso de debajo de la Willesden Concept House, había visto que su nariz se separaba de su labio y comenzaba un circuito titubeante – pero, pese a todo, innegablemente real – sobre su rostro. Además, *sigue martilleando* Marcus, *¿cuánto cuesta esto?* Y cuando Busner admite que ronda las ochocientas libras el kilo, se ríe un rato antes de soltar: *¡Bueno, eso no va ayudar a la puñetera balanza de pagos! Y sin embargo... Y sin embargo...* mientras Dunphy hace rechinar la caja de cambios y el minibús salta-brinca-bota por la North Circular, Busner descubre que *No estoy nada incómodo*, porque: Mire, le dice a Marcus, mírelos – mire qué alegría se dan unos a otros. El viejo alienista se gira para observar a los tres ancianos: Voss, Ostereich, McNeil, que durante tantos años no solo han estado unidos por lo hecho por el hombre sino por lo hecho por los locos – sillas tapizadas por maniacos, mangos de escoba meticulosamente contruidos por hebefrénicos – que han dedicado sus primeros minutos a bordo del autobús a alejarse de la ondulada lengua de asfalto que temían se alzaría a través del parabrisas y los sacaría de sus asientos, pero que ahora se relajan mirando los jardines de verano. Las flores moradas de un rosal cargado, los girasoles altivos y fieramente poblados, las resplandecientes crenulaciones de los geranios en sus macetas –

todos ellos, alegres bastiones de la inglesidad, los recuerdan bastante bien. La tierra de granjas en miniatura de parcelas y cobertizos los sosiega, luego plantas y flores que son desconocidas para ellos los despiertan – la extraña sorpresa de la hierba de las plantas los excita, y después una buddleia que sale del pilar de un puente del ferrocarril *los pone de verdad en marcha*, y empiezan a *cotorrear*. —Mi padre tenía un puesto de buccinos en el puerto de Dover, dice McNeil, *¡pero los odiaba! Montones de goma de pescado, decía, prefiero un puñado de cebollas tiernas, Alf* – con la cabeza metida en la tierra la tierra y los pies al aire, *¡como debería estar tu madre!* Un estallido de risa es seguido por la confesión de Ostereich: Cuando era pequeño en Viena vivíamos en un apartamento – pero mi tío tenía un Schrebergarten – una parcela, diríais vosotros – y cultivaba unas grosellas maravillosas, *¡me encantan las grosellas!* Oh, continúa, *¿por qué me siento tan bien hoy?* En ese momento Voss mete baza: Sé exactamente lo que quieres decir – *¡la última vez que me sentí así fue en el salón de un dentista, cuando me habían dado esa cosa rara – ! ¡Tuviste suerte, interrumpe MacNeil, nosotros solo teníamos seis peniques para el matasanos – así que no había gas!* Una vez más los tres ancianos ríen y Marcus le dice a Busner: *¿No le parece que hay cierta morbidez en esa, eh, ebullición? Apretando el brazo que ha pasado tras el respaldo del asiento de Audrey, Busner dice: ¿No puede dejarse llevar un poco, doctor Marcus? ¿No lo entiende: están de vacaciones – las vacaciones de su vida?* —*Que es lo que, medita tristemente, quiere Miriam – no una vulgar excursión a la playa en una cala de Cornualles donde los chicos puedan hacer castillos de arena y el bebé comérselos. Un paseo por las carreteras de Bretaña con el Austin tampoco servirá – salen desde Heathrow en dos semanas. Yo me encargo, había dicho ella, tirando del borde de la bandeja giratoria para que las albóndigas de cerdo agridulce fueran hacia ella no muy kosher.* Malhumorado, había escuchado el ruido de la música china de fondo, meditó turbiamente sobre los copos de comida para peces que giraban en el acuario después de caer de la misma mano con la que el camarero había puesto sus platos – aunque no sabía por qué eso debía importar. Los niños con corbatas de rayas verdes y doradas y camisas de Aertex grises se habían sentado sometidos por eso: lo raro de esta comida fuera de casa, en famille, cuyo único objetivo era organizar una rareza todavía mayor: unas vacaciones familiares en las que, si él decidía no acompañarlos, serían el principio de unas *vacaciones permanentes – de mí*. Zack había leído en algún sitio que el blanco era el color del luto para los chinos, por qué entonces los manteles del Jade Garden no eran de color rosa, púrpura – o negro, sí, el negro sería, había pensado, lo mejor, porque con su aceptación de esa petición perfectamente razonable – *Me muero....* Sí, por supuesto, había dicho – y: La Alhambra, eso sería sensacional, siempre he querido ir. *¿De verdad?*, dijo Miriam. De verdad, respondió su hipócrita marido, cogiéndole de la mano y acariciando con el pulgar el calado de hueso, tendón y arteria... *He muerto*. Y estaba enterrado en una tumba *con mi forma*, hasta el círculo extra de sus orejas, la leve membrana entre el tercer y el cuarto dedo de su pie derecho, y la protuberancia de su ombligo, que era todo lo que quedaba de su vínculo con la madre *que no puedo recordar*, – pese a estar seguro de que sus ojos – cansados, como deben estar los de los muertos – lo miraban a través de los de Miriam, cuyos párpados había untado para esa ocasión especial con maquillaje blanco, haciendo que su aspecto pareciera adecuadamente cercano a la extinción – como *Chi Chi*. Sentado

allí, putrificándose, Zack se había dado cuenta de que la tierra tan densamente compacta a su alrededor debía de ser de un tipo especial, ¿cómo podía encajar tan bien si no? Gran parte de ella era la atmósfera translúcida del Jade Garden, parte era su propio algodón, franela y lana – pero había más de esa arcilla mágica modelada en la mano viva de su mujer, y esta pulsaba, apretando *la mía fría y muerta*, mientras la voz de Miriam seguía resonando: *Por favor recuerda que solo salimos, solo una vez al año...* Se vuelve hacia Audrey Death y dice: Este año, este... normalmente... Se gira para mirar a Mboya, que se sienta *bizantino en la parte trasera del autobús, mientras el sol hace filigranas en su pelo casi afro*. – Enoch – ella, tú... ¿cómo llamabas a la pequeña estructura que la señorita Death hacía debajo de la cama? Mboya se pone firme como un cachorro de perro. Su santuario, responde, lo llamábamos su santuario... Hephzibah Inglis frunce el ceño *¿intuyendo blasfemia?* y Busner dice: Sí, su santuario, señorita Death – cada año, desde que el señor Mboya la atiende, ha hecho usted un extraño y pequeño santuario de cuevas debajo de la cama, ¿lo recuerda? Audrey sonríe, sus dedos como ramitas van a sus sienes y rascan el nido seco de cabello blanco. La siniestra costumbre de Audrey es una prueba dolorosa para Busner, esos patéticos descartes de gusano humano enviados a la fumigación – desea que estuviera vestida con... ¿Qué? Un traje de dos piezas – o una larga falda de tweed, una blusa con un cuello de encaje recogido con un camafeo? Cualquier cosa – menos esta bolsa de velvetón como vestido, demasiado grande para ella, con una chaqueta roja de cremallera demasiado pequeña por encima. Los enfermeros han encontrado sus zapatillas sin cordones de color caramelo y excepcional fealdad, y el condenado talón de un grueso calcetín abulta como un carbunclo en su pantorrilla demacrada... Pero el desdén hace una fisura en su labio superior y corta su magullada mejilla, *y por eso me encanta, porque es la prueba de que está por encima de todo*. Dice ella: Las llamábamos cuevas, doctor Busner – muchos niños las hacían cuando era pequeña en Fulham. Que yo recuerde, nadie aventuró una explicación – solo era algo que hacíamos, una costumbre popular... quizá tenía que ver con las estaciones, porque las decorábamos con flores de primavera – dandeliones, ranúnculos, a lo mejor pensamientos, que cogíamos de los jardines de la zona... Se ríe, un chirrido seco. – La gente respetable detestaba las cuevas por ese motivo, pero aun así nos daban monedas – por superstición, supongo... El autobús la ha acallado, el motor gime histéricamente mientras suben Muswell Hill Broadway en la cola del tráfico. Su mirada puritana cae sobre una manada de colegiales con el pelo hasta el cuello e incluso los hombros que están delante de una tienda de chucherías... *¿Y cuándo es la última vez que has visto a tu padre?* Y luego se levanta sobre el desfile hacia donde los tejados con tejas *trazan una pagoda* hasta la cima de la colina – no puede creerlo: que la prisión de piel en la que ha estado cosida durante todos estos años *o eso dicen...* sea tan endeble. En las profundidades de su sopor había soñado esto: el hospital crecía y salía de su concha mortal, sus paredes encaladas y desnudas *se extendían... se plegaban... se doblaban en nácar*. Siempre permanecía *en el interior...* atrapada, las pesadas vigas arqueadas del interior dobladas hacia atrás, sus remaches *mis vértebras...* Dentro del enyesado cubierto de hoyuelos de su cráneo, sucias claraboyas iluminaban... *nada*. Los suelos – madera, bloque, asfalto, losa – subían y bajaban a medida que andaba, *así de adheridos estaban a mis pies*, y, mientras caminaba arrastrándolos por las largas galerías, se tambaleaba por

los pasillos más largos, giraba en los patios una y otra vez, aullaba en las renovadas salas de paredes acolchadas, lanzaba su propia jaula huesuda contra los protextores cerrados de las chimeneas, así que escupía en las caras de esos tísicos – sus otros seres amotinados, centenares y miles de ellos, sus ásperos monos de cutí hechos con la tela del hospital, *su feroz orillo impide – por ahora – que se descosan. Poco después...* está esta mano apretada contra un cristal caliente, esta mano a través de la que brilla el sol, iluminando *un mapa escolar de las posesiones imperiales* – pecas de la infancia y quemaduras de óleum del Arsenal han mezclado sus territorios con estos *protectorados y dominios* salpicados de manchas de la edad. *Ahora...* está esta mano, que desciende como un ángel ante casas prósperas—cada una con su jardín descuidado y un automóvil pintado de rojo, azul o verde estridente. Audrey susurra a los dedos abandonados: Tenemos que ir por lo menos hasta Muswell Hill – hay que visitar al tío Henry, descubrir si es verdad lo del general. Susurra otra vez: Moveos – y lo hacen, trazando débilmente el contorno *de un lugar grande, monstruoso y absurdo* que destaca en el paisaje – *un bloque burlesco con enormes pirámides truncadas en cada esquina...* El minibús dobla la última curva desde Duke's Avenue y Dunphy responde a la grandiosidad raída del Alexandra Palace – o eso le parece a Busner – parándose bruscamente delante de su ampuloso pórtico. Demasiado bruscamente: los pacientes y sus cuidadores se balancean y bailan en sus asientos bajo la mirada hundida de su ojo de cíclope, y el sombrero de copa de su frontispicio sin base. ¡Cuidado!, grita Busner, y Dunphy se tira paródicamente del flequillo. Perdón, perd... Siempre son, piensa Busner, los putos irlandeses. No tiene tiempo para molestarse con eso – está de pie ayudando a sus preciosos encefalíticos a bajar del vehículo, observando cómo salen tambaleándose hacia la luz del día, muertos vivientes que se han levantado de sus tumbas hace poco, cuyas dentaduras postizas no podrían con la carne humana... *a menos que se hiciera puré.* Marcus tenía razón

no hay nada que hacer en Ally-Pally. Bajo la colosal bóveda de caja de galletas en el techo, el inmenso vacío está hueco, vacío salvo por un café y una pista de patinaje de pino barnizado donde adolescentes con mallas dan vueltas y vueltas. El grupo de excursionistas de Friern vaga a un lado, luego al otro, oliendo la humedad de una institución de otro tipo. Se detienen para maravillarse ante el órgano enorme, con sus tubos de una altura de tres pisos – a Busner no le importa, solo le preocupa mostrarle al escéptico Marcus lo normales que son los encefalíticos – no tienen tics ni sacudidas, su paso es vacilante, sí, pero no más que el de otros ancianos que han pasado mucho tiempo encerrados. Marcus, nada impresionado, se aparta de él, centra sus atenciones en Voss, Ostereich y McNeil, los coge del brazo alternativamente, los guía con amabilidad por las cámaras resonantes, les habla de los grandes cambios que se han producido en el mundo durante su reclusión. Siempre se cuida de relacionar esos cruciales acontecimientos externos con alteraciones más pequeñas en su propio régimen que pueden haberse filtrado en su conciencia enterrada. ¿Se acuerdan, les pregunta, de los otros internos que iban a trabajar a las granjas del concejo del condado de Londres? Sería, le dice a McNeil, a finales de los años veinte, después de la gran convulsión de la Huelga General, cuando se creía – en el mundo en general, así como en el más restringido del manicomio de Colney – que el trabajo enérgico impedía que la mente enferma se obsesionara con sus fantasías – lascivas o socialistas. ¿Y las tarjetas rojas y

amarillas que algunos de sus compañeros llevaban colgadas del cuello? ¿Recordaban esa práctica? ¿Se acordaban del momento en que esa práctica desapareció? Quizá les gustara saber que no era otra cosa que la prueba burocrática de una revolución en la higiene, la desinfección y la eliminación de las enfermedades que habían diezmando a sus semejantes. —Observando a Marcus, tan torpe en sus interacciones con los que están completamente socializados, pero capaz de asistir a esos posecefalíticos con delicadeza y finura, Busner vuelve a pensar que las profesiones psiquiátricas son *en sí patologías mentales*. Piensa en los psicoanalistas neuróticos que conoce, para quienes la retención anal es la regla en vez de la excepción, en cómo apenas consiguen funcionar fuera de la consulta — donde todo es estático un año tras otro, y el contacto humano que deben mantener se establece neutralmente con la parte trasera de una cabeza. *¿Por qué ofrecía la mía para esta ejecución fracasada, les quatre cents coups de Mmm... ¿Qué tal te sienta eso? y siempre — ¡siempre!— Mamá*. Piensa de nuevo en los psicólogos del laboratorio, con sus carpetas sujetapapeles y sus galvanómetros, que miden la piel que *han erizado* con su propia exangüe reducción de la contingencia caprichosa a lo rígido, lo estadístico. En cuanto a los psiquiatras como Marcus, que han pasado toda su vida laboral intentando — en muchos casos sinceramente — empatizar con pacientes *tan idos que son de otro mundo*, el éxito que hayan alcanzado solo se explica porque no son *nada más que un extraño en este mundo, no soy nada más que un extraño en este mundo...*<sup>115</sup> — Cojinetes oxidados, picados y excéntricos, los ancianos pacientes se tambalean de una rampa alquitranada a la siguiente mientras salen de esta bagatela babilónica. Mboya e Inglis llevan a Audrey Death y Helene Yudkin a un banco que mira hacia el exterior dando la espalda a la Acrópolis y tiene una vista sin obstáculos de la ciudad que se extiende por debajo, Busner y Marcus ponen a los pacientes masculinos al lado, y Dunphy, con desgana de funcionario, vuelve al café para comprar té y sándwiches. *El estado de emergencia es un término profundamente equivocado para describir la situación* — no hay estruendo de ambulancias ni ruido de cristales rotos, solo ordenadas procesiones de casas que suben por las laderas de las colinas, mientras por encima navegan flotillas de nubes, perfectamente intactas, y hacia Elthan cirros delicados avanzan sobre las montañas de Kent. No, ningún estado de emergencia — solo el patetismo de un zoo infantil cerrado, un lago para navegar sin agua, un absurdo campo de golf cerrado con cadenas — *los Rip Van Winkle no tienen nada que hacer, salvo estudiar esta ciudad tan extraña para ellos como Pekín o Padua...* Estudiarla y, si se puede organizar, *tomar unos buenos fish and chips al viejo estilo, envueltos en los papeles del Pentágono...* Al ver las montañas de hormigón de las baterías antiaéreas que proliferan en el difunto lago para navegar, Helene Yudkin dice: *¿Qué demonios? deshaciendo la cuna de gato de interacción gestaltiana de Marcus*. *Eso...* dice él con cansancio, y Busner ve en los ojos del viejo psiquiatra a Chamberlain, con el rearme inútil de su paraguas. Divisiones de panzers caen sobre la alta frente de Marcus, Pearl Harbor hierve en una oreja peluda, Nagasaki en la otra, los ramales del ferrocarril terminan en la región de su vientre abombado, y jadea asmáticamente, incapaz de expulsar *las buenas noticias del Holocausto durante el que ha dormido...* Audrey, *tibio caparazón de plástico inflado* con el té de la vida, solo piensa en Gilbert y sus pináculos de cristal y acero — torres que ve alzándose desde el centro de Londres, y que son

coronadas por las cómicas siluetas de *¡lámparas de petróleo, cubos de carbón y sombrereras!* Gilbert había profetizado campos verdes y bosques silvanos entre sus falansterios, pero Audrey solo distingue esto: que la ciudad ordenada que recuerda de la época de su juventud – su helado tejido de calle, cuadrado y media luna – se ha arrugado y rasgado... *peor; se ha humedecido, y el moho se extiende por ella...* Como si quisiera ahorrarse la angustia que le produce el descuido de las buenas formas cívicas, echa la cabeza hacia atrás de manera que las poderosas cortinas de chifón azul cielo caigan sobre ella. Ahí arriba una aguja blanca – afilada, firme – dibuja una fibra deshilachada por los cielos, *un divino trabajo de costura* que culmina en *¡un enorme boom!* seguido por la filtración de la tierra desalojada entre las flores y derramada sobre el hierro galvanizado, un sonido que Stanley asocia más que ningún otro con su nueva existencia de Morlock. Ya no existe la aprensión temerosa de los obuses, ni cálculos frenéticos sobre el lugar del impacto, porque el golpe final ya se ha producido: *Todos están muertos – y enterrados.* El grupo se detiene en el túnel, las luces – eléctricas en esta sección que pasa por debajo de las líneas alemanas – han parpadeado y luego muerto... *¿Por qué no tienes miedo?* La pregunta revolotea alrededor de todos en la oscuridad – *¿los toca, quizá, con sus alas de cuero?* Junto a Stan se acucilla Michael, que huele saludablemente a heno y caballos – hay una franqueza en su sudor. De los otros, Stan no está tan seguro: antes de salir esta madrugada para realizar esta incursión en la superficie, todos esos hombres llevaban cascos Adrian – el tipo modificado, de Verdún, con máscaras atadas de delgadas franjas de acero y guardas para la nariz. Los modificaron todavía más, pegándoles trozos de piel y soldando botones de latón, hasta darles el aspecto de los tocados de las tribus salvajes. Todavía más salvajes eran las bandoleras que llevaban sobre sus hombros desnudos, las herramientas para cavar trincheras y las bayonetas de dientes de sierra colgadas de los cinturones de cuero que llevaban bajos sobre las caderas desnudas. Hasta ese momento Stanley había crecido – sí, así era, crecido – solo bajo la tierra: *¿un tubérculo... o un embrión humano?* Dormía en la madriguera y despertaba – dormía y comía otra vez. No sabía cuántas veces se había repetido eso: los hombres entraban y salían de esa caverna excavada en la oscuridad, pero no parecía que sus movimientos tuvieran un orden, no daba la sensación de que les ordenaran actuar así. Al desvergonzado ratón de biblioteca se le unió un joven prusiano, también desnudo, que tenía la cabeza afeitada, salvo una chuleta de ante en lo alto – cicatrices de duelo bloqueaban sus mejillas huecas, y en su brazo desnudo llevaba un brazalete con una calavera. Ja ja, danke, dijo cuando le pasaron una salchicha clavada en un tenedor para parrilla. La única constante en ese hueco parpadeante era *el negro alto que cocinaba, Jack Johnson – ahora sabemos dónde ha estado...* Su porte era imponente como el de un boxeador, pero su expresión era estudiosa, los labios bastante finos. Su pelo había crecido hasta convertirse en *la bola lanuda de sus antepasados...* Siempre estaba allí – y, aunque los demás iban y venían, mostraban su propia constancia a través del contacto que concedían, porque los hombres del subsuelo no tenían más decoro que modestia, y se frotaban piel con piel, se manoseaban, se pellizcaban y se besaban – hasta se mordían, *cachorros en un saco...* Todos-todos han tenido un colapso, dijo Michael de sus compañeros, esta es su manera de recuperarse – con esta pantomima. Pero todo es una pantomima, ¿verdad, Stan? – los jefes con sus galones y sus palos de paseo, ministros con chisteras brillantes – el rey y

todo... – Ahora, en el túnel negro, mientras la última explosión seguía reverberando, Michael le responde: El miedo, sí, el miedo es una cosa rara. Salgo de uno de los grandes cráteres del Reducto, en el segundo jaleo en Wipers<sup>116</sup> – un montón más llegaron de Messines – así son las cosas: cuanto más grande es la carga, más gente acaba enterrada. – Otro feroz ¡crack! y esta vez las bombillas eléctricas vuelven a la vida de forma que el grupo puede retomar su camino por el túnel, hacia la superficie. Se podría decir, continúa Michael, mientras sus palabras se mezclan con el polvo, que todo el tiempo que pasamos arriba era una especie de instrucción – instrucción para estar aquí. Allí arriba el Señor podía vernos, los jefes podían vernos, las podadoras de margaritas<sup>117</sup> podían segarnos por todas partes. Arriba los túneles no tienen techos y es como si la muerte lloviera del cielo. Pero aquí arriba hay tapas, ves – aquí abajo no se obliga a nadie a subir. Nos presentamos voluntarios para salir arriba, Stanley – hombres libres. El fuego de artillería es nuestro trueno, y el humo de las armas, bueno, nuestras nubes – mira, nubes... no hombres... quizá ángeles, sí, ángeles, Stan – flotando por el cielo. Atención a: *las cornetas que suenan desde las líneas británicas*. Qué había dicho Luftie, el chico de campo: *chúpate la picha si no encuentran las tetas de una vaca...* El escuadrón de Ally Slopers<sup>118</sup> se acuclilla a seis metros de donde el túnel, sin apoyo, cae en *un vistazo artrítico de cielo de la tarde...* *No podemos marchar, no podemos luchar, ¿Para qué coño servimos?*<sup>119</sup> Qué pensarían de esto Willis o su amigo Bertie, se pregunta Stanley, porque es justamente aquello con lo que soñaban – hombres de todas las clases, colores, lenguas, reunidos libremente, y *descarados en su falta de vergüenza... descansan*, los brazos sobre el hombro del otro, mano a mano, *santos palmeros de... un cigarrillo*, hablando quedamente en su extraña jerga – *una multitud de lenguas, llena de fragmentos...* El bombardeo se extingue, la noche reptante de un agujero de obús a otro, se insinúa serpentina a través de la alambrada... Esta noche no habrá espectáculo de fuegos artificiales del Palacio de Cristal – *nein aschpotten: los 180 se han quedado en silencio...* y solo escrutan la ocasional luz Very que enloquece, luego se hunde *para quemar su propia cola...* Sobre el suelo se ponen a: seguir la noche de un fangoso lodazal a una zanja, sacar un vendaje de urgencia de la mochila de un muerto y ponerlo sobre las heridas de un compañero que sigue vivo. El triaje, o eso parecería, le surge a Stan de forma natural – *¿no llevo meses tomando este tipo de decisiones?* Con Feldman, con el galés, con el oficial que se arrastraba en el corral dos noches antes de la ofensiva... *y así hasta Aldershot, donde los epilépticos salían tambaleándose del círculo improvisado soplando burbujas de Palmolive*, y luego se desplomaban a los pies del Sargento Mayor del Regimiento. Stan tenía medio soberano apostado en ese combate – pero aquí los más ardientes telegrafistas del clima se curaban, porque no había nada que anticipar, salvo un conflicto sin fin. Acero que se enfriaba y sangre que se secaba – se orientan con esos olores, no con las estrellas. Arrastran a los heridos graves tan cerca de la alambrada de cada lado como pueden, al margen del ejército en que estén – después de todo, *la lealtad a la vida es la única que merece la pena conservar...* A otros los llevan abajo – todavía no lo saben, pero al fin han dado con un natural de Blighty que los hará sentirse como en casa... *en Francia*. Los trogloditas llevan morfina con ellos, y cuando un hombre no tiene esperanza le dan una dosis suficiente para llegar al final. Michael – *un arcángel, y la última presencia que ven flotando ante ellos... Más tibia, más real que la de Mons:*

*ningún fantasma beato, conjurado por el hambre, el dolor, la sed y el miedo – sino un hombre cuya mano tibia coge muñecas desgarradas, remanga puños empapados de sangre, mete la aguja... Una o dos veces, cuando prosiguen en la noche breve y sin luna, Stan piensa en su sección, con dos hombres menos – quizá más – retirados a una trinchera en la reserva, con el paraguas pulcramente plegado, para lamerse las heridas, con lenguas hinchadas y pegajosas por la carne en salmuera... Ninguna reflexión – en este torturado reino de sombra y penumbra los hombres del subsuelo deben estar tan alerta como un grupo de asalto – y encuentran a alguno de ellos, susurrando: ¿Sois de la FANY?<sup>120</sup> Los de arriba son dubitativos, insensibles, de gatillo fácil, con moratones, en carne viva, todo a la vez. Al verlos, Stanley se pregunta: ¿Yo era así, pasaba en un segundo del terror petrificado a la agitación furiosa? Los mira irse, a tientas sobre el suelo roto y concentrados en una sola posibilidad: su propia muerte, bajo la cual arreglan su alambrada y arrastran a uno de sus heridos: un oficial de baja graduación, con aliento a whisky rancio, un lúgubre aroma de las cosas que están por venir – gangrena gaseosa en el hospital de campaña, el hedor de su carne necrótica. Los de arriba solo tienen un idioma a su disposición: el murmullo furioso de los obligados – mientras que los trogloditas usan cualquier idioma que necesiten: tranquilizan a quejosos Frontsoldaten diciéndoles que no serán schaden, calman a los Tommies con alegría cockney y putos juramentos... Desde los salientes alemanes sobre las crestas hasta las trincheras avanzadas británicas en el valle, los trogloditas se deslizan de un lado a otro – recuperan armas cortas y rifles, arrancan pasapurés de cinturones, Stokes no explotados de las mismas bocas con colmillos nuevos de los morteros de las trincheras: todos son trasladados al subsuelo y escondidos en sus cavernas. Mucho antes de que el alba lleve la parte baja de la densa nube hacia el este, se han retirado, sin que lo sepa ninguno de los de arriba. El túnel desciende desde este caos al ordenado interior de hierro galvanizado, puntales de mina e iluminación instalada con eficiencia – mientras son tragados, Michael dice en la garganta de tierra: No deben enterarse de que existimos – ni ahora ni nunca. Piénsalo, Stan, si lo supieran mandarían a sus esbirros, nos cogerían y nos sacarían fuera. Y cuando hubieran terminado, empezaría de nuevo con su masacre. No... se gira y continúan, y han llegado al circo subterráneo y se han metido dentro de la madriguera cuando sigue... No, solo hay una manera de bajar: por pura casualidad, como hiciste tú... El negro los espera con té caliente, y la mayoría de los subterráneos se quitan su abigarrado equipo: el antiguo subalterno de hablar lento retoma la pompa de su desnudez, la otomana de su lona para el suelo y el solaz de su Pater. Una vez conocí. – Peter se detiene allí, porque el joven que está a sus pies lo mira desde abajo Schnauzkrampf. Arriba el bombardeo empieza de nuevo – puntas de acero de 180 cruzando los antiguos campos. La electricidad llega, se hace tenue, llega otra vez y se va. Al cocinero le cuesta un rato encontrar las cerillas y encender una lámpara – en la oscuridad total el goteo de la arena, los crujidos de la madera, el temblor del metal, todo se amplifica: el susurro y el gruñido del entierro prematuro. Stanley teme perder la sangre fría, pero los demás siguen charlando: *Trabajaba para un comerciante de víveres antes de que me reclutaran... Si vous soulevez un jupon vous ne devez jamais exprimer la surprise à ce que vous trouverez sous ce... Subí desde Saint-Denis al Hôtel de Ville y me estaba esperando... Mi vieeeja holandesa...* Los tímpanos de Stanley, aporreados y extendidos por una*

explosión tras otra, han adquirido una sensibilidad traumática, y cuando gira la cabeza hacia un lado y luego al otro, esas voces cosquillean a través de ellos, cerdas sobre piel desnuda, mezcladas con disonancias de banda de metales ¡Uuu-iii uu-pah-pah! Palabras que entran y salen de la comprensibilidad como la aguja pasa a través de su arco, barriendo Luxemburgo, Hilversum, Bremen, barras negras en el cielo que *atraviesan las nubes moradas que sangran una lluvia malva...* El esteta del suelo de la madriguera se ha hecho con un reloj y sellos. Se los pone con descuido alrededor del bajo vientre, rechonchos alpinistas encadenados en *el ascenso del Monte Polla*. El movimiento ocioso pero sistemático de sus dedos es *inmensamente atractivo*, piensa mientras los suyos hacen girar el dial, con el oído apretado contra la rejilla de malla. ¡Ejem! Busner se aclara la garganta, suelta la corbata de seda roja del tío Maurice, que se despliega sobre la curva de su vientre. Ejem – [Heath<sup>121</sup>](#) *al mismo tiempo* – y dice de nuevo: Señorita Death, ¿quiere que la ayude con la radio? – Podría... sintonizarla. ¿Conocía los experimentos de Marconi? ¿Podría por tanto – con su imaginación de Arts & Crafts – haber imaginado a partir de esto: un mundo cosido en una apretada cestería de voz y música? Lo desea – pero tiene cautela con su desdén. Además, ella ha visto a su visitante, que divaga junto a Busner, con sus botines de safari y sus pantalones grises de pana que sin duda son un ejercicio académico de informalidad, si tenemos en cuenta su jersey de Wilfrid Hyde-White: la chaqueta negra de traje y la *más negra ¿qué? ¿Qué es esa prenda que llevan, un chaleco... una camiseta... un jersey sin mangas? Siempre parece poliéster pero no puede ser con el Guardián-del-puñetero-Barchester*. De todas formas, eso no es lo importante, piensa Busner: es el collar de perro, que, aunque solo es un anillo bastante sencillo de celuloide blanco, está unido a una correa contra la que todos luchamos. El capellán del hospital es lo bastante joven como para ser un pastor a la moda – *e insincero con Dios*. Es lo bastante alto como para *llevarse esa carne extra de la ración*, su nariz larga y delgada, sus dóciles ojos castaños y sus rizos aún lechosos sugieren la ingesta de mucho Nescafé flojo y el parloteo ocioso de los tópicos anglicanos – pero sus manos se aferran espasmódicamente a los faldones delanteros de su chaqueta para *tirarlas hacia abajo...* mientras copos de caspa muerta y blanca de sus hombros implican *cosas horribles sobre su ropa interior*. – ¿Quién es este individuo?, dice Audrey, luego se revoca a sí misma: Que dé un paso adelante y lo diga. Busner la admira: ¡*Oh, qué fiera es!* mientras el capellán camina de costado y, cogiendo el respaldo de una silla, dice: ¿*Le importa?* Audrey contesta: En absoluto. Está semilevantada de la suya y saca la mano – un gesto poderoso que socava brutalmente la fragilidad de todo lo demás: el pelo débil y el rostro cadavérico, el insulto a sus ideales que supone la chaqueta abandonada de Caperucita Roja. Aun así, por frágil que pueda parecer, y con una asimetría terrible, ha conseguido llevar la vieja radio al otro lado de la mesa – *le interesa lo que hay más allá, si no arriba*. Apoyada sobre la lámina de plástico: una jarra de agua de plástico, un matraz de plástico, una tetera de aluminio. La radio silba hasta que Busner la apaga. Gracias, croa una figura borrosa escondida en una de las sillas que miran el televisor, y ahora todos pueden oír el canto estridente del simulacro del Moulin Rouge, dentro del estudio de la Warner Brothers, en el decorado – y eso a Busner le parece oscuramente alegre: Nostalgia, piensa, cada vez necesitaremos más de ella para controlar la psicosis colectiva de una población que envejece constantemente. Y habría

alargado la mano en busca del boli Biro adecuado si no tuviera *tan mal día*. Una cavidad *lo bastante grande como para meter la lengua dentro* ha aparecido mágicamente de la noche a la mañana, junto a su secuela punzante: una nota de Whitcomb metida en su buzón donde pide una reunión con bastante urgencia, *para hablar de algunas materias... materias – que causarán mártires... mártires/trapos* que es lo que Busner quiere del Capellán: ¿puede descubrir más sobre de la familia de Audrey, una tarea en la que ha fracasado el resto del personal? A Busner le parece poco probable que sea creyente, pero una mujer de su era retendrá, sospecha, cierto respeto por *un hombre de nailon*. Sin fondos, Busner no puede conseguir que la señorita Death lleve nada mejor que esta especie de bolsa de basura de vestido, pero donde hay parientes puede haber fondos – o una cestita de huevos, apartada por ella e hinchada por el interés compuesto hasta alcanzar el tamaño del ave Roc: una fortuna árabe. Además, se pregunta Busner, ¿para qué sirve el clero, sino para conjurar la sangre disuelta en el tibio té de la institución? No fue él quien pidió ayuda espiritual, apenas era consciente de que había un capellán en el hospital. Un rabino acudía un sábado sí y otro no: *Grossman*. Busner había visto al *pelirrojo grande y pálido* poniendo filacterias a algunos de los enfermos – atando su temblor con las cintas de cuero – o murmurando una oración a un esquizoide, la sensiblera regurgitación del hebreo – *sopa de pollo con trozos* – mezclándose con el zumbido psicótico. No: el capellán *se ha superado* – había, dijo, oído ciertos rumores de maravillosos despertares entre los pacientes catatónicos al cuidado de Busner, y como la resurrección era – por decirlo así – su negocio, había ido a visitar el Getsemaní de la Planta 20. —Así que el psiquiatra los deja juntos en la sala común con sus manchadas cortinas de dibujos florales, rodeados por la maleza de sillones y junto a *un radiador de piedra* que ningún Jesucristo Superstar – por omnipotente que fuera – podría sacar porque *¡estaba encerrado en una puta jaula!* Abandona a la extraña pareja sentada a ambos lados de la radio silenciada *noticias de ninguna parte*, y, mientras camina *rechoncho Chay Bluth* por los arrecifes de mesas y los estrechos entre pilares de hierro, solo ve esto: las manchas cenicientas que quedan después de que los cuerpos sean vaporizados por un destello *más brillante que mil soles... Toda mi vida... acucillado bajo escritorios... lo único que no puede fallar es el gemido del claxon...* Es amargamente consciente de que, por mucha diligencia que él y los de su ralea pongan en el estudio de la *New Left Review*, nunca le podrán poner fin: *ningún acontecimiento podrá evitar que... ocurra*. El hospital aplanado – lo rodeaba, se extendía sobre las bajas colinas de Middlesex y hacia los valles que pueden verse de nuevo, un rastro quemado de callejuelas, avenidas y callejones sin salida flanqueados por solares pulcros y cenicientos, en cada uno de los cuales hay un montón semiapartado de basura al que se accede por un sendero abrasado. *¿Y qué queda en pie?* Helene Yudkin con un secador de pelo en una mano temblorosa, el cable garabateando desde un enchufe – él observa *añoro más que ella un pasado simple...* mientras la paciente mueve el interruptor y disfruta de su zumbido caliente, girando su cabeza de niña encogida hacia un lado y otro al mismo tiempo que sopla sobre su nariz respingona. Qué maravilla, dice, estupendo – ¿no lo es, doctor, no es maravilloso – lo acaricia... acogedor como... un gorro de lana – una boina, una boina que no está ahí, no, no está, una boina fantasma, una boitasma... Se ríe tontamente – Busner, pensando en los cigarrillos de los enfermeros *¿dónde los han*

*escondido?* y la imagen que alcanzarán a través de los remolinos embellecedores de su vida emocional – Mimi ha soltado su bomba – se detiene: *¡una boitasma!* Yudkin, ingeniosa y llena de tics, lleva tres semanas en el nuevo régimen y recibe dos gramos de L-DOPA al día – como él desea, es la imagen ejemplar de la mejoría del bienestar y la energía, su voz es más fuerte, sus movimientos más fluidos, y, solo con ocasionales colapsos, camina de forma estable y sin ayuda – y se encuentra *estupendamente*. Que se quede horas y horas ante el interruptor, la tetera, el secador de pelo – cualquier aparato sobre el que pueda poner *sus manos pequeñas y calientes* – solo es, ha decidido, *una respuesta razonable* a la era eléctrica que ve oscilar a su alrededor. Elige ignorar las reminiscencias forzosas de las que la paciente le informa – el pasado que lleva un coche y cuatro caballos a través del presente. Según Helene *ropavejeros entran en la planta con bastante regularidad y galopan de arriba abajo azuzando a sus jamelgos, se paran para darles de beber en el lavabo... Bebían una cosa terrible, ginebra a cuatro peniques y medio...* Recuerda todo el catálogo de precios al por menor de 1919 – ¿y qué? Seguro que es una especie de correctivo – ¿su cabeza asimila todo ese tiempo perdido aferrándose todavía más a lo que tiene? Lo que él no quiere afrontar es la masticación renovada, el hoyuelo que repta en su mejilla mientras *se come a sí misma desde dentro...* *¿Qué hay hoy al otro lado de la ventana cuadrículada? Lo mismo que ayer: un psiquiatra rechoncho luchando con una farmacóloga rubia semivestida que tiene una zona erógena en las profundidades de la garganta...* la echa a un lado, sobre un montón de polvo dopaminérgico – expulsará su propio recuerdo a corto plazo: el tembloroso anuncio de Mimi *rechinando debajo de mí* de que ha cancelado su compromiso con su soldado – *¡tenía que ser un puto soldado!* Busner anticipa lo siguiente: boxeo con los puños desnudos en el patio de recreo *para beneficio del señor Kike*<sup>122</sup>, mientras los pacientes famélicos con su ropa donada cantan en un círculo, animando y aplaudiendo al hombre – *con bigote eduardino, y ceñidos calzones blancos – que me hace papilla*. Apiñados con el resto de los aficionados a los deportes: Miriam y Mimi, que agitan las manos rapsódicamente en el aire, felices de asistir a este *Concierto para la carne de Busner...* También echa eso a un lado: el hospital es una ciudad degenerada, la jerga del personal – nuestros diagnósticos, nuestras etiquetas patológicas y prácticas fraudulentas – todo oscurece esto: la realidad chismosa, *la conversación de alcantarilla...* el cigarrillo sustraído descansa en la muesca del cenicero y de su tapón de celulosa *sale gas mostaza...* —El sábado había llevado a Mark al cine ABC Muswell Hill. Zack solo había mirado de forma somera la grandiosidad frívola del zepelín, la espuma asfixiante del ataque nocturno con gas, la postura erecta del huno con gafas y la cruz de hierro sobre su pecho de cuero. No, lo que atrajo y luego cautivó al observador profesional fue la concentración ininterrumpida y *áspera* del niño en la pantalla que flotaba por encima de ellos, amarrada entre largas incrustaciones de varas de latón y estilizadas hojas de laurel – la triste decoración del cine *arrastrándose por A... B... C...* tras la reestructuración de la historia. Esto, había pensado Zack, es todo el siglo xx hasta ahora: una hoja en blanco echada sobre nuestras embriagadas esperanzas, nuestros sueños perturbados, nuestros deseos carnales – sin ninguna sensación de olor *solo tocamos piel afelpada, la frotamos, hacemos gárgaras con helado de mocos del interior de nuestra garganta, pero sin placer...* Esta es nuestra crisis de mirada fija: el zepelín se

estrella en la tierra fría una y otra vez, una catedral de contrafuertes arrugados, arcos en llamas, vigas ardientes. Salieron pestañeando a la atroz luz del día, para descubrir karts de niños que daban vueltas a la rotonda y bajaban por la colina hacia Crouch End – su mano en la de Mark *me resultaba desconocida*. Esto, había pensado Zack, es mi despertar y siempre ha sido así, cuando tenía su edad, al salir de Everyman, experimentaba el mismo distanciamiento de mis zapatos *vaca, plegada y cosida*. Y había tenido una intuición: a partir de ahora se acelerará, saldré de la oscuridad a la luz cada vez más deprisa, un cómico de cine mudo más rollizo y rodando, mirando dos, tres, siete veces puertas, rejillas de ventanas, la cósmica fatuidad del estilo. – Papá, había dicho Mark, papá, me haces daño – porque, por supuesto, era la mano del niño la que estaba atrapada en la suya – un niño tan hermoso, *con la piel marfileña a causa del... ¿abandono?* La concentración del niño parecía persistir – también se sentía alejado de Wimpy Bar, el bus 104 A, todos los cantos rodados de la vieja Londres – había un mal futuro, pensaba Zack, metido en los dobladillos de su pantalón de peto y proclamaba su dominio a través del *círculo de Esso de su camiseta promocional*.

Apagando el cigarrillo tras una calada de despedida *no sabe a nada* Busner encuentra al capellán cuando sale de la planta. ¿Qué?, dice. Ha sido rápido. Y mezquinamente insiste: Sabe, reverendo, hay muchas más personas aquí dentro que necesitan, eh, consuelo cristiano. El hombre no permite que se burle de él, y tampoco muestra pesar: Volveré, dice, pero ahora tengo que atender la visita del Ejército de Salvación – vienen una vez a la semana para buscar a personas desaparecidas en las plantas de enfermos agudos, pero probablemente ya lo sabía, doctor. *Touché*. Los ojos castaños del capellán pueden ser dóciles – pero son insistentes y no pestañean, *mejor ahogarse en su té tibio que morder esta puta cavidad llena de humo venenoso y morir en mi celda de Núremberg*. He pensado que le gustaría saber, continúa el capellán, que la señorita Death ha estado bastante locuaz – una señora excepcional, no tiene resentimiento o rencor, diría que es una santa si no fuera un tópico tan grande. Busner resurge: Familia: ¿ha dicho algo? El capellán sigue satisfecho: Me ha hablado de dos hermanos, cree que uno ha conservado el, eh, insólito apellido familiar – el otro, Albert, según ella, lo afrancesó – es la expresión que ha usado – a De’Ath. Busner, pese a estar horrorizado por ese celo pastoral – aunque mordaz – intenta una broma: En realidad, reverendo, Death es bastante común. – Patrick, por favor, dice el capellán, y continúa: la señorita Death me dijo que Stanley fue declarado desaparecido en combate en el Somme en 1916, así que probablemente no tiene mucho sentido buscarlo a él, o al otro hermano, que, si estuviera vivo, tendría unos ochenta y cinco años... La cavidad *lo bastante grande como para meter al capellán, donde podría predicar para las terminaciones nerviosas expuestas, Roca de los tiempos grieta para ti...* sin embargo, era un funcionario importante, y casado, con al menos un hijo. No sería difícil encontrar la familia y quién sabe – el capellán sonríe, junta los dedos *¿una alusión a la oración?* – quizá tengan consuelo que ofrecer y agradezcan la oportunidad de ayudar a su pobre y vieja tía. – Vale, de acuerdo. Gracias. Busner espera que su brusquedad transmita sus inclinaciones espirituales: *santa velocidad, in mens sano, mierda que cae de una pala...* – Vale, de acuerdo. Gracias, repite, retirándose hacia la sala común. —En la conferencia de prensa apresuradamente convocada Mimi y Miriam están en el centro con aburridos trajes

negros y patillas postizas – Whitcomb con ellas, *el profesor lumbreras con un chaleco explosivo*. Micrófonos fálicos exploran sus bocas inflexibles mientras anuncian la campaña de bombardeos en el continente, pero *el auténtico mandamás, el cerebro diabólico, está sentado en un lateral, perdido en una chaqueta de burro demasiado grande para él, su pequeña cabeza hundida todavía más debajo de la bolsa de hielo de una gorra de tweed*. Busner conoce esa mirada, ha visto esa mirada recelosa, *teme esa mirada*. – Tenía una casa en el Paragon, le dice el capellán a Busner. ¿Lo conoce – en Blackheath? Tremendamente bonito – por supuesto, eso fue hace mucho tiempo – antes de enfermar. Busner responde: Vale, de acuerdo. Gracias – Lo buscaré y, dándose la vuelta por fin, consigue separarse de los *dóciles hilos de acero* del capellán. —Cada miércoles, con el Guardian, traen un cómic para Mark: The Beezer. Miriam bate un huevo pasado por agua en una taza de té y se lo da al bebé – el huevo es insoportable para Zack: *ovulación humana y gallinácea toda-en-uno... Pollos comiendo óvulos* eso es lo que sale, ¡Aaargh! ¡Yuju! ¡Mecachis! ¡P’yong! Travesuras que el niño de siete años contempla con tremenda seriedad, sus ojos fascinados *exactamente igual que cuando salimos del ABC... ¡Jo-jo! ¡Ugg! ¡Tum-ti-tum!* ¡mira estos precios geniales! juego de bolígrafos y lapiceros – raqueta de tenis – patines – equipo de críquet – vale para discos – modelo de avión volador. El ganador del Premio Star – un vale para discos y un giro postal de 50 peniques – es Mark Busner, de South Grove, Highgate n.º 6, por esto: Hombre (en consulta de psiquiatra): «Por favor, ayúdeme – Creo que soy una persiana». Psiquiatra: «Vamos, vamos, no se enrolle». Oscureciendo el ¡Uuh-err! bum, o ¡Uh! coco, siempre hay unas pinceladas negras que dan una sensación de movimiento – movimiento, y por tanto tiempo en el que un niño pequeño puede estar *¿alarmado, alegre, asustado, entusiasmado?* En la atmósfera tostada que rodea la cara pequeña de su hijo mayor no hay pinceladas negras, no hay una inscripción debajo. ¿No estás contento?, le preguntó su padre, pero el niño se limitó a encogerse de hombros, y ahora Busner piensa amargamente, soy el Coronel Blink, el Miope Tontín<sup>123</sup>, por no haberme dado cuenta de que había algo que andaba muy mal – soy un bufón gordinflón en el Ejército Chiflado de Barney con un bigote pintado a toda prisa, a quien le ha engañado el disfraz igualmente mal pensado de Jerry. Aun así, si me doy prisa puedo devolverles la pelota girando el cañón lleno de explosivos hacia ellos, así que: ¡DIE BOMBA, DIE BOMBA, DER CAÑÓN ESTÁ A VUESTRO LADO! y ¡BOOM! Una imagen que alegraría los ojos caídos de Freddy Ayer: las letras mayúsculas rodeadas de un resplandor amarillo y las cedillas marrones de los palos que vuelan. Pobre, gordo, mal dibujado Jerry, *ahí va su campaña de bombardeos del continente...* Maurice, con un sombrero de fieltro que parece tan alto como el Stetson de Tom Mix, retira una cortina y luego la otra, la luz fría entra en la habitación vacía con sus sábanas con bultos de polvo y montones de periódicos de antes de la guerra – *las galerías de gusanos de la familia real que no se había cortado en dos...* —Me quedé allí, piensa Busner, como ahora estoy en el autobús de las doce treinta y nueve de Moorgate a Welwyn Garden City, el 8 de abril de 2010: pese a que mi pariente vivo más cercano estaba a mi lado *seguía solo...* unos poilus<sup>124</sup> demasiado entusiastas que venían del sur habían recogido a un chico que voló en dos mitades cuando volvieron a minar la carretera en Le Sars, Michael estaba allí y oyó sus últimas palabras – *las tristes tonterías habituales, novia, madre, puta*

*zarzaparrilla* – pero también que se había perdido un concierto esa noche en que – según se rumoreaba – cantaría la señorita Dorothy Ward. Subieron bajo una cortina de llovizna hasta estar detrás de Guedencourt: Michael, Stanley y otros cinco con uniforme de tanquistas que estaban lo bastante limpios como para soportar un escrutinio, porque *acababan de salir de un Mark I* que se había estropeado cerca de Le Transloy. No era tan raro para ellos aparecer por detrás de las trincheras de reserva – ocurría todo el tiempo, aunque pasaba inadvertido cuando un avance imprevisto de un lado u otro dejaba a los hombres del subsuelo abandonados. Con sus escudos Greathead mejorados por los alemanes, sus poderosas máquinas de excavación y perforación, y su avanzado equipamiento de escucha edisoniano – cortesía de los Byngs–[125](#), los trogloditas podían ir más deprisa por los túneles que cualquiera de los de arriba, triplicando su velocidad: traqueteando por la tierra como un tren va por un ramal recto, una tarde... *Jack el Destripador robó un emperador, Jack el Destripador robó un emperador...* el vaciado de la arcilla, por debajo del suelo, asombrosamente parecido al ritmo de las ruedas-deunboje... *ch-k' ch-kunk ch-k' ch-kunk- ch-k'*. – Se habían excavado profundas extensiones en los territorios de los combatientes – al este para cruzarse con las minas del valle del Sambre-et-Meuse, al oeste para infiltrar las del Pas-de-Calais. Con tanto carbón disponible, se estaba construyendo un circuito que giraba por debajo de Ypres, con intención de traer material rodante. Uno o dos de los trogloditas podían salir a la superficie detrás de las líneas y probar suerte, esperando que los atraparan sus antiguos enemigos y no sufrieran nada peor que la prisión. Pero si un hombre aparecía de pronto entre antiguos compañeros – bueno, tendría que haber asumido la identidad de otro hombre, o explicar cómo había sobrevivido – y aparentemente prosperado – durante la prolongada ausencia de su unidad. Muchos rumores decían que los miembros que regresaban a sus ejércitos eran ejecutados sumariamente – pero eso no era lo que los mantenía en su flexible Hades, dedicados a su perforación, una fuerza umbría que reptaba bajo un avance, mordisqueaba los talones de una retirada, excavaba muy por debajo de los agujeros de los obuses de la nueva tierra de nadie y así restablecía su libertad subterránea. No, Stanley entendía *la nueva ley del número tres* que funcionaba en el terreno: espíritu de cuerpo, un sentido de la justicia y esta extraña dialéctica: había un grupo de hombres allí, otro allí, antipáticos entre sí en todos los aspectos – y en el medio estaba la tercera y mejor parte, *una combinación de los dos que ya no restringían la autoridad, el rey-emperador, el káiser o la patrie de cualquier tipo – una mezclanza, un guiso lingüístico, que, si un hombre participaba en él, acudía automáticamente a sus labios: su feliz argot.* Amor griego también. Fue Phelps – el subalterno resplandecientemente desnudo que instruyó a Stanley en los últimos principios de la economía política – quien lo había introducido en el amable consuelo – en la oscuridad, el entrelazamiento de manos y el tacto áspero de una mejilla con barba sobre la de su hermano. A Stanley solo lo asombró su aceptación superficial: *Así era como desmontabas tu bayoneta en el instante eterno...*, aunque, pensándolo bien, se daba cuenta de lo que el conflicto le había hecho: le había despojado de todos los lastres del convencionalismo, de modo que cuando las abrasiones del bombardeo dejaron de actuar sobre él *la piel dura y muerta se cayó*, dejando formas pálidas y desnudas entramadas en las tripas de la tierra... *bastante naturales, tubérculos, raíces de mandrágora...* Sean

Tommy y Frontschwein, poilu y pointu, o un gigantesco senegalés hermanado con un diminuto culí chino. A Stanley le habría gustado que Feydeau hubiera podido verlo – se emparejaban con tanta naturalidad, los hombres del subsuelo, y nadie – o eso parecía – le daba mucha importancia, solo era el instinto promiscuo de la vida: las únicas distinciones que hacían entre los de arriba eran para establecer si se les podía salvar, las únicas entre ellos *eran para establecer si se les podía amar*. – ¿De dónde demonios han salido?, dice la silueta silenciosa de un oficial, que mea contra *el algodón aceitoso que sube sobre las varillas y los bastones de lo que antes era el Bosque de Mametz*<sup>126</sup>. El día es un elegante parasol borlado de nubes, la noche un paraguas con agujeros estrellados en la cubierta. Me dejaron plantado cerca de Le Sars hace dos días, dice Stanley alegremente, acercándose para que el hombre pueda ver las coronas de su uniforme robado y las ametralladoras cruzadas. – Oh, ya veo – los rasgos del oficial son de *oso de peluche* en sus lanudos alrededores – Mucha suerte por haberse librado de ese espectáculo, ¿este es todo su equipo? Stanley admite que así es, coincide en su buena fortuna, le pregunta al oficial si sabe dónde está el grueso. Oh no, dice, no, y si lo supiera no abriría la boca... coge sus guantes... es mejor que vuelvan a la División – les orientarán. Por allí está Montauban, ese camino hundido de allí va hacia el frente – estarán bien allí... *como etappenschwein en mierda*... Bregando solo, Stan se reprocha no haberlo aprovechado al máximo: el cielo nocturno y la media luna clavada en este – *allí arriba hay hombres luna metidos en sus cañones de queso, probablemente hay accidentados viajeros en globo que los persiguen con armas de caza – ¡zoquetes! Deberían haber sabido que su pólvora no ardería en el vacío*... Detrás del grupo el Materialschlacht continúa: *interruptores, bocinas, espoletas, luces Very – todo lo que han tirado las Grandes Berthas de los alemanes desde el otro lado del horizonte. ¡Qué iluminaciones! Chorros de gas tras cristal cubierto de escarcha – ¡el mundo es un pub, así que servid el Dewar's!* Debería disfrutarlo – pero no puede, Stan está tan acostumbrado al abrazo de la Madre Tierra que con cada paso que dan hacia atrás el hombre rojo *ve un poco más allá de mi cráneo con su bayoneta oxidada*, y siente el aire fresco de la noche en el hueso desnudo – que es *la bóveda celeste a través de la cual los pensamientos se arrastran fosforescentes*... *Volante, volante, si no giras, te romperé los huesos y enterraré tu piel*...<sup>127</sup> Liberados de su limitación de arcilla, los brazos de Stan empieza a contorsionarse, sus hombros a agitarse – se ve obligado a girar para buscar el cielo hacia arriba y a la derecha. —En la División solo hay un campamento de tiendas de Amiens y una gran carpa que ha debido montarse especialmente para el espectáculo. Iluminada desde dentro, sus rayas de poste de barbero se contonean al ritmo de un piano de ragtime que toca un individuo descarado que, cuando entran los trogloditas, se quita el zapato y pasa el talón sobre las teclas *¡t'-t'-t'-t'-t'-t'-t'-t'-ting-a-ling-dring-drang-drong-gong!* *Es clavado a Fred D'Albert – ¿o quizá es él? ¡Te gustaría subir a mi aer-o-plano!* El escenario está hecho de tablas y puntales que todavía tienen barro – no hay candileja, solo una hilera de chirriantes lámparas Tilley. Los hombres se sientan mirando el fondo pintado de una balaustrada, sobre el que hay una estatua de una diosa griega sin brazos, y detrás del cual se encuentra una masa torpemente trazada de capuchinas y guisantes dulces. Los hombres – que son *un desorden de arroz con leche* después de los chinos, los hindués y los negros que hay bajo tierra – han impuesto su propia jerarquía

en este entretenimiento, con los jefes delante: un coronel robusto y rubicundo se sienta en una silla de mimbre que han llevado hasta allí desde alguna granja abandonada y debería soportar una espalda vieja y encorvada – *no su culo gordo, debería estar crujiendo mientras el Vieux MacDonald se lava la dentadura en un vaso de brandy de pera – no chirriando atiplada mientras el puto Coronel Blink escudriña entre las lámparas Tilley y da un sorbo de la petaca...* Detrás del oficial, desmoronándose, grada sobre grada de Sargentos Mayores del Regimiento y policías militares de cuellos de toro, sargentos estoicos y cabos borrachos sentados en bancos – luego, con las piernas cruzadas sobre la tierra desnuda, están las filas de cortes de pelo espantosos y tipos mugrientos de clase baja, cada vez más pequeños, Viejos Bills fumando en pipa y desamparados y pequeños Alphies<sup>128</sup>, con la cabeza inclinada, los hombros encorvados, las manos ahuecadas para proteger los preciosos rescoldos – hasta las últimas filas, donde se sientan los bantams, con el cuello húmedo y los ojos mirando estúpidamente *el espectáculo espléndido de todas esas espaldas caquis*. Los Tommies mascullan, gruñen y se mueven para hacer sitio a los trogloditas, mientras el susurro asombrado circula: Tanquistas... Tanquistas... el grupo fuerte... En cierto modo, piensa Stanley, no es una impostura demasiado injusta – porque, ¿no son tanquistas a fin de cuentas? Tras sus escudos de acero también avanzan inexorablemente, aunque rueden bajo todos los obstáculos – en vez de por encima. En los pocos minutos durante los cuales todos se sientan para observar a Fred D’Albert tocando su plinki-plonk de poca monta, Stanley escucha a un teniente de los Greys<sup>129</sup> que arrastra las palabras: Eeee-nor-memente en escorzo, al tipo solo se le identificaba por su pitillera – de Asprey’s, o eso me dijeron fuentes fiables... Y oye otros fragmentos: *Wilson reelegido, el Mago Galés en Downing Street, el viejo Franny Joe muerto en la cama*<sup>130</sup>, *Hijoputín bajo el hielo ruso...* Escucha, pero lo absorbe más su propia postura: quieto, apretando sus manos temblorosas – tan absorto que al principio no oye la bomba de pelo caoba que explota en el escenario. Lleva un vestido patriótico: corsé rojo, cintura blanca, faldas azules que suben desde las candilejas para revelar *unas pantorrillas preciosas*. Ya estamos jodidamente muertos, gime el hombre que está al lado de Stanley, porque una mujer es lo último que ves en el hospital de campaña *cuando la mierda de tus tripas agujereadas te ha envenenado la sangre*. Para eso, piensa Stanley, se inventaron los rayos X, para ver a través de toda esa seda y tela, para revelar los miembros limpios y blancos y el coño rojizo de la señorita Dorothy Ward, que hace una reverencia *con la intención de que todos estemos pendientes de su escote*, luego *lanza un estallido de metralla blanda que nos acaricia a todos*. Me gustaría ver a mi chica, Pronto estaremos abrazados, ¡Guau! – Todos los hombres cantan y continúan: Tiddly-iddly-ighy, Llévame a casa a Blighty, ¡Blighty, ese es mi sitio!<sup>131</sup>. Se pasea de un lado a otro del estrecho escenario, moviendo el trasero, levantando sus largas piernas, – y, pese al aire cargado de lana húmeda y humo de cigarrillos, el aliento empapado de vinagre y sudor lascivo, el jacinto, el jazmín y el brusco olor a orina de su perfume dulce caen suavemente sobre todos ellos – y ahora Stanley oye los versos que sonaban antes, *Jack Dunn, hijo de perra, está en Francia, Se mantiene en forma haciendo su trabajo lleno de arcilla hasta los ojos...* Ese invierno ha visto la piel que se quedaba en los mangos de acero de azadas y palas, – hacía demasiado frío para que el diésel se derritiera en los motores que habían trucado a fin de propulsar

sus escudos Greathead, así que los trogloditas se sentaban apretados en la tierra helada, en las profundidades de sus madrigueras bajo capas y capas de lonas, un Rattenkönig esperando su momento, aventurándose al exterior solo para buscar comida o combustible... *Cada noche después de una lucha para pasar el rato, Tiene un pequeño gramófono donde suena esta canción...* Cuando llegó la primavera algunos subieron hacia Arras, avanzaban de noche por la tortuosa franja de tierra de nadie, y durante el día buscaban refugio en el subsuelo – se habían colocado cables de teléfono y telégrafo entre los discontinuos sistemas de túneles, de modo que en todos los lugares a los que llegaban encontraban brazos amorosos, sopa caliente, un jergón de paja seca en el que apoyar la cabeza... *¡Llévame a mi querido Blighty! ¡Súbeme en el tren de Londres! ¡Llévame, déjame en cualquier sitio, Liverpool, Leeds o Birmingham, bueno, no me importa!* A Stanley le había entristecido despedirse de Michael, que había considerado imperativo para él ir hacia el sur, hacia la Línea Hindenburg, escéptico de que la ofensiva de Nivelles fuera un golpe de ninguna clase – no digamos le dernier. Hay un deber, amigo, dijo. El francés es orgulloso, y más hombres vinieron con nosotros en Verdún que en ningún otro sitio del Frente – ahora será lo mismo: ¡aunque tienen estómago para otro tipo de lucha!... *Tiddly-iddly-ighty, Llévame a casa a Blighty, ¡Blighty es mi sitio!* — Chapoteando en el barro bajo Vimy Ridge, Stanley recordó las palabras de Michael. Los túneles eran profundos y seguros – habían traído decenas de generadores de las trincheras alemanas invadidas, y algunos ingenieros Jerries habían bajado con ellos y eran como el Mago de Menlo Park<sup>132</sup> cuando se trataba de hacer bombas y otros artilugios. Aun así, ninguna bomba podía tragarse ese maligno estiércol líquido, que se agitaba en remolinos que tragaban a hombres atrapados en sus abrigos, piezas de artillería enteras y en una tremenda ocasión un tanque que holgazaneaba en el marasmo tortuoso como los U-Boots<sup>133</sup> hacían bajo el mar. *Bill Spry, empezó a volar, en un aeroplano, En Francia, para probar suerte, le habría gustado estar en la tierra, Pobre Bill, se sentía fatal y le gritó al Piloto Brown: ¡Cálmate un poco, idiota! ¡Vamos a dar la vuelta!* El mundo patas arriba, dijo un fornido oficial piloto, baja rápido como una fléchette, separándose de su Camel<sup>134</sup> que da vueltas a sesenta metros de altura – o eso dijo – desplomándose lejos de sus dos Vickers, que siguieron disparando arabescos de plomo, luego culebreando desde el borde-a-la-taza, donde los trogloditas acababan de abrir un punto de entrada. En un momento estaba arriba, esculpiendo las nubes y siendo la flor de la caballería – iba de camino a devolver unos mapas a un noble enemigo– ¡y al siguiente estoy en las profundidades con vosotros, bellacos! ¡No te preocupes!, gritó el extambor que había intentado contener al aviador – luego lo tumbó de un puñetazo. Por Huggins, el piloto, Stanley se enteró del levantamiento en Petrogrado. Sois mucho más bolcheviques que los bolcheviques, dijo, cuando lo llevaron abajo y se lo *enseñaron todo* – y habló de su pequeño terrier, Boinkum, que había dejado en Roelincourt. Yacían en la galería subterránea, en sus plataformas de hierro galvanizado, mirando el cielo terroso que goteaba – y Huggins explicaba que Boinkum aullaba cuando no le permitían ir a las peleas de perros con su dueño. Se hicieron muy amigos – detrás de Wancourt, Monchy y Thélus. Huggins se volvió imaginativo, decía que veía nubes hirviendo en el barro y olía el viento de cambio en los miasmas de sus túneles y madrigueras. Tenía pesadillas, se despertaba aterrado en la oscuridad impenetrable, ¡Miles de tire-Boches!, había visto,

¡Miles, que se lanzaban sobre nosotros – ! Y, por supuesto, el mundo giró así, todos fueron arrojados hacia el cielo y empalados en esa cama de faquir. Stan pasó la mano por los rizos ásperos de Huggins y rodeó el pecho pesado del antiguo piloto con sus labios enjutos, arrullándolo, *¡Llévame a mi querido Blighty! ¡Súbeme en el tren de Londres! ¡Llévame allí, Déjame en cualquier sitio, Liverpool, Leeds o Birmingham, bueno, me da igual!* —Más de un año después seguían juntos, los habían empujado hacia al norte por el conducto lubricado entre las masas enloquecidas – más allá de Lens, NeuveChapelle y Fromelles, llegaron a tiempo para vivir el bombardeo inmisericorde de Passchendaele desde abajo. Fue en esa época cuando se les unieron los muchachos de infantería por los cráteres de Messines, y, al ver a esos chicos grandes de las granjas del oeste, sucios y desmoralizados, Stanley les explicó la situación: El ganado caqui está de este lado, mirad, y los grises que están probando su propia marmeladeneimer están allí. La alambrada separa esas dos razas como hace con vuestro ganado en un campo – pero eso es un poco bobo, mirad, y un día, cuando llegue el momento, se cortarán las vallas y todos esos tipos se mezclarán, como hacemos nosotros aquí – y entonces todos podrán irse a casa. Yo... Yo estoy tan seguro de que sois como yo – ¡maldita sea!– Él y Huggins cantaban a los muchachos de infantería, *Me encantaría ver a mi chica, Pronto estaremos abrazados, ¡Guau! Tiddly-iddly-ighty, Llévame a casa a Blighty, ¡Blighty es mi sitio!* En esos condenados días pensaban a menudo en las alcantarillas de Londres – no tan profundas como los túneles subterráneos, cierto, pero: Ni siquiera las bombas quieren caer en la mierda, dijo Stanley, a quien muchos de ellos llamaban Henry Morton<sup>135</sup>, por su afición a las exploraciones. Greengage, que había sido zapador y había trabajado en ellas de joven, hablaba de lo contaminadas que estaban, contaba que cuando echaban bancos de arena o sacaban perros muertos casi saboreaba la mezcla de detergente y excrementos, mientras que las aguas seguían rugiendo a través de alcantarillas de baldosas brillantes y sobre un precipicio subterráneo lo bastante grande como para tragar un autobús. Las cloacas, argumentaba Greengage, son un lugar por derecho propio, no solo los túneles del amor de las ratas y la mierda, sino el intestino de la metrópolis y como tal son necesarias para el funcionamiento de su cuerpo monumental: las caras bonitas no podrían pasear por Mayfair sin ese asunto mierdoso por debajo... *Jack Lee, tomando el té, le dice a su amigo MacFayne, ¡Mira, amigo, son manzana y ciruela! ¡Manzana y ciruela otra vez! Lo mismo, ¿no es duro? ¡Qué hartito estoy! Oh ¡por un poco de la mermelada de frambuesa de la tía Eliza!* Los trogloditas debatían la prudencia de dedicar sus energías a construir con sus propios huecos y conductos un sistema de alcantarillado, porque los de la superficie se ahogaban en el agua estancada ahora que las presas y los canales de Flandes estaban destruidos.

Por encima tres mil armas británicas disparaban cuatro millones de obuses. Debajo, en sus madrigueras, los trogloditas fumaban cigarrillos Lucky Strike y estudiaban la ética de Sigdwick. Leían la poesía de Robert Browning, aprendían escritura árabe de Alí el Zuavo, o afinaban su comprensión de la plusvalía y la utilidad pública de las organizaciones de crédito social. Ahora Stanley entendía todas esas *fases de desarrollo* en las que le había resultado tan difícil concentrarse y podía explicarlas. Había escrito las actas del Club de Debate de Feydeau y su asociación con la Liga Socialista y en su reclusión bajo tierra recordaba las palabras de Morris y Kropotkin, las ponencias de la

señora Marx Aveling y la señorita Schreiner. Los que bajaban sentían poco interés por la Alianza Internacional de Mujeres o la Liga Internacional por la Paz y la Libertad – pero Stanley sí. Mandó a sus propios emisarios arriba y volvieron con ejemplares de Ardent y The Freewoman, y con libros de la señorita Dix y de la señora Perkins Gilman. Stanley explicó a sus camaradas: El futuro pertenece al hombre feminizado, el que es capaz de llevar batista con placer – como nosotros – y de mirar al bello sexo como el nuestro, y de considerar a las mujeres no ayudantes sino autoridades en la ley de sangre de la biología. Para estar todavía más en la línea de la nueva conciencia mundial, Stanley obtuvo Toallas Higiénicas Southall's y las llevaba una vez al mes – y entonces no se acostaba con Huggins. Cosió un bolsillo en su blusa y la llenó de crecientes cantidades de arena, un cuarto de kilo al mes, y animó a otros a unirse a esa imitación. Y los trogloditas escuchaban – y aprobaban, y muchos seguían su ejemplo, con la excepción de Mohan que, como había estado con Stanley desde que bajó, se sentía libre de burlarse: Blighty, deberías saberlo, Henry Morton, es una palabra hindi, bilyati – significa extranjero, entiendes. Ahora, cuando los británicos la usan para nombrar su hogar, se volverá en su contra – una pistola bilyati. ¡Y cada vez que la dices, la cantas, la gritas, disparas la pistola biyalti en tu propia cara!... ¡Llévame a mi querido bilyati! ¡Súbeme en el tren a Londres! ¡Llévame allí, déjame en cualquier sitio, Liverpool, Leeds o Birmigham, me da igual! No fue sino muchos meses después – tras el colapso del frente italiano, el alzamiento de los bolcheviques y la toma de la Ciudad Santa – cuando un individuo llamado Cummins, que había sido delegado sindical en Greenock, bajó con ellos. Hablaba con vehemencia de la constitución de Henderson<sup>136</sup>, y Stan dijo: Está muy bien – tu catecismo. Pero ya funciona aquí: lo poco que hay aquí nos pertenece a todos, no hay azúcar – y por tanto nunca sentimos amargura. ¡Nadie pensaría en arrastrar uno de los grandes agujeros a su hoyo! Y en cuanto a la administración, ¿qué pasa con eso? Un túnel necesita bombeo y todo son manos en las palancas, otro requiere electrificación y los hombres que saben cómo ponerla se colocan en fila sin que haya que decir nada – simplemente, esas cosas ocurren. Pero, dijo Cummins, esto es anarquismo – no hay sistema, no hay método, no hay forma de convertirlo en un programa para la nación. – Para callarlo todos cantaron: ¡Me encantaría ver a mi chica, Pronto estaremos abrazados, Guau! Y para inflamar todavía más al intrépido escocés, Stanley le plantó un beso en su sucia frente... *Tiddly-iddlyighty, Llévame a Blighty, Blighty es el sitio para mí.* Cuando Ludo se abrió paso en Arras, Cummins – que tenía un obstinado amor propio socialista – dijo que así aprenderían los trogloditas – que se encontraban en un caos considerable. Stanley y Huggins se rieron de él. ¡Subiremos en gabarra por el Escalda!, gritaron. No ves que no nos importa un higo quién gane – hay montones de huelgas en Alemania, no tienen más estómago para esto que los demás, no son los rusos los que han capitulado en Brest-Litovsk, ¡es Ludo, el cabronazo de Falkenhayn y el puñetero káiser Bill! – Y Schmidt, de Colonia, que tenía una hermosa voz de tenor, una nariz que podía oler una botella de vino de Moselle a través de dieciocho metros de barro frío y muerto, y talento para organizar corales, los llevó hasta el estribillo, *Un día Mickey O'Shea estaba en una trinchera perdida, Muy valiente, se afeitaba y se peinaba. Mick grita, esquivando los obuses y la dinamita: ¡Y que hablen del Palacio de Cristal y sus fuegos artificiales – !* Para molestar aún más al escocés, Stan cogió el dixie recién

hervido, le hizo una taza de café y se la dio, diciendo: Los putos irlandeses tienen razón: nada de trabajo – ¡ese es el vale de la sopa! Y Cummins sonrió de una forma doblemente disipada —Esa sección de la línea había quedado tranquila, y llevaban allí tanto tiempo que los trogloditas tenían un sitio muy cómodo: habían bajado vajilla de cristal, un canapé de crin de caballo, dos viejos cuadros de dignatarios cívicos de los restos de un Stadhuis, y un modelo de las minas de carbón de antes de la guerra que a los trogloditas les hacía pensar en una versión terriblemente pequeña de su extenso sistema de túneles. También había un perro pastor que sobrevivía bastante bien con una dieta de Comida para Perros Victoria's que Stan encargaba en Spillers de Cardiff y recibía con la lista de correos en Boulogne. Aros de latón, un delfín de cristal de treinta y ocho centímetros de largo, una urna de cristal llena de colibríes disecados dispuestos sobre flores de lis, un jarrón chino que contenía una variedad de parasoles y paraguas de paseo de señora – neceseres, maletas, portaequipajes, cajas de cuellos y bonetes. Os vais de viaje o qué, gruñó Cummins, y Stan dijo: Creo que pronto lo haremos. —El verano terminaba, y los febriles Tommies perseguían a los enfebrecidos Jerries hacia el este – los subterráneos, intactos por la pandemia, salieron en ebullición de das Grab – ¡había tantos! ¡Piojos! ¡Pececillos de plata! No sabían cuántos eran, no habían calculado la enormidad de la liberación que se ofrecía por debajo de la tierra de nadie. Subieron de los hoyos, los agujeros húmedos y los profundos túneles a los que habían dado forma sus cuerpos fugitivos – resucitados, renacidos... Y después la manada políglota se disolvió, lloraban al despedirse sobre los hombros de los demás, amantes se separaron, hermanos se dijeron adiós – y se fueron lejos: los alemanes de puntillas tras el derrotado Kaiserliches Heer, los británicos, franceses y belgas tras los aliados que se desmovilizaban. Era un juego del escondite inglés que se jugaba en un frente de cuatrocientos cincuenta kilómetros: cuando los de la superficie se daban la vuelta, atormentados por la hormigueante sensación de una multitud a su espalda, los hombres del subsuelo se quedaban inmóviles, contando los minutos hasta que podían volver a moverse con seguridad, mientras cantaban en silencio, *¡Llévame a mi querido Blighty! ¡Súbeme en el tren hacia Londres! ¡Llévame hacia allí, Déjame en cualquier sitio, Liverpool, Leeds o Birmingham, bueno, me da igual!* Requisaron un barco pesquero a unos kilómetros de la costa de Nieuport. En ese gran espacio de viento, rocío de sal y las olas grises y verdes, los hombres estaban asombrados – se desnudaron y rodaron una y otra vez sobre la grava caliente. Stanley, Huggins, Cummins y Mohan estaban en la vanguardia de los retornados, junto a trece culíes que habían llevado consigo desde las tripas de la tierra. En las cabezas de línea y los campamentos de tiendas que había en la superficie, los trogloditas habían sembrado su semilla revolucionaria. No necesitaban radiodifusión: era la rica cosecha de la guerra, plantada durante largos años en la tierra roturada de Flandes, Artois, Picardía y Champagne, había brotado, blancos y verdes por su larga inhumación, la inspirada refutación de todos los objetivos represores que habían promulgado sus jefes enloquecidos. Tantos de ellos, los levantados, avivaron el espíritu de sus compañeros cansados de la guerra, y, una vez unida, toda aquella masa móvil sentía el vértigo de su poder transformativo. —Desembarcaron en la bahía de Broadstairs y subieron la colina hacia la estación. Las estrechas calles de la localidad estaban llenas de repartidores de periódicos que gritaban los últimos titulares: miles de soldados que se creían muertos

aparecen vivos en un gran sistema de túneles bajo la tierra de nadie, pero eran más relevantes: Mary Allen asume la dirección de la resurgente unión femenina social y política y: manifestaciones de airadas municionistas despedidas. Stanley intentó que el taquillero les diera billetes apelando a su naturaleza igualitaria – y el taquillero lo hizo, mientras miraba de reojo a los que creía dedicados a la trata de blancas, y a los que consideraba asquerosamente afeminados, con sus blusas, su pelo largo y sus sombreros de Augustus John. Stanley dijo al taquillero y a sus compañeros lo siguiente: En esta tierra nuestra hay un millón de mujeres que han sido sometidas a la disciplina y las privaciones del trabajo industrial, un trabajo que no les ha dado otra cosa que la pérdida de la salud y la muerte de sus seres queridos. Ellas, por tanto, son nuestras aliadas naturales, muchachos – no necesitamos a todos los Tommies destrozados, ni a la gente de Cummins – salvo por tu presencia, Horace... En Woolwich, Sidcup, Eltham y Plumstead fueron de un hostel a otro, y en todas partes encontraron las pancartas de rayas verdes y rojas: rojas por la revolución y verdes por el cultivo científico de la tierra que, pensaban, permitiría una Nueva Gran Bretaña, con gente bien alimentada y sana, liberada de la escasez material no por las máquinas – que solo habían sido motores de la maceración de los cuerpos y la trituración de las almas – sino por el Espíritu Ardiente del crecimiento natural, químicamente asistido. ¡El viejo orden está enterrado, les dijo Stanley a las chicas rudas de Silvertown y Mile End, bajo la tierra de Francia y Bélgica! Y les prometió que a partir de entonces sus vidas serían una fiesta, o unas vacaciones donde recoges fruta – aunque sin la necesidad de llenar un número determinado de recipientes... Los tranvías estaban tan atestados por los revolucionarios que reptaban al paso, palpitando con los cuerpos apretados de hombres y mujeres jóvenes – indudablemente se tomaron libertades, pero también eran otorgadas: un paroxismo de amor libre que echó a los clérigos de las calles, convencidos de que había sonado la última trompeta, cuando solo era el sonido alegre de mil clarines. Y dondequiera que Stanley fuese, mientras hablaba con todos, solo pensaba en alguien: *¡Me encantaría ver a mi chica, Pronto estaremos abrazados, GUAU!* – En el Queen Mary Hostel de Plumstead fue dirigido – por un borracho viejo y mezquino – a la Casa de Reasentamiento del Ministerio en Pimlico. Cuando llegó el lugar estaba vacío, con la excepción de dos jóvenes elegantes muy maquilladas que fumaban cigarrillos en boquillas de ónix extravagantemente largas. Se quedaron ante los cajones abiertos de los armarios de acero y buscaron entre los cientos de fichas hasta encontrar la dirección correcta. —El centro de la ciudad se hallaba en un estado frenético, a las oficinas de telégrafos y las centrales telefónicas llegaban noticias de más y más sectores que unían a los Rojos-y-Verdes: las cuarenta mil mujeres del Destacamento de Ayuda Voluntaria<sup>137</sup>, dieciocho mil más del Ejército de Tierra<sup>138</sup>, veintitantas mil del Cuerpo de la Reina María<sup>139</sup> – destacamentos de Reservistas que habían llegado rápidamente para proteger Whitehall y el Parlamento contra los insurrectos, pero luego se negaron a disparar sobre ellos, apartando sus armas y sumándose al vertiginoso amanecer de la Nueva Era. Pese a toda la excitación – las canciones, los cantos y los automóviles que iban por las calles tocando el claxon – no vio verdadera violencia. En el dique junto a Millbank unas flappers se metieron con un viejo caballero – le tiraron del frac, le quitaron el puro, *el destello de su monóculo que llevaba en el pecho mientras gira una y otra vez hacia el río...* No hay

transporte, así que Stanley camina sobre Vauxhall Bridge y luego por South Lambeth Road: en el lado norte podía haber un disturbio, pero aquí una niñera va detrás de un cochecito, cada bota prieta está encuadrada en un adoquín – un verdulero circula en una bicicleta cargada con ruibarbo bajo los toldos de rayas azul y crema de una hilera de tiendas, y los excrementos de caballo esparcidos sobre las baldosas calientes desprenden olores inefablemente dulces a *heno y avena felizmente digeridos*, las moscas se arremolinan en torno a ellas *una buena parte del todo* que vuelve a posarse en cuanto Stan se aleja. Los barrios periféricos de Londres están, piensa Stan, demasiado extendidos y repletos de su solidez de ladrillo como para que los derribe cualquier impacto humano: hacia Croydon y Sydenham Hill la ola revolucionaria se extinguirá en salpicaduras de excesiva familiaridad y pequeñas perturbaciones contra los convencionalismos, como *llevar un sombrero en un ángulo rebelde...* En el jardín que se encuentra delante del largo edificio de apartamentos de cuatro plantas hay montones de arena y baldosas rotas que han dejado los constructores, por encima ventanas saledizas hundidas en una estructura que imita el estilo Tudor, mientras que en el mismo centro del edificio se ha colocado un frontispicio neoclásico con un círculo en vez de una luneta – el círculo tiene inscritos estos dígitos: 1916. *Manzano, peral, pastel de ciruelo, ¿Cuántos hijos antes de morir? Un, dos, tres* —al menos cinco, descalzos, con bombachos sucios y, pese al sol de septiembre, todos con bufandas gruesas y cuellos altos – supone que para alejar la gripe que debe de acechar por aquí, entre los medallones de oro esparcidos bajo las ramas de los castaños. Y así cantan: ¡Abre la ventana y gri-pe! ¡Abre la ventana y gri-pe!, lo que lo lleva hacia una ventana con bisagras levantadas debajo del sótano. Eso es. Ahora lo entiende: no importa la ilustración que produzca el Nuevo Amanecer, aunque los revolucionarios transformen los hospitales clínicos, las cárceles y los manicomios en faros de la asociación libre y la vida comunal, *ningún acto de mujeres u hombres podrá levantar la tierra de mi espalda, Nuestro cementerio es muy pequeño y no hay sitio para todos, Nuestro cementerio es muy pequeño y no hay sitio para todos...* El peso y la densidad insoportables del barro, compacto por el repique de los obuses en cada recoveco y cada ranura de su forma – el acero, y el acero que ha hecho ese acero – de todo eso habrá más: más fundido y moldeado y taladrado, las partes que lo componen se extenderán hacia el futuro en una cinta transportadora que gira incesantemente y no tiene fin. No necesitaba regresar a la superficie – las manos le tiemblan y se retuercen, su *espalda se dobla... se dobla...* la impulsividad se apodera de sus dedos, sus manos, sus pies, los dedos de los pies, y también de sus inclinaciones, unas irresistibles ganas de señalar, empujar, tocar, lamer, desear – *esto, eso, todos los demás...* y sin embargo no puede, por voluntad propia, moverse en absoluto, *Tiddly-iddlyighty, ¡Llévame a casa a Blighty, Blighty es el sitio para mí!* – la pistola bilyati *se dispara en mi rostro...* El milieu intérieur, canturrea una sepulcral voz escocesa, tal como lo describió Claude Bernard – se entiende mejor, diría yo, como un paisaje propio – un terreno habitable, ¿por qué no? Que posee colinas, ríos, lagos – campos y prados también... Sin embargo, cuando lo miras de cerca, verás que los rasgos significativos son, bueno, callejas amplias, trampas de arena y hermosos – atención, her-mo-sos – campos de césped. Una segunda voz – débil, quejumbrosa – interviene: Parece un campo de golf. sepulcral: Bueno, en realidad – ese es un resumen del problema. Quiero decir, en la

medida en que el milieu intérieur es un lugar que se puede cartografiar en la mente del catatónico, también es sin duda incapaz de albergar vida. No puede alimentar a su creador – mientras que los que juegan alrededor son fantasmas... sombras. – débil: Cuartetos fantasmales. – sepulcral: Cuartetos, pares – mire, el catatónico puede ver antes que usted, permitirles el paso – eso es precisamente lo que ella está haciendo ahora, los deja pasar. No puede jugar con ellos porque ellos, estrictamente, no existen – y así les concede precedencia. – débil: ¿Y qué pasa con el tratamiento, cómo cambia las cosas? sepulcral: ¿Qué hacemos aquí? Bueno, volarlo todo en pedazos, por supuesto – quiero decir, idealmente lo haría, pero quizá solo labramos para una estación o dos. Lo importante es lo drástico del procedimiento – en este momento no podemos conocer los efectos exactos sobre el cerebro, solo el estado de coma inducido, la intensidad de la propia conmoción y luego: ¡listo! despertar con una inyección de glucosa. Supongo que una forma elegante de explicarlo sería decir que alcanzará una nueva adaptación psicofísica, pero yo soy un hombre de Renfrewshire y me gusta hablar claro, no quiero saber nada de jergas científicas de ninguna clase – ni tampoco soy un esclavo de la iglesia, pero aun así he visto resurrecciones totalmente asombrosas... Enfermera Greengage, ¿tendría la amabilidad de cerrar la puerta? greengage: Por supuesto, doctor Cummins. débil: ¿Para qué son? cummins: ¿Las sujeciones? Seguro que hizo toda la instrucción en Claybury, joven, es un procedimiento totalmente normal. débil: Oh, no sé – ¿puede estar seguro de que – ? Quiero decir, he leído su historial con bastante detenimiento, no parece que sea una esquizofrenia catatónica per se. – cummins (*riéndose, un horrible sonido chirriante*): ¡Per se! Oh, déjelo estar, Marcus – me importa un bledo lo que haya causado la catatonía, podría ser sífilis o hasta el puñetero socialismo... (*tararea*)... ¡Cuanto más estemos juntos, *más felices seremos* – ! *Vamos, hombre, no estoy recomendando el viejo puñetazo inglés, ¿cree que soy del New Party?*

[140](#). Sabe, lo que necesitamos es una especie de partidador de átomos como el que tienen en Cambridge, para romper en pedazos la locura, ¿eh? Tal como están las cosas, encendemos este aparato y creamos un cortocircuito en medio hospital – supongo que se ha dado cuenta. marcus: Sí... me he dado cuenta y es una imagen inquietante – si los plomos no se funden, las bombillas de todo el pasillo de abajo se oscurecen, una tras otra, viajando por esa enorme longitud... como una especie de pulso, se podría decir. cummins: Ahórrenos la sensiblería – pásame ese plato de riñones, enfermera... Gracias... a-já. ¿Ha visto los planos para la nueva estación de metro, Marcus? marcus: No, todavía no. cummins: Es rarísima – tiene forma de sombrerera, no puedo decir que me guste, ¡soy lo bastante viejo para recordar cuando, en las salas de espera de las estaciones del metro de Londres, tenías un par de cuadros de algún dignatario cívico en la pared y un pájaro disecado o dos en una urna de cristal! *Miente, el torturador, es una criatura de Albert*... —Habían sido felices y sostenían una comunidad que funcionaba. Había – por lo que él sabía – producción adicional, aunque no se les exigía en modo alguno, después del sufrimiento que habían soportado realizando el trabajo de la guerra imperialista y los esfuerzos de la revolución. Algunos cepillos, broches para la ropa y cestos – artefactos sencillos que les gustaba hacer. Stanley había dicho: Tú y tus camaradas tomaréis el viejo manicomio de Friern Barnet – ahora que han dado de alta a la mayoría de los internos para que los cuiden sus familias o las cooperativas locales, no sirve de nada. Y será una

forma de justicia, creo yo, que mujeres y hombres libres racionales dirijan el gallinero en el que hasta hace poco los pobres y los ingenuos estaban confinados contra su voluntad. (cummins: *Un poco de esta crema electrolítica en las sienas garantizará un contacto más intenso y mejorará la conectividad...*) Habían conservado sus monos de las fábricas de municiones como una medalla de honor – además, ¿qué podía ser más racional que esas ásperas ropas de cutí? Batas, faldas-pantalón y pesadas chaquetas que les protegían del frío y la humedad de los viejos edificios, alejando una calentura que parecía presente en los ladrillos y el cemento. Eso fue al principio – más tarde, cuando las cosas estaban más organizadas, los trabajadores de los campos de Londres donaban ropa, nada demasiado elegante pero perfectamente útil y gratis. Mil camaradas femeninas se instalaron en el lado occidental del antiguo manicomio, y mil masculinos en el lado este. Dispersa entre los dos sexos y asignada a sus unidades residenciales había una proporción de malhechores y contrarrevolucionarios distinguibles por sus uniformes oscuros y parduscos. Esos hombres y mujeres se encargaban de las tareas mundanas y triviales: cerrar y abrir las puertas, cambiar sábanas y ropa sucia, administrar las medicinas y asistir a aquellos que necesitaban paz y tranquilidad en unidades especiales de reclusión. La idea era que debían ser reeducados a través de su íntima relación con esas mujeres de ideales elevados, cuyos esfuerzos largos y duros les habían proporcionado un legado mortal de enfermedades: tuberculosis, fiebre tifoidea, disentería y enfermedades venéreas transmitidas por uniones sexuales con hombres pertenecientes a la clase explotadora. (cummins: *Por favor, comprueben que todo el mundo tiene los pies en la alfombra de goma...*) El suyo no era el único falansterio que establecería la Cooperativa Central bajo la dirección de Stanley Death. Los comunistas preferían no hablar de esos asuntos mundanos, pero a lo largo de los años me enteré – camelándome a rencorosos detenidos – de que había otros en Hanwell, Napsbury, Claybury, Sheffield, Banstead y Tooting Bec – un círculo que rodeaba el emplazamiento de la antigua metrópolis, donde se realizaban los mismos experimentos de vida comunal y las mismas prácticas del pensamiento libre. El más salvaje y libre de los pensamientos – ¡y de las expresiones! Tartamudeando y murmurando... ella ha visto a un individuo en un cuadro en la pared, y él ha salido y la ha poseído, está en estado, ¡ha dado a luz! ¡A un autómatas! ¡Su propio pequeño Enigmarelle! (cummins: *Es interesante que no haya pruebas de que la menstruación tenga efectos adversos sobre la terapia – no es un problema en el caso de esta paciente, ni en el de la mayoría de las otras internas, cuya menstruación se encuentra...* ¿Cómo lo diría, enfermera? greengage: *Bueno, no sé, doctor.* – cummins: *¿Perturbada? ¿Suprimida?* greengage: *Bueno, no tienen el periodo, si es eso lo que quiere decir...* cummins: *Oh, de verdad, si vous soulevez un jupon vous ne devez jamais exprimer la surprise...*) Espiritismo, güija – no debía ser una sorpresa que hicieran esas cosas – las áreas comunes crepitaban con palabras sobre viajes a otros mundos, humanos viviseccionados a la existencia a partir de las formas unidas de animales. Algunos estaban seguros de que les enviaban rayos letales desde el People's Palace al otro lado del valle, y de que esas emisiones hacían que oyeran las voces de los seres queridos que habían muerto – pasaban horas, días, escribiendo esos informes en los cuadernos de un penique del comisario. Sin embargo, eso era comprensible, ¿verdad? Perdonable a la luz de las perspicaces conversaciones que también se producían en torno

a la provisión universal de planificación familiar, asistencia a los recién nacidos, educación y seguridad social – discusiones de las yo mismo hacía el acta que presentaba a modo de informe a los comisarios de la Junta de Control de Stanley, quienes inspeccionaban el falansterio anualmente. (marcus: *Ahora parece totalmente inerte – acentuada hipotonía*. cummins: *Es lo normal, el curare significa que aunque te los folles no reaccionan – ¿ve?*) No es que les prestaran mucha atención – pero eso también era comprensible... perdonable – ¿no tenían trabajo que hacer: demoler las casas insalubres y la pétrea grandiosidad de siglos que los estúpidos capitalistas y amantes de la guerra habían considerado la mejor ciudad del planeta? Luego erigir en su lugar unas torres pequeñas y delgadas de acero y cristal, mientras establecían en sus restos esparcidos los sistemas de campos elevados determinados por la nueva agricultura – campos para trigo, por supuesto, pero también huertos y llanuras irrigadas, viñedos – ya que, ¿por qué no debía tener la gente corriente vino y agua carbonatada? (cummins: *Y... ¡vamos!*) —Gracie fue la primera en ver los cambios que se estaban produciendo: la infiltración de espías de la Junta de Control entre los enviados a la reeducación, la alteración del régimen de retiro voluntario a uno de... confinamiento. ¡La introducción de electrificación en el falansterio, y de otras formas de mecanización que eran precisamente los reglamentos y opresiones del espíritu humano y el cuerpo humano contra los que se había hecho la revolución! Luego llegaron los castigos – que se presentaban, de manera desquiciante, como... tratamientos, pero que dejaban a esas mujeres y hombres antes orgullosos... idiotizados, totalmente destruidos... hechos pedazos. Le dije: Esto es cosa de Albert. Al final ha ganado. *Rayos letales de Stanley, rayos letales de Albert, cada uno en la cara vacía de su hermano...* Y Albert ganando, como siempre, volviendo a imponer su cruel régimen en la tierra recién liberada. No tardaron en llegar: las serpientes de ladrillo rojo que culebreaban por Muswell Hill y se enroscaban por el valle hacia el falansterio, *civilizzzzación* susurraban. La buena de Gracie – nunca se había adaptado del todo a la vida en Colney Hatch. Decía... me dijo, que al mirar por el pasillo de abajo, al permitir que el ojo avanzara por su cañón de cuatrocientos metros era... ceder... a una especie de... locura: el cegador destello blanco *resuena* en las imágenes en negativo de hierbas como plumas que se agitan junto a las vías. El tren se aleja balanceándose y él se queda en el andén mirando las empinadas paredes y pensando: Para esto, no estoy... listo. Y así, tras subir laboriosamente la escalera de acero gira hacia el este por Friern Barnet Lane, con intención de... ¿qué? Mira su reloj (un regalo que le hicieron en la gasolinera hace dieciséis años, cuyo rostro he mirado miles de veces y nunca he visto): Una y media – los pubs estarán sirviendo *metralla de guisantes, lager de gas, ofensivo armamento de patatas, batería de bacalao... Tengo hambre... ¡pero no de ESO!* Camina pesadamente, con intención, piensa, de echar un vistazo a la estación de metro de Arnos Grove, el diseño de sombrerera modernista del que tiene, extrañamente, *bellos recuerdos*. Echar un vistazo – o quizá entrar, *ejercer mi Libertad y subir a un tren que me lleve a casa*. Casa. Ha llegado a él espontáneamente: la idea de que el piso de Fortess Road, con sus muebles baratos y el sonido ambiente de los vendedores de seguros... *Mujer, cincuenta y tres años, diez años sin siniestros, ¿se la mandamos a John en Aviva?* era su hogar, más de lo que lo había sido nunca la casa de Redington Road – ni ninguna de sus otras residencias que, ahora que lo pensaba, eran realmente *corrales...* y

yo, un zorro... un intruso en la combinación de valla, lecho floral y cobertizo que raspaba su refugio maloliente un año o dos, criaba unos pocos cachorros que necesitaban gafas de la Seguridad Social y volvía a desaparecer. – ¿Cómo es tu polla, colega, y qué te gusta? cuelga de la ventanilla abierta del coche que acelera a su lado, junto al olor a pis de gato de la marihuana contemporánea – *cupé, ¿no lo llaman así? ¿Por qué combatirlo? Busner piensa: ¿Por qué retrasar o arrastrar los pies cuando el pasado avanza inexorablemente por detrás? Lo que es – continúa consigo mismo – la esencia, sin duda, de todas las terapias basadas en la conversación y algo que Ronnie explicó adecuada la perfección en ese folletín suyo – ¿cómo los llamaba? Los carruseles y las marañas que asedian nuestras emociones. —Continúa, reflexionando pesaroso sobre lo populares que eran esas cosas en los setenta, incluyendo su propia herramienta de investigación: ¡El Acertijo! Aúlla de risa, luego sonríe de forma más sincera, reconociendo sus propias locuras... después de todo, quizá al final lo estoy resolviendo.* La carretera refunfuña entre bloques residenciales anodinos y casas de posguerra, luego da cortos pasos sobre la cima de la colina y baja hasta una *rotonda fistulosa* desde la que surgen pasajes comerciales. *Es la misma secuencia del ADN del consumidor* que ha dejado atrás hace menos de veinte minutos: Y Beauty & Hair (*¿Por qué?*), Monarch Dental Services (*¿Los dientes de los reyes?*), un sitio de pollo frito, una papelería llena de pegatinas de tarjetas telefónicas, una tienda de apuestas... *y de nuevo, una vez más – con sentimiento...* Tiene los pies doloridos y húmedos en su calzado inapropiado para su edad, aunque, considera: En una época anterior ahora estaría lisiado por el lumbago o la gota – enfermedades que tienen *un tono honestamente anglosajón, casi falstaffiano...* Se recupera con la barra de acero que rodea una valla suelta que le llega a la cintura, sobre cuya hoja metálica una mujer disfruta de un helado Magnum. A través de la puerta entreabierta de la casa de apuestas ve las violentas imágenes de después de las carreras: filas de ruanos rebobinándose por Haydock Park, hilos digitales a galope sostenido tras ellos, el *golpeteo glabellar que provoca el parpadeo de los cursores...* La tormenta binaria se desata a su alrededor, una ventisca de unos y ceros – *¿por qué combatirla?* No soy, piensa Busner, ningún Falstaff, solo un enloquecido Lear en el páramo de cristal duro, donde *nada surge de la nada. Y sin embargo... sin embargo...* hay algo: el cursor parpadea, se enciende y se apaga, *uno o cero, ¿debería o habría de?* Se le ocurre que: Debía de ser exactamente en esa época – ese mismo año – cuando estaban desarrollando los primeros microprocesadores, escribiendo nuevos lenguajes de programación y creando sistemas operativos que metían *lo blando en lo duro...* No es que nosotros – yo – lo supiéramos, los ordenadores eran pirámides toltecas, sumergidas en los sótanos de sedes empresariales y administradas por sacerdotales Morlocks con batas blancas. Recuerdo uno de los primeros juegos de ordenador – *¿Ping? ¿Pong?* – en todo caso, dos barras blancas a ambos lados de una pantalla negra de televisión, entre las que bateaba un cursor blanco que soltaba un sonido sintético de chasquido de lengua con cada impacto. Era absurdamente decepcionante – como visualización del tenis de mesa era más tosca que el dibujo que haría un chico de un hombre vivo auténtico, *pero a Mark le encantaba... así que hora tras hora jugábamos en salones recreativos: empujando las palancas, retorciendo los diales, dando golpes con la cabeza en el ring-a-ding-ding y el hedor a azúcar derritiéndose...* Suspira, Aaaaah, – Mark le había dado un bolígrafo

nuevo, dentro de su tripa gorda había seis cartuchos de tinta: *verde, azul, negro, rojo... He olvidado los otros dos...* Le había explicado sus sistemas de anotación al niño y esa había sido su considerada respuesta. Mark le enseñó a su padre cómo podías bajar dos de las puntas de colores a la vez, y así escribir en duocromo. Hacía mucho tiempo que Busner había dejado de tomar notas – *¡no digamos unas notas tan pretenciosas!* Pero siente la falta de ese bolígrafo ahora, se imagina blandiéndolo con las seis puntas fuera, como si quisiera mezclar color y simbología en esa comprensión compuesta dentro de él a partir de *imágenes, recuerdos, ideas recientes y observaciones clínicas antiguas...* Una madre y un niño pequeño salen de la papelería – llevan chaquetas puffa escarlatas a juego, tan brillantes que se les *vería tropezar en un glaciar desde un helicóptero...* El niño arranca el celofán de una piruleta, la madre el celofán de un paquete de tabaco, *la brisa coreografía sus sucios descartes...* Aaaaah, se aparta bruscamente para ver que los recuerdos han avanzado de verdad detrás de él y que *¡ni siquiera se molestan en jugar al juego!* Porque cuando se vuelve hacia ellos contonean sus miembros con descaro en la brillante luz de la primavera: Miriam: *que me dio ese reloj digital, y el cabrón de Whitcomb – tenía una de las primeras calculadoras de bolsillo y enredaba con ella el día que fui a verlo y me dijo que estaban pensando en desconectar* usando un enchufe oculto tras un perchero grotesco, sus nueve ramas del revés terminaban en cuernos animales montados sobre la madera. La criada se pone de pie toda envuelta en su falda larga y el cable de la máquina, que es, piensa Audrey, tan fea como el perchero, confeccionada de escoba, gaitas y un ventilador eléctrico. Su gemido zumba hasta llegar al silencio, y el ama de llaves que ha abierto la puerta – *una bruja de rostro lóbrego* con la cara metida en el pelo y el pelo metido en un *moño aterrador* – responde: Es suficiente, Rose, antes de prestar atención de nuevo a la visitante imprevista. ¿Es al señor o a la señora De’Ath a quien desea ver? No le ofrece ningún título a Audrey *¿quizá si tuviera una tarjeta de visita?*, que contesta: Imagino que mi hermano no estará en casa, así que si es tan amable de decirle a mi cuñada que Audrey De’Ath quiere hablar con ella se lo agradecería mucho. Cree que esto está bien hecho, y que también ha acertado al hacer esta visita con una nueva falda plisada, de la mejor tela, impermeable con cinturón y sombrero cloché. También ha tomado prestado un esbelto parasol con mango de porcelana de la colección de Appleby que *debe de costar lo que esta gana en un mes – ¡pobre vieja imbécil, otra vez en los arreos!* El ama de llaves mira con escepticismo y de pies a cabeza a Audrey, mientras detrás de ella la criada continúa su batalla con la cola salvaje de la aspiradora. El ama de llaves está a punto de cerrarle a Audrey la puerta en las narices cuando va a hablar con su señora, en el momento en que dos puertas se abren simultáneamente en el pasillo – una al fondo, a través de la cual emerge Albert, caminando dubitativo, con una gran jarra de porcelana en la mano – y otra a la izquierda de donde sale *en una crujiente nube de organdí blanco* una señora de la edad de Audrey que, aunque solo le ha puesto los ojos una vez, brevemente, y seis años atrás, reconoce de inmediato. Albert avanza hacia la puerta, diciendo: *¿Qué sucede, señora Egremont – luego ve quién es* y por un instante su cara ancha y suave es presa de una expresión indescriptible: *¿Albert... conmocionado?* antes de ir junto a su mujer y cogerla del brazo. Rosalind, querida, dice, esta es mi hermana Audrey. Y para Audrey hay un corto: Es mejor que entres. Los tres van al salón, que está *decorado con tan mal gusto como el*

*vestíbulo*. Estudiando las viejas piezas de roble y caoba que se han transformado en mesas para el teléfono y armarios para la radio y el fonógrafo, Audrey conjetura que es una domesticada batalla de los sexos, un combate, además, en el que la rubia amable y pastosa ya ha capitulado. Los tres se mueven hacia dentro y hacia afuera, en círculos y entre sillones atestados – una torpe danza formal, hasta que Albert dice: *¿No te sientas, Audrey? No, gracias, Bert, contesta Audrey, exagerando su acento cockney solo para ver qué efecto tiene en ellos. Luego coge un abrecartas y lo hace chocar contra una fila de perros de porcelana, ovejas de porcelana, pastoras de porcelana con miriñaques y bastones de porcelana, hasta que da a una caja de latón hecha a partir del cartucho de un obús de 50. Sobre la tapa abovedada aparece inscrito: En Agradecimiento a los Servicios Prestados por Albert De’Ath. – Que es todo lo que Audrey desea saber, así que abre la tapa con el abrecartas, revelando los pequeños cartuchos blancos, y dice: ¿Os importa?, luego sin esperar una respuesta retira un cigarrillo. Los De’Ath se echan hacia delante, pisándose al hablar: Las cerillas están – /¿Quieres que te dé un – ?, y a ella le gusta coger entre risas las dos cajas, sacar hábilmente una cerilla de cada una, encenderlas a la vez y aspirar fuego de una sola llama, luego de la otra, echándoles el humo – tira las cerillas muertas a la chimenea. Ya habéis terminado con el Arsenal, ¿entonces?, dice ella al cabo de un tiempo y Albert asiente, antes de seguir, como para evitar la acechante extrañeza de la situación: ¿Puedo presentarte a mi mujer, Rosalind? Audrey hace una mueca. – Encantada, y cogiendo la mano blanda de bebé que le ofrece, continúa: Supongo que echarás de menos tus manoplas y tu gorra de plato. Rosalind se ruboriza. – Yo – Yo... Bueno, la verdad, me asombra que te acuerdes. – Bueno, lo hago, dice secamente Audrey y suelta la mano, pero parece que tú también. Dime, ¿qué te dijo mi hermano aquel día en los Edificios de Riesgo? Si no habló de mí en esa ocasión, tuvo que hacerlo después – te dijo algo sobre mi vida promiscua, ¿eh? ¿Mis amoríos escandalosos y mis opiniones incendiarias? Rosalind se queda más quieta – comparte con su marido un aire de pesada contención y, aunque es bastante guapa, Audrey detecta en su piel demasiado madura una carnosidad a punto de rezumar de forma repugnante. Todos, declara Albert, hicimos nuestra parte. ¡Como si eso fuera el problema entre nosotros! Audrey se ríe amargamente, se deja caer en una de las sillas, cruza las piernas con atrevimiento, da una calada al pitillo y continúa: A lo mejor, Albert, aunque algunos sacrificamos más que otros, y algunos de nosotros... Mira mordazmente al delfín de cristal que salta tras un jarrón chino... ganaron. Volviéndose hacia la bobada con vestido de pastora, levanta la voz: ¿Te ha hablado alguna vez de nuestro hermano, querida? ¿Ha llegado a contarte que tenía uno? Bueno, ¡no era tan listo como Bert, no era tan diligente como tu respetable marido! Stanley no podía limpiar las botas del rey, oh no, no podía hacer tres trucos a la vez para el mismo amo – pero ¡era de nuestra sangre – ! Un grito cae en el salón desde lo alto de la casa, ha llegado a través de un tubo que Albert ha mandado instalar. ¡El bebé!, exclama Rosalind, luego, al ver un antiguo perro pastor inglés que está tendido boca arriba junto a la chimenea, con sus rígidos miembros rellenos de paja hacia arriba, él se ríe con indulgencia: Oh, qué tonto, se ha dejado el perrito, voy a tener que subirle a Darsing... Perdona. – Y ella se va, con el perro disecado metido torpemente bajo su brazo lanoso.*

Bueno, Audrey insiste cuando Rosalind se ha ido de la habitación, ¿le has hablado – le

has hablado de él alguna vez a tu refinada esposa? ¿Puedes soportar pensar en él, acordarte de él? Se te da muy bien el cálculo, pero hay cosas que son incalculables. Albert se limita a mirarla, con ojos llenos de... *odio, no, eso es demasiado apasionado para él – él nunca odia, solo mata a todos los dementes. Sí, por misericordia y por su propio bien...* Al final dice: Está la cuestión de Collins y el Estado Libre, para algunos podría ser una guerra – una guerra civil. Audrey dice: ¿Eso piensas, Albert? ¿Crees que los pobres putos irlandeses son una causa suficiente para tu frialdad? ¿Eso es lo que hace de ti un hombre tan decente? Albert se pone pálido, su tono se apaga y se aplana todavía más *rubor de plomo*. Esta mañana, dice, no estoy en la oficina porque por la tarde cojo el tren para subir al barco en Waterloo – hay cementerios que inspeccionar, lugares para los monumentos y cosas por el estilo. – Se detiene y no ve a su hermana – su fiero pelo caoba recogido, ha observado, en un moño a la moda – sino el abrasado barro de Flandes, suturado por blancas cruces de madera – y no la oye a ella, sino al imbécil del arquitecto con el que debe tratar, un tipo desaliñado que hace juegos de palabras tan dolorosos como deshonorosos – ¡*Flandes huevo dice! ¿Qué hay en la taza?*, indaga Audrey. ¿Taza?, pregunta él. Sí, la taza que llevabas en la mano cuando he llegado. *Pierde pelo y el círculo de latón de su cabeza brilla, pierde pelo y gana el peso de la influencia... pero todavía es duro... todavía es peligroso*. Albert coge la jarra de metal de la mesa donde la había dejado entre un montón de herramientas: reglas de metal, portaminas, reglas de cálculos, compases divisores... Audrey piensa: Ella no le ha tomado la medida, hace lo que quiere – siempre lo ha hecho. Ha cogido esta casa encantadora y ha empezado a llenarla de cosas – ella se irá primero, luego él la llenará hasta los topes con su basura. Eso no le resulta confuso: sabe dónde está todo... *¿No es así, señor?* Es una especie de tónico, dice Albert inseguro, que, eh, hago yo mismo. Audrey se ríe. – Vamos, Bert, ¿qué quieres decir con eso? Él mira el interior de la taza, luego la inclina hacia ella para que pueda ver el denso líquido marrón que contiene. ¡Es la gota negra!, grita encantada y Albert dice: No, es una mezcla de Bemax, melaza y extractos de esas nuevas vi-ta-minas junto a mi propia, eh, disolución. Ella vuelve a reírse – ¡Disolución! ¿Es eso cuando estás en casa? Antes de responderle, da un largo sorbo de la jarra – deja una marca de alcantarilla en torno a sus afeitados labios beis: *marrón de mercromina con un borde de espuma de nata*. Stout de leche, dice, limpiándose con una servilleta, prefiero Huggins – pero Guinness si no hay. Audrey farfulla: ¡Te – Te estás convirtiendo en papá, después de todo! Durante un tiempo los dos se quedan callados pensando en los Deer de Cheriton Bishop, el declive de Samuel ha sido precipitado... *una estampida montaña abajo – los frenos del ómnibus fallaron, el pesado vehículo atropellando a su propio equipo... manivelas, luego piernas destrozadas... el abrigo de piel de conejo desgarrado y sangriento... perros gritando chillando... Un único destino probable: el matadero*. Seas lo que seas, Bert, dice Audrey al cabo de un rato, nunca pensé que te faltara un tornillo – y solo esa palabra, tornillo, separa la palanca del engranaje, de manera que las bolas del péndulo horizontal empiezan a rotar bajo la bóveda de cristal del reloj de la repisa. Un sonido melodioso, d’ding-ding-ding, d’ding-ding-dong, hace que Audrey se ponga en pie – ha crecido en su interior durante las últimas semanas, tomando al principio una sola mano o un pie, apretando y luego liberándolo con la ferocidad de un viejo... *enemigo*. Ante la maqueta del faro, entregada a Albert De’ath en su calidad de

Fellow de Trinity House, baila el charlestón, con las piernas girando, agarra la parte alta de la torre de hojalata. ¡Ajá!, como sospechaba: otra pitillera. Saca un cigarrillo del agujero con la boca, luego un segundo, luego un tercero – cuarto – quinto – sexto – todos, y todos infaliblemente atrapados entre sus labios, *El tipo de cosa que hacían los Hermanos Luck en la Karno's Fun Factory – ¡y eran seis!* Se da la vuelta para enseñarle sus colmillos blancos a su hermano, que retrocede hacia la puerta *para darle más sitio* – espacio que le permite mover los brazos y las piernas como un molino de viento, coger cojines de los sofás y de las sillas para hacer malabares con ellos, tomar puñados de las puntiagudas herramientas de Albert para tamborilear con ellas – *¡qué giro! ¡no va a pararme!* – *¡y yo no puedo evitarlo!* Esa obstinación ha crecido junto a los t-t-t-t-tics de sus manos y las ss-s-s-sacudidas de su cuello – y ahora se le ocurre que este viaje a Blackheat – casi tan imprevisto para ella como para ellos – podría ser otro ejemplo de una acción fuera de su control que se repetirá *una y otra vez yotravez*. Que se descubrirá subiendo por Montpellier Row desde la estación, rodeando el borde lleno de hierba del páramo, trotando por las escaleras de la casa imponente *hacia arriba y hacia arriba y haciarrriba*, hasta que la música se apague y el cosmorama se cierre – solo que eso no puede ocurrir porque, en medio de todos los revoloteos, zarpazos y picoteos de la *intrépida mujer pájaro*, otros ritmos más siniestros han empezado a imponerse: el giro de un volante histórico, el tirar de una palanca eterna, el descenso de ese *perspicaz pensador*, el cabezal. Y eso no es nada divertido, esos movimientos largamente enterrados *que me rasgan la piel*. Audrey oye el rugido de las ametralladoras y ve a Rosalind volviendo a la habitación, *vaca burra*, a juzgar por su expresión, *¡no ha visto un zapateado cockney al viejo estilo!* – mientras que, en cuanto a la criatura que lleva en brazos: *¡no es un bebé! debería llevar pantalones...* Oh, dice Rosalind, *¡Oh, Albert!* Pone la mano delante de los ojos del niño para ocultar la vista: no una mujer – *una marioneta que levanta piedras*, y luego, cuando la cosa empieza a gritar: No tenga más, señora Moore, No tenga más, señora Moore, Rosalind aprieta contra su pecho la cabeza despeinada y pone la mano sobre su otra oreja. *¡Oh, Albert!* resuena en la mente del niño, seguido por *¡Pobre Peterkins!* – que es él, o algún otro niño pequeño con el mismo nombre que está dentro de las *partes blandas* de su madre, agarrado con más fuerza, más profundamente amado.

Tácticamente, los De'Ath se retiran hacia el pasillo, donde Rose, la criada, se queda con un puñado de delantales y expresión de sorpresa – otros de los criados, también tácticamente, se escabullen. Sola en el tumulto de sus pensamientos y sus miembros, mientras produce la espoleta más vital de toda la guerra interminable, Audrey oye esos sonidos por encima del chirrido de su torno: un hombre grita *¡Pesca-do fre-esco!* una y otra vez en la calle, el relincho suave de un caballo, el alzarse de un auricular, el retorno siniestro y abrasivo de un dial, la conformidad amenazadora de la voz de su hermano que dice: *Hola, ¿tendría la amabilidad de conectarme con la comisaría de Blackheath Road?* Creo que verá que el número es dos-uno-seis-cero significa para mí, piensa Busner, y luego: *Visiones mal comprendidas y caras de relojes*. Había dejado el coche a las puertas del parque, porque quería dar un paseo para *aclarar las ideas*. En agosto la ciudad se vaciaba un poco – pero el viaje desde Friern Barnet al final de la hora punta seguía siendo agotador – *todos esos pacientes psiquiátricos sentados en silencio aullando en*

*sus celdas acolchadas de espuma.* Había cerrado la suya *privilegio del médico*, se metió las llaves en el bolsillo y acompañó al interno dado de alta hasta la avenida que conduce al Observatorio, mientras giraba la cabeza alrededor del cuello, soltando los hombros y moviendo los brazos – todo lo cual pasaba por ejercicio, ahora que las relaciones con Mimi habían terminado abruptamente. ¡*Mi-mi! ¡Mi-mi! ¡Mi-miiii...!* La sirena de una ambulancia que avanza por el páramo detrás de él es, se da cuenta, lo que le ha recordado el accidente de coche: Ella no solo se había separado de su compromiso con el soldado, sino que *se liberaba de todo uso de los amortiguadores...* En el Observatorio, Busner se queda en pie, deja que los globos oculares bajen por la pendiente verde que llega hasta Naval College, reboten por el cordaje de Cutty Sark, giren hacia los apretados chalés de Milwall y Cubitt Town – zigzagueando entre las estacas de tres edificios municipales seminuevos de varias plantas – antes de lanzarse como una bala de cañón por Mile End, Hackney, Highbury, Finsbury Park y Crouch End *de regreso al sitio de donde he venido...* A media distancia el polvo de la demolición yace en sucios jirones sobre los huesos rotos de casas muertas en Limehouse y Poplar. Se pregunta si el Observatorio sigue funcionando – *¿se sentaban los sabios fascinados por las estrellas bajo su hendida bóveda de cobre disparando los ojos hacia el pasado lejano de otros mundos?* La ciudad, se da cuenta Busner, lo cansa – ya no tiene paciencia con sus afectaciones, sus imposturas, que asumen *formas permanentes y concretas.* Ve a Mimi *agitada por el viento*, levantándose en el dique que hay junto al túnel de la Isla de los Perros, su cuerpo vibra suavemente dentro de la campana brillante de su paraguas de plástico transparente. Es, piensa, una hija del futuro, no una niñera miserablemente autoritaria del pasado, sus piernas desnudas *se alargan...* Es justo en ese momento cuando cruza su propio *meridiano de Greenwich* y comprende: *Mi juventud ha terminado – y con ella cualquier culpa vinculada a... ¿quién, la Luftwaffe? ¿O a ellos por confiar en los Anderson y no molestarse en coger los trescientos veintinueve pasos hasta el metro?* Su juventud ha terminado y, aunque puede seguir lanzando las perinolas de Ronnie, repitiendo los mismos errores mientras espera resultados distintos, *porque eso es lo que hace la gente*, no complicará esos errores clasificando a sus pacientes. A partir de ahora solo será *tú y yo*, nunca más ese fraude de *nosotros* o *ellos*. Le gustaría celebrarlo haciendo una cabriola, cogiendo una flor, abrazando a un niño – en cambio se mete las manos en los bolsillos, huele la savia pegajosa de los limos y escucha mientras las primeras y pesadas gotas de lluvia caen sobre su follaje. Si yo fuera ese tío atildado de la tele, piensa, llevaría el paraguas. Pero no es ninguna de esas cosas: atildado, tío, de la tele – y así llega corriendo hasta el Austin, encorvado, con la chaqueta deportiva empapada y los pantalones de franela *más grises.* —*De pie en la acera, mirando la elegante curva de la gran urbanización, con sus cuentas de cuatro ladrillos cuadrados bellamente ensartadas entre columnatas,* Busner observa que por cada propiedad bien atendida hay otras dos que han caído en el abandono: trozos de puzle de estuco han caído de sus arquitrabes, y detrás de los elegantes pilares y sacos de carbón y tendedores, arbustos cubiertos de estiércol de paloma han echado raíces en las repisas y las grietas de las paredes, antenas de televisión se tambalean sobre sus poliedros arrancados en el techo. La dirección que da a sir Albert De’Ath, KG, KBE<sup>141</sup>, la edición de 1955 del Who’s Who que Busner encontró en la biblioteca del hospital – y que

posteriormente confirmó como su residencia actual una guía telefónica entre la A-D – es la más deteriorada de todas. *Ningún modelo...* con sus ventanas tapadas por cortinas y persianas, su desatendido jardín delantero donde la maleza ha brotado en torno a una figura que parece ser un tosco par de *¿mazas de gimnasia?* Se pregunta si ha cometido un error y todo ese montón enorme está okupado – el único timbre *un pezón, invertido en su areola de yeso* produce un estribillo desordenado de campanas, zumbidos, tañidos y ruidos que se alejan en los remotos rincones de la casa, mientras Busner se pregunta por la naturaleza de alguien capaz de organizar un sistema tan increíble, *probablemente está sordo* – lo asusta la prematura apertura de una puerta y la aparición de un rostro fofo y muy empolvado rodeado por una permanente azulada y asombrosamente exuberante... *¡casi un afro! ¿Doctor Busner?*, silba la mujer entre sus dientes bobalicones – y cuando él lo confirma ella abre la puerta del todo y le hace pasar. Soy la señora Haines, hablamos por teléfono ayer por la mañana, dice. Un gordo gato birmano, que acecha a un lado y otro entre sus piernas rechonchas, estira su gruesa cola peluda sobre su falda de tweed – ella no le presta la menor atención. Sir Albert, continúa, le está esperando. Luego no hace nada. Se quedan uno frente al otro en el pasillo y, mientras los ojos de Busner se adaptan a la penumbra, empieza a ver *qué raro es todo*: no uno ni dos sino siete percheros llenos de viejos impermeables, bufandas e incluso guardapolvos eduardianos desfilan por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. Los hombros inclinados de esos *gigantes sin cabeza* se frotan contra el Anaglypta<sup>142</sup> epidérmico que se pela en franjas y trozos – el pasillo, de buena calidad, exhibe la misma *puntuación del tiempo*, comas y guiones del uso que expone la capa inferior. Sus ojos escapan de la mirada vacía y narcisista del gato birmano levantándose para captar las madejas de cables y los finos cilindros de cobre de las viejas tuberías del gas que corren por la moldura hasta los cuadros, junto a un tubo más grueso... *¿una tubería para hablar?* Hay mucho menos polvo del que habría esperado Busner – sean cuales sean las extrañas cosas que suceden aquí, la aspiradora se pasa todos los días – lo que ocurre es que nada se ha tirado o sustituido, solo se ha añadido o adaptado. Del techo cuelgan tres instalaciones eléctricas distintas de tres épocas diferentes – brazos de lámparas de gas todavía enganchadas a las paredes, *deben estar ahí desde* – Mil novecientos dieciocho, dice la señora Haines, el señor y la señora De’Ath – entonces eran dos – se mudaron en el verano de mil novecientos dieciocho, poco después de casarse. Yo vine en mil novecientos veinte, y una de mis primeras tareas fue la aspiradora – ya tenían una máquina, sabe, sir Albert siempre estaba a la última con esas cosas. Sin saber qué puede hacer con esa información – una síntesis perfecta de telepatía y prosaísmo – Busner pregunta: *¿Siempre ha trabajado para sir Albert?* Ella se ríe: Oh, no, bendito sea – me fui, hice toda clase de cosas... me casé con un ferroviario – vivimos en Orpington hasta la guerra... No, sir Albert siempre mantuvo el contacto, y cuando lady De’Ath murió hace tres años, escribió pidiéndome que volviera e hiciera de ama de llaves para él. Bueno, yo había perdido a mi Rodney hacía poco, así que me lancé... A Busner le parece extremadamente improbable que la señora Haines haya podido lanzarse hacia nada en *décadas, pero su lengua salta bastante...* Se queda ahí *dejando que me salpique*, mientras su propia lengua traza círculos en torno a la *pista de hielo* de amalgama de plata que la señora Uren, la dentista de East Finchley, ha implantado en su molar... Ahora

no tenemos muchos visitantes, dice, cuando este *interludio vestibular* es abruptamente interrumpido por el sonido inconfundible de una cacerola que hierve – y, ahora que lo piensa, el hedor a pescado hirviéndose en leche ha ido en aumento todo este rato. – ¡Oh, oh – ! La señora Haines *se lanza* de verdad, el gato se marcha y Busner se queda solo considerando la forma que tenía Albert De’Ath, al parecer, *de mantener el contacto* – esta, y qué útil habría sido uno de esos impermeables grandes como una tienda cuando se estaba empapando en Greenwich Park. Al regresar, la señora Haines va envuelta en un delantal con fotografías de puertas delanteras y montantes de casas georgianas. Son todas de Dublín, dice, bonitas, ¿verdad? Voy a traer el té, dice, encontrará a sir Albert en la habitación que tiene a la izquierda, y tenga en mente. – Se detiene, y en su expresión Busner ve una mezcla de protección y *¿algo de indignación?* Espera para que complete la frase pero no lo hace, solo deja que pase al otro lado de la puerta con la admonición, tenga en mente, colgando en la suya. Resulta obvio de inmediato que *mente es la palabra exacta* – como advertencia, como descripción, como mantra, lema y mandato. Del hombre alto y viejo sentado en el sillón orejero junto a la ventana salediza oculta por una cortina de terciopelo rojo en esa habitación grande y diabólicamente repleta emana una impresión tan fuerte de un cerebro que hace cálculos, evaluaciones, juicios, deducciones, inducciones y valoraciones que Busner casi se tambalea bajo el impacto de esa furiosa concentración: una actividad mental que brilla a través de unos grandes ojos grises, límpidos y protuberantes a ambos lados de una nariz que parece *un hacha paleolítica*, y concentrados directamente en él. *No ayuda...* que sir Albert sea calvo como el *Mekon*, o que haya varios pares de gafas de montura metálica sobre su frente alta, las lentes ovaladas brillando a la luz de una lámpara de pie que hay junto a su silla. Busner piensa: ¡Un gran gato afeitado y momificado que todavía vive! Porque sir Albert está envuelto hasta las axilas en una manta de cuadros rojos y amarillos, sobre la que se alza la piel cadavérica de otro impermeable abrochado hasta su cuello erguido. *No ayuda...* que no haya ningún lugar al que Busner pueda mirar en busca de reposo: cada superficie está llena de libros, papeles, cajas de cuero, instrumentos científicos – reconoce un centrifugador primitivo, balanzas de precisión y un astrolabio – fotografías enmarcadas de centrales eléctricas y modelos de generadores, máquinas Gestetner y viejas máquinas de escribir, cajas de sellos de caucho, papel secante sobre el que se acumulan plumas que gotean, relojes, jarrones y figuras de porcelana, bandejas de plata con manchadas tarjetas de visitas y tees de golf, prototipos de aviones en acero y colocados sobre plintos de madera – identifica un bombardero Mosquito – rocosos trofeos de golf con jugadores en miniatura, inmortalizados sobre la tapa a mitad de swing. *No ayuda...* que todo eso se extienda sobre un terreno de viejo y pesado mobiliario eduardiano – canapés y mesas, escritorios y estanterías giratorias – de tal modo que, en vez de parecer inerte, bulla y se ondula de forma amenazadora. La pared que hay encima de la chimenea está embaldosada de certificados enmarcados y fotografías de un sir Albert más joven dominando legaciones de diminutos funcionarios japoneses, o intimidando a líderes políticos con su cráneo ya desnudo – con cierta satisfacción, Busner ve una en la que mira a un John Foster Dulles que parece incómodo. Sin embargo, esto *no ayuda...* porque hay más cosas extrañas, como una silla globular de mimbre que cuelga de una cadena unida al techo, y una televisión en color nueva sobre

un puf de cuero, que está encendida y con el volumen misericordiosamente bajo, pero muestra The Black and White Minstrels con fracs y chisteras *caminando*... Todas esas cosas, de formas distintas, remiten a Busner al factor sobrevenido de la mente de sir Albert, y *tampoco ayuda*... que sobre la bandeja extensible que hay en los brazos de la silla del viejo descansen varios audífonos, cuyos cables están amarrados en las pendientes de su eminencia hasta donde dos o tres de ellos desaparecen en los confusos afloramientos de sus *orejas de Gautama*... Y sobre todo *no ayuda*... que las primeras palabras que sir Albert dice sean: *¿Es usted judío?*, luego se coloca las gafas para alinear las lentes de tres pares, a través de las cuales sus ojos se hinchan de forma alarmante. Sí, dice al fin, veo que lo es. Busner está confuso – piensa en su primer encuentro con Marcus, seis meses antes. Creyó que ese había sido un encuentro complicado, y el piso de St. John’s Wood una residencia extraña – *¡pero esto!* Aclarándose la garganta, ofrece una vergonzosa disculpa: Ejem, sí, bueno... pero en absoluto un judío practicante. Si sir Albert hubiera tenido cejas quizá las hubiera levantado, pero tal como son las cosas sus gafas centellean detrás de la corrugación de su frente de hierro, luego continúa alegremente: La gente suele decir que sus amigos son judíos, como si eso tuviera algún mérito... Se detiene, para dar a Busner tiempo de saborear la ausencia de acentos de su voz y su falta de resonancia o timbre... Ninguno de mis amigos, continúa, era judío – que yo sepa, algunos miembros de su tribu pueden disimular excepcionalmente bien. Sin embargo, he tenido muchos compañeros judíos, subordinados y algunos superiores a lo largo de mi carrera, y en general me han parecido notablemente más eficientes que los gentiles. Doctor Busner, si podemos mantener un trato profesional entre nosotros, no veo razón para que haya ninguna incomodidad – *¿fuma usted?* Pillado a contrapié, Busner contesta: S-Sí, me temo que sí. Sir Albert ofrece una sonrisa alentadora – una imagen preocupante. Si levanta la tapa de esa maqueta de un faro, dice, verá que en realidad es una pitillera – el mechero está a su lado en forma de rickshaw. Mientras Busner levanta la cabeza del conductor del rickshaw, el viejo mandarín juguetea con uno de los audífonos de su bandeja extensible, de forma que durante el resto de la entrevista un agudo silbido electrónico sube y baja como un acompañamiento inquietante. *¿Sabe mucho sobre las aplicaciones del transistor a la amplificación del sonido?*, pregunta sir Albert una vez que el cigarrillo de Busner – un Senior Service totalmente seco – está encendido, y se queda en pie fumándolo con lo que espera sea una apariencia de relajación: un codo apoyado en la chimenea entre su desorden de baratija – es obvio que no se le va a ofrecer un asiento. Eh, no, responde, me temo que no sé mucho sobre la sordera en general, no es mi especialidad. – No, le interrumpe el viejo, no hace falta que levante la voz – yo sé mucho de ella, y estos aparatos son los modelos más avanzados y más eficientes. En cuanto a su especialidad, la señora Haines me dijo que es usted un médico psiquiatra, y que pertenece al equipo del manicomio de Colney Hatch. Sí, concede Busner, reacio a corregir a la Mente *por una cuestión factual*... Donde, o al menos es la información que tengo, es usted responsable de la supervisión de varios lunáticos, entre los que se encuentra mi hermana, Audrey Death. De nuevo, Busner asiente, aunque esta era una declaración simple – pero luego, lleno de una acre antigüedad, al menos *le echa huevos* y corrige: Su hermana, señor, no es ni remotamente demente – de hecho, es muy posible que sea una de las personas más cuerdas que he

conocido en la vida, en especial si tenemos en cuenta los padecimientos que ha sufrido en los últimos cincuenta años. Asombrado por su bravata, se pregunta distraído si el cenicero asume la forma de una tortuga de arcilla. Luego, considera la rejilla, llena de trozos de carbón dispuestos con pulcritud. No lo haga, dice Albert mecánicamente, el fuego es de imitación – mucho más eficiente, casi no habrá una industria del carbón en este país en veinte años – aunque eso no afectará a la estructura de precios... Durante un momento parece que la Mente puede estar mostrando los muy humanos caprichos de la edad, y divagando, pero luego: Como sospecha, la tortuga es en realidad – si levanta el caparazón – un receptáculo viable. Me sorprende lo que me dice sobre mi hermana – la última vez que la vi intentó agredir a mi mujer y a mi joven hijo, y tuvo que sacarla de esta casa la policía. Había sufrido, parecía, un colapso mental completo. Poco después descubrí que estaba interna en Colney Hatch – como familiar más cercano me enviaron un cuestionario que querían que rellenase, sobre su salud, sus costumbres, sus cambios de humor, forma de vida, etc. – yo no estaba en condiciones de ayudar, puesto que apenas había tenido contacto con ella en los años anteriores. No creo que sea asunto suyo, doctor Busner, pero supongo que Alea iacta est, así que puedo decirle que su moral era muy relajada y sus posiciones políticas, francamente, extremas. A Busner le parece que sir Albert ha cronometrado su discurso para que coincida con la entrada de la señora Haines: aparece en la puerta trayendo... *¿una Teasmade?*<sup>143</sup>. Busner se mueve para interceptarla y así ayudarla, pero ella lo evita deslizándose detrás del armario de madera de una cama plegable de los años veinte. – Tengo... dice sir Albert mientras la anciana se arrodilla para conectar la Teasmade a un enchufe oculto por las faldas de las cortinas de terciopelo... la convicción de que el té debería beberse recién hecho – por razones de sabor y salud. Posa sus ojos compuestos sobre Busner, desea claramente producir un *¿Por qué?*, pero Busner se ciñe a su agenda profesional: Sin embargo, la vio durante la Primera Guerra Mundial – he leído su entrada en Who's Who, señor, y sé por Audrey que ella también trabajó en el Arsenal. – Cierto, se infiltra el plano tono de voz de sir Albert, pero le aseguro que no la vi más que una o dos veces – estábamos en polos opuestos, ella era un eslabón de la cadena, por así decirlo, mientras que yo me ocupaba de la administración de toda la producción de obuses – y después de todo el Arsenal. – Lo interrumpe la alarma de la Teasmade, y esperan en silencio mientras la señora Haines prepara dos tazas de té, añadiendo una buena cantidad de leche a las dos con *un, dos, tres... ¡cuatro!* terrones de azúcar. Busner no protesta – está agradecido por tener un refrigerio, y se pregunta *si él le ordenará que desinfecte la taza cuando me haya ido...* Los té distribuidos, la señora Haines desenchufa el aparato y se retira con él – los dos hombres *sorbemos nuestros dientes podridos*, sir Albert ruidosamente. Cuando la taza y el platillo se reúnen, dice: *¡con respecto a todo!* Debo mi longevidad a mi brebaje. *¿Perdón?*, dice Busner, superado. La Mente opera con serenidad: Mi brebaje es un adyuvante que yo mismo he concebido, una mezcla de melaza de azúcar de caña, Bemax, vitaminas y stout de leche – aunque este ingrediente se ha vuelto problemático, solo hay Mackeson. Por supuesto, cuando se me ocurrió – durante la Primera Guerra Mundial, por cierto – todavía no era consciente de para qué era adyuvante, porque me parecía sencillamente un eficaz suplemento nutricional energético – pero en los últimos años, cuando me han prescrito compuestos bastante tóxicos para la presión sanguínea y

cosas similares, he llegado a entender que también sirve para incrementar sus efectos terapéuticos al mismo tiempo que reduce los secundarios. Puesto que la esclerosis... señala sentencioso... es endémica en los hombres de mi familia, debería haber muerto hace tiempo – y, si no hubiera muerto, mis capacidades mentales deberían estar indudablemente en declive. Doctor Busner, si tuviera usted una especialidad más útil desde el punto de vista práctico, quizá le resultara provechoso investigar las propiedades farmacológicas de mi brebaje. – Bueno, dice Busner, detectando una posible fuente de reconocimiento, no hay razón por la que no pueda hacer unas pruebas preliminares a su, em, brebaje – tenemos un laboratorio básico en Friern y un... em, farmacólogo razonablemente sumiso. La Mente reflexiona desde lo alto de su montaña de gabardinas, luego dice: Sí, desde Friern Barnet Road hasta aquí, suponiendo que tomara la ruta más directa y viniera bajo el río por el Rotherhithe Tunnel – ¿qué automóvil tiene? Busner contesta desconcertado: Un... Austin. Sí, sí, responde la Mente, pero ¿qué modelo? Busner responde obediente: Un Maxi, el nuevo, de cinco puertas. La Mente se detiene, y Busner se prepara para un giro hacia las locuras de la política gubernamental, el farrago de British Leyland... ¡y *quién sabe qué más!* Pero la Mente da un giro imprevisto: En ese caso sus ruedas tienen una circunferencia de setenta y nueve coma ocho pulgadas, lo que da trece mil, doscientos ochenta y nueve coma tres seis tres cero cinco siete tres dos cuatro ocho cuatro cero siete seis cuatro tres tres uno dos uno cero uno nueve uno seis ocho tres revoluciones a lo largo del viaje – aproximadamente. Maravillado ante su propia sangre fría, Busner dice: ¿Por qué solo aproximadamente? La Mente se eriza: Bueno, por supuesto, no conozco su ruta exacta, ni lo concienzudo que es usted con respecto a la presión de sus llantas – puede variar. Si supiera cuánto varían podría darle diferentes resultados para cada rueda – es bastante posible que con una precisión superior a veintisiete cifras decimales. El ambiente de la gran habitación está muy cargado, la sala está llena de todo lo que sir Albert *conserva, pero ¿dónde demonios ha podido ver un manual de especificaciones técnicas de un Austin Maxi?* Atrapados tras las cortinas corridas, es imposible decir si la lluvia se ha detenido – Busner desea creer que lo ha hecho, y que luego vendrá una tarde veraniega, que incluirá vino servido en un chالé húmedo y fresco, y conversación intrascendente pero ingeniosa entre buenos amigos. No son desiderátums que él, personalmente, persiga – pero de manera voyeur *quiero que sigan...* entendiendo que en cierto momento indeterminado del futuro... *haré el esfuerzo necesario para tenerlos en mi propia vida, en vez de... esta cosa rara.* Su mano se retuerce hacia la corona de bolígrafos en torno al bolsillo de la pechera y el viejo interviene cortante: No es un gran pañuelo de solapa, eh, un código de colores según los temas, ¿no es cierto? Verde para los tropos poéticos, azul para las reminiscencias, negro para sus propias ideas – y las percepciones de los demás – rojo para las observaciones hechas durante el ejercicio de sus deberes médicos, ¿no es así? Busner dice: Así es – aunque no entiendo cómo lo sabe. – Vamos, vamos, la Mente lo amonesta, usted lo sabía y no es un sistema tan complejo. Busner dice: Lo otro, calcular las revoluciones de la rueda, no es un ejemplo demasiado insólito de memoria eidética, ya que usted, sir Albert, es lo que la literatura llama un savant. – Entonces, ¿el bolígrafo rojo?, propone la Mente. El psiquiatra ríe: No, usaría el rojo si su brebaje fuera responsable de su capacidad de cálculo, pero me parece que usted no piensa eso y yo tampoco. No, el bolígrafo azul, sir

Albert, para mis recuerdos de un mnemonista extraordinario – tampoco el único en su familia inmediata – la señorita Death, estoy convencido, posee un don similar y quizá tiene cierta ventaja sobre usted, ya que en los últimos cincuenta años apenas ha recibido datos nuevos. – Explique, pronuncia la Mente, y si le ayuda a concentrarse coja otro cigarrillo. Busner dice: Preferiría sentarme, sir Albert, y, como el viejo no presenta ninguna objeción, lo hace, tras apartar un perro disecado, de piernas rígidas y enmohecido que hay sobre una silla giratoria de oficina. Su hermana... empieza, y luego... se lo expone todo: la epidemia de encefalitis letárgica, la forma característica del colapso de Audrey Death, su hospitalización y el larguísimo periodo de diagnóstico efectivo y tratamiento erróneos. Glosa su propia llegada al Friern, luego pasa rápidamente al descubrimiento de que la L-DOPA podía tener un uso terapéutico para los pacientes que llevaban mucho tiempo abandonados. Busner no sabe qué esperar de sir Albert cuando termina de hablar. Ferozmente erguido en su sillón de orejas, con las gafas brillando desde su cráneo opresivo, con una expresión presumiblemente invariable desde que *enmoquetó esto por última vez, o desde que lo hicieron otros subordinados meramente humanos*, el viejo todavía consigue desconcertarlo ofreciendo una sola palabra: ¿Y? Busner, olvidando estar intimidado, grita: ¿Y qué? Una máquina de hacer capuchinos echa espuma en la zona de la laringe de sir Albert, y Busner se da cuenta atónito de que *está suspirando*: Khhhherrr... luego dice *solo con una sombra de calor*: *¿Y qué quiere que haga al respecto? Busner se echa hacia delante para obtener una visión más clara de su emocionalidad*: *¿Qué quiero que haga?* Eh, bueno, supongo que he asumido que le gustaría ver a su hermana o, como mínimo, ofrecerle ayuda de algún tipo. La asignación para pacientes de hospitales psiquiátricos de larga duración es más que irrisoria – se gastan unas cuarenta libras a la semana para alimentarlos, acogerlos y vestirlos, probablemente no mucho más – con el ajuste de la inflación – de lo que se concedía en la época eduardiana. Esperaba que su referencia a la cuestión fiscal implicara al viejo funcionario – en cambio sir Albert se permite otro hiato, durante el cual Busner escruta los numerosos títulos universitarios que ahora ve enmarcados en las paredes – tantos que constituyen una especie de *empapelado de autodidactismo*. Hay títulos de alemán, teología, economía, filosofía, derecho, historia moderna, religión comparada, matemáticas, varios idiomas distintos, historia antigua, física, política, geografía, y otras disciplinas *ad tedium*. Obviamente, piensa Busner, ha sufrido por su conocimiento – y ahora nos toca a nosotros. Sir Albert dice: Solo tenía cuarenta y dos minutos al día para estudiar. Busner empieza: ¿Perdón – ? Sir Albert ha recuperado su compostura incolora y continúa: Veintiún minutos cada mañana en el tren de Blackheath a Charing Cross, luego otros veintiún minutos en el viaje de la noche – ese era todo el tiempo del que disponía para estudiar – así que ya ve, todos son títulos a distancia de la Universidad de Londres. En mi época, por supuesto, resultaba bastante impensable que un joven de mi clase estudiara un título normal – entré en la administración a los dieciocho años, pero usted ya lo sabía. A los veintidós, mantenía a mis padres y a una hermana retrasada más joven – ocho años más tarde, era encargado de la Producción de Obuses en el Arsenal. Después de que mi hermana, una persona notablemente inútil, tuviera su colapso nervioso – en esta misma habitación, por cierto – no puedo decir que hiciera grandes esfuerzos por ayudarla. Me culpaba, ya sabe, por la muerte de nuestro hermano, había adoptado el

punto de vista – a mi juicio doblemente indefendible – de que yo, como responsable de la fabricación de la artillería utilizada en la ofensiva en que murió, debería haber sido consciente de la elevada proporción de cartuchos estropeados que se enviaban al Frente, y haber actuado para rectificar. Muchos de ellos explotaban antes de tiempo, causando víctimas entre las fuerzas británicas atacantes, o no conseguían detonar en el momento del impacto y por tanto resultaban inútiles con respecto a la destrucción de los Drahtverhau alemanes. – ¿Perdón?, interrumpe Busner. Sir Albert suspira de nuevo: Khhhherrr... sus barreras de alambre de espino, joven, como judío de origen alemán esperaba que conociera al menos un vocabulario rudimentario. De todas formas, no ha interrumpido mi discurso, eso es todo lo que hay que decir sobre el asunto. Busner delibera un poco antes de hablar, luego adopta su tono más profesionalmente conciliador: Pero, sir Albert, después de tantos años, ¿no puede perdonarla? Era una mujer joven que, dijera lo que dijese en la época, empezaba a sufrir los efectos de la inflamación patológica de su tejido cerebral casi con total certeza – y además... después de tanto tiempo... Flaquea y luego se detiene, porque el color de sir Albert vira a una cólera iracunda, *Le dará una apoplejía, jefe...* baja por las décadas hacia los ojos del viejo, junto al zumbido del audífono que ha mejorado él mismo. ¡No me ha escuchado, doctor Busner!, ladra, he dicho que el punto de vista de mi hermana me parecía doblemente indefendible. No es que no pueda perdonarla por la escandalosa difamación de mi tarea pública: al contrario, en esa época era perfectamente consciente de que gran parte de la artillería era defectuosa, consciente también de su casi completa falta de efectividad en el bombardeo de posiciones bien construidas y profundamente atrincheradas. Señor Busner, no estudié derecho, filosofía o religión comparada durante esos trescientos setenta y dos mil novecientos sesenta minutos sin alcanzar una concepción precisa de la naturaleza de la responsabilidad moral y la culpa. He hecho las paces conmigo mismo – y estoy preparado para hacerlas con mi Creador – y en lo que respecta a mi conducta durante aquellos años se me concederán muchas cosas: mi obvia juventud, el talante de la época, el frenesí de la guerra que atrapaba al populacho en general y que equivalía – por usar una expresión de su terminología profesional, normalmente imprecisa – al pensamiento colectivo. Aunque, permita que sea claro: no perdono a ese yo juvenil a partir de un engañoso relativismo – al margen del tiempo o el lugar, ante Dios algunos actos siempre estarán mal – pero hay muchos atenuantes. Dudo mucho que esos atenuantes se puedan aplicar a la conducta de mi hermana: se proclamaba pacifista, pero se convirtió voluntariamente en un componente vital en la maquinaria de la guerra. Colectivista socialista, se sentía sin embargo libre para emitir los juicios condenatorios que solo corresponden a un individuo. Violenta defensora de los derechos de las mujeres y del sufragio, decidió no obstante abandonar quijotesca sus convicciones creyendo que Omnia vincit amor. En cuanto a su argumento de que ya padecía encefalitis letárgica cuando murió nuestro hermano, sencillamente no lo confirman los hechos. He leído el artículo original de Constantin Vón Economo sobre la enfermedad – algo que usted, con su limitada capacidad lingüística, no puede haber hecho – y, aunque identificó por primera vez la patología en Viena en 1916, no se reconocieron casos en Inglaterra hasta comienzos de 1918 – de hecho, el artículo que publicó el Lancet y llamó por primera vez la atención de las autoridades con respecto al potencial desperdicio de personal que

implicaba esa epidemia solo se publicó en abril – el 20, si no me falla la memoria. No, cuando mi hermana estaba trabajando en el Arsenal, produciendo espoletas para los obuses, estaba físicamente tan sana como cualquiera de sus compañeras, trabajadoras que, quizá le agrade saberlo, tenían mejores condiciones laborales que las que se encontraban en industrias comparables en tiempos de guerra – un asunto en el que las estadísticas, si desea consultar los informes relevantes, sin duda me darán la razón. No, la actitud de Audrey era indefendible por partida doble, doctor Busner, ya que si se pudiera culpar a alguien por la muerte del cabo Stanley Death – que, por lo que podemos juzgar, fue el resultado de la detonación prematura de un obús, teniendo en cuenta el lugar en el que sus restos fueron finalmente descubiertos, en 1928 – habría que pensar en ella y sus compañeras de trabajo en la fábrica de armamento, cuyo enfoque lánguido y generalmente ineficiente de las tareas bordeaba en ocasiones la negligencia criminal. Por tanto, usted percibe el callejón sin salida, doctor Busner: no es que no pueda perdonarla porque me culpase – un resentimiento que, si tenemos en cuenta su largo periodo de inanición mental, me atrevería a decir que se ha visto significativamente atenuado – sino que soy yo, que permanezco en completa y continua posesión de todas mis facultades, quien la ha culpado a ella durante cada uno de los veinte mil noventa y tres días que han pasado desde que nuestro hermano murió – incluyendo este. Por tanto, sean cuales sean las circunstancias en las que se encuentra actualmente, es impensable que yo vaya a tener cualquier contacto con ella, y una visita al hospital está fuera de toda discusión. Y ahora, doctor Busner, creo que los asuntos profesionales que compartíamos han terminado. Si la suya fuera una visita social, podría invitarle a que se quedara y tomase otra taza de té. Es – hace un gesto hacia el televisor – nuestra costumbre, mía y de la señora Haines, ver un programa de televisión a esta hora – esta noche los dos estamos esperando *The Two Ronnies*<sup>144</sup>. Sin embargo, por razones que ya he dejado claras como el cristal, la suya no es – ni podría ser – una visita social y por tanto me hará un favor si se marcha cuanto antes.

*Pero sí que vino.* De pie en la acera, mirando *la cosa más absurda que he visto en todo el día*, una valla publicitaria en la que está escrito el eslogan vive una vida de lujo en la mansión de princess park, junto al gancho de venta adicional: gimnasio abierto para no residentes, Busner recuerda la tarde de agosto de 1971 en la que sir Albert De’Ath entró sin previo aviso en la Planta 20 del Friern Hospital. Busner no pensó en preguntarle al viejo qué había hecho que su enorme e inerte Mente cambiara de idea, porque en ese momento, con su partida a España a solo unos días de distancia, el psiquiatra estaba totalmente centrado en la creciente inestabilidad de su pequeña colonia de posencefalíticos. —Líneas onduladas dividen la valla publicitaria en tres secciones, la de la derecha muestra una estridente fotografía azul y verde cortada para incluir solamente la sección triple de la fachada: su bóveda se alarga de forma desproporcionada, un solo campanario y el pórtico arqueado hacen del antiguo manicomio *una mansión plausible, si no tienes memoria...* En la segunda sección un joven con una camiseta negra y brillante mira resueltamente hacia delante, con brazos musculosos flexionados de forma que sus puños cerrados descansan sobre sus abultados pectorales. Por sus auriculares y su brida de cable, así como por la desdibujada mujer que aparece al fondo con pantalones cortos y una máquina para hacer ejercicio, Busner deduce que es el gimnasio

abierto para los no residentes – mientras que la tercera sección, que muestra, fotografiada desde arriba, la parte superior de una figura moteada por una lepra de agua clorada que se lanza en traje de baño debe ser, asume, una imagen de la piscina cubierta totalmente equipada. Sigue en pie, preso de *una crisis de mirada fija* a causa de la valla publicitaria, su lema de marketing, *Apartamentos premiados con diseño individual en doce hectáreas de impresionante zona verde*, se clava en su cerebro, junto a *Vive una vida de lujo en la Mansión de Princess Park... ¡Princess Park!* El trozo del parque, concede, tiene una tosca plausibilidad topográfica, pero ¿Princesa? ¿Qué podría explicar el cambio de nombre, al margen de un impulso hacia la mitificación de proporciones hitlerianas – *no tenían ni idea de lo que pasaba aquí?* Princesa evoca, supone, bellas durmientes, cómodas en sus apartamentos de calidad entre edredones limpios, esperando el beso de un apuesto príncipe, ataviado con una brillante camiseta negra, que las despierta a un nuevo día en la sala de fitness, con su amplia variedad de sesiones de estudio y entrenamiento personal – *¡sin olvidar el spa de belleza y salud!* —No había habido nada de belleza y muy poca y valiosa salud aquel día. Mientras Busner llevaba a sir Albert por la mugrienta sala común y hacia el dormitorio femenino, Mboya, Inglis, Vail – ahora recordaba los nombres – le habían asaltado uno tras otro: el señor Ostereich tenía otra crisis respiratoria, ¿le damos veinte miligramos más de Benadryl por vía intravenosa? El opistótonos de Helene Yudkin había regresado – si podía ponerse en pie, se echaba hacia atrás y hacia atrás hasta caerse, ¿debían administrar Symmetrel como agonista parcial de la L-DOPA? Y Leticia Gross – habían susurrado su nombre, aunque el bramido de la mujer montaña resonaba lujuriosamente por la habitación – está aterrorizada, ¿le ponemos una inyección? ¿Largactil – o Valium? A sir Albert el tumulto no le había afectado en absoluto: erguido y severo en un inverosímil traje de pata de gallo en blanco y negro, solo llevaba un par de gafas y un único audífono. He venido a ver mi hermana, le había dicho a Busner cuando se encontraron junto a la sala de enfermería – *y eso fue todo*. Todo lo que había esperado Busner era que su hermana estuviera tan poco afectada por los problemas como él – porque así es como Busner había decidido pensar en ello: *un problemilla*, nada por lo que preocuparse – solo efectos secundarios de la L-DOPA que podían controlarse con los medicamentos complementarios apropiados. Ellos valorarían las dosis de otro modo, usarían fenotiazina y butirofenona como amortiguadores – *subir el paraguas* tanto como pidieran los enfermeros, pero a toda costa había que seguir con el experimento *que no es nada parecido...* —Volviéndose para asegurarse de que el viejo todavía lo sigue, Busner mira primero una ensenada, luego la siguiente, preocupado por lo que puede ver: la cara azulada de un posencefálico que contiene la respiración... *hasta que estalla*, o la lengua de otro asomando de forma incontrolable para cazar *moscas que por una vez no están allí...* los ojos de un tercero inflados en un rincón de la planta, *fascinados por una telaraña*. En sus tripas rugientes Busner sabe que las cosas van mal – lo sabe desde poco después de la salida a Alexandra Palace: con Mboya ha intentado reducir la L-DOPA de los enquis, aumentarla, administrarla en dosis más pequeñas – pero hagan lo que hagan los espantosos síntomas de la enfermedad emergen de nuevo... *huesos destrozados en un campo de batalla*. Y en sus momentos más calmados y analíticos entiende esto: que no son efectos secundarios en absoluto, sino sencillamente la refutación total de lo que fervientemente quería creer:

que lejos de que la salud ordenada sea fundamental para la condición humana, es la enfermedad caótica la que aúlla a través de las cavernas celulares de los enquis, y chirría entre las numerosas ramas de sus troncoencéfalos. Culpa a Whitcomb de eso – si el *maldito* no estuviera tan obsesionado por lo que llama Resultado Final – una limitación mezquina y mercenaria que Busner observa como un bailarín que pasa por debajo de una barra horizontal, bajo la que el especialista *se echa hacia atrás... hacia atrás...* los faldones de su chaqueta blanca se arrastran en... *¡su propia puta suciedad!* Han recortado el personal en todo el centro hospitalario, el Departamento de Terapia Ocupacional está medio cerrado – y los efectos sobre todos los pacientes son todavía obvios, pero especialmente en los crónicos: se desploman en las plantas desmoronadas sin nada que hacer, sus pieles mal financiadas por el Estado están fofas en sus ropas donadas, sus ojos se ven tristes con dos partes de clorpormacina y una de... *abandono*.

Detrás de él sir Albert continúa. La Mente, sospecha Busner, no puede asimilar toda esta confusión – de hecho le repele: una ola de distorsión psíquica que se mueve por delante de la incesante actividad cerebral de la Mente o, si se pica mucho, es atravesada por la proa de la nariz de la Mente. Deteniéndose, Busner le pide a sir Albert que espere un momento: Quizá sea una sorpresa demasiado grande si llega sin previo aviso – y deja que la Mente se quede meditando sobre el tejado plano del anexo abandonado de Terapia Ocupacional. Mirando el nicho de Audrey, a Busner le alegra encontrarla en su personalidad insólita: áspera, autónoma y concentrada en el Financial Times, cuyos artículos insiste en leerle en voz alta: los dividendos que Rio Tinto Zinc y Allied British Securities pagarán a los accionistas, fluctuaciones en el cambio de divisas, la cantidad exacta del déficit de la balanza de pagos. Busner se pone sus gafas panglossianas y decide no ver en eso otra cosa que una extensión benigna de su interés por el mundo y, acucillado delante de su silla, mira su pelo *de amaranto* y el aire heroico de su belleza sometida a largos padecimientos... *con los ojos de un amante*. Es en ese momento cuando *suelto la bomba...* diciendo: Por cierto, señorita Death, su hermano ha venido a verla – y después, con temor a influir en el encuentro dejando escapar parte de su antipatía acumulada, se levanta bruscamente y va a buscar a sir Albert. No podía saber.../ *¿Cómo podría saberlo?* —Es el silbido majestuoso de un autobús con ahora puedes cambiar de plan cada mes con tarifas flexibles pegado en un lateral lo que lo decide: Diré, piensa, que quiero ver uno de esos Últimos Apartamentos Disponibles, pensando en la jubilación – entonces me lo enseñarán, ¡y encantados! Un guardia de seguridad con un tabardo amarillo fluorescente está hundido en una silla junto a la puerta *con el aspecto exacto de un enfermo mental que lleva mucho tiempo ingresado...* y más allá de él Busner ve que la vieja Tienda Benéfica se ha convertido en una oficina comercial del Princess Park, con un armazón ecológicamente esperanzado de... *Una vez tuve...* madera noruega. De pie, mirando a través de las amplias ventanas los insignificantes arrendamientos puntuados en una maqueta de la urbanización que se extiende sobre una mesa enorme, a Busner lo atrapa el remordimiento y se reprocha: *¿No es así como siempre viste el mundo, cabrón, como un objeto rápidamente comprensible – ¡no reductible!– que podías observar desde tu perspectiva elevada? Pero luego se ayuda a sí mismo porque, en la medida en que los nuevos internos de Friern Hospital tienen los rasgos borrosos y los miembros desproporcionados de todas las*

disminuciones, *así que yo, el Dios omnisciente, siempre estoy separado de ellos por una cubierta de Plexiglas...* Y además: *¿Cómo habría podido saberlo?* —Que Audrey esté sentada, con el Financial Times arrugado en su regazo, esperando con una convicción tranquila y firme que llegue Stanley. Será muy viejo – lo acepta: tiene setenta y nueve años. Piensa que probablemente será uno de esos hombres que engordan mucho en la mediana edad y así, en los pocos segundos que pasan antes de que llegue, retoca el contorno de su recuerdo de él, emborronando los nítidos trazos de lápiz de su forma juvenil para construir una corpulencia terrible... *Y estará alegre*, piensa: un hombre alegre, que siempre recuerda su liberación del infierno de la batalla... *levantado por el arcángel Miguel, luego trasladado a casa con su cielo... a Blighty*. De su vida después de la guerra no puede formar ninguna imagen salvo esta: *Habrá tenido hijos – muchos hijos, habrá tenido todos los hijos que yo nunca tuve, y ellos también serán hermosos...* Y ve a los niños, con la forma alta y espigada de Stan, todos con los rasgos fuertes y bellos de Adeline. Esto es tan claro y real para ella como las manos con manchas de la vejez que se sueltan de las sábanas rosas... *con sus contorsiones* – mucho más claro que la torre cubierta de miles y miles de diminutas ventanas negras que se alza por encima de ella, una torre coronada por un feo cartel publicitario que lleva la cara envejecida de su hermano Albert, a través de los saltones ojos grises que brillan hacia ella... *rayos letales*.

Poco después sir Albert De'Ath y el doctor Zachary Busner se sentaron uno a cada lado de la práctica mesa de la enfermería de la Planta 20. Busner fuma uno de sus cigarrillos – Gauloises Caporal sin filtro que ninguno de los enfermeros soporta. Sir Albert ha aceptado una taza de té, y ahora añade azúcar moreno de un arrugado paquete de celofán con rápidos movimientos de excavación que recuerdan a Busner a... *alguien que cubre apresuradamente una tumba*. He seguido investigando la encefalitis letárgica, dice sir Albert. Ah, sí... Busner no está exactamente distraído, pero disfruta tranquilamente de cómo la Mente parece mucho más bella cuando se separa de su extraño arrecife de impedimenta y se pone en un contexto cotidiano, con un andrajoso listado de personal enmarcando su cráneo calvo. Sí-í, continúa sir Albert, como dije cuando nos conocimos, sabía de la epidemia en la época y recordaba esos datos – el artículo del Lancet, el informe que hizo la Oficina de Información en 1918, y algunas otras cosas – pero enterarme de la enfermedad de mi hermana me ha llevado a investigar el asunto más a fondo y desde una perspectiva histórica. El anciano, encorvado en su *ropa elegante*, sorbe el té, y Busner *revisa mentalmente su contorno*, lo ve *emborronado hacia la senectud* y así volviéndose *eminente aceptable para la admisión*. – Me pregunto si sabía usted que – en la medida en que pueden establecerse estas cosas a partir de los registros contemporáneos y otros recogidos mucho después– parece que hubo otros brotes. ¿En serio? exhala débilmente Busner. Sir Albert se vuelve irascible: Sí, en serio, doctor Busner: en Londres en torno a 1670, en Manchester en torno a 1840 – en Viena en el cambio de siglo, como sabemos, – y luego posiblemente en el campo de concentración de Theresienstadt durante la Segunda Guerra Mundial... Esto llega a través del tabac brun al psiquiatra, que se inclina hacia delante y apaga el cigarrillo. Sir Albert continúa con su habitual tono robótico: Por supuesto, al parecer, hay razones totalmente obvias – comunes a cualquiera de los estudios epidemiológicos – por las que una enfermedad cerebral podía haber afectado a gente en esas ciudades en esos

momentos: densidad de población, desnutrición, etcétera, etcétera... Pero había algo en ese posible brote de Theresienstadt que me hizo mirar la cuestión de una manera menos analítica y más... *más...* Es raro de verdad ver a *la Mente sin palabras... sí, simbólica* – quizá sea por influencia suya, Busner, o al menos influencia de su pericia profesional. Para limpiar el mal gusto de su sarcasmo, sir Albert saca un pañuelo muy doblado y manchado del bolsillo de la pechera y se lo frota en torno a la boca, luego continúa: *No estoy seguro de si está usted familiarizado con Theresienstadt... ¿Dónde va? ¿Quiere que me metan allí, a estas alturas?* pero incluso para los criterios alemanes era un modelo de administración y planificación eficientes – aunque al servicio de unos fines bastante, ejem, inhumanos. Unos veinte mil judíos y otros indeseables se amontonaban en el interior de los viejos muros de la ciudad, que no medía mucho más de media milla cuadrada. Dentro había talleres de toda clase – tapicería, zapatería, etcétera – una panadería, una cervecería, tenían hasta una fábrica y una central eléctrica, y en cierto momento, creo, una pequeña orquesta de cámara y un teatro. Sir Albert se interrumpe para tomar el té, luego, con un suspiro dulce y tánico, empieza de nuevo: El objetivo, por supuesto, no era en modo alguno mejorar el destino de los prisioneros, sino más bien crear una versión de un pueblo Potemkin y enseñársela a las delegaciones de la Cruz Roja que visitaran – hicieron una película bastante macabra, los nazis, aunque desgraciadamente no he podido verla... Habría sido interesante... medita, dedos largos y *perturbadoramente elegantes en la taza vacía...* porque podría haberme ayudado a confirmar el bosquejo de mi teoría. – *¿Que es...?*, interrumpe Busner, esperando alguna grosería antisemita. Sin duda, continúa imperturbable sir Albert, ve usted las similitudes: todas esas ciudades tenían la elevada población que se necesitaba para sostener el vector de la enfermedad en el momento en que se produjeron las epidemias – de hecho, todas habían sufrido explosiones demográficas considerables recientemente – pero Theresienstadt es un caso diferente. Si buscamos el factor que tienen en común las otras – Londres en el umbral de la primera Revolución industrial, Manchester en los estertores de la segunda, Viena atrapada en un frenesí de producción armamentística en tiempos de guerra – podemos conjeturar que el factor decisivo no era el número o la densidad de humanos, sino la densidad de la mecanización, de la... tecnología. De todas formas... abruptamente para un hombre tan mayor, sir Albert se alza hasta toda su imponente altura... es, ya digo, solo el bosquejo de una teoría, se la ofrezco a manera de despedida. Y luego Busner recuerda: Pero, sir Albert, no le he preguntado... quiero decir... ¿cómo le ha ido con su hermana? La Mente lo mira con un desprecio mal disimulado y dice: *¿Ir?* No ha ido en absoluto, doctor Busner – está, como sospechaba, bastante catatónica, totalmente inalcanzable – no ha registrado mi presencia en absoluto, por lo que he podido ver, y parecía afectada por una tristeza terrible, Melancholica attonica, creo que se llama... Como puede ver, o así lo espero, no soy la bestia que piensa que soy, se lo he explicado a su ayudante –. – *¿Ayudante?* Busner también está de pie, y los dos hombres rodean la mesa en sus respectivos intersticios. Sí-í, dice sir Albert, un caballero africano. – Mboya, ¿verdad? Parecía muy competente, le he dicho que tomaré las disposiciones necesarias para que se le pague una anualidad a Audrey durante el resto de su vida – que se le pague aunque yo falleciera antes que ella. He podido decirle eso – y aquí la Mente es incapaz de reprimir una sonrisa de vanidad – en su propio idioma, con el que tengo

cierta familiaridad.

Están en la planta, y sir Albert abre las puertas dobles del pasillo. ¿Su propio idioma?, dice Busner, ¿Quiere decir... en kikuyu? Sir Albert se detiene para mirarlo con desprecio, luego responde: Dios mío, no, lúo – Mboya es lúo, no Kikuyu, lo que probablemente explica por qué está aquí y no en Kenia, ¿eh? No me sorprende que su carrera no avance más allá de esta institución, Busner, teniendo en cuenta su falta de interés por sus compañeros. Y con este golpe de despedida que lo deja fuera de combate, *nuestra relación profesional claramente terminada, sir Albert, pese a su aparente solidez – se desmaterializó...* —¿Qué desea?, pregunta. La mujer tiene treinta y tantos años, está idiosincrásicamente rechoncha en algunos lugares – debajo de los brazos, en lo alto de las caderas y en la caja torácica – que implican que lleva ropa interior prieta bajo su jersey elástico negro y sus pantalones elásticos negros. *Contraproducente... de verdad.* Tiene una cara hermosa, agresiva – *¿griega?* – pelo negro largo y suelto y una atractiva falta de maquillaje. *No lo que esperarías de una agente inmobiliaria.* – Yo... eh, bueno... Están junto a la larga maqueta del hospital convertido en urbanización de lujo, y, percibiendo los comienzos de un desmayo, Busner pone su vieja mano sobre ella para *apoyarme...* Yo – ¡Yo trabajaba aquí! La declaración sale como una extraña exultación – tenía toda la intención de ceñirse a la impostura de ser un potencial comprador de uno de esos Últimos Apartamentos Disponibles, hasta que eso ha salido de su boca. La mujer parece totalmente impávida. No me diga, responde, ¿y qué hacía? – su ojo rastrea su atuendo sucio, descansa en el sombrero arrugado y con un borde de sudor – ¿trabajaba en el Taller de Tapicería, o la Unidad de Terapia Ocupacional? Él se ríe. – No, no, trabajaba de verdad aquí – era psiquiatra. En torno a ellos, en la antigua Tienda Benéfica sus compañeros están tec-tec-tecle-tecleando en sus ordenadores, mov-mov-movien-moviendo el ratón, con los ojos viajando hacia arriba y hacia abajo en unos pocos centímetros, y *solo en esos actos cruzando continentes, viajando a mundos extraños o penetrando en las psiques de otros...* No debería ser tan esnob, se reprende, después de todo, ¿por qué es diferente a mirar un atlas mientras escuchas la radio – como tanto hacía de niño? La mujer ha cruzado los brazos para crear *nuevos bultos – tampoco debería juzgarla por eso, no a mi edad...* y ella dice: Lo siento, es que hay bastantes antiguos pacientes que vuelven para ver el sitio. Busner empieza a decir: Me sorpren—, pero después se detiene, se da cuenta de que no le sorprende lo más mínimo. Supongo, continúa en cambio, que buscan algún tipo de... luego se va apagando. La mujer lo mira críticamente y después enuncia su idea: ¿Seguridad? Sí, sé que lo hacen, porque a menudo me dicen que aquí era donde se sentían más seguros – por supuesto, muchos no están nada contentos, algunos están terriblemente angustiados. Ahora le toca a Busner mirarla críticamente, no detecta ninguna ironía en su tono, su expresión es abierta... *sincera.* Parece una *agente inmobiliaria inexplicablemente terapéutica...* Él sonríe y dice: *¿Me equivoco al pensar que usted también tiene una sensación de seguridad aquí? La mujer se ríe, una risita agradablemente rica y achocolatada:* Ja-ja, bueno, ja, sí... Alarga una mano, el mantenimiento de la cual, imagina, le cuesta un esfuerzo considerable, puesto que cada uña ha sido pintada individualmente... *con medias lunas, arcoíris, una paloma, tres pequeñas escenas bastante empalagosas... y seguras...* Soy Athena Dukakis, dice cuando se dan la mano – y Busner busca rápidamente entre

muchos anillos de plata ¡*incluido uno en el pulgar!* el de oro en el dedo del casamiento: *la fuerza de la costumbre...* Busner, dice, doctor Zack Busner – estuve aquí un par de años a principios de los setenta. *La señora* Dukakis le suelta la mano, se vuelve hacia la maqueta y hace un gesto. – Bueno, como ve, ha habido muchos cambios. Supongo que conozco el edificio tan bien como cualquiera – casi crecí aquí: mi padre compró los edificios cuando cerraron el hospital en 1992. Busner busca de nuevo algo de ironía en su cara hermosa y su tono cálido, alguna *doble o subterfugio... una trampilla tras la que bosteza la mazmorra, llena de dolor y desesperación...* Dice juiciosamente: Debió de ser bastante raro para una chica joven, quiero decir – era un hospital psiquiátrico. *Dukakis hace que las cosas sea inteligibles para mí...* pasando su dedo con punta de media luna por la tapa de Plexiglas de la maqueta mientras dice: Como puede ver, lo primero que hizo fue demoler toda la segunda zona del hospital, dejando intacta la fachada de la primera zona – que es realmente la arquitectura original de más valor, junto a los salientes contruidos en la década de 1860. Pero tiene razón, era raro – pasa de vendedora a reminiscente – yo era adolescente y me traía cuando venía a ver los solares y me dejaba dar una vuelta. Los últimos pacientes se habían ido de forma precipitada – sus cepillos de dientes seguían en su sitio, había algunas posesiones que daban pena en los armarios junto a las camas. El personal médico había dejado toda clase de... extraños aparatos – y había celdas acolchadas, por supuesto, ¡que me daban mucho miedo! En silencio, sus ojos viajan por el simulacro del *manicomio...* y Busner recuerda la extraña atmósfera de los antiguos asilos a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, cómo, mientras los desmontaban, cada vez que daban de alta a un paciente eliminaban una cama y no la sustituían, hasta que solo había unas pequeñas islas de colchones en las grandes plantas llenas de eco – islas okupadas por peludos vejestorios *monas de Gibraltar...* Era, piensa, parecido a un proceso de descolonización, en el que las remotas posesiones del imperio terapéutico eran cedidas con éxito, entregadas a la bola de demolición y a... *pisos de lujo.*

Hay varias bolsas de papel rígidas en los escritorios, cajones con mapas y la mesa de la maqueta – suntuosas bolsas púrpuras decoradas con el logo de la urbanización: la bóveda alargada del antiguo hospital y dos campanarios a los lados... *falsos, absorbiendo el hedor de la locura en cielos suburbanos, ¿qué absorben ahora, pupurrí, café recién molido?* Athena Dukakis dice: Tenemos una especie de presentación mañana, si se está preguntando por las bolsas – son regalos, detalles, un CD-ROM con un recorrido virtual por la urbanización, una vela perfumada, sales de baño, esa clase de cosas... Se queda en silencio, luego, *despertando de nuevo,* dice: Mire, para ser sincera, ahora las cosas están bastante tranquilas – con la contracción del crédito y todo eso, nuestras ventas no andan exactamente... por las nubes. ¿Le gustaría que le enseñe el sitio? Lo dice sin pensarlo dos veces, *pero con una calidez decidida...* Mientras la sigue por el camino hacia la rotonda con su lecho de flores ornamental – que es mucho más refulgente de lo que recuerda, un brillo de rosa, malva y escarlata – Busner se pregunta *¿por qué es amable conmigo?* Puesto que él es totalmente consciente de su falta de elegancia, tropezando, con un pie dolorido en sus zapatillas de correr *Viejas...* y además con ese sombrero, la viva imagen de un paciente que vuelve en busca de seguridad – *o un Mendigo Lunático Desconocido, ¿qué fue de él?* Y, más pertinente, *¿qué fue del viejo psiquiatra, Marcus, a*

quien engañé – ¡como si necesitara protección! sobre la estatua? Si viviera, tendría – ¿cuántos? más de cien años – aun así, es bastante posible imaginarlo en su piso de St. John’s Wood, persiguiendo a *la mujercilla que llega haciendo ruido sobre el plástico con sus ofrendas hepáticas...* Llegan a las puertas delanteras, y mientras Busner se gira para caminar fatigosamente a su lado, le asombra ver que se han abierto sin hacer ruido por voluntad propia, mientras tras ellas otras dos puertas de cristal se separan deslizándose: *la entrada mágica al castillo de la Bella Durmiente... La ladera de la montaña, la flor que crece, La orilla del río donde el agua fluye para siempre...* Athena Dukakis se ríe. – Veo que las puertas le despistan – fue lo segundo que hizo mi padre: abrirlas, después de todo, no podías tener a la gente que hacía deporte merodeando, ¿no? Donde el rellano saliente se levantó sobre el difunto espacio teatral – y donde, ahora recuerda, una hiperactiva Cordelia balbucía, *N-N-N-Nada s-s-s-surge de la n-n-ada* – hay en cambio *muchas cosas*, el alto vestíbulo ha sido cortado en tres partes, horizontalmente, y esos compartimentos se ven a través de un coro alto de madera clara y paneles acristalados. A sus pies esas ventanas revelan la piscina hundida, a través de cuyo fluido azul un nadador se estira con sentido de la oportunidad fotográfica – mientras a la altura del pecho de ellos un amplio suelo de losetas sostiene una zona de descanso de sillones de respaldo curvo, una barra cubierta de cinc y todo el resto del silencioso clamor de una cafetería en plena actividad vespertina: *un empanado o dos que comen pasteles con la misma forma que ellos*. Y encima de eso, otra plataforma se cierne sobre las viejas vigas y tirantes del tejado original, una plataforma sobre la que, tras una balaustrada de cristal, se ven amontonadas las repisas para máquinas de correr. Busner ver varios pares de piernas que van hacia detrás y hacia delante, hacia detrás y hacia delante... *pero no van a ninguna parte. Festinación...* se le ocurre, y entonces detecta los brillantes cuernos de las máquinas de remo y de otros aparatos para levantar, estirarse y tirar, algunos de los cuales son repetitivamente alzados y bajados, alzados y bajados, para no levantar otras masas que... *tríceps, bíceps y deltoides más grandes...* Del mismo hueco mental llega... *un espasmo móvil de atetosis y sacudidas mioclónicas...* Busner levanta la vista hacia los ojos de una de las que corren en el sitio por encima de su cabeza, y observa que están inquebrantablemente fijos en una media distancia hasta la que sus pies *nunca la llevarán* y piensa: está sufriendo una crisis oculogira. Luego se concentra y puede separar de las gárgaras de la máquina de café y del silbido de viento del hilo musical del ascendente chuf-chuf-chuf de su respiración, y por tanto diagnostica el comienzo de... *¡una crisis respiratoria!* El joven de la fotografía del cartel, *o su hermano gemelo*, pasa junto al embobado Busner, que mira su bolsa deportiva y se marcha del centro con *una resaca caliente... que debe ser la peor que hay...* —¿Cuánto tiempo, se pregunta desesperado, tendré que esperar en esta puta cola? Lo que empeora las cosas es que no hay nada que mirar, salvo el suelo de piedra donde se esparcen los arrugados resultados de minúsculas transacciones financieras, la ventana *que me hace daño en los ojos*, o lo que desea evitar: el hombre que está en el contador delante de él, y que se inclina para dirigirse a la cajera a través de la ventanilla metálica, graznando de tal forma que a Busner le resulta totalmente imposible decidir qué idioma emplea. *Él soy yo...* el corte de pelo a máquina de cincuenta pesetas destinado a imponer respetabilidad – puesto que esto era una monarquía representativa en la que si lo deseaban, los agentes

leales al Caudillo, con la cabeza afeitada y sombreros de origami brillante, podían *esquilarte en público...* – la sucia bolsa azul de vuelo de la BOAC<sup>145</sup> llena de botellas vacías de vino, y *ese temblor*, la persistente agitación de un sistema nervioso habituado a *sedación regular con alcohol etílico...* Busner no duda de que el viejo de la transferencia es británico – aunque no distinga en qué idioma habla su ruidosa forma de machacarlo sigue siendo indiscutiblemente *Reino Unido...* Parece que hay alguna disputa en torno al pequeño y sucio trozo de papel que el hombre de la transferencia mete todo el tiempo bajo la ventanilla, y con un calambre nauseabundo Busner se da cuenta de que es un cheque de viaje de Thomas Cook, exactamente igual que los que él quiere cobrar. Las vacaciones en España, piensa, han sido un éxito en general: han mirado, comido, hablado, viajado en coche, lo han hecho todo de nuevo. No ha habido mucha intimidación entre él y Miriam, pero eso *era de esperar...* Ya es bastante agotador mantener al bebé al fresco, asegurándose de que todos los niños estén hidratados con agua embotellada. No, las vacaciones han sido un éxito, y solo quedan unos días antes de volver a casa – no es exactamente *La misteriosa vida de la selva...* pero se podría argumentar que ha sido un capítulo totalmente aceptable de... *La amplia y elegante historia de la vida...* Probablemente no debería haber bebido tanto anoche, pero eso también *era de esperar...* Si no hiciera tanto calor en este banco pestilente – si la loca intranquila que tiene detrás no se moviera tanto – cada vez que Busner vuelve la vista, ve una perturbadora agitación de manos, pelo que se retira, labios que se rozan, lenguas que se lamen. Y el anciano de la transferencia ¡*con su horrible temblor!* La confrontación ha alcanzado una especie de clímax, porque entra en el banco un Guardia Civil con botas militares a quien ha debido de convocar *un timbre oculto...* Desesperado, Busner observa mientras sacan al anciano de la transferencia arrastrando la tira de su bolsa, su contenido cae al suelo, sus ojos *parpadean llenos de lágrimas...* *Debería hacer algo, ayudarlo...* Pero lo único que hace Busner es coger su sitio en la ventanilla y empezar la laboriosa tarea, firmando una vez, dos veces, pasando a la siguiente página, firmando una vez, otra, pasando a la siguiente página... – una *dedanza*, o posiblemente un *manombo*, lo que le recuerda los tics repetitivos de Helene Yudkin – y de pronto sabe qué error fétido e irremediable ha cometido: ¡*Nunca debí dejarlos – nunca!* Durante los últimos cuatro días de las vacaciones Busner solo está de cuerpo presente, apenas puede hablar *a mis tres hijos que parecen abandonados y a la pobre sosa de mi mujer*. Cuando el taxi los deja en el Grove, solo va al piso para coger las llaves del Austin y luego pasa junto a Miriam, que pelea con las maletas. Ella no dice nada: no hay nada que decir – *nada surge de la nada, pero el abandono es algo – y el divorcio vino de eso...* Cuando llegó a la Planta 20, ya era media tarde, y los rayos de sol entraban por las ventanas ojivales en ángulos exactos de cuarenta y cinco grados, *entonces pensé en castillos – en concreto en sus mazmorras, las celdas con suelo de piedra que albergaban a los prisioneros medievales, con su pelo apelmazado y sucio saliendo entre los puntales y los nervios de complicados grilletes y jaulas... algo sacado de Grimmelshausen...* No podía ver a nadie del equipo médico en la sala común y la sala de enfermería estaba vacía salvo por... *el humo, el fantasma acre de toda nuestra preocupación*. Cuando Busner se marchó a España, Audrey Death seguía siendo la más estable de los posencefalíticos – el estupor que sintió cuando su hermano mayor hizo la-visita-del-siglo fue: En parte la sorpresa, doctor

Busner, le dijo. Habría sido, creo yo, al menos cortés haberme dicho que usted había ido a verlo, ya que me llevé una sorpresa bastante grande – y, además, no tengo nada que decirle a Albert De’Ath, ni siquiera compartimos apellido – lo único que tenemos en común es el accidente de nuestro origen. Si ha pasado algún tiempo con él ha estado usted, me atrevería a decir, expuesto a sus formidables poderes de razonamiento – unas capacidades que desgraciadamente no van acompañadas de ninguna compasión real, no digamos afecto. Es un reaccionario terrible. Demasiado brebaje, murmuró Busner, y Audrey dijo: Más alto, joven, y Busner dijo de nuevo: Creo que ha tomado demasiado brebaje – de lo que la anciana *se rio, se rio – una risa encantadora: cálida y seductora...* Ese era el recuerdo que se había llevado: el de una paciente muy delgada, encorvada y frágil – eso era cierto – pero en total posesión de sus facultades, completamente lúcida... *e implicada*. Me gusta tanto, le había dicho, ir a ver a la mujer musical – ¿la señora Down, se llama? – toca, por cierto, un aria que recuerdo de mi infancia, el intermezzo de Brahms, en la menor, ¿lo conoce? Busner dijo: Ahora mismo no. – Y ella tarareó *tarareó*, Duu-d’duu, duu d’duu, duu-d’-duuu, duu-d’-duuu, tripletes de notas que subían y bajaban, y él la había dejado allí – *un poco inquieto, un peu de nerviosismo, pero eso era de esperar...* —Volvió para encontrar una discordancia total. *En la primera celda en la que entré, el dormitorio masculino...* Los tres ancianos, los señores Voss, Ostereich y McNeil, estaban tan inertes como cuando Busner los había visto por primera vez: ya no parecían hombres sino... *casas abandonadas, quemadas y en ruinas...* con el rostro contraído en una máscara rígida, las cabezas mustias sobre sus cuellos, toda su musculatura cayendo de su marco, *de manera que cada parte de ellos se alejaba*. Había intentado, fútilmente, despertarlos – abriendo un párpado, llamando en la oscura y tristemente sucia caverna de un oído. Nada. Peor que nada: una sensación de una ausencia profunda – no solo es que no hubiera ninguna consciencia en ninguno de los tres, *sino que no la había habido nunca... había sido un sueño mío, quizá, en la misma medida que suyo...* Fue al dormitorio femenino y descubrió el armazón colosal de Leticia Gross abultando todavía en su catafalco reforzado – pero mientras que cuando se marchó ella era una presencia perturbadora, con su forma de intimidar y mandar al personal de enfermería, ahora era una ausencia de ciento cincuenta kilos, un montículo de inanición, sus rasgos finos parecían estar en el proceso de quedar reabsorbidos por sus rollos y papadas de carne... *en una oleada pesada y perezosa de distonía rodante*. No había señal del descarado de su marido – no se veía a nadie del equipo médico. A continuación fue a la cama de Helene Yudkin, y allí encontró al menos algunos signos de vida, pero solo... *firmando una vez, dos veces, pasando a la siguiente página, firmando una vez, otra, pasando a la siguiente página...* la dedanza y el manombo de sus compulsivos tics de cheques de viajes... *no podía hablar, ya no podía decir que nada fuera maravilloso... estaba perdida para mí...* Al final Busner se había encontrado con Hephzibah Inglis que llevaba mucha prisa. ¿Qué ha pasado con mis enquis?, la había abordado, sin ningún otro saludo ni broma... *y ella me miró como si fuera solo otro médico arrogante, inflado de mi estatus profesional, pisoteando a los pequeños, y no me ahorró nada:* – ¿Sus enquis, doctor Busner? Vaya, todas esas tonterías acabaron en el momento en que se marchó. El doctor Whitcomb vio el ter-rrible estado de esa pobre gente así que les quitó ese estúpido medicamento suyo – les quitó todos los

medicamentos. – Se alejó de la satisfecha suficiencia de Inglis y se dirigió al pequeño nicho que había reservado para ella, con el fragmento de una vista – había ido al final hacia Audrey Death, maldiciéndose... *por haberla olvidado un segundo, por haber decidido ignorar mis responsabilidades como médico suyo...* y descubrió que todo andaba muchísimo peor de lo que había temido: no solo estaba medio girada en su silla, con los ojos fijos en un objeto invisible que estaba por encima y detrás de ella, sino que esos ojos tenían moscas que se amontonaban sobre los párpados, mientras que sus brazos y sus piernas estaban atados a la silla. Fue directo a los cierres de esas ligaduras y empezó a soltarlas. Yo que usted no lo haría, doc-tor, dijo Inglis llegando por detrás. No sabe de la misa la media, cuando está suelta se vuelve loca de verdad. – Entonces él perdió la calma y empezó a gritarle: *¿No sabe que el único orgullo de este puto sitio miserable es que no se atará ninguna mano ni ningún pie...? —¿Seguimos, doctor Busner?*, pregunta Athena Dukakis y él dice: Por supuesto, por supuesto, discúlpeme, me había sorprendido... bueno, lo raro que es todo esto – quiero decir, han conservado la primera piedra. Se quedaron mirando la placa blanca, observando sus letras grabadas: esta primera piedra fue colocada por el mariscal de campo su alteza real el príncipe alberto... seguidas por la lista de Comisionarios de los Lunáticos y distintos dignatarios caritativos, al final de los cuales rodeado por una filigrana estaba este lema: no se atará ninguna mano ni ningún pie. Hay gente, dice Busner cuando salen del centro deportivo, a la que le podría resultar, bueno, bastante perturbador vivir dentro de estas paredes – que han visto tanta angustia mental. Dukakis lo mira críticamente. Eso, dice, es un poco hippie para un psiquiatra, no me diga que es una de esas personas que cree que los edificios antiguos pueden tener auras psíquicas. De todas formas, ahora son edificios preciosos – ya lo ve. Caminan entre un arbusto frondoso y la fachada de la primera zona, cuyos ladrillos han regresado al color miel original. Las ventanas son bellamente prístinas, y cada pocos metros hay una lámpara de pie de hierro fundido con una bombilla eléctrica. Eso debe de infundir en los residentes, supone Busner, una agradable sensación de orgullo cívico victoriano con *nada del bajo voltaje concurrente*. Hippies éramos, piensa – y los que no flotamos de regreso a la naturaleza, o nos marchamos a las barricadas, encontramos cierto solaz en nuestra nostálgica recreación victoriana. Sonríe, pensando en las cursilerías sartoriales de la época – las largas bufandas de seda blanca, y fracs originales escogidos en rastros, y los abrigos escarlatas de los miembros del grupo que se podían ver entre las multitudes del festival de la Isla de Wight, decoración dorada que brillaba a ritmo del hacha de Hendrix.<sup>146</sup> Miriam insistió en el papel pintado de dibujos florales de William Morris – mientras que Busner tuvo su breve coqueteo con un bigote retorcido y una chaqueta de esmóquin de terciopelo... *Debió de ser raro para ellos, los recién despertados, recobrar la consciencia en un mundo convertido en una parodia de su propia infancia, con una banda sonora de ruidos psicodélicos...* Como decía Inglis, las sujeciones habían sido necesarias porque, cuando terminaron las dieciséis horas de crisis oculogira de Audrey Death, no recayó en la acinesia sino que se vio animada por los tics más extremos que Busner había visto nunca – un baile de San Vito de cada parte de su cuerpo: los dedos giraban, las manos tenían espasmos, los brazos, piernas y cuello se sacudían brutalmente – si no se le impedía ponerse de pie se levantaba inestable, y después caminaba de un lado a otro de la puerta hasta que chocaba

con una pared o un mueble y caía al suelo. La habían inmovilizado con la finalidad totalmente humanitaria de evitar que se rompiera sus frágiles huesos. Atada, todavía soltaba esos... *extraños gritos, espontáneas expresiones... ¡Compra! ¡Compra!*, había gritado, y ¡Vende! ¡Vende! De su boca también salían desarticuladas órdenes numéricas: ¡Dame catorce con ochenta! ¡Me quedo con nueve! ¡Prueba con setenta y uno! ¡Sube a ciento nueve – Ahora! Y todo ese galimatías aterrador se mezclaba con una caótica coreografía de tics que, por mucho que lo intentase, el psiquiatra no podía someter a ningún análisis, y en la que tampoco lograba percibir ninguna congruencia. Él y Mboya habían pedido a Whitcomb que, al menos en el caso de Audrey Death, les dejara volver al L-DOPA. Ante el estado de extrema agripnia de la anciana – un insomnio que no respondía a ninguna dosis sedativa que no fuera tóxica – el especialista transigió. Sin embargo, incluso después de volver a la droga, continuó con su comportamiento errático, saltando de la extrema rapidez de pensamiento y movimiento a periodos de una catatonía cada vez más profunda. Durante unas dos semanas Busner consiguió salvar a su paciente favorita, logró mantenerla en equilibrio en el filo de la navaja de la estabilidad... *El tigre es libre, el canguro Depende de ti y de mí...*<sup>147</sup>. Una esperanza triste y desolada: al final fue Mboya el que insistió en que abandonaran el tratamiento... *Por misericordia y justicia dijo – y tenía razón...* Las últimas palabras que había pronunciado Audrey Death antes de recaer en un misericordioso desmayo fueron una secuencia de fracciones absurdas – dieciocho partido por cuatro coma dos, noventa y cuatro partido por trece coma siete, sesenta y seis coma tres sobre treinta tres coma tres periodo – aun aceptando la futilidad del ejercicio, Busner había intentado incluir todo eso en un marco conceptual. ¿Era, acaso, el análogo numérico de las introconversiones químicas de su cerebro entre lo discreto y lo continuo, lo cuantificable y lo relativista?

Después de alcanzar el extremo más alejado de la primera zona, caminan por la franja de césped donde antes estaba la segunda zona. Ilimitados por su decreciente volumen, los viejos patios de recreo entre los salientes son alegres espacios iluminados de *cordura cubierta de césped...* ¿Qué fue, le pregunta Busner a la hija del constructor, del largo pasillo, el largo pasillo que había debajo del sótano? Ella resopla: Bueno, por asombroso que sea, no podíamos conservar los quinientos setenta y cinco metros y cuarenta y seis centímetros – no es el tipo de cosa que buscan nuestros potenciales residentes... No, si viene aquí... Baja una pendiente hacia la parte trasera del edificio... se puede ver que lo han cortado en una serie de vestíbulos que corren por detrás de cada bloque residencial. Si mira por la ventana puede hacerse una idea. Él mira como ella le dice que haga, y no se hace una idea de ese *acelerador de partículas humanas* – solo lo marean los reflejos y lo decepciona lo que sospecha que son clavijas en la pared pintada de blanco donde cuelgan un par de chaquetas Barbour y un gorro o dos de lana. Detrás hay cosas prosaicas: una segunda ventana, y detrás otra ventana, detrás de la cual, sin duda, *hay más ropa para la lluvia...* Un cómico y sintético ta-rantan-¡tán! llega de algún sitio en torno a la persona de Dukakis y continúa ta-rantan-¡tán! mientras se palpa con su manicura pictórica hasta localizar su teléfono móvil. Busner se retira para darle los cuatro metros y medio de intimidad pública obligatoria. Ahí llega Zachary, piensa, y luego: *Soy un hombre mono...* *Soy un hombre mono-mono...* regresa a él, con batería y guitarras discordantes. Me temo que era el Centro de Ventas, dice ella, guardándose el teléfono,

parece que después de todo tenemos una posibilidad – lo siento, pero tengo que volver y soltar el rollo. Sonríe *seductoramente*, y continúa: Siéntase libre de mirar lo que quiera – hay un piso piloto en el otro extremo del edificio principal si quiere hacerse a la idea de cómo es vivir dentro, y si tiene alguna pregunta venga a buscarme. Se retira, *con aires de pantera* en sus mallas de licra... *me habría gustado volver a apretar esas carnes...* le da las gracias y luego ella se ha ido, dejándolo en el viejo patio, respirando con demasiado esfuerzo – casi jadeando. Se apoya contra la ventana del pasillo interrumpido, y la oscura nave espacial del antiguo hospital se gira sobre el eje en su cabeza envejecida. Estoy teniendo, se da cuenta Busner, un ataque de pánico – e intenta reírse de él: Bueno, para todo hay una primera vez... *Lo que vemos es lo que elegimos, Lo que conservamos o lo que perdemos para siempre...* Luego se endereza, se quita el sombrero, se masajea las sienes, sacude la cabeza y piensa: ¡Mientras me asalten estas cantinelas del pasado no puedo estar muerto! Echa otra mirada crítica y valorativa al patio de descanso, y para su sorpresa se da cuenta de que está perfectamente orientado en el caparazón de lo que cuatro decenios antes era el Friern Hospital. Busner se da cuenta de que está... *exactamente en el punto en el que estaba cuando la vi por primera vez, mientras la saliva se reunía en su pómulo fino y caía al suelo sin romperse, y su pie pequeño golpeaba las baldosas de linóleo metido en su zapatilla de niño...* Se vuelve hacia la ventana y apoya la frente contra ella. Le ha costado mucho, pero al final ha llegado: *Me olvidé de ellos...* concede agotado, desolado... *Me quedé en Friern un mes o dos, pero luego me marché, como me he marchado de todo en la vida: matrimonios, trabajos, compañeros, compromisos, pacientes – me olvidé de todos...* *El mundo está para que lo deshagamos, Pero ¿y si es demasiado tarde para empezar de cero? Y es demasiado tarde.* Porque, al pensar en esas últimas semanas de la prueba-que-nunca-fue-una-prueba, se da cuenta: *todo tenía que ver con el tiempo.* Recuerda las películas que grababa de sus pacientes posencefálicos, especialmente la que mostraba a Audrey Death manejando su torno invisible... *¡Lo vi! Vi que estaba fuera de la secuencia... que a través de sus tics ella viajaba en el tiempo...* Pero había sido una hipótesis demasiado radical: lo que encarnaban los cuerpos temblorosos de esos pobres sufridores era toda la época mecánica – que igual que los esquizofrénicos participaban de las ansiedades de moda, la acinesia y la festinación de los acinésicos había sido el inicio/parada, el on/off, el 0/1 de un doble paso con la tecnología... *¡y ella, Audrey, lo había anticipado!* En las últimas y frenéticas semanas anteriores a su colapso final, le había ofrecido una imagen previa de lo que iba a suceder: la ventisca binaria que volaría a través de la conciencia de la humanidad —*Quizá, si los escáneres adecuados hubieran estado disponibles... Más tarde, en los años ochenta, podría haber mirado el interior de su cerebro – haberlo visto...* Pero, incluso cuando reflexiona sobre eso, Busner piensa en lo imposible que habría sido... *porque no tenía el toque... el espíritu artístico...* Las tonadas pop que habían infestado su mente eran, ahora lo entiende, continuos recuerdos no solo de su trabajo inconcluso y abandonado, sino de todos los demás crímenes de olvido que había cometido: *No lo dejes morir, No lo dejes morir...* Hurricane Smith había gruñido esas melancólicas perogrulladas – pero que fuesen perogrulladas no quería decir que no fueran... *ciertas.* Busner apoya la cara en el frío cristal, se lleva las manos a la cara para tapar la luz del sol. El coronel Blink ve claramente el vestíbulo hecho a partir de unos

cuatro metros y medio del viejo pasillo del hospital: no son chaquetas Barbour que colgaban de las perchas sino... *cuerpos*... el cadáver de su hermano esquizofrénico, Henry, que se suicidó a los cincuenta años, después de pasar treinta como paciente de hospitales psiquiátricos. Cuelga ahí, con un aspecto muy parecido al que debía de tener... *antes de que cortasen la cuerda*... el cuello de su sucia chaqueta de leñador atrapado en la punta de madera barnizada, una de sus flores de plástico sale del bolsillo de sus pantalones vaqueros cruelmente subidos... *Fui a verlo – pero nunca lo bastante, me absorbió la locura de Ronnie, sumada a la locura de creer que era yo quien había provocado su enfermedad*... Y junto a su hermano muerto se retuerce el cuerpo del hijo mayor de Busner, Mark... *¡su pobre cara!* que, aunque no está condenado a la tiniebla dolorosa para el alma de las plantas mal iluminadas, sigue siendo un recipiente involuntario, tempestuoso y torturado de... *atención en el centro* ... y que tuvo que esperar mucho tiempo una visita de su padre psiquiatra junto a su cama en Stanmore ... *comprueba que esté tomando su medicación, así que ¡Listo!, no hay enfermedad mental – todas han desaparecido*.... Y, más allá de esos descartes, ¿qué ve Busner apoyado en un rincón, esas delgadas muestras de varillas y bastones enrollados en los pliegues manchados de su vieja piel de seda? Su propia... *Bella Durmiente*... cuyo cuello, atrapado en la pinza cifótica de su edad extremadamente avanzada, se dobla como un gancho, de manera que erguido hacia él es un abrupto y acusatorio fin.

<sup>1</sup> La frase pertenece a la canción de los Kinks «Apeman», escrita por Ray Davies e incluida en el álbum *Lola versus Powerman and the Moneyground, Part One*, de 1970. (*Todas las notas son del traductor*)

<sup>2</sup> Alusión a *Axis: Bold as Love*, el segundo álbum de estudio de The Jimi Hendrix Experience, publicado en 1967. A lo largo del texto hay más referencias al disco y a la canción «Bold as Love».

<sup>3</sup> Referencia al programa televisivo *Opportunity Knocks*, que se emitió en 1956 y entre 1964-1978 y 1987-1990.

<sup>4</sup> Uno de los versos de la canción «Have You Ever Been (To Electric Ladyland)», incluida en *Electric Ladyland*, de The Jimi Hendrix Experience, en 1968.

<sup>5</sup> Los niños cantan y bailan el «Hokey cokey», una danza participativa a la que pertenecen estas frases.

<sup>6</sup> Un *spike* o *workhouse*, donde se daba alojamiento y empleo a quienes no podían mantenerse por sí mismos. Lambeth es una zona del centro de Londres.

<sup>7</sup> *Pick'Un* era un nombre coloquial para el semanario británico *The Sporting Times*, publicado entre 1865 y 1932, que prestaba especial atención a las carreras de caballos.

[8](#) *Death*: ‘muerte’. *Dearth*: ‘escasez’, ‘carestía’.

[9](#) Fragmento de «Cold Meat, Mutton Pies», una canción popular infantil recogida por Boswell en *Diario de un viaje a las Hébridas* (1785).

[10](#) Referencia a «Come into the Garden, Maud», de Alfred Tennyson. La liberación de Ladysmith es una serie de acciones militares realizadas en febrero 1900 durante la segunda guerra Bóer, gracias a las que las tropas británicas dirigidas por el general sir Redvers Buller obligaron a levantar el sitio de la ciudad de Ladysmith.

[11](#) Fragmento de «On the Death of a Recluse», de George Darley (1795-1846).

[12](#) Los versos pertenecen a una canción que hablaba de los efectos del TNT sobre las trabajadoras del Arsenal de Woolwich. Parte de su letra apareció en el *Daily Express* el 19 de agosto de 1918.

[13](#) El 15 de febrero de 1971, el Reino Unido decimalizó la moneda. En el sistema anterior una libra se dividía en 240 peniques. 12 peniques hacían un chelín; había 20 chelines en una libra. A partir de esa fecha, una libra se dividiría en cien peniques. Las campañas para facilitar la adaptación de la gente al nuevo sistema incluyeron anuncios televisivos y una canción pop interpretada por Max Bygraves, «Decimalisation», a la que pertenecen esas frases.

[14](#) *The Mekon* era el archienemigo del héroe de cómic británico Dan Dare, que creó Frank Hampson en 1950.

[15](#) Alusión a la canción «A Spoonful of Sugar», incluida en la película *Mary Poppins* (1964).

[16](#) *Leg of Lamb*: ‘pierna de cordero’.

[17](#) *Struwwelpeter*, *Pedro el Melenas* o *Pedro el Pelos*, es el protagonista del libro infantil homónimo que publicó el médico alemán Heinrich Hoffmann en 1845.

[18](#) El caso Tichborne fue un asunto célebre en la Inglaterra de 1860 y 1870. Un hombre llamado a veces Thomas Castro y en otras ocasiones Arthur Orton aseguraba ser el legítimo barón de Tichborne. Se creía que el heredero, Roger Tichborne, había muerto en un naufragio en Australia en 1854. Un carnicero llamado Castro se presentó, diciendo que era Tichborne. La madre lo aceptó. Fue declarado culpable de perjurio en 1874 y sentenciado a catorce años de cárcel. Su abogado, Edward Kenealy, impulsó un movimiento popular que defendió la causa de Orton/Castro unos años. La historia inspiró el relato de Jorge Luis Borges «El impostor inverosímil Tom Castro», incluido en *Historia universal de la infamia*.

[19](#) Harry Tate (1872-1940) era un cómico inglés. Se dedicaba al teatro y al cine. El número que lo lanzó a la fama era el *sketch* *Motoring*, donde interpretaba a un hombre que intenta reparar su coche.

[20](#) El estadounidense Samuel Franklin Cowdery (1867-1913), que más tarde se hizo llamar Samuel Franklin Cody, pionero del vuelo tripulado y célebre por inventar las Cometas de Guerra Cody, que se usaron en la Primera Guerra Mundial. En 1908 se convirtió en el primer hombre que realizó un vuelo a motor en Gran Bretaña.

[21](#) Antes de la decimalización de 1971 «d.» (del francés *denier* y a su vez del latín *denarius*) se usaba como símbolo del penique.

[22](#) George Lansbury (1859-1940), político y reformista social británico. Fue líder del Partido Laborista entre 1932 y 1935 y ministro de Salud entre 1929 y 1931. A lo largo de su carrera defendió la justicia social, los derechos de las mujeres y el desarme mundial. En 1912 participó en la fundación del *Daily Herald*. Fue editor de este periódico, firmemente contrario a la Primera Guerra Mundial, hasta 1922.

[23](#) Estos dos versos pertenecen a la canción anónima del siglo XIX «The Factory Bell», que criticaba las condiciones de vida de los trabajadores industriales en la Inglaterra victoriana.

[24](#) Little Titch, nombre artístico de Harry Relph (1867-1928), era un cómico británico de *music hall*.

[25](#) Christabel Pankhurst (1880-1958), líder del movimiento sufragista y hermana de las también sufragistas Emmeline, con quien fundó la Women Social and Political Union, y Adela. En 1914 apoyó la guerra contra Alemania.

[26](#) Se trata de una alusión a «Waterloo Sunset», una canción de los Kinks incluida en su álbum *Something Else by The Kinks* que se lanzó como single en 1967.

[27](#) Son versos de «She's a Lady», una canción escrita por Paul Anka e interpretada por Tom Jones. Publicada en 1971, es la canción más exitosa del cantante galés.

[28](#) Bruce Forsyth, presentador televisivo británico, que condujo entre otros programas *Bruce Forsyth and the Generation Game*, emitido entre 1971 y 1977 y entre 1990 y 1994 en la BBC 1.

[29](#) Los dos sintagmas aparecen en la primera estrofa de la canción de The Beatles «Lucy in the Sky with Diamonds», incluida en el LP *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* (1967).

[30](#) Estudios Elstree es un término genérico que se emplea para designar a varios estudios cinematográficos en Borehamwood y Elstree y sus alrededores, en Hertfordshire, Inglaterra.

[31](#) «Hot Love» es una canción que lanzó en 1971 el grupo T. Rex.

[32](#) En el original, hay un fragmento de «Rain Rain Go Away», una popular canción infantil.

[33](#) La periodista Jenni Murray presenta en BBC Radio 4 el programa *Woman's Hour*, donde empezó a trabajar en 1987.

[34](#) En la película *Kings Row*, dirigida por Sam Wood en 1941 y basada en una novela de Casey Robinson, el personaje interpretado por Ronald Reagan sufre la amputación de las piernas. Cuando recupera el sentido después de la operación, dice «*Where is the rest of me?*» [«¿Dónde está el resto de mí?»]. Fue el título de la autobiografía que Reagan publicó en 1965.

[35](#) Un verso de la canción patriótica británica «Land of Hope and Glory», con letra de A. C. Benson y música de Edward Elgar, que se compuso en 1902.

[36](#) La frase pertenece a la canción «All the Girls Loved Bertie when He Had a Motor Car», compuesta por John P. Long y Bennett Scott.

[37](#) Lottie Collins (1865-1910) era una cantante y bailarina de revista inglesa, célebre por introducir la canción

«Ta-ra-ra-Boom-deay» en el Reino Unido. «Lottie Collins no tiene bragas,/ Serías tan amable de dejarle las tuyas» aparece en *Retrato del artista adolescente* de James Joyce.

[38](#) H. H. Asquith (1852-1928), miembro del Partido Liberal y primer ministro del Reino Unido entre 1908 y 1916. Millicent Garrett Fawcett (1847-1929), dirigente sufragista y presidenta entre 1890 y 1919 de la National Union of Women's Suffrage Societies, que adoptó una postura pacifista durante la Primera Guerra Mundial. Norah Elan, más tarde conocida como Dacre Fox (1878-1961), fue a lo largo de su vida feminista radical, militante sufragista, opositora a la vivisección y fascista.

[39](#) Women's Social and Political Union, la principal organización en Gran Bretaña en defensa del sufragio femenino. Se fundó en 1903 y se disolvió en 1917. En 1918 se aprobó la Ley de Representación del Pueblo, que permitía el voto a las mujeres mayores de treinta años, con algunas restricciones. En 1928, se extendió el derecho de voto a todas las mujeres mayores de veintiún años.

[40](#) Así empieza el soneto «America», de Sydney Thomson Dobell (1824-1874).

[41](#) Personaje negro de los cuentos infantiles británicos de finales del siglo xix, creado por Florence Kate Upton y normalmente representado como un muñeco de trapo. El personaje y las muñecas basadas en él, con la piel oscura y labios de payaso, fueron populares en Europa, Norteamérica y Australia hasta la década de 1970.

[42](#) Enoch Powell (1912-1998) fue un político, lingüista y poeta británico. Miembro del Parlamento dentro del Partido Conservador entre 1950 y 1974 y dentro de Ulster Unionist Party entre 1974 y 1987, y ministro de Salud entre 1960 y 1963, alcanzó su máxima notoriedad en 1968, cuando pronunció un duro discurso contra la inmigración.

[43](#) *Erewhon o el otro lado de la carne* es una novela que Samuel Butler publicó de forma anónima en 1872. El país ficcional Erewhon, parcialmente basado en Nueva Zelanda, es un anagrama de *Nowhere* [«ninguna parte»].

[44](#) Lesley Lawson, llamada Twiggy [«Ramita»] por su delgadez, fue una actriz, modelo y cantante inglesa célebre a mediados de los años sesenta.

[45](#) Diminutivo de Alexandra Palace.

[46](#) Charterhouse es una prestigiosa *public school* inglesa, fundada en 1611. *Fives* es un juego similar al frontón.

[47](#) *Cod* es «bacalao» en inglés.

[48](#) Célestin Adolphe Pégoud (1889-1915) fue un aviador e instructor de vuelo francés, que se convertiría en el primer as de la aviación durante la Primera Guerra Mundial. Lo derribó un soldado alemán que había sido su alumno antes de la contienda.

[49](#) Emily Wilding Davison (1872-1913) fue una activista y sufragista británica. La atropelló el caballo del rey Jorge V en el Derby de Epsom el día 4 de junio de 1913. Falleció cuatro días después.

[50](#) London General Omnibus Company, la principal compañía de autobuses de Londres entre 1855 y 1933.

[51](#) En los países anglosajones, se dice que, cuando una persona tiene un escalofrío, la razón es que alguien está caminando sobre su tumba. La creencia ya aparecía en *A Complete Collection of Genteel and Ingenious Conversation*, que Jonathan Swift publicó en 1738.

- [52](#) El *trifle* es un pastel que se hace con crema *custard*, frutas, bizcocho y zumo de frutas.
- [53](#) Fragmento de la canción infantil «Wall-flowers, Wall-flowers».
- [54](#) Fragmento de la canción infantil «Jack the Ripper Stole a Kipper» [literalmente, «Jack el Destripador robó un arenque ahumado»].
- [55](#) Tarjeta de circulación gratuita implantada en 1973, destinada a los residentes de Greater London de más de sesenta años (la edad para tener derecho a ella aumentará gradualmente hasta alcanzar los sesenta y cinco años en 2020).
- [56](#) George Osborne, miembro del Partido Conservador y del Parlamento británico. Desde mayo de 2010 es el ministro de Hacienda.
- [57](#) La British Leyland Motor Corporation Ltd. era una empresa de fabricación de vehículos que se fundó en 1968 en el Reino Unido. Fue parcialmente nacionalizada en 1975, cuando el gobierno creó un *holding* llamado British Leyland. En 1986 pasó a llamarse Rover Group.
- [58](#) La frase es un verso de la canción «Chirpy Chirpy Cheep Cheep», compuesta por Lally Stott en 1971. Aunke Stott lanzó una versión, la popularizó el grupo escocés Middle of the Road.
- [59](#) Fragmento de «The Laboratory», un poema y monólogo dramático de Robert Browning publicado por primera vez en 1844, donde también se habla de los «humos desvaídos».
- [60](#) Horatio Herbert Kitchener (1850-1916) fue un mariscal de campo y administrador colonial, célebre por su papel en campañas imperiales y la primera mitad de la Primera Guerra Mundial. El Mago Galés era el sobrenombre de David Lloyd George (1863-1945), primer ministro británico entre 1916 y 1922, y líder del Partido Liberal entre 1926 y 1931.
- [61](#) Un Azul y un Medio Azul son galardones que pueden obtener los deportistas universitarios de más alto nivel en Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda.
- [62](#) Estos versos pertenecen a «Don't Have Anymore Mrs Moore», una canción de vodevil popular en la década de los años veinte.
- [63](#) *The White Eyed Kaffir*. Un artista de *music hall* de la época: un hombre blanco con la cara pintada para parecer un sudafricano de raza negra; de ahí los ojos blancos.
- [64](#) Fragmento de «Old Roger», una canción infantil tradicional inglesa, de la que existen numerosas versiones (una protagonizada por Oliver Cromwell).
- [65](#) El RSM *Lusitania* era un trasatlántico británico que comenzó a funcionar en 1907. En la Primera Guerra Mundial lo torpedeó frente a las costas del sur de Irlanda un submarino alemán, provocando la muerte de 1.198 personas. La indignación que provocó el ataque – se asaltó sin advertencias un barco civil, aunque con un cargamento de municiones – en Norteamérica fue uno de los motivos de la entrada de Estados Unidos en la guerra.

[66](#) De *Minenwerfer*, «lanza minas» en alemán, un mortero ligero que empleaba el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial.

[67](#) Ahrensmeyer, *the cowboy hypnotist*, fue un hipnotizador célebre a comienzos del siglo xx.

[68](#) Alusión a «Sugar Me», una canción de 1972 de Lynsey de Paul, que alcanzó el número cinco en el Reino Unido y el número uno en España.

[69](#) Mary Whitehouse (1910-2001), activista inglesa célebre por su oposición al liberalismo social y a los medios británicos, a quienes acusaba de impulsar la creación de una sociedad más permisiva.

[70](#) Uno de los personajes de *Steptoe and Son*, una *sitcom* de la BBC que se emitió entre 1960 y 1965, y luego entre 1970 y 1974. Escrita por Ray Galton y Alan Simpson, trataba de las andanzas de dos personajes que vendían productos de segunda mano: las maneras poco sofisticadas del padre, Albert, contrastaban con las aspiraciones sociales de su hijo Harold.

[71](#) Henry Cooper (1934-2011) fue un boxeador británico que competía en la categoría de los pesos pesados (por encima de los 90,7 kilos).

[72](#) *It's frothy, man* es el eslogan que pronunciaba un oso polar con gafas de sol en una popular campaña publicitaria de la bebida Cresta en la década de 1970.

[73](#) Looby Loo era una muñeca de trapo que aparecía en el programa infantil *Andy Pandy*, que la BBC empezó a emitir en 1950.

[74](#) *Mutton Lancers*: un apodo del Queen's Royal Regiment, regimiento de infantería de línea primero de Inglaterra y luego del Reino Unido entre 1661 y 1959.

[75](#) El hombre de la cabeza de calavera es el filósofo Bertrand Russell. La mujer con la mancha en el labio superior es la aristócrata y mecenas Ottoline Morrell. Esta escena transcurre en Garsington Manor.

[76](#) Los versos pertenecen a «Your King and Country Want You», una canción británica escrita por Paul Rubens y publicada en Londres en 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Pretendía animar a los hombres a enrolarse para combatir en la contienda.

[77](#) Jack Johnson (1878-1946) era un boxeador estadounidense. Fue el primer campeón mundial afroamericano en la categoría de los pesos pesados; tuvo el título entre 1908 y 1915. En la Primera Guerra Mundial, los soldados británicos llamaban así a unos obuses alemanes de 150 mm. que desprendían un humo negro.

[78](#) Sobrenombre que daban los británicos a los alemanes en la Primera Guerra Mundial.

[79](#) *Deer* significa «ciervo» en inglés.

[80](#) Los versos pertenecen a una canción que se cantaba en la instrucción militar, y daba indicaciones para montar las bayonetas.

[81](#) Sobrenombre del Royal East Kent Regiment, regimiento de infantería británico hasta 1961. El apodo derivaba de su casaca de cuero (*buff*).

- [82](#) *Blighty* es un término de jerga inglesa para Gran Bretaña.
- [83](#) Tommy, o Tommy Atkins, es el apodo que recibían los soldados ingleses. Aunque se empleaba en el siglo xix, está particularmente asociado con la Primera Guerra Mundial.
- [84](#) El poeta Rupert Brooke (1887-1915), que había escrito sonetos idealistas sobre la Primera Guerra Mundial, murió en Grecia después de que se le infectara una picadura de mosquito.
- [85](#) Diminutivo de *Minenwerfer*, un tipo de mortero usado por el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial.
- [86](#) Son las sílabas que pronuncia el gigante en la versión inglesa del cuento de hadas inglés *Jack and the Beanstalk*. En español se conoce como *Las habichuelas mágicas*. La expresión aparecía ya en versiones de *Jack the Giant-Killer*, otro cuento tradicional británico, y en *El rey Lear* de Shakespeare, donde Edgar exclama: «Fie, foh, and faum / I smell the blood of a British man».
- [87](#) No Conscription Fellowship (Asociación contra el reclutamiento), una organización fundada en el Reino Unido cuando comenzó la Primera Guerra Mundial.
- [88](#) Alusión a *The Rubáiyait of Omar Khayyám*, la traducción que realizó Edward Fitzgerald (1809-1833) de una selección de poemas atribuidos al poeta, matemático y astrónomo persa Omar Jayyán (1048-1131). La versión es la de la primera edición, publicada en 1859.
- [89](#) *Stotter Tante*, tía tartamuda en alemán, era un sobrenombre que se daba a las ametralladoras.
- [90](#) Estas palabras forman parte de una canción que cantaban los soldados británicos durante la Primera Guerra Mundial.
- [91](#) Gilbert citaba un pasaje de *A Modern Utopia* (1905), de H. G. Wells (1866-1946).
- [92](#) «*Canary girls*» era el sobrenombre que recibían las mujeres empleadas en las fábricas de municiones del Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial. El trabajo con productos químicos tóxicos, como el trinitrotolueno, daba a su piel un tono amarillento que recordaba a las plumas de un canario.
- [93](#) Fragmento de «Keep the Home-Fires Burning (Till the Boys Come Home)», una canción patriótica británica de la Primera Guerra Mundial compuesta por Ivor Novello, con letra de Lena Gilbert Ford.
- [94](#) British Expeditionary Force, el Cuerpo Expedicionario Británico, enviado al Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial.
- [95](#) Los batallones Pals de la Primera Guerra Mundial eran unidades especiales del Ejército Británico compuestas por hombres que se habían alistado juntos con la promesa de que podrían combatir junto a sus amigos, familiares o vecinos (*Pals*: «amigos», «compañeros»).
- [96](#) Los Fokker Eindecker, una serie de aviones de guerra monoplaza, que utilizó el ejército alemán durante la Primera Guerra Mundial y diseñaba el ingeniero holandés Anthony Fokker.

[97](#) En el ejército británico se llamaba así a los soldados que no alcanzaban la altura mínima (1,60). Durante la Primera Guerra Mundial, la altura mínima se rebajó a 1,52. El sobrenombre deriva de la raza de gallinas de pequeño tamaño del mismo nombre, originaria de Indonesia.

[98](#) Peter Cushing (1913-1994), actor británico conocido por sus apariciones en las películas de la Hammer. Encarnó al Doctor Who en *Dr. Who y los Daleks* y *Daleks: Invasion Earth 2150 AD*.

[99](#) El diplomático británico Geoffrey Jackson (1915-1987), embajador en Uruguay, fue secuestrado por el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, que lo mantuvo ocho meses en cautividad.

[100](#) Las frases pertenecen a la canción «Don't Let It Die», de Norman «Hurricane» Smith, que se publicó en 1971.

[101](#) Robert Maudsley, asesino británico responsable de la muerte de cuatro personas, tres de ellas en prisión, después de haber sido condenado a cadena perpetua por un asesinato.

[102](#) Reginald Maudlin (1917-1979) fue un político británico que ocupó varios ministerios, entre ellos el de Hacienda y el de Interior (ocupaba el cargo cuando se produjo el Bloody Sunday, en 1972). Poco después, dejó el cargo por un escándalo financiero de una de las empresas que dirigía.

[103](#) *The Few*: los aviadores de la Royal Air Force que defendieron Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial. El término viene de la frase del primer ministro Winston Churchill: «Nunca, en la historia de los conflictos humanos, tantos debieron tanto a tan pocos», y alude al célebre discurso de *Enrique V*, de William Shakespeare.

[104](#) Las palabras forman parte de un célebre eslogan de Mars.

[105](#) Estas frases son fragmentos de canciones que cantaban los soldados británicos durante la Primera Guerra Mundial.

[106](#) *Angel Delight*, el sexto álbum de la banda de rock británica Fairport Convention, se publicó en 1971.

[107](#) El escocés recuerda «Is There for Honest Poverty», conocido como «A Man's a Man for A' That», un poema de Robert Burns escrito en 1795.

[108](#) El emperador Guillermo habría emitido una orden el 19 de agosto de 1914 donde mandaba «exterminar [...] y aplastar a los traicioneros ingleses y al despreciable pequeño ejército del general French [el Cuerpo Expedicionario Británico]». No se han encontrado pruebas de la existencia de la orden.

[109](#) Hace referencia a «Knees Up, Mother Brown» [«Arriba esas rodillas, madre Brown»], una canción que se cantó en la noche del Armisticio al final de la Primera Guerra Mundial. Se convirtió en un elemento popular de la cultura *cockney*.

[110](#) La Sociedad para la Investigación Psíquica (Society for Psychical Research) es una organización británica sin ánimo de lucro. Fundada en 1882, su objetivo es «entender los acontecimientos y las habilidades comúnmente descritas como psíquicas o paranormales mediante la promoción y apoyo a investigaciones importantes en esta área y para examinar los supuestos fenómenos paranormales de una manera científica y objetiva».

[111](#) Los versos pertenecen a la canción tradicional infantil «I Fell into a Box of Eggs». La recogía *London Street Games*, de Norman Douglas (1916).

[112](#) «Bring Me Sunshine» es una canción escrita en 1966 por Arthur Kent y Sylvia Dee. En el Reino Unido se hizo famosa porque el dúo cómico Morecambe & Wise lo usaba como melodía a partir de la segunda temporada de su programa en la BBC, en 1969.

[113](#) Alusión a la canción de The Beatles «I Am the Walrus», que formaba parte del programa televisivo *Magical Mystery Tour* y del álbum del mismo título (1967).

[114](#) Se refiere a «los crímenes de la bañera», cometidos por el asesino en serie y bígamo George Joseph Smith (1872-1915). Las víctimas, Bessie Williams, Alice Smith y Margaret Lloyd, eran tres mujeres con las que se había casado bajo identidades distintas. George Smith fue condenado a muerte.

[115](#) Eso cantaba Van Morrison en «Astral Weeks», incluida en el álbum del mismo título, que se publicó en 1968.

[116](#) Apodo que los soldados británicos daban a la localidad belga de Ypres (en francés), cuyo nombre oficial en neerlandés es Iepres. Fue escenario de varias batallas importantes en la Primera Guerra Mundial. La primera de ellas, en la que los aliados capturaron la ciudad, se produjo entre el 19 y el 22 de noviembre de 1914. La segunda se produjo entre el 22 de abril y el 25 de mayo del año siguiente; en ella se empleó por primera vez el gas venenoso. En la tercera batalla de Ypres, en el otoño de 1917, las tropas alemanas usaron el gas mostaza por primera vez.

[117](#) *Daisy cutter*: un tipo de espoleta diseñado para que la bomba explotara al tocar el suelo.

[118](#) Un apodo que se daban a sí mismos los soldados del Ejército Británico. Ally Sloper era un personaje de una tira cómica, creado por Charles H. Rose y rotulado y luego totalmente ilustrado por su esposa, Emilie de Tessier, que apareció por primera vez en la revista *Judy*. *Alley sloper* era una expresión coloquial que se empleaba para designar a un inquilino que no pagaba el alquiler y se escapaba por el callejón (*alley*) para evitar al casero.

[119](#) Estos versos pertenecen a una canción que cantaban los soldados durante la Primera Guerra Mundial.

[120](#) First Aid Nursing Yeomanry (Princess Royal's Volunteer Corps), unidad femenina independiente fundada en 1907 y dedicada a tareas de auxilio e inteligencia durante las dos guerras mundiales.

[121](#) Edward Heath (1916-2005), político británico que fue primer ministro entre 1970 y 1974 y lideró el Partido Conservador entre 1965 y 1975.

[122](#) *Kike* es un término despectivo dirigido a los judíos. Hay un juego con la canción de The Beatles «Being for the Benefit of Mr Kite», incluida en el álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*.

[123](#) El Coronel Blink y el Ejército Chiflado de Barney hacen referencia al cómic *The Beezer*.

[124](#) *Poilu*, «peludo», sobrenombre que recibían los soldados de infantería franceses en la Primera Guerra Mundial.

[125](#) Los *Byng Boys* era un apodo que se daba a los soldados canadienses, en honor a su comandante, el teniente general sir Julian Byng, que dirigió las tropas en el frente occidental en 1916 y 1917.

[126](#) El Bosque de Mametz era el objetivo de la División 38 (galesa) en la primera batalla del Somme, en julio de 1916.

[127](#) Estos versos pertenecen a una canción infantil inglesa.

[128](#) El Viejo Bill era un personaje creado en 1914-1915 por el dibujante de cómics Bruce Bairnsfather. Bill, un viejo soldado británico, con un grueso bigote y fumando en pipa constantemente, debía subir la moral de la tropa. Él y su compañero más joven, Alphonse, eran soldados expedicionarios en la Fuerza Expedicionaria Británica en la Primera Guerra Mundial.

[129](#) Royal Scottish Greys, un regimiento de caballería británico entre 1707 y 1971.

[130](#) El emperador Francisco José I de Austria (1830-1816).

[131](#) Parte de la canción de 1916 «Take Me Back to Dear Old Blighty», compuesta por Fred Godfrey, A. J. Mills y Bennett Scott.

[132](#) «El mago de Menlo Park» era el sobrenombre de Thomas Alva Edison (1847-1931).

[133](#) *U-Boot*, abreviatura del alemán *Unterboot*, «nave submarina», como se denominaban los submarinos y sumergibles alemanes.

[134](#) El Sopwith Camel era un caza biplano monoplace empleado por el ejército británico durante la Primera Guerra Mundial.

[135](#) Henry Morton Stanley (1841-1904), periodista y explorador famoso por su exploración del África central y su búsqueda del misionero David Livingstone, a quien encontró el 10 de noviembre de 1871, en la actual Tanzania.

[136](#) Se refiere a Arthur Henderson y a los estatutos del Partido Laborista Británico en 1918. La cláusula IV, redactada originalmente por Sidney Webb, reclamaba «la propiedad común de los medios de producción».

[137](#) Voluntary Aid Detachment, una organización fundada en 1909 que proveía de servicios de enfermería, especialmente en hospitales, en el Reino Unido y otros países del Imperio británico. Tuvo un papel destacado en las dos guerras mundiales.

[138](#) Women Land's Army, una organización civil femenina que funcionó durante las dos guerras mundiales. Su objetivo era trabajar en campos abandonados por los hombres que habían ido al frente.

[139](#) Queen Mary's Corps, como se llamó a partir de 1918 al Women's Army Auxiliary Corps, que había comenzado a funcionar un año antes.

[140](#) El New Party era una formación política británica, fundada por Oswald Mosley, que estuvo activa en los años treinta. En 1932 Mosley, que admiraba el fascismo, fundó la British Union of Fascists y el New Party se integró en ella.

[141](#) KB: Caballero de la Most Noble Order of the Garter [Nobilísima Orden de la Jarreta], fundada en 1348, la orden de caballería de más alto rango de Inglaterra y el Reino Unido. KBE: Caballero comendador de la Most Excellent Order of the British Empire [Excelentísima Orden del Imperio Británico], fundada en 1917.

[142](#) Nombre comercial de un tipo de papel pintado estampado en relieve, inventado en el siglo xix.

[143](#) Una *teasmade* era una máquina para hacer el té automáticamente, común en el Reino Unido y algunas de las colonias. Alcanzó su máxima popularidad en las décadas de 1960 y 1970.

[144](#) The Two Ronnies era un programa de *sketches* que emitió la BBC 1 entre 1971 y 1987. Participaban en él los actores Ronnie Barker y Ronnie Corbett.

[145](#) British Overseas Airways Corporation: una línea aérea británica de titularidad pública, creada en 1940 por la fusión de Imperial Airways y British Airways Ltd. En 1974, por una ley del Parlamento de tres años antes, se fusionó con British European Airways para formar la actual British Airways.

[146](#) *Alusión a Axis*: Bold as Love.

[147](#) Fragmentos de la canción «Don't Let It Die», de Norman «Hurricane» Smith, de 1971.



Título original: *Umbrella*

Edición en formato digital: diciembre de 2014

En cubierta: fotografía de © Diephosi/iStock  
© Wil Self, 2012. All rights reserved  
© De la traducción, Daniel Gascón, 2015  
© Ediciones Siruela, S. A., 2015  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-43-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	3
Un paraguas	2
Notas	226
Créditos	2